

MENTES PODEROSAS NUNCA DEVIDAN

UNA LUZ INCIERTA



ALEXANDRA BRACKEN

RBA

www.FreeLibros.org

Alexandra Bracken

Una luz incierta

Mentes poderosas - 3

Título original: *In the Afterlight*

Alexandra Bracken, 2014

Traducción: Manuel Manzano

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Para Merrilee, Emily y las innumerables personas de todo el mundo que han trabajado incansablemente para poner esta serie en tus manos, con mi amor y gratitud

«En nuestra juventud, nuestros corazones fueron tocados por el fuego».

OLIVER WENDELL HOLMES, JR.

PRÓLOGO

El negro es el color que no es ningún color en absoluto.

El negro es el color de la habitación inmóvil y vacía de un niño. La hora más opresiva de la noche, la que te atrapa en tu búnker y te asfixia con una pesadilla más. Es un uniforme que se extiende sobre los anchos hombros de un chaval enfadado. Negro es el fango, el ojo sin párpados que observa cada respiración, las vibraciones bajas de la valla que se extiende hacia arriba hasta rasgar el cielo.

Es un camino. Un cielo nocturno olvidado, interrumpido por estrellas ya desaparecidas.

Es el cañón de una pistola nueva que te apunta al corazón.

El color del cabello de Chubs, de los cardenales de Liam, de los ojos de Zu.

Negra es una promesa del mañana, desangrada en mentiras y odio.

La traición.

La veo en la esfera de una brújula rota, la siento en la tenaza paralizante del dolor.

Corro, pero es mi sombra. Persiguiendo, devorando, contaminando. Es el botón que nunca nadie debió pulsar, la puerta que nunca debió abrirse, la sangre seca que no puede lavarse. Negros son los restos calcinados de los edificios. El coche oculto en el bosque, esperando. Negro es el humo. Es el fuego. La chispa. El negro es el color de la memoria. Es nuestro color. El único que usarán para contar nuestra historia.

CAPÍTULO UNO

Las sombras se alargaban cada vez más cuanto más me alejaba del centro de la ciudad. Anduve hacia al oeste, en la dirección del sol poniente, que encendía los restos del día. Eso era lo que menos me gustaba del invierno, que la noche parecía llegar cada vez más pronto. El cielo manchado de esmog de Los Ángeles estaba teñido por oscuras pinceladas violeta y ceniza.

En circunstancias normales, habría agradecido la protección extra mientras recorría la sencilla cuadrícula de calles, de regreso a nuestra base. Pero con los escombros producto del ataque, la instalación de estaciones militares y centros de detención, más la congestión de coches inútiles, hechos polvo por el pulso electromagnético y ahora abandonados, el rostro de la ciudad había cambiado de forma tan drástica que el solo hecho de adentrarse un kilómetro a través de aquella devastación bastaba para perderse totalmente. Sin el habitual resplandor neblinoso causado por la contaminación lumínica de la ciudad, si uno de nosotros salía a explorar por la noche debía guiarse por las luces distantes de las caravanas militares.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor y me palpé los bolsillos de la chaqueta para asegurarme de que la linterna y la pistola reglamentaria estaban ahí; ambas eran gentileza de una tal soldado Morales y solo debía usarlas en caso de emergencia absoluta. No iba a dejar que nadie me descubriera, que me vieran corriendo en la oscuridad. Debía regresar a la base.

Una hora antes, la soldado Morales había tenido la desgracia de cruzarse en mi camino al salir sola de su coche patrulla. Yo estaba ahí desde el amanecer, situada detrás de un coche volcado, observando el paso elevado de la autovía, que brillaba con una luz trémula, como una corriente eléctrica, en un flujo constante de luz artificial. Cada hora había contado las minúsculas siluetas uniformadas que se movían en el tramo del camino cercano a mí, entrando y saliendo de los camiones, y los Humvees^[1], alineados parachoques contra parachoques, como otra barrera más. Tenía los músculos acalambrados, pero contuve el impulso de irme a otra parte a esperar a que se me pasara.

La espera había valido mucho la pena. Una soldado había sido suficiente para proporcionarme no solo todas las herramientas que yo necesitaba para volver a la base de forma segura, sino también el conocimiento de cómo podría

finalmente, ¡finalmente!, largarme de esa maldita ciudad.

Miré atrás y adelante dos veces antes de trepar por el montón de ladrillos derrumbados de lo que en otros tiempos había sido el frontispicio de la oficina de un banco, y dejé escapar un sonido de dolor contenido cuando algo dentado me rasguñó un lado de la mano. Irritada, aparté de un puntapié el objeto —una C de metal que había caído del nombre de una tienda— y de inmediato me arrepentí. El ruido estrepitoso y chirriante fue rebotando en los edificios cercanos y a punto estuvo de amortiguar el débil sonido de las voces y los pasos arrastrados.

Me lancé hacia el interior de lo que quedaba del edificio y me agazapé detrás de la primera pared estable que encontré.

—¡Despejado! —oí decir.

—Despejado... —oí responder.

Al girarme, observé el progreso de los soldados que avanzaban por el otro lado de la calle. Conté los cascos —doce— que se dispersaban para investigar las diferentes entradas, todas con los cristales rotos de tiendas y edificios de oficinas. ¿Un refugio? Miré a mi alrededor y, rápidamente, evalué el mobiliario caído y chamuscado mientras me desplazaba hacia uno de los escritorios de madera oscura y me deslizaba debajo. En el exterior, el ruido del roce de los escombros sueltos contra la acera ocultaba mi respiración irregular.

Permanecí donde estaba. Me escocía la nariz por el olor del humo, la ceniza y la gasolina. Seguí con atención las voces hasta que desaparecieron. La ansiedad aún me atenazaba el estómago cuando salí de debajo del escritorio y recorrí la distancia hasta la entrada. Todavía veía a la patrulla que zigzagueaba entre los escombros, a medio camino de la avenida, pero ya no podía esperar ni siquiera unos pocos minutos más.

Al hurgar en los recuerdos de la mujer soldado y reunir los retazos de la información que necesitaba, sentí como si por fin me hubieran quitado un bloque de cemento de encima. La soldado me mostró los huecos en las defensas de la autovía con tanta claridad como si me hubiera entregado un mapa señalado con gruesos trazos negros. Después, yo solo había tenido que borrar mi recuerdo de su memoria.

Sabía que los agentes de la antigua Liga de los Niños se enfadarían al saber que esto había salido bien. Nada de lo que ellos habían intentado había funcionado

y, mientras tanto, el botín de sus exploraciones en busca de comida había ido mermando. Cole los había presionado cada vez más para que me dejaran intentarlo, pero los demás agentes solo aceptaron con la condición de que lo hiciera sola para evitar todo «riesgo» añadido de captura. Ya habíamos perdido a dos agentes que se habían descuidado al salir de la ciudad.

Yo no era descuidada, pero estaba comenzando a desesperar. Era hora de marcharnos o los militares nos harían salir de nuestro escondite mediante el hambre.

El Ejército de Estados Unidos y la Guardia Nacional habían construido una barrera que prácticamente rodeaba todo el centro de Los Ángeles, sirviéndose del sistema de autovías. Los serpenteantes monstruos de cemento formaban un estrecho círculo que encerraba la zona interior de la ciudad, ahogándonos y aislándonos del mundo exterior. La autovía 101 iba hacia el noreste, la interestatal 10 hacia el sur y la 110 hacia el oeste. Podía haber una posibilidad de escapar si partíamos de inmediato, pero... estaba esa palabra que Chubs siempre utilizaba: «traumatizados». Decía que era asombroso que siquiera uno solo de nosotros pudiera moverse.

Yo debería haberlo hecho. Debería haber hecho que partiéramos, en lugar de haberme derrumbado. Debería... si no hubiera estado pensando en su rostro atrapado en la oscuridad. Me llevé las manos a los ojos, conteniendo la náusea y el dolor punzante que me acuchillaba la nuca. «Piensa en otra cosa. Cualquier cosa». Estos dolores de cabeza eran insoportables, mucho peores que los que solía tener después de intentar controlar mis poderes.

No podía detenerme. Me sobrepuse a la sensación de vacío que notaba en las piernas y las obligué a avanzar a un trote estable. Sentía el dolor del agotamiento en el fondo de la garganta y la pesadez de los párpados, pero la adrenalina me mantenía en movimiento, aun cuando algunas partes de mi cuerpo parecían estar a punto de dejar de funcionar. No podía recordar la última vez que había dormido lo bastante profundamente como para escapar de la vigilia de pesadilla que nos rodeaba.

Las carreteras tenían el asfalto levantado formando ampollas, y estaban cubiertas por montones de cemento que el ejército aún no había despejado. Aquí y allá, se veían brillantes manchas de color: un zapato de tacón, un bolso, la bicicleta de alguien... Todo abandonado y olvidado. Algunos objetos habían caído desde las ventanas situadas en los alrededores; el calor de las explosiones cercanas los

había carbonizado hasta dejarlos negros. El despilfarro de la devastación era repulsivo.

Al cruzar corriendo la siguiente intersección, eché un vistazo a la calle Olive y al resplandeciente espacio de luz de la plaza Pershing, tres calles más allá. Habían transformado el antiguo parque en un centro de detención que habían improvisado mientras aún ardían los escombros de la ciudad. La pobre gente encerrada tras el vallado estaba trabajando en los edificios cercanos cuando el presidente Gray había lanzado su ataque contra la Liga de los Niños y la Coalición Federal, el pequeño grupo de expolíticos que se habían unido para hacerle frente. Supuestamente, Gray había tomado represalias porque uno o los dos partidos habían desempeñado un papel destacado en el más reciente atentado contra su vida. Habíamos vigilado estos centros de detención en busca de Cate, observando cómo aumentaba la cantidad de internos a medida que capturaban más y más civiles y los retenían contra su voluntad.

Pero no a Cate. Si ella y los agentes que habían abandonado el Cuartel General antes del ataque no habían conseguido salir de la ciudad, se escondían con tanto éxito que tampoco nosotros podríamos encontrarlos, ni siquiera mediante nuestros procedimientos de contacto de emergencia.

Otro pequeño convoy militar: el zumbido de las radios y el crujido de los neumáticos me pusieron sobre aviso cuando aún estaban a dos calles de distancia. Contuve una exclamación de frustración y me oculté detrás de la carrocería de un todoterreno hasta que los soldados pasaron levantando una nube de polvo gris blancuzco. Me puse de pie, me sacudí y eché a correr.

Nosotros —la Liga o lo que fuera que quedara de nosotros— cambiábamos de sitio cada pocos días; nunca permanecíamos mucho tiempo en el mismo edificio. Cuando nos aventurábamos para buscar agua y alimentos, o salíamos a observar los centros de detención, si advertíamos siquiera el menor indicio de que alguien podía habernos seguido, nos mudábamos de lugar. Era inteligente, eso no se podía negar, pero yo estaba comenzando a perder la pista de dónde estábamos en cada momento.

El silencio, mayor ahora que había cruzado hacia la mitad oriental de la ciudad, era mucho más enervante que la sinfonía del fuego de ametralladoras y disparos de armas que había llenado el aire en los alrededores de la plaza Pershing. Empuñaba la linterna con la mano, pero aún no conseguía obligarme a sacarla del bolsillo; ni siquiera después de arañarme el codo con la pared de estuco

contra la cual me tropecé. Miré el cielo. Luna nueva. Por supuesto.

Un sentimiento de inquietud —el mismo que, posado sobre mi hombro, me había estado susurrando palabras oscuras al oído durante semanas— se transformó en un puñal ardiente clavado en el pecho, que se hundía lentamente y lo desgarraba todo a su paso. Me aclaré la garganta intentando expulsar el aire ponzoñoso de los pulmones. En la siguiente intersección me obligué a detenerme y me zambullí en el nicho vacío de un viejo cajero automático.

«Tómame un respiro», me ordené a mí misma. «Pero de verdad». Intenté sacudir los brazos y las manos, pero la sensación de opresión persistía. Cerré los ojos y escuché un helicóptero lejano que cortaba el aire, moviéndose a una velocidad de furia. El instinto —el instinto provocador e insistente— me empujaba a efectuar un temprano desvío a la derecha en la calle Bay, me instaba a no seguir por Alameda hasta llegar a la intersección con la calle Siete. Esta era una ruta más directa hacia nuestra base actual en la calle Jesse con la avenida Santa Fe; la forma más rápida de comunicar los detalles a los demás, de elaborar un plan y largarnos por fin.

Pero si alguien me estaba vigilando o siguiendo, conseguiría perderlo en la calle Siete. Mis pies tomaron el mando y me condujeron hacia el este, hacia el río Los Ángeles.

Avancé una manzana y media antes de ver las sombras que se movían por la calle Mateo, hacia la Siete. Detuve abruptamente mi veloz marcha y alargué las manos para aferrarme a un buzón antes de ir a parar al centro de la calle con todo el cuerpo.

Dejé escapar un resuello. Demasiado cerca. Eso era lo que ocurría cuando no me tomaba el tiempo para reducir la velocidad y asegurarme realmente de que la calle estaba despejada. Sentí el eco de mi pulso acelerado en las sienas y me apliqué un masaje. Algo cálido y pegajoso me manchaba la frente, pero ahora, sencillamente, no podía ocuparme de eso.

Mantuve la cabeza y el cuerpo agachados mientras avanzaba intentando ver en qué dirección iban ahora los soldados. Ya estaban demasiado cerca de nuestra base; si retrocedía, podría adelantarlos, llegar al almacén y advertir a los demás para largarnos.

Pero los soldados acababan de... detenerse.

En la esquina avanzaron directamente hacia la fachada derrumbada de una especie de ferretería y entraron en el edificio por las ventanas reventadas. Oí risas y voces; se me detuvo la sangre en las venas.

No eran soldados.

Avancé por la calle hacia la tienda, manteniendo una mano apoyada en la pared del edificio hasta encontrar las ventanas; entonces me agazapé.

—¿... dónde la has encontrado?

—Joder, tío.

Más risas.

—Oh, Dios, jamás pensé que me haría tan feliz ver unas roscas...

Miré por encima del alféizar. Dentro del edificio, tres de nuestros agentes — Ferguson, Gates y Sen— estaban en cuclillas frente a un pequeño banquete. Gates, el antiguo SEAL de la marina, abrió una bolsa de patatas fritas con tal fuerza que casi la rompió por la mitad.

«Tienen comida». No podía quitarme esa idea de la cabeza. «Están comiéndosela aquí». La incredulidad era tan paralizadora que los pensamientos me venían de uno en uno.

«No están llevando la comida a los demás».

¿Era esto lo que sucedía cada vez que salía un grupo?

Los agentes habían insistido tanto en salir ellos mismos a explorar para conseguir víveres que yo había supuesto que el motivo era su temor a que alguno de los chicos fuera capturado y delatara la posición actual del grupo. ¿Pero lo que acababa de ver era la verdadera razón? ¿Ser los primeros en echar mano a lo que pudieran encontrar?

Una furia fría, helada, me convirtió los dedos en garras. Me clavé las uñas rotas en las palmas; la punzada de dolor no hizo más que aumentar las náuseas que me revolvían el estómago.

—Dios, qué bueno —dijo Sen.

Aquella mujer era una bestia: alta, con los músculos hinchados bajo una piel tirante y coriácea. Siempre tenía esa expresión en el rostro, como... como si supiera dónde estaban enterrados todos los cuerpos porque ella misma los había puesto allí. Cuando se dignaba a hablarnos a los más pequeños, solo era para ladrarnos que cerrásemos la boca.

Esperé en el silencio que siguió, mientras mi furia crecía con cada segundo.

—Deberíamos volver —dijo Ferguson, incorporándose.

—Están bien. Incluso si Stewart vuelve antes que nosotros, Reynolds está ahí para asegurarse de que no se ponga a fardar otra vez.

—Me preocupa más la...

—¿La sanguijuela? —ofreció Gates con una carcajada—. Será la última en volver. Si es que lo consigue.

Al oír eso se me arquearon las cejas. «Sanguijuela». Yo. Esa era nueva. Me habían llamado tantas cosas peores que la única parte que consideraba ofensiva era que pensarán que no podía hacer un viaje de ida y vuelta atravesando la ciudad sin que me atraparan.

—Ella vale mucho más que los otros —dijo Ferguson—, solo es cuestión de...

—No es cuestión de nada. No nos obedece y eso la convierte en una carga.

Carga. Me llevé el puño a la boca para contener el acceso de ira. Yo sabía qué hacía la Liga con las «cargas». También sabía qué haría yo misma con cualquier agente que lo intentara.

Sen se inclinó hacia atrás, apoyándose en las manos.

—Igualmente, el plan sigue siendo el mismo.

—Bien. —Gates hizo una bola con el paquete de patatas que acababa de exterminar—. ¿Cuánto de esto les llevaremos? Podría comerme otra rosca...

Un tarro de *pretzels* y una bolsa de bollos para perritos calientes. Eso era todo lo que les llevarían a los diecisiete chavales y el puñado de agentes que

habían quedado atrás para cuidar de ellos mientras los demás salían en busca de alimento e información.

Cuando los agentes comenzaron a ponerse de pie, me pegué al edificio a la espera de que cruzaran la ventana y luego, en la intersección, miraran a uno y otro lado. Todavía tenía los puños apretados cuando me levanté y los seguí dejando más de media manzana de distancia, hasta que por fin el almacén estuvo a la vista.

Antes de cruzar la última calle, Sen levantó un mechero por encima de la cabeza, una única llama que el agente apostado en el tejado podía ver. Se oyó un suave silbido como respuesta: la señal para acercarse.

Corrí, acortando el último trayecto que me distanciaba de ellos antes de que la mujer pudiera comenzar a subir por la escalerilla de incendios detrás de los otros agentes.

—¡Agente Sen! —Mi voz era un molesto susurro.

La mujer se balanceó hacia un lado, con una mano en la escalerilla mientras con la otra extraía el arma que guardaba en una pistolera de su equipo de combate. Me llevó un momento darme cuenta de que, mientras los seguía por las calles, yo había tenido todo el tiempo la mano en el bolsillo de la chaqueta, empuñando la pistola que llevaba allí.

—¿Qué? —me espetó, haciendo señas a Gates y a Ferguson para que continuaran subiendo.

«No te alegra verme, ¿verdad?».

—Debo decirle algo... Es... —dije, con la esperanza de que creyera que el temblor de mi voz era fruto del miedo y no ira a punto de explotar—. En esto no me fío de Cole.

Eso sí que le interesó. Los dientes le relumbraron en la oscuridad.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Esta vez fui yo quien sonrió. Y cuando irrumpí en su mente, no me importó si la destruía. Avancé desgarrando recuerdos de literas, de entrenamientos, del Cuartel General y de agentes. Avancé apartando las imágenes a una velocidad mayor que aquella a la cual se solidificaban en mi mente. La sentí sacudir el

cuerpo, temblar ante la potencia de mi ataque.

Cuando encontré lo que buscaba lo supe al instante. Ella lo había imaginado de una manera muy vívida y lo había planeado todo con una maliciosa eficiencia que hasta yo había subestimado. Toda la idea tenía un aspecto lustroso muy poco natural, como de cera caliente. Coches que llegaban a la escena, rostros medio ocultos tras mordazas en los que reconocí a los niños que se encontraban arriba, en el almacén. Uniformes militares de color arena. Uniformes negros. Un intercambio.

Volví a la superficie resollando en busca de aire, incapaz de meter suficiente oxígeno en mis pulmones. El buen sentido me alcanzó justo para alterar su memoria e implantar un recuerdo falso que reemplazase los últimos minutos. No esperé a que se recuperara y la aparté de un empujón para subir por la escalerilla.

«Cole». Mi mente disparaba demasiado rápido y la visión se me iba oscureciendo. «Debo decírselo a Cole».

Además, debía alejarme de la agente antes de sucumbir a la tentación, espantosamente real, de meterle una bala allí mismo, en ese mismo instante.

Porque para ella no había sido suficiente quedarse la comida, o amenazarnos con abandonarnos si no guardábamos silencio, si no nos movíamos más rápido o si no seguíamos su ritmo. Quería deshacerse de nosotros de una vez por todas; entregarle nuestras correas al único grupo que, según creía, podría controlarnos.

Y también deseaba el dinero de la recompensa que le reportaríamos para financiar su siguiente golpe.

CAPÍTULO DOS

Para cuando llegué al segundo nivel del almacén, me ardía el pecho y mi cabeza era una maraña de miedo y pensamientos oscuros. La salida de incendios repiqueteó cuando Sen comenzó a subir detrás de mí y no me alcanzaban las piernas para llegar a la ventana y alejarme de ella lo bastante rápido. Aparté la chaqueta oscura de operaciones que habían colgado para que la débil luz del interior no se viera desde la calle, deslicé las piernas por encima del alféizar y salté dentro.

Desvié frenéticamente la mirada de un charco de temblorosa luz de vela al otro, ignorando los espacios oscuros que había entre ellos. Parecía que todos los chicos estaban apiñados en el rincón más lejano de la habitación, como si Gates y Ferguson los hubieran hecho retroceder hasta allí a cambio de la comida.

«Cole no está —pensé, pasándome los dedos por el cabello—. Maldición». Necesitaba a Cole. Él debía saberlo; teníamos que resolverlo.

—Un poco de agradecimiento serviría de mucho —se burló Gates.

Era como si sus palabras hubieran levantado una gruesa capa de polvo en la silenciosa habitación. De inmediato surgieron voces suaves que daban rápidamente las gracias, antes de que los chavales volvieran a su sitio, con la mirada clavada en el suelo o en otro chaval. En ese momento comprendí lo que no había querido admitir antes. Al final, todos los meses —años en realidad— que habíamos pasado entrenando con los agentes, combatiendo a su lado... Todo desapareció en el instante mismo en que se convencieron de que éramos talones a la espera de ser cobrados.

Encontré las tres caras que buscaba. Vida había regresado de su exploración con la piel bronceada cruzada por un feo corte que Chubs intentaba vendar. Junto a Chubs había una mochila negra. Me mordí el labio, intentando contener el alivio. Dentro de la mochila estaba toda la investigación que yo había salvado del intento de Clancy de incinerarla; todas las páginas de gráficos, diagramas y palabrería médica que su madre había reunido en su búsqueda de una cura para la ENIAA (la enfermedad neurodegenerativa idiopática aguda en adolescentes).

—Abuelita, te lo juro por Dios, si no dejas de murmurar esas malditas

lamentaciones... —dijo Vida entre dientes.

—¡Déjame desinfectarlo! —protestó Chubs.

Liam estaba sentado con la espalda contra la pared, las rodillas flexionadas y los brazos sobre ellas. Observaba a Gates por el rabillo del ojo, con la misma expresión dura que tenía desde el ataque. No cogió comida; cuando le llegó el turno se la pasó a Chubs.

«Los agentes también los entregarán a ellos». ¿Qué habría sucedido si yo no hubiera visto a esos agentes esta noche, si no me hubiera detenido a escuchar lo que Sen y los otros decían? Iban a atacarnos por sorpresa, después de cerrar el trato durante los próximos días. Yo no habría tenido tiempo para hacer nada. ¿Por qué había pensado que podía protegerlos a todos? Ni siquiera había podido proteger a uno solo de los chicos, no cuando fue realmente necesario. Jude...

Sen me golpeó en el hombro al entrar en la habitación detrás de mí. Apenas me percaté de ello.

Estaba en un lugar a varios metros del suelo, era consciente de ello, pero no importaba; en este momento me encontraba en un túnel, abriéndome paso ciegamente entre las paredes derrumbadas que amenazaban con aplastarnos. Perseguida por gritos distantes, ojos que no veían y el estruendo del cemento al hacerse añicos; la tierra caía ahogándolo todo a su paso. El rostro que flotaba ante mis ojos cerrados tenía pecas, y sus ojos marrones y grandes como los de un cervatillo veían cómo se les escapaba la vida. Yo vi todas esas cosas y no hubo nada que pudiera detenerlas. Ningún buen recuerdo era lo bastante intenso como para borrar mis imágenes, imaginarias, de cómo había sucedido. Cómo Jude se había ido para siempre en la oscuridad.

Sentí que me desconectaba. Se encendió cada nervio de mi cuerpo y, en mi interior, todo comenzó a acelerarse, a coger velocidad. La presión dentro de mí creció hasta que estuve segura de que me aplastaría, y la idea de que todos a mi alrededor serían testigos de ello lo hacía diez veces peor.

El contacto sobre mi muñeca fue lo bastante suave como para que la primera vez no lo registrara, pero lo suficientemente firme como para hacerme girar hacia la puerta; lo bastante fuerte, incluso, como para mantenerme erguida cuando las rodillas se me doblaron al dar el primer paso.

Fuera de la habitación, que se me hacía cada vez más pequeña, el vestíbulo

estaba por lo menos cinco grados más frío, y tan silencioso y oscuro que no sentía bullir en la piel el fuego que corría por mis venas. Avancé solo unos pocos pasos por la sala, los suficientes como para no resultar visible desde la puerta antes de hacerme un ovillo y apoyar la cabeza, con cuidado, en las rodillas. Unas manos conocidas me colocaron la chaqueta sobre los hombros y me separaron con cuidado el cabello del sudor que me empapaba la nuca.

—Estás bien, cariño —dijo la voz de Liam. Algo helado me tocó el cuello, una botella de agua fría, quizá—. Solo respira hondo.

—No..., no puedo —dije entre jadeos cortos.

—Claro que puedes —respondió él, con calma.

—Debo... —Me llevé las manos al cuello en un intento de arrancarme lo que me atenazaba la garganta. Liam me cogió las manos con una de las suyas y las sostuvo contra su pecho.

—No debes hacer nada ahora mismo —dijo suavemente—. Todo está bien.

«No lo está, no tienes la menor idea», quise decir. Un dolor agudo me atravesaba la sien derecha, palpitando con más fuerza a cada segundo.

Tocar a Liam me ayudó. Me obligué a aunar mi respiración con las subidas y bajadas de su pecho. El aire frío avanzaba lentamente desanudando la maraña de pensamientos enredados en una jaqueca situada en la parte delantera de mi cráneo. Las arrugas de su ceño se suavizaron cuando él mismo liberó el aliento contenido. Cogió la botella de agua y echó un poco sobre el pañuelo que había extraído de su bolsillo. Lentamente, con ternura, me limpió la sangre y la suciedad de las manos y del rostro.

—¿Mejor?

Asentí mientras cogía la botella para beber un trago.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Yo... —No podía decírselo.

Él y Chubs se habían pasado días enteros planeando el modo de escapar de los demás cuando llegara el momento de abandonar la ciudad. El poco odio que

albergaba en su interior se dirigía claramente a los agentes. Si lo supiera, intentaría hacernos escapar esa misma noche. O, peor aún, podría poner a los agentes sobre aviso por accidente. Nunca había sido capaz de ocultar sus sentimientos como hacía Cole. Leerían en él como en un diario abierto y tomarían medidas rápidamente para evitar que empezara a agitar a los demás chicos.

—Yo solo... me he sentido superada —dije al fin.

—¿Ha estado ocurriendo con mucha frecuencia? —Liam se sentó frente a mí con las piernas cruzadas.

Dios, tampoco quería hablar de estos ataques. No podía hacerlo, ni siquiera con él. Si lo hacía, tendría que hablar de Jude, de lo sucedido, de todo lo que no habíamos tenido tiempo de hablar antes de que las cosas se fueran al infierno. Liam pareció percibirlo, al menos.

—Has estado fuera todo el día —dijo—. Estaba empezando a preocuparme.

—Me llevó un tiempo encontrar a alguien a quien pudiera usar —respondí—. No he estado corriendo por ahí de forma imprudente.

—No he dicho que lo estuvieras haciendo —dijo Liam—. Es solo que me habría gustado que me dijeras adónde ibas.

—No pensé que debiera hacerlo.

—No es que debas hacerlo. Yo no soy tu guardián. Estaba asustado, ¿vale?

No respondí. Ahora, las cosas entre nosotros eran así. Juntos, pero no de la forma importante, como estábamos hacía solo unos meses. Después de que yo traicionara su confianza, no estaba segura de que las cosas pudieran volver a ser como antes. Y no ayudaba el que yo sintiera que recaía en la única forma que conocía de hacer frente a todo eso: luchar con mis pensamientos dentro de mi cabeza, encerrándolos ahí para que no pudieran infectar a nadie más. Yo había construido ese muro invisible entre nosotros cuidadosamente, ladrillo a ladrillo, hasta cuando lo abrazaba, cuando lo cogía de la mano, cuando lo besaba.

Era tan egoísta —yo sabía que lo era— aceptar incluso esos gestos, cuando yo no le devolvía nada... Pero necesitaba que él estuviera ahí. Necesitaba su presencia a mis espaldas, a mi lado. Necesitaba ver su rostro y oír su voz, y saber que estaba a salvo y que yo podía protegerlo. Esa era la única manera de resistir

cada día.

Pero resultaba imposible limitar o compartimentar las cosas cuando estaba con él. Liam era un conversador. Sentía las cosas más profundamente que cualquier otra persona que yo conociera. Había estado intentando iniciar esta conversación conmigo desde hacía días. «No eres responsable de lo que le ocurrió a Jude. Sobre lo que pasó en el refugio...».

—Ruby, de verdad, ¿qué ha sucedido? —preguntó, sujetándome suavemente las muñecas con las manos.

—Lo siento —susurré, porque ¿qué más podía decir?—. Lo siento. No era mi intención ser tan... No era mi intención preocuparte. No ocurre nada. Debería habértelo dicho, pero tuve que salir deprisa. —«Y sabía que intentarías decirme que era demasiado peligroso y no quería discutir»—. Pero tengo lo que necesitábamos. Sé cómo conseguir que salgamos de aquí.

Apretó los labios en una delgada línea mientras me estudiaba. Liam no parecía satisfecho en lo más mínimo con mi respuesta, pero estaba más que dispuesto a dejar ese tema y pasar a otro.

—¿Eso quiere decir que finalmente podemos hablar de lo que viene a continuación?

—Cole no nos dejará marcharnos.

«Y menos aun, a ti».

—Podríamos buscar a mis padres...

—¿No es igual de peligroso conducir sin destino en busca de tu madre y de Harry que quedarnos aquí con los demás? —pregunté—. Esta es nuestra lucha..., lo que siempre quisimos, ¿lo recuerdas? Cole y yo acordamos que ahora nos centraríamos realmente en ayudar a los chavales, en liberarlos de los centros de detención.

Por lo menos, eso era lo que queríamos cuando estábamos en East River. Entonces Liam llevaba el timón, conduciéndonos a todos hacia el sueño de liberar a los chicos de los programas de rehabilitación. Tal vez era una tontería por mi parte esperar que lo sucedido allí no hubiera afectado a su sueño. Pero no había duda de que había desviado la mirada hacia la puerta de la habitación que solo Cole y yo

estábamos autorizados a cruzar, hacia el monstruo que esperaba en su interior.

—Cole dice que es el momento, y que los agentes podrían estar siendo sinceros para variar —dijo Liam—. ¿Pero cuánto tiempo pasará antes de que vuelvan a sus ardidés?

Intenté contener una mueca de dolor. «Menos del que piensas».

—Esto ya no es la Liga.

—Exacto. Podría ser algo peor.

—No si estamos aquí para impedir que se transforme en eso —dije—. ¿Podemos al menos darles un poco de tiempo? ¿Ver qué ocurre? Si todo se va al diablo, podemos largarnos, te lo prometo. Pero al menos..., tengo que saber si Cate y los otros lo han conseguido. Si lo han hecho, nos estarán esperando. Ella tiene el lápiz de memoria con la investigación de Leda Corporation sobre la causa de la ENIAA. Si podemos organizar la información con la cura... no solo nos estaremos ayudando a nosotros mismos, sino que estaremos ayudando a todos los chavales que vengan detrás de nosotros.

Liam negó con la cabeza.

—No quiero hacerte sentir que todo ha sido en vano, pero ¿qué sucederá si no hay nada útil en esas páginas que rescataste del fuego? Si dependiera de lo que entendemos de ellas, podríamos hacerlas pedazos ahora mismo y nada en nuestras vidas cambiaría. No quiero que solo... nos apeguemos a la idea de esas páginas con la esperanza de que un día llegaremos a comprenderlas.

Desde un punto de vista objetivo, yo sabía que lo que Liam decía era verdad, pero sus palabras suscitaron tal negación, tal furia en mi interior que casi lo aparté de un empujón. Ahora mismo yo no necesitaba la realidad. Necesitaba la esperanza de que sería capaz de mirar esas páginas chamuscadas y ver más allá de las consabidas palabras: «Proyecto Snowfall. ENIAA. Profesora».

Abandonar ese último jirón de esperanza significaría que el fugaz instante de triunfo sobre Clancy no había sido un pequeño instante de victoria en absoluto. Significaría que, al fin y al cabo, él había ganado. Había sobrevivido a la destrucción del Cuartel General, y la información que él se había esforzado tanto por ocultarnos resultaría inútil.

Necesitábamos todo aquello. Yo lo necesitaba. Los rostros de mi familia surgieron en mi mente, con el sol a sus espaldas. A la misma velocidad, la imagen desapareció y fue reemplazada por otra: Sam y las sombras de la Cabaña 27 sobre sus mejillas mientras ella se desvanecía como un fantasma. Luego se transformó en un interminable desfile de rostros, los que había dejado detrás de la valla eléctrica en Thurmond.

Me clavé los dedos en la parte superior de los muslos y retorcí la tela del pantalón hasta que estuve segura de que se desgarraría. La horrible verdad era que, sin importar hasta qué punto me lo negara, faltaba información decisiva. Y la única persona que poseía esa información era la persona que Clancy se había asegurado de que no encontráramos jamás: su madre, Lillian Gray.

—No voy a rendirme —dijo Liam, con fiereza en la voz—. Si esto no sale bien, pensaremos en otra cosa.

Extendí la mano para acariciarle la mejilla y sentí el bozo áspero que crecía sobre ella. Él suspiró, pero no discutió.

—No quiero pelear —dije con voz queda—. Nunca quiero pelear contigo.

—Entonces no lo hagas. Es así de simple, cariño. —Inclinó la frente hacia la mía—. Pero debemos decidir estas cosas juntos. Todo lo importante. Prométemelo.

—Lo prometo —susurré—. Pero volveremos al Rancho. Tenemos que volver.

Antes de que se construyera el Cuartel General, la Liga había operado en California del Norte desde una base a la cual le habían dado el cariñoso nombre clave de «el Rancho». El sitio en sí ahora estaba ferozmente defendido, lo cual era adecuado dado su calidad de base de «último refugio» al que dirigirse en caso de emergencia. Solo los agentes más antiguos —incluido Cole— habían estado allí en aquella época y sabían realmente dónde se encontraba.

Si Cate había conseguido escapar, estaría esperando ahí. Me la imaginé caminando por una sala vacía, como si esperara que cruzásemos la puerta de un momento a otro. Ahora ya debía de estar loca de preocupación.

Un pensamiento se deslizó en mi mente y ahuyentó cualquier posible esperanza. «Tendré que decírselo a ella».

Oh, Dios, ¿por qué no había pensado en eso? Ella no lo sabía, no podía saberlo. «Ella había confiado en mí. Me había encargado que lo cuidara». Ella no tenía idea de que Jude...

Cerré los ojos, concentrándome en la mano de Liam, que se deslizaba suavemente por mi columna.

—¿... «diablos» es esto? —La voz de Sen restalló en la habitación, recorrió el vestíbulo y reventó nuestra íntima burbuja—. Stewart, has hecho un montón de estupideces, y quiero decir un montón, pero esto es... es...

—¿Un ramalazo de genialidad? —dijo Cole, y casi pude oír la sonrisa en su voz—. De nada.

Ya estaba de pie antes de que Liam pudiera lanzarme una mirada de exasperación.

—Vamos —dije—, algo sucede.

—Ya, ya —dijo Liam, colocando su mano en la parte inferior de mi espalda y conduciéndome hacia la habitación—. ¿Cuándo hay un momento en que no suceda nada con él?

Los agentes se habían dispuesto alrededor de la ventana en un círculo tan estrecho que lo único que podía ver era la gorra negra de punto de Cole, más allá de sus cabezas. Eché un vistazo a los chavales, la mayoría de los cuales estaban de pie, intentando ver qué ocurría.

—¿Ru?

Al oír el nombre, me erguí y algo me oprimió el vientre. Me volví hacia la voz de Nico.

—¿Sí?

—¿Va todo...? —Miró a los agentes—. ¿Va todo bien?

—¿Tú qué crees? —le espeté.

Nico se encogió al oír mi tono, lo cual solo sirvió para irritarme aun más. No me quedaba ni una pizca de compasión por él. El triste, asustado y traicionero

Nico.

Cuando advirtieron que los aparatos electrónicos no tenían solución y que no había forma de que los dos Amarillos que habíamos dejado los resucitaran, los Verdes ya no supieron qué hacer consigo mismos. Nico pasaba la mayor parte de su tiempo durmiendo; solo parecía advertir mi presencia y la de Vida con alguna que otra palabra.

La pena que había sentido por él, por cómo Clancy lo había manipulado, se había esfumado al llegar a una sencilla conclusión: si Nico nunca le hubiera dado a Clancy información sobre el proyecto Snowfall y el paradero de su madre, si no hubiera sido tan estúpido como para pedirle al hijo del presidente que nos rastreara, nunca nos habríamos encontrado en esa situación. Jude estaría vivo y nosotros no estaríamos atrapados en el infierno que era Los Ángeles.

—Ruby —comenzó a decir Liam en tono de desaprobación.

No me importaba. Yo no estaba ahí para consolar a ese niño. Alcé los brazos mientras Chubs y Vida se abrían paso entre los agentes que nos separaban, acercándose a nosotros, pero Chubs soltó con tono ansioso:

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No, Abu, se está muriendo. Se está desangrando a tus pies. —Vida hizo un gesto de impaciencia—. ¿Conseguiste lo que necesitabas?

—Sí...

—Perdón por mostrar preocupación por mi amiga —gruñó Chubs, volviéndose hacia ella—. Me doy cuenta de que sin duda se trata de un concepto ajeno a todo psicópata...

—Esta psicópata duerme a menos de un metro de ti —le recordó Vida con una voz que era toda dulzura.

—Vaya, tenemos unos amigos encantadores —murmuró Liam.

Yo ya me había desconectado de la conversación. Cole miró en nuestra dirección con las cejas alzadas en una silenciosa pregunta. Asentí con la cabeza y él se volvió para mirar a la mujer que estaba junto a él.

Era una mujer de mediana edad, de piel olivácea y arrugada, que se encontraba en un obvio estado de tensión. Lo que alguna vez debió de ser un caro vestido azul marino tenía la costura de la falda desgarrada. El cabello le colgaba, lacio, de un moño: en algunas zonas lo tenía gris, ya fuera por el polvo de cemento o por la edad. Recorrió la habitación con sus ojos grandes y oscuros y se detuvo al ver a los niños.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Cole.

—Una civil que ahora puede identificarnos a todos, volver y dar la información a los militares —le replicó Sen.

—Me llamo Anabel Cruz —dijo la mujer, con una dignidad sorprendente para alguien que iba por ahí cojeando sobre unos tacones rotos.

—Por Dios, si seréis memos —dijo Cole cuando todos se volvieron hacia él con una mirada vacía—. Una de las senadoras de California. El enlace internacional de la Coalición Federal. Ha trabajado estableciendo los contactos necesarios y negociando el posible apoyo por parte de otras naciones.

Sen no parecía impresionada. Se volvió hacia Cole otra vez, con los brazos en jarra.

—¿Te has ocupado siquiera de intentar confirmar su identidad? Si pertenecía a la CF, ¿por qué no está en uno de los centros de detención?

—Puedo hablar por mí misma —dijo la senadora Cruz con los ojos centelleantes—. Cuando comenzaron los ataques, yo estaba en una reunión con los de Amplify, fuera de nuestro cuartel general.

—¿Amplify, la organización clandestina de noticias? —preguntó Gates.

Liam se volvió para mirarme, confuso. Se lo expliqué en voz baja, utilizando el menor número de palabras posible. El grupo existía desde hacía un par de años, tal vez tres. Mi impresión era que se trataba de un grupo de reporteros y editores que habían ido a parar a la lista negra de Gray por cubrir temas «peligrosos», como revueltas y protestas, y después habían tenido que pasar a la clandestinidad.

Liam abrió la boca, con un extraño centelleo en los ojos.

—Lo cual, sí... —dijo Cole, mirando a los demás agentes—. Me doy cuenta

de que dice mucho sobre su sentido común, pero...

—¿Perdón? —exclamó la senadora, al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Quiere decir que Amplify no tiene un buen historial en lo que se refiere a comprobar sus acusaciones. Consiguen sus segundos de gloria aquí y allá, antes de que Gray los haga callar —dijo Sen, evaluando otra vez a la mujer—. *Online*, en los medios sociales que aún no han sido bloqueados, panfletos del tipo «rápido y sucio». Tienen muy poca difusión. No consiguen una mierda.

Eso era, claramente, lo único en que Cole y Sen estaban de acuerdo.

—El reportero quedó atrapado con ella en la ciudad —dijo Cole a los demás—. Yo estaba fuera, explorando como siempre, y oí que los militares irrumpían en un edificio cercano. Lo buscaban a él, no a ella. Le dispararon en cuanto lo vieron, y probablemente habrían hecho lo mismo con ella si no se hubiese identificado.

—Y entonces es cuando haces tu entrada triunfal y los salvas a todos. —Dijo Sen, con un gesto de impaciencia. El odio que yo sentía hacia esa mujer me estaba comenzando a nublar el juicio. Di otro paso al frente—. Y todo lo que conseguiste fue traer otra boca que alimentar.

—Hablando de eso... —Cole se quitó la mochila llena del hombro y se la lanzó a una de las Verdes—. He encontrado una de esas tiendas de zumos que todavía tenía algunos productos decentes en las neveras. No es mucho, pero es mejor que la porquería que hemos estado comiendo.

La chica parecía haber recibido un pastel de cumpleaños hecho y glaseado personalmente para ella por Cole. Chubs ya estaba ahí, abriendo la cremallera tan rápido que pensé que debía de haberse teletransportado. Los demás lo siguieron, dándole las gracias a Cole e intentando hacerle coger una manzana entera.

—Estoy bien. Es igual, gracias.

Cuando se volvió hacia Sen, todavía lucía su sonrisa, ahora más amplia ante la mirada de absoluto desprecio que ella le estaba dirigiendo. Pero yo podía captar algo peligroso en su quietud, en el modo en que inclinaba la cabeza hacia la derecha. Era como una cerilla a la espera de que la frotaran sobre un material un poco más áspero.

—Estoy algo sorprendido, Sen. Imaginaba que te encantaría tener a alguien así en el equipo. Cuando estemos fuera, ella será de increíble utilidad para conectar lo que estamos haciendo con el resto del mundo —dijo por fin, en tono ligero—. Estamos haciendo borrón y cuenta nueva, ¿no?

Sí, bueno. Sen no tenía el menor interés en conectarnos con el mundo. Quería arrasarlo a nuestro alrededor. Con todo, en las palabras de Cole había una pregunta oculta, un reto. Cuanto más se alargaba todo esto, más comenzaban a mover los pies los otros agentes, a mirarse a hurtadillas entre sí. Era obvio que algunos de los Verdes, los de reacciones rápidas, comprendían la situación de forma mucho más profunda que los demás, quienes parecían contentarse con atribuir la consabida tensión a las frustraciones de siempre.

«Lo sabe». La conciencia me agujijoneó en algún rincón de la mente. Cole tal vez no conociera todos los detalles, pero debía de tener la sensación de que los agentes no cumplirían su palabra de ayudarnos a liberar a los chicos de los centros de detención. Le estaba tendiendo una trampa, estaba intentando que Sen lo admitiera delante de los chicos.

—Estaré encantada de conversar sobre mis ideas contigo —dijo la senadora Cruz—. Siempre que podamos salir de la ciudad.

En la habitación, todo el mundo dirigió la atención hacia mí.

—Sí, es lo que pensábamos. No tienen suficientes recursos para patrullar las calles y, además, vigilar tantos kilómetros de autovía. Han dispuesto algunas zonas en las que por la noche no hay más que vehículos vacíos y reflectores.

Me acerqué al mapa callejero de Los Ángeles que habíamos colgado en la pared tras encontrarlo en un coche, cerca de allí. Indiqué los tres puntos que había visto en la mente de la soldado, orgullosa de lo firme que era mi voz mientras unas imágenes imprecisas comenzaban a reptar desde algún rincón de mi mente. FEP (Fuerzas Especiales Psi). Los símbolos Psi bordados en rojo. Bridas. Bozal. Dinero. Armas. No podía mirar a ninguno de los agentes. Ahora que sabía lo que querían realmente y cómo iban a recompensarme por sacar sus culos de esta ciudad, en el fondo de mi mente una vocecita oscura empezó a susurrar: «Miente». La vocecita quería que omitiera unos cuantos detalles clave. Dejar que se acercaran lo suficiente al peligro como para magullarse.

—Toma —dijo Cole, pasándome un boli—. Señálalos para que podamos

verlos.

Gates masculló algo por lo bajo y me volví hacia él, cruzándome de brazos y mirándolo fijamente a los ojos. Él desvió la mirada de inmediato, mientras se limpiaba la boca y la nariz con la manga. El parpadeo de temor que advertí en su expresión hizo más por mi confianza que la mano tranquilizadora que Cole me puso en la cabeza al inclinarse sobre mi hombro para estudiar las marcas que yo había dibujado.

—Estoy segura de que hay más —dije—, pero estas son las únicas que vi.

Cole recorrió la habitación con la mirada, calculando en silencio cuántos habría en cada grupo si solo disponíamos de tres salidas potenciales. Diecisiete chicos. Veinticuatro agentes, veinte menos con respecto al grupo que había venido a liberar el Cuartel General. Cinco habían muerto durante el ataque inicial y el resto había desertado. Ocho grupos de cinco o algo así. Era factible.

—Tendrá que ser rápido y con una sincronización muy precisa —dijo Sen—. Podría haber cientos de kilómetros antes de encontrar una zona que no haya sido afectada por los pulsos electromagnéticos. Todo a pie.

—Lo tenían señalado en el mapa que vi —dije, destapando otra vez el boli y esbozando el área para que la vieran.

Beverly Hills hacia el oeste, Monterey Park hacia el este, Glendale al norte y Compton al sur. En todo caso, no era una zona tan enorme. Por lo menos, era mucho menor de lo que yo había esperado.

—Asignaremos los grupos esta noche y partiremos dentro de unas horas: ¿a las tres o las cuatro de la mañana?

—Tenemos que discutir bien nuestra estrategia —protestó Gates—. Reunir provisiones.

—No, lo que tenemos que hacer es largarnos de esta maldita ciudad —dijo Cole— tan rápido como sea posible. Los demás nos esperan en el Rancho.

Le cogí la muñeca, indicándole la puerta con la mirada.

Asintió ligeramente antes de dirigir su atención otra vez a la habitación.

—Os tendréis que ir todos a la cama lo antes posible, porque partiremos dentro de unas horas. Sí, eso es Blair —dijo, volviéndose hacia una de las Verdes más jóvenes, quien lanzó un resuello—. Eso es lo que me gusta oír. ¡Entusiasmo! Pronto cambiarán las circunstancias.

—No puedes tomar una decisión como esta sin que el resto de nosotros hayamos participado —lo interrumpió Sen—. Tú no tomas las decisiones.

—¿Sabes qué? —dijo Cole—. Acabo de hacerlo. ¿Alguien tiene un problema con eso?

La habitación estaba en silencio. Los niños negaron con la cabeza, pero los rostros de los agentes se convirtieron en una galería de expresiones adustas y tensas. Sin embargo, nadie dijo nada.

—¿Y qué sucederá con la gente que está en los centros de detención? —preguntó la senadora Cruz, acercándose a nosotros para estudiar el mapa con sus propios ojos—. ¿Sencillamente, los abandonamos a su destino? Preferiría quedarme aquí y...

—¿Hacerse capturar y ser llevada a uno de esos juicios? —la interrumpió Cole—. Usted dijo que estaba en medio de una gran negociación con los líderes del mundo: ¿por qué querría posponer esa conversación cuando llevarla a cabo nos ayudaría a todos? A menos que estuviera mintiendo.

—No estaba mintiendo —le replicó ella con un brillo en sus ojos oscuros—. Esas personas son mis amigos y colegas. Hemos arriesgado nuestras vidas en el intento de enderezar este país.

—La gente sabrá lo que ha ocurrido aquí —prometió Cole—. No los dejaremos mucho tiempo. Me aseguraré de ello y usted me ayudará.

Entonces la conversación se desvió hacia la estrategia, la forma correcta de distribuir los grupos y las rutas que debíamos seguir hacia el norte.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Cole a los grupos de niños que avanzaban con lentitud hacia la puerta. Volvió la mirada hacia mí, al tiempo que proseguía—: ¿Tenéis todos comida suficiente?

Se oyó un coro de síes. Mentían, por supuesto. Me pregunté si pensaban que la verdad decepcionaría a Cole o que lo impulsaría a salir otra vez. Aun si

restáramos la capacidad de Cole para convencer hasta a un gato de entregar el pellejo, se los habría ganado por el solo hecho de actuar como si los chicos le importaran.

—Todavía quiero participar en ese torneo de ochos locos —añadió, señalando a uno de los Verdes que pasaba junto a él—. Voy a por esa corona, Sean. Cuídate.

—Tú sigue intentándolo, tío —retrucó el chico—. Veamos si puedes mantener el ritmo.

Cole hizo como si le hubieran disparado al corazón.

—¡Sois un montón de mocosos! Podría enseñaros un par de cosas sobre ganar...

—O lo que los demás llamamos hacer trampas —añadió Liam en voz alta.

Se había apostado con Chubs y Vida junto a la ventana, donde conversaban tranquilamente con Nico y otro Verde. Desvió la mirada de sus espaldas a sus manos y, por último, a sus pies. «¿Dónde está?».

—Lo que explica por qué siempre pierde —dijo Cole a los demás, guiñándoles un ojo.

Los agentes habían emigrado hacia el otro extremo de la habitación para estar más cerca del mapa, supongo que con la finalidad de hacer sus propios planes. Daba igual lo que la senadora Cruz intentara decirles en ese momento; ellos la ignoraban.

«¿Dónde está la mochila?». Regresé rodeando a los niños que me bloqueaban el paso, mientras examinaba el suelo, y la encontré colgada del hombro de Ferguson. La temperatura me subió tres grados. Entonces supe, así de fácil, que si quería tener la investigación sobre la cura otra vez en mis manos, iba a tener que obligarlos a que me la dieran: tendría que hacer que todos y cada uno de ellos me la entregara.

Cole llegó a la puerta que conducía al pasillo e inclinó la cabeza. Esperé un minuto más antes de seguirlo. Si los agentes lo advirtieron, no les importó. Les había dado lo que necesitaban para llevar a cabo su plan, ¿no es así?

El pasillo aún estaba unos cinco grados más frío que la habitación; cuando salí del tenue resplandor que se filtraba por la puerta abierta, apenas podía ver a un metro por delante de mí. Por un segundo deseé haber cogido la linterna que había robado, pero parecía que esta era una conversación a la que le iban mejor las sombras. Desprovisto de todo menos del cemento y de las coloridas tuberías, el edificio era como una tumba; ahí dentro hasta el aire era rancio.

Conté mentalmente cien pasos, y estaba segura de que ya me encontraba cerca del final del pasillo, cuando una mano surgió de la oscuridad y me cogió. Me arrastró hacia el interior de un espacio pequeño y estrecho. ¿Un armario? El corazón todavía me palpitaba cuando la puerta se cerró detrás de mí.

—Bueno, Joyita... —comenzó a decir Cole—. Una noche agitada, ¿eh?

La única manera en la que había sido capaz de mantenerme entera esas últimas dos semanas había sido sellando en mi interior cada aterrador impulso emocional que había intentado emerger borboteando. Ahora, sin embargo, me habían sacudido tanto que la explosión era solo cuestión de tiempo. Solo esperaba que no fuese en ese momento y que no llegara en forma de lágrimas y sollozos. No pude decir una palabra.

—Joyita... Por Dios.

Cole me puso una mano sobre el hombro, tranquilizándome mientras chasqueaba los dedos. Una llama parpadeó en la yema de uno de ellos e inundó el atestado espacio de luz.

—Regresaba... —conseguí decir, empleándome a fondo—. He oído a Sen y a los otros... No van a... No vamos al Rancho. Miré dentro de su cabeza y... lo que harán es..., van a...

—Comienza por el principio —dijo Cole—. Ve despacio. Dime todo lo que les has oído decir a los agentes. Lo que has visto.

Se lo repetí palabra por palabra. Le conté cómo iban a meter a uno o dos chicos en cada coche, cómo planeaban esperar una o dos horas, hasta que nos hubiéramos alejado, antes de entregar a cada chico. El intercambio de carne y hueso por dinero manchado de sangre. Las armas que comprarían, los explosivos que colocarían... Y luego irían en busca de Gray al lugar al cual lo creían lo bastante idiota como para ir: la recién reconstruida Washington D. C.

La expresión de Cole era inescrutable, de un hermetismo imposible hasta para Liam. Si no hubiera visto el espasmo de su mano, no habría sabido que estaba furioso, hasta que habló. Sin embargo, durante un largo rato no dijo nada. Noté un hilillo de sudor que me bajaba por la cara y, por un momento, me sentí tentada de abrir la puerta y dejar entrar el aire fresco. Finalmente, dijo:

—Yo me encargaré.

—Nos encargaremos. Pero debes decidirte —le dije—. Ahora mismo. No puedes seguir navegando entre dos ríos, intentando tener un pie a cada lado. Decide si estás con nosotros o con ellos.

—Por supuesto que estoy contigo —replicó ásperamente, como si lo irritara que yo hubiese sugerido lo contrario—. Sabes que yo... Esto también me afecta. Te hice una promesa allá en Los Ángeles, ¿no es verdad? ¿Estás intentando hacerme parecer un mentiroso?

—No, yo solo... —respiré hondo—. No les has dicho a los demás lo que eres. Ni siquiera a Liam. No le has echado un vistazo a la investigación sobre la cura desde aquella primera noche.

—Oh, vaya, ¿no podría ser que intentaba no llamar la atención sobre el hecho de que tengo un interés personal en deshacerme de ciertos poderes deliciosamente monstruosos? —Dejó que la llama se apagara por un momento y luego volvió a encenderla, como si quisiera poner énfasis—. No puedo mostrar interés en algo sin que los agentes se pregunten por qué o sin que lo quieran para sí mismos solo porque yo tengo interés. Es un juego al que he jugado durante años.

—Esto no es un juego, nada de esto lo es —respondí—. Ahora no nos devolverán la investigación.

—Soy muy consciente de ello y he tomado mis precauciones. Sus nombres son Blair y Sara.

Eran las dos chicas Verdes. Con memoria fotográfica.

—¿Se la diste para que la memorizaran?

—Las he puesto a prueba. Hice que reprodujeran un diagrama y un gráfico, y ambas lo han clavado. Creo que deberíamos dejar que los agentes conserven la mochila: nos ayudará a convencerlos de lo que queremos hacer —dijo.

Erguí la espalda y miré más allá de su rostro, donde no tuviera que oír aquel acento sureño ni ver aquella sonrisa, marca Stewart.

—Tengo una idea, pero también tengo la sensación de que no va a gustarte.

—Magnífica introducción.

—Ahora lo digo en serio, Joyita. Esto tiene que quedar entre tú y yo, ¿comprendido? Si no es así, no funcionará. Prométemelo. Es la única manera de deshacernos de ellos antes de que ellos se deshagan de nosotros.

Cole me ofreció una mano y yo dudé antes de cogerla. La sostuve el tiempo suficiente como para sentir cómo su calor natural, innato, entibiaba el aire a nuestro alrededor. Clancy me había dicho una vez que debía existir una jerarquía natural entre las personas con aptitudes Psi: que quienes poseían mayor poder debían liderar a los demás, sencillamente porque no había nadie lo bastante poderoso como para cuestionarlos. Y ahora, sosteniendo la mano de Cole, comprendí que eso era cierto, pero por una razón diferente. Nosotros éramos los que veíamos el espectro completo de todo lo bueno y todo lo malo que tenían los poderes que se nos habían otorgado; se nos había temido y odiado, y habíamos temido y odiado. Ninguno de nosotros deseaba eso que poseíamos; jamás habíamos intentado conservar nuestros poderes ni abusar de nuestra posición más de lo que nos resultaba absolutamente necesario. Y, en un nivel básico, quienes tenían más poder debían estar en el frente, aunque solo fuera porque teníamos más oportunidades de proteger a los demás.

Le apreté la mano. Una mirada de gratitud y alivio le recorrió las facciones antes de que pudiera recuperar su expresión habitual de arrogante indiferencia.

—Entonces, ¿cuál es nuestro siguiente paso? —pregunté—. ¿Cómo conseguiremos hacer algo sin disponer de fuerzas entrenadas? ¿Adónde iremos?

—Nosotros al Rancho —dijo Cole—. Ellos irán al cuartel general de Kansas, con el resto de los agentes. Así lograrán deshacerse de nosotros, pero no obtendrán el maldito Rancho. Eso es nuestro.

—¿Cómo lo conseguirás? —pregunté.

—Joyita, la mejor pregunta es: ¿cuánto tardarás en convencerlos de que el Rancho está..., eh..., en ruinas..., de que carece de cualquier cosa útil... y de que es imposible de defender?

Al comprenderlo, me quedé helada por dentro.

—Quieres que influya en ellos. Hay más de doce agentes...

—Y dispones de tres horas antes de irnos —dijo Cole, dejando que la llama se apagara otra vez—. Así que te sugiero que te des prisa.

CAPÍTULO TRES

En el tumulto previo a nuestra partida, cada uno tenía diferentes tareas que realizar. Algunos fueron enviados a relevar a los que estaban de guardia mientras otros empaquetaban el equipo de repuesto que habíamos acumulado, y otros, como Liam y Chubs, distribuían la poca comida que quedaba entre los diferentes equipos. Yo pasaba entre los agentes como una brisa inesperada, rozando sus mentes con igual suavidad. Cole y yo habíamos decidido el orden en que debía hacerlo para que el cambio de plan pareciera más natural, lo cual significaba comenzar con la agente Sen.

Me coloqué detrás de ella, espalda contra espalda, mientras ella estudiaba el mapa y revisaba las listas iniciales de quién viajaba con quién. Puesto que ya le había abierto la mente una vez, el segundo viaje fue más fácil que poner una llave en una cerradura bien engrasada.

Con cada agente, me empecé a sentir más y más lenta, obligada a abrirme paso a través de escenas de violencia inútil, de entrenamiento, de sueños... Había pasado seis meses con estas personas, pero me tomó menos de media hora comprender, por fin, la trayectoria de su odio: hacia Gray, hacia nosotros, hacia todo lo que se interponía en su camino. Había tantas pérdidas dolorosas entre ellos que habían creado un agujero negro que los succionaba.

Cuando acabé, me sentí como una roca tras haber superado un alud. Lo bastante firme como para cruzar las tres puertas hacia el pasillo y lidiar con Clancy Gray.

Le di un toque en el costado con el pie, puede que un poco más fuerte de lo necesario.

—Despierta.

Clancy lanzó un quejido; cuando le alumbré la cara con la linterna, tenía los ojos vidriosos.

—Si esta conversación no incluye desatarme las manos, un espejo, la muerte desagradable y prematura de cualquiera de los hermanos Stewart o ropa limpia, no estoy interesado.

Le enganché el brazo con el talón obligándolo a rodar hasta quedar de espaldas. Me miró con furia a través del oscuro flequillo que le colgaba en picos sobre los ojos. El cieno de los desagües que había utilizado para escapar del Cuartel General había pasado de un repugnante negro a un gris seco, como una costra, que se desprendía en escamas con el más mínimo de sus movimientos.

—¿No hay comida? —resopló—. Usar la privación de alimento como tortura es tan... directo.

—No es una tortura —dije, haciendo un gesto de impaciencia.

Por lo menos no lo era en el sentido tradicional del término. No sé si a Clancy le molestaba mucho que lo mantuviéramos apartado de los demás, en una especie de confinamiento solitario. Creo que lo que le molestaba era que le impidiéramos el acceso a la información y que solo pudiera captar fragmentos de conversaciones a través de la pared. Ese era el infierno perfecto para Clancy Gray. Eso y las ropas mugrientas que se le pegaban a la piel en sitios incómodos.

Levanté la camiseta y el pantalón de chándal limpios y se los dejé caer sobre la cara.

—Voy a desatarte las manos y los pies, y te daré un trapo y un cubo con agua para que te asees; después vendrás en silencio y harás exactamente lo que te diga.

Usé el pequeño cuchillo que me había dado Cole para cortar las bridas de sus tobillos, ignorando los verdugones que tenía en la piel.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sentándose—. ¿Qué haces?

—Nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Clancy, frotándose las muñecas cuando también se las dejé libres—. He oído que hay una vieja cámara frigorífica a pocas calles de aquí. Eso sería una mejora.

Le di la espalda mientras él se desvestía y lancé el trapo, por encima del hombro, en dirección a él. Mantuve la vista clavada en el suelo, escuchando cómo se frotaba el cuerpo.

—Por supuesto, agua caliente sería mucho pedir —se quejó—. Ni siquiera

tengo una toalla...

Dejó de moverse. Oí que el trapo caía sobre las baldosas y eché un vistazo por encima del hombro, manteniendo la mirada sobre sus hombros desnudos. Me observaba con los ojos entrecerrados: obviamente, estaba elaborando una idea.

—¿Qué es lo que pasa realmente?

—Nos vamos —repetí, esforzándome por contener el habitual acceso de repulsión.

Clancy no tenía información. No conseguía nada aparte de los escasos datos que tampoco se merecía. No dije nada más y sentí una sensación de cosquilleo en la nuca en el momento en que su mente, aparentemente sin querer, intentó chocar con la mía, como si llamara a la puerta para entrar. La intercepté imaginando una puerta que se le cerraba de golpe en la nariz. Clancy se encogió por la fuerza del bloqueo.

—Vais a intercambiaros..., a entregarme —dijo con voz tensa—. Por eso hacéis que me lave.

Si no se hubiera acercado tanto a lo que los agentes planeaban hacer con nosotros, habría intentado torturarlo con esa posibilidad. Tal como estaban las cosas, no tenía estómago para hacerlo.

—Te gustaría, ¿no? Doblegar a unos cuantos de las FEP, orquestar una huida...

—Vaya, así que todavía eres capaz de decir oraciones que contienen más de tres palabras —dijo Clancy, colocándose la camiseta limpia por encima de la cabeza. Después se puso los pantalones, una pierna por vez. Estaba más pálido de lo que yo recordaba, tan flaco y sombrío como el resto de nosotros—. ¿Cómo es posible que sigas tan enfadada? No me digas que es por ese estúpido chico.

No recuerdo nada de lo que sucedió después de lanzarle el primer puñetazo a la mandíbula, solo que cuando recuperé el sentido tenía unos brazos en torno a la cintura y yo todavía me debatía, intentando liberarme.

—¡Eh, eh! ¡Para! —dijo Cole, que me soltó y me empujó lejos de sí y de Clancy—. Esta no eres tú. ¡Contrólate!

Me llevé un puño al pecho, boqueando en busca de aire. Clancy todavía tenía los brazos sobre la cabeza cuando Cole lo obligó a ponerse de pie, le puso las manos en la espalda y se las ató con una brida nueva. A continuación le puso en la cabeza una funda de almohada que usábamos como capucha y se la amarró para asegurarse de que no se moviera.

Sin una palabra más, me arrastró hasta la puerta, con el ceño fruncido en un gesto de profunda irritación.

—Necesito que te centres —masculló—. Vamos a conducir durante horas y él estará en el coche con nosotros todo el tiempo. Si intenta algo, tú deberás ser quien lo controle.

Miré a Clancy, advirtiendo el modo en que ladeaba la cabeza hacia donde estábamos nosotros. ¿Quién podía decir si no estaba «intentando algo» en ese mismo momento con Cole? Había controlado a mucha más gente en circunstancias mucho más difíciles; para él, aquello no sería nada. Yo había dado por hecho que apartarlo físicamente de los demás sería suficiente para protegerlos, pero ¿y si no lo era?

—¿Así que daremos un paseo en coche? —dijo en voz alta.

Examiné el rostro de Cole en busca de una pista de la influencia de Clancy, conteniendo el temor que crecía en mi pecho. Su mirada era límpida, no vidriosa, y no tenía ese aspecto vacío. En realidad, mostraba un rictus de suficiencia.

—¿No hay ninguna manera de dormirlo? —murmuré. Sería más seguro. Para todos.

—Solo por la fuerza, y preferiría no correr el riesgo de causarle accidentalmente una lesión cerebral traumática. —Y después, en voz más alta, añadió—: Viajará en el maletero. Atado, amordazado, indefenso. Tal como nos gusta.

Clancy volvió la cabeza hacia donde estábamos. Y si no lo hubiera conocido tan bien como lo conocía, habría jurado que había un tono de desesperación en su voz.

—Oh, nada de eso es necesario...

—No viajarás en el asiento trasero —dijo Cole—. Es demasiado arriesgado.

¿Qué pasaría si alguien te viera o si intentaras escapar?

—¿Y apartarme de la investigación del proyecto Snowfall antes de que pueda deshacerme de ella? —dijo Clancy en tono burlón.

Cole me dirigió una mirada, con la lengua entre los dientes mientras sonreía. Una inesperada ventaja más de habérsela enseñado a las Verdes: Clancy no tenía idea de que habíamos tomado la precaución de hacer una copia de seguridad, por así decirlo.

—Ah, ahora sí que suena razonable, ¿no es así, Joyita?

Lo arrastré aún más lejos, por el pasillo, y cerré la puerta al salir.

—Puede que llevarlo con nosotros sí sea una mala idea. Si se libera en el Rancho, podría arruinarlo todo. —Apreté los puños a ambos lados del cuerpo, intentando superar la repugnancia y el recuerdo de lo estúpida que había sido al creer que tenía a Clancy bajo mi control.

Algunas personas venían al mundo y jamás levantaban la vista para observar las vidas de los demás, a su alrededor; estaban tan concentradas en lo que ellas querían, en lo que ellas necesitaban... No les importaba nadie más. Se desconectaban de la compasión, de la pena y de la culpa. Algunas personas venían al mundo siendo monstruos. Ahora lo sabía.

—Oye —dijo Cole en voz baja—. ¿Crees que no quiero estrangularlo hasta matarlo?

—Tiene más caras que un par de dados —le advertí—. Si algo no le reporta un beneficio de forma directa, lo ignorará. Y si constituye una amenaza para él...

—No es rival para ti, Joyita.

—Ya me gustaría. —Negué con la cabeza.

—Centrémonos en lo que nos puede ofrecer si conseguimos ponerlo en una situación en la que quiera colaborar con nosotros —dijo Cole—. La información, el conocimiento sobre cómo piensa su padre, hasta su valor para un posible intercambio.

—Es demasiado imprevisible.

Incluso si se lo entregábamos a su padre, aún existía una elevada probabilidad de que consiguiera escapar y causara todavía más devastación. ¿Era mejor que viniera con nosotros, si esa era la única manera de mantenerlo vigilado?

—Te olvidas otra vez de que, al fin y al cabo, nosotros queremos lo mismo que él —dijo Cole, haciendo un evidente esfuerzo por contener su impaciencia—. Todos queremos que su padre abandone el cargo.

—No —respondí, mirando nuevamente la silueta arrodillada en el suelo—. Él quiere destruirlo. Es diferente. La única pregunta es si estás dispuesto a arriesgarte a ser parte de las consecuencias cuando descubra cómo hacerlo.

Me di cuenta demasiado tarde de que volver a maniatar a Clancy significaba tener que alimentarlo yo misma. Me clavó una mirada airada y escupió como un gato furioso con las zarpas atadas. Se me erizaron los pelillos de la nuca. En resumen, una experiencia de lo más desagradable para todos.

Liam recibió mi regreso a la otra habitación con una mirada compasiva y una bolsa de patatas, y dio unos golpecitos en el suelo, a su lado. La mitad de las personas de la habitación parecían aturdidas a causa de lo excesivamente temprano de la hora; la otra mitad se paseaba en círculos ansiosamente. Fuera se había levantado un viento que aullaba al azotar las esquinas del almacén y colarse entre las grietas del tejado: una música asombrosamente apropiada para esa mañana.

—Vale, seré breve —comenzó Cole—. Nos dividiremos en equipos y estos se distribuirán entre los tres puntos de salida. Si el punto que os ha sido asignado está comprometido por cualquier motivo, como presencia de soldados o tíos sombríos rondando el lugar, lo que sea, os dirigiréis a otro punto de salida, el más cercano.

A su lado, Sen esbozaba una pequeña sonrisa mientras observaba a los chavales sentados en el suelo. Yo también estuve a punto de sonreír, y un breve estremecimiento de control me recorrió el cuerpo. «¡Púdrete!», pensé.

—Una vez que os hayamos asignado el punto —continuó Cole— comprobadlo en el mapa para saber los lugares donde están vuestros coches y las rutas incluidas junto ellos. El equipo A somos Ruby, Liam, Vida, Nico, nuestro invitado y ya sabéis quién, el tío del cuello abotonado hasta arriba.

Liam alzó las manos, exasperado.

Chubs se limitó a encogerse de hombros.

—Es mejor que Abuelita. Y, para que conste, soy Chubs.

—Nico no —interrumpí.

No podíamos confiar en que actuara con sensatez tratándose de Clancy, y yo tampoco podía fiarme de no hacérselo pagar caro si volvía a cometer un error.

Vi que Nico desaparecía de mi campo visual, desvaneciéndose en el fondo del grupo. Liam me cogió una mano, pero rehusé mirarlo y encontrarme con lo que sabía que era una mirada de decepción. Él no lo entendía.

—Vale —dijo Cole—. Nico, tú irás con el equipo D.

—¿El invitado soy yo? —dijo la senadora Cruz. Yo no había advertido su presencia en la habitación hasta que habló.

—Usted irá con el equipo C. El equipo A tiene a nuestro invitado menos bienvenido.

Cole debía de haberla informado sobre la presencia de Clancy, porque ella solo respondió:

—Ah, ya veo.

Cole revisó los detalles de cada una de las rutas hacia el norte que tomarían los equipos. Todo consistía en no desviarse de las carreteras secundarias, lo cual añadía horas y derroche de combustible, pero garantizaba un viaje más seguro. Cuando acabó de hablar, hubo un único instante de silencio, como si todos necesitaran un momento para asimilar sus palabras.

—Tráelo —dijo Cole, señalándome.

—En cuanto tengáis listo vuestro grupo —continuó, mientras salía de la habitación—, os marcháis, os largáis de aquí. Buena suerte y cuidaos entre vosotros. Nos vemos en el norte.

Cuando entré en la habitación, Clancy se puso de pie con esfuerzo, maniatado y con la cabeza metida en la funda para almohadas.

—¿Ya nos vamos? ¿Qué hora es?

Le quitó la capucha durante un momento.

—Al menor signo de que te metes con cualquiera de los...

—... estoy muerto. Dios, eres irritante en tu papel de vieja niñera. Lo comprendo —me espetó. Se dio la vuelta y me tocó con las manos atadas—. Esto será tan sospechoso como la capucha. Si pasara algo podría necesitar las manos...

—No pasará nada —respondí mientras le sujetaba el brazo con una mano y lo conducía hacia el pasillo, y luego otra vez a la habitación para evitar que los otros equipos nos atropellaran mientras corrían hacia las diferentes salidas del edificio.

—¿Lista? —preguntó Cole desde la ventana mientras yo arrastraba a Clancy por la habitación.

Ahí estaba Anabel Cruz, entre los dos agentes que eran responsables de ella. Al ver a Clancy pareció congelarse. Él sonrió con satisfacción y la midió de los pies a la cabeza.

—Basta —dije—. Déjala en paz o te arrojaré por la ventana.

—Me gustaría solicitar ese honor —dijo Liam, ayudándome a subir al dintel.

Miró a Sen y me lanzó una mirada inquisitiva cuando vio que la mujer se ajustaba la mochila que contenía la investigación sobre la cura.

Le puse una mano tranquilizadora sobre el brazo, me volví y cogí a Clancy del hombro para sostenerlo mientras pasaba una pierna por encima del marco de la ventana. El zapato se le trabó con algo y se me escapó de las manos, yendo a aterrizar de cabeza y muy contrariado en la escalerilla de incendios.

—Veo que en esto no se me concederá ninguna dignidad —refunfuñó al enderezarse, mientras intentaba arreglarse la camiseta con las manos atadas.

Me incliné sobre los escalones para ver por dónde iba Cole. Ya estaba en suelo firme, con un arma en las manos, examinando las ventanas con la misma expresión de intensa atención que yo había visto tantas veces en el rostro de Liam. El viento le alborotaba el cabello y hacía que la chaqueta ondeara alrededor de su

cuerpo. El aire me empujó un paso hacia delante.

—En lo que respecta a los Stewart, él es probablemente la mejor elección. Guapo. Chico malo. Parece más de tu gusto —razonó Clancy tras seguir mi mirada.

Obviamente, él no entendía para nada mi gusto.

No me permití mirar atrás para buscar a Vida, Chubs y Liam hasta que también nosotros llegamos a la calle y nos colocamos con la espalda pegada a la pared.

—¿Algo? —le pregunté a Cole.

Cole sacudió la cabeza.

—Todo despejado —respondió.

Avanzamos una calle hacia el este para caminar siguiendo las vías del tren que bordeaban el río Los Ángeles. Nuestra salida se encontraba a unas trece manzanas al norte, aproximadamente, pero serían trece manzanas oscuras, silenciosas y tensas. Yo ya sentía un estremecimiento de ansiedad recorriéndome la columna al mirar hacia atrás, pero estaba demasiado oscuro para ver al grupo de chicos que seguían nuestros pasos. Cole les había advertido de que esperaran diez minutos antes de seguirnos y cruzar la salida, por las dudas de si algo salía mal y necesitaban esa distancia prudencial para huir.

Suerte para ellos.

Mantuve la mirada fija al frente y el brazo de Clancy cogido con firmeza. Sentía su piel insoportablemente cálida en la mano. Sin el sol para calentarla, la ciudad era presa del frío de la mañana, pero era como si a Clancy esto no le afectara. Como si nada pudiera afectarle.

Cole alzó la mano de repente, haciendo que nos detuviéramos mientras inhalaba una profunda bocanada de aire. Curioso, Clancy se inclinó sobre mi hombro para ver cuál era el problema.

—Ah —exclamó, apartándose—. Suerte con esto.

Nuestra ruta nos condujo debajo de la autovía 101, en el punto en que

formaba un puente sobre el río Los Ángeles y las cercanas vías del tren. Por lo que yo había visto en los recuerdos de la soldado, el ejército había bloqueado las vías colocando reflectores y vagones de carga volcados. Sobre la autovía había dos Humvees y más luces dirigidas hacia donde estábamos nosotros. Y ahí estaban ellos; los conté mientras nos íbamos acercando cuidadosamente, en silencio. Yo no vi ningún problema. Hasta que aparecieron tres siluetas indistintas en el saliente del paso superior de la autovía. Llevaban los brazos levantados de un modo que me hizo pensar que debían de haber estado observando a través de unos binoculares.

Cole se echó al suelo pegando la barriga a las vías y yo obligué a Clancy a tumbarse mientras imitaba a Cole.

—¿Qué sucede...? —empezó a preguntar Chubs, pero alguien, Vida, lo hizo callar.

«Maldición, maldición, maldición». El miedo me recorrió el cuerpo. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto?

Fuera todavía estaba completamente oscuro, pero ya habíamos cruzado el tenue límite del resplandor de los reflectores. Oí una débil maldición que provenía de Cole al volverse y hacernos señas para que retrocediéramos. Vida extrajo un revólver y se deslizó hacia atrás sobre la barriga arrastrando consigo a Chubs, a quien tenía cogido de la camisa.

El viento me levantó la chaqueta exponiendo mi piel al aire gélido. A nuestra izquierda, las planchas de metal semejante al latón de los laterales de las vías se estremecían como si estuvieran a punto de estallar. «Despacio —me aconsejé—. No te rindas al pánico. Despacio». Los movimientos repentinos o los ruidos fuertes no harían otra cosa que atraer la atención de los soldados...

Se oyó un crac, como de huesos quebrados, cuando una ráfaga de viento desprendió toda la sección de la pared de metal y la lanzó directamente hacia nosotros. Me agaché y me cubrí la mano libre con la cabeza, mientras calculaba mentalmente a qué velocidad deberíamos ponernos de pie y echar a correr cuando la plancha de metal chocara contra las vías y comenzara a golpearlas.

Sin embargo, un latido..., dos..., tres... Salvo por el viento y mi respiración jadeante, no hubo más que silencio. Levanté la cabeza y me encontré con la asombrada expresión de Cole, que se iba transformando en alivio. Me giré para ver

cuál era la causa.

Liam tenía una mano extendida hacia un enorme fragmento de metal. Estaba congelado ahí donde había chocado con el suelo en su primer y peligroso bote, y aún estaba inclinado hacia nosotros. El metal oxidado se elevaba recto, estremeciéndose como un músculo exhausto, pero por lo demás sin moverse. El rostro de Liam era una máscara de concentración. Lo había visto levantar y lanzar objetos mucho más pesados con sus poderes, pero la fuerza del viento y nuestra propia exposición al mismo iban debilitando su control.

Chubs comenzó a moverse, pero Liam le dijo tranquilamente:

—Lo tengo.

Cole chasqueó los dedos una vez para atraer mi atención y señaló hacia la autovía. Las siluetas que habíamos visto en aquel lugar se movían nuevamente. Los reflectores orientados hacia nosotros se apagaron mientras otro camión militar avanzaba junto a los dos vehículos que ya estaban situados allí. Me llevó un instante comprender qué era lo que estaba pasando realmente.

«Están aquí para intercambiarse los vehículos y las luces». No para patrullar; no como centinelas.

Uno de los Humvees despertó a la vida con un rugido, describió un amplio círculo por los arcones vacíos de la autovía y partió hacia el oeste a gran velocidad. Mantuve la mirada en las luces traseras, que se iban reduciendo, antes de volverla otra vez, con los ojos entrecerrados, hacia los reflectores. Ningún movimiento. Se habían marchado.

Cole había llegado a la misma conclusión. Se incorporó lentamente hasta ponerse de rodillas y luego de pie, y nos hizo señas para que lo imitáramos. Liam soltó un último gruñido al usar sus poderes para levantar el revestimiento de metal y lanzarlo describiendo un arco por encima de nuestras cabezas, en dirección al lecho seco de cemento del río Los Ángeles. Dejó que su hermano lo ayudara a ponerse de pie, pero después lo apartó de un empujón.

—Para ser alguien tan penoso en los deportes, has mostrado unos reflejos sorprendentemente decentes.

—Eso debe de querer decir gracias en un idioma que no conozco —dijo Liam, con la mandíbula apretada, mientras volvía a mirar hacia delante—.

¿Podemos continuar avanzando?

Cole lo observó durante un instante más, con el rostro impasible.

—Vale, continuemos.

Cuando llegamos a Glendale a pie, el sol estaba alto y brillaba sobre nuestras cabezas. Pese a encontrarse fuera del perímetro establecido por los militares, el área aún estaba lo bastante cerca de la devastación como para haber sufrido una evacuación inducida por algún funcionario o por el pánico. En los alrededores no había ni un alma. Cole iba delante para explorar las calles cercanas, solo para estar seguros, pero yo tenía una sensación, una vibración poco natural en la piel, que me impedía relajarme. Mantuve la cabeza en alto y examiné cada esquina, cada tejado más o menos cercano, cada horizonte del destruido perfil urbano de Los Ángeles en busca del origen de aquella sensación. Lo que había comenzado como una nube de tormenta hinchada por el viento se iba definiendo, asumiendo límites cada vez más nítidos. Temía que no llegara a tomar forma por completo antes de que la lluvia cayera sobre nosotros como cuchillos.

La lluvia de unas noches atrás había arrastrado la ceniza y el hollín hasta los charcos de agua estancada. Negué con la cabeza. Todo parecía... extraño. Los edificios no mostraban sus heridas abiertas, estaban teñidos de un gris tenue, no del negro amenazador del centro de la ciudad. Trepé al bloque de cemento que indicaba el área de aparcamiento y eché un vistazo al edificio: una frutería cerrada.

—Ahí... —dijo Cole señalando algo que estaba detrás del pequeño centro comercial.

Un aparcamiento. Con sus altas farolas encendidas y parpadeantes.

—Gracias a Dios —dijo Chubs mientras cruzábamos de un aparcamiento al otro. Miraba las luces como si nunca antes hubiera visto nada igual.

Liam ya avanzaba hacia el sedán azul oscuro más cercano mientras extraía de la mochila negra que le colgaba del hombro un gancho de alambre recubierto. Abrió el seguro con tanta rapidez que Cole aún no había llegado cuando Liam, inclinado en el asiento del conductor, ya había extraído los cables de debajo del tablero e intentaba arrancar el motor haciendo un puente.

—¿Qué? —preguntó Chubs—. ¿No tenemos monovolumen?

—¡Eh, eh, eh! —dijo Cole en el momento en que el motor finalmente arrancaba, carraspeando, y sacó a Liam del coche y de algún modo apagó el motor—. Jesús, ¿quién diablos te ha enseñado eso?

—¿Tú quién crees? —replicó Liam, soltándose de la mano de Cole.

—¿Harry? —dijo Cole con una risa incrédula—. ¿No te quitan el aura si enseñas a un joven impresionante a robar coches?

La mirada de Liam podría haber levantado la pintura del coche.

—¿Has acabado?

—No —dijo Cole, que se estaba hurgando una costra de sangre sin darse cuenta de ello—. Harry. Harry: niño-explorador-líder-detropa Stewart te enseñó eso. ¿Por qué?

—Porque confiaba en que no abusaría de ello. —Liam le dedicó una sonrisa acre—. ¿Qué, no recibiste tu lección?

La mirada que le devolvió Cole era aun más fría que las palabras de Liam. Crispó brevemente los dedos de la mano derecha antes de conseguir meterla en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Dios. Hasta el drama familiar de los Stewart es aburrido —dijo Clancy con resentimiento—. Pensaba que teníamos prisa.

—La tenemos. —Me volví hacia Liam—. ¿Ese coche tiene combustible?

Asintió.

—El suficiente para unos ciento cincuenta kilómetros, creo.

—Magnífico —dijo Cole—, salvo por que no cogemos ese coche. Hay un todoterreno marrón claro con tu nombre.

Liam se volvió, le echó un vistazo y sacudió la cabeza negativamente.

—Es un vampiro de gasolina. Son demasiado pesados y tienden a volcar con mayor facilidad...

Su hermano lo hizo callar levantando una mano con los dedos, con tal actitud de superioridad que también yo me enfadé.

—¿Estás planeando tener un accidente? Entonces cierra la puta boca y haz lo que te digo...

—No es tu decisión...

—¡Sí es mi decisión! Aquí mando yo, te guste o no te guste. Yo soy el que ha estado fuera, en el terreno. Yo soy el que os va a sacar de aquí. Y yo te digo que cojas un todoterreno por si acaso tenemos que dejar la carretera.

Liam avanzó un paso.

—Si tenemos que dejar la carretera, estaremos jodidos igualmente. Prefiero un coche que no se jale la gasolina.

Miró en mi dirección inclinando la cabeza, en un silencioso «apóyame». Me mordí el labio y negué con la cabeza. No en esta pelea. Esta no merecía la pena. Cole avanzaba rápidamente hacia nosotros desde una camioneta roja cercana, y nada iba a hacer que cambiara de opinión.

Todos esos meses, cuando solo estábamos los cuatro recorriendo los caminos en el monovolumen, robando gasolina con un sifón como buitres que devoran los últimos trozos de carne correosa de un hueso, habíamos funcionado con dos principios sencillos: moverse rápido, no dejarse ver. Para bien o para mal, la mayoría de nuestras decisiones habían sido reacciones viscerales, y yo no iba a fingir que no habíamos tomado algunas decisiones cuestionables, pero era la única forma en que sabíamos vivir y sobrevivir. Era la forma en la que nosotros, los extraños chavales con poderes, nos las arreglábamos, tanto si se trataba de evitar los campos de rehabilitación como de evadirnos de los rastreadores. Y al ver ahora a Cole, al ver cómo la ira le transformaba las facciones, me resultó más que obvio que no sabía casi nada acerca de cómo había sido la vida de su hermano después de que Liam huyera del programa de entrenamiento de la Liga. Desde un punto de vista puramente técnico, Cole era uno de nosotros, pero más allá de ser testigo del tratamiento cruel al cual sometía a los chicos el programa psiónico de Leda, él nunca había estado obligado a adaptarse a nuestra realidad.

Ya habían peleado esa mañana por quién y cuándo conduciría, lo cual nos ahorrraba un poco de tiempo ahora. Le eché una última mirada a las tres siluetas que se amontonaban en el todoterreno escogido por Cole antes de arrastrar a

Clancy hacia la camioneta roja que Cole nos indicaba.

Era extraño no ir todos en un solo coche, pero entendí el razonamiento de Cole de inmediato, aun cuando Liam no lo comprendiera. El motivo era el mismo por el que yo había tenido el placer de cuidar de Clancy, alimentarlo y vérmelas con su ego herido durante las últimas dos semanas. Si yo conducía, el otro Naranja disponía de menos oportunidades para hacerse con el control del coche, porque yo podía bloquear sus tentativas. Si otro de los chicos conducía, solo era cuestión de tiempo que Clancy se deslizara en sus pensamientos y tomara el control. Podía verlo con tanta claridad como si el chaval hubiera implantado la escena en mi mente.

También habría preferido que Cole fuera en el otro coche, pero no había habido manera. El hecho de que para Clancy fuera igual de fácil secuestrar su mente y ordenarle usar la pistola o el cuchillo contra mí no parecía habersele ocurrido.

El depósito de combustible estaba por la mitad y el motor en marcha. Cole había reemplazado las bridas de las manos de Clancy por unas nuevas para permitirle apoyar las manos sobre las piernas y amarrarlo al cinturón de seguridad. Además, le ató los pies a una de las barras que había debajo del asiento y, finalmente, le colocó la funda de almohada sobre la cabeza.

Solo era cuestión de respirar hondo y sacar la camioneta del aparcamiento. Miré por última vez el esqueleto de la ciudad por el retrovisor y aferré el volante.

Por fin dejábamos ese horrible lugar y todo lo que habíamos enterrado allí.

Tras veinte minutos de conducción, sin embargo, algunas cosas quedaron claras como el agua: la camioneta no tenía aire acondicionado, el escay de los asientos había absorbido el olor corporal de su dueño y, sí, mi ventanilla no funcionaba.

A mi derecha, Clancy viajaba doblado sobre el estómago y o bien dormía, o bien intentaba con toda sutileza quitarse la funda de almohada de la cabeza usando los muslos. Cole, sentado a su derecha, miraba pasar los árboles que había junto a la carretera. La luz del comienzo de la tarde contrastaba con las oscuras manchas que Cole tenía bajo los ojos. Era como si ahora que estaba quieto, que no iba corriendo de un lado a otro ni estaba gritando órdenes, su cuerpo se hubiera dejado llevar finalmente por los dolores y el agotamiento. Movié los hombros

hacia atrás, contra la hebilla del cinturón de seguridad, e hizo una mueca.

Cole me había mostrado en un mapa cuál era nuestro destino, una ciudad llamada Lodi, situada a poca distancia al sur de Sacramento. Si hubiésemos podido coger la autovía, habría sido un viaje recto paralelo a la costa, de unas cinco horas como máximo. Menos, si hubiéramos podido contar con los aviones y los trenes, y si Gray no hubiese dado órdenes de vigilar la costa del Pacífico.

Miré por encima del hombro al todoterreno que nos seguía. Liam debía de haber estado esperando aquel momento, porque levantó la mano en un gesto tranquilizador. A su lado, en el asiento del acompañante, Chubs no dejaba de hablar de algo, moviendo las manos para enfatizar cada palabra. La imagen era lo bastante familiar y reconfortante como para disipar casi por completo la extrañeza de la ciudad que nos rodeaba.

Desde todo punto de vista, Burbank, California, había sido una ciudad plena de vida y alboroto. Su importancia había crecido todavía más en años recientes, por lo cual numerosas empresas de medios de comunicación ya tenían allí oficinas y cuarteles generales, y muchas de las ciudades cercanas habían pasado a compartir la infraestructura mediante fusiones o acuerdos. Viendo las calles tan silenciosas y vacías, me pregunté si acaso Gray no habría irrumpido ya en ella para acallarla.

«¿Dónde demonios está todo el mundo?». Era como conducir por las ciudades económicamente más devastadas del este. Casi esperaba ver volar dramáticamente un viejo periódico, cruzando la calle como un cardo corredor empujado por una ráfaga de aire. Sentí que se me aceleraba el pulso: la misma sombra que había sentido en Los Ángeles había regresado y retumbaba en mi cabeza como un trueno.

—Esto no me gusta —dijo Cole, como si hubiera percibido mis pensamientos—. En la próxima gira a la derecha...

Si yo no hubiera mirado por el retrovisor para indicarle a Liam que iba a girar no habría visto nada en absoluto. En un instante el todoterreno estaba ahí, y al instante siguiente ya no estaba: sentí el ruido que hizo el Humvee militar al estrellarse contra el Ford Explorer como si alguien me hubiese golpeado la nuca con un bate. Giré el volante mientras el otro vehículo volcaba, haciendo saltar cristales y gomas en todas direcciones al enderezarse nuevamente, para luego inclinarse peligrosamente contra la acera.

Clavé el pie en el pedal de freno y el coche derrapó. Clancy resolló, asfixiado, cuando el cinturón de seguridad se le clavó repentinamente en el pecho. Intentó sostenerse apoyando las manos atadas en el salpicadero.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué diablos ha sido eso?

Pero por quien debería haberme preocupado era por Cole.

Yo todavía estaba luchando con mi cinturón cuando su rostro, rígido por la impresión, se transformó. El sonido que escapó de su garganta fue demasiado áspero, demasiado estrangulado para ser un grito. No sonó a nada humano.

Abrió la puerta con un golpe, pero no corrió hacia el vehículo militar ni hacia los dos soldados que se acercaban al todoterreno marrón con las armas desenfundadas. Avanzó un paso en el momento en que yo bajaba de la camioneta y, sin otra advertencia que la mano derecha cerrada en un puño a un costado del cuerpo, el Humvee se convirtió en una bola de fuego.

La onda de choque que provino de la pequeña explosión me envió dando tumbos contra la camioneta. Hizo estallar las ventanas de los edificios cercanos y la luneta de nuestro coche. Y lanzó a los soldados contra el pavimento. Cole avanzó hacia ellos, sereno. Había extraído la pistola de la funda que llevaba en un costado y apuntaba con su habitual precisión. Un disparo en la cara del joven soldado más cercano al todoterreno. El otro se vio alzado en vilo; Cole le arrancó el casco y comenzó a darle puñetazos en la cara una y otra vez.

Yo no pude mirar; no miré. El corazón me estallaba en el pecho mientras corría hacia el todoterreno, triturando con los pies las astillas de cristal tintado. La puerta del lado del conductor había recibido de lleno el impacto, pero algo se movía. Liam buscó mi mirada a través de lo que quedaba del parabrisas.

—¿Estás bien? —pregunté, y me encogí cuando un último disparo perforó el aire.

Liam estaba sentado con la espalda recta y las manos, rígidas como las de un muerto, aferradas al volante. No le quedaba color en la cara, salvo por la marca roja que le cruzaba la mejilla izquierda y el moratón que le crecía sobre el puente de la nariz, cada vez más hinchada. Los *airbags*, ya deshinchados, colgaban flácidamente sobre su regazo.

—Oh, Dios mío —jadeé—. Estáis...

Chubs ya se había arrastrado hacia la parte posterior, donde estaba Vida, y le examinaba una herida que le cruzaba la sien. Su piel oscura había adquirido una tonalidad cenicienta.

El vehículo en llamas devoraba el aire fresco a nuestro alrededor y enviaba hasta mi espalda, una tras otra, oleadas de calor vibrante. El estruendo del metal y del cristal al consumirse me obligaba a gritar pese al humo, en el cual ya estaba medio ahogada.

—¿Estáis bien? —les pregunté. Vida levantó el pulgar y tragó con dificultad, como si todavía no se fiara de sí misma para hablar—. ¿Liam?

Las manos me temblaban muchísimo cuando intenté abrir la puerta delantera, y la enorme abolladura de metal crujió. Tenía tanta adrenalina corriendo por las venas que fue sorprendente que no arrancara toda la puerta de los goznes.

—Liam. Liam, ¿puedes oírme?

Se volvió lentamente hacia mí, saliendo de su estupor.

—Le he dicho que volcaría.

Casi sollozaba de alivio cuando me introduje por la ventana y lo besé.

—Sí, se lo has dicho.

—Se lo he dicho.

—Sí, se lo has dicho, lo sé —dije yo, en un tono suave y conciliador, mientras le desabrochaba el cinturón de seguridad—. ¿Te has hecho daño? ¿Algo roto?

—El hombro. Me duele. —Cerró los ojos con fuerza, resistiendo el dolor—. ¿Chubs? Estáis todos...

—Estamos bien —dijo Chubs con sorprendente aplomo, a pesar del tono congestionado que había adquirido su voz. Cuando se volvió hacia nosotros vi que un hilo de sangre le corría desde los orificios nasales hasta los labios—. Creo que se ha dislocado el hombro. Ruby, ¿ves mis gafas? Las he perdido al hincharse los *airbags*.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Vida, señalando el fuego—. ¿Cómo...?

—Una bala en el depósito de combustible; un disparo afortunado —se oyó la voz de Cole detrás de mí.

Estaban demasiado confusos, o bien demasiado aterrorizados para pensar en la improbabilidad de semejante hecho.

Cole me apartó empujándome con el hombro para coger él mismo la manija de la puerta. Tras un instante de vacilación, me introduje por el lado del pasajero, obligué a la tozuda puerta a abrirse y me arrodillé. Palpé la alfombrilla en busca de las gafas, o de lo que quedaba de ellas.

—¿Las has encontrado? —preguntó—. ¿Qué sucede?

Levanté la montura destrozada y las lentes agrietadas pero enteras para que Vida las viera. En un raro instante de compasión, ella le dio un golpecito en la espalda diciéndole:

—Sí, Abu, las ha encontrado.

La puerta del conductor finalmente se abrió con un chirrido de metal contra metal. Liam rodó intentando extraer el pie izquierdo de donde estaba atrapado, debajo del salpicadero destrozado. Mientras tanto, mantenía el brazo derecho pegado al costado para evitar que lo arrastraran tirando de él.

—Maldición. Chaval estúpido —dijo Cole, con las emociones a flor de piel. La mano derecha le tembló y se le crispó cuando se metió en el coche para ayudar a su hermano—. Maldición. ¿Tanto te cuesta no hacer que te maten mientras yo estoy al mando?

—Lo intento —dijo Liam, entre dientes—. Dios, duele.

—Dame el brazo —dijo Cole—. Esto será horrible, pero...

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Chubs—. Asegúrate de que estás en la posición adecuada...

No sé qué fue peor, si el ruido que hizo la articulación del hombro al realinearse o el aullido de dolor que siguió.

—Tenemos que marcharnos —dijo Vida, abriendo la puerta trasera del todoterreno de un puntapié—. Esta mierda está destrozada, tendremos que viajar

en la caja de la camioneta, pero quedarnos aquí llorando sobre el hombro del otro solo va a servir para que nos metan una bala, y rápido.

—¿Las gafas? —preguntó Chubs extendiendo la mano hacia donde creía que estaba yo.

Vida le cogió la mano y la apoyó en su brazo mientras aceptaba la montura retorcida que yo le ofrecía. La detuve, solo un segundo, para cerciorarme de que realmente estaba bien. Llena de golpes y moratones, pero no sangraba. Qué condenado milagro era esta...

«Clancy». Me volví hacia la camioneta con el corazón paralizado durante el instante que me llevó encontrar su figura oscura a través de la ventanilla trasera. «Mierda». Así es como lo habíamos perdido. Caos. Descuido. Había sido presa del pánico. La mente se me había quedado en blanco por el terror y había salido corriendo. Ni siquiera había pensado en quitar las llaves del motor. Si Cole no le hubiera atado las piernas, Clancy ya habría desaparecido.

«Tienes que hacerlo mejor —pensé, mientras me clavaba las uñas en las palmas de las manos—. Tienes que hacerlo mejor que esto». La adrenalina tardaba en abandonar mi sistema; no podía evitar temblar, no del todo.

—Sabes, Abu —dijo Vida, desviando mi atención hacia ellos—, en realidad no te has comportado tan horriblemente en esta crisis.

—No te veo la cara, por lo que no puedo saber si has sido sincera... —dijo Chubs.

Me coloqué bien la mochila en la espalda y troté hacia Cole, que en ese momento ayudaba a Liam a llegar hasta la camioneta, cojeando entre los cuerpos de los soldados caídos. No conseguí obligarme a mirarlos ni a analizar lo que había hecho Cole en un momento de furia. Liam llevaba el brazo herido apoyado contra el pecho. Le puse la mano en la espalda para ayudarlo a estabilizarse pero, en realidad, lo hice para asegurarme de que estaba bien. Vivo.

Liam inclinó la cabeza hacia mí y dijo:

—Bésame otra vez. —Lo hice, suave y rápidamente, justo en la comisura de los labios, allí donde tenía una pequeña cicatriz blanca. Al ver mi expresión, él añadió—: Vi cómo mi vida pasaba ante mis ojos. Ese beso no es suficiente.

Cole resopló, pero aún tenía todo el cuerpo tenso por la ira que no había podido liberar.

—Anda, chaval, eso ha sido extrañamente delicado para ti.

Levantamos a Liam hasta la parte trasera de la camioneta y lo dejamos junto a Chubs, quien aferraba los restos de sus gafas estropeadas contra el corazón.

—Oh, joder —dijo Liam, al verlas—. Lo siento, tío.

—Graduadas —dijo en una voz baja y lastimera—. Eran gafas graduadas.

Cole quitó de un tirón la lona de color azul eléctrico de debajo de su hermano y la extendió sobre ellos.

—¿Qué haces? —preguntó Vida, quien ya estaba intentando sentarse.

—Túmbate y cúbrete. Nos alejaremos todo lo que podamos de aquí y cambiaremos los coches. Lo más probable es que ya hayan dado el aviso sobre este.

—Me gustaría dejar constancia de que esto es una mierda —dijo ella.

—Apuntado —respondió él, y cerró la puerta.

Volví a colocarme al volante y dejé que las vibraciones del motor me atravesaran. Clancy se había quitado, finalmente, la capucha y, a pesar de que no lo miré, vi de reojo que me vigilaba. Por primera vez en la semana, la resentida irritación que le había teñido el humor había desaparecido y estaba... sonriendo. Desvió la mirada hacia Cole, quien cerró su puerta con un golpe lo bastante fuerte como para hacer que todo el vehículo se moviera. En su regazo llevaba lo que parecía ser un morral de piel y una pistola que debía de haberle quitado a uno de los soldados. Ambos objetos resbalaron mientras la mano se le seguía estremeciendo y crispando, hasta que finalmente se la colocó entre las piernas. La imagen hizo que mi cerebro pensara «Mason. Rojo. Fuego». Fue tirando de cabos sueltos del fondo de mi mente hasta que reconocí el patrón que mostraba, cómo estaban entrelazados.

En Thurmond, los Rojos se movían de forma extraña: se movían a trompicones cuando los demás caminaban, lanzaban un puñetazo cuando los otros saludaban con la mano. Pero yo había supuesto que esos desagradables estremecimientos se debían a las limitaciones que les ponían las FEP.

Pero a Mason..., en Nashville, los críos lo llamaban Crispado. Crispado, por la forma en que los espasmos le crispaban todo el cuerpo, siguiendo un extraño ritmo. Pensé..., ni siquiera sé lo que pensé realmente sobre la causa. Solo supuse que tenía algo que ver con el modo en que lo habían entrenado, la forma en que el Gobierno había destrozado su mente para convertirlo en el soldado perfecto.

Todos ellos, todos los Rojos, debían de tener alguna versión de ese tic. Y si yo era capaz de reconocerlo tras haber tenido contacto únicamente con unos pocos, ¿cómo era posible que alguien que había estado ahí para hacer propuestas, contribuir y ser testigo del entrenamiento pasara por alto esas señales?

—Clancy... —comencé a decir.

—Esto es la leche —dijo con una carcajada.

Cole se puso rígido y se le petrificó la cara. La furia que encendía sus ojos claros se suavizó y desenfocó la mirada. Yo conocía muy bien aquella mirada.

Lancé mi mente contra la de Clancy, pero fue como chocar contra un muro. Me rechazó con una punzada que restalló dentro de mi cráneo y se convirtió en un dolor pulsante. No teníamos tiempo para que yo cortara la conexión de esa manera antes de que pasara algo, antes de que convirtiera a Cole en su pequeño muñeco. Levanté el codo y le propiné un golpe justo donde el instructor Johnson me había enseñado, en la sien. Clancy puso los ojos en blanco y cayó hacia delante, golpeándose la frente contra el salpicadero.

Las ruedas derraparon cuando pisé el acelerador a fondo en un intento de alejarme de la señal de fuego que Cole había creado. Sería difícil que los helicópteros y las patrullas que vigilaban el área pasaran por alto el humo. No necesitaba pensar en las consecuencias de que Clancy lo supiera. Solo necesitaba largarme de ahí.

Aún me palpitaban las sienes y mi corazón todavía saltaba a una velocidad excesiva cuando miré a Cole y vi que se frotaba la frente.

—Qué coño... —El volumen de las palabras aumentó a medida que las iba repitiendo hasta que llegó a rugirlas—. ¿Qué coño?

Olí el humo y vi la fuerza con que sacudía la cabeza.

—Cole, escúchame. Tienes que calmarte, ¿vale? Tranquilízate, no pasa nada.

Cole rebuscó en el morral de piel que llevaba en el regazo, del cual extrajo un frasco con un líquido pálido y una jeringa. Intenté mantener los ojos en Cole y en el camino a la vez mientras él llenaba la jeringa, pero perdí la oportunidad de detenerlo antes de que clavara la aguja en la nuca a Clancy.

—¡Cole!

—Eso mantendrá quieta a esta mierda hasta que se me pase la necesidad de molerlo a palos hasta el martes que viene —gruñó—. Joder. Eso no tiene nada que ver con lo que hiciste en el Cuartel General. ¡Joder! —Eché la jeringa y el frasco nuevamente en el morral y dejó que resbalaran debajo del salpicadero.

La mano ya no le temblaba, pero su ansiedad cargaba el aire; me hacía sentir como si estuviera sentada junto a alguien que se debatía entre accionar o no un detonador.

Cole se giró hacia su ventanilla y se puso a mirar los borrones de los edificios que nos rodeaban, pero yo podía ver el reflejo de su rostro, y este decía todo lo que Cole no podía decir. Él no había tenido el control cuando el Humvee había estallado en llamas; ni por asomo.

—¿Qué te ha mostrado?

—A mí mismo.

—¿Qué quieres decir?

Cole reclinó la frente contra el cristal y cerró los ojos.

—Estaba en un campo de rehabilitación para Rojos. En alguna parte. Lo que les hacían a los pobres chavales para entrenarlos. Vi como debe de vernos todo el mundo, si eso tiene algo de sentido... Fue como... Sentí como si me asfixiaran con humo. No había nada en sus facciones, pero durante un segundo me sentí aterrorizado. Era como si estuviera ahí realmente. Me tenían y yo era el siguiente.

—Lo siento —dije, incapaz de contener la tensión de mi voz—. Me percaté de lo que estaba ocurriendo un segundo demasiado tarde. Debería haber...

—Es culpa mía que lo haya averiguado —dijo Cole bruscamente—. No te culpes por ello, Joyita, no es tu responsabilidad. Me habías dicho que él estuvo en el proyecto Jamboree. Debería haberlo controlado yo mismo en lugar de actuar

como un monstruo, es solo que... ¡Joder! —Descargó un puñetazo en la puerta—. No estaba pensando en absoluto. Yo solo... me ganó. Durante un minuto, me ganó.

El corazón se me encogió al escuchar sus palabras. Conocía esa sensación. No importaba cuánto poder tuviera uno ni cuán útiles fueran sus aptitudes. Tenían voluntad propia. Si no se estaba encima de ellos todo el tiempo, encontraban la forma de escaparse.

—Esos chavales, en especial los Verdes y los Azules, lo tienen mucho más fácil, ¿no es así? —dijo Cole con voz queda—. Más fácil de controlar, más fácil de ocultar. No les arruina la vida como a nosotros. Nosotros tenemos que estar atentos, de lo contrario nos dejamos llevar. Y no podemos dejarnos llevar.

Ni Liam, ni Chubs, ni Vida ni todos los demás habían entendido cuánto esfuerzo exigía controlar lo que yo podía hacer de tal forma que no me controlara a mí. Aflojar la correa siquiera un segundo podía implicar que alguien acabara lastimado. Que yo misma me hiciera daño.

—Es como si siempre estuviera en el borde y no puedo..., no puedo entrar, no puedo hacerlo sin sentirme completamente aterrorizada porque puedo arruinarlo todo. Quiero dejar de arruinar cada cosa buena que se cruza en mi camino. No puedo controlarlo durante mucho tiempo...

—¿Y crees que yo sí? Jesús. La mitad del tiempo siento que me quemo vivo debajo de la piel. Hierve y hierve y hierve hasta que, al final, suelta la presión. También de niño era así. —Cole soltó una risa débil y amarga—. No era..., no era como una voz ni nada por el estilo, nada me susurraba cosas. Era solo esta necesidad, creo. Era como si siempre estuviera junto a una hoguera y solo necesitara meter la mano una vez para saber lo caliente que estaba. Por las noches no podía dormir. Pensaba que sin duda era porque mi padre era el demonio. De verdad, realmente, el mismísimo Príncipe de las Tinieblas.

—¿Harry? —pregunté, confundida.

—No, mi padre biológico. Harry es...

—Vale, déjalo —dije.

—Entonces, ¿Li habla mucho de él? —No esperó a que se lo confirmara y continuó—. Sí, nuestro verdadero padre..., ese hombre... más tonto que Abundio, irascible como una víbora. No es una buena combinación. Todavía fantaseo con

hacerle una visita, irrumpir en la vieja casa y hacer estallar todo su mundo en llamas.

—Liam solo lo mencionó una vez —dije, intentando no meter las narices en el asunto, sin importar cuánto deseara hacerlo. Esta era la parte de su vida que Liam no quería compartir y, por más horrible que fuera, a mí me incitaba a querer meter el dedo en la llaga—. Cuando perdía los estribos.

—Bien, con un poco de suerte eso significa que no recuerda la mitad del asunto. El tío era... era un monstruo. Era el mismísimo diablo cuando se enfadaba. Supongo que uno de nosotros tendría que ser la astilla de ese viejo palo. Solía preguntarme, sabes, si las aptitudes que poseemos dependen de alguna forma de algo que ya tenemos dentro. Pensaba que ese fuego... era su ira. Es la furia de mi padre.

Sabía que no serviría de nada, o por lo menos los gestos tranquilizadores jamás habían tenido mucho efecto cuando me los prodigaban a mí, pero tenía que decirlo. Debía decírselo.

—No eres un monstruo.

—¿Acaso los monstruos no echan fuego? ¿No incendian reinos y países? —dijo Cole, con una sonrisa irónica—. Tú también te llamas así a ti misma, ¿no? No importa cuántas veces los demás te digan que no es verdad, tú has visto las pruebas. No puedes fiarte de ti misma.

Me erguí en el asiento, preguntándome, por primera vez, si acaso él no estaba igual de desesperado por la cura que el resto de nosotros.

—Para ti esto no tiene que ver con los campos..., ¿verdad? —pregunté—. Se trata de la cura.

La garganta le subió y bajó al tragar saliva.

—Has acertado a la primera. Puedes decirme que soy un imbécil.

—¿Por qué? ¿Porque no quieres sufrir así? —pregunté con brusquedad—. ¿Porque quieres ser normal?

—¿Qué es «normal»? —preguntó Cole—. Estoy seguro de que ninguno de nosotros recuerda qué se siente al ser normal.

—Bien —insistí—, entonces quieres tener una vida sin toda esta mierda. Yo quiero la cura más que mi próxima respiración. Nunca me he permitido pensar en el futuro, y ahora es como una compulsión. Quiero esa libertad con tanta intensidad..., y parece que cuanto más me esfuerzo por alcanzarla más lejos está.

Cole se pasó la mano por la cara, asintiendo.

—Lo subestimo, a veces... Te olvidas, porque funcionas y cada vez que te derriban te la arreglas para levantarte. Pero ahora está empezando a ser cada vez más difícil, ¿verdad?

—Sí. —Era la primera vez que lo admitía. La palabra estaba tan vacía como yo.

—No es que crea que no conseguiré levantarme. Es que tengo miedo de... estallar. De incinerarme. De alejar a todas las personas a las que quiero porque no puedo evitar sentirme tan condenadamente enfadado todo el tiempo. —Levantó una mano y la sostuvo ante su rostro, a la espera de otro espasmo. Al ver que no se producía, miró a Clancy—. Los tienen encerrados en esas habitaciones blancas. Las luces están siempre encendidas y hay voces. Las voces no paran y dicen todo el tiempo cosas como «eres defectuoso, admite que lo eres para que podamos arreglarte». Lastimaban a los niños; les hacían daño de verdad, una y otra vez. Era... Yo no soportaba verlo, y eso que no era a mí a quien golpeaban. ¿Era... real? ¿Se lo puede inventar?

Aferré el volante con fuerza.

—Puede implantar cualquier imagen que desee en tu mente, pero creo que la verdad es tan horrible que no ha necesitado retocarla.

—No sé qué me irrita más, lo que hicieron a los chavales o que hayan averiguado cómo contener el fuego que tenían en su interior. Joder, Joyita. Cómo diablos... —Sacudió la cabeza como si necesitara aclararse—. Si se lo dice a cualquiera de los demás; si le dice a Liam, ¿qué se supone que debo hacer? Los chicos no se acercarán ni a cien metros de mí.

—No lo hará —prometí—. ¿Cuánto más de eso tienes ahí?

Cole abrió la cremallera del morral.

—Tres frascos más.

—Entonces lo mantendremos inconsciente hasta que lleguemos al Rancho y lo pongamos en un lugar seguro —dije—. Lo mantendremos apartado todo el tiempo y yo seré la que trate con él.

—Matarlo sería más simple. —En sus palabras no había pasión ni furia, y tal vez por eso resultaron tan apabullantes. Nada más que un frío e implacable pragmatismo. Resultaba inquietante la velocidad a la que cambiaba de chip.

—No puedo —le recordé, reciclando uno de sus propios argumentos—, es el único que sabe dónde está su madre. No puedes hacerle nada, por lo menos hasta que averigüemos dónde está. Necesito la cura. Sea lo que sea, la necesito. Detesto a Clancy más que a nada en el mundo, pero detesto aun más vivir así. Detesto la idea de que esto no tenga fin.

Cole volvió a mirar por la ventanilla, hacia los edificios que pasaban borrosos junto al coche.

—Entonces, Joyita, tú y yo tendremos que descubrir una forma de ir siempre un paso por delante de nuestros monstruos.

Asentí. Tenía un nudo en la garganta por la necesidad de llorar a causa de la sorpresa de haber encontrado a alguien que, finalmente, lo comprendiera, que no solo luchara contra todo y contra todos, sino contra sí mismo.

—¿Estás segura de que no es una pesadilla...? —preguntó él, con voz queda—. De que simplemente... nos despertaremos.

Miré el camino; el polvo que el viento arrastraba desde el desierto cubría el asfalto con un tenue matiz dorado, aun cuando sobre nuestras cabezas comenzaban a reunirse nubes grises.

—Sí —dije, tras algún tiempo.

Porque quienes sueñan siempre despiertan y dejan a sus monstruos atrás.

CAPÍTULO CUATRO

La lluvia comenzó con el restallido de un trueno justo en las afueras de Mojave, una pequeña ciudad situada en la base de las escarpadas faldas de las montañas cercanas.

—Es Days Inn —dijo Cole, señalando el pequeño complejo de dos plantas que se apretujaba en una esquina—. Aparca ahí. Tenemos que conseguirles otro coche y nosotros tenemos que cambiar el nuestro.

La vida había desaparecido de la ciudad hacía algún tiempo, lo cual era normal por la completa falta de mantenimiento de las tiendas y las casas. Era una imagen a la que me había acostumbrado el año anterior hasta tal punto que ya no tenía esa reptante sensación de temor que se tiene al ver los parques infantiles vacíos o la tierra nueva en los cementerios, las casas cerradas y tapiadas. Así que ni siquiera California, que bajo el mandato de la Coalición Federal había seguido un derrotero independiente al del resto de la nación, había sido inmune a la nueva normalidad de pugna económica con la cual se las había tenido que arreglar el resto del país.

—Podría haber gente —dije—. Lo considerarían su territorio...

—Mira estos coches —dijo Cole—, la cantidad de polvo que los cubre. Ya llevan aquí mucho tiempo. No he visto ningún movimiento a través de las ventanas del hotel ni en los alrededores, ¿y tú? Aparca. Para el coche justo ahí, junto a ese Toyota gris.

Apagué el motor mientras Cole se aseguraba de que Clancy siguiera inconsciente y bien maniatado con las bridas. Salió a inspeccionar los otros coches en busca de uno que funcionara y tuviera combustible, y yo salté de mi asiento y eché a correr hacia la parte trasera para desatar la lona. Los tres se sentaron a la vez, parpadeando por la luz legañosa.

Unas frías gotas de lluvia me mojaron la cara y el cuello mientras ayudaba a los chicos a bajar de la camioneta. El aire estaba cargado de ese olor extraño, maravilloso e indescifrable característico de las tormentas del desierto.

—Hola —dije, cogiendo a Liam por los hombros para ayudarlo a mantener

el equilibrio tras bajar de la camioneta—. ¿Estáis bien?

Liam asintió y me apretó el hombro al pasar junto a mí.

—Chubs, espera... Maldición, tío... —Sin sus gafas, el chico no veía nada. Metió el pie en un bache y cayó al suelo antes de que Liam pudiera llegar hasta él. Después, usó el brazo sano para ayudar a su amigo a levantarse, lo condujo hacia el borde del aparcamiento del motel y desaparecieron al doblar una esquina. Por la ausencia de explicaciones y lo rápido que se marcharon pude imaginarme adónde iban.

—¿Ha sido tan especial ahí delante como lo ha sido aquí detrás? —preguntó Vida acercándose a mí a saltitos. Las articulaciones le crujieron cuando estiró los brazos y la espalda.

—Nadie ha matado a nadie —respondí—. ¿Ha sido horrible aquí detrás?

—No —dijo Vida encogiéndose de hombros—. Un poco incómodo, y frío en algún momento. Hubo un sitio en que tomaste una curva pronunciada y Abuelita me metió mano por error. Cada vez que se lo menciono parece que va a morirse de la vergüenza. Básicamente, voy a sacarle a eso todo el jugo que pueda.

—¿Tienes que hacerlo? —le pregunté con énfasis.

—Como quieras. Le enfadaba más que jugaríamos a ver quién le inventaba el peor apodo.

—Déjame adivinar: has ganado tú.

—En realidad, ha sido el Niño Explorador. O sea, imagínate. Ni siquiera yo pude superar Chuby Chuby Chu Chu. Casi me meo de la risa.

Tomé nota mentalmente de darle a Chubs un largo abrazo antes de partir otra vez.

Al mirar para asegurarme de que los chicos ya regresaban a los vehículos, me llamó la atención una mancha de color. Me protegí los ojos de la lluvia y avancé hacia las dos casitas de hormigón situadas en una posición extraña, a poca distancia de la esquina. Unos grafitis toscos ensuciaban el hormigón agrietado del muro que separaba el costado de una de las casas del aparcamiento de la otra.

—¿Qué? —preguntó Vida—. ¿Por qué pones esa cara?

En realidad, la mayoría de los dibujos no eran arte en absoluto y una gran parte de ellos ni siquiera estaban pintados con aerosol. Me limpié la lluvia del rostro y me aparté el pelo de los ojos. Había nombres garabateados con rotulador permanente: Henry, Jayden, Piper y Lizzy, todos escritos con letras grandes y onduladas, debajo del esbozo de un gran círculo negro en cuyo interior había algo que parecía una medialuna. Vida me siguió cuando me acerqué para ver mejor.

Recorrí el muro con la mirada, vagamente consciente de los pasos que se acercaban a mis espaldas. Una de las inscripciones, la que habían hecho con aerosol azul, estaba muy fresca, y las letras, que parecían ser una K, una L, una Z y una H, habían goteado hasta el suelo. Apoyé una mano en la pared y no me sorprendió cuando la retiré pegajosa y manchada de azul.

—¡Anda!

Liam soltó una carcajada sorprendida y avanzó hasta donde estaba yo para mirar mejor las letras.

—¿Anda qué? —preguntó Chubs.

—Es el código de señales. ¿Lo recuerdas? En East River.

Miré a Chubs mientras él fruncía el ceño, obviamente tan confundido como yo. Liam se había zambullido de cabeza en la vida del campo, haciéndose amigo de todos y cada uno de los chicos, pero yo solo me juntaba con Clancy, y Chubs se había quedado principalmente solo.

—Vale —dijo Liam, sin desanimarse—, es el sistema que inventaron para viajar con seguridad. Así solíamos indicar cómo regresar cuando salíamos en busca de provisiones, y se lo enseñaban a todos los chavales que iban y venían solos.

Colocó la palma sobre la medialuna.

—Recuerdo este signo. Significa que este es un lugar seguro. Para dormir. Para descansar. Esa clase de cosas.

—Y los nombres, ¿qué? ¿Chavales que han pasado por aquí? —preguntó Vida.

—Sí. Debían hacerlo si tenían que separarse o si intentaban dejar un rastro para que otro grupo los siguiera. —La lluvia era más intensa, lo que le obligó a secarse la cara—. Hay otros diferentes para los lugares con comida, lugares donde se pueden encontrar provisiones, casas con gente amistosa que quizá esté dispuesta a echar una mano y así sucesivamente.

—¿Clancy lo diseñó? —pregunté.

—Asombroso, ¿verdad? —dijo Liam—. Yo no sabía que él era capaz de pensar en otra persona más de dos segundos sin morir de asco.

—¡Ja! —Chubs levantó una de las lentes rotas y miró a través de ella como si fuese una lupa, ignorando la risita de Vida—. ¿Esos chicos recorrieron toda esta distancia desde Virginia?

«Nosotros lo hicimos», estuve a punto de decir. Pero nuestras circunstancias habían sido... diferentes, como mínimo.

—Apuesto... —dijo Liam, pero luego me cogió del brazo y me apartó de los demás.

Fuimos hasta la esquina donde la valla de la casa se unía con la valla del fondo del aparcamiento. Por la calle, en la esquina opuesta, había una especie de iglesia. Pintadas en negrita se veían dos V invertidas, una sobre otra, como si fueran flechas, rodeadas por un círculo.

—Ese es un indicador direccional que muestra qué camino tomar —dijo Liam.

—Anda —dije yo—. He visto varios de esos desde que dejamos Los Ángeles. No tenía ni idea... Supuse que tenían algo que ver con la construcción del camino.

—Lo extraño es que los recuerde de antes, cuando cruzamos en coche... —dudó un instante—. ¿Harrisonburg?

Lo miré, confundida. Pero pronto lo entendí todo, y el tono de pregunta en su voz me llegó como el dolor agudo de una lesión recurrente.

—¿Cruzamos en coche ese lugar...? ¿Juntos, quiero decir? No... no estoy recordando algo erróneo, ¿o sí?

Lo que me hizo sufrir, casi más que la expresión frustrada de su rostro, fue la ausencia de acusación en su voz. Yo sabía que lo que le había hecho a su memoria estaba casi totalmente... deshecho, creo. Pero todavía tenía momentos de superposición entre lo que realmente había sucedido y la historia que yo había implantado en su mente. Le había oído pedir explicaciones a Chubs algunas veces, pero esta era la primera vez que me enfrentaba al tema de manera tan directa. Me dolía todo el pecho. Si hubiera podido convertirme en un charco y dejarme arrastrar por un desagüe, lo habría hecho.

—No —conseguí decir—. Tienes razón. Cruzamos en coche el lugar cuando fuimos a aquel WalMart.

Inicié el regreso hacia el hotel, pero me cogió de la muñeca. Me preparé para oír lo que fuera que tenía que decirme.

Aparentemente, no era nada. Contempló el suelo mientras me acariciaba la piel suave de la muñeca con el pulgar.

Al final dijo:

—Recuerdo el otro motel; era casi exactamente igual a este pero las puertas no eran rojas. —Se frotó la nuca con una sonrisa triste en el rostro—. Me comporté como un idiota intentando darte un par de calcetines.

Sonreí, muy a mi pesar.

—Sí. ¿Y qué hay de darme una serenata con The Doors? *Come on baby, light my fire...*

—Probablemente habría ejecutado toda una coreografía de canción y baile si no hubieras comenzado a reírte —dijo él—. Deseaba tanto que sonrieras.

Ahora el corazón me dolía de un modo completamente diferente. Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla. Se oyó un silbido agudo que venía del aparcamiento. Desde donde estaba, junto a un sedán compacto blanco, Cole nos hacía señas para que volviéramos. Liam hizo un gesto de impaciencia al verlo, pero se dirigió hacia el lado del conductor. Cole sacudió la cabeza y señaló a Vida.

—Ella conducirá. —Impidió la protesta de Liam antes de que este pudiera decir una sola palabra—. Nada de protestas. Tu hombro necesita descansar. Después cambiaremos.

—¡Pero qué gilipollas eres! Estoy bien...

—¿Esto es lo que llaman amor fraternal? —se preguntó Chubs en voz alta.

—Eh, yo creo que así está bien —dijo Vida, ignorándolo—. Puede que así pasemos de los sesenta kilómetros por hora. Nos vemos. Intenta no conducirnos directamente hacia otra patrulla militar, ¿vale?

—Cuídate —le dije, aun a sabiendas de que no lo haría.

—¿Lista, Joyita? —preguntó Cole. En lugar de dirigirse a la camioneta roja, me condujo hacia una azul, nueva—. He conseguido vehículo nuevo. Lo más probable es que ya hayan informado sobre la camioneta roja. El Principito ya está dentro y asegurado.

Advertí que él ya se dirigía hacia el lado del acompañante.

—¿Quieres conducir? —le pregunté.

—¿Por qué? ¿Necesitas un descanso o estás bien como para seguir algunas horas más? Me iría bien cerrar los ojos un rato. Podemos cambiar cuando anochezca.

Me asustó un poco comprobar lo rápido que se durmió Cole cuando estuvimos otra vez en el camino. En un instante estaba con la cabeza apoyada en la ventanilla, diciéndome que girara a la derecha y que activara el limpiaparabrisas, y en el instante siguiente estaba muerto para el mundo.

Yo podía hacerlo. La camioneta era lo bastante nueva como para tener una brújula electrónica en la pantalla del tablero, y la verdad es que lo único que tenía que hacer era seguir hacia el norte hasta que empezaran a aparecer las señales que indicaran Lodi o Stockton.

Pero las únicas señales que veía en ese momento eran las pintadas con aerosol en las paredes de los edificios. En los muros. En las marquesinas y en los escaparates de los centros comerciales. Ahora que se me habían abierto los ojos, veía las señales por todas partes. Atraían mi mirada una y otra vez, llamándome la atención.

Cuando vi el siguiente grupo de señales, a lo lejos, sentí que una idea atrevida me surgía sigilosamente. Dudé, mirando a Cole e intentando valorar hasta

qué punto se enfadaría. Avanzábamos volando hacia los símbolos y si no giraba ahora podía perder el rastro completamente...

«¿Importa? Ni siquiera sabes quiénes son esos chicos...».

Importaba. Porque yo sabía qué significaba intentar sobrevivir en el camino, y si aquellos chicos necesitaban ayuda, quería que fuéramos nosotros quienes se la procurásemos.

Giré por primera vez a la derecha cuando las flechas cambiaron de repente. Me condujeron lejos de las dos autovías que me habrían llevado a cruzar las montañas por la carretera de Oak Creek, la cual en otra vida podría haber sido la ruta paisajística más transitada de la región. Otra curva a la derecha, por la carretera de Tehachapi Willows Spring, que rodeaba la ciudad de Tehachapi. Todas las señales que indicaban la proximidad de la ciudad estaban marcadas con una gran X cuyo centro quedaba encerrado dentro de un pequeño círculo. Su forma me recordaba tanto una calavera con las tibias cruzadas que no quería arriesgarme a ignorarla.

En las cercanías de un parque acuático mi mente comenzó a vagar. Advertí que mis ojos se cerraban y volvían a abrirse repentinamente más de una vez. «Para —pensé—. Despierta, despierta, despierta». Cole necesitaba reponer energías por fin, después de las dos semanas infernales que habíamos vivido durante la huida de Los Ángeles. Yo podía ocuparme. Por lo menos podía quedarme despierta hasta que tuviéramos que detenernos para repostar.

La luz se hacía más débil con cada minuto que pasaba; el sol invernal se ponía antes de hora detrás de unas nubes de tormenta plateadas. Bajo la luz azul grisáceo, la señal de cemento que indicaba un parque público parecía brillar y las inscripciones, en comparación, parecían especialmente oscuras. Por lo menos, las iniciales que veía le daban a mi cerebro algo con que jugar mientras observaba el camino.

«PGJR... Paul, George, John y Ringo... Pantera, gato, jirafa, ratón... Pistola, Glock, Jericó, rifle...».

«HBFB... Hinojo, Barón, Fondos, Bananas... Huevos, Beicon, Foie, Bizcochos... Harrisonburg, Bedford, Fairfax, Bristol...».

Debajo de la línea de iniciales había otra más tenue. Bajé la velocidad y concentré la mirada a través de la cortina de lluvia. El agua casi había borrado las

letras, pero todavía podía distinguirse, apenas, KLZH.

«Kia... Lexus... Zeta algo... Honda...». Vale, eso no ha salido bien del todo. «Kansas, Led Zeppelin, ZZ Top, The Hollies». Maldición, la Z era difícil. Zorros, zoo, zoquete y Zu. Y ya está. Mi cerebro no daba para más.

Bostecé con una sonrisa. «Ka algo, Liam, Zu, Hina». Ah, sí, Kylie, la Kylie de East River, eso encajaba. «Kylie, Liam, Zu, Hina». O hasta «Kylie, Lucy, Zu e Hina...».

El aire entraba con fuerza por los conductos de ventilación del habitáculo, con más ruido ahora que tenía la mente en completo silencio. Me llenó los oídos hasta que el corazón me empezó a golpear las costillas con un sonido lo bastante intenso como para que me llegara a los oídos.

«Kylie, Lucy, Zu y Hina». Mi mente cantaba los nombres una y otra vez hasta que creí que estaba desvariando. «Para». Intenté continuar. Probé con koala, león, zorro y hiena, pero no podía quitarme la sensación de que la sangre me bullía.

Si esos eran los chicos que dejaban las inscripciones, no podíamos estar lejos de ellos. Y si sabían cómo descifrar el código, entonces esos chicos eran..., tenían que venir de East River, ¿verdad? Solo había visto a un grupo abandonar East River, y ese era el grupo de Zu.

«Para», pensé tragándome una gran bocanada del aire que me llegaba de la ventilación. Extendí la mano para encender la calefacción un poco y combatir el frío. Había otros chicos, muchos chicos con esas iniciales. Y sin importar quién era la otra chica, si era el grupo de Zu debía haber una T por Talon, el adolescente que iba con ellos. Intenté evocar sus rostros, pero los de Kylie, Lucy, Talon e Hina no aparecían. Era extraño poder recordar su cabello, cómo llevaban los pañuelos o el sonido de sus voces, pero no sus caras. Mi mente había bloqueado una parte tan extensa de nuestra época en East River como defensa contra el sufrimiento que todo podría haberle pasado perfectamente a otra persona.

Pero Zu... Lo recordaba todo de ella, desde su pelo enmarañado cuando se despertaba por la mañana hasta cada peca de su nariz.

Aún vi con el rabillo del ojo otra inscripción en código, dos de ellas en una señal de tráfico que indicaba la distancia decreciente a la ciudad más próxima. Una de las inscripciones era la medialuna en el círculo, la otra un grupo de flechas que

apuntaban hacia la derecha, al este, no hacia arriba como las demás. Encendí las luces de la camioneta, que alumbraron los grupos de árboles que había a cada lado de la carretera. Inicié el proceso de detenerme en el arcén, deseando que hubiera otra forma de hablar con Liam y Chubs, pero me arrepentí.

Los últimos días ya habían sido lo bastante duros para Liam. Exponerlo a toda esta excitación solo para arrancársela después parecía muy cruel. Chubs podía soportar el desengaño, pero Liam... No quería ver la decepción en su rostro cuando todo acabara en nada. Ya lo había decepcionado tantas veces, de tantas maneras. No podía añadir esto a la lista.

Pero estaba esa vocecita que se elevaba por encima de los demás pensamientos, susurrándome: «¿Y si es ella?».

Kylie, Lucy, Zu e Hina. KLZH.

Era peligroso; era permitirme pensar que en ocasiones la vida tenía la mágica propiedad de salir bien. Que las cosas podían salir de un modo mucho mejor y más fácil de lo que uno era capaz de imaginar.

¿Acaso la pintura no estaba lo bastante fresca como para emborrionarse con la insistente lluvia? No podían llevarnos mucho tiempo de ventaja.

«No te hagas esto», pensé. Estábamos más al norte de lo que, según Liam, se encontraba la casa del tío de Zu. Además, faltaba la T de Talon entre las iniciales. Puede que fuera agotamiento, tal vez desesperación o alguna clase de necesidad de demostrar que a veces la vida puede ser amable. Fuera lo que fuera, no podía ignorarlo.

¿Cuáles eran los riesgos de seguir el rastro solo para averiguar qué nos esperaba al final? ¿Y si era nuestra única oportunidad de encontrarla?

Jude lo habría hecho. Con él, ni siquiera habría habido debate.

A pesar de todo, me pareció una locura girar a la derecha en el siguiente desvío. Vida tocó el claxon a modo de pregunta. Era un camino oscuro y ni siquiera estaba pavimentado. La camioneta se asentó en el fango y avanzó sobre las huellas frescas dejadas por otros neumáticos. Los árboles plantados junto al camino, nudosos y retorcidos, crecían a su aire entrelazándose unos con otros. Mantuve la camioneta a velocidad suficiente como para pasar entre las ramas que invadían el camino, quebrándolas y arrancándoles las hojas.

Fue ese ruido y no el inquisitivo claxon del otro coche el que finalmente despertó a Cole de su siesta de un par de horas. Lo vi tensarse, pasarse la mano por la cara una vez, dos, en un intento de sacudirse la desorientación que le había producido el sueño profundo.

—¡Deberías haberme despertado! —dijo, mirando el panel brillante del tablero—. Aguarda..., ¿dónde diablos estamos? ¿Por qué estamos yendo hacia el este y no hacia el norte?

—Tengo una corazonada —respondí.

—Sí, y yo tengo un grano en el culo y..., sorpresa, eres tú —dijo Cole, mirándome con furia por encima de la figura inclinada de Clancy—. ¿De qué se trata?

—Creo que... —De repente, los árboles se abrieron y vi que el sendero que nos había conducido hasta allí no era una carretera, sino un largo camino de acceso a lo que debía de haber sido una fantástica casa en la montaña. El edificio era enorme; tenía dos plantas y un garaje con espacio para dos coches. La fachada de la casa era de piedra y madera, como si a pesar de su imponente presencia hubieran querido incorporarla al paisaje.

—Todavía estoy esperando la respuesta —dijo Cole mientras yo aparcaba el coche.

—Creo que aquí puede haber algunos chicos ocultos —dije—. Solo quiero echar un vistazo rápido, te lo juro. Será rápido, te lo juro.

Cole tensó la mandíbula y me pregunté qué clase de expresión tendría mi cara para que al final asintiera y dijera:

—Vale, pero lleva a Vida contigo. Tenéis dos minutos.

Los otros habían abierto las puertas, pero solo Liam había salido a la lluvia.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Necesito a Vida un segundo —respondí—. No, solo a ella. A ella. Es algo... rápido.

—¿Qué clase de algo? —gruñó Chubs—. ¿Un algo en que Ruby acaba

metida en un peligro mortal?

Cerré la puerta a más posibles preguntas y me avergoncé al ver la esperanzada expresión de Vida mientras venía hacia mí.

—Esto... ¿tiene que ver con Cate?

Todo su rostro resplandecía de esperanza: los ojos almendrados y muy abiertos, los gruesos labios separados como si no supiera si debía sonreír o no. Dios mío, si Cate no lo había conseguido, si no nos estaba esperando... No me creía capaz de ayudar a Vida a recuperarse.

—Creo que aquí puede haber algunos chicos ocultos.

Eso hizo que se espabilara de inmediato. Deslizó la mano en el bolsillo de la sudadera donde tenía la pistola.

—Vale, guay —dijo—. ¿Cómo quieres hacerlo?

La puerta de entrada y todas las ventanas de la planta baja estaban tapiadas, y lo mismo ocurría con la puerta trasera y la entrada lateral. La excitación inicial de Vida se esfumó rápidamente cuando chapoteamos por el lodo y la hierba alta en la oscuridad, tropezando y resbalando para rodear por segunda vez la casa. No vi ninguna escalera por la que poder trepar al segundo piso. No se veían luces encendidas, ni se oía ningún ruido procedente del interior. La figura extraña y borrosa que se veía en la puerta del garaje fue cobrando forma a medida que nos acercábamos y me hizo parar en seco. Era una tosca medialuna hecha con alguna clase de metal. Alguien la había colgado ahí con un único clavo.

«Lugar seguro». Respiré hondo y extendí la mano hacia el metal frío del pomo de la puerta. Vida se quedó atrás, pero extrajo la pistola y apuntó...

A nada.

No había coches, ni bolsas, ni chicos envueltos en mantas. Con la excepción de una fila de herramientas de jardinería y unos cubos de basura, solo había eso, basura. Los envoltorios brillantes estaban dispersos en montoncillos por todo el lugar.

Vida pasó una bota por la basura, esparciéndola. A medida que los ojos se me iban acostumbrando a la oscuridad, pude ver otras señales que indicaban que

al menos una persona había estado en aquel lugar hacía poco: un pequeño montón de mantas y un talego abandonado.

—Vamos —dijo—. Si hubo alguien aquí, debe de hacer días que se ha despedido.

—Había huellas en el fango del camino —dije, preguntándome si mis palabras sonaban más firmes que mis pensamientos.

Me dirigí hacia la puerta que conducía al interior de la casa y me detuve al ver el candado que colgaba de la aldaba.

Cole hizo sonar el claxon, y esa fue la bofetada en la cara que yo necesitaba.

«Estás actuando como si estuvieras fuera de tus cabales —pensé—. Tranquilízate. Hay cosas más importantes...».

No. No las había. Porque la verdad era que yo habría ido hasta allí. Yo habría recorrido toda la distancia desde Los Ángeles, sola en la oscuridad y la lluvia, si eso hubiera implicado encontrar otra vez a Zu. Lo deseaba con tanta fuerza... Necesitaba saber que estaba a salvo, que se encontraba bien y que yo no le había fallado como les había fallado a todos los demás.

Hasta la parte de mí que aún albergaba esa esperanza se sintió triste, pequeña y tonta cuando seguí a Vida para salir de la casa. Ahora agradecía la lluvia; cualquier cosa con tal de ocultar el hecho de que bastaría una sola palabra errada, o un solo pensamiento negativo, para echarme a llorar.

Vida puso los brazos en jarra mientras miraba la oscura hilera de árboles que formaban un elevado muro alrededor de la casa.

—Este sería un buen lugar para pasar un par de noches. Yo también vi las señales, sabes. Y creo que si no hubieras venido hasta aquí a echar un vistazo, habrías acabado cabreándote contigo misma hasta decir basta.

—Perdona que te haya arrastrado hasta aquí —farfullé.

Vida descartó mis disculpas con un ademán mientras regresaba al otro coche. Liam había dejado la puerta abierta, y la luz del interior me permitió ver dos rostros muy preocupados.

Vida se detuvo de repente al borde del camino, se agachó lentamente y levantó algo, algo blanco y cubierto de fango.

—Mira, Bu —gritó, y me lanzó lo que tenía en la mano.

Tenía los dedos estaban resbaladizos a causa de la lluvia y me temblaban, pero me las arreglé para coger el objeto.

Se trataba de un zapato pequeño, sin duda de la talla de un niño. La tela blanca estaba casi negra por el lodo y la suciedad, pero los cordones aún eran rosados, como si ni siquiera la mugre pudiera estropearlos. Lo estudié, pasando los dedos por el bordado en forma de remolinos que tenía en uno de los lados.

Cole se ocupó de dejar muy claro que mi secuestro del itinerario había llegado a su fin. Había tomado mi lugar al volante y estaba bajando la ventanilla cuando tiré el zapato al suelo y dije:

—Ya lo sé, ya lo sé.

Me castañeteaban tanto los dientes que noté un estremecimiento en todo el cuerpo. Cole me tuvo lástima y redirigió el flujo de aire caliente de la calefacción hacia mí, pero no dijo una sola palabra. Tampoco yo intenté iniciar una conversación.

El zapato... Dios, ese zapato con los cordones rosados...

Vida hizo girar el coche y tomó la delantera de regreso a la carretera principal. Cole la siguió, intentando sintonizar la radio mientras las luces de la camioneta alumbraban los árboles y el follaje. Un movimiento fugaz delató a un animal que huía.

—Vale —dijo Cole—. ¿Tienes alguna idea de dónde estamos? ¿Has visto el nombre de alguna ciudad, Joyita?

Mi mente estaba aún en el zapato, obsesionada con el bordado, con lo tibio que me había parecido pese al aire frío y la lluvia, y con los cordones. Aquellos cordones rosados eran algo fuera de...

Tragué una bocanada lo bastante sonora y brusca como para sobresaltar a Cole y hacerle pisar el freno.

—¿Qué? ¿Qué?

Pero yo ya luchaba por desabrocharme el cinturón de seguridad, saltaba fuera del coche, bajo la lluvia, y corría hacia la casa.

Conocía esos cordones. Yo había escogido los zapatos precisamente por los cordones. Los había rescatado de aquel cubo del WalMart porque sabía que le encantarían, lo sabía...

El disparo que resonó entonces, haciendo eco en las montañas oscuras que nos rodeaban, era lo único capaz de detenerme... y lo hizo. La inercia me empujó hacia delante y los pies me resbalaron en el fango a la vez que extendía las manos en el aire. Los dos coches se habían detenido. Cole usó la puerta abierta del lado del conductor para intentar detener a Liam y a Vida, que en ese momento pasaban a la carrera junto al coche. Las armas que teníamos estaban todas desenfundadas y apuntaban hacia los árboles.

Avancé otro paso corto. No pensaba en los rastreadores, ni en las FEP, ni en la Guardia Nacional, ni siquiera en los propietarios de la casa. Pensaba en lo terrorífico que sería para un chaval ocultarse entre esos árboles sin saber quién acechaba los escasos lugares que consideraba seguros.

Todavía no me habían matado de un disparo. Esa era una buena señal.

—¿Zu...? —dije, elevando mi voz por encima del ruido de la lluvia que agitaba los árboles.

No hubo respuesta.

—¿Zu? —grité, avanzando un paso más—. ¿Suzume? ¿Zu?

El bosque pareció exhalar un largo suspiro a mi alrededor, acomodándose después en la oscuridad de la noche. Si ahí había alguien, no era ella. Ella habría salido.

¿O no?

Sentí un agudo retortijón de desesperación en el vientre y empecé a retroceder para regresar al coche.

—Vale —dije—. Vale, lo siento. Ya nos vamos.

Mirando por encima del hombro vi a Cole bajar el arma. Liam rodeó la puerta y se puso a su lado extendiendo la mano en mi dirección, para después dejarla caer. Dio otro paso hacia delante, solo para detenerse con los ojos muy abiertos.

Y cuando volví la mirada a los árboles, solo la vi a ella.

Un borrón blanco, rosado y negro surgió del refugio que le ofrecían los árboles, alejándose de los brazos pálidos que intentaban cogerla de la camiseta y hacerla regresar. Unas piernas desgarradas corrieron resbalando en el fango, acortando la distancia que nos separaba con tanta rapidez que apenas tuve tiempo para levantar los brazos.

Zu se abalanzó sobre mí con una fuerza que bien podría haber inclinado el mundo. Caí hacia atrás arrastrándola conmigo, dejando escapar un sonido que estaba a medio camino entre la risa y el sollozo, abrazándola. Ella me hundió el rostro en el pelo y la tensión desapareció. Relajó cada miembro de su cuerpo como si estuviera acomodándose al mío.

La descarga de alegría pura e inquebrantable me golpeó como un rayo. Cantó una dulce canción en mi cabeza y me templó el cuerpo hasta los pies. Estaba tan inmersa en ese sentimiento que tardé todo un minuto en darme cuenta de lo mucho que temblaba la niña, de lo fría que estaba al tacto. Lloraba con pequeños resuellos que no indicaban felicidad. La aparté un poco para poder verle la cara, pero ella se aferró a mí aún con más fuerza, sacudiendo la cabeza.

—Creo que esto es tuyo —le dije, mostrándole el zapato.

Me permitió limpiarle el lodo del pie derecho, descalzo, antes de colocarle el zapato y atarle los cordones. Se le debía de haber caído al correr hacia los árboles. Nos habían oído llegar y les había entrado pánico.

—¿Zu? —Liam llegó tan rápido que resbaló por el fango el último par de metros, yendo a aterrizar en el suelo, junto a nosotros—. ¿Zu?

Todo lo que hizo fue girar la cabeza y la euforia de su rostro se transformó en desesperación y preocupación. Cuando ella extendió los brazos hacia él, Liam le cogió las manos y estudió cada centímetro de su cuerpo en busca de magulladuras, cortes, cualquier cosa que explicara por qué nos miraba como si acabáramos de regresar de entre los muertos, por qué se aferraba a nosotros como si fuéramos a esfumarnos en cuanto parpadeara.

—¿Es ella? —preguntó Chubs con un tono desesperado, avanzando a trompicones hacia nosotros—. No veo nada...

—Aquí, Abu, tranqui... —Vida se volvió y lo ayudó a rodear la puerta del coche. Chubs se palpó el bolsillo delantero en busca de una de las lentes.

—Hola, ¿qué hace una chica como tú en un lugar como este? —preguntó Liam, dejando que ella le pasara las manitas por el cabello mojado, que le tomara la cara entre las manos.

Chubs se dejó caer de rodillas y nos salpicó a todos con el fango. Extendió los brazos hacia donde suponía que estaba Zu.

—No estás sola, ¿verdad? Ya sabes lo que pasa cuando intentas viajar sola, hay...

Zu se abalanzó sobre él y lo arrojó al suelo. El lodo le golpeó la espalda en el mismo momento en que se quedaba sin aire.

—Bueno..., vale —murmuró, apoyándola con cuidado en su hombro—. Estás helada. Necesitamos una manta antes de que cojas una hipotermia...

Zu extendió la mano y se la puso sobre la boca, provocando en Liam risas y más risas. La sonrisa con la que ella respondió fue temblorosa y breve, pero sonrisa al fin y al cabo. Al verla, sentí ganas de echarme a llorar.

La examiné, intentando encajar aquella nueva imagen con la que conservaba en la memoria. Le había crecido otra vez el cabello lo suficiente como para formarle rizos sobre las orejas. Todo lo demás también había cambiado. Estaba más alta, aunque también más delgada. Dolorosamente delgada. Tenía la piel de las mejillas hundida y, aun en la oscuridad, advertí que también era así en los otros chicos que en ese momento surgían de entre los árboles. Avanzaban a trompicones hacia nosotros, parpadeando por las luces de los coches. Conté doce en total, todos de diferentes alturas y diferentes formas, pero todos chavales. Todos chavales.

Kylie y la prima de Zu, Hina, fueron las siguientes en salir de detrás de los árboles. Me bastó ver a Lucy para recordar las decenas de veces que yo había recibido comida servida por ella en East River. Me hacía pensar en el humo de una hoguera, en pinos, en una puesta de sol en los lagos cercanos. Y las tres, y todos los demás, por cierto, nos miraban como encandilados.

—Lo siento —dijo Kylie—. No me di cuenta de que eras tú, de lo contrario no habría disparado, es que... los rastreadores y los soldados y todo...

A mis espaldas, Cole soltó un largo suspiro.

—Tenemos que encontrar otro coche ¿verdad?

CAPÍTULO CINCO

A pesar de todas las esperanzas que tenía de encontrarla, no estoy segura de haber pensado alguna vez qué ocurriría con Zu cuando la encontráramos. Pero se hizo obvio, desde el instante en que Liam la vio, que ese era el único pensamiento que le ocupaba la mente.

—Pensaba que estarías en casa de tu tío —dije—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué te has marchado?

—Él no estaba en casa. Igualmente nos habríamos quedado, pero hubo... un incidente justo después de que llegáramos —nos explicó Kylie mientras caminábamos.

Los árboles retrocedieron para revelar un pequeño claro rodeado de oscuridad. Habían apagado las fogatas al oír que se aproximaban nuestros coches, pero el claro todavía olía a humo.

—¿Qué clase de incidente? —preguntó Liam.

—Uno malo. Había un tío, resultó ser un buen tipo. Él..., olvídale, no importa. —Kylie sacudió la cabeza poblada de rizos negros, al tiempo que se alisaba la parte delantera de la camiseta rota—. Desde entonces, hemos estado viajando de ciudad en ciudad. Cuando vi la ruta marcada con códigos la seguí con la esperanza de encontrar a otros chicos, pero ellos tampoco lo están pasando bien.

Abrí unos ojos como platos al ver las improvisadas tiendas que habían montado con sábanas, ahora empapadas, las viejas latas de comida y los cubos que habían dejado fuera para recoger agua.

—Habéis venido en coche, ¿verdad? —preguntó Liam—. ¿Dónde lo habéis escondido?

—Detrás del cobertizo, en la parte de atrás de la casa.

Kylie intentó escurrirse la camiseta sin mucho éxito. Los otros chicos, de pie a su alrededor, ya se habían presentado, visto y no visto. No reconocí a ninguno. Lucy se había apresurado a aclarar que dos de ellos, Tommy y Pat, habían

abandonado East River pocos meses antes de que nosotros llegáramos. Los otros tres miembros de su tribu se habían separado cuando el viaje se hizo demasiado duro para ellos y desde entonces no habían sabido nada de ellos. Los otros diez adolescentes, todos de alrededor de quince años, eran chicos aislados que habían ido recogiendo a medida que cruzaban el país.

Tommy era tan alto y delgado como los otros tres que tenía al lado y llevaba la cabeza, poblada de pelo de un sorprendente color cobre, casi oculta bajo un gorro de lana. Pat era casi una cabeza más bajo, y caminaba y hablaba con una energía frenética y vacilante que hacía casi imposible seguirle el ritmo.

—Bueno... —dijo Cole, observando el lamentable campamento montado a nuestro alrededor—. Lo habéis intentado.

—Me pregunto... —dijo Lucy, al tiempo que daba un paso al frente. La trenza rubia se balanceaba sobre uno de los hombros. Vestía una sudadera de los San Francisco Fortyniners^[2] que le iba grande y unas mallas negras con las rodillas en jirones—. ¿Y vosotros qué hacéis aquí? ¿Cuándo habéis abandonado East River?

Ah, maldición; claro que no lo sabían. No podían saberlo. Miré a Liam, pero él miraba a Zu, quien le cogía de la mano.

—Dejemos esa historia para otro momento —dijo Cole—. Recoged lo que queráis traer con vosotros.

—Espera, ¿qué? —dijo Liam—. Espera un segundo; ni siquiera saben en lo que se están metiendo.

Cole hizo un gesto de impaciencia y se volvió hacia los otros chicos, dando unas palmadas.

—Os lo explicaré. Solíamos formar parte de un grupo llamado la Liga de los Niños. Después el presidente decidió que quería destruirnos, a nosotros, a la Coalición Federal y a todo Los Ángeles. Ahora nos dirigimos al norte, a establecernos y a inventar nuevas y divertidas maneras de patearles el culo. ¿Alguna pregunta?

Tommy levantó la mano.

—¿Han destruido Los Ángeles? ¿En serio?

—Creo que ya no estamos hablando de manera metafórica —dijo Cole—. Los Ángeles es ahora un montón de escombros ardientes. Podéis quedaros aquí, pero los militares controlan las fronteras y las autovías, y es probable que hayan echado mano de todo el combustible y la comida que hay por ahí. Lo que quiere decir que la vida se os va a poner más condenadamente difícil si no encontráis un lugar seguro.

Creo que los chavales estaban demasiado conmocionados para llorar. Intercambiaron miradas en un obvio esfuerzo para procesar lo que acababan de oír.

«El hambre tampoco ayuda mucho en este sentido», pensé, viendo cómo la lluvia hacía que a Kylie se le pegara la camiseta a las caderas.

—Y ahí donde vamos, ¿es un sitio seguro? —preguntó Pat.

—Diles la verdad —dijo Liam con brusquedad—. Puede ser un lugar seguro, pero siempre tendremos dianas pegadas en la espalda. Cole, tú nunca haces nada solo por amor al arte, así que dime, ¿dónde está el truco? ¿Si vienen con nosotros tendrán que combatir? ¿Deberán trabajar para ganarse la cama y la comida?

—Bueno, la verdad es que probablemente todos durmamos en sacos —dijo Cole, mientras la irritación bullía bajo cada palabra—, pero no, no hay truco. Si desean que los entrenemos, los entrenamos. Y si desean combatir, ¿quién diablos soy yo para detenerlos? Pero tengo la sensación de que ellos tienen tanto interés como nosotros en averiguar qué causó la ENIAA y en saber más sobre esa supuesta cura. Y también tengo la ligera sensación de que se las verán negras para encontrar otro grupo que esté dispuesto a llevarlos con sus padres.

—No los manipules para que crean que esto es...

—¿Que esto es qué? —pregunté con tranquilidad, llevándolo a un lado—. ¿Una manera de sobrevivir? Liam... Lo entiendo, combatir es peligroso, pero esta forma de vivir también es peligrosa, ¿verdad? ¿Estar enfermo y huyendo siempre? No tienen por qué quedarse en el Rancho para siempre. Podemos sacarlos de ahí una vez que hayamos encontrado la forma segura de hacerlo, si eso es lo que quieren.

Parecía sufrir. Si había luchado contra la idea de que a mí me atrapara la Liga, ¿qué posibilidades había de que aceptara lo mismo para Zu? No importaba cuánto deseara ver libres a los chicos de los campos, ver la auténtica cura; su

instinto siempre escogería el camino más seguro para las personas a las que quería.

—Cuando todo esto haya acabado —dije mirando cómo Cole ayudaba a los otros chicos a recoger sus cosas—, podremos ir adonde nos apetezca. ¿No merece la pena? Que venga con nosotros es la única manera de asegurarnos de que está a salvo. Nosotros podemos cuidarla.

«Jamás debimos dejar que se fuera, en primer lugar».

Liam dejó escapar el aliento.

—Oye, Zu, ¿qué te parece si nos ayudas a montar una pequeña guerra?

Ella lo miró y luego me miró a mí con el ceño fruncido, como si estuviera pensándoselo. Luego se encogió de hombros como diciendo: «Vale. No tengo nada mejor que hacer».

—Muy bien.

Liam pronunció las palabras con el último aire de un suspiro y sentí cómo, al mismo tiempo, la tensión abandonaba mi cuerpo. Con un brazo sobre mis hombros y la otra mano en la de Zu, Liam y yo atravesamos el bosquecillo hacia donde estaban los demás. La familiaridad de la situación era tranquilizadora, como si finalmente estuviera anclada en el mundo otra vez.

—Muy bien —repitió Liam.

Cuando llegamos a los coches otra vez, Chubs y Vida ya estaban ahí, apoyados contra el lateral de la camioneta, pero mientras que Chubs prácticamente se balanceaba sobre las puntas de los pies y le hacía a Zu miles de preguntas sin ninguna posibilidad de recibir respuesta, Vida le lanzó una mirada, se cruzó de brazos y avanzó hacia nosotros.

—Hola, Vi, esta es...

Vida no se detuvo ni para dejarme acabar la frase ni para coger la mano que Zu le extendía. Advertí un centelleo en sus ojos cuando cruzamos una mirada y una acusación tan silenciosa como infundada. Tenía la boca tensa por el veneno que obviamente se esforzaba por contener.

—¿Ahora podemos largarnos de este jodido vertedero?

Y en un segundo, el sentimiento de seguridad desapareció. Una inquietud enfermiza tomó su lugar y dividió mi atención en dos. Una mitad de mí quería meterse en el bosque, ir detrás de Vida; la otra mitad, la más exigente y ruidosa, quería quedarse exactamente donde estaba, felizmente sumergida en el amor de las tres personas que me rodeaban. Tenía el corazón lleno de ese amor; Zu rodeaba con un brazo la estrecha cintura de Chubs y este le daba palmaditas en la cabeza, en su extraño estilo habitual.

Liam se había girado para seguir con la mirada la silueta de Vida, que se perdía en la oscuridad. Cuando se volvió tenía una expresión inquisitiva y mi propia confusión se reflejaba en sus facciones.

Pero yo no tenía idea de por qué se había enfadado Vida.

Ya habían pasado varias horas después de la medianoche cuando llegamos a Lodi y, en el horizonte, la luna ya comenzaba a deslizarse hacia el oeste. Había dormido a ratos durante cuatro horas, pero no me sentía mejor en absoluto. Mantenernos en las carreteras secundarias mientras recorríamos tranquilamente la columna vertebral de California había añadido unas buenas cuatro horas más a un viaje que de por sí era largo; la hora de más que nos llevó encontrar otro coche y suficiente gasolina para seguir el viaje redondeó el tiempo hasta unas diez horas. Parecía como si estuviéramos atrapados en una especie de realidad en la cual el tiempo se expandía y se contraía a la vez; los minutos volaban, pero en número interminable. Las rápidas oleadas de ansiedad y temor venían y se iban, y me descubrí rezando oraciones silenciosas para encontrar a Cate y a los demás, que nos esperaban. El día había ido demasiado bien y yo había aprendido a no esperar que se formara ninguna especie de patrón. La vida tenía el desagradable hábito de levantarme el ánimo solo para lanzarme de nuevo hacia abajo.

La ciudad era más rural de lo que yo había previsto; por lo menos así era en las afueras. Había varios terrenos baldíos que en otros tiempos tal vez hubieran sido viñedos, pero que se habían dejado marchitar y morir a la sombra de una serie de largas naves plateadas.

—Ahí está —dijo Cole, levantando la mano del volante para señalar. Me sorprendió que pudiera distinguir una nave de otra, puesto que a mí me parecían idénticas, especialmente en la oscuridad.

—¿Están aquí?

—Lo sabremos en un segundo.

El cielo ya tenía un color azul pálido cuando entramos en la ciudad, y nuestros pequeños coches parecían desfilan por las calles vacías. El humor de Cole cambiaba otra vez y parecía mejor y más ligero a medida que el coche reducía la velocidad y entraba en una tienda de vehículos usados. Condujo hasta uno de los espacios cubiertos vacíos, junto a lo que sin duda eran una vieja furgoneta de una empresa de exterminio de plagas y la camioneta de una compañía eléctrica.

«No es una tienda de coches usados —pensé—. Por lo menos ya no lo es».

—Vale, Joyita. —Cole respiró hondo y elevó la mirada hacia el techo del coche, murmurando algo que no conseguí oír—. ¿Lista?

—¿Y qué hacemos con él? —pregunté, indicando el cuerpo flácido de Clancy con la cabeza.

—De momento, déjalo ahí. Acabo de administrarle otra dosis. Volveremos a buscarlo cuando nos hayamos asegurado de que todo está bien.

No me parecía la mejor idea, pero estaba tan cansada que de todas maneras asentí, demasiado agotada para discutir. Además, el chico todavía respiraba lentamente y con regularidad, inclinado hacia delante, inconsciente. Esta vez fui yo quien se aseguró de que tuviera las manos y los pies bien amarrados. Al parecer, fue el último pensamiento completo y coherente que tuve.

Cuando salí del coche, me dolía todo el cuerpo por el agotamiento; podía sentirlo en el fondo de la garganta y en la consistencia acuosa que habían adquirido mis ojos. Liam me encontró de inmediato y miró de forma inquisitiva en dirección de la camioneta. Le indiqué que lo dejara con un gesto de la mano y me apoyé en el brazo con el que me rodeaba los hombros. Intentaba contar los niños empezando por Zu y Hina cada vez, pero no conseguía pasar de diez sin olvidar por dónde iba y tenía que volver a comenzar. Concentrarme en una sola cosa, en la voz de Chubs que ametrallaba a preguntas a Vida sobre las formas borrosas que veía a su alrededor, me ayudó a mantenerme alerta, pero aun así a mi cerebro le llevó demasiado tiempo procesar el motivo de que estuviéramos merodeando junto a la entrada de un bar.

Liam siguió la dirección de mi mirada.

—No le ha dicho una sola palabra a Zu —dijo en voz baja—. Ya sé que no es

adicta a los achuchones, pero ¿esto es normal? Porque si continúa así, voy a enfadarme.

Miré a Vida otra vez.

—Le lleva cierto tiempo entrar en calor. Hablaré con ella.

Cole se asomó por una de las ventanas, ignorando el cartel luminoso apagado que ponía «Abierto». Comprobó la puerta del Smiley's Pub mientras exhalaba largamente. Cerrada.

—¿Es un bar? —susurró Chubs detrás de mí—. ¿Se nos permite entrar? No tenemos veintiuno.

—Ay, Abu —suspiró Vida y, luego, dirigiéndose a nosotros—: Me supera.

Eché un vistazo por la ventana de la fachada. Había mucha madera clara pulida, repisas vacías detrás de la barra y un vinilo rojo en cada sitio donde había un asiento. Entre las fotos de mujeres en bikini reclinadas sobre coches deportivos, se veían viejos pósteres de giras de grupos de rock clásico.

—¿Tenemos que colarnos? —le pregunté a Cole.

—No. Solo estaba comprobando la puerta para ver si todavía usaban este tugurio como fachada. La entrada al Rancho está detrás del bar.

Me sentí confundida durante un segundo, pensando que se refería a detrás de la barra que estaba dentro del bar. Pero él bajó del bordillo y señaló con la barbilla un pequeño callejón situado entre el Smiley's Pub y la tienda siguiente. Lo seguimos avanzando entre cubos de basura y pilas de cajones vacíos hasta llegar a la puerta trasera. Cole se puso delante e introdujo seis números en el teclado electrónico situado a un costado. El dispositivo se iluminó y emitió un pitido, y la puerta se abrió mostrándonos lo que parecía ser una típica trastienda. Había repisas en cada pared, la mayoría de ellas vacías.

—La bajada es larga —dijo Cole por encima del hombro—. ¿Alguno de vosotros tiene miedo a las alturas? ¿A la oscuridad? No, claro que no. Sois unos campeones. Pero tened cuidado, ¿me oís?

«Una bajada larga». Dios... ¿otro túnel subterráneo? Y habría apostado a que era largo, teniendo en cuenta el hecho de que estábamos lo bastante lejos del

edificio principal del Rancho como para no haberlo visto desde la puerta del Smiley's. Teníamos una entrada parecida en el Cuartel General de Los Ángeles. La entrada en sí era un aparcamiento con un ascensor que llevaba a lo que llamábamos el Tubo. El hedor a cloacas del túnel y sus paredes llenas de moho eran tan infernales que casi esperábamos encontrar al diablo aguardando al final.

Para acceder a la trampilla que conducía al túnel del Rancho tuvimos que apiñarnos todos en el pequeño dormitorio que ocupaba la parte trasera del bar y levantar la cama y la alfombra que habían colocado encima. Cuando Cole abrió la trampilla, un aire rancio y frío se nos coló por la nariz.

—Guay —dijeron Tommy y Pat, inclinándose para mirar aquel espacio débilmente iluminado.

Kylie le dirigió una mueca a Lucy, pero fue la tercera en bajar, después de Cole. La mayoría de los adolescentes iban detrás de ella, demasiado cansados para cuestionar lo que estaba sucediendo o adónde los conducían. Fue peor para los más pequeños. Zu e Hina eran imágenes especulares del agotamiento más total y absoluto. Se balanceaban sobre los pies, como si se hubieran tomado unas cuantas copas a escondidas en el bar, y no conseguían enfocar los ojos en Liam ni siquiera mientras las ayudaba a poner los pies en la escalerilla que bajaba al túnel. Liam y yo tuvimos que ayudar a Vida a lograr que un Chubs medio ciego e increíblemente cascarrabias bajara a continuación. Luego fue el turno de Liam.

Sabía que era irracional la forma en que el miedo parecía caminar detrás de mí y ponerme un puñal en la garganta. Sabía que no estábamos siendo atacados, que los otros chavales ya habían pasado por ahí y estaban bien, que debía avanzar si quería llegar alguna vez al Rancho. Sabía todo eso y, a pesar de todo, no conseguía moverme.

Liam captó mi expresión y en su rostro apareció una sonrisa tranquilizadora. Pese a todas las palabras que no nos habíamos dicho, él podía ver mis temores. Me pasó una mano por la cabeza, me cogió la mejilla y me besó la sien.

—Distinto túnel, distinto destino, distinto final —prometió—. ¿Vale?

Tragué y me obligué a asentir mientras él iniciaba el descenso por la escalerilla. En el instante en que sus cabellos rubios desaparecieron, sentí que la piel se me encogía contra los huesos y se me contraía el estómago. «Distinto final». Me repetí mentalmente esas palabras. «Un final».

Aquello fue solo el comienzo.

Me erguí, me alisé la cola de caballo sobre el hombro y di el primer paso. El segundo. El tercero. Intenté no pensar en la oscuridad que parecía brotar por todo mi alrededor, tragándome. En el preciso instante en que estuve segura de que seguiría bajando para siempre, encontré suelo firme.

El resto de la mañana adquirió un tono extraño, casi irreal. El túnel estaba alumbrado con guirnaldas luminosas de Navidad, algunas de ellas parpadeantes, otras completamente apagadas, pero que siempre iluminaban un pequeño tramo de la senda. Era todo de cemento puro y despiadado. El techo bajo y las paredes estrechas amplificaban todas y cada una de las voces, transportando susurros y suspiros en la oscuridad, como fantasmas. Yo respiraba de forma superficial y rápida, una y otra vez, sintiendo que la sangre comenzaba a palpitarme con un ritmo lento detrás de los ojos. Este era, realmente, el prototipo del Cuartel General de Los Ángeles, solo que a una escala mucho menor y parcialmente en la superficie —si lo que Cole había dicho era verdad—, pero lo bastante parecido como para darme escalofríos.

Mi mente jugaba al pillapilla con las visiones y los sonidos que surgían a mi alrededor, filtrándolo todo con una lente lechosa. Me hacía sentir casi como si lo estuviera viendo todo a través de los recuerdos de otra persona. El olor del sudor y de las ropas mojadas. Un gruñido de dolor de Vida. La expresión sombría y desesperanzada de Chubs con los ojos clavados en la oscuridad. Zu, dormida sobre la espalda de Liam, los brazos alrededor de su cuello. Anduvimos tanto tiempo que por momentos olvidaba adónde nos dirigíamos.

Delante de nosotros, Cole subió hasta la mitad de una escalerilla y golpeó contra algo de metal, un cuadrado grande y oxidado que debía de ser una puerta. No había tiradores a este lado del túnel. Necesitábamos que nos dejaran entrar desde el otro lado.

—¿Y si no hay nadie? —preguntó Chubs. Fingí, por el bien de mi corazón, que no había oído nada.

Cole golpeó la puerta con los puños durante otro minuto antes de que los chicos, apiñados detrás de él, comenzaran a golpearla también.

«Aquí no hay nadie —pensé—. No lo han conseguido».

No podía respirar. No había otro lugar adonde ir; las paredes estaban tan

cerca a cada lado, los chicos a mis espaldas me bloqueaban la salida. Sentí que Liam me rodeaba los hombros con un brazo, pero el peso no hizo más que aumentar la opresión que sentía en el pecho. Retrocedí y se me enredaron los pies en el preciso momento en que se oyó un fuerte chirrido y la luz inundó el espacio.

«¿Cate?».

Me protegí los ojos con la mano intentando reconocer de quién era la silueta cuando oí a Cole cantar:

—¡Hello, Dolly!

—¡Dios mío! —Percibí una especie de sutil acento en aquella voz; tal vez de Nueva York o de Nueva Jersey—. De prisa, subid. ¡Dios mío! Creíamos..., nos preocupaba tener que salir buscaros.

Liam nos guio hacia arriba por la escalerilla, hacia la luz. No advertí cuánto frío tenía hasta que nos envolvió una delicada oleada de calor. Entré, parpadeando por la luz del tubo fluorescente que colgaba sobre nuestras cabezas.

Dolly exhaló un suspiro exasperado, mientras recorría la fila que formábamos, y parpadeó cuando llegó donde estábamos Liam y yo. Miró a Liam y a Cole.

—Dios mío, ¿hay otro tú? ¿Cómo ha sobrevivido tanto tiempo el mundo?

—Pura casualidad —dijo Cole—. ¿Estáis todos aquí?

Dolly dudó visiblemente.

—Bueno, no exactamente.

—¿Cate?

Era Vida quien había pronunciado aquella palabra, en un arrebato de pura esperanza.

—Conner está bien. Estaba muy preocupada por vosotros.

Liam me apretó aún más los hombros con el brazo y me miró. Pareció tan sinceramente contento por mí cuando me apoyé en él que la débil sonrisa que le

devolví fue casi un reflejo de la suya. Me sorprendió, sin embargo, que los primeros sentimientos que llenaron el hueco dejado por el miedo no fueran de gozo y el alivio. Estos solo llegaron después de un agudo dolor que se irradió desde mi corazón. «No lo sabe». Cate había sobrevivido, había llegado hasta allí a pesar de tener poquísimas probabilidades, y había estado esperando. El único mensaje que Dolly le daría era que habíamos llegado; no sabría nada de Jude. Tendría que evitar abrazarla y llorar lo suficiente como para poder contárselo. «Ella no sabe nada».

Y ahora lo sabría.

—¿Qué significa «no exactamente»? —preguntó Cole, mirando alrededor—. Diez de vosotros habéis venido a abrir el lugar, ¿no es así? Y Conner trajo su docena...

Las zapatillas de Dolly chirriaron suavemente cuando arrastró los pies por el suelo, incómoda. El ruido de unos pies desnudos sobre las baldosas la salvó de tener que dar una respuesta. El corazón se me subió a la garganta al ver una cabeza con cabellos claros que giraba a toda velocidad por la esquina de la habitación: Cate.

Vida se lanzó hacia ella a través de la masa de chicos que las separaba y casi acabaron las dos por el suelo.

—Lo siento, lo siento —decía Cate—, estábamos fuera de la zona de ataque y no podíamos cruzar todas las barricadas para volver...

Cate miró por encima del hombro de Vida, hacia donde estaba yo, y sonrió aliviada cuando nuestros ojos se encontraron. «Oh, Dios, oh, Dios mío, no lo sabe». No podía pronunciar ni una palabra, no podía moverme. El calor aumentó debajo de mi piel y el sudor hizo brotar la culpa, la vergüenza, la ira y la tristeza por cada poro de mi cuerpo. Y entonces vi que Cate no nos miraba a ninguno de nosotros, sino que contemplaba el espacio vacío que había junto a mí. Recorrió con la mirada toda la habitación, pasando de una persona a otra, abrazando a Vida cada vez con mayor fuerza. Lo estaba buscando.

Finalmente, no me hizo falta decir nada en absoluto. Debió de advertirlo en el instante mismo en que me vio la cara.

Liam me aferró una mano con fuerza y me atrajo hacia sí. Apoyé el rostro en su hombro sano y oí el latido de su corazón junto a mi oído, mientras intentaba

respirar y contener las lágrimas que ya brotaban.

—¿Qué os parece...? —Dolly apoyó una mano en el hombro de Tommy—. ¿Qué os parece si os enseño dónde están los lavabos y dónde podéis dormir? Todas las habitaciones están abiertas, escoged la que más os guste. Lo de las sábanas y las mantas tendremos que resolverlo mañana, lo siento.

—¿Qué ha pasado con las que teníamos? —preguntó Cole en voz baja.

—Ellos se las llevaron. —Dolly levantó un hombro, dirigió su mirada a los chicos y después de nuevo a él; Cole no preguntó más.

Dolly nos condujo a otra habitación muy iluminada en la cual las luces del techo nos volvían la piel muy blanca, haciendo más evidentes el polvo y la suciedad que nos cubrían. Las fotografías pegadas a las paredes con cinta adhesiva se estremecieron con el paso de tantos cuerpos. Un intenso olor a lejía. Una habitación amplia, del tamaño de un gimnasio escolar, abierta de par en par y repleta de sacos de dormir y ropa de cama.

«Descansar —pensé—. Por fin puedo descansar».

—Oye, Joyita —dijo Cole—, ¿puedes venir con nosotros un momento? Quiero dar el parte a Cate para que tenga el panorama completo.

Liam me apretó la mano con más fuerza y estuve a punto de responder que no; no me creía en condiciones de estar cerca de Cate hasta tener oportunidad de recargar las energías. Pero él y yo estábamos en esto juntos. Y yo quería saber dónde estaban los demás agentes.

—Vuelvo dentro de un momento —le dije a Liam—. Escógenos una buena habitación.

—Vale... —comenzó a decir indeciso, pero siguió a los demás escaleras abajo tras dirigirme una última mirada por encima del hombro.

Cole me hizo señas de que lo siguiera a la habitación situada a la izquierda de la entrada del túnel, pero me detuve un instante para echar un vistazo al lugar. Y quedé... muy poco impresionada.

Allá en Los Ángeles, el Cuartel General tenía aspecto de ruina, como si alguien hubiese excavado un agujero en el suelo, hubiera echado un poco de

hormigón y hubiera metido dentro baldosas que no encajaban entre sí, escritorios y mesas para decorarlo. Los cables y las tuberías estaban expuestos, y nunca podíamos fiarnos de que el agua saliera caliente. El Rancho tenía el aspecto de haber sido olvidado. A pesar de que los agentes habían estado allí por lo menos una semana, el suelo estaba tapizado de lamparones de polvo gris y suciedad. Las manijas de las puertas colgaban medio rotas. La pintura de las paredes estaba descascarillada y la madera de varias de las puertas astillada. Las bombillas eléctricas estaban inservibles o bien faltaban por completo, lo que dejaba a oscuras algunos lugares del pasillo. Las placas del falso techo estaban deshechas y los grandes trozos que habían caído al suelo sencillamente habían sido apartados. Era como si no les importara. Una oleada de ansiedad me atravesó el cuerpo. Aquel era el modo en que se trataba un lugar en el que uno no tenía intención de quedarse, ni de hacer suyo.

—¡... Es mentira! ¡Es una puta trola!

La voz de Vida me condujo hacia la habitación en la que habían entrado los demás. Entré, cerré bien la puerta a mis espaldas y a punto estuve de darme de narices contra una pared de archivadores. La habitación era apenas lo bastante grande para un único escritorio, tres sillas y unos cuantos mapas enmarcados de Estados Unidos.

«Esta debe de haber sido la oficina de Alban —pensé— cuando aún estaba aquí». No estaba ni por asomo tan llena de basura como su oficina del Cuartel General, pero podía reconocerlo en ciertos toques, incluida la bandera estadounidense que colgaba flácidamente de la pared.

—En cuanto abandonaron Los Ángeles, Sen se puso en contacto con el Rancho y les dijo que se dirigían a Kansas —me explicó Cole desde donde estaba, reclinado sobre el escritorio con Cate.

Cate mantenía la cabeza gacha y los brazos cruzados; era obvio que tenía la mente en otra parte. Vida caminaba por el escaso espacio que había para moverse, con los brazos en jarra.

—Y se han marchado todos —finalicé yo. Maldición.

Cole estaba convencido de que los agentes que había dejado en el Cuartel General con Cate para buscarnos transporte eran, como mínimo, lo bastante leales a Cate como para quedarse y ayudarnos.

—Y se han llevado todo lo que no estaba clavado, incluida la mayor parte de la comida —dijo Cole. Me sorprendió lo calmado que estaba—. Cate y Dolly estaban por salir a buscarnos, aparentemente les hiciste creer que nos dirigíamos a Kansas. Tendremos que comenzar de cero para reconstruir este lugar, pero puede hacerse.

Cate levantó la cabeza súbitamente.

—¿Qué quieres decir con eso de que ella «les hizo creer»?

—Lo sabías —dijo Vida en tono cáustico—. ¿Los has enviado en otra dirección?

Levanté las manos, conteniéndome para no retroceder hasta la puerta y alejarme todo lo posible de aquellas miradas furiosas.

—Sí, lo hice. Influí en ellos para que fueran directamente a Kansas con el fin de que nosotros pudiéramos separarnos de ellos al salir del estado. Sin embargo, tenía que haberme asegurado de que no se pusieran en contacto con los agentes que estaban aquí antes de que llegáramos.

—¿Qué diablos? —dijo Vida furiosa.

—Apoyo esa moción —dijo Cate, dirigiéndole a Cole una mirada fría—. Explícanos qué es exactamente lo que pretendías conseguir.

—Ah, sí, ¿qué os parece intentar salvarles la vida a todos estos chavales? —le espetó Cole. Se abrazó las rodillas—. ¿Quieres saber lo que planeaba hacer tu amiguita Sen? Iban a distribuir a los chicos en los coches, llevarlos fuera de Los Ángeles hasta un lugar que creyesen que era seguro y entregarlos a cambio de dinero.

Cate se puso aún más pálida, si eso era posible. Vida por fin dejó de caminar.

—No lo puedes saber... —comenzó a decir Cate.

—Yo lo vi en su mente —dije, dejando que el ácido que sentía en el estómago tiñera mis palabras—. Lo tenían todo planeado al detalle. Querían el dinero para comprar armas y explosivos en el mercado negro. Querían atacar Washington D. C. No tenían ningún interés en ayudarnos a liberar los campos.

—Nuestro plan funcionó tal como lo habíamos previsto —dijo Cole—. Casi todo. No armes tanto escándalo, Conner. Nadie ha salido herido. Ha sido un corte limpio. El hecho de que los otros agentes se hayan marchado no hace más que probar que nuestras intuiciones eran correctas. Nadie desea ayudar a los chavales. Por lo menos así tenemos el Rancho y los hemos confundido respecto a nuestros planes. Si los amigos del presidente Gray los detienen o los atrapan, les darán información errónea sobre nosotros. Esta es la base de operaciones adecuada para nosotros, no para ellos. Es tranquila, tenemos electricidad y agua y, ahora, mucho espacio para trabajar.

—Sí, y mira lo que no tenemos —dijo Cate, explotando al fin. Su rostro pálido se puso rojo y apenas pudo contener la irritación que la estremecía—. ¡Os habéis deshecho de profesionales entrenados, de los que os podrían haber guiado en esos ataques a los campos que queréis realizar, de los que podrían haber protegido a estos chicos! Deberíamos haber invertido el tiempo en convencerlos para ponerlos de nuestro lado, no en manipularlos para que pensarán que querían marcharse. ¿Y cómo os atrevéis a tomar este tipo de decisiones sin siquiera consultarme? No puedo... —Sacudió la cabeza; me miraba con una intensidad tan feroz que tuve que apartar la mirada—. Ruby, ¿qué está sucediendo?

—Déjala en paz, Conner —dijo Cole—. El plan es entrenar a los chavales para combatir. Darles poder.

—Darte poder —lo corrigió bruscamente Cate. Si Vida no hubiera estado en la habitación, no tengo idea de lo que Cole habría dicho o hecho como respuesta. Apretó los puños—. Lo entiendo, Cole..., de verdad. Pero esa no era la manera correcta. Se llevaron los servidores. Tengo un portátil y eso porque me lo llevé a mi habitación para hacer un trabajo y lo escondí cuando empezaron a hablar de marcharse. Nos bloquearán el acceso al sistema. ¿Qué haremos entonces? Has quemado las naves y nos has dejado sin forma de volver.

La Liga había invertido casi una década en desarrollar una red de información sobre todo lo útil: localizaciones de expolíticos, acceso a las bases de datos de los rastreadores y de las FEP, planos de edificios, centros de detención clandestinos... Yo había contado con tener acceso a esa red para atacar todos y cada uno de los campos. Aunque solo fuera porque necesitábamos las escasas fotografías satelitales conocidas que se habían tomado de los campos de rehabilitación.

—Los Verdes pueden entrar en la red de la Liga, eso ni se duda —dijo

Cole—. La han desarrollado ellos. Y yo he tomado medidas para garantizar que podamos copiar la investigación sobre la cura. Mi única pregunta es: ¿dónde está el lápiz de memoria con la información que robé a Leda Corporation? El que contiene el estudio sobre las causas de la ENIAA.

Cate apretó la mandíbula al tiempo que apartaba la mirada. Tragó con dificultad y permaneció en silencio el tiempo suficiente para que un temor frío se apoderara de mí.

—En la basura. No nos habíamos alejado mucho de la ciudad cuando activaron el pulso electromagnético. El pulso lo borró completamente..., lo siento. Ojalá... —Sacudió la cabeza y se interrumpió.

Ante eso, me dejé caer en una de las sillas, con la sensación creciente de que avanzaba por un túnel en sentido contrario a todos los demás. Casi ni oí el sarcástico «Oh, estupendo» de Cole. No me percaté de que Cate se había puesto de pie y de que ya se dirigía hacia la puerta, rodeándome.

—¿Dónde vas? —le preguntó Cole—. Deja que los chavales duerman un rato más.

—No voy a por los chicos, voy a por los otros agentes para arreglar este lío en que nos habéis metido. A hacer que regresen para que podamos resolverlo juntos.

La frialdad de su tono me llegó hasta los huesos. Nunca la había visto así, o por lo menos nunca había sentido toda la intensidad de su ira dirigida hacia mí de ese modo. Pero yo también estaba enfadada; furiosa. Ella nos había abandonado, no había estado ahí cuando yo la necesitaba, mientras que yo había hecho todo lo posible para ayudar a todos a sobrevivir.

—¿Quieres que regresen? —pregunté—. ¿Quiénes? ¿Los que te abandonaron con la más mínima excusa para irse a jugar a los terroristas o los que querían entregarnos a las FEP?

Cate ni siquiera pudo mirarme.

—Estoy segura de que ha habido un malentendido...

—Sí, claro —dije yo—, he malentendido tu negación respecto a quiénes son esos agentes...

—¡Ruby! —gruñó Vida—. Cierra la pu...

—No sé cuántas veces tienen que demostrártelo, pero a esos agentes jamás les ha importado la Liga a la que tú te uniste, la que realmente se preocupaba por los chicos que aún están atrapados en los campos, esos mismos chicos que siguen muriendo cada día de algo cuya cura tenemos casi al alcance de la mano. ¡No los necesitamos! ¡No tenemos por qué tolerar que ensucien lo que estamos intentando hacer! ¡Espabila!

—No estoy interesada en enviar a unos chavales a jugar a los soldados —dijo Cate.

—Pues hasta ahora no has tenido ningún problema con eso —repliqué con acritud.

—Estabas bajo la supervisión de agentes entrenados que lideraban los equipos tácticos...

—Ya. ¿Te refieres a los agentes que cambiaron de opinión y empezaron a cargarse a los chavales uno por uno? ¿Qué hay de Rob? El que intentó matarnos a Vida y a mí en un «accidente». ¿Acaso sabes que después nos persiguió? ¿Que nos cazó? ¡Me puso un bozal!

Vida estaba petrificada en su sitio, con la cara del color de la ceniza. El instinto de proteger a Cate de cualquier ataque estaba en evidente guerra con su lado que sabía la verdad. Cole extendió una mano para apoyarla sobre mi hombro, pero yo la esquivé, a la espera de que Cate me mirara. A la espera de una respuesta.

—Dolly y yo nos marcharemos mañana a primera hora —dijo con voz queda—. Los demás agentes partieron hace solo unas horas. Todavía podemos alcanzarlos.

Sentí como si me hubiera dado una bofetada en la cara.

—Vale. Pues vete.

—Buena suerte —añadió Cole, con un leve vestigio de burla en el tono.

Cate fijó en mí sus ojos claros una última vez antes de salir de la habitación, abriendo y cerrando bruscamente la puerta. Vida salió pisándole los talones; yo las

observé marcharse a través de las ventanas de la sala de informática hasta que, finalmente, desaparecieron. Ya no podía soportarlo más y di un paso para ir tras ellas.

Cole me cogió de un brazo y me retuvo.

—Deja que se les calmen los ánimos. Solo están alteradas, pero tenía que suceder así.

—¿Ah, sí? —dije. La pregunta se me escapó antes de que pudiera contenerme; la duda se colaba por las grietas de mi corazón.

Se oyó otro sonoro chirrido de protesta de la puerta que conducía al túnel. El ruido hizo que me pusiera de pie y ambos salimos al pasillo a la carrera. Estaba tan segura de que veríamos a Cate abalanzándose hacia la oscuridad, cumpliendo su promesa de marcharse, que ver las caras sucias y cansadas de los ocho chavales que estaban allí de pie fue como un puñetazo en el pecho.

Cada uno de ellos parecía un poco más aterrorizado que el anterior. La senadora Cruz cerraba la retaguardia, al tiempo que trataba de apartar todas las manos que se extendían hacia ella para ayudarla a subir los últimos escalones. Miró a su alrededor y evitó la mirada inquisitiva de Dolly, que apareció a mi izquierda.

—¡Lo habéis conseguido en tiempo récord! —dijo Cole, dándoles palmadas en la espalda a cada uno, cosa que provocó algunas sonrisas y hasta algunos abrazos de alivio—. ¿Habéis tenido algún problema?

—No, estábamos un poco confusos respecto a las instrucciones que nos dejaste acerca de cómo bajar al sótano desde el bar, pero cuando vimos el lugar, nos las arreglamos. —Zach, un líder alto y moreno de los equipos de Azules de la Liga, parecía tan imperturbable como siempre. Se pasó la mano por el cabello oscuro y examinó el lugar.

Si Zach se veía relajado y confiado, Nico estaba en el otro extremo del espectro de posibilidades. Parecía pequeño y aterrado, y tenía el pelo enmarañado, como si hubiera estado todo el día pasándose la mano por la cabeza, angustiado. Nico cruzó los brazos y se cogió los codos, al tiempo que respiraba hondo. Por lo menos, hasta que vio a Cate. Ella avanzó hacia él, abriéndose paso entre los otros agentes, pero en lugar de lanzarse hacia ella como había hecho Vida, Nico se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

Es la única palabra para describir los sonidos que salían de él. Se elevaron por encima del entusiasmado parloteo, ahogaron cada pregunta y acallaron las risas hasta que se acabaron convirtiendo en un susurro. Me dio un vuelco el estómago hasta el punto de que finalmente tuve que desviar la mirada y dejar que la estática me llenara los oídos. Ninguno de los otros chicos se acercó a él, solo la senadora Cruz, quien dejó muy claro —a través de la expresión de su rostro— lo que pensaba de nosotros por ello. Lo abrazó incluso antes que Cate.

Me volví hacia Dolly y le pregunté dónde estaban las duchas y las habitaciones, agradecida por tener una excusa para escapar de los horribles sonidos que emitía Nico al llorar, de la decepción de Cate y del inconsciente entusiasmo de los demás por un lugar que había sido desmantelado hasta el extremo de dejarlo casi inhabitable.

Por lo que podía ver, el Rancho estaba dividido por dos pasillos que corrían paralelos entre sí y estaban conectados por puertas dobles en cada extremo. La planta inferior tenía la misma distribución que la superior: dos estrechos pasillos iguales con una docena de puertas alineadas a cada lado. Uno de los pasillos en los que desembocaba la escalera era poco más que una serie de habitaciones con literas para dormir, la cocina y el lavadero. Habían dejado abierta una de las puertas y eché un vistazo a las cuatro literas.

Las voces de la habitación de al lado llegaban amortiguadas, pero reconocí la voz de Chubs cuando este dijo: «¿Qué?». Avancé los últimos pasos hasta la puerta y cogí el pomo, preguntándome por qué la habrían cerrado.

—¿... y no nos los podría haber explicado? —despotricaba Vida—. Joder, es increíble. Si nuestras vidas estaban en peligro, no debería haberse metido a hacer gilipolleces con Cole. ¡Deberíamos haber sido los primeros en enterarnos!

Apoyé la frente en la puerta y me quedé escuchando.

—Ella y Cole llevan un tiempo muy amiguetes —dijo Chubs—. No me sorprende que hayan salido con algo así.

—No tiene sentido... —dijo Liam, que había bajado la voz lo suficiente como para que yo no consiguiera oír lo que decía.

Sin embargo, yo ya estaba retrocediendo. La sangre me empezó a palpar en los oídos al percibir la ira que teñía sus voces.

Fui por el pasillo hasta el armario donde estaba la ropa de cama que Dolly había mencionado. Ya se habían llevado todas las toallas, pero había una camiseta negra, suave y de talla grande metida en una bolsa con ropa de calle que los agentes habían pasado por alto al limpiar el sitio. Me la llevé a las duchas, agradecida por no tener que ponerme mi ropa sucia otra vez.

La mañana iba adquiriendo un matiz irreal mientras me desnudaba en uno de los compartimientos de las duchas y me metía debajo del agua que aún no se había calentado. El chorro salió disparado de la flor de ducha oxidada y fue como una bofetada fría en la piel que me refrescó al instante y calmó el picor que sentía en la cabeza. Habían instalado dispensadores de jabón y champú —grandes contenedores industriales que ya estaban medio vacíos— en cada cubículo. Dejé caer los hombros mientras seguía con la mirada el agua que se arremolinaba bajo mis pies, alejándose, hundiéndose. Respiré. Las manchas que no se iban, sobre mis costillas, resultaron ser moratones. Respiré. Respiré.

Solo respiré.

CAPÍTULO SEIS

No sé si realmente me dormí o si en realidad entraba y salía de un estado de inconsciencia. Tumbada de espaldas, con las manos sobre el abdomen, escuchaba los sonidos del Rancho al despertar. Había voces que se llamaban entre sí de una punta a la otra del pasillo, preguntando por la colada, quejándose por la falta de agua caliente en las duchas, riendo... Cerré los ojos cuando oí que Vida me llamaba.

«Levántate —me ordené a mí misma—. Tienes que enfrentarte a ello».

Dejé caer las piernas a un costado de la litera, me froté la cara e intenté recogerme el pelo en una cola de caballo. Para cuando encendí las luces y abrí la puerta, Vida ya estaba en la otra punta del pasillo, comenzando a retroceder.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Vaya. ¿Ya has acabado tu sueño reparador, Bu? —me espetó—. ¡Te han esperado! ¡Te han esperado durante toda una hora y no has aparecido! ¿Qué, joder? ¿Eres tan buena que ni te molestas en salir a saludar?

Algo frío se me enroscó en el vientre.

—¿Cate y Dolly ya se han ido?

Después de todo lo sucedido en los últimos meses, me asombraba que me afectara tan profundamente. No se había quedado a decir adiós, no se había quedado a escuchar la explicación completa. Cate prefería suplicar a los agentes que regresaran y echar así por tierra todo lo que habíamos conseguido despistándolos. Iba a sabotearlo todo por nosotros.

—Son casi las tres de la tarde —dijo Vida.

Me quedé mirándola con incredulidad. Su gélida expresión finalmente empezaba a resquebrajarse. Sacudió la cabeza y masculló algo que yo fingí no oír.

—¿Has estado durmiendo todo este tiempo? Debías de estar más destrozada de lo que pensaba.

—Escucha —empecé a decir—, sobre lo de antes...

Vida levantó una mano.

—Lo entiendo. Solo tengo una pregunta. ¿Me ocultaste el plan de Sen porque pensabas que le metería un cuchillo en el riñón a esa zorra?

—Eso puede que haya sido parte del motivo —admití.

—Pues entonces no me conoces tan bien como crees —respondió—, porque se lo habría clavado directamente en el corazón. Pero... vale.

—¿Dónde están todos? —pregunté.

—Abu está por ahí, tumbado, sin hacer nada —dijo Vida—. El Niño Explorador está en la cocina, dándole el coñazo a todo el mundo.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté. Cuando Vida se encogió de hombros, añadí—: ¿Y Zu?

En un instante su expresión volvió a endurecerse. Cuando habló, su voz podría haberme cortado hasta el hueso.

—¿Te parezco alguien a quien le importe una mierda dónde está?

—Vida —le dije—, de verdad...

Fuera lo que fuese, Vida no tenía interés en hablar de ello. Había retrocedido y se dirigía hacia la escalera.

—Tenemos que hablar de esto —dije, y salí en pos de ella.

La mirada que me dirigió por encima del hombro me detuvo. Era la expresión de alguien que deseaba estar a solas.

—A propósito, por si decides que te importa más que una mierda, cuando Cate entró en el túnel —añadió Vida—, me dijo algo: dile a Ruby que quien juega con fuego siempre acaba quemándose. ¿Significa algo para ti?

—No —dije, por fin—. No tengo ni idea.

Vida tenía razón en parte. Liam estaba en la cocina, solo que en realidad estaba en la alacena, más allá de los fogones y de los fregaderos, en el oscuro rincón del fondo. Había dejado la puerta abierta, probablemente para que entrara un poco de luz, aparte de la que proyectaba la pequeña linterna que sostenía entre los dientes. Garabateaba algo en una libreta pequeña. Pulsé el interruptor de la luz, lista para reírme de él por haberlo pasado por alto pero... nada. Lo intenté otra vez, para asegurarme.

Liam se quitó la linterna de la boca y sonrió. Y así como así, las últimas horas parecieron fundirse en un charco lodoso que esquivé ágilmente.

—¿Sabías que este sitio necesita treinta y seis bombillas? ¿Para qué diablos tenían que llevarse también las bombillas? —preguntó Liam.

—Treinta y seis es un número muy preciso —dije yo, con el atisbo de una sonrisa—. ¿Es tu mejor estimación?

Liam pareció confundido.

—No, las he contado. He hecho un reconocimiento con Kylie y Zu, antes. También nos irían bien cinco cerraduras nuevas, varios litros de jabón de lavar y como dos docenas de toallas. Y esto... —dijo Liam, al tiempo que señalaba las escasas estanterías que tenía enfrente—, esto es penoso. No tengo idea de dónde pudieron encontrar tantas latas de remolachas, pero Dios mío. ¿Qué se hace con todo esto?

—Bueno, están las remolachas fritas, la sopa de remolachas, las remolachas encurtidas...

—Puaj. —Se tapó las orejas y se estremeció—. Prefiero arriesgarme con el guiso de tomates.

—¿Tan mal estamos? —pregunté, entrando en la alacena con él a echar un vistazo.

La verdad es que no necesitaba preguntarlo: lo estábamos. En realidad, era mucho peor de lo que imaginaba. Descontando algunas barras de pan y un poco de fiambre que había en la nevera, la mayor parte de lo que teníamos consistía en verduras en conserva y comida basura, como *pretzels* y patatas fritas.

Me apoyé en Liam mientras él continuaba buscando pasta, latas de sopa y

harina de avena, y cerré los ojos. Sentía su pecho cálido contra la espalda y me gustaba la forma en que cada palabra que decía retumbaba a través de su cuerpo. Me cogió del cabello y me lo estiró con suavidad.

—Te aburro, ¿no?

—No, lo siento, te estoy escuchando —dije—. ¿Hablabas de Lucy?

—Sí. Ella era una de las chicas que llevaban el registro de la comida allá en East River. Creo que podría darnos algunas ideas sobre cómo rotar las provisiones y qué deberíamos conseguir.

Vale. Necesitaríamos formar un grupo que se ocupara de salir a buscar provisiones, pese a que ya éramos pocos. No podía imaginar que Cole lo aprobara a menos que la situación fuera absolutamente desesperada. Y tampoco me lo imaginaba consintiendo que Liam fuera uno de los exploradores.

—Estás cansada —dijo, pasándome el pulgar bajo un ojo—. ¿Dónde te habías metido? Intenté esperarte, pero me dormí en el instante en que apoyé la cabeza sobre la almohada.

—Tomé una ducha, y estaba demasiado cansada para descubrir en qué habitación estabais —dije.

Porque, ¿cómo admitir que había rehuído a propósito la habitación que ellos habían elegido? No quería tener que responder preguntas, no cuando notaba la cabeza tan pesada como el corazón. Después de dar por terminada la discusión con Cate, ya no me quedaba energía para más batallas.

—Me metí en la primera cama que encontré e intenté dormir —dije.

Extendió la mano hacia la repisa, cogió una de las latas pequeñas de fruta al natural y la abrió antes de que yo pudiera negarme. Liam prosiguió su cuidadoso conteo por los anaqueles mientras yo me metía en la boca la fruta de la lata. Podía ver dibujarse en su rostro todas y cada una de las conversaciones posibles, cada pregunta que él quería hacerme, y sentía el escozor de la ansiedad con cada silencioso segundo que pasaba.

—No me gusta preguntártelo, pero... al final ibas a hablarnos acerca de los agentes y a contarnos lo que hiciste, ¿verdad? No ibas a dejar que lo descubriéramos cuando solo aparecieran por aquí los coches que transportaban

chicos, ¿no?

—Os lo debería haber contado en cuanto dejamos la ciudad —dije—. Es solo que... se me olvidó con todo lo que sucedió.

—Nos lo podrías haber dicho antes de marcharnos —dijo con suavidad.

—Tenía que ser todo muy rápido —respondí—, y si uno de nosotros mostraba el más leve indicio de que sabíamos lo que estaba pasando, eso habría alertado a los agentes acerca de lo que estábamos intentando. Tuvimos que hacerlo de forma un poco precipitada.

—Tú y Cole.

—Él conoce a los demás agentes mejor que ninguno de nosotros. Necesitaba sus conocimientos sobre cómo hacer que la sugerencia fuera real.

«Y si te lo hubiera dicho, habrías intentado obligarnos a marcharnos».

A veces, la mayoría de las veces, en realidad, era difícil pensar que habíamos tenido vidas separadas antes de que convergieran. Nuestras vidas estaban tan entrelazadas que sentía la compulsión de decírselo todo, de oír sus pensamientos sobre todo para ver si se ajustaban a los míos. Antes me había apartado de él por lo que yo era, por lo que yo había hecho a mis padres, pero de algún modo... No era que las cosas hubieran empeorado, exactamente, era más bien una especie de inquietud, una sensación implacable de que algo no funcionaba como antes. Yo había interrumpido alguna pauta natural de nuestras vidas. Me mordí el labio y miré cómo fruncía el ceño del mismo modo en que lo hacía Cole cuando se concentraba.

—Por eso tuviste ese ataque de pánico, ¿no es verdad? Acababas de averiguarlo... —Liam se pasó el dorso de la mano por la frente—. Maldición. ¿Y ahora cuál es el plan?

—Nos reuniremos todos para cenar y acordar un plan para liberar algunos de los campos.

—Puede que no sea una cena, si esto es todo lo que tenemos... —empezó a decir él—. Pero ya se me ocurrirá algo. Todo saldrá bien.

Liam me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia sí. Apoyé la cara

en su hombro y me estremecí al soltar el aire. Le rodeé la cintura con los brazos.

Eso estaba bien. Estar cerca de él estaba bien. Por primera vez en todo el día mi mente no corría. Allí, en la oscuridad, con el pulso desbocado al estar tan cerca de él, todo lo demás parecía muy lejano. Me besó el pelo y luego la mejilla, y pensé: «No puedo perder esto, no puedo perder esto también...». No podía decírselo todo, no si quería protegerlo. Pero podíamos al menos conservar aquello, ¿no?

—¿Confías en que puedo mantenerte a salvo? —le pregunté.

Sabía que debía de parecer que había sacado esa pregunta de la nada, pero de repente me parecía de una importancia vital. Me daba cuenta de que lo había herido al no decirle lo de los agentes.

—Cariño, si tuviera que escoger entre tú y cien de los mejores de Gray, te escogería a ti.

Lo cogí por sorpresa al ponerme de puntillas y besarle en la boca.

Aún le sujetaba la camiseta con los dedos cuando retrocedí. Mi voz sonaba baja, tosca incluso para mis oídos. Tuve que esforzarme para encontrar las palabras, y me sentía tan cohibida que no estaba segura de elegir las correctamente.

—Deseo...

La expresión de aturdimiento se desvaneció de su rostro mientras me miraba, esperando.

«Deseo...». Sentí que me sonrojaba, pero no podía distinguir si era por vergüenza o por las imágenes que se sucedían en mi mente. Lo había besado antes; lo había besado de verdad, pero en las otras ocasiones siempre había sentido que el impulso provenía de la tensión, la urgencia o la irritación, y cada vez había sido interrumpido por las exigencias del mundo que nos rodeaba. Esta era la primera vez que realmente tenía la oportunidad de pensar en él, en su totalidad, con lentitud, de examinarlo cabalmente. El tacto de sus manos. La aspereza de su barba incipiente. Los sonidos leves y jadeantes que le brotaban de la garganta.

Estábamos en una despensa y había chicos trabajando en la cocina. Mi parte racional conocía los límites de este momento, pero la próxima vez, si estábamos en otra parte y si teníamos otro momento a solas..., ¿entonces qué? Sentí un leve temblor que me atravesaba el cuerpo, impulsado a partes iguales por el pánico y el

deseo. No sabía qué hacer. Qué hacer para no estropearlo.

Liam me cogió las manos al tiempo que se inclinaba hacia atrás para apoyarse en los estantes. Sentí alivio al ver su sonrisa. Lo comprendía. Claro que lo entendía. Desde nuestro primer encuentro, me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí misma.

Cuando habló, su voz era dulce, pero su expresión era otra cosa. Tenía una mirada traviesa, una expresión de deseo. Sentí una contracción en el vientre cuando advertí que yo era la causa.

—Vale, cariño, acabo de tener una idea.

—¿Ah, sí? —murmuré, distraída por la forma en que me acariciaba el labio inferior.

—Oh, sí. El caso es que tú tienes diecisiete y yo dieciocho, y tenemos todo el derecho del mundo a besarnos como adolescentes. Como chavales normales, felices y alocados. —Metió dos dedos en la cintura de mi pantalón y me atrajo hacia sí. Me encantaba cuando bajaba de aquella manera el tono de voz. Marcó más el acento, lo templó como el aire del verano en los diez minutos anteriores a una tormenta eléctrica. Se trataba del abordaje Stewart en todo su esplendor y yo estaba completamente indefensa—. ¿Quieres oír las reglas?

Cuando asentí, el corazón me palpitaba intensamente. Deslizó la misma mano por mi cadera y la subió por debajo de mi camiseta; yo la sentía cálida y perfecta en la parte inferior de la espalda. Cerré los ojos cuando me rozó los labios con los suyos. Aquella caricia me hizo sentir valiente y ahuyentó la incertidumbre para que ya no pudiera alcanzarme.

—La primera es que no puedes pensarlo demasiado. La segunda es que tú decides cuándo quieres parar. La tercera es que hagas todo lo que te haga sentir bien. La cuarta es...

—¿... que dejes de hablar —dije, extendiendo a ciegas una mano para cerrar la puerta— ... y me beses?

Él aún reía entre dientes cuando me besó y después yo también reí por los nervios que burbujearon en mi interior, porque su felicidad era contagiosa y porque la primera regla era tan tonta que no tenía la menor importancia. Liam era la única idea dentro de mi cabeza. Él era los cientos de sentimientos desbocados

que me estallaban en el pecho. Me besó con más intensidad, me separó los labios con los suyos; yo imité los movimientos de su lengua y fui recompensada con un ligero gruñido de aprobación.

Normal. Feliz. Loca. Por él.

Media hora más tarde, después de llamarme una y otra vez desde el pasillo, Cole entró en la cocina y comenzó dar golpes en la nevera, grande y destartada. Eso me dio un segundo para desenredarme de Liam y arreglarme un poco antes de salir a su encuentro.

—Hay que alimentar a la bestia —dijo Cole, mientras llenaba con agua un vaso de cartón—. ¿O ya te has olvidado de él?

Y, en un instante, la felicidad maravillosa y liviana se evaporó bajo mis pies y me precipité de golpe a la realidad.

—Yo nunca me olvido de Clancy. —Mis palabras sonaron duras por la irritación—. ¿Acaso no debía confiar en que tú te ocuparías de él?

—No —dijo Liam desde la alacena.

Cole sonrió.

—Le va a doler un montón la cabeza con todas las drogas que le he metido. El chaval apenas empezaba a volver en sí cuando lo he encerrado en su jaulita. Parecía estar lo bastante enfadado como para morderme.

—Vale, acabemos con esto.

En lugar de conducirnos otra vez a la planta superior, Cole nos guio por el pasillo de la planta inferior; pasamos junto a varios dormitorios antes de llegar a una puerta que ponía «Almacenamiento de archivos». Extrajo un llavero pequeño y me lo pasó. Cuando intenté introducir la llave, la cerradura ofreció cierta resistencia. Eché un rápido vistazo alrededor para asegurarme de que no había nadie mirando y sacudí el pomo de la puerta para cerciorarme de que esta permanecería cerrada. Entramos en la habitación. Cole extendió una mano para coger el cable desde el cual se encendía la bombilla del techo.

Había dos de esas estanterías sencillas y funcionales, repletas de cajas y pilas de papeles; supuestamente, si uno se creía la mentira del cartel de la puerta, eran

expedientes archivados de operaciones. A primera vista, resultaba bastante convincente. Recorrí con la mirada la librería, repleta de carpetas y archivadores que se alineaban con pulcritud en los anaqueles, mientras Cole se dirigía hacia las dos estanterías situadas junto a la pared del fondo.

— Esa — dijo —, la que tiene la caja roja. Estira.

Me asomé por encima del archivador. El polvo de la tapa mostraba indicios de que alguien la había movido recientemente al intentar coger la palanca oculta en la parte posterior de la estantería. Aferré con los dedos la palanca y tiré de ella. Se oyó un satisfactorio clic y toda la estantería giró hacia mí. Las luces automáticas del corredor que había detrás se encendieron e inundaron la pequeña habitación con una cegadora luz ultrablanca.

Avanzamos una corta distancia por el corredor hasta encontrarnos ante otra puerta cerrada. Allí tuve que insertar la llave y teclear un código de acceso, 4-0-0-4-0-0-4, antes de que la puerta se abriera de golpe con un siseo.

— Aquí te espero — dijo él en voz baja —. Si me necesitas, hazme una señal.

Esa era otra parte del trato: Cole quería que alguien me cubriera las espaldas desde detrás de la puerta cuando entrara a llevarle comida a la pequeña alimaña. Los había escogido a él, a Cate y a Vida, pero después había añadido a Chubs a la lista porque siempre había resistido los intentos de Clancy de influir en él.

Entré en el segundo pasillo y Cole cerró y aseguró la puerta detrás de mí.

Había dos celdas, ambas de unos tres metros de ancho por algo más de uno de profundidad. Cada celda estaba provista de un catre, un váter de plástico y un cubo con agua para lavarse y cepillarse los dientes. Tratándose de calabozos, estos eran una versión mejorada de los espacios húmedos y mohosos excavados en el bloque de interrogatorios del Cuartel General. Y estaban mejor iluminados, además: la estancia resultaba casi cegadora con sus relucientes muros ultrablancos y los tubos fluorescentes del techo. Nada comparable con el habitual estilo de vida de Clancy, aunque él parecía estar bastante cómodo despatarrado en el catre, con un brazo sobre los ojos. Cole debía de haberle rebajado la dosis antes de meterlo allí y lo había vestido con ropa limpia. Más de lo que Clancy merecía.

No se movió cuando me acerqué a la puerta, que tenía una cerradura de metal cubierta por una tapa. Supuse que mi llave también abriría esa puerta, y acerté. La puerta se abrió con un chirrido, pero nuestro prisionero continuaba

inmóvil. Dejé la bolsa con comida en el suelo, coloqué el vaso con agua sobre una pequeña repisa situada en el otro extremo y presté especial atención al volver a cerrar la puerta con llave. Clancy esperó hasta que me hube girado para marcharme. Y entonces habló.

—¿Ha salido mal la mudanza? —Su voz tenía un inquietante tono de curiosidad cuando se volvió para mirarme—. Tus pensamientos tienen tal volumen que los oigo a través del cristal.

Era algo irracional, pero durante un instante temí que estuviera hablando de forma literal. Pero cuando él intentaba husmear en mi cabeza, yo lo percibía. Siempre notaba una comezón que me bajaba por la nuca.

Clancy arrastró la comida hasta su catre con el pie. Abrió el bocado con una mueca de asco.

—¿Qué, no hay un buen bistec al oeste de Texas? ¿Qué es esta carne?

Comencé a hacer un gesto de impaciencia, pero me percaté de que en realidad lo decía en serio.

—Es mortadela.

Clancy olfateó el sándwich con el labio fruncido en un gesto de asco, para después envolverlo de nuevo en su plástico.

—Creo que prefiero morirme de hambre.

—Como quieras.

—En todo caso —dijo Clancy, ignorando mi respuesta—, me ha decepcionado tu falta de autocomplacencia. Hubiera jurado que lo primero que harías sería venir a presumir de que te habías encontrado otra vez con tu pequeño lápiz de memoria. ¿Qué es lo que te tiene de tan mal humor?

—Lo estoy viendo ahora mismo.

Clancy soltó una risita.

—He sobrestimado lo que serías capaz de averiguar en estas primeras horas. ¿Ese lápiz de memoria funciona aún o el pulso electromagnético la ha borrado?

¿Cómo están esas crujientes páginas de investigación que rescataste del fuego? Probablemente ni siquiera has descubierto lo que le están haciendo a Thurmond, ¿a que no?

Me pareció que una mano invisible me agarraba de la garganta y me obligaba a inclinarme hacia delante. «¿Thurmond?». ¿Qué sucedía en Thurmond para que Clancy contemplara con aquel condenado regocijo mi mirada perdida?

«No lo digas —me ordené, luchando contra el pánico que aumentaba en mi interior al oír aquella única palabra—. No reacciones».

Clancy arrancó un trozo de pan de su bocadillo y se lo llevó a la boca. Al ver que no respondía a sus preguntas, curvó la comisura de los labios para formar una sonrisa satisfecha.

—Si quieres saberlo, tendrás que entrar y verlo por ti misma.

Clancy se tocó la sien. ¿Era un desafío o una invitación?

—Sé que estás enfadada —comenzó a decir— por cómo acabó todo en Los Ángeles...

«Thurmond», seguía pensando yo. Aquella palabra era como una infección..., tal como él había esperado, en realidad. «Ha estado atrapado con nosotros durante semanas, no hay ninguna forma de que tenga información nueva...». A menos que la información no fuera nueva en absoluto, sino una carta que se había reservado a la espera de que llegara el momento oportuno para usarla.

Me tomó unos segundos más responder.

—Enfadada no empieza, siquiera, a describir mi estado.

Clancy asintió.

—Algún día, sin embargo..., algún día, dentro de meses o tal vez años, quizá comprendas que la destrucción de esa investigación fue un acto desinteresado, no egoísta.

—¿Desinteresado? —Me volví rápido hacia el muro de cristal, interrumpiendo mi retroceso hacia la puerta—. ¿Quitarles la oportunidad de

sobrevivir y de hacer frente al cambio alguna vez? ¿Despojarlos de su única posibilidad de reunirse con sus familias y volver a su hogar es desinteresado?

—¿Eso es lo que quieres? Creí que liberar Thurmond a tiempo tendría prioridad —dijo Clancy, examinando una de las uvas—. ¿Son orgánicas?

Giré sobre mis talones y atravesé la distancia entre su celda y la puerta tan rápidamente como pude sin echar a correr.

—Ruby, escúchame. La cura es otra forma más de controlarnos, de arrebatar nos el poder de decidir. ¿Qué ocurrió cuando trajiste aquí la investigación? ¿Te han dejado echarle un vistazo, siquiera? ¿Sabes dónde está ahora mismo?

Apreté los puños.

—No se trata de una tirita mágica que curará todas las heridas. No hará desaparecer de sus mentes el estigma de lo que somos. Si no tiene efectos secundarios, siempre estarán a la espera, vigilantes, rezando para que no recaigamos. Dime —dijo él, recogiendo las piernas y cruzándolas sobre el catre. Observé en silencio cómo tamborileaba con los dedos sobre las rodillas—. ¿El hecho de saber que hay una cura ha cambiado la forma en que te tratan los agentes?

Entre nosotros se impuso el silencio. Clancy sonrió.

—Lo que están intentando hacer aquí no tiene que ver contigo en absoluto. Puede que te hayan dicho algunas cosas para convencerte de que vinieras, para hacer que confiaras en ellos, pero no cumplen sus promesas. Ni siquiera Stewart.

—La única persona de la que no debo fiarme eres tú.

—Sea lo que sea lo que intentes hacer aquí —dijo con voz queda—, trae a todos los chicos que puedas para que te apoyen. Serán ellos los que te sigan y confíen en ti, ninguno de los adultos. Tendrás suerte si alguna vez te ven como algo más que un arma muy útil.

—¿Y eso porque es muy fácil encontrar chicos ocultos por ahí?

—Yo puedo ayudarte a rastrear las tribus que andan por ahí. Puedes entrenarlos, enseñarles a defenderse. Nos encaminamos hacia el desenlace de todo

esto y, si no los encuentras, se convertirán en daños colaterales de la guerra.

Apreté los dientes, pero antes de que pudiera replicar, Clancy ya estaba hablando otra vez.

—Olvídate de los adultos, Ruby. Asegúrate de ser el líder de los chicos. Haz que te quieran y tendrás su lealtad para siempre.

—Que haga que me quieran —dije mientras la ira volvía a bullir en mi interior.

—No todo lo que había en East River era falso —dijo él, con calma.

Pero todo lo que importaba, cada recuerdo que conservaba de ese lugar, estaba manchado por el rastro negro y reptante de su mente. La sola idea de cómo me había estudiado desde el otro lado de la fogata... De cómo se había colado entre cada una de mis últimas defensas mentales... De la admiración con que lo observaban aquellos chicos, los Cachorros. Un escalofrío me bajó por la espalda. La habitación se había tornado demasiado pequeña, demasiado fría para quedarme allí y escuchar todas las sargas de mentiras que Clancy decidiera vomitar.

Me volví hacia la puerta, la abrí y me aseguré de apagar las luces al salir. Y pese a ello, la voz de Clancy me llegaba flotando en la oscuridad. Él contaminaba el aire, lo hacía resonar como si estuviera en todas partes a un tiempo.

—Cuando estés preparada para liderar y hacer algo de verdad, házmelo saber. Estaré aquí, esperando.

Y a juzgar por la última visión que tuve de su cara, allí era exactamente donde él quería estar.

CAPÍTULO SIETE

Cole no me dijo una sola palabra hasta que volvimos al corredor y hubo varias puertas entre nosotros y el hijo del presidente. Y aun entonces parecía distraído, con el rubio entrecejo fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Has alcanzado a oír lo que decía? —le pregunté.

Cole asintió.

—A través de la rendija que está debajo de la ventana de observación.

—¿Oíste alguna conversación sobre Thurmond antes del ataque? — pregunté—. ¿Había algún rumor circulando por el Cuartel General?

—Tenía la esperanza de que tuvieras alguna idea sobre lo que te ha dicho Clancy —dijo Cole, mientras avanzábamos por el corredor—. Echaré un vistazo.

Me dirigí hacia la gran habitación que había sido una sala de juegos, situada justo a la izquierda de la escalera, para cenar, pero Cole iba obviamente hacia la antigua oficina de Alban. Le cogí la muñeca.

—¿Cuándo revisaremos el plan para los campos?

—Esta noche, no —respondió—. Todavía tienen que llegar un par de coches y quiero intentar hacer algunas llamadas a antiguos contactos de suministros. Poner este sitio en condiciones tiene que ser nuestra prioridad. Nadie creerá que podemos hacer algo si ni siquiera podemos ofrecerles ropa limpia y unas cuantas comidas calientes a los chavales. He pedido a algunos de los Verdes que piensen cómo llevarían adelante un asalto a uno de los campos. Mientras tanto, tómate un descanso. Pronto estaremos trabajando otra vez.

Le devolví el saludo mientras cruzaba las puertas que conectaban los pasillos y seguí el olor de la salsa de espaguetis hasta la sala de juegos. Alguien había dispuesto unas cuantas mesas plegables y sillas en ordenadas filas. Habían llevado también una radio pequeña y la habían colocado sobre la mesa de billar que los agentes, en su infinita generosidad, habían dejado atrás. Junto a ella había dos grandes recipientes con cubiertos y una pila deprimentemente pequeña de

platos de cartón.

Me había llevado algunas horas advertir que el Rancho se estaba reorganizando en algo que podía llamarse... limpieza. De los silenciosos corredores de la planta inferior provenían los ruidos de las lavadoras y secadoras, que parecían funcionar a todas horas. Por fin pude ver que las baldosas eran más blancas que amarillas. Y cuando fui al lavabo a lavarme un poco la cara, sobre mi piel no quedaron las estrías del agua con herrumbre. Olía a lejía. A detergente. Era casi... hogareño.

Pasé junto a dos hojas de papel pegadas en la puerta y me detuve a examinarlas. Reconocí de inmediato la letra de Liam, pero me llevó un instante entender qué eran aquellas tablas y por qué había un trozo de lápiz atado con cordel a cada hoja. Eran listas de tareas: lavandería, limpieza, organización, preparación de la comida... Debajo de cada uno de los títulos estaban escritos los nombres de los chicos. Todo el mundo debía colaborar, pero cada uno podía elegir en qué tarea. Ese era el estilo de Liam.

Vislumbré a Liam, Chubs, Vida y Zu sentados en su propia mesa, con las cabezas inclinadas y muy juntas. Vida me vio primero y se calló instantáneamente, retrocedió y cogió otra vez su tenedor, con aire casual. Acabé de servirme un poco de pasta en el plato y me dirigí hacia ellos.

—¿Qué sucede? —pregunté. Me acomodé en la silla vacía y le propiné a Liam un golpecito con el codo—. He visto las listas de tareas. Deberías habérmelo dicho antes para poder apuntarme a alguna.

Liam levantó la mirada de su libreta. Cuando apartó la mano vi una serie de números; parecía que estaba resolviendo ecuaciones.

—Está bien. Tú estás ocupada en otras cosas.

Otras cosas que eran, desafortunadamente, no pasar mi tiempo a solas con él en la alacena.

—¿Qué es eso? —pregunté, inclinándome para ver mejor lo que estaba haciendo. Me miró con una sonrisa triste.

—Intento calcular cuándo exactamente nos quedaremos sin comida. He estado estudiando las ciudades de los alrededores y creo que tengo algunas a las cuales podemos ir a por provisiones estableciendo el mínimo contacto posible con

la población.

—Cole ha dicho que se ocupará de ello —dije.

Liam resopló. Algo en aquel gesto me exasperó.

—Ahora mismo es demasiado peligroso salir del Rancho. Él se ocupará del asunto.

Zu se volvió para examinarme con una expresión preocupada. Le señalé el plato de pasta, pero aun así no lo tocó.

—Nosotros podríamos salir —insistió Liam—. Tú, yo y Vi. Joder, apostaría a que Kylie también querría venir. Sería como en los viejos tiempos.

Zu extendió una mano por encima de la mesa y le cogió el antebrazo, bajándoselo hasta la mesa. Sacudía la cabeza de forma insistente, con los ojos muy abiertos. A ella no se le permitía ir y tampoco permitiría que él fuera. Y, en mi interior, yo me alegraba de que fuera ella quien se lo dijera, porque estaba completamente de acuerdo. Deseaba que Liam se quedara en el Rancho, apartado de los peligros.

—Lo he hecho cientos de veces —le dijo Liam con suavidad—. ¿Por qué te pones así?

Zu le soltó el brazo y retrocedió de una forma que no era habitual en ella. Intenté preguntarle qué le sucedía, pero me interrumpió con un quejido de frustración.

—¡Bah, no importa! Ni siquiera tengo apetito —explotó Chubs, alejando el plato de sí.

Había más salsa en su camiseta que en la comida que quedaba en el plato. Y es que resulta muy difícil llevarse a la boca un tenedor repleto de resbaladizos fideos cuando falta la parte «ojo» de la coordinación mano-ojo.

Al ver que Vida no se abalanzaba sobre una presa tan fácil, miré de soslayo en su dirección. Toda la habitación vibraba con la cháchara alegre y las risas, lo que convertía el silencio de Vida en algo mucho más inquietante.

—No debiste tirar las gafas viejas. No estaban tan rotas.

—¿Y qué se suponía que tenía que hacer? —replicó Chubs—. ¿Pegármelas a la cara con celo? ¿Ir por ahí sosteniendo un cristal delante del ojo como si fuera una lupa?

—¿Eso no habría sido mejor que ir por ahí sin ver nada y malhumorado, chocando contra las cosas? —pregunté. Había tirado sus gafas al cubo de la basura en un gesto de frustración. Yo las había rebuscado entre las cosas del cubo y las había llevado al dormitorio para cuando se calmara y empezara a pensar de forma racional otra vez—. Podemos pedirle a Cole que agregue unas gafas a la lista de provisiones —dije.

—Son gafas graduadas —me espetó Chubs—. Por mucho que pudierais conseguirlas, no tengo los detalles. Las gafas para leer no son lo bastante potentes y me dan dolor de cabeza cuando las uso mucho tiempo...

Vida deslizó algo por encima de la mesa sin levantar la mirada ni una sola vez de su plato de pasta. Chubs debió de pensar que se trataba de algún cubierto; de no ser así, no se me ocurre por qué no cogió las gafas de inmediato.

La montura tenía aproximadamente el tamaño y la forma de sus gafas. Las lentes sobresalían un poco; no se ajustaban perfectamente a la montura, pero casi. Las abrí y las acerqué a la cara de Chubs para colocárselas mientras él retrocedía sorprendido, palpándolas con incredulidad.

—Un momento... qué..., esto..., estas son...

—No pierdas la cabeza —dijo Vida con indiferencia, enrollando unos espaguetis con su tenedor—. Dolly tenía un par de gafas de sobra y me ayudó a cambiar los cristales por los tuyos. Tienen el mismo aspecto ridículo que las otras, pero por lo menos así puedes ver, ¿verdad?

Chubs y yo la miramos, anonadados.

—Vi... —comencé a decir.

—¿Sí? —El tono de su voz se elevó ligeramente al responder y sonó como un ladrido. Más insegura que enfadada—. Estaba cansada de ser su perro lazarillo. Me hacía sentir como una idiota por reírme cada vez que tropezaba o pisaba algo, y no tengo ganas de sentirme como una idiota todo el tiempo, ¿vale?

—Es tan difícil ir contra nuestra naturaleza... —empezó a decir Chubs.

—Quiere decir gracias —dije yo, interrumpiéndolo—. Eso ha sido muy considerado de tu parte, Vi.

—Ya, vale. —Dios, estaba avergonzada. Me llevé otro bocado a la boca para disimular una sonrisa—. No he salvado a los chicos hambrientos de África, ni nada. Si rompe estas, está jodido.

—Espera, ¿qué? —La voz sobresaltada de Liam interrumpió de golpe la conversación. Acercó el papel en el que Zu le había estado garabateando mensajes—. ¿Estás segura? O sea, ¿absolutamente? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Zu alargó la mano por encima de la mesa y le quitó el papel de las manos. Liam era demasiado impaciente para dejar que acabara de escribir y se inclinaba incómodamente sobre la mesa, recorriendo las palabras con la mirada en cuanto aparecían en el papel.

«Pensaba que te marcharías a buscarla. Lo siento».

—Oh, tío —dijo él, dejando caer una mano sobre la cabeza de Zu—. Yo jamás habría hecho algo así. No. No te preocupes, lo entiendo. Pero ¿estás segura? Parece tanta casualidad...

Se quedó inmóvil de repente, como si lo que estaba escribiendo Zu en aquel momento le diera retortijones de barriga.

—Es su estilo... ¿Pero cómo ha podido ocurrir? ¿Qué hacías tú en Arizona?

Chubs agitó una mano delante del rostro de su amigo.

—¿Te importaría compartirlo con nosotros?

—Zu... —empezó a decir Liam. Se llevó un puño a la base de la garganta y se la frotó durante un instante—. Parece que cuando venían de California, Zu se ha cruzado con mi madre... He intentado averiguar dónde se han estado ocultando.

Zu aún estaba pálida y miraba intensamente a Liam, como si no pudiera creerlo. Me recliné contra el respaldo de la silla y la chispa de preocupación se transformó en una llama. Antes, siempre habíamos considerado una prioridad permanecer los cuatro juntos, como una unidad. Era poco habitual que nos separáramos, e incluso cuando lo hacíamos, ninguno de nosotros quedaba

realmente solo jamás. Podía entender los sentimientos que surgían por estar todos juntos otra vez, deseando recuperar el tiempo perdido. Pero la desesperación que veía en ella, la forma en que siempre parecía estar detrás de nosotros asegurándose de que aún estábamos allí, eso hizo que se me partiera el corazón en mil pedazos.

¿Qué le había sucedido? Normalmente Zu no era una persona asustadiza, ni siquiera ansiosa; por lo menos antes no lo había sido. Alguien le había hecho aquello, había expuesto así sus nervios, dejándola vulnerable, en carne viva.

—¿Por qué los perros falderos de Gray la habían tomado con ellos después de que tú y tu puto culo escaparais del campo? —preguntó Vida con su sensibilidad habitual.

—¿Por qué Arizona? —pregunté—. O supongo que una elección al azar es tan buena como cualquier otra.

Zu garabateaba algo con furia y solo levantó la vista para dirigirnos una mirada exasperada cuando nos apiñamos a su alrededor. Liam levantó las manos y mostró las palmas.

—A su ritmo, señora.

Cuando por fin acabó, no era en absoluto lo que yo esperaba. Y a juzgar por la forma en que el rostro de Liam perdió el poco color que le quedaba, tampoco era lo que él esperaba.

«Están escondiendo chicos en su casa, protegiéndolos. Ella usaba el nombre que me diste, Della Goodkind, pero yo sabía que era ella porque se parece a ti y habla como tú. Le conté que estabas a salvo».

—Dios mío —dijo Chubs cuando giré el papel en su dirección—. ¿Por qué no me sorprende? En tu familia, todos parecéis haber caído de la luna y haberos dado en la cabeza con cada meteorito del camino.

Zu se dio unos golpecitos en la nariz con el cabo del lápiz en señal de reproche antes de continuar con sus letras grandes y rizadas. «Solo fueron unos minutos, pero ella fue muy agradable».

Liam parecía un chico hambriento que acababa de tropezar con una cesta de comida para un día de campo.

—¿Dijo algo más? ¿Estaba Harry con ella? Dices que ha estado ayudando a otros chicos, pero... ¿te preguntó si querías quedarte con ellos? ¿O a otro de los chicos? ¿Eso es lo que ha pasado con Talon?

—¿Cuál de todas esas preguntas quieres que responda primero? —preguntó Chubs—. Porque creo que acabas de disparar diez en dos segundos.

Zu se hundió en su silla. El lápiz rodó por la mesa y cayó en su regazo mientras ella desviaba la mirada hacia los dedos con los que enrollaba el borde de la camiseta.

—Kylie dijo que Talon no había llegado a California —dije con cuidado—. ¿Alguien le ha hecho daño? ¿Está...?

—¿Está tieso? —dijo Vida, en un tono duro como el acero—. Oh, lo siento, ¿se supone que tengo que actuar como el resto y tratarte como si fueras un bebé? ¿Quieres que te envuelva cada palabra en algodón de azúcar? ¿O puedes ser una niña mayor?

Liam estaba rojo de rabia.

—Basta...

—¡No tienes la menor idea de lo que estás diciendo! —gruñó Chubs.

—No es justo... —empecé a decir.

La única que no parecía molesta por las palabras de Vida y tampoco mostraba ninguna emoción era Zu. Miró a Vida durante un segundo, sosteniendo su dura mirada con otra igual de dura. Después regresó al papel y comenzó a escribir otra vez con rapidez. Liam y Chubs fulminaron a Vida con la mirada, en silencio.

Zu levantó el papel, inclinándolo esta vez para que hasta Vida pudiera leer las palabras que había escrito. «Fuimos embestidos por los rastreadores, y murió cuando chocamos. Un amigo me ayudó a llegar a California cuando quedé aislada de los demás».

Dejé escapar un leve suspiro y cerré los ojos, intentando de manera desesperada no imaginármelo. Dios... Talon. Nadie se merecía eso.

—¿Amigo? —preguntó Chubs—. ¿Otro chico?

Zu sacudió la cabeza indicando que no, pero no dio explicaciones.

—¿Un adulto? ¿Un adulto te llevó hasta California? —dijo Liam, al tiempo que se pasaba ambas manos por el rostro.

—Dios mío, me cago de miedo solo de imaginármelo. Jamás debimos habernos separado. Jamás. Jamás. Dios mío. ¿No tenías miedo de que te entregara?

Zu aún estaba tan pálida que yo no estaba segura de si respiraba o no. Levantó la vista hacia el techo, parpadeando rápidamente como si intentara contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—A Zu se le da bien juzgar el carácter de la gente —dije, rodeándole los hombros con un brazo.

Era tan pequeña. Pequeños huesos de pájaro, más puntiagudos por el hambre y el estrés.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión exactamente? —preguntó Chubs levantándose las gafas—. ¿Basándote en el hecho de que te dejó entrar en el monovolumen en lugar de trabar las puertas?

—Exacto —dijo Liam—. Creo recordar que alguien intentaba que la dejáramos fuera.

—Sí —dije yo—. Muchas gracias. Tratabas de abandonarme en un camino cualquiera...

—¡Perdóname por pretender cuidar del grupo! —resopló Chubs.

Zu comenzó a escribir algo, pero Vida le arrancó el papel de las manos, lo sostuvo delante de su rostro y lo rompió por la mitad.

—¡Si quieres decir algo, entonces dilo, coño!

Su silla chirrió cuando retrocedió otra vez y, en el mismo movimiento, recogió el plato de un manotazo. Vi la tensión del intento de controlarse en la rigidez de su cuello y en cómo echaba los hombros hacia atrás. Durante un extraño segundo, solo puede pensar en los antiguos dibujos que solían pasar el fin de

semana, en aquellas escenas en las que aparecía una chispa que iba avanzando por la mecha hacia el montón de dinamita.

Tendría que haber sabido que era mejor no seguirla.

—Vi —la llamé, y tuve que trotar para alcanzarla.

Ella se alejaba por el pasillo sin hacer ruido, como una masa de músculos y furia. Luego cogió las escaleras, hacia la planta inferior. ¿Adónde diablos iba?

—¡Vida!

Le cogí un brazo, pero se deshizo de mí con un empujón tan fuerte que fui a dar contra la pared cercana. Noté un estallido de dolor en el hombro, pero no me di por vencida. Tenía el labio superior fruncido en una especie de gruñido, pero en cuanto advirtió lo que había hecho el gesto perdió casi toda su fealdad.

—Te conviene marcharte —me dijo, y entonces comprendí que probablemente ella tampoco sabía hacia dónde se dirigía. Solo intentaba alejarse de la sala de juegos. De nosotros.

—Así no —respondí—. ¿Qué te ocurre? Dímelo.

Vida se volvió y avanzó otra vez por el corredor solo para girar sobre sus talones. Yo había hecho un mal diagnóstico de la situación, muy malo.

—Jesús, nunca puedes dejar que las cosas se asienten, ¿verdad? —me espetó—. Nunca puedes dejar que la gente se quite de encima su propia mierda. Es gracioso cuando uno ve que ni siquiera puede arreglárselas con su propia mierda.

—Intentaré que me importe menos —dije.

Zach se acercaba hacia nosotras por el corredor, mirando hacia cualquier parte menos hacia donde estábamos. Le di la espalda en el mismo momento en que lo hizo Vida. Ella esperó hasta que los pasos dejaron de oírse antes de resollar ruidosamente.

—Sabes, yo pensaba realmente que tú y yo... —Se le cortó la voz. Luego lanzó una carcajada que sonó forzada—. Déjalo correr. ¿A ti qué puede importarte?

—Me acabas de decir que me importáis demasiado, y ahora que no me

importa.

—¡Las dos cosas! ¡Ninguna! Jesús, ¿qué más da? —me espetó, pasándose las manos por el cabello corto. Aún llevaba las puntas del pelo decoloradas, pero apenas quedaba rastro de azul en los mechones—. Me alegro por ti, joder, me alegro tantísimo que puedas tener tu hermosa reunión con tus verdaderos amigos... Puedes quedarte con esta gente y parlotear acerca de lo maravilloso que era todo cuando solo estabais los cuatro. Podéis hacer todos vuestros estúpidos chistes privados. Pero lo que no puedo soportar, lo que me da asco... es cómo tú...

—¿Cómo yo qué? —Era una verdadera lucha no levantar la voz—. ¿Qué más? Explícamelo. Venga. Es evidente que hay algo más que te molesta si vas por ahí buscando pelea con una niña que sin duda ha pasado las de Caín. ¡No puedo resolverlo si no me dices qué es lo que sucede!

La chispa finalmente llegó al montón de dinamita, pero la explosión no fue la que yo esperaba. A Vida se le descompuso el rostro y empezó a coger aire con inspiraciones breves y entrecortadas.

—¡Lo has reemplazado... en tu mente! ¡Acabas de reemplazar a Jude por esa niñita, como si él no fuera nada, como si para ti no fuéramos nada! Ya lo pillo, ¿vale? ¡Pero no finjas que te importamos cuando está claro que no te importamos una mierda!

Vida lloraba, realmente lloraba y yo estaba tan aturdida que me quedé inmóvil. Giró sobre sus talones y la ira y la humillación empezaron a manar de su cuerpo como si fueran ondas. Luego retrocedió hacia un rincón, alejándose de mí.

«Lo has reemplazado».

«Como si para ti no fuéramos nada».

¿Eso era lo que creía de verdad? Un dolor profundo me atravesó todo el cuerpo. ¿Que nunca me habían..., que nunca me habían importado? ¿Que no me había comprometido? Había sido fría con ellos al principio, eso lo sabía, pero solo había sido para protegerme. Permitir que la gente se me acercara, echar abajo los muros que rodeaban mi corazón..., no podía arriesgarme a ser así de vulnerable en la Liga, no cuando lo que necesitaba era sobrevivir.

Me había parecido decisivo aprender a esconder cada sentimiento, bueno o malo, en Thurmond. Ocultar cada emoción antes de que se me escapara y alguno

de los de negro lo advirtiera. Allí, si te estabas quieto, si eras casi invisible, si no te podían provocar ni castigar, te dejaban en paz. En la Liga yo había recuperado aquella estrategia, funcionando instante a instante, operación a operación, lección a lección, insensibilizando todo sentimiento para evitar explotar por lo injusto que era todo, lo aterrador y lo demoledor. Para que nadie, ni por un segundo, cuestionara mi lealtad a su causa. Durante un largo tiempo fue la única manera de protegerme del mundo y de todos los que lo habitaban.

Pero Jude... Jude se había colado en mi recinto, tal vez porque ignoraba lo que yo hacía o tal vez precisamente por ello.

¿Vida me culpaba por todo eso? Si ella hubiera sido líder, ¿algo de aquello habría sucedido? ¿Estaríamos todos...? Cerré los ojos, intentando no ver las imágenes que irrumpían en mi mente. Jude en el suelo. Jude ahogándose en su propia sangre. La espalda rota de Jude, sus piernas torcidas. La expresión de sus ojos, como si me suplicara que lo ayudara, que acabara con su vida y con sus sufrimientos.

Esa maldita pesadilla. Chubs me decía una y otra vez que había sido instantáneo..., que su... ¿Por qué era tan difícil decir la palabra «muerte»? Jude había muerto, no había pasado a mejor vida. No había pasado a ninguna parte. No descansaba. Había muerto. Su vida había terminado. Nunca se oiría otra palabra de su boca; había llegado a su fin como lo hacen, finalmente, todas las historias. No estaba en un lugar mejor. No estaba conmigo. Jude estaba enterrado con todas sus esperanzas debajo del cemento y la tierra y la ceniza.

—¡Dios! —dijo Vida furiosa, con la voz ronca—. ¡Coño, ni siquiera ahora puedes negarlo! ¿Verdad? Déjame en paz, vete antes de que...

—¿Crees que no sé que ha sido culpa mía? Que si lo hubiera mantenido a mi lado..., si no lo hubiera dejado ir con nosotros... —le dije de forma serena—. Me imagino cómo ocurrió todo, cómo al final debió de asfixiarse debajo de todo aquel peso. Me pregunto cuánto dolor sintió, y si Chubs me miente cada vez que me jura que fue tan rápido que Jude no tuvo tiempo de sentir nada. Mi mente vuelve a ello una y otra vez. Debía de estar tan asustado, estaba tan oscuro allá abajo, ¿no es así? Y él se rezagó. ¿Crees que lo advertí? ¿Que esperaba que volviésemos a...? —dije. Sabía que estaba balbuceando, pero no podía detenerme—. No debería haber salido..., solo tenía quince años...

Vida apoyó la espalda contra la pared y se deslizó hacia abajo, sollozando

abiertamente, con las dos manos sobre el rostro.

—Fue culpa mía, ¿por qué coño no puedes entenderlo? Yo estaba atrás, ¡tú ni siquiera estabas cerca de él! ¡Debería haberlo oído, debería haberlo obligado a caminar delante de mí, pero estaba tan asustada, joder, que no pensaba para nada!

—No... Vi, no. —Me puse en cuclillas frente a ella—. Había tanto ruido allá abajo...

No había sido culpa suya, en absoluto. Sentí que me atravesaba un fiero impulso protector al pensar que cualquiera que pasara por ahí podría verla en aquel estado tan vulnerable. Eso haría que después, cuando se recuperara, su mortificación fuera aun peor. Me recompuse mientras me sentaba, intentando bloquear la visión de quienes pudieran pasar por el corredor. Cuando extendí la mano hacia ella, Vida no me detuvo.

—Tú y Cate, ni siquiera mencionáis su nombre —dijo—. Yo quiero hablar de él, pero tú sigues intentando meterlo en una caja y apartarlo a un lado.

—Sé que piensas que no me importa —dije, con una insoportable opresión en el pecho—. Es solo que... si no contengo estas cosas dentro de mí, siento como si fuera a disolverme. Pero tú, todos vosotros..., lo único que he deseado siempre es que estemos juntos y a salvo, y ni siquiera consigo hacer eso.

—Quieres decir con ellos —dijo Vida, al tiempo que encogía las rodillas y las acercaba al pecho—. Ya lo pillo. Son tu gente.

—¿Y tú no? —pregunté—. No hago distinciones a la hora de preocuparme por los demás. No podría ni aunque quisiera.

—Bueno, si el edificio se incendiara, ¿a quién salvarías primero?

—¡Vida! —exclamé.

Ella hizo un gesto de impaciencia, mientras se secaba la cara.

—Tranqui, Bu, no era más que una broma. Puedo arreglármelas sola.

—Lo sé —respondí—. No sé a quién intentaría salvar primero, pero si tuviera que escoger a alguien para que me ayudara en el rescate, no me cabría ninguna duda.

Se encogió de hombros y, tras un momento, dijo con calma:

—La idea de volver a esa habitación me hace... Sé que esto sonará como si estuviera fumada, pero sigo entrando en las habitaciones y buscándolo como si él fuera a estar ahí. Cuando me doy cuenta, me siento como si me dieran un puñetazo en la puta garganta.

—A mí también me pasa —dije—. Sigo esperando encontrarlo cada vez que doblo una esquina.

—Es una situación tonta y horrible —dijo Vida—, tener celos de esa chavala y de ti y de todos los demás, de que estéis todos juntos cuando eso nunca ocurrirá con nosotros. A Nico ni siquiera lo puedes mirar. Por el amor de Dios, Ruby, ¿qué tiene que pasar para que dejes de castigarlo? ¿Cuándo empezarás a escuchar sus disculpas?

—Cuando me sea posible creerlas —dije. Ella me miró con dureza.

—Jude era su único amigo. Nada de lo que hagas será peor de lo que él se está haciendo a sí mismo. Cate no conseguirá sacarlo de esto otra vez. Esto es peor que cuando lo llevaron por primera vez al Cuartel General, después de que saliera del programa de investigación en el que lo sometieron a aquellos experimentos de mierda.

Respiré hondo.

—Siento haber dejado que le dijeras tú sola a Cate lo de...

—No —dijo ella levantando un dedo—, siento haber sido demasiado cagueta como para hablar realmente de ello. No lo entiendo... No entiendo por qué todas las personas a las que quiero están hechas polvo y nadie intenta ayudar a los demás porque resulta demasiado doloroso enfrentarse a las cosas. Jude nunca habría dejado que esto pasara. No lo habría permitido. Él era el mejor de nosotros.

Era asombroso pensar en lo bien que Jude nos había conocido, en la profundidad con que había intuido quiénes éramos y qué deseábamos. Había gente en este mundo cuyo propósito parecía ser servir de punto de conexión. Él había hecho que nos abriéramos los unos a los otros, y a nosotros mismos. ¿Qué es lo que me había dicho? ¿Que no quería conocer solo el rostro de alguien, sino también su sombra?

—Sí que lo era.

Nunca más habría nadie como él. Ahí estaba la pérdida que sentía, la pérdida de la cual el mundo jamás se percataría. Sentía como si ambas fueran piedras sobre mi pecho.

—No se me da bien eso de los abracitos —me advirtió Vida—, pero si quieres hablar como ahora otra vez... cuenta conmigo. ¿Vale?

—Vale.

Y no sé por qué ese momento pudo conmigo si todos los anteriores habían sido igual de atroces. Apoyé el hombro y la cabeza en la pared. Tal vez porque sabía lo orgulloso que Jude habría estado de nosotras por haber llegado tan lejos y haber dicho todo aquello.

—Habla con Nico, por favor —dijo Vida—. No me obligues a suplicarte. No lo trates como si ni siquiera fuera un puto humano.

—Creo que lo odio —susurré.

—Cometí un error. Todos lo hicimos.

Me recliné apoyando los dedos en las baldosas frías.

—¿Se han metido con ella? —preguntó Vida de repente levantando un brazo para retenerme. Si bien no había susurrado la pregunta, el hecho de que no la formulase directamente delante de Zu parecía indicar una nueva sensibilidad—. ¿Le han freído el cerebro o algo?

Quizá no.

—No —dije con calma, mientras observaba cómo Liam se sentaba cerca de ella y le acariciaba la cabeza—. No quiere hablar de ello, así que nosotros no la obligamos. La decisión es suya.

Vida asintió, asimilando la información.

—Debe de haber visto alguna mierda, una mierda terrible.

—Deja de presionarla, ¿vale? Le han arrebatado las demás elecciones. Al

menos puede escoger lo que quiere decir y cuándo decirlo.

Me volví al oír el ruido de unos pasos por el pasillo. Zu se quedó atrás, con las manos en los bolsillos, hasta que Vida le indicó con un gesto que se acercara. Esperó a que Zu la mirara para decir.

—La he cagado, Zeta. No debería haberme comportado como una perra contigo. ¿Todo guay?

Parte del estrés del rostro de la niña desapareció. Extendió la mano para estrechársela a Vida, pero, en lugar de cogérsela, Vida le dio un golpecito con el puño.

—Vale —dije yo, esforzándome por levantar mi entumecido cuerpo del suelo—. ¿Volvemos? Los chicos probablemente se estarán preguntando dónde estamos.

—Déjalos —dijo Vida—, tenemos que ponernos al día.

CAPÍTULO OCHO

El corredor estaba iluminado con un familiar matiz de rojo que parecía resplandecer de forma inquietante. Se hacía más brillante y palpitaba mientras yo avanzaba un paso más, mirando las fotos enmarcadas que se alineaban a cada lado de las paredes que me rodeaban, desnudas a excepción de aquellas imágenes. Había caras que reconocía, que recordaba: aquel joven agente muerto al escapar de su custodia después de que una operación saliera mal; aquella mujer capturada cuando iba a encontrarse con un contacto, a la que habían metido en una furgoneta oscura y de la cual nadie había vuelto a oír nada.

Pasé una mano por debajo de las fotos contándolas por pares, por tríos. Muertos. Allí era donde la Liga mostraba las vidas que había sacrificado y recordaba los cuerpos que nunca recibirían sepultura. Tantos, tantos hombres y mujeres que habían muerto antes de que yo siquiera me uniera a la organización. Casi ocho años de muertes.

Detuve los dedos debajo del rostro serio de Blake Johnson. Parecía... pequeño. Joven. Tal vez fuera porque estaba rodeado de rostros de mayor edad o tal vez porque le habían tomado la foto en el momento en que lo había reclutado la Liga. Eso debía de ser. Parecía mucho mayor cuando se fue a la operación que lo mató, ¿no? ¿Por qué había semejante diferencia entre el rostro de un chico de catorce años y otro de dieciséis?

Algo cálido y tibio chocó contra mis pies. Una delgada línea de líquido negro, como si fuera tinta, se iba formando allí abajo, mojándome la piel. Manchándome. El minúsculo riachuelo tenía su origen en cuatro arroyos diferentes que bajaban zigzagueando por las baldosas del corredor. Me apoyé en la pared y rocé con la mano la siguiente foto. Enseguida sentí un dolor agudo en la palma que finalmente me hizo levantar la vista. Las últimas doce fotos tenían el cristal roto: los marcos estaban atravesados por lo que parecían ser trozos de metal retorcido y astillas de vidrio.

La luz roja se hacía más intensa, se oscurecía, volvía a brillar. Una y otra vez. Levanté una mano para protegerme los ojos, pero solo era un cartel que decía «Salida». Cuando la luz volvió a hacerse más intensa, vi que la tinta negra tenía un origen, un charco cada vez de mayor tamaño. Advertí que no era tinta negra.

El cuerpo estaba boca abajo y tenía los brazos y las piernas retorcidos en un ángulo extraño. Era un..., era un chaval, una maraña de piernas y brazos flacos. Manos grandes, pies grandes, como si aún no hubiera crecido lo suficiente para alcanzar la proporción. Patas de cachorro, las había llamado Cate una vez. La luz se apagó otra vez encima de él mientras avanzaba a la carrera y se iluminó justo lo suficiente para que yo viera que era Jude.

Tenía sangre por todas partes: en el rostro, en las manos, en la espalda rota. Yo gritaba, gritaba y gritaba porque Jude tenía los ojos abiertos y la boca hundida en el charco de sangre. Se estremeció, sufrió los últimos estertores...

Dos manos me cogieron por debajo de los brazos y me arrancaron de aquel pasillo para llevarme a otro. No, oh, Dios; él necesitaba ayuda, yo tenía que ayudarlo...

Mi mente se despertó con un estallido, tan rápidamente que creí que iba a vomitar. Moví las piernas y no me respondieron, pero alguien me sostuvo. Me castañetearon los dientes cuando alguien me sacudió para devolverme a la realidad.

—¡Tranquila..., tranquila!

Acento sureño: ¿Liam? No, Cole. Conseguí enfocar su rostro ansioso. Las luces del techo eran de un blanco puro, firme, y entraba más luz por unas ventanas pequeñas situadas a cada lado del pasillo. Me fijé en la puerta de cristal que se veía detrás de su cabeza, donde reconocí varias pesas, cintas de correr y colchonetas. «El gimnasio». Cole tenía el rostro perlado de sudor y la piel enrojecida porque había estado en el gimnasio. Pero yo no había ido andando hasta allí. No había ido a buscarlo. No había dejado...

Cole me condujo hacia el interior de la sala de entrenamiento. El aire acondicionado funcionaba a toda pastilla y me enfrió instantáneamente las axilas y las zonas sudadas de la espalda. Cole me ayudó a sentarme en uno de los bancos y desapareció un segundo para volver con una toalla pequeña y un vaso de cartón lleno de agua.

No advertí que estaba temblando hasta que intenté beber. Cole me cogió la mano izquierda y me puso la toalla en la palma. Miré hacia abajo y me sorprendió descubrir unos hilillos de sangre fresca que me corrían por la muñeca, hacia la articulación del brazo. Tenía sangre en los vaqueros y en la camiseta.

Me levanté de un salto, o al menos lo intenté. Mi mente se concentró en la imagen de Jude, en la forma en que la luz roja había vuelto negra su sangre. Pero esta era... Esta no era su sangre, ¿o sí? No estaba en el Cuartel General. No estaba en Los Ángeles.

Habíamos dejado a Jude en Los Ángeles.

—¿Sabes dónde estamos? —me preguntó Cole, poniéndose en cuclillas frente a mí. Esperó a que asintiera antes de continuar—. Siento haberte despertado así, sé que no se debe hacer, pero te he visto pasar y después has empezado a gritar. No sabía que tenías esos pulmones, chavala.

Yo no le oía.

—¿Estaba... sonámbula?

—Eso parece —dijo él, no sin amabilidad—. ¿Con qué te has hecho ese corte en la mano?

Encogí los hombros; me dolía la garganta.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de las cinco de la mañana.

Las arrugas que rodeaban la boca de Cole eran mucho más visibles. Ahora que el enrojecimiento iba desapareciendo de su rostro, las sombras regresaban a él; debajo de los ojos, debajo de los grandes pómulos, la barba incipiente que le crecía en la mandíbula.

—Te has escapado con solo cinco horas de sueño —dijo.

—Más que tú —señalé.

—Sí, bueno, he decidido huir corriendo de mis pesadillas en lugar de zambullirme en ellas de cabeza. —La pantalla de la cinta de correr que había estado utilizando parpadeaba en pausa—. Demasiada adrenalina. Demasiadas ideas en la cabeza. Energía que hay que quemar.

Conseguí volver por completo al presente cuando mis oídos captaron la voz suave de un presentador procedente de una televisión atornillada a la pared. El

olor de la habitación me inundó la nariz, y el plástico, el sudor y el metal finalmente alejaron la pestilencia de la sangre.

Cole me estudió durante un momento con una expresión inteligente, como si advirtiera algo en mí cuya presencia yo no necesariamente conocía. A diferencia de Cate, a diferencia de Liam, a diferencia de Chubs..., a diferencia de Jude..., Cole sencillamente dejaba que lo sucedido pasara a la historia. No insistía en preguntar cómo me sentía, qué había visto o qué era exactamente lo que yo quería. Dejarlo atrás y que allí se quedara.

Retiró la toalla que yo aún tenía en la palma de la mano e inspeccionó el corte.

—Parece bastante superficial —declaró, poniéndose de pie—. Ya se está cerrando. Sin embargo, probablemente te escocerá como mil demonios durante algún tiempo.

Finalizada su tarea conmigo, se levantó la camiseta para enjugarse el sudor del rostro, revelando una piel bronceada que yo no había pedido ver. Desvié la mirada.

—¿Vienes aquí cada mañana?

—Los dos días que hemos estado aquí, sí —respondió, divertido—. Intento ponerme otra vez en forma. Hacía mucho que no entrenaba. Y también me ayuda a poner el... —Hizo un gesto vago con la mano—. A soltar presión.

—Lo echo de menos —me oí decir—. Sentirme fuerte, quiero decir. Siento que sabemos hacia dónde vamos. Tú y yo. Pero no puedo quitarme de encima la sensación de que doy vueltas y vueltas y más vueltas a la espera de llegar a ese lugar. Y, maldición, la investigación sobre la causa de la ENIAA, no puedo creerme que haya sido en vano. Después de todo lo que hemos pasado, ni siquiera tenemos eso. Antes podía ocuparme de las cosas. Ahora no... —Levanté la mano—. Obviamente, ahora no es el caso.

—Ya, ¿y qué harás al respecto? —dijo Cole, cruzándose de brazos—. Reconoces el problema, ¿qué harás para resolverlo? Deja de pensar en el lápiz de memoria, en la causa. No desperdicies tu energía en arrepentimientos o autocompasión. Si ese camino está cerrado para nosotros, nos centraremos en averiguar la cura. Por tanto, otra vez, dime, ¿qué harás al respecto?

—Entrenar —respondí—. Debemos entrenar a esos chicos. Necesitaremos que sean capaces de combatir.

—No entrenarás a nadie hasta que estés en forma.

—¿Eso ha sido una oferta?

Una sonrisa se extendió lentamente a través de su rostro.

—¿Por qué? ¿Crees que tu monstruo puede seguirle el ritmo al mío?

Pensé que mi monstruo podía correr en círculos alrededor del suyo. Machacarlo.

—No hay una solución sencilla, si es lo que estás pensando —dijo Cole, inclinando la cabeza hacia la cinta de correr—. Me vuelvo más fuerte y más veloz, de forma que, si no puedo alejar a los monstruos, por lo menos puedo ahuyentarlos de mi cabeza por un rato. ¿Cuándo fue la última vez que entrenaste de verdad?

—Antes de...

Jesús, ¿cuándo había sido la última vez? ¿Una semana antes de encontrar a Liam? Al principio, el entrenamiento en el Cuartel General había sido brutal, la mismísima definición de una batalla cuesta arriba en la que se ha de luchar cojeando, con las piernas débiles. Tenía ampollas en los pies y en las palmas de las manos, y la interminable sarta de moratones me daba el aspecto de alguien que había sufrido un importante accidente de tráfico. El dolor me había quemado, arrastrado y retorcido como si moldeara mi cuerpo siguiendo sus propios criterios.

La mayoría de los chicos habían estado en el programa el tiempo suficiente como para preparar el cuerpo para las operaciones a la vez que intentaban perfeccionar sus aptitudes Psi. Eso incluía levantamiento de pesas y cardio un día sí y otro no, además de defensa personal, *kick boxing* y entrenamiento con armas, para darle un poco de variedad al menú. Cuando se trabaja tan duramente, se presta atención a cada movimiento que hace el cuerpo y se intenta entrenar cada músculo para que sea rápido como una flecha. Uno se olvida de sí mismo mientras entrena.

Durante cierto tiempo, me había sentido bien: estaba fuerte, mental y físicamente, y más que decidida a acabar cada operación. Pero luego, de algún

modo, me las había arreglado para perder esa parte de mí misma mientras buscaba a Liam. Había dejado que regresaran la duda y la inseguridad. Había perdido el control de mí misma.

—Quiero que me presionen más de lo que lo hacían nuestros instructores —le dije—. No puedo seguir desmoronándome y esperar a que todos los que me rodean monten mis piezas otra vez. Quiero cuidar de todos.

Cole levantó las manos.

—Lo pillo.

—No —dije, detestando el tono de desesperación de mi voz—. Es como si cada vez que doblo una esquina volviera a encontrarme en el túnel con todos los muros cayendo, y siento que...

—No. —Cole se puso de pie—. No vamos a quedarnos sentados, cogiditos de la mano, mientras recurrimos al método Cate Conner de enfrentar problemas: terapia artística de pintura con los dedos.

Cruzó la habitación en dos largos trancos y rebuscó en un contenedor de plástico, del cual extrajo un par de guantes de boxeo viejos y gastados. Me los lanzó.

Cole se cruzó de brazos, pero no relajó su postura en lo más mínimo. Me puse los guantes sin dudar y sin consideración por mi mano, cosa que Cole recompensó asintiendo con la cabeza. Ese gesto me reconfortó por dentro. Si yo estaba lista, él también lo estaba.

Extrajo otro par de guantes para él. Había un espacio de colchonetas negras en el extremo más alejado de la habitación y me dirigí hacia ese lugar. Plástico, sudor, caucho...: era un olor familiar. Respiré una bocanada de ese aire y me puse en guardia, dejando que mi peso se hundiera en la poco elástica colchoneta.

—Para que lo sepas —dijo Cole entrechocando sus puños enguantados mientras se giraba hacia mí—, hacerse más fuerte implica recibir golpes. Muchos golpes. Si en algún momento actúas como si fuera demasiado para ti o no consigues levantar el culo del suelo, se acabó.

—Vale —respondí—. Mientras no te contengas porque pienses que no puedo resistirlo.

Cole resopló.

—Y, Joyita. Una cosa más. No le digas a nadie lo que estamos haciendo. Ni a Conner, ni a Vida, ni a Li. A nadie.

¿A quién diablos podía importarle que entrenáramos juntos?

—Veamos si es cierto que puedes darme primero —me mofé, pero él aún estaba serio y algo que yo no comprendía le ensombrecía la mirada—. ¿Te avergüenzas o algo?

—Digamos que dudo que aprueben este método de afrontar las cosas —dijo él, deslizándose un pie hacia atrás y levantando las manos para resguardarse la cara. El volumen de su voz era tan bajo que casi no lo oí—. Ellos no arden como nosotros, ¿verdad? No como nosotros.

Proyectó el puño hacia delante, hacia mi sien. Retrocedí, vacilando, pero me mantuve sobre los pies. La irritación —conmigo misma por no prestar atención, por el latigazo de dolor— me inundó el cuerpo. Él torció los labios en una sonrisa cuando detuvo mi puñetazo, corrigió la posición y me obligó a hacerlo una y otra vez hasta que le asesté el golpe exactamente donde él lo quería. Cole me dio un puñetazo juguetón en el hombro y todavía sonreía cuando lanzó un pie hacia delante, que yo intercepté con el mío. Retrocedió de un salto y lanzó otro golpe hacia el centro de mi cuerpo.

Los minutos pasaban volando y yo parecía moverme con ellos. Mis músculos recordaban cómo combatir, pese a que mi corazón ya se había retirado del juego. Me invadió una intensa sensación de euforia cuando bloqueé uno de sus golpes y conseguí asestarle otro de lleno en el estómago. El aire escapó de los pulmones de Cole, mitad como una carcajada y mitad como un quejido de dolor. Cuando recordé que supuestamente me estaba enseñando, ya estábamos los dos tumbados de espaldas sobre la colchoneta, intentando recuperar el aliento.

«No —pensé, apartándome de los ojos un mechón empapado de sudor—. Como nosotros no».

Horas más tarde, con los músculos como gelatina y la neblina de mi pesadilla despejada, nos reunimos en la sala de juegos para comenzar, oficialmente, la planificación de los ataques a los campos.

Examiné nuestro grupo, que incluía el equipo que acababa de llegar

mientras yo me daba una ducha después del entrenamiento con Cole. Los chicos, que eran cuatro, luchaban con valentía contra la extenuación y estaban explicando que se habían retrasado por culpa de los problemas con el coche, cuando Cole se me acercó por detrás y me dio un empujoncito hacia delante, hacia el círculo de chicos sentados en el suelo. Retrocedí un paso, confundida, pero su sonrisa era alentadora.

—Es lo que hemos conversado antes, ¿lo recuerdas? Hazles el resumen.

—¿Tú no deberías...?

—No, deberías ser tú —dijo. Volvió a empujarme suavemente hacia los chicos, ignorando la expresión de Chubs—. Ve a por ellos, Joyita.

«Haz que te quieran». Sacudí la cabeza e ignoré el ronroneo de la voz de Clancy en mis oídos. Zu retrocedió con rapidez y les indicó por señas a Hina y a Tommy que hicieran lo mismo para ensanchar el círculo.

—Vale, esto... —comencé a decir, solo para detenerme. De repente, no se trataba de los rostros que estaban allí, sino de los que no estaban. Me volví hacia Chubs, que en ese momento hurgaba un agujero de su vaquero y encarnaba la imagen perfecta de la despreocupación forzada—. ¿Dónde está Liam? ¿Y Kylie... y James?

—Deben de estar en el lavabo —consiguió decir con dificultad, en un tono de voz demasiado agudo.

Y entonces, de repente, nadie podía mirarme a la cara. Ni siquiera Zu.

«Oh no, Liam —pensé, combatiendo la intensa oleada de pánico—. Dime que no te has apresurado a salir a por provisiones sin llevarte siquiera un arma para protegerte».

—Se han marchado —susurró una vocecita.

Miré a mi alrededor, pero no logré descubrir de dónde venía.

—¿Quién se ha marchado? —dijo Cole, cogiendo el hilo—. Uno de...

Supe con precisión en qué instante descubrió quién faltaba. Se quedó inmóvil, con las facciones controladas, impávido. Era la expresión que tendría

alguien un segundo antes de apuñalar, serena y concienzudamente, a otra persona.

—¿Por qué se han marchado? —pregunté.

—¡Para que hoy podamos llevarnos algo a la boca! —me espetó Chubs.

—¿Dónde han ido? —pregunté. Tuve que contenerme y no gritar, no abalanzarme sobre él y sacudirlo con todas mis fuerzas.

—A la ciudad más próxima —respondió Lucy—. Prometieron regresar en una hora.

—¿Ah, sí? —dijo Cole, masticando las palabras—. Bien. Si consiguen que los maten, por lo menos aumentará el promedio de CI de este lugar. No salgáis —dijo, dirigiéndose a todo el grupo— hasta que hayáis recibido el entrenamiento que necesitáis para sobrevivir y hasta que dispongamos de armas. Yo voy a encargarme de todo y todos vamos a cuidarnos mutuamente, pero tenéis que prestar atención a lo que os digo, de lo contrario esto no funcionará. ¿De acuerdo, chavales?

Varios asentimientos. Diversos sonidos afirmativos.

—Bien —dije yo. «Maldición, Liam. ¿En qué estabas pensando?»—. Vale. —Obligué a mi mente a volver a la ruta correcta—. Lo primero que tenéis que saber es que el pulso electromagnético borró el lápiz de memoria que Cole robó a Leda Corporation, el que contenía la investigación sobre las causas de la ENIAA.

Vida debía de habérselo dicho a Chubs y a Zu, porque no parecían ni la mitad de intranquilos que los demás. Al ver sus caras, sentí una punzada de desesperanza en la boca del estómago. Resistí y seguí adelante, consciente de la mirada de Cole clavada en mi espalda.

—¿No hay ninguna forma de recuperarla? —preguntó Tommy.

—No —dijo Nico—. Lo hemos intentado todo. Los ficheros ya no existen.

—Sin embargo, aún tenemos la investigación sobre la cura —dije rápidamente. Los Verdes la habían copiado otra vez y habían cargado en un portátil las quince indescifrables páginas que la componían—. Y trabajaremos a partir de ahí. Pero mientras tanto, creo que debemos continuar con la liberación de los campos: es lo correcto y, además, es nuestra estrategia más sólida para hacer

que Gray responda por lo que nos ha pasado. Pero yo..., nosotros... —señalé a Cole—, no hay manera de que podamos hacerlo solos. Por eso debo preguntároslo: ¿estáis con nosotros en esto? Si tenéis miedo o no queréis participar en las operaciones, no pasa nada. De verdad. Y no debéis avergonzaros por ello. Aquí hay tanto que hacer que formaréis parte de esto igualmente. O, cuando sea un poco más seguro, podemos encontrar la manera de ayudaros a volver a casa con vuestras familias.

Esperé hasta que asintieron o expresaron su acuerdo de viva voz.

—La mejor manera de hacerlo, entonces, es pensar en un plan potencial para atacar juntos un campo. Podemos dividirnos en grupos pequeños, de unos cuatro o cinco chicos cada uno, y comenzar a pensar sobre cómo sacar adelante algo así. No importa si os parece loco o si ahora mismo no contamos con los materiales necesarios para ello. Sed creativos y partiremos de ahí.

Les di tiempo para que se distribuyeran en grupos y me sentí orgullosa al ver que mezclaban los equipos de la antigua Liga con los recién llegados que habíamos recogido junto con Zu. Cole me dio una palmada en la espalda, sonriendo con aprobación, y comenzó a hacer sus rondas. Le devolví la sonrisa, sintiéndome lo bastante ligera como para saltar del suelo a una de las vigas del techo.

Y así, repentinamente, la sensación desapareció. Una presencia silenciosa y pesada apareció a mis espaldas, cayendo sobre mí como una sombra. No tuve que girarme para saber que se trataba de Chubs. La irritación me fue invadiendo a medida que él me castigaba más tiempo con aquel opresivo silencio. Miré hacia otra parte y vi a Vida, de pie como una reina, en medio de un grupo formado por Tommy, Pat y dos chicos más de la Liga. La colmaron de elogios, admiración y alabanzas durante al menos tres minutos antes de que ella se dignara ofrecer sus opiniones sobre lo que oía.

—¿Cuándo vas a empezar a explicarnos las cosas antes? —preguntó Chubs por fin—. Es como si no nos lo dijeras todo porque sabes que no estaremos de acuerdo con ciertas cosas.

Exhalé por la nariz el aire que había estado conteniendo y le devolví la dura mirada que me dirigía.

—Parece que aquí el auténtico problema es que no te fías de que yo tome

buenas decisiones sin consultártelas.

Cole me había advertido que esto sucedería, me había explicado que había demasiadas voces que influían en mis decisiones y que por eso nunca me sentía completamente segura al tomarlas. Me habían dicho una y otra vez que confiaban en mí, que tenían fe en mí. Obviamente, las cosas no eran en realidad así.

—¿Por qué permitiste que Liam se marchara? —le pregunté—. Ni siquiera iba armado.

Chubs alzó los brazos.

—¡Son Azules! Oh, Dios, Ruby debes... Mira déjalo, no es...

—¿Debo qué?

Chubs me observó con los ojos entornados y le devolví la mirada.

—Vale, mira —dijo, respirando hondo—. No importa cómo prefieras definir lo que hay entre tú y Li, no es asunto mío. Y, la verdad, resulta estresante mantenerse al tanto de los círculos en los que giráis el uno alrededor del otro. Pero se transforma en asunto mío cuando uno de mis mejores amigos empieza a tratar a otro de la manera en que tú lo has tratado a él últimamente.

—¿Qué quieres decir?

—Mantenerlo a distancia. Estás..., pero no estás aquí, ¿entiendes? —dijo—. Hasta cuando estás con nosotros, no estás presente en realidad. Estás en las nubes, evitas ciertos temas, te callas otros. Y, de cuando en cuando, sencillamente... desapareces. ¿Hay algo más que no nos hayas dicho?

—Has estado muy ocupado desmenuzando todo lo que hago, pero parece que no tienes la menor idea de qué es. ¿Desaparezco dices? —dije—. Prueba a entrenar, que es lo que hago para asegurarme de no quedar como una gilipollas cuando tenga que poner en forma a estos chavales. Prueba a «planificar», que es lo que hago para asegurarme de que nadie resulte herido o muerto. Prueba a ocuparte de Clancy porque nadie más puede hacerlo.

Yo había bajado la voz hasta convertirla en un susurro furioso, y era obvio que su intensidad había aturdido a Chubs. Me puso una mano en el hombro; su expresión se fue suavizando a la vez que la mía se endurecía. No soportaba que me

hubiera estado estudiando así.

—Solo quiero que hables con nosotros —dijo—. Ya sé que las cosas no pueden ser como antes, pero lo echo de menos. Echo de menos... —Sacudió la cabeza—. No ha sido mi intención saltarte al cuello.

—Pues lo has hecho —respondí con un suspiro.

—Porque alguien tenía que decírtelo —dijo Chubs—. Desde mi punto de vista, te has metido en una competición con el hermano mamón. Lo cual para mí está bien. Pero no te olvides de quién ha estado presionando para que lanzáramos esos ataques a los campos de rehabilitación, básicamente desde el instante mismo en que llegamos a East River. ¿No te acuerdas? Liam pensaba que lo tenía todo resuelto, y era todo muy del estilo de Li, porque se estaba esforzando y cambiando las cosas y viendo algunos resultados entre los chavales que lo rodeaban. Debes dejarle hacer algo, Ruby. Lo que quiero saber es si estás enfadada porque Liam ha salido sin pedirte permiso.

Sacudí la cabeza con incredulidad. Tenía las ideas tan enmarañadas como los sentimientos.

—¡Porque es peligroso! ¡Porque lo pueden capturar o matar! Y no puedo... —Las palabras se me atragantaron, sorprendida por la oleada de emoción que me inundaba. Frustración, irritación y, por encima de todo, miedo—. No puedo perder a otra persona...

Chubs exhaló largamente y me rodeó con los brazos, al tiempo que me daba sus habituales e incómodas, aunque cariñosas, palmaditas. Le apoyé las manos en la espalda y lo abracé con fuerza, mientras recordaba la oleada de júbilo que había sentido al verlo, después de varios meses, y saber que había sobrevivido. La textura de ese recuerdo había cambiado hasta convertirse en algo parecido a un rayo de sol al atardecer. No me había dicho todo aquello con ánimo de acusarme ni de ser cruel, solo quería que estuviéramos a salvo y juntos, pero no estaba pensando mucho en el futuro. La atención de Chubs estaba totalmente concentrada en nuestro pequeño círculo, pero yo ya no podía hacer eso. Yo debía luchar contra ese instinto y tenerlos en cuenta a todos.

—Li es solo una persona, ya lo sé, pero es nuestra persona —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—. Y la verdad es que creo que necesitamos concentrarnos en Zu. Hemos de conseguir sacarle toda la historia sobre lo que

sucedió con ese tipo con el que viajaba. No creo que vaya a ser tan simple como esperar a que esté lista para hablar de ello.

Asentí con la cabeza y apoyé la espalda en la pared, mientras miraba a Zu, sentada entre Hina y Lucy. Tenía los ojos fijos en el suelo, las manos pulcramente colocadas sobre el regazo y las piernas dobladas bajo la silla.

—No ha sido un error traerlos, ¿verdad? —pregunté—. A los más pequeños. No les dejaré combatir, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que esto va a hacerles un daño que todavía no alcanzo a comprender.

—No podemos protegerlos de esto si no estamos decididos a darles una opción. De eso es de lo que realmente se trata, ¿no es así? Darles a ellos y a la próxima oleada de niños la oportunidad de gozar de una vida mejor que la nuestra. De salir de la clandestinidad.

Sí, era eso exactamente. La libertad que venía de la mano de poder elegir nuestras vidas cuando nuestros poderes hubieran desaparecido. La libertad de vivir donde quisiéramos, con quien quisiéramos y de no temerle a cada sombra. Para que los chicos no crecieran con el miedo de que una mañana podrían no despertar o de que se apagarían como una bombilla en medio de un día que, por lo demás, sería un día corriente.

Yo sabía, al igual que Cole, que la única manera de llegar al otro lado con éxito era mediante el uso de la fuerza. Un combate real. Pero el coste... Miré otra vez a mi alrededor, asimilando la visión de esos rostros animados, e intenté absorber su débil parloteo, sus risas, para calmar el miedo que me atenazaba el pecho. No podía tenerlo todo. No podía tener mi combate sin reconocer que había una posibilidad condenadamente grande de que no todos aquellos chavales sobrevivieran para beneficiarse del triunfo.

—Lo deseo tanto, Ruby. Quiero irme a casa, ver a mis padres y caminar por el barrio a plena luz del día. Quiero ir a la escuela para que, aun cuando me echen en cara mis poderes, no puedan negarme cosas porque me faltan conocimientos. Con eso me basta. Sé que no va a ser fácil y sé que tendré suerte si salgo vivo, pero si puedo conseguir eso vale la pena. —Chubs calló durante un instante antes de decir con suavidad—: Todo habrá merecido la pena y estaremos ahí para verlo.

—Eso no suena mucho al Equipo Realidad.

Cruzamos una sonrisa.

—Que le den al Equipo Realidad; lo abandono para unirme al Equipo Cordura.

Una hora más tarde, Liam y los otros aparecieron en la entrada del túnel arrastrando cada uno una gran caja de cartón o un tubo de plástico. Sus voces resonaban por el largo corredor, burbujeantes de emoción. Obviamente, no sabían lo que les esperaba al otro lado.

Primero apareció Liam, con la cara y las manos cubiertas por una fina capa de polvo y el cabello irremediabilmente revuelto por el vendaval que rugía fuera. La imagen de Liam con el cabello enmarañado, riendo con tanta alegría, me hizo olvidar por qué había estado tan enfadada.

No tuvo el mismo efecto en su hermano.

Cole ya estaba de pie y tenía a su hermano contra la pared, a la derecha de la entrada. No había dicho una palabra, pero su respiración se había vuelto más esforzada durante la última hora. Incluso con los brazos cruzados sobre el pecho no podía ocultar que los dedos de la mano derecha se le crispaban cada pocos minutos. Estaba a una chispa de explotar; lo advertí con claridad.

Y, pese a ello, no fui lo bastante rápida para ponerme de pie.

Liam se alegró durante medio segundo al verme allí sentada, pero llegó Cole. Lo cogió bruscamente por el cuello de la camiseta y, tras obligarlo a girar, lo puso contra la pared. La caja que Liam llevaba en las manos se estrelló contra el suelo y las latas y bolsas que contenía salieron despedidas en todas direcciones. Una caja de cereales Lucky Charm, de color rojo brillante, se deslizó directamente hacia mí y se detuvo justo antes de tocarme el pie.

—Dios... —alcanzó a decir Liam en un resuello, pero Cole ya lo arrastraba hacia la oficina de Alban.

Detuve la puerta justo antes de que me diera en las narices impulsada por el puntapié de Cole, quien prácticamente arrojó a Liam sobre el escritorio grande y lleno de marcas.

—¿Cuál es tu maldito problema? —dijo Liam jadeando, sin haber recuperado aún el aliento.

Cole era unos centímetros más alto que Liam, pero la irritación de este

parecía erguirle la espalda y compensar la diferencia. Nunca se habían parecido tanto como en ese instante, a segundos de arrancarse la cabeza el uno al otro.

—¿Mi «problema»? ¡Buscar a un chaval que se ha ido junto con otros dos a hacer que lo maten! ¿De verdad eres tan tonto? —dijo Cole, encarándose a él y cortando el aire con una mano furiosa mientras hablaba—. Espero que haya valido la pena. ¡Espero que te sientas bien fingiendo ser un héroe otra vez porque has puesto en riesgo toda la operación! ¡Te podrían haber seguido hasta aquí! ¡Podrían estar vigilándonos ahora mismo!

El temperamento de Liam finalmente estalló. Empujó a Cole contra la estantería vacía que tenía detrás y lo retuvo allí, cruzándole el brazo sobre el pecho.

—¿Jugar al héroe? ¿Te refieres a lo que has estado haciendo tú todo este condenado tiempo? ¿Ir por ahí vociferando órdenes como si tuvieras algún derecho a liderar a estos chicos? ¿Como si supieras lo que sienten o las cosas por las que han pasado?

Cole soltó una risita despectiva y, durante un instante, realmente pensé que iba a contarle su secreto a su hermano, ni que fuera para echárselo en cara a Liam. Y ver la reacción atónita y horrorizada que había temido durante tanto tiempo.

—Lo he conseguido —le espetó Liam—. Nadie nos ha seguido, nadie nos ha visto. ¡He hecho esto cientos de veces en lugares muchísimo peores que este y siempre lo he conseguido, cosa que te habría dicho si me trataras como si fuera capaz de hacer algo, además de sentarme en un lugar a chuparme el dedo a la espera de que alguien me cuide!

Tenía razón. De todos los que estábamos allí, él era el que tenía más experiencia en esa clase de incursiones. El grupo de seguridad de East River nos había mantenido a todos bien alimentados y provistos de medicamentos y ropa gracias a los asaltos a los camiones de carga que pasaban por la autovía cercana.

—¿Por qué actúas como si te importara de verdad? —insistió Liam, con un tono de frustración en la voz—. Ignoras que existo durante años, pensando...

—No tienes ni idea de lo que pienso —le espetó Cole, quitándose finalmente de encima—. ¿Quieres saberlo? ¿De verdad? Te lo diré. Pensaba: «¿Cómo le voy a decir a mamá que otro de sus hijos ha muerto?».

Las palabras parecieron absorber las últimas moléculas de aire de la habitación. El color se esfumó del rostro de Liam, y la mandíbula, antes tensa, ahora le colgaba flácida.

—Me hiciste decírselo, ¿lo recuerdas? No podías parar de llorar; ni siquiera podías salir de la habitación de Claire. Yo tuve que bajar y detenerla porque mamá estaba preparando el bocadillo para que Claire se lo llevara a la escuela.

Me puse una mano sobre la boca. La imagen era demasiado dolorosa hasta para evocarla. Liam retrocedió tambaleándose y chocó ciegamente contra el escritorio. Se cogió del borde con una mano y eso bastó para sostenerlo. Vi su expresión conmovida durante un segundo, pues enseguida volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—Lo siento... Dios, lo siento, no he pensado... Yo solo quería hacer algo...

Después de haber visto tantos matices de su ira, me sorprendió que la voz y la expresión de Cole pudieran ser tan alarmantemente frías.

—El único motivo por el cual estás aquí es que no sé dónde diablos se han escondido mamá y Harry y no puedo enviarte directamente a ellos..., ¿qué?

Liam siempre había sido fácil de descifrar; cada pensamiento que le cruzaba la mente se manifestaba en su rostro tarde o temprano. Había sido muy fácil, aun para una niña herida y loca de terror, confiar en que lo que él decía era lo que pensaba, en que cuando ofrecía algo lo hacía con la intención más pura de dar, sin trucos ni dobleces ni favores a cambio. Yo solía preguntarme hasta qué punto resultaba doloroso tener un corazón que sentía las cosas tan profundamente que no podía contener ni siquiera los secretos más íntimos.

Deseé con todas fuerzas que Liam no hubiera levantado la vista al oír mencionar a sus padres. Porque en el instante en que Cole le vio la cara, lo supo. Y también lo supe yo.

«Liam no se lo ha dicho», pensé, incapaz de comprenderlo. Los dos sabían que su madre y su padrastro habían adoptado nombres falsos, Della y Jim Goodkind, cuando habían dejado su hogar en Carolina del Norte y habían pasado a la clandestinidad, pero las búsquedas en Internet y en los directorios telefónicos los había conducido de un callejón sin salida a otro. Cole debería haber sido la primera persona en enterarse después de que Zu nos contara que había visto a su madre. Liam debería haberse levantado de la mesa y haber ido a buscar a su

hermano de inmediato...

—¡Lo sabes! —exclamó. Esta vez Cole lo golpeó y su gélido menosprecio se hizo trizas al asestarle a Liam un puñetazo en la barbilla—. ¡Me has mentido en la maldita cara! ¿Dónde están?

—¡Basta! —grité—. ¡Basta! ¡Los dos!

Liam avanzó tambaleándose hacia Cole. Lo vi echar el brazo hacia atrás y vi también el destello en los ojos de Cole. Me lancé hacia delante y me interpuse entre ellos justo en el momento en que Liam lanzaba su puñetazo, justo antes de que se estrellara en el estómago de Cole. Hubo un único instante en el cual pareció luchar contra ello, esforzándose aún por asestar el golpe, y luego volvió a la realidad, a lo que estaba ocurriendo en aquel momento. Vi como sucedía: vi la angustia y el resentimiento liberados con una brusca inspiración y una expresión de horror. Tuve que cogerlo de la camiseta para evitar que siguiera su instinto inmediato de emprender la huida, presa del pánico. Alcé la otra mano delante de Cole, advirtiéndole de que no se moviera.

—Oh, Dios —dijo Liam con voz ronca—, ¿por qué te...? Eso ha sido tan estúpido...

Le solté la camiseta y deslicé la mano hacia su espalda a la vez que me acercaba a él y me ponía a su lado. Liam aún respiraba con dificultad, esforzándose por evitar que las emociones lo vencieran otra vez. Debí de imaginar con cuánta rapidez se sentiría avergonzado. Liam no era un guerrero, no por naturaleza. Maldición, la idea de lastimar a alguien querido le haría más daño que un golpe de Cole.

—Liam debería ser el intendente —dije.

Cole se cruzó de brazos.

—Esa es...

—Una gran idea —dije—. De nada. Sí, sabe dónde están vuestros padres y estará encantado de darte todos los detalles del caso ahora mismo.

—¿Un intercambio? —dijo Cole, al tiempo que sacudía la cabeza y miraba a su hermano con expresión de duda—. ¿Sabes, siquiera, lo que hace un intendente?

—Por supuesto que sí —dijo Liam, entre dientes—. Sé que intentas olvidarlo, pero yo fui parte de la Liga durante algunos meses.

—No es un intercambio —dije yo—. Es porque Liam hará el trabajo mejor que cualquiera de los que estamos aquí. Es una función que hay que cumplir, y rápido. Es porque sois hermanos y os queréis y debéis respetar las capacidades del otro y concentrar vuestra energía en la auténtica batalla que tenemos por delante, no en cada uno. ¿Me equivoco?

—Joyita, nunca me ha parecido más obvio que no eres más que una niña. Los gozos de la hermandad nunca se han llevado bien con la lógica.

Llevar el registro de las provisiones y cargar con la responsabilidad de conseguir más suministros era una tarea enorme; me habría detenido a pensar dos veces la decisión si no hubiera visto con mis propios ojos que Liam podía hacerlo.

—Cole —dije con calma, poniendo tenso otra vez a Liam—. Ya lo ha estado haciendo.

—No es una cuestión de si puede o no puede hacerlo, sino de si lo merece —replicó Cole—. Liam ha desobedecido una orden directa de no abandonar las instalaciones y ha actuado sin autorización.

—Ah, cierto, me había olvidado que tú te has elegido líder a ti mismo —dijo Liam, y la fealdad de su voz realmente hizo que me encogiera—. Me alegra tanto haber tenido voto en ello. Qué, ¿temías que alguien cuestionara tu preparación para el trabajo? ¿Qué sabías de nosotros y de nuestras vidas? ¿O fue otra decisión que habéis tomado vosotros dos a escondidas del resto, esperando que todos asintiéramos y os siguiéramos como ratoncitos?

Me alejé de él más herida por el tono que por las palabras. Cole respondió de manera opuesta, acercándose y poniéndose justo delante de la cara de su hermano. Hay que reconocer que Liam no se encogió. No hasta que Cole dijo:

—¿Mi preparación? Intenta que quinientos cinco chavales no mueran en una evasión ingenuamente planeada y mal ejecutada de un campo que, para comenzar, ni siquiera estaba tan mal.

—Te estás pasando —le advertí a Cole, al notar que yo también empezaba a encolerizarme—. El hecho de que tú consideres que cualquier campo «ni siquiera estaba tan mal» prueba que no tienes idea de qué estás hablando. Vosotros dos...

—Quieres imponerme un castigo —me interrumpió Liam, apartándose de un empujón de donde estaba, interpuesta entre ellos. Una oleada de rojo furioso le empezó a subir desde el cuello hacia el rostro. Tanto él como su voz temblaban—. Vale. Dime cuál. Si quieres mangonear, venga, hazlo. Ya estoy harto de que me hagas perder el tiempo.

Le dirigí una dura mirada a Cole, pero él ya estaba diciendo:

—Limpia los lavabos. Con lejía.

A estas alturas, yo había visto en Cole esa sonrisa de suficiencia innumerables veces, pero nunca la había visto en Liam. Esa expresión desafiante y altanera.

—Ya lo he hecho.

—Desatasca el sistema de tuberías.

—Hecho.

—Lavandería. Un mes. Tú solo.

—Les has dejado robar todas las sábanas y toallas —dijo Liam—, por si lo has olvidado.

Cole soltó el aire ruidosamente por la nariz y entrecerró los ojos. Era obvio que algo en él había hecho clic, porque tensó los labios en una sonrisa de rabia contenida.

—Entonces puedes limpiar y ordenar el garaje.

Me giré rápidamente hacia él, confusa.

—¿El qué?

Cole no dijo nada más. Se dirigió hacia la puerta y la sostuvo abierta. Sorprendí a Liam observando de soslayo mi reacción mientras avanzaba hacia la salida primero, pero lo único que vi de Cole al seguirlo escaleras abajo fue su espalda. Se mantuvo dos pasos por delante de mí todo el tiempo y no se volvió siquiera una vez para asegurarse de que aún lo seguíamos. Mi sensación de desconcierto creció hasta convertirse en confusión cuando cruzamos la cocina. Vi

mi rostro pálido reflejado en las superficies de acero inoxidable cuando pasamos junto a los fregaderos, la caldera, el horno y finalmente la alacena, hasta que llegamos a la pared de estanterías de metal que se usaban para guardar las ollas, las sartenes y las fuentes de horno.

A Cole se le tensaron los músculos de los brazos cuando apartó la estantería de la pared. El metal protestó contra el linóleo del suelo, pero una vez que la estantería estuvo a un lado, pude ver con claridad lo que se ocultaba detrás.

—¿En serio? —dije exasperada—. ¿Otra puerta oculta?

Liam, por fin, me miró alzando las cejas.

—¿Hay otras?

—No está oculta —dijo Cole, entrando en el corredor oscuro. Palpó la pared hasta que se encendieron las luces con un parpadeo, revelando otro húmedo túnel de hormigón—. Dejamos de usar el espacio y... lo abandonamos. Pienso que esta puede ser nuestra salida de emergencia. Será importante asegurarse de que los chicos sepan dónde está.

—¿Para qué lo usabais? —pregunté, más para llenar el silencio que por otra cosa.

Yo caminaba entre ellos, con la mirada puesta en los pasos poderosos y decididos de Cole, en cómo se movía su ancha espalda bajo la camiseta. Mi mente, sin embargo, estaba con Liam, en la frustración que parecía emanar de él y nublar el aire a nuestro alrededor. Ahora él iba detrás de mí y yo sentía la forma en que me atacaba con la mirada con tanta claridad como si me hubiera cogido de la coleta. Nuestros pasos y nuestra respiración resonaban en aquel espacio y se amplificaban, de algún modo, por la desagradable sensación de que ambos estaban a una palabra cáustica de poner al otro contra la pared y golpearlo hasta dejarlo inconsciente.

—Lo usábamos para hacer simulaciones de las operaciones, motivo por el cual hay que despejarlo. Todo ataque a un campo debe ser analizado y coreografiado —explicó Cole—. Después se transformó en una especie de unidad de almacenaje para toda la porquería que fuimos acumulando a través de los años.

—Fantástico —murmuró Liam—. Supongo que aquí no hay nada realmente útil, ¿verdad?

Cole se encogió de hombros.

—Supongo que eso lo averiguarás tú, hermanito.

Como respuesta, Liam se limitó a gruñir.

Extendí una mano, reduciendo la velocidad de mis pasos, y de repente no pude evitar pensar que era conmigo con quien estaba más enfadado, que Liam creía que arriba no lo había defendido lo suficiente, que no haberle dicho nada del plan que habíamos preparado con Cole lo había herido más profundamente de lo que yo había previsto. Extendí la mano hacia atrás en busca de la suya, deseando la seguridad de su tacto, sintiendo la necesidad de consolarlo, de disculparme..., de estar, y de estar a su lado. Ni siquiera me había fijado en si estaba bien. Mentalmente estaba hecho polvo, sí, pero yo no lo había revisado para ver si tenía moratones, chichones o cortes.

Y... nada. La mano se me quedó suspendida en el aire frío. Nada. Dios, sí que estaba enfadado, puede que furioso. Un doloroso nudo se me formó en el pecho y retiré la mano; la dejé cerca del costado en un último intento de protegerme del sentimiento de rechazo.

Liam me cogió la mano, pero en lugar de entrelazar sus dedos con los míos, me la besó y recorrió los dos pasos que nos separaban para poder caminar el uno junto al otro. Me rodeó los hombros con un brazo y no se alejó cuando me pegué a él. Deslicé la mano por su espalda, hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo, hasta que sentí que relajaba los tensos músculos. Cuando bajó la vista para mirarme, había suavizado lo suficiente la expresión como para que yo sintiera el impulso de ponerme de puntillas y darle un beso suave y rápido en la mejilla. Y eso hice. Bajó la cabeza, intentando ocultar una breve sonrisa. Era la primera vez que me sentía relajada desde que él había entrado en el túnel.

«Estamos bien —pensé—. Esto está bien».

En total, desde una puerta hasta la otra, fue una caminata de cinco minutos. Al otro lado nos aguardaba una escalera, y advertí sobresaltada que nos dirigíamos otra vez hacia la superficie. La puerta que nos esperaba al final de la escalera parecía estar hecha de metal sólido, y aunque no hubiera estado cerrada con llave, Cole igualmente tendría que haberla empujado con el hombro para destrabarla del marco. El impulso hizo que Cole se precipitara al interior. La sonrisa de Liam desapareció en cuanto entramos.

Era obvio que estábamos en una de las naves cercanas, uno de los numerosos edificios idénticos, largos y blancos que parecían abundar en aquella parte de Lodi. Parecía tener más o menos las mismas dimensiones del Rancho, pero con solo un nivel y decididamente menos habitable, ya que consistía en hormigón y vigas de metal. En lo alto de la pared había una hilera de ventanas llenas de polvo, cubiertas por unas telas opacas. Las bombillas que colgaban de las vigas se encendieron con un chisporroteo, iluminando las altas pilas de chatarra que nos rodeaban.

Por lo que pude ver, no había paredes ni oficinas, por no mencionar calefacción o sistemas de aislamiento; sencillamente, era un garaje sin acabar. Había unos cuantos coches dentro: en realidad, eran los esqueletos de los coches desmontados, todos ellos elevados sobre gatos mecánicos. Liam se acercó al más próximo, se puso en cuclillas para inspeccionar el motor y otras partes internas desparramadas en el suelo. Todos los neumáticos y los tapacubos parecían estar en fila junto a la puerta de la plataforma de carga, que habían asegurado varias veces con cadenas y candados de metal. En su mayoría, sin embargo, lo que había era un extravagante batiburrillo de objetos: estructuras de cama rotas, sacos de dormir y bolsas de tuercas y tornillos. Avancé hacia una de las bolsas de basura que tenía cerca, temiendo un poco lo que pudiera contener, pero estaba repleta de ropa vieja que debían de haber robado de algún punto de recogida de ropa usada.

El olor del lugar era vagamente acre, con matices de humo de escape y gasolina. En el aire flotaba una espesa nube de polvo que casi tenía que apartar de la cara con la mano para poder respirar. La Liga parecía haber apilado sin orden ni concierto todos aquellos objetos. Sentí la primera chispa de irritación y me volví hacia Cole, quien caminaba por el edificio.

Liam estaba quieto, con los brazos en jarra y un brillo en los ojos que yo no comprendí. Ahora que la conmoción inicial había pasado no parecía intimidado en lo más mínimo. La sorpresa había dado paso al entusiasmo. De alguna forma, él veía algo que yo no podía ver, una especie de potencial.

Yo lo veía todo rojo.

—¡Esta es una tarea inmensa! —le grité a su hermano—. ¡Cole! No va a hacerlo todo él solo.

—Claro —gritó Cole en respuesta—. Puede coger a algunos de los chavales más pequeños, que no entrenarán. Su amiguito del alma, el que siempre parece

tener un grano el culo.

Avancé hacia él.

—¡No te van a hacer el trabajo de un día para el otro! ¡Todos deberíamos ayudar...!

Un sonido de metal contra hormigón me hizo mirar hacia atrás. Liam había pasado del coche a un cercano montón de motos enredadas entre sí como zarzas. Cogió algunos cuadros, radios y ruedas, maniobrando con cuidado, intentando llegar a lo que fuera que había visto debajo. Salté por encima de una lámpara caída para ir a ayudarlo. Vi un destello plateado y luego toqué un neumático con los dedos. Liam soltó una risa entrecortada y se puso a trabajar al doble de la velocidad con una sonrisa casi contagiosa.

—¿Qué es? —le pregunté cuando levantamos el objeto—. ¿Una moto de enduro?

Liam vibraba de emoción y acariciaba con las manos el estilizado chasis, quitándole el polvo y la suciedad.

—Oh, tío —dijo Liam, con un jadeo—. Es hermosa, ¿a que sí?

—Si tú lo dices... —respondí.

Parecía un híbrido entre una moto de enduro y una moto normal. Aparentemente no estaba lejos de serlo, según me explicó Liam muy deprisa:

—Es una motocicleta doble propósito. Tiene las funcionalidades de una moto de enduro para caminos sin asfaltar, pero ¿lo ves?, tiene espejos y velocímetro para el asfalto. Parece una..., sí, es una Suzuki. Vaya. Estoy flipando.

—Lo sé —reí yo—. Ya lo veo. ¿Crees que funciona?

Liam inspeccionaba la moto con gestos reverentes, acariciando cada centímetro.

—Parece que está bastante bien. La han machacado, no la han tratado bien. Podría ser fácil de arreglar. —Levantó la mirada y vio mi expresión—. ¿Qué?

—¿En serio sabes conducir una moto?

—¿Que si se conducir una moto? —se mofó Liam, inclinándose sobre el asiento para colocar su cara a pocos centímetros de la mía.

Sus ojos azul claro centelleaban de emoción y me enviaron una descarga a través del cuerpo que disolvió el resto del mundo en una estática pacífica y silenciosa. Esos últimos centímetros de distancia debieron de resultarle tan insoportables como a mí porque apoyó los dedos en mis manos, sobre el gastado asiento de piel. Me rozó la mejilla con los labios y sentí su aliento cálido en la oreja mientras decía, en tonos bajos y melifluos:

—No solo sé conducir una moto, cariño, también puedo darte algunos consejos...

—¡Eh, ángeles del infierno! —gritó Cole—. ¡No os he traído aquí de compras! ¡Moved el culo y venid aquí!

A Liam se le ensombrecieron las facciones cuando retrocedió y la vibrante emoción que sentía hasta entonces se apagó, como una vela tras un soplido. Resoplé irritada y la decepción que sentía debió de manifestarse en mi rostro, porque en un segundo Liam sonreía otra vez mientras me acomodaba un mechón detrás de la oreja. Una sonrisa más tenue y breve que la anterior, pero dirigida a mí. Noté el calor hasta en los huesos.

Liam dedicó un instante a asegurarse de que la pata de cabra sostuviera la moto, y luego utilizó la camiseta para limpiarse la suciedad de las manos. Cogí la mano que me ofrecía y le di un apretón. Tras lanzar una última mirada por encima del hombro hacia su hallazgo, nos dirigimos hacia donde Cole nos esperaba, frente a una pila de palés. Ya estábamos detrás de él cuando finalmente uní los cabos sueltos y comprendí qué era lo que estábamos mirando.

Yo ya había visto cajas de cartón como esas, y reconocí las palabras pintadas en el exterior: «Diez raciones de 24 horas aprobadas por la NATO/OTAN».

—¿Qué es, exactamente, lo que tenemos delante? —preguntó Liam.

—Raciones humanitarias —respondí, adelantándome a Cole. Al verlas, me sentí hueca por dentro—. ¿Sabes de qué país provienen?

—¿Las has visto antes? —preguntó Cole, con las cejas arqueadas—. El Gobierno las guarda bajo siete llaves. Tampoco llevaban este tipo de mierda al Cuartel General.

—Fue en... —Le solté la mano a Liam y luego seguí hablando, mientras me acercaba a las cajas para no tener que verle la cara—: Fue mientras estábamos en Nashville. Los militares habían almacenado comida y medicamentos en el hangar de un antiguo aeropuerto.

En mis recuerdos, aquella incursión era como una marea nocturna. Se filtraba desde los rincones más oscuros de mi mente para cogerme desprevenida, para debilitarme. Liam, tan pálido mientras luchaba por respirar. El cuchillo en mi espalda. La silenciosa valentía de Jude al ponerse delante de todos y enviar una corriente eléctrica hacia los soldados que nos atacaban. Perder de vista a los demás. Rob. El bozal. La sangre en el parabrisas roto.

Les di la espalda a las cajas y los palés, pero me obligué a quedarme inmóvil hasta que el enorme peso que me oprimía el pecho desapareció y pude respirar otra vez. Cada vez era más difícil ganarle la partida.

—Vale —dijo Liam por fin—, pero ¿de dónde viene todo esto? ¿Y cuánto tiempo lleva aquí?

—Algunos años, pero la mayor parte de las cosas no son perecederas. Están hechas para durar. Había olvidado que estaba aquí hasta que vi la lista del inventario en la oficina.

Cole extrajo una navaja multiusos de su bolsillo trasero y abrió la hoja. Destripó una caja, y los paquetes rojos de comida, envueltos individualmente, cayeron a nuestros pies. En el envoltorio se veía una sencilla imagen de un hombre llevándose comida a la boca y una bandera china.

—Oímos rumores —prosiguió Cole— de que el Gobierno intentaba ocultar la ayuda humanitaria enviada por otros países. Toda esa bazofia de «somos Estados Unidos, podemos hacerlo solos, todo el mundo nos ha abandonado». Este cargamento cayó en alguna parte de Nevada.

—¿Nunca la habéis aprovechado? —pregunté.

—Nunca tuvimos que hacerlo —respondió Cole—. Teníamos proveedores de alimentos. Alban lo quería como una prueba de que Gray trabajaba contra los intereses del pueblo, pero nunca se hizo nada con ello. Este edificio está repleto de ideas que no han llegado a buen puerto, de pensamientos naufragados.

Cerró los ojos y se frotó la frente con el dorso de la mano. Vi cómo su

expresión adusta parecía contraerse de dolor un segundo antes de dirigirse a Liam.

—Si pones en orden este lugar, entonces vale, considérate intendente. Puedes buscar una forma de traer suministros.

—Con suministros quieres decir comida, artículos de limpieza y objetos varios —dijo Liam—. Si crees que tengo una forma de conseguirte armas...

—Ni hablar, chaval —lo interrumpió Cole—. Tendremos que utilizar las conexiones de la senadora Cruz para conseguir gasolina, armas y la montaña de munición que necesitamos.

—¿Cuánta, exactamente, crees que necesitamos? —preguntó Liam, alarmado—. Combatiremos, ¿cuántas? ¿Una o dos batallas clave? No es toda una maldita guerra.

—Tú ocupa tu preciosa cabecita con el desayuno, el almuerzo y la cena —replicó Cole—. Deja que los mayores se ocupen de las ideas difíciles.

Le dirigí una mirada fulminante que ignoró y se inclinó para recoger uno de los paquetes de raciones diarias del suelo. Lo hizo pasar de una mano a la otra con el ceño fruncido, pensando.

—Pero esto no resuelve el mayor problema que tenemos ahora. Considerando los planes que se están haciendo allá arriba, necesitaremos muchos más cuerpos de nuestro lado. Por lo menos una docena más de chicos para poder lanzar un ataque a un campo. Si tenéis alguna idea brillante sobre dónde encontrarlos, soy todo oídos.

Una especie de resignación cansada invadió mis pensamientos y anuló mis mayores objeciones. Debí de suspirar, porque ambos Stewart se volvieron hacia mí, como imágenes especulares del interés.

—La verdad es que —dije, en un tono que traicionaba la inquietante certidumbre que crecía dentro de mí— creo que tengo una.

CAPÍTULO NUEVE

Con los chicos ocupados en la planificación de los ataques, no era difícil escurrirse a la planta inferior sin que nadie lo advirtiera. No me hizo falta mirar por encima del hombro una y otra vez para asegurarme de que nadie me observaba mientras abría la puerta de la antigua habitación de almacenamiento de archivos y entraba en ella.

Lo que me obligó a detenerme fue la rapidez con la que extendí la mano para coger el cable con el interruptor de la bombilla que colgaba del techo, la forma en que la oscuridad parecía asentarse en mi piel. La respiración me sonaba forzada en los oídos y tuve la extrañísima sensación de sentir que el cuerpo se dejaba llevar por el pánico mientras la mente observaba impávida desde cierta distancia. El corazón me latía deprisa, a un ritmo demasiado rápido, demasiado forzado. Mis oídos captaban sonidos inexistentes, el mundo me daba vueltas. ¿No era solo que, con un sentido menos, la oscuridad amplificaba los otros cuatro? La oscuridad hacía que los pequeños pinchazos de ansiedad aumentaran y cambiaran de forma, adaptándose a sus necesidades para atraparme allí y paralizarme. No era extraño que Jude hubiera tenido tanto terror a las sombras.

En un espacio tan pequeño, era fácil imaginar que no existía ninguna salida. Mi parte racional sabía que no había nada que temer: había dos puertas, dos salidas, pero la única forma de atravesar la oscuridad era apoyarse en ella y andar. Podía decírmelo mil veces, pero cada vez todo mi ser sentía toda la conmoción de nuevo; porque en la oscuridad era donde se perdían las cosas. La oscuridad devoraba todo lo bueno.

«Esto no es Los Ángeles». Luché por sobreponerme al polvo y al humo.

«Este no es el túnel». Luché por sobreponerme a la expresión y la voz suplicante de Jude.

«Esto es ahora». Y luché y luché y luché.

Permanecí en el lugar tanto como pude soportar físicamente antes de accionar el interruptor. La pálida luz amarilla invadió el aire a mi alrededor, revelando las nubes de polvo removidas por las estanterías vacías. Levantándose, cayendo, girando. Me concentré en eso, hasta que se me regularizó otra vez la

respiración y ya no hubo nada que temer, aparte del monstruo que estaba al otro lado de la puerta.

No importaba cuánto tiempo necesitara para volver a concentrarme y fortalecerme, era tiempo bien empleado. Entrar con la mente dispersa, distraída, sería como entrar y darle a Clancy Gray una pistola cargada. Y esta vez no había traído a Cole para que me cubriera las espaldas.

Clancy estaba otra vez tumbado boca arriba en el catre, lanzando al aire algo, una bola hecha con la bolsa de plástico del bocadillo: la cogía y la lanzaba, la cogía y la lanzaba, la cogía y la lanzaba, silbando todo el tiempo la más alegre de las melodías. Cuando oyó el sonido de la cerradura, la cogió por última vez y estiró el cuello para mirarme.

—Tengo una teoría que me gustaría confirmar —dijo—. Los agentes que estaban aquí se han marchado, ¿no es así?

—Están aquí —mentí.

—Es raro, porque no los he oído. Solo a los chicos. —A modo de explicación señaló la rejilla de ventilación situada encima de él—. Deben de haberse marchado antes de que llegais. Y los demás..., ¿qué? ¿Os han abandonado? ¿No han aparecido?

Mi silencio debió de ser confirmación suficiente.

—Son noticias estupendas. —Su voz sonaba tan genuina, tan emocionada—. Estás mucho mejor sin ellos. ¿El plan sigue siendo atacar los campos? ¿Encontraste la información sobre Thurmond?

Ahí estaba nuevamente. Continuaba lanzando la misma pequeña bomba una y otra vez a la espera de que la recogiera, de que agonizara con ella. Me crucé de brazos para esconder lo mucho que me temblaban las manos. «¿A qué viene eso? ¿Qué sucede?».

—Clancy. ¿De verdad quieres fingir que estamos en el mismo equipo?

—¿No soy, básicamente, la mascota? —dijo él, curvando la boca en una especie de sonrisa—. Intenta evitar insultarme si vienes aquí a pedirme que te haga un favor. No pienses ni por un instante que no sé que me necesitas para ayudarte a rastrear más chicos para tu adorable brigadita. Si quieres la información, tendrás

que conseguirla tú.

En el lapso de dos minutos, mi paciencia se había erosionado hasta tener el espesor de un hilo dental. A Clancy Gray le encantaba llevar a la gente al límite y observar cómo se lanzaban al vacío, pero yo no iba a darle ese placer.

—¿Dónde dejaste los archivos? ¿En Colorado? ¿En Virginia?

—No son archivos, y están más cerca de lo que crees —dijo, arqueando las cejas—. Venga, no te hagas la tonta. Sabes exactamente lo que quiero decir.

Lo sabía.

—Estás muy mal de la cabeza —le dije—. Quieres aislarme. ¿Eso es lo que harás para sentirte mejor por todo esto? ¿Ver cómo me pongo en ridículo?

—Me pareció que en Colorado te las arreglaste muy bien para irrumpir en mis recuerdos. Y en ese agujero de Los Ángeles que llamáis Cuartel General. ¿Por qué no confías en mí ahora? —se burló.

Yo lo conocía mejor de lo que él creía. «Estoy aburrido», eso era lo que realmente estaba diciendo. «Diviérteme».

—Me sorprende que te quede confianza —le dije—, teniendo en cuenta lo que sucedió en Los Ángeles. La verdad es que me encantó ver todos esos recuerdos de ti y de tu madre. Eras un poco llorica, ¿verdad?

Frunció el entrecejo, examinándome. Durante un instante, deseé no haber sacado el tema de Lillian Gray; era muy pronto para darle señales de que tenía interés en ella, demasiado pronto incluso para darle una pista de que yo pensaba en ella. Necesitaba una estrategia si iba a intentar averiguar su paradero y qué era, exactamente, lo que le había hecho su hijo.

Mantuve la expresión neutra, la respiración regular. «Ya lo has hecho antes, Ruby». Siempre era más fácil deslizarse dentro de la mente de alguien tras haber creado una ruta. Pero en ambas ocasiones había tenido que tomarlo por sorpresa para hacerlo; había estado tan furiosa que casi pensaba que si mi ataque hubiera sido físico, no mental, podría haber derribado una pared de cemento.

Clancy parpadeó y dejé que las manos invisibles se desenrollaran desde el fondo de mi mente. Para cuando volvió a levantar sus pestañas negras y gruesas y

clavó su mirada en la mía, las uñas se habían transformado en garfios a la espera de agarrar...

Sentí el bloqueo de Clancy como si hubiera chocado de cabeza contra la pared de cristal que nos separaba. Me encogí y luché con todas mis fuerzas para no levantar una mano y frotarla contra el centro del dolor, justo entre los ojos. Un dolor de cabeza pulsante.

—Estás oxidada —dijo, sorprendido—. Eso ha estado en el límite de lo lamentable. ¿Cuándo fue la última vez que lo intentaste?

«Cállate», pensé, intentando mantener mi orgullo bajo control.

«¿Prefieres que conversemos de este modo?». Su voz se filtró en mi mente, pero él ni siquiera movió los labios. Clancy ya me había hecho esto antes, en East River, a modo de desafío amistoso; la sensación era exactamente la misma. Notaba como si tuviera un millar de mariposas atrapadas debajo de la piel, rozándome y golpeándome con las alas, hasta que sentí la necesidad de quitármelas arrancándome la epidermis.

Yo estaba oxidada, sí, pero había una diferencia entre estar débil y estar fuera de juego. Clancy debía alimentar su confianza constantemente con momentos como este para soportar el peso de su ego. Yo contaba con esa petulancia, con su negación a aceptar que él no era la persona más poderosa en esa habitación. «Ven, imbécil».

Yo quería que él creyera, aunque solo fuera un instante, que mis poderes no eran como un músculo que simplemente no había ejercitado en semanas, quería que él creyera que yo era una inútil.

Sacudí la cabeza, esforzándome por adoptar lo que esperaba que fuera una expresión de frustración y alteración. Yo tenía una ventaja: que él suponía que su golpe resultaría letal para mi propio orgullo. Podía vérselo en la cara, pensaba que me estaba torturando al obligarme a usar mis aptitudes, y se regodeaba al verme intentarlo y fracasar.

Supongo que era una forma de sentirse poderoso estando encerrado tras diez centímetros de cristal a prueba de balas.

Mis aptitudes casi ronroneaban dentro de mi cráneo, ansiosas. Tuve que echar mano de una fuerza que no sabía que tenía para no reírme, para mantener la

expresión de furia y enfado. Solo necesitaba un instante en que él estuviera desprevenido. Solo uno, pero era como encontrar la forma de asestarle un golpe a un tipo situado detrás de un muro de bloques de hormigón. Como en todo combate, sin embargo, independientemente de lo injusto que fuera que uno se encontrara contra las cuerdas, siempre había trampas. Trucos sucios.

Y yo no era distinta. Ni de lejos.

—Perdona, no he podido resistirlo. ¿Estás lista para intentarlo otra vez? — dijo Clancy, mientras se cruzaba de brazos y me fulminaba con la mirada desde el otro lado del cristal—. Lo único que pido es que realmente finjas intentarlo.

Cuando me sonrió, le devolví la sonrisa.

Esta vez lancé mis poderes contra él como si fueran un puño, dirigiéndolo a la cortina blanca que había levantado para proteger sus pensamientos. Ralentice mi ataque y permití que interpusiera la misma cortina para empujarme fuera de su espacio mental. Su poder rozó el mío como la suave caricia de unos nudillos contra una mejilla.

Me lancé hacia delante, abrí la puerta de la celda y la mantuve abierta con el pie. Clancy retrocedió bruscamente, sorprendido por mi movimiento, y esa gran nada blanca que cubría todo lo que estaba detrás de sus ojos se levantó el tiempo suficiente para dejar que me deslizara dentro de los serpenteantes pasadizos de su mente. De repente, los colores eran brillantes como joyas: prístinos prados de color verde esmeralda, una casa junto a un mar de color zafiro, un vaporoso vestido de noche de color amatista... Fogonazos de cámaras, como cuando el sol ilumina un diamante, que disolvían el mundo en destellos de pura luz.

Lo hice más rápido de lo que imaginaba, revisando cada recuerdo mientras retrocedía, cerraba la puerta de la celda y volvía a echar el pesado cerrojo. La victoria fue efímera. Los recuerdos y pensamientos de Clancy siempre habían pasado por mi mente como nubes de tormenta, expansivas, vibrantes de oscuridad y siempre a punto de estallar. Ahora eran excesivamente brillantes y cristalinos, como si estuviera ojeando una pila de fotografías y no intentando orientarme en los interminables senderos serpenteantes hacia los que me conducía cada recuerdo. Sentí que iba a la deriva, que alguien más me conducía con firmeza. Era otro el que llevaba el timón.

La celda y el corredor de detención desaparecieron de los contornos de mi

visión con un brusco tirón. Una capa de realidad que se esfumaba en un santiamén. En su lugar quedó una imagen antigua y conocida.

Clancy estaba de espaldas mientras yo me acercaba a él y la habitación se iba materializando a nuestro alrededor. Madera oscura por todas partes. Las estanterías estaban repletas de libros y archivos. En el rincón surgió una televisión que se encendió con un destello de color silencioso. Un escritorio apareció delante de Clancy, que estaba sentado con las manos alzadas en el aire, hasta que se materializó un portátil debajo de unos dedos que tecleaban. De la superficie del escritorio surgieron ordenadas pilas de papeles.

Debía de haber dejado la ventana abierta. La cortina blanca que solía separar su cama del resto de la oficina se agitó a mis espaldas y el recuerdo fue lo bastante nítido como para que me llegara el sonido de los chicos que estaban abajo, alrededor de la fogata. Una brisa suave me trajo el aroma húmedo y terroso de los árboles cercanos.

Me estremecí. Estábamos en East River.

Ahora el recuerdo cambiaba y me lanzaba hacia delante, pero solo a media velocidad. Me coloqué detrás de donde Clancy trabajaba, repartiendo su atención entre el rostro de su padre en la televisión y el portátil que tenía enfrente.

Respiré hondo y, pese a que la parte racional de mi mente sabía que nada de aquello era real, que yo no estaba allí ni Clancy tampoco, no conseguí obligarme a tocarlo, ni siquiera a asomarme por encima de su hombro.

«¿Cómo lo hace?». Esto no era un recuerdo, era algo completamente diferente. Era como subir a un escenario después de que hubiera comenzado la obra. Yo había cruzado las barreras que me mantenían como observadora y ahora participaba.

Clancy respiró hondo y se desabotonó el cuello de la camisa con una mano mientras escribía una dirección de Internet... Una clave...

El Clancy que estaba sentado frente a mí se hundió en su silla e inclinó la cabeza hacia atrás, casi como si estuviera mirándome directamente...

—¿Has visto eso? —preguntó.

Salí disparada de su mente y corté la conexión antes de que pudiera..., de

que pudiera..., no lo sé, ¿encerrarme allí? ¿Era posible? ¿Podía...?

Las luces del corredor aparecieron con un chisporroteo, hiriendo mis ojos con su repentina intensidad. Sabía que mi mente todavía estaba viajando, adherida al pánico inicial, porque todo lo que podía oler era pino..., el humo de la fogata distante.

Clancy volvió a su cama y cogió la improvisada pelota de plástico. Y fue tan extraño... Cuando me deshice del recuerdo y otra vez noté el suelo sólido bajo los pies no estaba asustada, ni siquiera enfadada porque al final él había conseguido hacerse con el control. Sentía... curiosidad. Nunca había vivido la experiencia de que me condujera por un recuerdo de ese modo; en East River me había mostrado recuerdos que había combinado, pero esto era tan... diferente. Ni siquiera sabía que pudiéramos hacer algo así. El dolor pulsante detrás de los ojos había desaparecido y, por primera vez, el hecho de haberme sumergido en su cabeza no me había dejado agotada ni desorientada. Todavía estaba embriagada por haber superado su barrera, aunque fuera solo durante un segundo.

—Nos vemos mañana, Ruby —dijo Clancy lanzando la bola de envoltorio plástico al aire. Y mientras me retiraba, obviamente despachada de su presencia, una extrañísima sensación de ligereza me inundó el pecho, chispeando, estremeciéndose y resplandeciendo. Aparentemente, había contenido al monstruo durante demasiado tiempo. Necesitaba salir, estirar las piernas, recordar lo bien que sentaba controlar a otro.

Ahora recordaba lo bien que sentaba tener el control.

Creo que hasta podría haberlo disfrutado.

Solo había quedado un portátil en el Cuartel General, y a pesar de la cantidad de Verdes ansiosos por conseguir un turno en la máquina, su código de honor tácito parecía dictar que el chaval al cual Cate se la había confiado tenía derechos de propiedad sobre la misma. O, por lo menos, prioridad.

Por tanto, a todas horas del día se podía encontrar a Nico trabajando en el escritorio situado en el centro de la sala de informática, por lo demás vacía. En ocasiones había un pequeño grupo apiñado a su alrededor, asomándose por encima de sus hombros y señalando la pantalla, tecleando algo en cuanto Nico se reclinaba un poco.

—Esos chavales hacen que los buitres parezcan pollitos de peluche —dijo

Cole. Estábamos fuera de la habitación, observando a los chicos desde el otro lado de la gran ventana de cristal—. Si cayera muerto, ¿apartarían, sencillamente, su cadáver y lo usarían como reposapiés? ¿Tú qué crees?

—Están aburridos —respondí resoplando—. Si no les damos alguna tarea, empezarán a arrancar las cerraduras eléctricas de las puertas y a intentar transformarlas en móviles.

—Sí, bueno, se supone que Conner es la encargada de lidiar con ellos. No cabe ni la menor duda de que ni tú ni yo no tenemos la paciencia necesaria para...

Una chica Verde lanzó un berrido cuando Nico le dejó el portátil.

—... Esto.

De alguna manera me las había arreglado para pasar el día sin dejar que mis pensamientos volaran hacia Cate y la expresión de su rostro al percatarse de lo que Cole y yo habíamos hecho.

—¿Aún no ha llamado? —pregunté.

—No.

—Tendría que habernos escuchado.

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Cole me apoyó una mano tranquilizadora sobre la cabeza.

—Recuerda lo que te digo, Joyita. Conner volverá mañana, cuando la rechacen, arrastrándose con el rabo entre las piernas. Será bueno para ella. Todo el mundo necesita que la realidad lo abofetee de cuando en cuando. Te mantiene en guardia.

Pero de eso se trataba, precisamente. Yo no quería que ella cayera así. Mi irritación tenía raíces superficiales. Me había dolido su partida; no tenía suficiente orgullo para actuar como si no hubiera sido así. Pero podía entender su decisión, esa eterna necesidad instintiva de cerrar las fisuras y limar los bordes ásperos. Cate no podía comprender que los demás estuvieran dispuestos a abandonarnos, utilizarnos, hacernos daño, porque ella misma no lo había pensado jamás.

El que aquella fuera nuestra primera y única conversación desde nuestra

llegada al Rancho me estaba matando silenciosamente. La había decepcionado de una forma horrorosa en Los Ángeles, había traicionado cada muestra de confianza que ella había depositado en mi capacidad para proteger a nuestro equipo. Tendría que haberme obligado a mí misma a decirle algo antes de que se marchara, a iniciar una conversación por trivial que fuera para comenzar a acercarme otra vez a ella. Puede que ya fuera demasiado tarde y que hubiera perdido la oportunidad de intentar arreglar las cosas entre nosotras.

Ese pensamiento, solitario y ponzoñoso, me hacía sentir como si me hubieran dado la vuelta como a un guante y luego me hubieran arrastrado por el suelo. Sencillamente, no sabía qué decir, ni qué disculpa podría ser suficiente para que me perdonara. ¿Cómo se expresa en unas cuantas palabritas el peso que le oprime a uno el pecho? «Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento».

«Lo siento» no era suficiente. No lo era por haberlo perdido a él. Producía un eco vacío en el espacio que él había dejado. «Lo siento» no compensaba todas las cosas que podría haber —y habría— sido.

Cole le dirigió un saludo amistoso con la mano a una de las Verdes que lo miraba, Erica. La chica se puso de un rosa intenso y se encogió detrás de Nico, para ocultarse a la vista. La fantasmal luz azul de la pantalla del ordenador le daba a Nico la apariencia de un cadáver a medio congelar. Las arrugas de su rostro parecían más profundas, más duras cuanto más se concentraba.

—No creo que sea buena idea permitirle el acceso al servidor de Clancy — dije con calma—. Se le nubla el juicio en todo lo relacionado con Clancy.

—Tomo nota de tus reservas, Joyita. Pero en esto, él es nuestro hombre. Estoy dispuesto a apostar por él. Nico es quien más tiene que demostrar. No os volverá a decepcionar ni a Cate ni a ti, no si puede evitarlo.

—Si puede evitarlo es parte del problema.

—Venga ya. Tú has intercedido en el caso de Liam. Ahora me toca a mí hacer lo mismo por Nico: es tu turno de negociar.

—Liam no le dio información confidencial sobre la organización al hijo del enemigo, la misma persona que después no solo nos traicionó a nosotros y a él, sino que también puede que haya destruido la única posibilidad que teníamos de encontrar una cura — dije.

Volví la espalda a la escena que tenía delante, apoyándome en el cristal.

—Vale, pero si él no hubiese metido a Clancy en esto, si no te hubieran engañado para que volvieras, ni siquiera sabríamos que existe una cura.

Clavé en él la mirada, sin saber qué decir por el momento.

—No lo habías visto desde esa perspectiva, ¿verdad? —dijo Cole, mientras se encogía de hombros—. La pérdida... abre un hueco en tu interior, un maldito agujero negro en el centro de tu mundo. Te succiona los pensamientos antes de que tengas tiempo siquiera de detenerte a examinarlos, y siempre quiere más. Ponderar lo que pierdes en relación con lo que ganas no hace que la pérdida sea menos dolorosa, ¿verdad?

Sacudí la cabeza. Tras un momento, me separé de la pared con un empujón y extendí la hoja de papel donde había escrito la información sobre el servidor y la clave que había visto en la mente de Clancy. Cole la cogió sin decir palabra, mirando mi letra manuscrita.

—Oye, Ruby —dijo en voz baja—. La cuestión es que... lo que no te dicen sobre el perdón es esto: no lo haces por el bien de la otra persona, sino por tu propio bien.

—¿A quién le has robado eso? —pregunté.

—Una gentileza de haber vivido y aprendido.

Hice un gesto de impaciencia.

—Ah, sí, seguro que...

Mi mente no pudo acabar el pensamiento. Estaba ahí y un momento después ya no estaba, como las sombras que pasaron por sus ojos. La recuperación fue igual de rápida: Cole apartó de mí la mirada y la desvió al suelo. Luego se obligó a dirigirme una sonrisa realmente penosa de contemplar. Tras un momento, encogió los hombros y se cruzó de brazos. Me estaba retando a decir algo al respecto, y cuanto más tiempo pasaba más difícil era para él quedarse ahí, inmóvil. Vi el instante en que la vulnerabilidad afloraba a la superficie, en su interior. La incertidumbre del momento lo hacía parecer joven, como un chaval a la espera de recibir un castigo.

—¿A quién has tenido que perdonar? —pregunté.

No era asunto mío, yo lo sabía, pero su reacción me había dejado un vacío en el pecho. Quería saberlo; quería que me lo dijese, que aliviara solo durante un segundo una parte del peso, fuera cual fuera, que lo estaba oprimiendo.

—No es... Oye, no importa, es que... tú solo piénsalo, ¿vale?

Buscó a tientas las palabras y se pasó la mano por el cabello corto. Había tantas respuestas posibles a mi pregunta: a sus padres por no haber reconocido quién era él, a Liam por ponérselo difícil, a lo que quedaba de la Liga por darle la espalda... Yo sabía todo eso y el hecho de que no dijera nada, de que ni siquiera me mirara, me indicaba que debía de tratarse de otra cosa, de otra persona. Debía de ser algo mucho peor de lo que yo había imaginado.

Cole había adquirido tanta destreza metiéndose dentro de la armadura encantadora que siempre llevaba puesta que yo había permitido que me distrajera lo suficiente como para ignorar los signos del auténtico torbellino que había debajo. No confiaba a nadie la verdadera profundidad de su sufrimiento, ¿verdad? Puede que con el tiempo pudiera fiarse de mí y que yo pudiera ser para él lo que Liam y los otros habían sido para mí. Ellos no habían permitido que la garra de Thurmond, de lo que yo era, me arrastrara nuevamente a una existencia minúscula y solitaria.

—Vale —dije, quitándole el papel de las manos y empujándolo dentro de la habitación—. Vamos.

Nico tuvo que levantar la vista y volver a mirar para que su mente aceptara que quien estaba de pie frente a él era yo.

—¿Puedes bajar unos archivos de este servidor? —le pregunté.

Se me quedó mirando lo suficiente como para que yo sintiera la necesidad de moverme.

—Sí, claro, no hay problema —farfulló Nico, cogiendo el papel.

Los Verdes se habían distanciado de la silla de Nico para dejarnos espacio, pero se acercaron, curiosos, cuando Nico abrió una serie de pantallas. El extraño código que formaba el lenguaje informático empezó a pasar hacia arriba.

—Escuchad, tíos —dijo Cole con su mejor voz de colega—. ¿Puede alguno de vosotros ir a buscar a la senadora a su habitación y decirle que venga? El resto de vosotros, os convertiríais en mis héroes absolutos si fueseis a echar una mano a la pobre Lucy para preparar la cena.

Eran demasiado listos como para no darse cuenta de que los estaba invitando a abandonar la sala, pero a ninguno de ellos pareció importarle. En la pantalla se abrió una ventana y aparecieron una docena de carpetas.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté cuando el último de los Verdes salió y cerró la puerta tras de sí.

Cole señaló en silencio a Nico, quien se había quedado tan inmóvil en su silla que no estaba claro si respiraba o no. Tenía los hombros encorvados hacia delante, como si no quisiera otra cosa que plegarse hasta juntar los dos extremos de su cuerpo y desaparecer.

—Nico, colega —dijo Cole con la misma voz despreocupada—. ¿Crees que podrías...?

—No lo haré.

Tuve que aguzar el oído para entender lo que decía.

—Tal vez podrías...

—No lo haré —dijo Nico con firmeza, y pinchó la primera de las carpetas de archivos.

Solo cuando se abrió la carpeta más grande leí el nombre: «Thurmond». Había, en total, unos cincuenta archivos dentro, una mezcla de vídeos, fotografías y documentos escaneados. Nico recorrió la página, al tiempo que expulsaba el aire con fuerza. Detuvo el cursor sobre una de las imágenes.

De algún modo, aun antes de que lo abriera, una parte de mí ya sabía qué rostro aparecería en la pantalla. Siempre había parecido más pequeño de lo que era, pero la imagen de un Nico niño, un niño pequeño de verdad, se me clavó con toda la delicadeza de una espina. Le habían afeitado el pelo oscuro hasta dejarle una pelusa negra y su piel, habitualmente bronceada, tenía el color del polvo de cemento. Contrastaba intensamente con sus ojos oscuros, inexpresivos, y con las heridas no del todo cerradas de su cuero cabelludo.

«Dios mío —pensé, y me invadió una sensación de repulsión—. Oh, Dios».

Nico, a los diecisiete, miraba fijamente al niño de la fotografía como si fuera un extraño. Aquel era el infierno del que había tenido que escapar, pero ahora no salía huyendo. Ni siquiera le daba la espalda. Un respeto lento y creciente me fue invadiendo mientras lo observaba mantenerse impávido, cuando yo estaba a solo una imagen de derrumbarme.

Thurmond. Aquel era Nico en Thurmond. Los primeros años de los campos se habían dedicado a la investigación de las causas de la ENIAA, pero después se habían expandido. Antes de que yo pusiera un pie allí por primera vez, Leda Corporation se había hecho cargo de aquella línea de investigación y había trasladado a los sujetos de estudio originales, los chavales, a sus instalaciones de Filadelfia. Cole estaba infiltrado en Leda, buscando información valiosa sobre la investigación que habían realizado con los chicos, y era él quien había conseguido sacar a Nico, suministrándole en secreto a Alban el método para hacerlo. Eso después de que Clancy consiguiera salir de Thurmond abandonando a los demás chicos.

—¿Estás bien? —dijo Cole, mientras arrastraba una de las sillas cercanas para sentarse junto a Nico. Tras un instante, yo hice lo propio con una silla del otro lado—. No es necesario que veas esto —añadió Cole—, Ruby y yo podemos revisar los archivos...

—Estos son... suyos, ¿verdad?

Cole y yo intercambiamos una mirada. Él asintió.

—Si tiene los archivos del programa de pruebas de Thurmond —dijo Nico—, puede que haya información sobre la causa de la ENIAA. O, por lo menos, sobre lo que han descartado. Esto es... —dijo Nico. Luego respiró hondo, estremeciéndose, y expulsó el aire antes de cerrar la foto y salir de la carpeta para volver a la lista completa—. Está bien. Si conseguimos algo con todo esto, está bien.

La senadora Cruz asomó la cabeza y Cole le hizo señas de que se acercara, a la vez que le dejaba libre su asiento y le explicaba rápidamente qué era lo que estábamos viendo.

—Dios mío —exclamó ella, inclinándose sobre la carpeta titulada *Coalición Federal*.

Su incomodidad aumentó de forma exponencial cuando Nico abrió el documento que llevaba el nombre de la senadora. Había cientos, realmente cientos de perfiles dispersos entre las carpetas: FEP, hombres y mujeres del círculo íntimo del presidente Gray, agentes de la Liga de los Niños, Alban y muchos chicos, incluidos yo misma, Liam y Chubs. En este último caso, era obvio que había extraído los archivos originales de las redes de rastreadores y los había ampliado con su propia sección nueva: «Observaciones».

Sus observaciones sobre mí: «Poco resuelta cuando debe decidir algo que la afecta solo a ella. Mayor confianza cuando se trata de personas cercanas, hasta el extremo de ser sobreprotectora. Sin auténticos vicios; no le gustan las comidas dulces, le gusta la música antigua (relacionada con el recuerdo de su padre). Se permite la esperanza poco realista de encontrar a su abuela. La desesperación por la cercanía y la intimidad significa respuesta a los acercamientos amistosos. Desenredar el hilo de la atracción física. Crédula, no vengativa, perdona con demasiada facilidad...».

Tenía la mandíbula tensa por la irritación y la vergüenza con mi valoración tan poco halagadora. ¿Perdona con demasiada facilidad? Ya lo veríamos.

— Ahí, es ese, Tribus — dije —. Abre ese.

— ¿Tribus? — preguntó la senadora Cruz.

— Así llamaba Clancy a los grupos de chicos que abandonaban East River, el refugio..., bueno, al final no era un refugio, pero eso era lo que él decía. Cada vez que un grupo de chicos se marchaba, él les entregaba provisiones.

Y un código de señales para comunicar las rutas seguras a los demás. Me había preguntado más de una vez cuántas de esas «tribus» habrían abandonado East River antes de que llegáramos, y ahora tenía mi respuesta: doce, en grupos de cinco o seis.

La parrilla estaba dividida en columnas por grupo, con fechas y localizaciones listadas debajo de cada título. Le pedí a Nico que bajara hasta encontrar el listado del grupo de Zu. Había dos actualizaciones en él: una de Colorado, otra de California. La última era de hacía un mes.

«Él sabía dónde estaba». O, por lo menos, que había viajado al oeste. Me cogí las manos por detrás de la espalda, esforzándome por no descargar un puñetazo sobre la pantalla. Él lo había sabido durante todo el tiempo en que yo me había

desesperado por volver a encontrarla.

—¿Cómo consiguió estas actualizaciones? —preguntó Cole—. Esto es oro en polvo, pero solo si la información es verdadera.

—Una vez me dijo... —comenzó a decir Nico. Percibí, más que ver, que desviaba rápidamente hacia mí la mirada, durante un segundo. Cuando continuó, su voz era suave otra vez—. Había un número telefónico al cual llamaban y dejaban mensajes sobre su estado. O pedían ayuda. Dijo que a veces había ayudado a un grupo a encontrar a otro, en los casos en los que temían salir siendo muy pocos. Lo sabía todo.

Yo no tenía dudas de eso. Allí había tanta información que tendríamos que haber pasado los siguientes cinco días revisándola. Nuestra rápida ojeada, sin embargo, no había conseguido nada sobre Lillian, aunque tampoco esperaba lo contrario.

—¿Puedes volver a la carpeta de Thurmond? —pregunté.

Vi con el rabillo del ojo que la senadora Cruz se llevaba una mano a la boca y empezaba a levantarse.

—Todos los campos..., ¿son todos así? —preguntó.

—Es como comparar manzanas podridas —respondió Cole, y yo sabía que él estaba evaluando la reacción de la senadora, al igual que yo—. Son todos malos, pero algunos de ellos hacen que los demás parezcan apetitosos.

—¿Cuál es el archivo más reciente en esa carpeta? —le pregunté a Nico—. ¿Puedes verlo?

—Sí, es este...

—¿El plan de evacuación en caso de incendio? —aclaró la senadora Cruz.

Ya habíamos revisado aquel documento y habíamos visto los mapas señalados con el orden en que las FEP y los controladores del campo debían evacuar las cabañas en caso de emergencia. Los otros archivos eran sobre el personal de las FEP, además de material sobre la investigación realizada en lo que yo sabía que llamaban la Enfermería. En ninguno de los ellos aparecía Clancy, desde luego. Si había habido pruebas, él ya habría encontrado la forma de

destruirlas antes de que alguien pudiera verlo tan indefenso.

—Clancy daba indicios todo el tiempo de que se estaba tramando algo...

—¿Y estás seguro de que no os estaba tendiendo una trampa para que os rebelarais? —dijo la senadora Cruz, dándome unas palmaditas en el hombro—. A su padre le encanta jugar a ese juego.

Nico estaba a punto de cerrar la ventana del archivo cuando Cole aspiró de repente una gran bocanada de aire y dijo:

—Espera. Vuelve hacia atrás.

Entrecerró los ojos y se pasó la mano por la mandíbula sin afeitarse. Los miré a él y a la pantalla alternativamente varias veces, intentando descubrir qué era lo que había visto.

—Maldición —dijo en voz baja.

Sentí que algo pesado me bajaba por el estómago.

—¿Qué?

—Según esto, sacan a los chicos del campo. Pero si hay un incendio, ¿por qué no los trasladan a los círculos interiores del campo hasta haber controlado el fuego? O... ¿por qué no los conducen hacia los límites del campo? Tiene como un kilómetro y medio de ancho, ¿no? ¿Y por qué solo tienen en cuenta una hipótesis? ¿Qué sucede si el incendio es en el comedor o en los talleres? Hemos dado por sentado que se trata de un plan de emergencia basándonos en un montón de flechas y números, pero aquí no hay nada que indique que lo es.

—Si no es un plan de emergencia, ¿entonces qué es? —pregunté.

—Creo que era un plan de evacuación, en caso de que la localización del campo quedara comprometida o de que sacaran o derrocaran a Gray. Pero mira...

Me incliné hacia delante. Cole señalaba un pequeño texto situado al principio de la página. La palabra «Modificado» estaba anotada junto al 10 de diciembre del año anterior. La fecha del sello era de cinco años atrás.

Cole se hizo con el ratón y bajó otra vez.

—A este le han puesto el nombre operativo Cardenal. Y aquí..., pensaba que los números anotados junto a cada cabaña se referían a los minutos que necesitaban las FEP para llegar hasta ahí, pero cero uno tres puede ser el uno de marzo, ¿no es así?

—Espera... —dije yo—, espera. Entonces, ¿qué significa?

—Significa que no van a evacuar el campo —dijo Nico, con su vocecita—, sino a trasladar a los chicos, cuatro cabañas cada día.

—¿Me equivoco al suponer que la única razón para trasladar a los chicos es que están cerrando el campo? —preguntó la senadora Cruz.

—Había otro archivo con el título Cardenal —dijo Cole—. Sí, ese, la lista de campos pequeños.

—Y la lista de transferencias de personal de las FEP —dije yo—. Dios mío.

Me llevé las manos a la cara y me obligué a respirar. A mi alrededor, la habitación se contrajo y se fue estrechando cada vez más sobre mis hombros, mientras la posibilidad se materializaba. «Están cerrando el campo».

—¿Cariño, estás bien? —preguntó la senadora Cruz—. No lo entiendo..., ¿no es algo bueno? Por lo que me habéis explicado sobre las condiciones del campo...

—Si se mira así es una bendición —dijo Cole—. Pero arrasar el campo también supone trasladar o destruir todos los registros físicos que hay en el lugar, por no mencionar que el campo ya no puede servir como prueba de la crueldad del programa de rehabilitación. Este campo es... un símbolo poderoso. Es el mayor y también el más antiguo. Y me arriesgaré a lanzar una conjetura: es el que pone el listón del abuso y del maltrato.

—Separar a los chicos..., las cabañas —dije.

Tenía la garganta seca. La mayoría de aquellos chicos habían estado juntos más de diez años. Cada uno era la familia del otro. ¿Y querían quitarles eso?

—Vale, entonces ese campo queda fuera de la cuestión. —La senadora Cruz se echó hacia atrás en la silla y juntó las manos sobre su regazo—. ¿Cuáles son los otros grandes blancos potenciales?

—No hay otro gran blanco —dijo Cole—. Pese a todo, iremos a por Thurmond. Es nuestro destino.

Levanté la vista. La conmoción se me debió de ver en la cara, porque en el rostro de Cole apareció una expresión confusa.

—¿En serio, Joyita? Debo de haberlo dicho diez veces esta mañana. Thurmond, a pesar de todo. ¿Por qué me miras así?

Repasé las horas anteriores, intentando recordarlo. Debió de haber sido después de entrenar... ¿o fue antes de que regresaran Liam y los demás? Toda la mañana tenía un matiz brillante, extraño, como si el agotamiento nublara mis recuerdos igual que el vapor en un espejo.

—Maldición, chica —dijo Cole, como si siguiera el hilo de mis pensamientos—. Necesitas dormir más.

—¿Cinco semanas bastan para sacar adelante algo así? —dijo la senadora Cruz, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Haremos que funcione —respondió Cole, con sencillez.

—Les habéis pedido que escribieran propuestas para una misión, ¿verdad? —preguntó la senadora Cruz—. No es mi intención ofenderos, pero ¿cómo diablos se supone que estos chavales van a idear los planes para operaciones militares exitosas y, después, llevarlos a cabo?

—Hemos recibido entrenamiento —le respondí— para hacer exactamente eso. Por lo menos los que estuvimos en la Liga. Necesitamos tiempo para trabajar con los otros chicos, traer más chicos y asegurarnos de que puedan trabajar bajo presión.

Cole cogió la pequeña pila de papeles que le habían entregado los distintos grupos y se los pasó a la senadora.

—Me ha impresionado su ingenio —dijo—. Aquí hay mucho material bueno. Los Verdes realmente dejan en ridículo a lo mejor de la Liga con algunas de estas cosas... Ciertamente yo no esperaba probabilidades estadísticas de éxito ni... —dijo, pero se interrumpió y entornó los ojos para mirar la página que sostenía—. Jesús, ni siquiera sé qué significa esa palabra. En todo caso, antes de atacar Thurmond tendremos que hacer un ensayo con un campo más pequeño y

asegurarnos de que el plan es factible.

La senadora se irguió en su silla.

—¿Cualquier campo?

—Preferentemente uno que esté en esta costa, pero sí, claro. Intentaremos encontrar un campo menor con la estructura de Thurmond, obtener una experiencia lo más parecida posible al ataque real.

—¿Nevada?

Cole se reclinó sobre el escritorio con un destello de entusiasmo en los ojos.

—¿Está pensando en Oasis?

«¿Oasis?». La Liga tenía un mapa en la pared de uno de los corredores, con todos los campos conocidos, grandes y pequeños, señalados con chinchetas. Cerré los ojos, intentando representar mentalmente la extensión de colores pastel de los estados, de este a oeste. Estaba... en la esquina noreste del estado. Alejado.

Nico no apartó la vista de la pantalla del portátil.

—Ahí es donde están los hijos de los de la Coalición Federal.

La senadora Cruz asintió, tragó con dificultad y se pasó una mano por la garganta. Miraba hacia un punto que estaba detrás de nosotros, hacia el reloj de pared quizá.

—Mi hija Rosa está entre ellos. La oculté con su abuela, pero... Gray estaba decidido. Contrató a hombres y les asignó la tarea específica de encontrar a nuestros hijos. Para convertirnos a todos en ejemplo. Sé que al menos otros diez funcionarios de la Coalición Federal piensan que sus hijos fueron conducidos a ese campo. Es decir, sabía. Dios. ¿Hay alguna posibilidad de que algunas de estas personas todavía estén vivas en uno de los centros de detención? ¿Volverán a ver a sus hijos?

—Claro —dijo Cole, sin sonar del todo convencido—. Siempre hay una posibilidad, ¿no es así? Pero estén o no vivitos y coleando sus padres, esos chicos tendrán un lugar entre nosotros. Una oportunidad para luchar, si así lo desean. Dios sabe que en Los Ángeles ya no tienen ningún lugar al que regresar.

Nico retiró la silla y se puso de pie, cogiéndose los codos con las manos. Su mirada iba y venía rápidamente, trazando un recorrido por toda la habitación en busca de algo sobre lo cual posarse que no fuéramos nosotros.

—Me voy a... Me voy a dar... ducha...

No habría dejado la sala con mayor rapidez si hubiese habido un incendio. Me pregunté si al menos habría sentido una punzada de dolor al chocar con la cadera contra uno de los escritorios y salir despedido hacia delante, tambaleándose.

Di el primer paso para seguirlo, pero me contuve. Cole alzó las cejas y cruzamos una mirada que encerraba una pregunta silenciosa. Negué con la cabeza. No. No iba a ir detrás de él. Podía sentirme culpable por obligarlo a revivir esa época de su vida durante unos minutos, pero no iba a ir a consolarlo ni a intentar protegerlo de los horribles recuerdos de Los Ángeles que él mismo conservaba. ¿Cómo podía hacerlo si parte de mí se alegraba de que se sintiera tan destrozado por ello como yo?

«Tú no lanzaste las bombas sobre la ciudad», me dije.

Pero tampoco lo había hecho él. Nico no había planeado el ataque llevado a cabo por los militares. Él no era responsable de los agentes que depusieron a Alban mediante un golpe en una medianoche sangrienta que fracturó la Liga para siempre. Él no...

Me puse la mano en la frente. Ahora no quería pensar en eso. Era como pinchar una ampolla hinchada y roja que aún no se había reventado. Necesitaba concentrarme en Thurmond, en el hecho de que, en apariencia, disponíamos de menos de dos meses no solo para reunir suministros, sino también para encontrar más chicos, entrenarlos, resolver el problema del transporte, llegar a Nevada y volver de Nevada. La imposibilidad de todo ello se alzó delante de mí. Una montaña que no hacía más que crecer y crecer en altura mientras yo intentaba acercarme a ella, hasta llegar al cielo.

—Nos reuniremos todos esta noche para fijar el plan —decía Cole—. Aclaremos cuál es el objetivo para el cual estamos trabajando, concentraremos la energía de todos. Mientras tanto...

—Sí, sí, claro. Me pondré en contacto con los canadienses y veré qué estarían dispuestos a hacer por nosotros en lo que respecta a la munición y el combustible

—dijo la senadora Cruz, mientras me pasaba una mano tranquilizadora por el brazo y luego me apretaba la mano. Apenas lo sentí.

—Es usted la reina de mi corazón, señora senadora —le dijo Cole, con una sonrisa devastadoramente atractiva.

—Oasis —le recordó ella, y se dirigió hacia la puerta.

—Nos veremos aquí a las siete en punto —dijo Cole—. Tendré un plan listo para usted.

Ella se detuvo y se volvió para mirarlo. Duró menos de lo que dura un parpadeo, pero vi el instante en que ella se permitió tener esperanzas.

—Gracias.

Esperé hasta que se hubo marchado antes de inclinarme hacia delante para apoyar la cabeza en uno de los escritorios vacíos. Cerrar los ojos no hizo que la cabeza me doliera menos en absoluto. En realidad, la película vidriosa extendida sobre mis pensamientos se hizo más gruesa al dirigir mi atención a Thurmond. Sentí que me sentaba, súbitamente invadida por imágenes de hombres con uniformes negros que destrozaban el campo antes de que lo hiciera yo, que destruían hasta el último fragmento de cada prueba antes de que el mundo pudiera saber qué había sucedido realmente allí.

—¿Esto? ¿Ruby? —Cole me estaba haciendo señas desde el otro lado de la fila de ordenadores con una expresión incómoda en el rostro—. ¿Estás bien?

—Sí —respondí, frotándome los ojos irritados—. ¿Por qué?

—Porque te has... quedado mirando la habitación, pero no...

Yo estaba alerta otra vez, tratando de alejarme de los pensamientos lentos, opacos y amorfos en los que me había sumido.

—Estoy bien —lo interrumpí—. Entonces, los planes, los que han diseñado los chavales, ¿los has leído?

—Sí —dijo, dejándose caer en la silla de Nico, frente al ordenador, y moviendo el ratón—. No están mal, pero creo recordar uno mejor.

—¿De quién?

—Tuyo —dijo con énfasis—. Montaste un plan para atacar Thurmond, ¿lo recuerdas? Se lo entregaste a Alban a espaldas de Conner.

Sí, lo había hecho, ¿verdad? A aquellas alturas, tres meses atrás podrían ser perfectamente tres años atrás. Cuando cogieron mi plan y lo tergiversaron con la intención de armar a los chicos con aparatos explosivos y enviarlos a los campos, fue como si me hubieran cortado las piernas a la altura de las rodillas. Habían convertido un sueño en una pesadilla.

—Esto, sobre Thurmond... es una mierda. Ya se que es una palabra patética para expresar la magnitud de lo terrible que es, pero es exactamente una «mierda» y ahora debemos trabajar cada vez más rápido. Tenemos hasta inicios de marzo para montar nuestro ataque. Sería útil disponer de un plan completamente desarrollado para que pudiéramos pasar a la acción: el plan en el cual estuviste meses pensando.

Cole levantó una pequeña libreta que había metido en el archivador de los planes escritos a mano por los otros chicos y me la lanzó.

—Toma. Escríbelo. Todo lo que recuerdes de tu idea original. Yo me ocuparé de combinar las ideas de los demás en un plan coherente y realista para la reunión de esta noche.

Encontré un boli en el cajón de uno de los escritorios y me senté a escribir. Las primeras palabras fueron vacilantes, y me sentía acomplejada por los rizados y los renglones irregulares de mi horrible letra manuscrita. Cuanto más escribía, más fácil me resultaba, pero las palabras volvían con lentitud, como si no confiaran plenamente en que esta vez sería diferente. Que esto merecía encender mis esperanzas otra vez.

«Esto es diferente». Un chico entra en el campo antes del ataque con una pequeña cámara instalada en las gafas, lo cual le permite enviar imágenes del interior del campo al cuartel general y trazar un mapa con la estrategia de la operación. «Cole prometió que esto sucedería». Nos apoderamos de sus vehículos, pillamos desprevenidos a los rastreadores y a las FEP y los sometemos sin matarlos. «Si tú no puedes creer en esto, entonces ellos tampoco lo harán». Dejaremos un controlador de campo libre, bajo mi influencia, para transmitir las actualizaciones de estado hasta que nos hayamos marchado todos.

Fueron necesarias diez hojas enteras, por ambas caras. Mi letra se volvía cada vez más ilegible a medida que el entusiasmo comenzaba a bullir otra vez en mis venas y podía ver cada uno de esos momentos desplegarse con perfecta claridad. Cuando terminé, se me había acalambrado la mano y me sentía exhausta, pero tenía la cabeza clara. Me sentía realmente mejor. Serena, por lo menos, lo que no era poco.

Me puse de pie y me volví hacia donde Cole seguía sentado. De vez en cuando me llegaban las voces y los ruidos que provenían de donde estaba él y, gracias a la parte de mi cerebro que no estaba distraída por el trabajo, supe que estaba mirando los vídeos que habíamos bajado. El llanto, las débiles súplicas, las preguntas que nunca obtenían respuesta... Eran la clase de cosas de las que había aprendido a desconectarme en Thurmond por el bien de mi instinto de supervivencia. No sé qué me podría haber sucedido de haber tenido pesadillas todas las noches.

La luz de la pantalla resplandecía en su cara y se proyectaba en la pared a sus espaldas. Permanecí junto a mi escritorio, atraída por su expresión impasible. Retrocediendo unos pasos pude ver lo que miraba en el reflejo de las ventanas de la pared. El fuego cubría la pantalla. Cole resplandecía en naranja, rojo y amarillo a medida que la luz del vídeo lo bañaba en sus mortíferos colores. Y así, sin más, mi pequeña tajada de paz se evaporó, arrastrada por una comprensión fría y repentina. Se me erizaron los pelillos de la nuca.

El vídeo enfocaba de cerca la cara de un niño que no tenía más de trece años, amarrado a una suerte de poste de metal. Jadeaba con dificultad e intentaba liberarse de las ataduras que le sujetaban los brazos a los costados. En su cabeza rapada se veían pequeños electrodos que le ceñían el cuero cabelludo con una corona de cables. Noté una oleada de asco en mi interior y la irritación me quemó la garganta. Me llevé una mano a la cara y tuve que reunir valor para mirar la terrible verdad que mostraba la imagen.

Cole me dirigió una mirada cuando me puse a su lado y después volvió los ojos a la pantalla. Era toda la invitación que recibiría. Puso el vídeo otra vez desde el comienzo y fue mucho peor escuchar los sonidos guturales y los gritos del Rojo mezclados con los comentarios tranquilos y secos de los científicos, dirigidos a la cámara.

—Estaban poniendo a prueba al chico para ver qué clase de respuesta emocional desencadenaba sus poderes —dijo Cole, mirando fijamente el último

plano corto, congelado, de la cara del chico empapada de sudor y lágrimas—. Intentaban mapear la forma en que su mente la procesaba. Ruby —dijo, girándose hasta quedar de perfil—, después de esta noche..., después de que tengamos nuestra estrategia de operaciones..., quiero que hagas todo lo que esté en tu poder para encontrar a Lillian Gray. Todo. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, encontrando finalmente las palabras mientras él ponía el vídeo una vez más—. Lo entiendo.

CAPÍTULO DIEZ

Dejé el laboratorio de informática envuelta en otra niebla vidriosa, caminando y caminando sin ver nada más que las imágenes de todos aquellos chavales atrapados en mi cabeza. Quemaduras. Cirugías. Extracción de sangre. Preguntas. Tantas variaciones de «¿Qué está ocurriendo?» y «¿Por qué lo haces?».

Pese a que mi mente se había retirado, mi cuerpo aún sabía dónde quería ir. Aquel día se me había antojado tan largo como un año bajo el agua. Solo quería dormir un rato e intentar emerger más tarde.

Era evidente que alguien más había tenido la misma idea. La luz del techo estaba apagada, pero una más pequeña, del tamaño de una lámpara de escritorio y situada sobre el aparador pequeño y destartado del otro lado de la habitación, estaba encendida. No me había dado cuenta de cuánto deseaba verlo hasta que apareció ahí y una pequeña luz me iluminó por dentro. Liam estaba tendido en una de las camas inferiores de las literas, boca abajo, con la cabeza hacia un lado sobre las manos que le servían de almohada. Todavía tenía el cabello y la espalda húmedos por la ducha que debía de haberse dado.

—Hola —dije, dirigiéndome hacia él.

Una especie de pequeña comprobación de su estado de ánimo. Si quería que lo dejaran en paz, yo giraría sobre mis talones y me marcharía sin dudar. Pero relajó visiblemente los hombros y luego todo el cuerpo. Me puse de rodillas en el espacio libre que había junto al colchón. Movié automáticamente la mano para rodearse con el brazo.

—Hola tú —farfulló Liam. No sonaba somnoliento, pero sí machacado—. ¿Es la hora de la cena?

—Todavía no. ¿Cómo va lo del garaje?

—Vamos haciendo. Ya se puede ver la mitad del suelo. Es una mejora, ¿no crees? —dijo Liam, levantando por fin la cabeza y girándola hacia mí—. Tengo algo para ti.

Seguí su mirada hasta el aparador, donde había un cuadrado de plástico

claro, a la izquierda de la lámpara. Lo cogí y solté una carcajada. Era la caja de un CD, *Pet Sounds*, de The Beach Boys. La abrí y sonreí al encontrar el librito con las letras y el disco que había dentro.

—Parece que nuestra canción nos sigue a todas partes —dijo él.

Se refería a *Wouldn't It Be Nice*, la primera canción del disco. Sonreí.

—¿Nuestra canción?

—*Wouldn't it be nice if we were older*^[3]... —Su voz se fue apagando hasta convertirse en un murmullo—. Me he imaginado que podría ir bien un poco de música de fondo agradable para ahogar el ruido que hacéis tú y Cole cuando os matáis a hostias en el gimnasio, si eso va a ser cosa de todas las mañanas.

La calidez en mi interior se desvaneció. Cerré la caja y me la acerqué al pecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Habéis sido los únicos en presentaros a desayunar con moratones nuevos. No es difícil atar cabos. —Por fin levantó la mirada hacia mí—. Por favor..., por favor ten cuidado. La idea de que él te golpee, te empuje..., me dan ganas de matarlo.

—Es solo entrenamiento. Necesito entrenar.

—¿Y no podías pedírselo a Vida?

Sentí que me acaloraba.

—¿Estás... sugiriendo algo?

No quería explicárselo. No debería tener que explicárselo. No tenía nada que ver con él. Comencé a retroceder, pero extendió la mano y tomó una de las mías.

—No, maldición, claro que no. Lo siento. Ese no es el motivo. —Cerró los ojos y suspiró—. Lo encontré en el coche desmantelado, en la guantera. Lo he traído porque me hacía pensar en ti.

Extendí el brazo y dejé el CD sobre el aparador más cercano.

—Lo siento. Hoy he tenido un día de perros —dijo él, volviendo sus ojos azules de nuevo hacia mí. Sentí que la frustración retiraba sus garras del vientre—. Y sé que puedes cuidar de ti misma, pero a pesar de eso me vuelve loco pensar en eso. Supongo que estoy siendo hipócrita, teniendo en cuenta lo cerca que he estado yo esta mañana de darte un golpe.

Se había pasado todo el día arrastrando basura de un lado a otro, intentando poner un poco de orden en el garaje; y eso había sido después de que su hermano le cantara las cuarenta. Por supuesto que tenía derecho a actuar con cierta brusquedad.

Me senté en el borde de la cama.

—No me has hecho daño. Oye, en serio. No has estado ni cerca. No me habría puesto en medio si no hubiera creído que podía bloquear tu golpe.

Le cogí una mano, le plegué el pulgar sobre la palma y el resto de los dedos sobre el pulgar.

—A lo cual hay que añadir que tenías el puño así, y esa es una excelente manera de romperse el pulgar —dije.

Apoyé los labios en sus nudillos para mostrarle que solo estaba bromeando. Por fin, por fin, me recompensó con una sonrisa.

La suave camiseta de algodón se le había levantado un poco en la espalda dejando expuesta una zona de piel. Yo deseaba tocarla, y eso hice. Le fui subiendo la camiseta aun más al pasarle los dedos suavemente por la espalda, hacia arriba y hacia abajo.

—Me gusta —susurró—. ¿Te quedarás? No quiero ver a nadie más durante un buen rato.

Se deslizó hacia la pared en una silenciosa invitación para que me tumbara a su lado en la pequeña litera. Resultaba tan agradable, tan fácil; yo sabía exactamente cómo encajábamos, como si nos hubieran cortado usando el mismo patrón.

—¿Estás bien? —le pregunté, recorriendo con mis dedos la parte delantera de su camiseta.

Liam me rodeó la cintura con el brazo y me acercó a él. Todo lo que salía del lavadero apestaba a detergente y a lejía, incluida la ropa que él llevaba, pero debajo de la ropa estaba el aroma a piel tibia, a madreSelva y a dentífrico de menta. Y ese era Liam.

El aroma ejercía una fuerte atracción sobre mí. Aspiré una tranquilizadora bocanada tras otra.

—Solo estoy hecho polvo, cariño.

El silencio que siguió fue el primer intervalo de calma que había tenido en meses. Estaba la luz tenue, el constante subir y bajar de su pecho contra mi mejilla, su calidez junto a la mía. Todas estas cosas conspiraron contra mí: un instante estaba despierta, mientras Liam me apartaba el pelo del rostro, y al instante siguiente me había deslizado en un dulce sueño.

Un beso suave fue lo que me sacó del sueño.

—Hora de la cena —dijo, con la voz ronca de quien se acaba de despertar—. Lo acaban de gritar por el pasillo.

Y, con todo, ninguno de los dos se movió.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó después de un momento—. Ni siquiera te he preguntado...

—¿De verdad quieres saberlo?

Al oír la respuesta, Liam se apartó un poco y clavó en mí su mirada.

—Nos hemos metido en la colección privada de archivos de Clancy. Además de una lista con las diferentes tribus y sus últimas localizaciones conocidas, básicamente se trata de un álbum de pesadillas.

—¿Cómo has accedido a ellos?

Esta vez fue mi turno de mirarlo fijamente.

—De la manera habitual.

Observé su reacción cuidadosamente, sintiendo que las palabras ya se

instalaban entre nosotros y aumentaban ese espacio. Eran un recordatorio no deseado. «A esto es a lo que me dedico. Esto es lo que soy».

Liam se lo tomó con calma.

—¿Has encontrado algo sobre la cura?

—Algo sobre las pruebas que hacían en Thurmond para encontrar la causa. Pero... parece que van a cerrar Thurmond a finales de marzo.

—Maldición —dijo él—, lo siento.

—Cole aún quiere planear un ataque.

—Bueno..., supongo que dos meses es mejor que dos semanas —dijo él—. Lo resolveremos. Pero ¿puedo preguntarte algo y pedirte una respuesta sincera?

Eso me molestó un poco.

—Lo que tú has propuesto, que yo sea el intendente y quede a cargo de las provisiones..., ¿es un premio de consolación?

—¿Qué quieres decir?

—¿Es una forma de mantenerme aquí? En la retaguardia, quiero decir. Cuando empiece todo eso de los campos, ¿me dejaréis aquí, esperando a que volváis todos ilesos?

—¿Te refieres a qué haremos todos los demás mientras tú sales a buscar provisiones? —pregunté—. No. Y por si sirve de algo, a Cole le ha entrado el pánico porque no le has dicho adónde ibas. Y lo mismo me ha pasado a mí... Te habías marchado. Yo sé que puedes combatir si es necesario, pero no sé si él lo sabe.

—Él no tiene idea de todo lo que he tenido que pasar... ni de todo lo que he tenido que hacer. Actúa como si yo ni siquiera supiera manejar un arma —dijo, al tiempo que me agarraba la camiseta por detrás—. Y sé hacerlo. Harry me enseñó antes de marcharme de casa. Es solo que no quiero dispararle a nadie a menos que sea necesario.

—Así es como debe ser —le dije—. A veces no puedo creer que esto nos

haya pasado a nosotros y me pregunto cuándo se convirtió en algo natural el coger una pistola y actuar como si no importara. Debo enseñar a los otros chicos a disparar y no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo. No sé cómo enseñarles lo absurdo y terrible es el hecho de que deban aprender.

—Tal vez no tiene que ser así —dijo él, tranquilamente—. Puede que no tengamos que aparecer con las pistolas humeantes.

No estoy segura de si me habría sorprendido más que propusiera asesinar directamente a Gray. Yo había basado mi plan de liberación de los campos en el plan que él y los demás habían urdido en East River. Y ambos implicaban un uso considerable de la fuerza.

—No, debe ser un combate real —dije yo—. Deben tomarnos en serio. La cosa es que..., en lo que no puedo dejar de pensar es en cómo se lo tomarán los chicos. En lo que sucederá si se encuentran en situación de matar y aprietan el gatillo. Podemos entrenarlos para que templen los nervios y podemos ofrecerles dianas para que practiquen, pero es como si les administráramos un veneno que jamás abandonará sus cuerpos. Sé que es un sacrificio y que serán ellos quienes escojan realizarlo, pero me preocupa el precio que tengamos que pagar. Tengo miedo de lo que encontremos al final del camino.

«Mira lo que nos ha hecho a nosotros». El rostro lloroso de Zu la otra noche apareció en mi mente, solo para ser reemplazado por el recuerdo de la confesión de Chubs sobre los requisitos de hacerse rastreador; él herido de un disparo; el rostro maltrecho de Liam... Ahora todos ellos estaban enlazados en mi mente. Nunca se desvanecerían, ni siquiera cuando acabara todo.

—Creo que comprenden más de lo que crees —dijo, acariciándome el borde de la oreja con un dedo—. Los chicos que no son de la Liga han estado ahí fuera, huyendo durante años. Aquí no hay nadie inocente. Lo desean tanto como nosotros. Encontraremos una forma de mantenerlos tan a salvo como sea posible. Nos ocuparemos de ellos.

—¿Es suficiente?

—Lo será. —El beso de Liam fue insoportablemente tierno—. Echaba de menos esto. Me refiero a hablar.

Noté una punzada de culpabilidad en todo el cuerpo al oír sus palabras, al reparar en lo satisfecho que parecía.

—Todo lo demás parece de locos —dijo Liam, pasándome una mano por el pelo suelto—. Quedémonos aquí, tú y yo, y no dejemos entrar nada ni a nadie durante un rato, ¿vale?

Este era el peligro que representaba Liam. En un instante podía quitarme todo el peso de los hombros y apartarlo a un lado. Se convertía en la respuesta a toda duda y a toda pregunta pendiente. Mi mundo se reenfoaba y se centraba en él, tan guapo y perfecto. No tenía que pensar en lo que había hecho, ni en lo que nos sucedería cinco minutos después.

Puede que Liam nunca llegara a perdonarme, no completamente, pero no pensaba en eso. Si no podía revelarle cada secreto, descargar todo lo que llevaba en el corazón, por lo menos podía estar cerca de él de ese modo. Él quería consuelo y yo también.

Asentí y le rocé detrás de la oreja con los labios, con una caricia tan suave como el aliento. La respuesta fue instantánea, un estremecimiento le recorrió el cuerpo y para mí se convirtió en un reto obtener esa respuesta de él una y otra vez. Liam rodó hasta quedar sobre mí y yo me deslicé hasta entrelazar las piernas con las suyas. Él se inclinó para capturar mi boca y yo me quedé inmóvil al sentir la fricción entre ambos.

Liam retrocedió y apoyó los codos a ambos lados de mi cabeza, con el ceño fruncido mientras me estudiaba el rostro. Sentí que me cubría un rubor, que se fue extendiendo por el cuello y el pecho. No era la primera vez que sentía cuánto me deseaba, pero allí, en aquella habitación, en su cama... Lo sentía como una decisión que había que tomar. Una decisión para la cual yo todavía no estaba preparada.

—No tiene por qué ser más que esto —dijo él con suavidad—. No quiero que pienses que debe serlo. La verdad es que esto es estupendo. —Me acarició las costillas con los dedos y siguió el borde de mi sujetador deportivo. Concentró de nuevo en mis labios hasta el último gramo de su atención—. Pero si..., cuando salí, me aseguré de conseguir... —Las palabras atolondradas se enredaban entre sí, pero comprendí su significado y eso me produjo una ligera espiral de alegría en el cuerpo. Él lo deseaba lo suficiente como para pensar con antelación y tomar las precauciones necesarias—. Dentro de unos días, unas semanas, unos años... cuando estés preparada, yo también lo estaré. ¿Vale?

Me pregunté si él podía sentir lo mucho que había acelerado la velocidad de mis latidos con solo unas cuantas palabras. Yo estaba lo bastante cerca como para

verle el pulso en la base de la garganta, si el temblor de sus manos no hubiera hablado por él.

Le rodeé la cintura con los brazos y lo atraje hacia mí otra vez.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunté, bromeando solo a medias.

Acercó el rostro al mío y su leve sonrisa se hizo más amplia.

—Bueno, podrías probar un par de cosas...

—¿Qué clase de cosas? —bromeé, retrocediendo mientras él avanzaba. Hizo un ruidito de impaciencia—. ¿Cosas que nos meterán en problemas?

—Tú eres el problema —dijo él—, con P mayúscula y todo...

Lo atraje hacia mí, interrumpiendo su risa sin darle oportunidad de empezarla. Mi beso se suavizó al sentir su contacto, se volvió más lento, más dulce y perezoso. Me hacía sentir por primera vez en la vida que de verdad tenía tiempo. Podíamos tomar esa ruta tranquila. Explorarla.

—¿Podemos saltarnos la cena todas las noches? —pregunté cuando apartó los labios de los míos y empezó a besarme el cuello.

—Vale —susurró—, por mí está bien.

No me sentí cohibida ni torpe al deslizar las manos por debajo de su camiseta otra vez y empezar a levantarla, a quitársela. Oí que murmuraba mi nombre, y el sonido susurrante y ronco fue como un éxtasis provocado en mi cuerpo por una droga. Deseaba oírlo otra vez. Y otra y otra y otra y otra...

Alguien llamó a la puerta de forma insegura.

Liam retrocedió, jadeando. Era difícil saber qué tenía una apariencia más salvaje, si sus ojos o su pelo.

«No hagas ruido —pensé—, se irán...».

Y pareció que así era. Solté un suave suspiro cuando Liam volvió a colocarse sobre mí, ocultando toda la habitación con sus anchos hombros.

Entonces se abrió la puerta.

Liam se levantó tan rápido que se dio en la cabeza con la cama de arriba y medio tropezó, medio se fue de bruces al suelo. El aire me enfrió la piel y, al mirar hacia abajo, me percaté de que mi propia camiseta había desaparecido misteriosamente en algún momento para reaparecer en el otro extremo del delgado colchón de la litera.

—¡Esperad! —vociferó Liam—. ¡Un segundo!

Me deslicé la camiseta por la cabeza en el instante en que él se inclinaba para recoger la suya. Del bolsillo trasero de su pantalón cayó al suelo un pequeño trozo de papel doblado. Liam fue dando tumbos hasta la puerta para cogerla antes de que se abriera del todo. Ocultó toda la entrada con el cuerpo, impidiendo a quien estaba allí que entrara o mirara dentro de la habitación.

—Eh, perdona —dijo la voz tímida—, pero la flor de la ducha se ha vuelto loca. ¿Crees que podrías arreglarla?

Liam relajó todo el cuerpo.

—Ahora mismo no es un buen momento...

—Se ha inundado todo el baño y, lo siento, de verdad, no era mi intención...

—Vale —dijo Liam, y me dirigió una mirada.

Su cara era la viva imagen de una disculpa. Levantó un dedo haciéndome señas de que lo esperara.

En cuanto se cerró la puerta a sus espaldas, me concentré en rehacer la cama y volver a poner la colcha que uno de los dos, o ambos, habíamos conseguido quitar en algún momento. Entonces rocé algo tibio con el talón; no era la fría baldosa.

Me agaché y recogí el trozo de papel que se le había caído del bolsillo a Liam. Había estado doblado en dos, formando un pequeño cuadrado, pero al caer se había abierto. Antes de plantearme si estaba bien o mal, ya estaba leyendo las pulcras letras impresas en él.

«Tu nombre es Liam Stewart. Tienes dieciocho años. Tus padres son Harry y

Grace Stewart. Cole es tu hermano y Claire era tu hermana. Estuviste en un campo, Caledonia, pero escapaste. East River sí se quemó. Estuviste perdido. Estás en Lodi por elección propia, porque quieres quedarte con Chubs, Zu y Ruby. Quieres estar aquí y ayudarlos. No te marches, aun cuando te digan que lo hagas. ¡NO TE MARCHES! Ruby puede quitarte los recuerdos, pero lo que sientes es verdadero. La amas, la amas, la amas».

Leí las palabras una segunda vez, y luego otra más, intentando darles un sentido. Porque esas eran palabras que yo conocía; reconocía que estaba leyendo oraciones, pero mi mente se desconectó y abandonó la imagen antes de que mi corazón pudiera establecer la conexión.

«Ruby puede quitarte los recuerdos...».

Era una nota para sí mismo, para un Liam futuro, un Liam muy seguro, al parecer, de que acabaría siendo víctima de mi mente otra vez. Era una chuleta. Seguridad; porque, evidentemente, mi palabra no bastaba. Podía prometerle una y otra vez que jamás volvería a meterme en su mente, pero sería inútil. Lo había hecho una vez. La confianza entre nosotros ya se había roto.

El frío me llegó hasta los huesos. La conmoción —pasar repentinamente de la calidez de sus caricias a aquella frialdad— fue demasiado para mí. Yo era la ceniza que se hacía a un lado cuando el fuego finalmente se había apagado. «Eres tan tonta, tan tonta, tan tonta. Él no confía en ti, da igual lo que diga».

—Para.

La palabra interrumpió la caída libre a la que me había lanzado y, súbitamente, la sensación de caída, de hundimiento, cesó. Pronuncié la palabra otra vez en voz alta y obligué a mi corazón a volver a su sitio, aquietando mis ideas. La pronuncié otra vez, y otra más hasta que mi voz sonó nuevamente como mi propia voz y no como un chirrido seco.

Recorrí la habitación intentando detener el torrente de pensamientos que cruzaban por mi cabeza. Unos pasos rápidos se acercaban por el pasillo, unos pies descalzos que golpeaban contra las baldosas. Me entró el pánico y metí la nota en la caja del CD en el instante en que Liam entraba en la habitación.

Estaba empapado aquí y allá —en el hombro izquierdo, el costado derecho, la parte trasera del chándal, debajo de las rodillas— y lucía en el rostro la expresión resignada de quien ha sido declarado santo en contra de su voluntad.

Me dibujé una sonrisa en la cara y contuve el aliento con la esperanza de que eso me impidiera echarme a llorar. Me bastó ver su rostro para comenzar a quitar los vendajes con los cuales había tapado la herida.

—Entooooonces —dijo, apartándose el cabello mojado de la cara—, al parecer debo dejar de decirle a la gente que sé algo de fontanería. Porque ese algo se limita a saber girar la llave para abrir y cerrar el agua... ¿Qué? ¿Tan penoso me veo?

—No..., no, para nada —respondí.

—¿Qué sucede? —Dio un paso hacia mí—. Tu voz suena...

—Acabo de darme cuenta de que son casi las siete —dije—. Cole quiere que estemos arriba para discutir el plan de ataque a los campos. Deberíamos..., deberíamos ir.

Frunció el entrecejo, pero se apartó de la puerta y me la sostuvo abierta. Cuando pasé a su lado me cogió del hombro y me giró hacia él. Una gota de agua le bajó por un mechón y le recorrió la mejilla, el mentón y el cuello mientras él tragaba con dificultad. No pude mirarlo a los ojos mientras me examinaba y me las arreglé para no echarme hacia atrás cuando se inclinó hacia delante y me besó dulcemente la mejilla.

Los demás estaban empezando a llegar a la sala de informática y a reunirse con los Verdes, que estaban reorganizando los escritorios, arrastrándolos desde sus ordenadas filas habituales hasta ponerlos contra las paredes de manera que rodearan la habitación. Nico tenía el portátil y estaba sentado frente a uno de los escritorios junto a la pared del fondo, dándonos la espalda. Todos los demás contemplaban la vieja pizarra blanca, manchada con rotulador, y el mapa de Estados Unidos pegado junto a ella, ambos en el extremo opuesto de la sala.

Chubs estaba de pie frente al mapa, clavando pequeños alfileres rojos mientras Vida leía algo —¿nombres de ciudades?— de una lista impresa.

—Bien hecho con el vudú mental, Bu —dijo ella cuando nos vio—. Considérate perdonada por no venir a ayudarnos a arrastrar toda la mierda esa del garaje.

Chubs miró por encima del hombro, con una mano aún sobre el mapa.

—Si vamos a intentar traer a alguno de estos grupos, tenemos cuatro buenas opciones. Hay por lo menos diez chicos, solo en Wyoming.

—Si no se han marchado ya —precisó Liam.

—¿Ahora quién es el doctor Catástrofe? —replicó Chubs.

Fuera lo que fuera lo que Liam iba a decir, esto quedó en nada cuando su hermano entró en la habitación como un huracán de energía. La senadora Cruz, visiblemente complacida, iba a su lado. La rara visión de felicidad en su expresión la hacía parecer diez años más joven. Sonrió cuando cruzamos una mirada y asintió ligeramente con la cabeza.

Entonces, lo había conseguido. Nos había conseguido algunos suministros.

Zu, Hina y Kylie fueron las últimas en aparecer en la entrada, y avanzaron con cuidado entre la multitud de chicos sentados en el suelo para venir a sentarse junto a nosotros.

—Vale —dijo Cole, dando una palmada—. Bueno. Gracias a todos por vuestros ingeniosos planes. Lo he revisado todo y creo que hemos dado con una estrategia ganadora.

Se acercó a la pizarra blanca, cogió un rotulador y trazó una línea horizontal que dividió el espacio en dos mitades. En la parte superior escribió *Thurmond*. En la inferior, *Oasis*.

Sin más preámbulos, comenzó:

—Realizaremos dos ataques; uno de los campos, Oasis, está en Nevada. Nos servirá como ensayo para nuestro ataque a mayor escala a Thurmond, cinco semanas después. Además de sacar a esos pobres chavales, creo que Oasis es una oportunidad para limar los problemas que pueda tener nuestra estrategia.

Me crucé de piernas y apoyé los codos en las rodillas, con las manos unidas delante de mí. Serena. Algo dentro de mi mente hizo clic ante la familiaridad de la situación: recibir instrucciones para una operación inminente. Los demás chicos de la Liga, incluida Vida, parecían sentir lo mismo, pues se zambulleron de lleno, al instante, cuando todos los demás parecían retroceder, inseguros.

—Uno o dos voluntarios entrarán en Oasis antes del auténtico ataque. —Se

volvió para dirigirse al grupo de Verdes que se habían sentado juntos—. Tendremos que instalar una pequeña cámara en la montura de las gafas de uno de los chicos para que pueda enviarnos la información. Tenemos que hacernos una idea del plano del complejo para establecer los tiempos del golpe con precisión.

—¿Por qué en las gafas? —preguntó la senadora Cruz—. ¿No se las quitarán cuando los lleven al campo?

—No, se consideran objetos esenciales —dije yo—. Probablemente será lo único que no les quiten.

Si Liam había reconocido que ese detalle salía de sus planes originales de East River, no lo demostró. Estaba sentado con las piernas extendidas hacia delante. Miraba a su hermano con expresión de cansancio.

—El truco es que los chicos que se ofrezcan para esta misión no pueden haber estado antes en un campo. La política de las FEP establece que los chicos sean devueltos al campamento donde originalmente se les dio de alta, y Oasis es un campo bastante nuevo. No hay ninguna presión en absoluto para participar. Como ya he dicho, esto es algo completamente voluntario.

Zu miró a Liam y a Chubs, pero fue Vida quien le peinó un mechón en un silencioso gesto tranquilizador.

—Esa parte del plan no será necesaria para Thurmond, porque tenemos a tres personas que han estado en el campo y conocen al detalle su distribución. La otra diferencia entre este ataque y el ataque a gran escala es lo que haremos con los chicos liberados. Según la información que tenemos —dijo Cole, mientras yo pensaba «también conocida como la información que Clancy nos ha permitido conseguir»—, Oasis tiene alrededor de cincuenta chicos, y quisiera que todos ellos volvieran con nosotros. Dependiendo de lo dispuestos que estén a combatir, podemos pedirles que se unan a nosotros para atacar Thurmond, o podemos ir devolviéndolos lentamente a sus familias, unos pocos cada vez.

—¿Todavía está previsto salir a intentar reunir las tribus de chicos? —preguntó Chubs, apuntando con el pulgar hacia el mapa.

Cole asintió.

—Empezaremos a enviar los coches cuando tengamos provisiones. Si queremos sacar adelante esto nosotros solos, necesitamos tanta gente como sea

posible.

Repasó las otras partes del plan con rapidez; tendrían que ser esquemáticas hasta que tuviéramos las imágenes auténticas desde dentro del campo. Sería un equipo pequeño, no más de diez de los nuestros, armados pero con la orden de evitar los tiroteos, si eso era posible. Con solo cincuenta chicos, puede que en el campo hubiera como máximo unos doce soldados de las FEP y uno o dos controladores de campo. Nos haríamos pasar por una caravana militar que transportaba los víveres semanales. Yo iría delante, desde luego, porque tenía la tarea de influir en uno de los controladores de campo. Él o ella seguiría enviando informes de que todo iba bien mientras nosotros sacábamos a los chicos en los propios vehículos del campo, ya fueran todoterrenos, camiones o incluso un autobús.

Los chicos permanecieron en silencio, procesando la información, hasta que Liam dijo:

—Cincuenta chavales no tiene absolutamente nada que ver con tres mil chavales.

—Mejor ensayarlo en un modelo a escala —dijo Cole, sonriendo pero, de algún modo, sin sonreír.

—Vale, puede que eso sea verdad, pero además de servirnos de práctica y de rescatar a un puñado de chavales, ¿qué es lo que conseguiremos con ello?

Cole puso los brazos en jarra y arqueó una ceja.

—¿Con eso no te basta? ¿En serio?

—No, o sea... —dijo Liam nervioso, mientras se pasaba una mano por la cabeza—. El plan es bueno, pero ¿no podría servir para algo más? ¿Publicaremos las fotos y los vídeos que obtengamos para que la gente pueda ver cuáles son realmente las condiciones en el campo?

Unos pocos chicos murmuraron su acuerdo. Entre ellos estaba Lucy, quien añadió:

—Me gusta mucho la idea. La gente debe tener la oportunidad de ver cómo es de verdad un campo.

—¿Tenéis los medios para hacerlo sin que Gray rastree el origen de las publicaciones, caiga sobre nosotros y haga volar este sitio por los aires?

La expresión de Liam aún era dura, pero me di cuenta de que se cohibía ante la mirada de Cole.

—¿De quién es este plan? —preguntó Chubs—. Los he leído todos y no lo reconozco...

La mandíbula de Cole se tensó un instante.

—Es una combinación de varios de ellos. He extraído los mejores elementos de cada uno.

En realidad, era exactamente el plan que yo le había entregado, y él lo sabía. Dirigí mi mirada hacia el frente de la habitación y me negué a girarme cuando noté la mirada de Chubs clavada en mí. No había ninguna razón para echar leña al fuego diciendo la verdad.

—¿Senadora? —dijo Cole, mientras le hacía un gesto a la senadora para que se adelantara.

—Ah, sí —dijo ella—. Mis contactos de Canadá me han prometido más suministros: alimentos, gasolina, tecnología y una provisión limitada de armas. El problema es que se niegan a transportarlos, cruzando la frontera, hasta California. Quieren llevarlos en barco hasta Gold Beach, en Oregón. ¿Puede hacerse?

Liam habló antes de que lo hiciera Cole.

—Solo necesito un mapa y un coche, y puedo encontrar ambas cosas por aquí.

—Y por lo menos tres chicos como apoyo —corrigió Cole—, Kylie, Zach y Vida.

—Y yo...

Las palabras acababan de salir de mi boca cuando se oyó un golpe al otro lado de la sala. Me giré a tiempo para ver a Nico tambalearse hacia atrás y tropezar con la silla en la que había estado sentado. Se llevó ambas manos a la boca al tiempo que se le doblaban las rodillas. El sonido que salió de él fue un gemido

agudo y lastimero.

Me puse de pie y avancé hacia él antes de pensar en lo que estaba haciendo. Lo cogí de los brazos para tranquilizarlo y detener su balanceo.

—¿Qué? ¿Qué ha sido?

Para entonces, Cole y el resto de la sala ya habían rodeado el portátil y me impedían ver lo que fuera que había en la pantalla.

—Cate —gritó Nico—, Cate. Ruby, la han atrapado... Han cogido a Cate.

A mi alrededor se elevaron gritos ahogados como si fueran una bandada de pájaros. Solté a Nico y me abrí paso entre los chicos, quienes se apretujaron unos contra otros para dejarme pasar. Vida sostenía el portátil que había agarrado del escritorio y, solo gracias a que Chubs estaba ahí para cogerle el brazo, no lo estampó contra la mesa.

—¡Tú, maldito cabrón! —le espetó a Cole—. ¡Esto es culpa tuya, gilipollas! Joder... joder...

Chubs la abrazó y le sujetó ambos brazos a los lados del cuerpo mientras ella lanzaba puntapiés sin importarle a quién pateaba. Se debatió, intentando deshacerse de Chubs de un cabezazo y lo único que consiguió fue hacer que se le cayeran las gafas. Zu se apresuró a recogerlas antes de que alguien las aplastara.

El vídeo que se veía en la pantalla, borroso y tembloroso como si lo hubieran grabado desde lejos, se repetía una y otra vez en la página de inicio de un sitio de noticias. Una larga hilera de hombres y mujeres con capuchas negras, atados de manos y piernas, yacían en el arcén de la autovía; los restos de un coche humeaban cerca. Los subían uno a uno a la parte trasera de un camión militar, supervisados por soldados armados con fusiles de asalto que reflejaban las luces del atardecer. El título que había debajo de las imágenes decía: «Agentes de la Liga de los Niños capturados en Colorado».

La cabeza me palpitaba mientras veía el vídeo otra vez, buscándola, intentando descubrir por qué Vida y Nico estaban tan seguros. Casi todos los prisioneros vestían chándales negros o vestimenta de operaciones, la misma ropa con la que habían dejado el Rancho; algunos de ellos eran bastante fáciles de identificar. La larga trenza de Sen. La imponente altura del instructor Johnson.

Tal vez no se hubiera reunido con los otros agentes a tiempo para hacerlos volver. Tal vez fuera ella quien había grabado el vídeo y ahora volvía, a salvo, hacia nosotros. Tal vez...

Cole detuvo el vídeo en un plano de los prisioneros en fila junto al camión y señaló un personaje pequeño al final de la misma. Me incliné hacia delante acercando el rostro a la pantalla. Cuando Cole apartó el dedo, vi los mechones de cabello rubio que escapaban por debajo de la capucha. La prisionera permanecía en calma a pesar del incómodo ángulo en el que le habían amarrado los brazos. Los otros agentes embestían y empujaban a los soldados, resistiéndose incluso en su camino hacia la prisión. Cole dejó que el vídeo continuara y la prisionera siguió avanzando con la cabeza gacha, sin rehuir siquiera el contacto con los soldados que la subían a la parte trasera del camión.

«No».

Sentí que se abría una dolorosa grieta dentro de mí. Las formas y las caras que me rodeaban se tornaban borrosas mientras yo retrocedía, abrazándome el torso con mis propios brazos. La sangre me palpitaba en las venas, haciéndome sentir las piernas endebles y la cabeza aún más endeble. No conseguía calmar aquella sensación, no podía quitarme el temor de los nervios durante el tiempo suficiente para pensar una idea completa y coherente. «Cate».

Se ha marchado.

Yo permití que se marchara.

«La matarán, la ejecutarán por traición». Yo permití que se marchara y ahora ellos la habían cogido, habían cogido a Cate. Oí el llanto de Nico y sentí que la presión aumentaba detrás de mis ojos, como un dolor que se iba extendiendo hasta abarcarme toda la cara.

—¿Qué significa la marca de agua AMP? —preguntó Liam—. Está en la esquina superior derecha del vídeo.

—Es la abreviación de Amplify —respondió la senadora Cruz—. Se trata de un boletín de noticias clandestino. Gray debe de estar pálido. Han demostrado que no ha conseguido aplastar a la Liga en el ataque de Los Ángeles, como había prometido.

—¿Ellos recogen la información? ¿Cómo la distribuyen? —insistió Liam—.

¿Tiene contactos ahí?

—Bueno, sí, pero...

—Pero no importa, Li —interrumpió Cole.

—Mira esto —dijo Liam, señalando el portátil—. Han conseguido enviar el vídeo a uno de los principales medios de comunicación. Los han convencido para que lo publicaran, sabiendo que Gray irá a por esa compañía. Deberíamos concentrarnos en eso, no en combatir. —Los chicos asentían y murmuraban—. No necesitamos armas, necesitamos darle información a la gente, información sobre la localización de los campos y sobre cuáles son las condiciones de vida en ellos. Amplify podría ayudarnos a difundir las noticias. Después los propios padres querrán hacer algo para ayudar a los chicos. Irán a los campos, organizarán protestas...

—¡Liam! —vociferó Cole—. Presta atención a lo que es importante aquí. No podemos fiarnos de las agencias de noticias, por mucho que digan que son «clandestinas». Te venderán en un segundo si eso significa ponerle su marca a una buena noticia. ¿Quieres saber por qué no me pondré en contacto con ellos? Porque no quiero arriesgar accidental o intencionadamente las vidas de todos los que están aquí al revelar nuestra localización. Podemos hacerlo nosotros mismos. Fin de la discusión.

Liam se mantuvo firme mientras iba enrojeciendo desde el cuello hacia la cara, a medida que su irritación aumentaba. Cole se plantó ante él; parecía más furioso de lo que nunca antes lo había visto.

—Tenemos que ir tras ellos —decía Vida—. ¿Dónde está el búnker de prisión más cercano al lugar donde los atraparon? ¿Los llevarán al este? Tendrán que mantenerlos con vida, querrán interrogarlos, ¿verdad? Podemos pegar la oreja al suelo, montar una operación...

—No podemos hacer eso, Vida, y tú lo sabes —dijo Cole.

Se reclinó sobre el escritorio con los brazos cruzados. Con todo, vi que sufría un ligero espasmo en la mano y que pegaba el brazo al cuerpo para ocultarlo. Tenía la cara roja de furia y el ceño fruncido en un gesto de compasión. Las palabras no tenían sentido para mí, no en el contexto de su expresión.

—¿Qué mierda...?

—¡Eh..., eh! ¿Crees que yo no quiero ir tras mis amigos? ¿Crees que quiero que ella tenga que pasar por esto? Nadie se merece esto y mucho menos Cate. Es demasiado tarde para hacer algo. Tienes razón, probablemente intentarán interrogarlos, pero una vez que han pasado a la clandestinidad, han desaparecido. Se han ido. Ya nunca... —se interrumpió y tragó saliva—. Ya nunca volveremos a ver a ninguna de estas personas vivas.

Vida soltó un alarido de frustración.

—A ti te sacamos. A ti te sacamos de una de esas prisiones...

—Con un equipo táctico fuertemente armado y bien entrenado —dijo Cole—. Y a pesar de todo hubo bajas. Aunque averigüemos dónde los han llevado, ¿crees francamente que Cate podría vivir sabiendo que cualquiera de vosotros ha resultado herido intentando salvarla a ella? Ese es el motivo por el cual teníamos esa norma en la Liga. Si te atrapan, no podemos ir a por ti.

—Sí, a menos que se trate de ti —gruñó ella.

Porque Alban creía que Cole todavía podía tener el lápiz de memoria con la información sobre Leda, el mismo lápiz que ahora era inútil. Por lo que él era en realidad. Lo miré en silencio, deseando que se lo dijera para que lo comprendieran.

—Siempre vas por ahí fanfarroneando con esas misiones tan locas en las que has participado —dijo Vida. Su voz había adquirido un tono de súplica y se desmoronó, desaparecida toda su energía hasta el punto de que era Chubs quien la mantenía en pie—. ¿Por qué no esta misión? ¿Por qué?

—Porque esta no sería loca, sería suicida —dijo Cole—. Y la forma más rápida, la mejor manera de sacarla de ahí, a ella y a los demás, es ocuparnos de cumplir nuestro plan. Sacar a Gray de su cargo.

—Habla con Harry —dijo Liam—. Tiene contactos en las diferentes ramas de los militares. Puede recomendarnos a alguien con quien hablar.

Cole pareció a punto de discutir, como si la idea de hablar con su padrastro le repugnara, pero se contuvo.

—Ahora, nuestra mayor preocupación es decidir si nos quedamos aquí o nos marchamos. Cualquiera de ellos puede comprometer nuestra localización.

—Has dicho que tu plan era engañarlos para que pensarán que nosotros también nos marchábamos —dijo Chubs—. Que no vendríamos al Rancho en absoluto.

—Exacto —dijo Cole, vacilando—. Pero Conner sabe dónde estamos.

—¡Vete a la mierda! —gritó Vida, al tiempo que se zafaba finalmente de Chubs—. ¡Vete a la mierda, Stewart! ¿Crees que ella nos delataría?

—Tras haber vivido sus métodos de interrogación en carne propia, cariño —dijo Cole con veneno en la voz—, diría que esa es una desafortunada posibilidad.

—No lo hará —dije. Los demás se volvieron para mirarme y me pregunté si de verdad parecía tan ruborizada y trastornada como yo creía—. Cate moriría antes de decírselo.

Y ese era el problema, ¿no? Cate se dejaría matar. Se sacrificaría antes de permitir que nos hicieran daño. En mi pecho se formó un grito y Liam se acercó para rodearme con un brazo. Me deshice de él y me alejé. En ese momento, no quería a nadie cerca. La sala me resultaba sofocante y se hacía cada vez más pequeña a medida que la gente se volvía para mirarme.

«Tengo que salir de aquí». Ahora. Ahora mismo, antes de que la sombra negra lo cubra todo. No podía respirar, no con tanta gente a mi alrededor.

El aire del pasillo estaba fresco, por lo menos. Quería marcharme, marcharme y ya está, pero no podía coger el túnel de salida y tampoco podía seguir andando por los pasillos, escaleras abajo, como una demente. Sin pensarlo, sin recordar cómo había llegado hasta ahí, me encontré en la planta superior, abriéndome paso entre las puertas dobles que separaban los corredores y, después, en la sala de entrenamiento.

Subí a la cinta de correr más cercana, mientras la sangre me rugía en los oídos hasta ahogar los pitidos electrónicos que emitía la máquina al encenderse y comenzar a funcionar. Los niveles pasaron rápidamente y yo seguía con el dedo sobre la flecha que apuntaba hacia arriba hasta que tuve la sensación de estar volando. Golpeaba la cinta con los pies al compás del ritmo violento de mi corazón. «Se ha ido, se ha ido, se ha ido como Jude, tú le has dicho que se marchara, tú la has echado, la matarán...».

Perdí el ritmo, perdí la cabeza, lo perdí todo, y corrí.

Movía frenéticamente los brazos a cada lado, como si gracias a ellos pudiera seguir arrastrándome hacia delante cuando las piernas ya comenzaban a ceder. El aire acondicionado hacía que me bajaran escalofríos por la espalda y enfriaba el sudor que me goteaba del rostro. El aire me llegaba a los pulmones en forma de jadeos largos y esforzados, y cada respiración era un sollozo.

Percibí una forma confusa con el rabillo del ojo, unas manchas frente a mí. La cinta se detuvo de golpe y salí disparada hacia delante, consiguiendo a duras penas cogermelo de los brazos de la máquina. Cuando finalmente dejé de mover las piernas, tuve la sensación de que desaparecían debajo de mi cuerpo. No podía apoyar el peso sobre los tobillos ni enderezar las rodillas.

Oí ruidos a mi derecha, murmullos que se convirtieron en palabras, palabras que al final adquirieron sentido. Me giré hasta ponerme de espaldas y me cubrí el rostro con las manos mientras respiraba con dificultad, una y otra vez. Alguien me apartó las manos de la cara. Ante mí apareció un rostro borroso. Cabello rubio, mandíbula fuerte, ojos azules... «Liam».

—Vale, con calma. Venga, Joyita, ya es suficiente.

«Cole». Me tomó de los brazos, me obligó a erguirme y me arrastró hacia delante hasta conseguir apoyarme en la cinta de correr. Los ojos me escocían por el sudor y sentía el sabor salado en los labios.

—Le dije que se marchara —le dije con voz ronca—. Es culpa mía.

—No es culpa tuya —dijo él con suavidad. Me apartó el cabello que me cubría la frente—. Ella tomó la decisión de marcharse. Hizo lo que creía correcto; igual que tú y yo.

—No puedo perderla también a ella —le dije.

—Lo sé —respondió—. Y sin embargo ella lo conseguirá. Tienes razón, no nos delatará. Por supuesto que no. Conner es lista, se las arreglará para sobrevivir y volver con sus niños. Así es ella.

Ella y Jude, ¿y quién más? ¿A quién más tendría que perder antes de que acabara esta guerra?

—El Cuartel General de Kansas probablemente ya esté trabajando en esto —dijo Cole con calma—. No tenemos los medios para ir a buscarla, pero ellos sí. Son

muchos agentes para perderlos, y buenos por añadidura. Intentaré averiguar si han planeado algo.

Giramos juntos ligeramente hacia la derecha, con lo que mi línea visual quedó reorientada hacia la puerta, donde había por lo menos diez chicos que observaban a Cole con diversos grados de preocupación en el rostro. Intenté dar un paso, pero ahora que mis músculos permanecían quietos era como si estuvieran entumecidos.

—Tienes que levantarte y caminar, Joyita —dijo Cole con tranquilidad, dándoles la espalda a los chicos—. Debes salir de aquí andando. No solo por ellos, sino por ti misma. Venga. Debes salir de aquí andando por tus propios medios.

Y eso hice. A cada paso que daba, notaba un intenso dolor en los pies, justo allí donde me rozaban contra el borde de las zapatillas. Bajé la mirada y vi unas manchas rojas brillantes que comenzaban a extenderse por los calcetines de algodón blancos.

Mantuve una mano sobre el hombro de Cole, intentando ocultar hasta qué punto me apoyaba en él mientras girábamos hacia la izquierda en lugar de ir hacia la planta inferior, donde estaban los dormitorios. No tuve la energía suficiente para protestar cuando él abrió la puerta de la antigua habitación de Cate y encendió las luces.

Conseguí sostenerme en posición vertical hasta que estuve cerca de la pequeña cama; para entonces mis rodillas ya habían tenido bastante. Me incliné hacia delante para intentar desatarme los cordones, pero me temblaban tanto las manos que Cole tuvo que deshacer los nudos por mí. Chasqueó la lengua al ver los calcetines cuando me los quité, pero no dijo nada.

—Lo he estropeado, ¿verdad? —pregunté—. Los otros chicos no confiarán en mí.

Cole sacudió la cabeza.

—Lo único que han visto es a alguien alterado por haber perdido a un ser querido. Sin consecuencias, aquí no ha pasado nada, como suele decirse. ¿Puedes ser más tolerante contigo misma antes de desplomarte, literalmente? Cuidate para que puedas cuidar de todos ellos, ¿de acuerdo? Ese es el trato y comienza esta noche, ahora mismo, quedándote aquí y durmiendo por lo menos siete horas.

—Pero Clancy...

—Yo puedo llevarle la comida al Principito una noche —dijo—. ¿Crees, realmente, que podrías lidiar con él ahora mismo si tratara de enfrentarse a ti?

—Lleva a alguien más contigo —dije—. Haz que vigile desde detrás de la puerta para asegurarnos de que no intenta nada.

—Se lo pediré a Vida.

—Chubs sería mejor.

—De acuerdo.

Cuando él se puso de pie, extendí las piernas en la cama, demasiado cansada para discutir, demasiado cansada para hacer cualquier cosa que no fuera mirar cómo se marchaba. Cuando apagó la luz, dije:

—Mañana. Encontraré a Lillian Gray mañana. Me ocuparé de eso.

De todos. Y cuando todo esto hubiera acabado, sería yo quien encontrara a Cate. La salvaría del mismo modo que ella me había salvado mí.

—Esa es mi chica. No tengo ninguna duda. —Se detuvo en la entrada y se volvió—. Aquí hay alguien esperando. ¿La dejas pasar?

Asentí con la cabeza.

Era Zu. Cole cerró la puerta después de salir y apenas pude distinguir los contornos de la oscura sombra de Zu, realzados por el tenue resplandor que entraba por debajo de la puerta. Zu me arrojó con la colcha y me dio un beso en la frente.

Y ese beso, no el vídeo ni imaginar lo que le harían a Cate como prisionera, ese beso tierno fue el que hizo que me brotaran las lágrimas.

—Lo siento —susurré—. No era mi intención preocuparte. Ella cuidó de mí... y yo nunca la he tratado tan bien como debería haberlo hecho. Y ahora se ha ido, y no sabe que lo siento. Pueden matarla...

Sentí la mano de Zu sobre la mía, presionándola en un gesto tranquilizador.

«Lo sé, lo sé». Usó la otra mano para apartarme el cabello de la cara.

—Tú has perdido a alguien —le dije con una voz que me sonó ronca incluso a mí—. El hombre que te ayudó a llegar a California. ¿Me contarás sobre él? No lo que le sucedió, no si no quieres hablar de ello, sino qué clase de persona era. ¿Te parecería bien?

Los ojos ya se me habían adaptado lo suficiente a la oscuridad como para percibir su gesto de asentimiento, aun cuando no pude ver su expresión.

—¿Cómo se llamaba?

Zu cogió la misma libretita que llevaba consigo desde hacía semanas. Cerré los ojos y oí los suaves arañazos del lápiz sobre el papel. Solo los abrí cuando ella me tocó el hombro con la libreta. Extendió la mano y encendió la luz del aparador para que yo pudiera leer: «Gabe».

Un segundo antes de que apagara la luz, vi lágrimas en sus pestañas. La expresión de su rostro me caló hasta el corazón. Habría hecho cualquier cosa, cualquiera, para quitarle el peso de los hombros antes de que la aplastara y la hiciera polvo. Pero yo sabía bien que no existía ningún verdadero alivio para ello. Solo había que estar dispuesta a dejar que los demás sirvieran de apoyo y aceptar una parte de ese apoyo cuando el peso era demasiado grande para soportarlo en solitario.

Me deslicé hacia un lado del estrecho colchón y le dejé a Zu espacio para tumbarse junto a mí. Era toda piel y huesos. Crecía, se hacía más alta de ese modo en que todo el mundo parecía hacerlo justo antes de cruzar esa línea extraña y ambigua que conduce a la adolescencia. Un casi adulto.

Pero su forma de llorar, su forma de rodearme con los brazos y hundir el rostro cálido y húmedo en mi cuello, era propio de una niña. Zu solo era una niña que ya había vivido una vida dura y a quien se le pedía que siguiera aguantando.

—Lo sé —dije en voz baja—. Lo sé.

La oscuridad se elevó y cayó sobre mí como una ola fría. Cerré los ojos y me deleité en el simple hecho de que mi mente era como una sábana blanca, vacía de todo pensamiento. Pero horas después, por mucho que me obligara a estar inmóvil, no podía quitarme la intensa sensación de las piernas, la sensación de que todavía corrían.

CAPÍTULO ONCE

A la mañana siguiente me desperté buscando pelea. Me dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía y mis pies protestaron a gritos cuando volví a calzarme las zapatillas. Lo único que había hecho el sueño era transformar mi tristeza opresiva en un decidido enfado. Tenía energía para quemar. Abrí la puerta y la cerré tras de mí tan silenciosamente como me fue posible para no despertar a Zu.

El reloj manual del pasillo indicaba las 4:45. Pasaría otra hora antes de que hubiera alguien más levantado y listo para afrontar un nuevo día. Mucho tiempo para ejercitarme, para eliminar el intenso dolor que me atravesaba el cuerpo y para regresar a un estado de calma.

La luz del gimnasio ya estaba encendida y tensé todo el cuerpo al ver quién estaba corriendo en la cinta con pasos rápidos y confiados. Cole debió de verme por el rabillo del ojo, pero siguió corriendo sin prestarme atención hasta que llegué junto a la máquina cuya cinta zumbaba.

—No estoy de humor, Joyita —dijo, con una voz que sonaba desafinada y tenía un matiz de advertencia.

—Qué pena —dije, y fui a buscar dos pares de guantes—, yo sí.

Lo esperé con los guantes en la mano, estirando, intentando calentar el cuerpo para lo que se avecinaba. Por último, después de más de cinco minutos, Cole soltó un gruñido y pulsó el botón de stop de la máquina. Recogió los guantes del suelo, con el rostro rojo por el ejercicio y los ojos muy brillantes. Tuve medio segundo para ponerme en guardia antes de que me lanzara un rodillazo al estómago. Salté hacia atrás, pero me alcanzó con otro golpe directo al esternón. Ese golpe, por lo menos, me sacó todos los pensamientos de la cabeza, así como la última gota de aire de los pulmones. Era una maniobra de distracción, pues me tuvo sujeta contra su pecho en un suspiro.

Retorcí el cuerpo para zafarme de su llave e intenté utilizar el impulso para ponerlo de espaldas. Ilusa de mí. Lo máximo que conseguí fue pisotearle un pie. Pero Cole no retrocedió, no en la forma en que lo habría hecho normalmente. Sentí que la temperatura de la habitación aumentaba drásticamente y...

Cole retrocedió dejándome caer con un sonido de rechazo. «No». La palabra me atravesó la mente mientras él se giraba y comenzaba a quitarse los guantes. Puede que aquellos combates hubieran comenzado como una válvula de escape para la presión que sentía por dentro, pero mentalmente me había aferrado a aquel estímulo de una manera que yo no había previsto. Necesitaba más. Necesitaba quitarme de encima los oscuros pensamientos sobre Cate, Jude y lo que nos esperaba al final de todo esto. Y eso exigía sudar y sangrar. Bajé la cabeza y me abalancé contra él. Justo antes de estrellarme contra él, vi ensombrecerse su expresión en el espejo que tenía delante. Esta vez el impulso sí que funcionó y nos envió a ambos hasta el borde de la colchoneta. Sin una palabra, Cole me cogió por el cuello y me arrastró hacia el centro de la colchoneta para después mostrarme lo enfadado que estaba.

Ni mis intentos de escapar rodando ni los puntapiés sirvieron de algo. Me tenía presa debajo de su cuerpo, con todo su aplastador peso sobre mi pecho. Me sujetaba una mano encima de la cabeza, mientras que con el otro brazo me apretaba la garganta lo justo para reducir a cero el oxígeno que me llegaba a los pulmones.

Aflojó la presión sobre la tráquea, pero no mucho. Me retorcí debajo de él, lanzando rodillazos a la parte inferior de su espalda. Tenía el rostro tan tenso de furia que la piel parecía habersele pegado al cráneo.

Me ahogué en uno de mis resuellos, pero él no redujo la presión. Mi mente empezó a flotar, alejándose del cuerpo, a la deriva en el charco de negrura que se me iba formando ante los ojos.

—Cole... —susurré, asfixiada—. Para...

Ensimismado como estaba, no me oyó. Estuviera donde estuviera, yo no iba a conseguir llegar hasta él. Y sabía que la única manera de salir de aquella situación era entrar.

Me introduje en su mente como si lanzara un puñetazo. Debería haber asestado el golpe y retroceder, dejar que lo percibiera como un choque eléctrico en su cuerpo. Pero sus pensamientos tenían ganchos que capturaron mi mente y la arrastraron hacia abajo, ahogándome en la escena que se fundía a mi alrededor. La luz giraba en torno a mí y se curvaba en sombras que se transformaron en una cocina pequeña con revestimiento de madera oscura. Estaba en penumbra; una luz cálida entraba a través de las cortinas que cubrían la ventana situada sobre el

fregadero. Olí algo quemado..., comida. El rastro de humo que flotaba a mi alrededor era humo que salía de la puerta cerrada del horno. Ollas y sartenes fueron apareciendo, una a una, sobre los fogones. El débil crepitar provenía de la salsa que se había derramado de una de las sartenes.

Frente a mí apareció una mujer vestida con un sencillo vestido azul. Desde el suelo, donde estaba, yo no podía ver nada excepto su largo cabello rubio y las manos que me empujaban hacia atrás, hacia atrás, hacia atrás. Me inundó una oleada de irritación y vi, más que sentí, mis propios brazos levantados, esforzándose por alcanzar algo..., por...

El hombre fue el último en materializarse, frente a la mujer. Su cara estaba en sombras, pero había algo conocido en él, la forma de la nariz, la tensión de la mandíbula. Yo conocía esas facciones, había visto dos versiones más jóvenes de ese rostro. Tenía la cara de un tono rojo oscuro y gritaba, gritaba sin descanso. El sudor y la furia que emanaban de él nublaban la habitación y hacían que todo pareciera lento y pesado. Bajé la vista y vi su pelo oscuro y arrugado; vi el inquieto bebé que sostenía en un brazo como si fuera un saco, un bebé cuyo rostro se iba poniendo rosado mientras lloraba e intentaba zafarse y me tendía los brazos. Tenía el pelo más claro, algo rizado en las puntas. El primer sonido que se abrió paso a través del sordo estrépito fue el agudo vagido de terror del bebé cuando el hombre cogió la plancha hirviente de la tabla y se la acercó a la cara, dispuesto a apoyársela en la mejilla.

La mujer que tenía delante cayó de rodillas suplicando:

—Deja eso, por favor, lo arreglaré, lo arreglaré, no pasa nada, ¿no sabes que te quiero? Nunca más invitaré a nadie, lo prometo. Pero... por favor, dámelo, por favor, dámelo...

El hombre bajó la plancha y la puso sobre la tabla chamuscando la camisa que había sobre ella, a la espera de que la plancharan. El gesto del hombre se transformó en una enfermiza expresión de triunfo mientras se cambiaba el bebé de brazo. Extendió una mano y le cogió la cara a la mujer. Estaba tan concentrado en la cabeza inclinada de la mujer que no vio la sartén que ella había agarrado de una repisa baja hasta que, tras describir un arco, se la estrelló en la cara.

El bebé cayó al suelo y yo me lancé hacia él mientras el ruido de los balbuceos y del metal al chocar contra la carne y el hueso se ahogaba en su llanto histérico. Cogí al bebé; tenía un corte en la comisura del labio, pues uno de sus

dientes recién salidos le había cortado la suave piel. Sangraba profusamente, pero se quedó quieto y en silencio, mirándome con sus enormes ojos bañados en grandes lágrimas. Se llevó un pulgar a la boca mientras yo intentaba limpiarle la sangre. No comenzó a berrear otra vez hasta que vio a la mujer, su madre, que también lloraba y extendía los brazos para cogerlo y estrecharlo contra su pecho.

La mujer me cogió de la mano y me arrastró lejos de la silueta que yacía en el suelo, lejos del charco de sangre que manchaba las baldosas blancas y negras. El hombre se estremeció y tosió; nosotros corrimos más rápidamente hacia la puerta. La mujer agarró el bolso que estaba sobre la encimera y se volvió a buscar las llaves tras advertir que se le habían caído.

La puerta conducía al garaje, y la luz que inundaba el espacio oscuro y atestado disolvió el recuerdo para siempre.

Salí a la superficie en el preciso momento en que el peso desaparecía de mi pecho. Respiré, tosí, me ahogué en el torrente de aire que me llenó de golpe los pulmones. Rodé hacia un costado y enrollé el cuerpo formando una bola lo más pequeña y protectora que pude. Pasaron varios minutos de agonía antes de que el miedo me quitara las garras de encima.

Los sollozos cortos y jadeantes que oía no eran los míos. Me apoyé en un codo y busqué cuál era su origen.

Cole estaba sentado en el borde de la colchoneta, de espaldas a mí y encorvado sobre las rodillas, esforzándose por controlar la respiración. El trozo de espejo que tenía delante era una telaraña de fracturas manchadas de sangre. Me obligué a levantarme; me temblaban las piernas. Avancé un vacilante paso tras otro hasta donde estaba él. Tenía la mano derecha pegada al pecho, ignorando la sangre que le manchaba la camiseta. Me dirigí al colgador de toallas y volví con una pequeña; le tomé la mano y le limpié la sangre. Tenía la piel caliente, hirviendo. Cole sacudió la cabeza.

—Joder, —dijo resollando—. Lo siento; no debemos continuar con esto. Joder.

—Está bien —dije suavemente, y me quedé junto a él.

Estaba en el cuarto de duchas, todavía chorreando agua, cuando oí la voz de Chubs que llegaba desde el pasillo. Tras una última mirada para asegurarme de que la capucha me cubría la mayor parte de los nuevos hematomas que tenía en el

cuello, corrí tras él, llamándolo.

Giró sobre sus talones, visiblemente aliviado.

—Estás ahí. Te has perdido a los demás; tenían que irse. Aparentemente son ocho horas en coche hasta Gold Beach, y los idiotas querían hacerlo en un día.

—¿Han encontrado un camión para traer las provisiones? —pregunté.

—Sí, como habrías descubierto tú misma si hubieras aparecido para el desayuno... Eh, perdona, no he debido decir eso. Anoche no pude decírtelo, pero siento mucho lo de la agente Conner. Quiero decirte que todo saldrá bien, pero temo que me des un puñetazo.

Fue la primera sonrisa que me salió ese día.

—¿Vida estuvo de acuerdo en ir con ellos?

Chubs soltó un suspiro, desinflándose un poco.

—Te ha estado buscando, para discutir algunas ideas, pero probablemente es mejor que no te haya encontrado. Tenía millones de ideas sobre cómo vosotras dos podíais rescatar a la agente Conner.

Y ahí estaba, la sensación, ahora cotidiana, de ser la mayor imbécil del mundo. Ni siquiera había intentado hablar con ella sobre la última noche. Le había prometido que le contaría estas cosas, que las resolveríamos juntas..., ¿y qué había hecho? Me había ido sola a aclararme las ideas.

—¿Aún vamos a hablar con Clancy? —preguntó.

—Espera un momento, ¿cómo sabías...?

Yo no recordaba habérselo mencionado, pero ese era exactamente el motivo por el cual lo había ido a buscar.

—Hablamos de eso ayer por la tarde, cuando te ibas a echar un rato —dijo.

Lo miré con una expresión que debió de poner de manifiesto lo confusa que me sentía.

—¿Eso hicimos?

—Eh, sí. Durante al menos diez minutos. Tú asentiste. Ese es, por lo general, un indicio de que, ya sabes, entiendes y estás de acuerdo.

—Ah..., es verdad. Lo siento.

—Estás agotada —me dijo, y me dio un golpecito en la frente—. Tanto el juicio nublado como las dificultades para recordar son síntomas de ello.

Asentí, concediéndole la razón.

—¿Te molestaría acompañarme? Tengo la sensación de que esto podría tardar un rato.

—¿Y perderme la oportunidad de pasar otro día arrastrando basura y trastos rotos? Te sigo.

Cole no había pensado o, más probablemente, no había tenido tiempo de preparar las comidas de Clancy para ese día. Oí a Chubs quejarse de Vida y su forma de hablar, y de cómo su «temeraria historia con las armas de fuego» iba a hacer que acabáramos todos muertos, mientras yo hacía todo lo que podía para no coger la botella de Clancy y reemplazarle el agua por lejía.

Una semana antes, la alacena daba pena verla, pero las raciones humanitarias habían conseguido llenarla hasta el punto de que comenzaba a parecer un auténtico alijo. Eché un vistazo a la pizarra colgada del lado exterior de la puerta y desplegué los labios en una leve sonrisa al ver los apuntes pulcros y cuidadosos de Liam sobre lo que ya habíamos utilizado y sobre el menú para el resto de la semana. Las alergias alimentarias se indicaban al final de la página. Por supuesto: Liam era lo bastante prudente como para deslomarse buscando leche de almendras y pasta sin gluten para los dos chicos que necesitaban esos productos.

—¿Lista? —preguntó Chubs cuando nos encontramos ante la sala de archivos.

Teclé la clave y entramos en el estrecho pasillo que conectaba la sala con las celdas. La puerta del otro extremo del corredor tenía una ventana pequeña por la cual él podría observarnos.

—Tienes que quedarte aquí todo el tiempo —le dije—. No puedes entrar. Ya

sé que crees que no puede afectarte con sus poderes, pero prefiero no poner a prueba esa teoría.

—Ya te gustaría. No pienso entrar ahí. Si se adueña de tu cabeza, os encerraré a ambos ahí dentro e iré a buscar ayuda. —Me dirigió una mirada dura—. Eso no está permitido. Asegúrate de no ponerme en esa situación.

Asentí.

—Una cosa más. Pase lo que pase, no quiero que le des a Liam detalles de lo que voy a hacer. Bueno o malo. Prométemelo.

—¿Y qué es exactamente lo que planeas hacer? Usar tu cuerpo para hacerlo hablar en lugar de tu... Vaya, ni siquiera puedo acabar la oración. Mi cerebro ya está intentando eliminarla.

Aferré con los dedos el saco con la comida.

—Nada por el estilo. Es solo que prefiero que esto no sirva de recordatorio de hasta dónde soy capaz de llegar.

—Ruby...

Pasé junto a él, crucé la entrada y cerré la puerta con firmeza detrás de mí. Miré por encima del hombro y vi su mirada a través del cristal. Después Chubs retrocedió y lo perdí de vista.

—¿Has sacado tiempo de tu abultada agenda para venir a hacerme una visita rápida en vez de quedarte sentada sin hacer nada? Es un honor para mí.

Clancy estaba sentado en medio de su catre, leyendo, con la espalda apoyada en la pared. La manta y la almohada estaban colocadas ordenadamente junto a él: Cole se había ocupado antes de satisfacer esos dos deseos con la esperanza tonta y vana de aflojarle la lengua al chaval. Cuando abrí la tapa de la ranura de la puerta para introducir la bolsa marrón con la comida, Clancy pasó una página, la marcó y dejó el libro sobre la almohada.

Igual podría haberme lanzado el ejemplar de *La colina de Watership* a la cara.

—Oh —dijo, en un tono de lo más inocente—. ¿Lo has leído? Me lo ha traído Stewart por ser un chico tan bueno. Esperaba que fuera *Guerra y paz*, pero a caballo

regalado no se le miran los dientes, etcétera, etcétera, etcétera.

Era una vieja edición del libro. Las cubiertas estaban arrugadas por el uso y en el lomo tenía pegatinas de biblioteca de aspecto muy antiguo. Las páginas estaban amarillas y se habían doblado por culpa de tantas manos descuidadas. Pero yo tenía la sensación de que, si me llevaba el libro a la nariz, percibiría ese olor, ese aroma indescifrable que ninguna limpieza podía eliminar de las bibliotecas y de las tiendas de libros. Había unos pocos libros más apilados ordenadamente debajo del catre: *Matar a un ruiseñor*, *Hijos y amantes*, un libro titulado *Adiós a las armas...* Y un ejemplar de un libro azul, el *Manual de Tiffany's de los buenos modales en la mesa para adolescentes*, que había despedazado y esparcido por toda la celda.

Típico de Cole. Me pregunté a quién habría elegido la noche anterior para cuidarle las espaldas.

—¿Qué le has dado a cambio?

—Unas cuantas migajas de información por las cuales estaba desesperado. —Clancy miró dentro de la bolsa mientras volvía a su catre. Se apartó el cabello negro de la frente y cogió el libro otra vez—. La más pura estupidez es la única razón por la cual los demás no han averiguado aún lo que es. Lo indica de una manera tan evidente. Es tan penoso cuando pregunta por ellos...

—¿Por qué ese libro? —lo interrumpí, consciente de que Chubs estaba escuchando.

Mi mente saltaba de recuerdo en recuerdo, mientras trataba de concretar cuándo le había dicho que me encantaba el libro. La manera en que lo sostenía contra su pecho me hizo desear entrar y arrancárselo de las manos antes de que también lo ensuciara.

—Recordé que lo habías mencionado en East River —dijo, percibiendo la pregunta no formulada—. Dijiste que era tu libro favorito.

—Es curioso, no recuerdo haberlo mencionado.

Clancy me devolvió la misma sonrisa de labios apretados que yo le estaba dirigiendo.

—Entonces debe de haber sido en una de nuestras conversaciones más

íntimas.

¿Conversaciones íntimas? ¿Así era como racionalizaba todas aquellas lecciones invasoras, cuando yo bajaba la guardia y lo dejaba entrar en mi mente, todo porque él intentaba «enseñarme» cómo controlar mis poderes?

—«... Tu pueblo no puede gobernar el mundo porque yo no lo he dispuesto así. Todo el mundo será tu enemigo, Príncipe con Mil Enemigos» —leyó—, «y te matarán si alguna vez te dan alcance. Pero antes tendrán que atraparte, excavador, escuchador, corredor, príncipe con la alarma presta. Sé astuto e ingenioso y tu pueblo nunca será destruido». —Cerró el libro de golpe y se reclinó contra la pared—. Jamás pensé que encontraría fascinante un cuento sobre conejos, pero al parecer hasta los conejos tienen su atractivo.

—¿Entiendes, siquiera, lo que acabas de leer? —le pregunté, irritada otra vez.

En la historia, aquellas palabras las pronunciaba Frith, el dios de los conejos. Frith le hablaba a El-ahrairah, un príncipe de su raza que había permitido que la población de su madriguera aumentara hasta quedar fuera de control, demasiado orgullosa de su fuerza. En represalia por su arrogancia, Frith convertía a los demás animales del bosque en enemigos y depredadores naturales de los conejos. Pero a la vez, otorgaba a los conejos las características y habilidades necesarias para poder luchar por su supervivencia.

Típico de Clancy sentirse mentalmente el héroe de todos los cuentos.

—Sí, aunque prefiero dejar clara mi idea con este fragmento: «Un conejo que no sabe cuándo un don le da seguridad, es más pobre que una babosa, aunque él crea otra cosa».

Sacudí la cabeza.

—Para. Para ya. Esto es rastrero hasta para ti.

—Oh, créeme, no tienes ni idea de lo bajo que estoy dispuesto a caer para que entiendas lo que he estado intentando decirte.

—El problema no es que no te entienda, es que no estoy de acuerdo.

—Lo sé —dijo él—. Por Dios, si lo sabré. Son tantas las veces que he deseado

que pudieras estar de acuerdo conmigo, que no los hubieras dejado machacarte de ese modo en Thurmond. Eres tan poco amable contigo misma..., y ni siquiera puedes distinguir la verdad de las versiones tergiversadas que te han metido en la cabeza.

Estaba tan harta de estas conversaciones que si no hubiera ido con un propósito claro me habría marchado antes de que él pudiera comenzar a hablar. Pero aquel era el precio de mi entrada: tener que oír todas aquellas excusas estúpidas de por qué trataba a todos los que lo rodeaban con la misma consideración que a la hierba que pisaban sus zapatos.

—Nunca, ni una sola vez desde que te conozco, te has referido a lo que podemos hacer usando la palabra «don». El solo hecho de que alguien susurre la palabra «dotada» te hace gruñir y chasquear la lengua. Tienes una tozudez que simplemente no entiendo, por mucho que me esfuerce. No puedo imaginar lo agotador que debe de resultarte usar tus..., ¿cómo las llamas? Habilidades. Te castigas cuando no consigues controlarlas y también te castigas cuando lo consigues. Una de las cosas que me parecen más fascinantes de ti es que de algún modo eres capaz de separar tu don de ti misma, como si fuera una entidad totalmente aparte que pudieras someter a los golpes.

Se puso de pie y avanzó hacia mí con los brazos cruzados, una imagen especular de mi propia pose. El aire acondicionado se encendió con un clic sobre nuestras cabezas y expulsó el aire frío con un siseo. Noté los gélidos dedos del frío en los brazos, el cuello y las mejillas. Fue una caricia. Durante un instante estuve segura de que me encontraba en otra parte, y el aroma de la madreSelva y las especias se me coló por la nariz.

—Para.

No sabía cómo lo hacía, pero yo ya no era la misma Ruby que en East River. No estaba ciega ante sus trucos. Aquella era la forma en que conseguía una y otra vez colarse en mi cabeza: alterándome.

Clancy arqueó las cejas.

—No estoy haciendo nada.

Dejé escapar un breve sonido de irritación e hice ver que me volvía para dirigirme a la puerta con la intención de comprobar lo desesperado que estaba por que me quedara. Iba a resultar difícil llevar adelante mi pequeño plan.

—¿No te has preguntado por qué los Azules lo tienen tan fácil para controlar sus poderes? —dijo elevando la voz—. Pues porque cada vez que mueven un objeto, eso representa una manifestación de su voluntad, algo que ellos desean que ocurra. En los Verdes, el don siempre está activo porque es como una red que les recubre la mente; ellos lo interpretan como su mente en funcionamiento y nada más.

En cambio, para alguien como Zu —una Amarilla—, como yo o hasta para alguien como Cole, era necesario saber que podíamos apagar nuestro poder, y apagarlo por completo, o de lo contrario destruiríamos todo y a todos a nuestro alrededor. Usábamos nuestras mentes como armas que empuñábamos con firmeza y después nos esforzábamos por volverlas a colocar en sus fundas sin herirnos al hacerlo.

—Debe de ser una tortura estar con esos tres Azules todo el tiempo, que te digan que todo saldrá bien y que puedes controlar lo que haces, y verlos levantar un dedo y que todo funcione de maravilla. Te pasaste seis años en Thurmond temiendo hasta respirar de forma incorrecta para que los demás no se fijaran en ti. Sabes lo que te harán si vuelven a atraparte y a llevarte otra vez a un campo. Te mantendrán ahí el tiempo suficiente para realizarte más pruebas y confirmar lo que ya saben. Ya has visto con qué rapidez y en qué silencio se llevaban a los Rojos, a los Naranjas y a los Amarillos. A los Rojos los enviaron al proyecto Jamboree. A los Amarillos, a uno de los campos nuevos específicamente contruidos para mantener sus habilidades a raya. ¿Pero qué sucedió con los Naranjas? ¿Adónde fueron esos chicos?

Se me había hecho un nudo en la garganta. El escaso valor que me quedaba se iba esfumando con la misma rapidez que me invadía el ya conocido temor.

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó en voz baja mientras apoyaba el hombro en el cristal.

Me sorprendí a mí misma pronunciando un jadeante:

—Sí.

—A algunos los enviaron al programa de investigación de Leda, el mismo al que nos llevaron a Nico y a mí cuando cerraron el primer programa en Thurmond —dijo Clancy—. Los demás, si hemos de creer lo que decían algunos integrantes de las FEP destinados allí en aquel momento, están a tres kilómetros al norte del

campo, enterrados a pocas decenas de metros de las vías.

—¿Por qué?

«Por qué matarlos, por qué dilapidar sus vidas, por qué actuar como si fueran animales que había que sacrificar, por qué..., por qué a ellos...».

—Porque no se los puede controlar. Punto. Era la forma más limpia y fácil de acabar con ese dolor de cabeza. Y porque ellos también lo sabían: si los chicos llegaban a ser liberados de los campos alguna vez, podían explicarlo diciendo simplemente que la ENIAA era la causa de todo, que eran vulnerables a una inexistente segunda oleada de la enfermedad. Nuestro don se manifiesta en un número lo bastante pequeño de chicos como para no levantar sospechas.

La tasa de nacimientos era tan baja —había pocas personas dispuestas a arriesgarse a tener un hijo con ENIAA— que parecía imposible darse cuenta.

Desvió hacia mí sus ojos oscuros.

—He visto las órdenes militares, las explicaciones para hacerlo de forma «humana» y que el chico sufriera el mínimo dolor posible. Nunca conseguí llegar a tiempo para salvarlos.

—Tú nunca salvas a nadie —dije con acritud—. Solo te ayudas a ti mismo.

—¡Escúchame! —me espetó, dando un golpe sobre el cristal con la palma de la mano—. Tú eres tus habilidades y tus habilidades son lo que eres. No puedo expresarlo con mayor claridad. ¿Sabes por qué detesto esa cura? Porque es un manifiesto de que nosotros somos algo intrínsecamente malo. Es un castigo por algo que no es nuestra culpa; y todo porque no consiguen controlar su miedo a lo que podemos hacer, del mismo modo que no consiguen controlar su resentimiento por el hecho de que haya personas más fuertes y poderosas que ellos. Te quieren despojar de lo que eres, de tu poder para protegerte y hacer valer tu derecho a decidir sobre tu vida. Sobre tu propio cuerpo. Préstame atención: al final no será una elección, ellos lo decidirán por ti.

—La cura no es un castigo si salva las vidas de los chicos que han nacido después de nosotros. Jamás deberán sufrir lo que hemos sufrido nosotros. ¿Te has detenido alguna vez a pensar en ellos antes de intentar quemar la investigación?

—¡Claro que sí! Pero esta cura de la que hablas tanto no es una cura, es un

procedimiento invasivo y doloroso que solo ayuda a los chicos que ya han experimentado el cambio. No tiene ningún maldito efecto sobre los demás, que de todas formas tampoco iban a sobrevivir.

—Inténtalo de nuevo —le dije—. Ahora se me da mucho mejor detectar tus mentiras.

Se pasó una mano irritada por el cabello oscuro, presa de la frustración.

—Debes concentrar tu energía en averiguar la causa; no es un virus, eso sí lo ha averiguado Leda. Debe de ser algo ambiental, algo contaminado...

Tanto si lo advertía como si no, Clancy se había metido en la trampa que le había tendido. Yo necesitaba que continuara hablando y pensando sobre la cura. Eso lo conduciría de forma natural a pensar sobre su madre y sobre lo que él le había hecho, y también a revelarnos dónde podíamos encontrarla.

—Este no es el momento de cambiar lo que eres para adaptarte al mundo —dijo Clancy con la voz ronca debido a las ideas que le bullían bajo su piel—. Deberías cambiar el mundo para que te acepte. Para que te permita existir tal cual eres, sin que te diseccionen ni te hagan daño.

Y ahí estaba. Percibí la abertura en la conversación como si hubiera desaparecido el aire a nuestro alrededor. Él siempre había conseguido lo que quería de mí insistiendo, insistiendo e insistiendo en mis recuerdos dolorosos hasta que yo estaba demasiado turbada y emocionada como para defenderme de sus avances. Yo sabía que Clancy podía perder los papeles: lo había visto ocurrir demasiadas veces como para pensar que se trataba de una casualidad. Pero no quería irritación. Quería angustia, la misma clase de angustia que había visto en el rostro de Nico al abrir la foto de su yo más joven. Cuando volviera a conectar con lo que le habían hecho, Clancy se tornaría tan moldeable como la arcilla.

—Si todo lo que dices es verdad, si la cura es cruel y nos cambiará, demuéstalo.

Eso lo detuvo en seco.

—¿Cómo?

—Enséñame. Enséñame que, en efecto, es tan terrible como tú dices. No tengo ningún motivo en absoluto para creer en tu palabra, teniendo en cuenta tu

magnífico historial a la hora de decir la verdad.

La expresión de esperanza de su rostro se transformó en una de amargura.

—¿Los años de investigación e información no te resultan suficientes? Ya te he dado todo lo que tenía.

—Sí, sobre Thurmond. Sobre el programa de investigación de Leda. No sobre esto.

—Ah. —Clancy empezó a recorrer la celda mientras pasaba los dedos por el cristal que nos separaba—. Entonces, ¿quieres verlo por ti misma? Si no puedes fiarte de mis palabras, ¿cómo podrás fiarte de mis recuerdos? Hasta eso puede ser falsificado, tú lo sabes.

—Puedo notar la diferencia —respondí, percatándome de golpe de que realmente podía hacerlo.

«El recuerdo del otro día». El que había utilizado para enseñarme cómo entrar en su servidor y acceder a todos esos archivos. Lo había sentido diferente porque era diferente. Era pura imaginación de su parte. Por eso había podido interactuar con lo que ocurría en la escena en lugar de volver a vivir lo que le había pasado a la persona cuya mente yo estaba leyendo. Toda la experiencia tenía una textura diferente.

—Así que lo has averiguado. Buen trabajo —dijo, en un tono que sonaba complacido—. La memoria y la imaginación son dos bichos muy diferentes que la mente procesa y gestiona de distintas maneras. Todas esas veces que reemplazabas los recuerdos de alguien e implantabas una idea en su cabeza no advertías que estabas haciendo varias cosas a la vez, ¿verdad?

¿Era cierto? Hasta ese momento había hecho todo lo que podía hacer sin analizarlo demasiado, de la forma que parecía más natural. Tal vez no tuviera sentido porque, si todo iba bien, un día me desharía de esos poderes y del horror que me producían, pero... ¿no debería, al menos, hacer un mayor esfuerzo por comprender con más exactitud qué era lo que hacía y cómo?

—Estás tratando de ganar tiempo —le recordé.

—No, solo te estoy esperando —respondió él con calma—. Si quieres verlo, si ese es el único modo de demostrártelo, entonces... vale.

Comprobé sus defensas rozando su mente con la mía. Pero él estaba aguardando y, en el instante en que cerré los ojos e intenté tocar su mente, fue como si él hubiera extendido una mano para guiarme hacia el interior. Me vi arrastrada a través de capas de recuerdos manchados, captando un rostro aquí y un sonido allá. Clancy poseía una mente muy organizada. Era como bajar por un corredor con ventanas que ofrecían un atractivo vistazo a su interior. O como andar por el pasillo de una biblioteca en busca del libro adecuado e ir atisbando los otros títulos al pasar.

Las imágenes comenzaron a hacerse jirones, a gotear como la tinta de una página todavía húmeda. Los colores cambiaron y se fundieron y, después, con la fuerza de un golpe en pleno pecho, se asentaron. Aparecí en un recuerdo tan sólido que podía sentir el frío, la mesa de metal que hería mi piel ya rígida. Parpadeé varias veces para quitarme el halo de luz que tenía en torno a los ojos; sentí que me esforzaba por levantarme, pero me retuvieron las correas negras con las que me habían amarrado muñecas y tobillos. No me cubría ningún tipo de tela, ni siquiera una sábana, solo cables y electrodos que me salían de la cabeza y el pecho como el capullo de un insecto al abrirse.

Los hombres y las mujeres de guardapolvo blanco atestaban la mesa en la que me habían tumbado y sus voces me zumbaban en los oídos. Me quitaron los cables del cráneo y los reemplazaron por otros, me tocaban por todas partes —por todas partes— y me obligaron a abrir los ojos para alumbrar mis pupilas con un haz cegador. Podía oír sus bromas y sus murmullos en voz baja, ver la insinuación de sus sonrisas detrás de las mascarillas de papel.

Clancy ya me había enseñado un recuerdo como este, cuando estábamos en East River. Había sido horroroso, más todavía por la conciencia de que eso se llevaba a cabo en un parte de la Enfermería, que reconocí al verla. Pero la pura verdad era que, cuanto más firme era el recuerdo, cuanto más intensos los sentimientos relacionados con él, más claro se hacía todo. Ahora sabía que cuando oía algo, olía algo o sentía algo en un recuerdo, era porque eso había sido grabado a fuego tan profundamente en la mente de esa persona que había dejado una cicatriz.

Este no era un recuerdo de la investigación de la cura, pues eso era algo que estaba bajo el control de su madre, fuera del alcance de Clancy. Esto era lo que habían hecho en Thurmond antes de que él consiguiera escapar de ahí. Lo estudiaban como si fuera un espécimen, de la misma forma en que habían estudiado a aquel Rojo. A Nico.

Alguien me colocó una máscara de plástico sobre el rostro y un aire dulzón y empalagoso me invadió los pulmones. La sobrecarga de sensaciones se redujo en cuanto las drogas entraron en mi organismo.

Clancy me había dicho una vez que mantenían a los chicos sedados, pero despiertos durante los procedimientos para monitorizar mejor sus funciones cerebrales normales y mapear cómo se propagaban las habilidades Psi a través de ellas. Las baldosas azules de Thurmond devolvían el chirrido de las máquinas, haciéndolas sonar como si estuvieran por todas partes y se acercaran cada vez más, a la espera de su turno. Yo notaba la lengua seca y entumecida y no podía tragar; la saliva me goteaba por los labios agrietados e hinchados hacia el bozal que me habían amarrado a la cabeza.

El latigazo de fuego llegó sin aviso, zigzagueando por mi columna vertebral; una sensación desgarradora de dolor que me dejó sin aliento. Fue como..., fue como un choque de estática al que le hubieran aumentado la intensidad mil veces. Apenas conseguía controlarme mientras el cuerpo se me crispaba y se relajaba, se me crispaba y se relajaba.

—Inténtalo otra vez, pero ahora...

Un investigador bajo y robusto soltó un grito de asco y saltó alejándose de la mesa. El hedor de la lejía fue reemplazado por el de la orina, la sangre y la carne quemada. Habría vaciado también los intestinos de haber tenido algo en ellos. En aquel momento, habría dado cualquier cosa para ahogarme en mi propio vómito y morir. La humillación me fulminó el cuerpo como un rayo cuando uno de los investigadores le indicó con un gesto a una enfermera que me limpiara para que pudieran comenzar otra vez.

«Os mataré; os mataré a todos, a todos». Las palabras se perdieron cuando mi cerebro se sobrecargó con un manto chisporroteante de un blanco tan puro como ardiente.

Aparté la mirada del tubo fluorescente en forma de U que colgaba del techo antes de que su brillo inundara la habitación y me cegara por completo. Estaba rodeada otra vez de batas y pizarras blancas, del estrépito de los instrumentos metálicos contra la bandeja de metal, del condenado bip, bip, bip de un latido que se negaba a dejar de latir. La mujer que tenía delante se hizo a un lado y giró una especie de dial: música de los Beatles, que cantaban *I want to hold your hand, I want to hold your hand*^[4], sus brillantes voces en perfecta sincronía con la alegre música.

Uno de los investigadores comenzó a cantar desentonadamente, mientras otro rayo blanco y ardiente me rasgaba el cráneo.

Cuando se me aclaró la vista y los bordes negros retrocedieron, el cuerpo aún me palpitaba, pero a mi alrededor todo estaba oscuro, dulcemente oscuro, y la superficie sobre la que yacía era de tela, no de metal. «Ha pasado».

— ... dará un buen informe de avance...

— ... ajustando el tratamiento cuidadosamente... en buenas manos... tratamiento... funcionando...

El doctor bajo y fornido con una avanzada calvicie le estrechó la mano a un hombre vestido con un traje..., ¿qué color era ese? No era azul..., azul no... El pánico creció y se apoderó de mi cerebro mientras buscaba la palabra. El hombre del traje se quitó la máscara. «Veo una barba. Veo una nariz. Todo conocido. Me duele la cabeza... Sin nombre, solo rostro. Rostro junto a Padre. Teléfono. Informen. Informen de mí. Auxilio. Auxilio. Auxilio».

«Levantar la mano..., levantar la mano..., intentar. No te vayas, no sin... sin mí». Las palabras se quebraban y se desmoronaban en mi mente, dejando sonidos. Letras. «La lengua trabada. Los brazos trabados. El dolor... ardiente..., todo arde...».

Apareció una forma pequeña, el catre próximo al mío crujió. Él se acercó. Estaba a salvo. «Nico. Nico, auxilio».

Una tela fría sobre la cara, limpieza. Las manos. El cuello. «Cuidado. Cuidado, Nico». Dolor de cabeza, tacto suave, yemas de dedos suaves. «Agradable». Me levantaron, brazos en mangas, camisa por la cabeza. Sostenida. «Corazón caliente». Ojos oscuros que arden. «Está bien. Estoy aquí». Vaso en los labios. «Agua». Metal en los labios... «Tenedor no..., tenedor no..., qué es..., cuchara. Cuchara. Dulce. Comida».

«Nico. Ni-co-las».

Llanto.

«Nico cálido».

Llanto...

CAPÍTULO DOCE

Me arranqué ese recuerdo lanzándome contra él. La salida fue peor que la entrada. No podía distinguir en qué dirección avanzaba, no podía orientarme. Hacia delante implicaba ver aquel horrible momento otra vez. La cabeza rapada y el cuerpo demacrado de Nico, la expresión desgarradora que había reconocido en su rostro. No quería verlo otra vez, pero no podía huir de ello, de la verdad desnuda. En consecuencia, anduve en la dirección opuesta y acabé descubriendo que me movía hacia atrás por un campo de alambre de espino. No importaba en qué dirección fuera para intentar salir de ese recuerdo, acababa igualmente en carne viva, sufriendo.

Cuando lo conseguí, ya a salvo dentro de mi propia mente, estaba de rodillas, con la frente apoyada contra el cristal. Tragué una bocanada de aire tras otra.

—¿Has tenido suficiente? —gruñó Clancy. Un sudor frío y pegajoso le cubría la piel y estaba temblando, casi sacudiendo el cuerpo—. ¿Estás satisfecha?

No sé cómo lo hice. No lo sé. Solo desconecté mi mente de todo lo que había visto y eliminé de mi voz hasta el último gramo de sentimiento:

—No.

Se giró con brusquedad.

—Ya sabía cómo eran los ensayos en Thurmond —añadí. «Oh, Dios mío; oh, Dios mío». Creía que iba a vomitar otra vez. Lo que le habían hecho a su mente, aunque fuera solo temporal...—. Se supone que debes demostrarme que la propia cura es cruel.

—¡Ella adaptó la cura a partir de esa investigación! A partir de los choques eléctricos. ¿Crees que no sé lo que intentas hacer en realidad? —dijo—. ¿Crees que sería tan tonto como para mostrarte el procedimiento de curación o revelarte dónde está mi madre...?

«Lo sabe. Sabe dónde está».

Se dejó caer sobre su catre. Aún quedaba suficiente conexión entre nuestras mentes como para que yo me sintiera temporalmente aturdida por todo el resentimiento que le rezumaba el cuerpo. Tenía que detenerse y yo quería que se detuviera. Dejé el cuerpo completamente inmóvil y me lancé hacia las profundidades de su mente, dejando que la intención me guiara a través de sus recuerdos, hacia la parte de su mente que chisporroteaba de calor e impulso.

Clancy se quedó paralizado: los músculos, las extremidades, la expresión pétrea del rostro... No se movió hasta que lo hice yo e, incluso entonces, fue solo un reflejo de mis acciones. Era como mover unos hilos: cada roce contra una parte de su mente producía una respuesta diferente en él. Lo moví como si fuera un muñeco articulado, ignorando la presión que ejercía su mente en el intento de combatirme.

«Así es». Así era como se sentía él cada vez que jugaba con uno de nosotros. Aturdido, embriagado por las posibilidades.

No estaba donde quería estar, no realmente. De algún modo, debía redirigirme otra vez hacia sus recuerdos, solo que no sabía cómo alejarme de aquella parte de su mente. Era oscura, fascinante...

«Espejo». La palabra surgió en mis oídos. La voz de Clancy, asertiva, obligándome a escuchar. Él sabía que yo no podía salir por mis propios medios y, si estaba intentando ayudarme de forma activa, debía de ser porque temía el daño que yo podía causar en su interior. «Mentes especulares».

Comprendí.

Mis pensamientos se desplazaron. Cerré los ojos con fuerza, apreté los puños y obligué al recuerdo de mí misma a entrar en la habitación para emerger a la superficie. Me deshice de la oscuridad sintiendo que con cada paso me arrastraban físicamente del pelo, hacia atrás. Estaba en el pasillo otra vez, mirando cómo se iban cerrando de golpe, una a una, las ventanas que daban a sus recuerdos. Solo tenía un segundo, solo uno, antes de que se recuperara...

—Lillian —dije—, madre...

El truco funcionó igual que siempre. Oír esas palabras lo obligó a redirigir sus pensamientos. Y entonces apareció el recuerdo en el que había estado pensando recientemente con mayor intensidad: el recuerdo que Clancy deseaba proteger.

Yo sabía lo que estaba buscando allí, ya que había tenido un atisbo de ese recuerdo previamente. Nada más aparecer aquella mujer guapa con el rostro enmarcado por el cabello rubio y un gesto de súplica en los labios, me zambullí dentro con mayor fuerza de la que había usado jamás. El laboratorio de Lillian Gray tomó forma a mi alrededor y los objetos se fueron situando en su lugar, encajando como en un rompecabezas. Ella había intentado engañar a su hijo con el fin de llevarlo allí para practicarle el procedimiento. Había filtrado su localización en Georgia, consciente de que él lograría encontrarla. Y Clancy la había encontrado. Di un tirón más fuerte a la imagen, obligándola a pasar a mayor velocidad. Ella alzaba las manos en actitud apaciguadora y farfullaba: «Cálmate, todo saldrá bien». Recordé las manchas de sangre en la solapa del guardapolvo blanco y la vi de nuevo en el suelo suplicando: «Clancy, no, por favor Clancy», mientras él lo incendiaba todo a su alrededor y destrozaba sus máquinas.

Lo que no había visto era cómo él la cogía del cuello. A la menor presión, notaba el pulso acelerado de la mujer en los dedos. O, Dios... Él iba a...

Pero en lugar de ello, deslicé las manos hacia arriba y le agarré las sienes. No hay palabras para describir lo que vi a continuación, al leer una mente dentro de otra mente, al presenciar una explosión de recuerdos dentro de un recuerdo. El calor en mi espalda se volvió intolerable, pero yo continuaba. Le mantuve la cabeza inmóvil mientras retorció, doblaba y destruía hasta el último pensamiento que ella tenía en la mente.

Un disparo cortó la conexión y el dolor me atravesó el hombro derecho. Me giré, alejándome del rostro inexpresivo de la mujer y dejándola caer al suelo, en el momento en que dos figuras oscuras irrumpían reventando la puerta. El cristal que rodeaba a la mujer reflejaba la luz parpadeante del fuego. La belleza extraña y deslumbrante de aquella imagen fue lo último que recordé antes de huir.

Él me expulsó de su mente con tanta violencia que caí hacia atrás y me golpeé la cabeza con el muro. Clancy estaba en el suelo, tan lejos de mí como le permitía el espacio de su celda. Tenía la cara vuelta hacia la pared y le temblaba todo el cuerpo, mientras se esforzaba por respirar. El catre que tenía al lado era ahora una barrera entre los dos.

—Vete —gruñó—. ¡Vete!

Esta vez corrí. Manipulé a tientas la primera cerradura mientras Clancy gritaba todo el tiempo aquella palabra. Abrieron la puerta desde el otro lado y

choqué con la persona que apareció delante. Luché por deshacerme de unas manos mientras la puerta se cerraba a mis espaldas.

—Soy yo, soy yo...

Chubs me arrastró por el breve corredor hasta el viejo armario de archivos. Me aferré a su brazo con la mente hecha un lío de ideas y sentimientos que ni siquiera me pertenecían.

Las piernas me fallaron antes de llegar al pasillo. Chubs metió la llave en la cerradura y la giró, y solo se detuvo lo suficiente para comprobar que la puerta estuviera bien cerrada.

—¿Ruby? —dijo.

Su cara se dividió en dos, en tres, en cuatro... Avanzamos rápidamente hacia el final del pasillo, yo apoyada en él todo el tiempo, temblando por el esfuerzo que me suponía mantener la posición vertical. Chubs abrió la puerta de uno de los dormitorios y me condujo al interior.

Me apoyé en la pared más cercana y me deslicé hasta el suelo, cogiendo aire una y otra vez, mientras intentaba deshacerme de la voz de Clancy. Chubs se puso en cuclillas frente a mí y me observó con atención. ¿Qué habría escuchado? De todo lo que había visto, ¿qué habría comprendido realmente?

«Has sido más Clancy que Clancy». Nunca pensé que existiera la posibilidad de conseguir algo así con mis aptitudes. Para vencerlo, había tenido que transformarme en él. Y pese a todas mis promesas de hacer lo que fuera necesario para encontrar a Lillian, nunca me había imaginado... algo así. Que era capaz de hacer algo así.

«No pienses en ello». Había obtenido lo que buscaba. La confirmación que necesitaba.

—Todavía la tiene la Liga —dije, antes de que Chubs pudiera hacerme la pregunta que yo veía en su cara—. Llegaron y se la llevaron en el último momento.

—¿A la primera dama? ¿Entonces estás segura de que no la mató?

Negué con la cabeza.

—Hizo algo mucho peor.

Para cuando fui en su busca, Cole ya se había marchado. La senadora Cruz me dio la noticia al cruzármela en el pasillo de la planta superior.

—Ha ido a encontrarse con un amigo que aún tiene contactos con la Liga para ver si tienen información sobre los agentes que fueron arrestados —dijo—. Me ha dicho que te dijera que no te preocuparas y que regresaría esta noche.

Lógicamente, no se había llevado un móvil desechable. Por tanto, no había ningún modo de ponerse en contacto con él para ver si podía sonsacarle a ese «amigo» algo sobre la localización de Lillian Gray. Si todavía la tenía la Liga, ¿dónde la ocultaban? Ella había realizado su investigación cerca del Cuartel General de Georgia, protegida solo por unos pocos agentes. ¿La habían llevado al Cuartel General de Kansas, con los demás, al cerrar las otras instalaciones?

Pasé junto al gimnasio y tuve que mirar de nuevo para entender lo que sucedía. Zu, Tommy, Pat y otros chicos estaban trasteando con las máquinas de ejercicio.

—Perdona —intentó Pat, alejándose de las pesas—. Estábamos... sin hacer nada. Y queríamos hacer algo. Puesto que, ya sabes, nos iremos a... Tommy y yo.

—¿Iremos? —repetí.

Tommy apareció junto a Pat, y su pelo rojo resplandeció bajo la luz de las bombillas desnudas del techo.

—Nos hemos ofrecido como voluntarios. Para Oasis. Lo siento, votamos después de que te..., eh..., fueras.

—Ah.

Los miré detenidamente a los dos. Cuando Tommy comenzó a retorcerse, incómodo ante mi mirada, Pat le dio un golpe en el costado para que se estuviera quieto y lo obligó a levantar la barbilla. Yo sonreí.

—¿Queréis aprender un poco de defensa personal? —les pregunté.

No creo que su reacción hubiera sido más entusiasta si les hubiese ofrecido caramelos. Los otros chicos dejaron las máquinas y se lanzaron hacia las

colchonetas, donde les indiqué que formaran una fila. Dirigí los estiramientos, les enseñé cómo deshacerse de diversas llaves con las cuales podían intentar retenerlos y les mostré, varias veces, cómo proyectar a alguien por encima de un hombro cuando no se es un Azul. Horas más tarde, cuando ya habíamos acabado, yo no hubiera sabido decir quién estaba más satisfecho con los resultados del día, si ellos o yo.

Finalmente, Cole anunció su llegada con tres golpes en la puerta del túnel. Abandoné a la carrera la oficina de Alban, dejando los viejos archivos de operaciones que estaba ojeando, y abrí. Me dirigió una sonrisa controlada e incierta mientras subía por la escalera.

—Los otros también han regresado —dijo—. Les he pedido que lo lleven todo a la plataforma de carga del garaje. ¿Puedes reunir a los chicos para ayudar a descargar todas las cosas? Yo iré primero y cortaré la cadena para abrir la condenada puerta...

—Cole —le dije con brusquedad cuando él comenzaba a alejarse.

Se detuvo y giró ligeramente la cabeza.

—Lo siento, Joyita. Están buscando a los agentes, pero tampoco lo saben. Liam debe de haberse puesto en contacto con Harry a mis espaldas porque se ha comunicado conmigo esta mañana para decirme que hará averiguaciones. Harry era de las fuerzas especiales y todavía tiene varios colegas en diferentes ramas militares y agencias del Gobierno.

La mención de su padrastro me trajo la imagen del recuerdo que había visto en la mente de Cole y el dolor se recrudeció en mi interior. El hombre de su recuerdo, su padre biológico, sonriéndole a su madre de aquella manera...

—Vale —dije con voz calmada—. Gracias por intentarlo.

Expulsó el aire con gesto tembloroso y se obligó a encoger los hombros.

—Y tú... ¿bien?

—Sí —respondí—. Iré a buscar a los demás. Nos vemos allá abajo.

El aire frío de la noche llenaba la nave con un perfume vigorizante y limpio que llegaba del túnel. La puerta del otro lado ya estaba abierta, esperándonos. Pero

en cuanto di un paso para entrar me paré en seco.

Parecía como si alguien se hubiera pasado horas limpiando aquel lugar con equipos de agua a presión. No habían podido sacar la chatarra del edificio, porque eso podría haber atraído demasiada atención indeseada, pero de algún modo lo habían encajado todo usando las cuatro paredes como el marco de un rompecabezas. Las estanterías estaban alineadas y habían montado algunas nuevas con pedazos de literas rotas, además de crear un espacio de trabajo con las herramientas que habían encontrado. El elevador de coches aún estaba en el centro del amplio espacio, pero daba la sensación de que hasta esto estaban arreglando. Por lo menos alguien había colocado un montón de neumáticos.

Dos grandes todoterrenos y un monovolumen blanco habían subido por la rampa de carga y estaban aparcados dentro. Corrí hasta donde estaban Liam y Vida, que en ese momento usaban sus poderes para bajar las cajas de los maleteros y colocarlas a un lado.

Liam me miró con una sonrisa familiar en el rostro. Abarcó el grupo que venía detrás de mí con un ademán.

—Estamos organizándolas por tipo. Ordenadores y electrónica aquí...

Una de las Verdes dejó escapar un suspiro de auténtica felicidad, cosa que me hizo reír.

—La comida y el agua van aquí. Debe de haber algunas cajas con ropa, sábanas y mantas. No, no, dejad lo que hay en el monovolumen blanco —dijo, corriendo hacia allí para cerrar la puerta—. Es... Cole se ocupará de eso.

Lo que significaba, supongo, armas para nuestro armero.

Vida estaba... inexpresiva. No cambió la cara ni siquiera cuando Chubs la acribilló a preguntas. Yo ni siquiera estaba segura de que fuera consciente de lo que estaba haciendo, pues parecía aturdida y claramente desconectada.

Zu se me acercó, y su oscura mirada interrogativa se encontró con la mía. Deseaba decirle que no se preocupara, que yo estaba comenzando a aprender que cuanto más peso soportaba el corazón, más fuerte había que ser para continuar adelante. Pero la verdad era que lo único que yo quería era arriesgarme a recibir un puñetazo en la cara y abrazar a Vida. Así que lo intenté.

Y ella me lo permitió.

Dejó los brazos a los costados, atrapados en mi estrecho abrazo. Lentamente alzó las manos hasta apoyarlas en mi espalda. Su piel olía a polvo y a la sal del agua de mar, y a gases del tubo de escape de los coches, y deseé muchísimo haberme ofrecido como voluntaria para ir en su lugar, para que ella hubiera podido disponer de un día para recobrase.

—La vamos a rescatar, joder —dijo Vida con fiereza—. Voy a quemar la casa de Gray con él dentro. Si le han tocado un pelo, le arrancaré el corazón y me lo comeré.

Asentí.

—Lo cierto es que no deberías comer carne cruda —dijo Chubs desde algún lugar, detrás de nosotras—. Puede tener gérmenes patógenos...

Ambas nos giramos hacia él lentamente. Él dejó en el suelo la caja de ordenador que llevaba en los brazos y retrocedió.

—Los canadienses sí que han respondido, ¿eh?

La senadora Cruz contempló las tareas de descarga mientras avanzaba entre las cajas apiladas.

—¿Qué querrán a cambio de todo esto? —preguntó uno de los chicos.

—No te preocupes por ello —dijo la senadora Cruz—. Las indemnizaciones aún están lejos. Esto es lo que podríamos llamar un favor. Oh..., ¿no nos han suministrado combustible?

—Sí. Nos han enviado un tanque de gasolina —respondió Liam—. Lo hemos escondido detrás del bar porque no cabía por la plataforma de carga. Además, no me sentía..., eh..., tope cómodo con una tonelada de material explosivo aquí dentro.

—Muy razonable —dijo la senadora Cruz con una risita.

—Parece que los canadienses están realmente comprometidos con esto. Hemos convenido un lugar de encuentro para que puedan traernos material cuando encuentren brechas. Me han dado esto —dijo, al tiempo que se sacaba del

bolsillo un estilizado teléfono plateado— para contactar con nosotros cuando tengan preparadas las provisiones.

—¿La pintura en aerosol? —preguntó Chubs—. ¿Os habéis acordado de pillarla?

—¿Para qué?

—Cuando enviemos los coches a por las tribus —explicó Liam usando las manos para darle énfasis a las palabras—, los chicos marcarán las rutas seguras con el código de señales. Así podremos regresar enteros. Además, existe posibilidad de que otros chavales que no sabemos que están por ahí encuentren las señales y sigan la ruta hasta aquí.

Esa sonrisa que tenía en el rostro siempre había resultado contagiosa. Me mordí el labio. Él me miraba como si yo fuera lo mejor que había visto en toda su vida.

«Ruby puede quitarte los recuerdos...».

—Buena idea —dije, apartando la mirada.

—Sí... —dijo, con voz vacilante—. ¿Gracias?

Los chicos estaban encantados con la tarea de transportar la carga al Rancho. Cole se quedó reclinado contra la puerta del monovolumen blanco, mirando los progresos que hacían.

—Esperad... —dije, cogiendo a Chubs y a Liam de la parte trasera de sus camisetas ante de que pudieran seguir a Zu y a Hina hacia el túnel—. Tenemos que hablar de algo.

Cole y Vida debieron de captar el nerviosismo de mi voz, porque se acercaron a nuestro grupo.

—Hoy he tenido una... conversación con Clancy —dije—. Para averiguar dónde está su madre.

Cole se irguió.

—¿Y?

—Había estado trabajando en Georgia, protegida por agentes de ese Cuartel General. Al parecer, la rescataron justo a tiempo. Aunque su laboratorio ardió hasta los cimientos.

—Maldición, tía —dijo Vida con voz queda—. ¿Estás segura?

—Afirmativo. Y dudo que vayan a perderla de vista.

—¿Crees que la tienen oculta en Kansas? —preguntó Cole.

—Parece razonable, ¿no? El procedimiento de la Liga es que cuando la organización sufre un ataque, las fuerzas y los recursos restantes se concentran en una localización central segura. No creo que se arriesguen a tenerla en una localización externa después de lo ocurrido con Clancy, ni que ella sea la clase de prisionera a la que podrían haber liberado...

—¿Estarían dispuestos a intercambiarla? —interrumpió Vida—. ¿Accederían a un intercambio de prisioneros?

—¿A la primera dama? —dijo Cole—. Ni por un centenar de agentes. Pero no entiendo por qué no la han usado hasta ahora. No es que sean precisamente tímidos a la hora de utilizar sus rehenes para conseguir sus demandas.

—Bueno..., podría ser que no quisieran ponerla delante de una cámara —dije yo.

—Explícate.

—Clancy le alteró la mente. Se la alteró en serio.

—¿El vudú cerebral? —aclaró Vida—. Estupendo. Así sí que vamos a encontrar respuestas.

—Quieres llegar hasta ella —dijo Liam con voz serena, aunque detecté en ella el matiz de infelicidad que permanecía oculto—. Piensas que puedes arreglar lo que sea que haya hecho Clancy.

Asentí.

—¿Te refieres a que quieres enviar un equipo de extracción a unas instalaciones dotadas de un centenar de exsoldados entrenados, especializados en

tortura y terrorismo..., solo porque tienes una teoría? —preguntó Cole.

—Si no está ahí, por lo menos averiguaremos dónde está —dije yo—. Será entrar y salir. No es que no sepamos dónde está el Cuartel General de Kansas. Podríamos ir dos de nosotros y valorar la situación. Si parece peligroso, retrocedemos. Vale la pena el riesgo. Si la encontramos y puedo recomponerle la mente, tendremos respuestas sobre la cura. Si no, entonces... tendremos a alguien para intercambiar por Cate.

Al oírme, el interés de Vida por la operación se catapultó.

—Prométeme que al final la intercambiaremos por Cate y me apunto. Tú y yo, podemos hacerlo. No es nada que no hayamos hecho antes una docena de veces.

Chubs gruñó y se llevó una mano angustiada a la cara.

—No nos lo digas. Eso lo empeora.

—Ruby no puede ser —dijo Cole—, la necesitamos aquí. Para que se ocupe de él.

Abrí la boca para protestar.

—Esperad... Esperad, esperad, esperad... —me interrumpió Liam—. No tan rápido. Hace unas horas estabas preocupado por si la agente Conner revelaba la localización del Rancho. Pero ¿y si también sueltan lo del Cuartel General de Kansas? ¿Y si ya han recogido y se han marchado?

—Entonces les seguiremos el rastro —dijo Vida—. Aunque me juego cien pavos a que esos gilipollas engreídos se sienten demasiado invencibles y seguros como para emprender una retirada de forma apresurada. Todavía están ahí..., cien pavos.

Me volví hacia Cole.

—Si alguien tiene que entrar ahí para llevarle comida, tendrás que ser tú. Puedo garantizarte que no querrá ver mi cara durante una buena temporada.

Cole pareció intrigado, pero finalmente sacudió la cabeza.

—No, eres necesaria aquí. Si no para eso, para conducir el ataque al campo.

—Solo serán unos días —protesté.

—No. Lo digo en serio.

Los demás cambiaban de posición, incómodos, mientras Cole les dirigía la mirada uno a uno.

—Yo me ofrecería, pero les he dicho a los demás que comenzaría a organizar la búsqueda de las tribus —dijo Liam, pasándose la mano por el pelo desgredado—. Quiero salir para intentar encontrar al grupo de Olivia. Creo que tengo una idea de dónde están.

—¿De verdad? —pregunté.

Olivia y Brett y todos los demás chicos de Nashville tenían cierta experiencia en combate. Resultarían de gran valor si estaban dispuestos a ayudar.

Chubs se puso bien el anorak y se subió la cremallera con una convicción sorprendente.

—Yo iré con Vida.

Hubo un instante de completo silencio.

—Oh, no gracias —dijo Vida—. Estoy bastante segura de que sería más útil llevar un paño de cocina.

—Todavía tengo mis credenciales de rastreador. Solo es cuestión de detenernos en algún lugar para conseguir una nueva identificación —dijo, dirigiéndose más a ella que a los demás.

—¿Tú? ¿Eras un rastreador? —dijo Cole. Empezó a soltar una carcajada, pero se dio cuenta de que los demás no nos reíamos—. Vaya, entonces vale. ¿Por qué no? Continúa.

—Puedo meterme en su red y en su sistema de GPS para asegurarme de que nos mantenemos lejos de ellos —dijo, para después volverse hacia Vida—. Dicho lo cual, vete a la mierda... Puede que seáis sigilosos y que podáis irrumpir en el edificio para sacar a esa mujer, pero yo puedo conducir hasta allá y devolveros

aquí sanos y salvos. Lo he hecho durante meses y jamás me han mirado dos veces, ni siquiera las FEP.

—Probablemente porque tu cara fea como un culo los dejaba ciegos a la primera —farfulló ella.

—¿En serio? ¿Chistes de feos? —le espetó él—. No me digas que ya se te ha acabado el arsenal de ideas ingeniosas.

Liam se interpuso entre ambos, de manera que no pudieran verse. Pese a ello, continuaron lanzándose pullas entre dientes.

—Mira, Vida, acepto gustoso el intercambio que quieres, pero las oportunidades de que esto salga bien no son muy altas, chica —dijo Cole—. Ni siquiera me atrevo a predecir qué pasaría si os capturaran. ¿Qué haríais?

—Les diría que estoy completamente harta de lo cobardicas que sois todos por aquí, y que estoy dispuesta a correr un riesgo real si el beneficio es mucho mayor —respondió ella de forma enfática—. El «beneficio» sería, para ellos, que quiero enrolarme en sus filas.

—La verdad es que es bastante verosímil —propuse.

Para Vida, aquello no tenía nada que ver con la cura, en realidad. Su implicación se debía, al cien por el cien, al hecho de que aquella era una auténtica vía para recuperar a Cate. Ojalá yo hubiera tenido su confianza. Ojalá me hubiera permitido creer que la mantendrían con vida el tiempo suficiente para que así fuera, pero ¿qué sentido hubiera tenido? Era más fácil la insensibilidad de la certeza que vivir con la herida abierta de la esperanza.

—Está bien, Vida. Vale. Puedes ir, siempre que te lleves a *Rastreator* el rastreador, contigo. Los riesgos innecesarios están descartados. ¿Lo has entendido?

Estuve a punto de decirle a Cole que Chubs y Vida tenían un concepto bastante diferente de lo que significaba «riesgos innecesarios», pero mantuve la boca cerrada. No me gustaba la idea de tener a cualquiera de ellos fuera de mi campo visual durante tanto tiempo, por no mencionar lo que podría suceder en el camino. Pero si íbamos a correr un gran riesgo, tenía que ser por algo así.

—De acuerdo —respondió Vida—. Si crees que voy a estropear una oportunidad de recuperar a Cate, debes de estar fumando de la buena.

—Ya me gustaría, cariño.

Cole, Liam y yo trabajamos en silencio transportando los cajones con armas, uno a uno. Esta vez agradecí el inquieto silencio. Independientemente de lo intolerable que resultara aquella tensión, otra pelea hubiera sido muchísimo peor. Hubo un momento en el que me incliné hacia delante para coger un fusil y colocarlo en el estante del armero y se me subió la sudadera a la cabeza. Liam se acercó y me la puso bien. No hizo ningún comentario sobre el cardenal que yo tenía en el cuello, sino que se limitó a ponerme bien la parte de arriba de la sudadera y a alejarse después. Cuando acabamos, él fue el primero en salir: desapareció por la puerta doble y, si hubiera tenido que arriesgarme a adivinar dónde estaba, habría dicho que regresaba al garaje.

Seguí la ruta que había tomado, deteniéndome primero en nuestro dormitorio para echar un vistazo. La mayoría de los chicos habían salido, pero la puerta estaba abierta. Solo vi a Chubs, que dormía en su cama con todas las luces encendidas y un libro sobre el pecho. Sonreí y extendí el brazo para apagar la luz cuando advertí una caja pequeña, de vivos colores, sobre la cama de Vida.

Me tomó menos de treinta segundos saber adónde había ido. La tapa de la caja de tinte para el pelo estaba arrancada, lo que solo podía significar una cosa.

La ventilación de los baños era tan mala que debíamos dejar ambas puertas parcialmente abiertas para que esos ambientes no parecieran el sur a fines del verano. El vapor era lo bastante denso como para producirme un mareo.

—Está bien, sabes —decía Vida—, pero Z, esa forma de vivir es una mierda.

Me detuve ante la puerta y apoyé una mano en ella mientras me inclinaba hacia delante para captar el monólogo.

—Sí, pero ¿eso no te molesta? —continuó—. ¿No tienes cosas importantes que decir? Ya sé que puedes escribirlas, no me malinterpretes, pero ¿cómo vas a sacarte esa mierda del pecho alguna vez si no las puedes decir? O sea, mira, Z, tú sabes que te entiendo, pero la única persona lastimada por este silencio eres tú. No les des ese poder. No caigas en esa trampa de no decir nunca nada. Hay personas a las que vale la pena recordar, personas de las que merece la pena hablar. Tú eres importante. Te mereces hablar y que la gente se calle la puta boca y te escuche. Tú eres más lista que el noventa y nueve por ciento de nuestra población.

Cerré los ojos y retrocedí hasta apoyarme en la pared.

—Ah, chica, yo también me asusto —dijo Vida—. Siempre estoy un poco asustada cuando salgo a una operación. No, no voy cagada de miedo, pero sí temo por lo que pueda pasarles a los demás si yo la cago o no los cubro lo suficientemente bien. En eso, nuestra amiga Ru me debe como cinco años de vida. —Hizo una pausa, probablemente a la espera de que Zu escribiera algo—. La cuestión es, sin embargo, que el miedo no vale para nada. Te inmoviliza cuando más necesitas moverte. Y solo existe dentro de tu cabeza. Puedes detestarte por sentir miedo, pero esa es otra forma de dejar que controle tu vida. ¿No estás cansada de la misma mierda de siempre? Seguirá hundiéndote.

Hubo otra pausa más, lo bastante larga como para que yo comenzara otra vez a abrir la puerta.

—Las personas entran y salen de nuestras vidas todo el tiempo —dijo Vida con la voz tensa—. Pueden prometerme que volverán, pero puede que no vuelvas a verlas de nuevo. Aquí tenemos una buena unidad y... ¿sabes por qué es tan fuerte? Porque la hemos escogido nosotras. La hemos montado nosotras. Mi hermana no era como tus padres, pero así y todo me abandonó. La muy zorra delató mi localización por una recompensa, pero no la dejaré salirse con la suya. No le daré la satisfacción de no permitirme confiar en nadie nunca más. Ella no me eligió a mí, y ahora yo he escogido una familia diferente.

Esperé a que Vida volviera a tararear una cancioncita antes de entrar.

—Hola chicas, ¿qué hacéis? —dije.

Vida me miró. Esta vez el olor a lejía no provenía de los productos de limpieza que utilizábamos para limpiar las duchas, sino de la espesa crema con la que Vida se había cubierto el pelo corto. Tenía una toalla vieja y raída sobre los hombros para evitar que la viscosa sustancia le cayera sobre el sujetador deportivo. Durante un segundo no pude ver nada que no fuera el tejido cicatrizal de sus hombros, producto de las quemaduras que había recibido en Nashville, luchando contra Mason. La imagen me produjo ardor de estómago.

Zu estaba sentada sobre la repisa, junto a ella, balanceando las piernas hacia atrás y hacia delante. Sus pequeños calcetines blancos subían y bajaban por el aire. Sostuvo en alto dos cajas diferentes para que yo las viera, una azul y otra roja. Luego dirigió un ademán a Vida.

—Le pedí al Niño Explorador que se detuviera, cuando volvíamos de

Oregón —explicó Vida, quitándose la toalla de los hombros y colocándola sobre los hombros mucho más pequeños de Zu—. Además, me alegro de haberlo hecho. Tenía que volver a ponerme la pintura de guerra antes de entrar en combate mañana.

Le dirigí una mirada a través del espejo.

—Vale. Mi misión de reconocimiento cuidadosamente planeada y razonablemente cauta —concedió, arqueando una ceja—. ¿Estás segura de que no podemos escabullirnos tú y yo esta noche?

—Chubs es útil —le recordé—. Por favor, trata de no matarlo.

—Sí, bueno, ya veremos. Lo único que digo es que los accidentes ocurren.

Antes de que yo pudiera siquiera pensar en cuestionar lo que había dicho, Vida extrajo un poco de crema del bol en el que había hecho la mezcla y, con los dedos enguantados, le pintó una delgada franja en el cabello a Zu.

—Oh... —dije.

Se me quedó la mente en blanco y pensé enseguida en cómo reaccionarían Liam y, mucho peor, Chubs, ante esta novedad.

Zu miró mi reflejo en el espejo e hizo un gesto de impaciencia que quería decir «¡Más!». Vida negó con la cabeza.

—Empieza con esto y veamos si te gusta. ¿Has decidido el color?

—Le gustaría el rosado —dije.

Zu se giró rápidamente para mirar otra vez a Vida, con los ojos muy abiertos ante esa posibilidad. Vida inclinó la cabeza, contemplando las dos cajas.

—Podría hacer otra mezcla y usar un poco menos de tinte rojo de lo normal. No sé si funcionará, pero vale la pena intentarlo.

Zu asintió con entusiasmo y me dirigió una gran sonrisa.

—Charlie Boy me va a matar —cantaba Vida, reclinada contra la encimera—. Pero nos importa un bledo lo que piensen los chicos, ¿no es así, amiga?

Solté una carcajada, sorprendida.

—¿Charlie Boy?

—Bueno, o sea, se llama Charles, ¿no es así? —dijo Vida con rapidez, fulminándome con la mirada desde el reflejo del espejo—. ¿Por qué os parece mejor llamarlo Chubs^[5]?

—La verdad —dije yo—. Bueno..., os dejo, chicas...

—¿Dónde es el incendio, Bu? —preguntó Vida, moviéndose a saltitos por la repisa hasta colocarse al lado de Zu—. Quédate un rato. No te hemos visto mucho últimamente.

Vacilé un momento, consciente de que todavía tenía que encontrar a Liam, pero ¿cómo podía decir que no cuando Zu volvía a parecerse a sí misma por primera vez en tanto tiempo, cuando yo también las echaba de menos?

—Vale —dije, cogiendo el bol con el tinte—. Veamos si podemos conseguirte el matiz perfecto de rosa.

CAPÍTULO TRECE

Finalmente, después de yacer tres horas en la oscuridad contando los ronquidos de Chubs y esperando a que Liam regresara, dejé el rígido colchón y me dirigí al pasillo. No lo habría molestado, pero... solo necesitaba asegurarme de que estaba donde yo pensaba que estaba.

La música que flotaba desde el túnel hacia el garaje era un buen indicio de que estaba sobre la pista correcta. Los Rolling Stones. Mick Jagger cantaba suavemente algo de unos caballos salvajes y la promesa de su voz me hizo detenerme ante la puerta.

Pensé en el CD que Liam me había traído, en la nota que estaba oculta en su interior, y me sentí atrapada entre la necesidad de entrar y la de regresar al dormitorio, meterme entre las sábanas y desaparecer.

En el garaje había unos cuantos chavales. Una de las chicas trabajaba en una mesa, junto a la pared opuesta, y me tapaba con la espalda lo que estaba haciendo. Los demás jugaban a las cartas sobre una manta extendida en el suelo. Me pareció extraño que estuvieran allí en lugar de utilizar las sillas y las mesas de la sala grande de arriba, donde la temperatura era, como mínimo, diez grados más elevada.

Avancé un paso abrazándome el torso para mantener un poco de calor. Los zapatos se me pegaron ligeramente al suelo. Miré hacia abajo y di un salto atrás de inmediato. Una gran medialuna blanca. Alguien debía de haberla pintado esa misma noche, más temprano.

Liam me daba la espalda, agachado, mientras trabajaba en la moto que había encontrado. Le había quitado la costra gris de suciedad y, gracias a sus cuidados, ahora los detalles plateados y los paneles negros brillaban. Parecía recién salida de una tienda de motocicletas.

Se levantó repentinamente y cogió un trozo de gomaespuma con el que comenzó a envolver el asiento para cubrir las grietas del cuero.

—¡Me gusta lo que habéis hecho aquí! —dije, aunque tuve que gritar para que me oyera por encima de Mick Jagger.

La radio estaba a pocos centímetros de mis pies, pero de algún modo sentí que no tenía derecho a apagarla. Uno escuchaba música a ese volumen para acallar todo y a todos, y dejar que el ritmo y los compases fluyeran a su alrededor como un escudo.

Liam se volvió, sorprendido. Tenía la camiseta blanca manchada con puntitos de aceite y polvo y, de alguna manera, evidentemente sin percatarse de ello, se las había arreglado para mancharse también la frente y la mejilla. Me desarmaba ver lo guapo que estaba y deseé con todas mis fuerzas ir directamente hacia él, cogerle el rostro entre las manos y besarlo, besarlo y besarlo hasta volver a ver aquella sonrisa despreocupada. Me hizo olvidar cuanto había ocurrido desde que empezó todo hasta ese momento. Mi mente aún estaba en los neumáticos reventados, los calcetines y los Beach Boys cuando él me preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada —conseguí decir—. Yo solo... me he preocupado cuando no has aparecido a la hora de apagar las luces. Quería...

—¿Asegurarte de que no había huido? ¿En serio? —dijo. Comenzó a girarse hacia la moto pero se detuvo y se llevó una mano a la frente—. Ah, maldición. Eso hice, ¿verdad? Fue en..., no era Nashville, ¿o sí?

La pequeña burbuja de recuerdos satisfechos me estalló encima.

—Fue en Oklahoma, en el parque nacional.

—Ya, cierto. Esa es la última parte nebulosa. Justo antes de que tú... —dijo, pero luego agitó una mano en el aire—. Lo siento. Aquí necesitamos un reloj.

Recorrí su perfil con la mirada, la línea de su mentón y, con una aplastante certidumbre, pensé: «Aquí no soy bienvenida».

—Bueno, vale —dije, obligándome a hablar con una espantosa claridad—. Vale..., yo me voy..., me voy...

Cuando por fin conseguí decir aquellas palabras, me dolía la garganta y tenía la sensación de que tampoco tenían sentido. «Tonta, tan tonta». Yo quería distancia, ¿o no? Yo no quería hablarlo todo con él y ahora era como si me hubiera olvidado por completo de cómo hablarle.

Retrocedí un paso cuando la música se hizo más suave y él dijo, en voz alta:

—Estoy pensando en ponerle Lovely Rita. ¿Qué te parece?

Pese a todo, se me escapó una sonrisa.

—¿Como la canción de los Beatles?

Liam estaba apoyado en el asiento de la moto, con las piernas extendidas hacia delante y los brazos cruzados. Tomé una nota mental: aquello sí que era lo mejor que había visto en mi vida. Era la primera vez en varios meses que Liam parecía Liam, desde el cabello desgredado por el cual siempre se pasaba una mano hasta la forma en que llevaba los vaqueros por debajo de la cintura.

—Le va bien, ¿a que sí? —dijo, con la más breve y dulce de las sonrisas.

—¿Rita no es una agente de tránsito? —pregunté, y avancé hacia él con el corazón desbocado en el pecho.

Liam me miraba con tanta atención que a punto estuve de tropezar con mis propios pies. La calidez que irradiaba mi abdomen amenazó con incendiarse cuando me tendió los brazos con las palmas hacia arriba.

Entré el círculo de sus brazos y me apoyé en su hombro.

—Sí —dijo él, con voz queda—, pero es tan adorable.

Le deslicé las manos por la espalda y sentí alivio al comprobar que su temperatura era tan alta como la mía. Quería preguntarle sobre el viaje al norte y cómo eran las personas con las que había contactado, pero me conformé con que me abrazara, con que me besara el pelo y la mejilla.

Me incliné hacia atrás para mirarle el rostro. Él deslizó una mano dentro de uno de los bolsillos traseros de mis vaqueros; todavía me miraba cuando extendí la mano e intenté quitarle parte del aceite de la cara.

—Maldición —dijo, riéndose—, ¿estoy hecho un desastre?

«Eres perfecto». Bajé los dedos y la mirada hasta la cicatriz pálida de la comisura de sus labios y sentí el primer contacto de algo oscuro e insistente que empujaba desde el fondo de mi mente.

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz? —pregunté. Solo necesitaba oírlo de sus labios para confirmar lo que había visto dentro de la mente de Cole—. Nunca te lo he preguntado.

—Es bueno que no lo hayas hecho —respondió, mientras me cogía una mano entre las suyas—. No es una historia interesante. La he tenido desde siempre. Cole me contó que me la hice una vez que él me empujó de su cama.

Cerré los ojos y exhalé suavemente. Y cuando me besó, dejé que el beso alejara la verdad.

—Cole dice que has llamado a Harry para que nos ayude a averiguar dónde han llevado a Cate —dije yo—. Gracias; muchas gracias. Sé que intentas mantenerlos fuera de esto.

Liam se rio.

—Como si pudiera evitar que Harry o mamá se metieran en problemas. La historia de Zu lo deja bastante claro.

—¿Has conseguido hablar con ellos?

—Sí, usé uno de los móviles desechables que sobraban —dijo—. Ha sido estupendo oír sus voces. Sentía que había pasado una eternidad desde la última vez.

Le deslicé una mano por el brazo. Estaba fascinada por él..., sinceramente fascinada más allá de todo pensamiento posible. Lo bastante, por lo menos, para ignorar el breve aguijonazo de celos en algún rincón de mi corazón aún magullado.

—Me preocupaba que no aceptara la ayuda de Harry —continuó Liam—. No han hecho más que pelearse desde el primer día.

—¿Y por qué? —pregunté.

Si Cole detestaba a su padre biológico como yo sabía que lo detestaba, ¿por qué estaba tan en contra de Harry? Liam se encogió de hombros.

—Cole solía portarse mal cuando éramos pequeños, y mamá no tenía valor para disciplinarlo después de todo lo que había sucedido con mi padre biológico, por lo que le tocó a Harry hacerlo. Y, ya sabes, Harry es un tío estupendo, cariñoso,

tope divertido, pero también puede ser estricto. Fue militar muchos años.

—Y a Cole nunca le ha gustado que le digan lo que tiene que hacer —acabé yo.

Eso por un lado, pero también estaba segura de que cuando se operó el cambio en él y desarrolló esos poderes terroríficos que había tenido que esforzarse por controlar, pasó la mayor parte de su niñez enfadado y con temor a ser descubierto. Tragué saliva con dificultad ante la idea, incapaz de hablar. Si Cole solo se lo dijera a Liam...

—Creo que era..., no estoy seguro de que esto tenga mucho sentido, pero creo que Cole nunca se permitió confiar en Harry. Él recuerda más cómo era cuando papá estaba con nosotros y siente que debe proteger a mamá; algo comprensible. Pero es como si estuviera esperando a que Harry nos traicionara. Que nos hiciera daño. Y Harry jamás haría eso. La verdad, creo que se enroló en la Liga solo para fastidiar a Harry.

—Tal vez el que ahora estéis trabajando juntos ayude a Cole a aprender a confiar en él —propuse.

—Eso es lo que Harry espera. Y para que conste, yo también tengo esa esperanza. —Liam me besó el cabello otra vez antes de retroceder—. Vale. Estoy hecho polvo...

Yo ya no estaba cansada en lo más mínimo y tenía la sensación de que él tampoco lo estaba realmente. Le besé la cicatriz de la comisura de los labios, le subí las manos por el cuello y las hundí en su pelo. Tuve la sensación de que sus ojos azules se oscurecían cuando se inclinó para encontrarse conmigo a mitad de camino.

Alguien tosió detrás de nosotros.

Y volvió a toser.

Liam farfulló algo atípicamente vulgar y retrocedió. Tenía el rostro ruborizado y un brillo salvaje en los ojos.

—¿Sí?

Era la chica que había estado trabajando en la mesa, una Azul que había

llegado con el variopinto grupo de Zu. Elizabeth. Ese era su nombre. Liza.

—He acabado, pero no sé si parece... Creo que podría parecerse más a un... ¿plátano blanco? —dijo, mientras sostenía el casco negro para que lo examináramos.

Pintado en uno de los lados, vi algo que a mí me pareció una medialuna. Liam me estrechó con más fuerza la cintura.

—Está muy bien —dijo.

—Bueno, tú sabes lo que se supone que es, pero ¿y si ella no lo sabe? —dijo Liza.

—¿Ella? —repetí yo.

—Nuestro contacto —dijo Liam rápidamente—. El contacto de la senadora Cruz, quiero decir. Cuando vaya a recoger las provisiones, quiere que lleve algo que me identifique.

—¿Pero no irás en el coche o en la camioneta? —pregunté—. ¿Vas a ir en la moto?

Él dudó, se irguió y se alejó de la moto. Cuando se volvió hacia mí sonriendo, vi el esfuerzo que hacía por concentrarse.

—A veces en la moto, dependerá de la situación. También pintaremos una de las puertas de la camioneta.

No sé lo que fue exactamente. Tal vez el tono extraño de la voz de Liam, la forma en que Liza se sobresaltó o la palidez de su rostro. Tal vez la rapidez con que Liam me cogió de la mano y me condujo de regreso hacia el túnel. Todo pensamiento que pasaba por la cabeza de Liam se manifestaba siempre en su rostro, fuera bueno o malo. Al ver su cara deliberadamente inexpresiva, medio oculta por las sombras del túnel, junté las piezas del rompecabezas.

Él también tenía secretos.

Vida y Chubs partieron a la mañana siguiente, mucho antes de la salida del sol. Liam, Zu y yo acudimos para despedirlos desde la entrada del túnel. Sin importar si lo habíamos planeado así o no, Vida y Chubs habían estado

discutiendo en voz tan alta desde que había sonado la alarma del reloj de Liam que ninguno de nosotros tuvo posibilidad alguna de volver a dormirse. Nico y Cole aparecieron pocos minutos más tarde, ambos pálidos y agotados por un cansancio que no provenía de haberse levantado a esa hora intempestiva, sino de haberse quedado despiertos toda la noche. Me irritó muchísimo la forma en que evitaban el contacto visual con nosotros. Cuando le pregunté a Cole qué era lo que sucedía, solo me respondió:

—Hablaremos de eso después.

Mientras Vida revisaba el mapa por última vez con Liam y Cole, aparté a Chubs y me lo llevé a dar un paseo por el pasillo. Me di cuenta de que él intentaba denodadamente mantener cierta compostura. Chubs era tan cerebral, tan lógico, que no poseía ningún mecanismo para tratar con las poderosas emociones que amenazaban sus cautos procesos. No creo que temiera por sí mismo tanto como por lo que podía pasar durante su ausencia.

—No hagas ninguna tontería —comenzó diciendo—. Mantente a salvo. Asegúrate de conseguir atención médica adecuada...

—¿Acaso no es ese el sermón que yo debería darte a ti? —pregunté.

—Venga, no hay tiempo para cuchicheos y abrazitos —dijo Vida en voz alta—. Moveos.

Chubs levantó un dedo para indicar a los demás que necesitábamos un minuto. Vida resopló con impaciencia y también levantó el dedo, aunque con un gesto muy diferente, en su dirección.

—No dudo de que vosotros lo conseguiréis —comencé a decir—, pero ¿cómo lo haréis sin estrangularos el uno al otro?

—Bueno, estamos bastante parejos —dijo él en tono razonable—. Ella tiene el músculo y yo el cerebro. O bien regresamos los dos, o bien no regresa ninguno, porque nos habremos arrancado la garganta a dentelladas el uno al otro.

—Ni se te ocurra bromear con eso —susurré.

—Tengo que bromear con eso porque de lo contrario me pondría a llorar —dijo.

De repente, vi en el rostro de Chubs el mismo agotamiento que sentía yo.

—No tienes que ir, si no quieres —dije rápidamente—. No es demasiado tarde.

—¿Ah, no? Además, yo también tengo que hacer mi parte del trabajo —dijo.

Se encogió de hombros con una despreocupación que parecía antinatural en él. Su voz sonaba tensa, como filtrada por un bulto que tuviera atascado en la garganta.

—Tú y Vida estaréis bien —dije, apoyándole ambas manos en los hombros y obligándolo a mirarme a los ojos—. Lo tenéis todo bajo control. Seréis muy cuidadosos y rápidos, y volveréis de una pieza.

Chubs se volvió hacia Vida, la única persona cuyo andar siempre me recordaba el acechar de un felino.

—Bueno —me corrigió con una expresión de sufrimiento—, ojalá no sean más de dos piezas.

A pesar de lo que había dicho, Vida esperó con paciencia a que Chubs se arrodillara frente a Zu para hablar con ella y le diera a Liam unas buenas palmadas en la espalda. Cole abrió la puerta, dejando entrar una ráfaga de aire fresco hacia el pasillo, y retrocedió para que Chubs iniciara el descenso.

A pesar de toda la fe que tenía en ellos, tuve que luchar contra el impulso de lanzarme por el túnel para bloquearles el paso y me llevé una mano al pecho intentando aliviar la sensación de pánico. Pero Zu no tenía tantas reservas como yo. Le soltó la mano a Liam y apartó a Cole, quien ya estaba cerrando la puerta. Para cuando la alcanzamos, Zu se aferraba a sus mochilas y tenía los talones clavados en el suelo inacabado, al tiempo que lloraba de forma tan silenciosa como desgarradora. Nunca la había visto llorar de aquella manera. Sacudía la cabeza con un gesto de silenciosa súplica en los labios. Chubs nos miró azorado.

En muchos aspectos, Zu había sido la más dura de entre todos nosotros, la más rápida en reaccionar después de que la machacaran el horror o la tristeza. Fueran cuales fueran las paredes que había levantado para mantener a raya sus sentimientos, no eran lo bastante altas para contener su desesperado temor. Y eso me dejó devastada. Me dolía la garganta por la necesidad que yo también tenía de llorar.

Vida dejó caer su mochila y se puso de rodillas frente a Zu.

—Venga, de eso nada. Es como aquello de lo que hablamos, ¿vale? —dijo, mientras Zu apoyaba el rostro en la mochila de Chubs—. Lo que te pasó con aquel tío, el que te llevó en coche a California, eso fue... —prosiguió Vida, pero me da cuenta de que se contenía y escogía una palabra diferente—, eso fue algo muy complicado y lo siento. De verdad, siento lo que le pasó. ¿Pero Charlie Boy y yo? Nosotros volveremos. Ninguno de los dos va a dejarte aquí sola. Cuidamos de nuestra familia, ¿no es así?

No había advertido que Liam tenía una mano en mi hombro hasta que aumentó la presión. Su rostro tenía el color de la ceniza.

Eso calmó a Zu, por lo menos lo suficiente para soltar a Chubs y volverse completamente hacia Vida.

—Puedes confiar en mí, Z. No te decepcionaré. ¿Vale?

Zu asintió, pasándose la manga por la cara. Vida levantó el puño para chocarlo, pero Zu le ganó de mano y le rodeó el cuello con sus brazos largos y huesudos. Vida dijo algo en voz tan baja que no pudimos oírlo, pero cuando Zu retrocedió, asentía con la cabeza y la expresión de su rostro era de férrea determinación. Sin más advertencia, se giró y abrazó también a Chubs, mientras miraba hacia atrás y le hacía un gesto con el índice levantado a Vida, como si quisiera decirle «Sé buena».

—Te lo he dicho —dijo Vida al ponerse de pie—, yo cumplo mis promesas.

Liam salió a buscar a Zu y la condujo de regreso por el pasillo para que no viera cómo se cerraba la puerta a sus espaldas. Ella se recobró enseguida, con los puños apretados a los costados y la barbilla en alto: la misma actitud que había visto en Vida cuando se preparaba para combatir.

—Busquemos algo para comer, ¿vale? —dijo Liam, al tiempo que me miraba por encima del hombro—. ¿Vienes?

Negué con la cabeza.

—Tengo que darme una ducha y ocuparme de algunas cosas. Os alcanzaré más tarde.

Liam me dijo adiós con la mano y prosiguió con Zu por el pasillo, hacia la cocina, en la planta inferior.

—Vale, ¿qué ocurre? —pregunté antes de que Cole o Nico pudieran hablar—. ¿Qué ocurrió anoche?

—Es más fácil mostrártelo —dijo Cole.

Pasó junto a mí y se dirigió hacia el mismo lugar que su hermano: las escaleras. Lo seguí en silencio mirando a Nico, que contemplaba el suelo, y noté una incipiente opresión en el estómago. Se me estaba haciendo muy difícil fingir que no me importaba.

Era la primera vez que estaba en la sala de informática desde la llegada de los suministros, la noche anterior. Donde antes había un único portátil, ahora había cinco ordenadores de sobremesa y otros tres portátiles distribuidos en los escritorios, que permanecían pegados a las paredes dejando un espacio libre en el centro de la sala para la planificación. Junto al portátil viejo descubrí una impresora y un escáner. Nico estaba sentado en el rincón más alejado de la sala, como siempre. Cole apartó unos papeles impresos con un código indescifrable de una de las sillas cercanas y me la ofreció.

Nico tecleó una especie de clave y se abrió una ventana que contenía más código indescifrable.

—En cierto sentido, esto no parece «más fácil» —dije—. ¿Qué estamos mirando?

—Es el registro de nuestro servidor —dijo Nico—. Anoche parecía ir retrasándose, así que le apliqué el procedimiento de detección de problemas para ver cuál era la causa. Aquí... —dijo, mientras señalaba la pantalla—. Eso significa que alguien ha enviado uno de los archivos que están guardados ahí y los ha transferido a otro servidor cifrado.

—¿Qué archivo? —pregunté.

—Era uno de los vídeos con las pruebas de Thurmond —respondió Cole.

—Pero hay algo más —añadió Nico, desplazando la página hacia arriba—. Hay interrupciones en el registro de actividad del servidor, todas entre la medianoche y las cuatro de la mañana de dos días distintos.

—¿Y la causa no será que no había nadie despierto para usar los ordenadores? —pregunté.

Nico negó con la cabeza.

—Hemos estado dejando los ordenadores encendidos toda la noche para transferir todos los archivos a servidores de seguridad remotos, en caso de que el nuestro se estropee. Tendría que haber grandes picos de actividad..., pero mira.

Los grandes picos de actividad estaban ahí, a partir de las once de la noche, pero desaparecían bruscamente a las dos de la mañana y solo reaparecían cuatro horas más tarde, justo cuando Nico y los otros Verdes llegaban para empezar las tareas del día.

—¿Realmente no hay ningún modo de saber quién lo ha hecho? —pregunté, mirando la pantalla.

—Ha sido un Verde —dijo Nico.

—Podría haber sido un Verde —dijo Cole.

—No —insistió Nico—, tiene que haber sido un Verde. ¿Cuántos chicos saben cómo borrar la actividad de un servidor?

—Vale —dije yo. Lamentablemente, lo que decía era razonable—. Pero si se esforzaron tanto para ocultar los otros casos, ¿por qué iban a dejar estas irregularidades para que alguien las descubriera?

Nico se encogió de hombros.

—Tal vez alguien los interrumpió. O tenían tanta prisa que no tuvieron tiempo.

Cole hizo otra pregunta que desapareció bajo el torrente de sangre que me inundó los oídos mientras miraba la pantalla, parpadeando para despejar la visión borrosa que la transformaba en poco más que un cuadrado brillante.

—¿... piensas? —dijo Cole, mientras me tocaba el hombro para llamarme la atención.

Me sobresalté.

—Perdona —dije rápidamente, evitando sus miradas—. Estoy cansada. ¿Qué acabas de preguntarme?

—Mi teoría es que uno de los ordenadores ha sufrido un fallo técnico, o que hay un problema en el servidor —dijo Cole, con una mirada cargada de preocupación.

—La navaja de Ockham —dijo Nico—. Haz la menor cantidad de suposiciones. Habitualmente la solución más simple es la correcta.

—No sé de qué va eso de la navaja, pero ¿a quién diablos le estarían enviando la información? —preguntó Cole—. ¿Quién sería tan estúpido como para intentar vender información corriendo el riesgo de que lo atraparan y lo llevaran a un campo?

—¿Podría ser alguien del Cuartel General de Kansas que accede a los archivos de forma remota? —le pregunté a Nico.

Negó con la cabeza.

—Es alguien de aquí.

«Maldición». Cole y yo cruzamos una mirada.

—Quiero creer que es algo que no se repetirá —dijo—, pero sigue buscando. Avísame si intentan algo otra vez, ¿vale?

Se oyó un golpeteo en la ventana de la sala: era Kylie, vestida de negro de pies a cabeza, con el cabello recogido en un moño esponjoso.

—Ah —dijo Cole—, son los grupos que saldrán esta mañana a rastrear esas tribus de Montana. Vosotros dos, arreglad lo de la cámara, ¿vale?

—Espera —le dije—. ¿Se marchan esta mañana? ¿De dónde han salido los coches?

—Se llevarán el todoterreno que consiguió Li ayer para ir a buscar las provisiones —respondió, desperezándose al levantarse.

Lo seguí hasta la puerta mientras lo escuchaba impartir instrucciones sobre el entrenamiento y sobre qué armas sacar del armero para el entrenamiento del día

siguiente, pero cuando llegué a la puerta, no fui tras él por el pasillo.

Regresé a la sala de informática y vi la pizarra blanca por el rabillo del ojo. Alguien, probablemente Cole, había comenzado a garabatear información: coordenadas, tamaño de la población de los campos, contingente de las FEP destinado en cada uno de ellos y cualquier otra información que la Liga pudiera tener en sus archivos. Intercalados, había detalles de los documentos de Clancy. Vi también algunos datos sobre los controladores de campo que parecían haber sido añadidos después.

También estaba allí el bosquejo básico del plan para atacar Oasis. Encontré mi nombre escrito junto a la frase «influcidar al controlador de campo a cargo de las comunicaciones».

—No es necesario que te quedes —dijo Nico—, puedo hacerlo solo.

—Lo sé.

Cogí un rotulador de la repisa y empecé a agregar la información adicional sobre Thurmond, completando secciones del plan allí donde podía hacerlo.

—La estrategia era tuya —dijo la voz de Nico por encima del cálido ronroneo de las máquinas—. ¿No es así? Parecía tuya.

—¿A qué te refieres?

—Un poco temeraria. Inteligente, pero sin prestar atención a los detalles.

—¿En serio? —dije yo con dureza, volviéndome hacia él.

Nico continuó dándome la espalda todo el tiempo, con los hombros encorvados por la tensión. ¿Acaso no me había comportado como un auténtico monstruo con él? Parecía haber un radio de un metro y medio a mi alrededor que a Nico le daba demasiado miedo cruzar. Me esforcé para no avergonzarme ante la idea de lo mal que lo había tratado.

—¿Tú cómo lo harías? —dije, al tiempo que indicaba con la barbilla el espacio vacío debajo de la palabra Thurmond e intentaba ignorar la forma en que parecía burlarse de ambos.

Nico me miró fijamente y pasaron sesenta segundos completos antes de que

diera un paso vacilante hacia mí.

—Lo que yo piense no importa.

—Has dicho que no prestaba atención a los detalles —insistí—. ¿Qué has querido decir?

Nico bajó la mirada mientras restregaba el zapato sobre una baldosa. Recordé fugazmente que Vida los llamaba los «chirridos» por la forma en que arrastraban los pies al caminar.

—El plan de Oasis está bien —dijo por fin—. Tal como está ahora, tiene sentido. Basándose en el tamaño del campo, habrá solo dos o tres controladores y te será fácil saber cuál de ellos está a cargo de la seguridad y de enviar los mensajes de actualización de estado a la red. Pero no será así en Thurmond.

Observé cómo se retorció las manos, incapaz aún de mirarme.

—Habrá unos... ¿doce controladores de campo en la torre de control? Esa era la estimación en los archivos de Clancy. Está situada en el medio del campo, lo que supone que quienquiera que intente entrar por la fuerza deberá combatir a través de todos los anillos de cabañas para poder llegar hasta allí y someter a las FEP y a los controladores. Y, para entonces, estos ya habrán llamado a los refuerzos. Aunque encuentres la manera de someterlos a todos, será demasiado tarde. Lo único que tienen que hacer es encender el Ruido Blanco y se habrá acabado el ataque. El generador eléctrico y el generador de emergencia están dentro del perímetro del campo, y tengo la sospecha de que cortar la electricidad activaría automáticamente la alarma de la red militar.

En ese intervalo de dos minutos, Nico se había ocupado de echar por tierra toda mi confianza.

—En resumen —dije—, que necesitaremos un equipo de ataque mucho más numeroso. Un equipo que pueda trabajar más rápido, entrar y salir.

—La idea de Liam de intentar involucrar a los padres en el ataque podría funcionar —propuso—, pero la mitad del éxito depende de que seamos capaces de inspirar a los civiles para que se rebelen y vayan a por los campos, y la otra mitad depende de si las FEP disparan o no a los civiles, o de si encuentran alguna forma de disuadirlos.

—¿Liam tiene un auténtico plan? —pregunté.

—No en el sentido técnico del término. Solo he oído a algunos chicos preguntarle acerca de lo que él haría —dijo Nico, al tiempo que se encogía de hombros—. Su alternativa tampoco es perfecta.

—¿Hay otra? —pregunté.

Finalmente, Nico se puso de pie y, con pasos vacilantes, se colocó a mi lado. Le ofrecí el rotulador, pero no lo cogió.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Inténtalo.

—La única forma que se me ocurre de incapacitar a los controladores es acceder a los sistemas del campo..., y no me refiero a inhabilitar o desmontar el propio sistema, sino a aislarlos y mantener el sistema funcionando para que nadie de fuera del campo pueda notar nada extraño. Para ello, tendríamos que instalar un programa troyano en su sistema y controlarlo de manera remota. Estarían tan desorientados que el equipo táctico lo tendría fácil para reducirlos.

—¿Se trata de algo que podríamos subir a su servidor? —pregunté.

La Liga nos había dado una instrucción limitada en tecnología y funcionamiento de los virus, pero esto excedía con mucho mis conocimientos.

—No, los programas no se instalan automáticamente como los virus. Alguien debe instalarlos —dijo—. Y con todas las barreras de seguridad en marcha, no creo que ninguno de los controladores baje descuidadamente un archivo adjunto del correo electrónico.

—Por tanto, alguien debe ir a Thurmond e instalarlo antes del ataque —dije—. Pero el campo no recluta chicos nuevos desde hace años.

—Aceptan a los chicos fugitivos procesados originalmente allí —dijo Nico con tranquilidad—. Yo ya he comenzado a programar el troyano. Cole me ha dicho que...

Levanté una mano para detenerlo.

—¿Cole ya lo ha aprobado?

Asintió, con los ojos muy abiertos.

—Me dijo que hablaría contigo sobre esto. Puedo tenerlo listo en una semana. No podrán detenerlo una vez que el programa haya sido instalado.

Horrorizada, tuve la sensación de que hasta la última gota de sangre de mi cabeza se evaporaba.

—No —dije aterrada—. De ningún modo...

—Me refería a mí mismo —dijo Nico con rapidez—. No a ti. Podría llevar el troyano en un lápiz de memoria, al igual que llevarán cámaras para Oasis. En la montura de unas gafas. ¿Las has visto? —dijo, mientras cruzaba la habitación para regresar al poco con un par de gafas cuya montura era de plástico negro.

Tuve que apoyarme en el escritorio para mantenerme de pie.

—Nico..., no.

—Ya está instalada; aquí —dijo él, ignorándome y señalando uno de los brillantes tornillos plateados que parecían sostener la montura—. Esta es la cámara y esto no es más que un tornillo innecesario para la montura. Debemos hacer que parezcan lo más auténticas posible. Tommy ha dicho que están bien, por lo que él llevará este par. Para Thurmond, podría usar un par de gafas con la montura más gruesa, quitar una de las patillas y reemplazar una parte por un pequeño lápiz de memoria. Es eso o metérmelo bajo la piel, pero todavía te quitan la ropa para registrarte, ¿no? El corte resultaría demasiado evidente.

—¡Nico! —le interrumpí—. ¡Escúchame! No. ¡No volverás ahí de ningún modo! Por mucho que te lleven a Thurmond, ¿cómo llegarás hasta la torre de control para instalar el troyano? No has estado allí desde la remodelación. No te permiten ir por ahí sin supervisión. Ahí dentro, cada movimiento está estudiado al detalle. Y es el edificio mejor fortificado de todo el campo.

Se detuvo, intentando buscar una solución.

—Debo echar un vistazo a los calendarios de las FEP y encontrar un instante para escabullirme. No importa si al final me capturan, de verdad que no. Estará bien... Conseguiré..., ya no me queda nadie ahora que Cate se ha ido. Y es una

forma de rectificar lo que hice —dijo, mientras bajaba la voz hasta convertirla en un susurro—. Es una forma de rectificar lo que hice, por Jude.

Al oírlo, me erguí y me giré para mirarlo a la cara.

—Lanzándote al peligro..., desperdiciando tu vida... ¿Qué diría Jude? ¿Qué diría Cate? No he sido una buena amiga para ti en las últimas semanas pero, Nico, te lo juro por Dios, por favor, te perdono, de verdad, entiendo lo que ocurrió y siento haberte tratado como lo hice. He estado con la cabeza en las nubes demasiado tiempo y me ha sido difícil ver las cosas con claridad. Pero, por favor, escúchame...

—Está bien —dijo, con voz ronca.

—No, no lo está.

No lo estaba. La forma en que yo había actuado no estaba ni remotamente cerca de estar bien: culparlo de todo, odiarlo a él porque no podía continuar si dedicaba todas mis energías a odiarme a mí misma... Intenté pensar qué diría Jude en esta situación. O hasta qué diría Cate, que había tenido que hablar con él tantas veces para disuadirlo de sus ataques maníacos en los que todo le parecía una conspiración.

—No podemos cambiar lo que sucedió en Los Ángeles. Estaba enfadada; estaba tan condenadamente enfadada porque él... se nos había ido... y yo no había podido hacer nada para salvarlo. Debería haber hablado contigo, debería haberte ayudado o, por lo menos, debería haber intentado comprender lo que hiciste. Decepcioné a todo el mundo, pero era más fácil culparte a ti. Hacía menos daño. Pero la verdad es que sabía lo que Clancy era capaz de hacer. Debería haber intentado confirmar por otra vía si lo que él decía era verdad. Y, ¿sabes qué? Jude habría querido ir igualmente, aun cuando yo hubiera dicho que no.

—Era mi mejor amigo —dijo Nico en un sollozo.

—Lo sé. Pero... con Clancy es diferente, ¿verdad? —dije con voz serena—. Cuando quieres a alguien no hay reglas. Y así era con Clancy, ¿no es así? No del mismo modo en que querías a Jude o del modo en que yo quiero a Chubs.

Lo supe en cuanto vi su rostro en el recuerdo de Clancy. La expresión torturada y los sollozos irregulares solo eran una parte: era la forma en que Nico había abrazado al otro chico, la forma en que lo había alimentado y lo había

limpiado, empleando en ello hasta su último gramo de ternura. «Lo ves en los demás —pensé— cuando lo reconoces en ti misma».

—Confiaste en él, y él cogió tus palabras, las tergiversó y las usó para sus propios fines —dije—. Yo estaba tan enfadada contigo por haberle creído, por darle todo lo que tenías. Pero sé de primera mano que las personas son capaces de hacer cosas por aquellos a quienes aman que antes ni habrían considerado.

Nico hundió el rostro entre las manos y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No era mi intención arruinarlo todo —susurró—. Confié en él. Toda la información que le di, me juró que la utilizaría para ayudarnos y pensé...

—Pensaste que él nos mantendría alejados de todo aquello, a salvo, ¿no es así? —acabé yo—. Lo sé. Parece que, durante una temporada, te comportaste como yo.

—No sé por qué... Sabía que era un error, que estaba mal, pero él era bueno. Cuando lo conocí, era bueno y me ayudó. Y yo creí que eso sería igual con todos los demás. La única razón de que estuvierais ahí fue que yo predije los resultados de forma incorrecta. No tuve en consideración todos los valores atípicos de sus factores conductuales —dijo, con una voz tan débil que tuve que inclinarme para oírla—. No siempre fue como es ahora. Ellos destruyeron algo en su interior.

—Lo siento —dije—. Por no haberte dejado explicarlo. Por actuar como lo hice y no estar a tu lado.

—Debo resolverlo —dijo, con la voz ronca—, debo enderezar las cosas. No puedo..., no puedo dejar de pensar en los resultados que podríamos haber tenido. Vida me dijo que si no hubierais estado ahí, no habríamos conseguido la cura, pero ahora tampoco la tenemos, ¿verdad? Todo fue en vano.

Eso fue como un puñetazo en el estómago. Sentí las lágrimas brotar en los ojos e hice un esfuerzo por retenerlas. El sufrimiento de Nico era infinito. Su vida era una tragedia tras otra. Y yo lo había ignorado, lo había castigado. Vida no había hecho ningún intento real. Cate se había marchado. No tenía a nadie que pudiera ayudarlo a salir de todo aquello. Lo habíamos abandonado en un mar oscuro sin siquiera un salvavidas.

—Podemos resolverlo —dije, cogiéndolo por los hombros—. Ya has hecho mucho, pero aún queda mucho por hacer. Encontraremos otra manera.

—No tienes ningún motivo lógico para confiar en mí —dijo Nico.

—Puede que ya lo hayas notado, pero nunca se me ha dado bien hacer caso a la lógica.

—Es cierto —coincidió—. No es tu patrón conductual. A Jude le gustaba. Decía que sabías cuando estaba bien romper las reglas para ayudar a la gente. Decía que eras como un superhéroe porque siempre intentabas ayudar a los demás, incluso cuando las probabilidades estaban en tu contra.

—El patrón conductual de Jude era la exageración —dije, con la esperanza de que no captara mi dificultad para hablar.

Nico asintió y el cabello negro azabache le cayó sobre el rostro. A mí me parecía enfermo, enfermo física y mentalmente, y enfermo también en el corazón. Por la palidez de su piel habitualmente dorada, parecía como si su propio fantasma hubiera abandonado el cuerpo.

—Jude nunca tomó decisiones lógicas, pero se esforzaba en ello.

«Se esforzaba». Se esforzaba tanto, en todo, con todos.

—Ruby, ¿qué aspecto tiene el futuro? —preguntó Nico—. No puedo imaginármelo. Lo intento todo el tiempo, pero no consigo verlo. Jude decía que parecía un camino justo después de una tormenta.

Me volví hacia la pizarra y recorrí con la mirada aquellas ocho letras, intentando quitarles su poder, transformarlas en un nombre, en un lugar, en otra palabra. Algunos recuerdos nos atrapan y revivimos otra vez sus miles de minúsculos detalles. El aire húmedo y frío de la primavera que sopla entre los remolinos de nieve y la llovizna. El zumbido de la valla eléctrica. El suspiro que soltaba Sam cada mañana cuando dejábamos la cabaña. Recordaba el camino a la Fábrica del mismo modo que nunca se olvida la historia que hay detrás de una cicatriz. El fango negro me salpicaba los zapatos y ocultaba temporalmente los números escritos en ellos. 3285. No era un nombre.

Uno aprendía a levantar la vista inclinando la cabeza hacia atrás para mirar por encima del alambre de espino enrollado sobre la valla. De lo contrario, resultaba demasiado fácil olvidarse de que había un mundo más allá del herrumbrado cerco metálico en el que nos habían metido como a animales.

—Lo veo de colores —dije yo—. De un azul profundo que se pierde en tonos dorados y rojos; como fuego en el horizonte. Un crepúsculo. Es un cielo que quiere que adivinemos si el sol está a punto de salir o de ponerse.

Nico sacudió la cabeza.

—Creo que es mejor la imagen de Jude.

—Y yo —dije con suavidad—. Y yo.

CAPÍTULO CATORCE

Tras dejar a Nico con su trabajo, me dirigí a la planta superior conteniendo con esfuerzo la furia que estallaba en mí. No me importó ni siquiera un instante que la senadora Cruz estuviera en la antigua oficina de Alban con Cole, ni que ambos mantuvieran un diálogo serio y calmado. Irrumpí en la habitación como una explosión.

La senadora Cruz se puso en pie de un salto y se llevó ambas manos al pecho. Cole se limitó a reclinarse en su silla.

—Te lo ha dicho —dijo Cole, con voz inexpresiva.

—¡Sí, me lo ha dicho! —le espeté—. ¿Cómo has podido autorizar...?

—Cierra la puerta... ¡Ruby! —dijo Cole, mientras descargaba un manotazo sobre el escritorio poniendo fin a mi diatriba antes de que comenzara realmente. El modo en que suavizó de inmediato la voz, y el matiz doloroso de la misma, me detuvieron en seco—. Cierra la puerta.

La cerré con el pie y crucé los brazos sobre el pecho.

—Enviar a ese chico a Thurmond es una sentencia de muerte —le dije—. No podrá con ello, y aunque lo consiguiera, ¿quién dice que lo llevarán de regreso al campamento y no al programa de pruebas de Leda?

—Cerraron el programa en el que estaba poco después de que yo consiguiera el lápiz de memoria —respondió Cole.

—¿Y acaso no hay otros? —dije yo.

—Antes te ha parecido bien enviar a Tommy y a Pat a Oasis —me recordó la senadora Cruz.

«Ella también lo sabía».

—No me ha parecido «bien». No es algo que me «guste». Pero ellos solo serán ojos y oídos, y los sacaremos de ahí en un par de días. Nico no podrá

escabullirse para instalar el programa, y aunque se dé un milagro y lo consiga, no logrará escapar de la torre de control después de haberlo hecho.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Cole—. De verdad. Soy todo oídos.

Pensé en la reacción de Zu tras la marcha de Vida y Chubs, la pálida conmoción que la había envuelto con sus manos heladas. Si Nico tenía razón y esta era la única forma de hacerlo, entonces... Respiré hondo y apreté los puños. ¿No debería ser yo? Ahora mismo Nico era demasiado frágil. Volver a ese lugar lo destruiría. Pero yo podía —si con ello ayudaba a las personas que amaba, si con ello ayudaba a cada chico que viniera después de nosotros— yo podía aceptar que ese era el papel que me estaba destinado en esta historia.

«Te matarán», pensé. Clancy ya había confirmado lo que les habían hecho a los otros Naranjas. «Tendrás que convencerlos otra vez; hacerles pensar que eres una Verde». Sacudí la cabeza en un intento de aclarar mis pensamientos. El último recurso. Este era un plan de último recurso.

—Creo que debemos tener en cuenta las ideas de Liam —dije—. Tal vez debemos hacerlo de una forma más indirecta. Utilizar a los medios. Hacer participar a los padres. Si hacemos que caiga la imagen de Gray, si eliminamos hasta la última gota de la confianza que le tiene la gente, podemos desmantelar su Gobierno. La comunidad internacional no puede ignorar las pruebas del abuso y el crimen durante mucho tiempo. Se involucrarán...

—Cariño, llevan años ignorando las pruebas —dijo la senadora Cruz—. Intentaron enviar ayuda con aviones y les salió el tiro por la culata. Gray amenazó con abrir fuego contra los aviones que volvieran a cruzar nuestro espacio aéreo. Lo he intentado una y otra vez.

—Es que debemos entregarles las pruebas adecuadas —dije yo—. Podemos usar las palabras de Lillian Gray sobre la cura y lo que sepa sobre la causa de la ENIAA, demostrarles que es seguro venir a nuestro país y ayudar a derrocar a Gray. ¿No se han formado fuerzas de paz en el pasado?

—Tenemos un trato. Oasis por suministros —dijo la senadora Cruz con frialdad, al tiempo que volvía la cabeza hacia Cole—. ¿Os estáis echando atrás?

—No, se lo prometo, no se trata de eso —dijo Cole, levantando las manos y mostrando las palmas en un gesto apaciguador—. Es natural sentirse reticentes antes de una operación como esta. ¿Puedo hablar con Ruby a solas unos minutos?

La senadora Cruz se levantó con gesto altivo, me dirigió una mirada de insatisfacción al abandonar la habitación y cerró la puerta con firmeza detrás de ella.

—Habla conmigo, Joyita —dijo Cole—. Dime qué es lo que ocurre en esa cabecita tuya.

—Deberíamos mantener el plan para Oasis, pero creo que tendríamos que replantearnos el enfoque del ataque a Thurmond. Nico no podrá con la tensión, y no hay ninguna garantía de que vayan a llevarlo al campo. No es necesario que actuemos como la Liga: ataque directo por defecto.

Cole soltó una risa poco divertida y se reclinó otra vez en su silla.

—¿Sabes cómo llegó a ser esa la estrategia general? No siempre lo ha sido. Alban intentó durante años dar a conocer la verdad sobre Gray y sobre la vida en los campos. Lo intentó con la propaganda y con la manipulación emocional directa. Y los mensajes que pudo hacer llegar no consiguieron nada. No es que a la gente no le importara, es que sus líderes ya estaba atrapados en el juego de Gray y este les dijo, una y otra vez, que si sacaban a sus hijos de los campos morirían. Por ello, lo que Liam propone no es solo convencer a los padres de cómo son las cosas, sino también convencerlos de que vengan con nosotros. Y si crees que las FEP no abrirán fuego contra los civiles, estás completamente equivocada, Ruby, completamente equivocada.

—Sin embargo, nunca se ha dado una situación como esta —dije—. No puedes estar seguro.

El metal tronó y chirrió cuando Cole abrió el cajón inferior del escritorio y volvió a cerrarlo con un golpe. Se puso de pie y comenzó a colocar hojas de papel sobre el escritorio vacío, una a una, alineándolas ordenadamente en filas, como un espantoso reflejo de lo que mostraban las imágenes.

Eran... Todas las imágenes mostraban chicos vestidos con esos ligeros uniformes de los campos, con su código de color y el número negro de identificación PSI a la espalda. Algunos tenían los ojos abiertos, pero la mayoría no. Algunos estaban cubiertos de sangre y tenían la cara hinchada. Unos pocos parecían dormir.

Lo único que tenían en común era la larga fosa vacía a sus pies.

—¿De dónde las has sacado? —susurré.

—Las ha publicado Amplify hace unos días —dijo Cole—. No creo necesario decirte que estas imágenes no están trucadas, independientemente de lo que los amiguetes de Gray intenten hacernos creer en las noticias.

Negué con la cabeza, mientras empezaba a notar bajo la piel un hormigueo que me impedía quedarme quieta. Si hubiera habido más sitio, habría retrocedido. Pero no era así y las paredes empezaron a inclinarse y a caer sobre mí, aplastándome, aplastándome, aplastándome.

Tenía que salir de la habitación. Tenía las palmas de las manos empapadas en sudor, demasiado húmedas para abrir la puerta. Cole me cogió del brazo y me obligó a colocarme frente al escritorio y a mirar las fotografías, a verlas de verdad, a asimilar la sangre, los huesos, los ojos vacíos...

—Esta es la gente a la que nos enfrentamos —dijo él—. Esta es la realidad. Son personas que no dudarán en matar a cualquiera que interfiera en sus órdenes. Este es el coste que hemos pagado por la duda. Este es el motivo por el que debemos combatir. Las revoluciones se ganan con sangre, no con palabras. Estas fotos son públicas desde hace días y... ¿han conseguido que la gente se involucre? ¿Que se enfade lo suficiente para ponerse en pie y protestar? No. Ruby, ni siquiera esto es suficiente. Todos piensan que son falsas.

—¡Suéltame!

Me deshice de su mano. El suelo se levantaba y oscilaba bajo mis pies. Ese rostro, yo conocía ese rostro... La chica de verde...

—Nadie combatirá por nosotros Ruby. Somos nosotros quienes debemos luchar. Tenemos que ponerle fin a todo esto. Responder a la fuerza con fuerza. Cada segundo que perdemos dando vueltas y debatiendo la misma mierda es un segundo que podríamos estar salvando a esos chicos de algo como esto. ¿Qué crees que motivó todo esto? Los han golpeado hasta matarlos. ¿Fue porque intentaron escapar? ¿Los cogieron en medio de una pelea? ¿Perdió los papeles alguno de las FEP? ¿Importa?

Oh, Dios mío, estaba a punto de vomitar. Me llevé los puños a los ojos, intentando recordar cómo hacía habitualmente para respirar.

—Estas imágenes son de Thurmond, esto es Thurmond. Esa chica, la chica

de verde...

La presión de la mano de Cole aumentó. Tenía la vaga sensación de que él era la única causa de que yo aún me mantuviera de pie.

—La conozco. Su nombre es..., era... Ashley. Era una de las chicas mayores en mi...

—¿En tu cabaña? —acabó la oración Cole—. ¿Estás segura? Quizá deberías mirarla mejor.

Lo hice y nada cambió. Había vivido con esas chicas durante años, conocía sus caras mejor que la mía. Ashley ya llevaba un año en Thurmond cuando yo aparecí, y nos cuidaba como nos habría cuidado una hermana mayor. Estaba siempre de buen humor. Estaba...

«Muerta».

—Vale —dijo Cole con voz serena—. Lo siento, te creo. Lo siento mucho. Si lo hubiera sabido, no te las habría mostrado en absoluto. La fuente que se las vendió a Amplify no identificó de qué campo provenían.

Cristo... Esa fosa. El darme cuenta fue como un trueno en mi cabeza. ¿Los iban a meter en esa fosa? ¿Eso es lo que conseguían? Después de todo lo que pasaban..., ¿esto?

«Demasiado tarde».

Esto era Thurmond. Esto era real. No nos movíamos con suficiente rapidez. No había logrado llegar a ellos a tiempo. Una oleada de furia me subió por el cuerpo, me deshice del brazo de Cole y caí de rodillas. Apenas conseguí meter la cabeza en la papelera antes de vomitar todo lo que tenía en el estómago.

Cuando volví en mí, Cole me sostenía el cabello con una mano y con la otra me masajeaba la espalda entre los omóplatos. Apoyé los brazos en el cubo de plástico y cedí a las punzadas de las lágrimas.

—¿La fuente explicaba qué sucedió? —pregunté.

Utilicé el pañuelo de papel que Cole me había pasado para limpiarme la boca. Me sentía mareada, como si cayera después de resbalar y luchara contra la

gravedad.

—Emitieron una declaración según la cual las FEP destinadas allí metieron un móvil de contrabando en el campo e hicieron las fotos. Ruby..., creo..., no quiero creerlo, pero parece demasiada coincidencia que haya ocurrido esto y que estén cerrando el campo. En este hay tres mil chicos y los otros campos son pequeños y están atestados. ¿Es posible que intenten reducir la población antes del traslado?

—Ya han matado chicos antes —dije—. Los que intentaban escapar... los Naranjas. Los Rojos que no se dejaban controlar. Si ha ocurrido una vez, volverá a ocurrir. Continuarán haciéndolo. Estamos sentados aquí, esperando recibir un fragmento de información útil y ellos están muriendo. Esto no puede depender de las pruebas. No en el caso de Thurmond. Hay que sacar a esos chicos ahora.

Vi el futuro con claridad meridiana, y no era un camino, no era un cielo, no era nada hermoso. Era la electricidad que zumbaba a través de las cadenas y de los barrotes de metal. Eran el fango y la lluvia y los mil días desangrándose en un torrente negro.

Cole debió de haberlo percibido, debió de haberlo visto reflejado en mi rostro, porque se reclinó otra vez y, finalmente, me soltó.

—Necesitaremos combatientes de verdad para el ataque a Thurmond —dije—. Soldados entrenados que entren primero.

—De acuerdo —dijo Cole, y desvió la mirada—. Harry... Harry nos ha ofrecido ayuda para la lucha. No iba a aceptar. Detesto la idea de deberle algo, pero ahora no tenemos tiempo que perder. Nico tiene razón. La única forma de desactivar las defensas del campo es desde dentro. Veré si puedo intentar sobornar a alguno de las FEP; alguien debe de conocer a alguien de allí...

—No —dije con la voz serena—. Debo ser yo. Debo ser yo quien regrese. Uno de las FEP puede cambiar de opinión, aceptar el soborno y advertir a los controladores de campo de lo que estamos haciendo. Si se ha de hacer, lo haré yo misma.

—Los demás nunca lo admitirán —dijo Cole en voz baja, pero sin objetar. Él no quería detenerme.

—Lo sé —dije—, y por eso no les diremos nada hasta el momento en que

debamos hacerlo.

En el transcurso de la semana siguiente, el rostro del Rancho pareció cambiar.

Kylie y el otro conductor que había salido en busca de las tribus retornaron victoriosos, aun cuando Liam salió a buscar a Olivia dos veces y volvió con las manos vacías. Si estaba frustrado por el derroche de tiempo y gasolina, no lo manifestaba. Una parte de mí se preguntaba si acaso no usaba el tiempo para alejarse de todo esto durante unas horas, para poner a Lovely Rita en dirección del sol naciente y regresar a tiempo para la puesta de sol.

Los nuevos reclutas mostraban muy buena disposición. Los cinco Azules que habían regresado —Isabella, Maria, Adam, Colin y Gav— habían estado en la guardia de East Watch y, en teoría, sabían usar un arma. El problema es que, después de pasar tantos meses viviendo en estado salvaje en Utah, solo aceptaban órdenes de Gav, quien no disfrutaba especialmente recibiendo órdenes de nadie, mucho menos de un «adulto gilipollas» como Cole. Se quejaba de las condiciones de los estrechos dormitorios, de la comida sencilla y básica que comíamos y del olor del champú, como si él fuera una especie de experto en las notas florales de una fragancia. Gav era bajo, fornido y rubicundo, y parecía lo bastante irascible como para querer combatir, pero solo si se lo rogábamos.

La saga de Gav *el Imbécil* acabó cuando Cole lo cogió de un brazo mientras cenaba, lo arrastró hasta el polígono de tiro y cerró la puerta. Cinco minutos y un disparo amortiguado después, Gav salió rebotando espíritu de grupo y Cole con mucho menos aspecto de querer incendiarle la cabeza al chico.

La otra tribu era un equipo de Verdes que se pasaban los días rondando los diversos ordenadores, a los cuales los Verdes locales parecían estar encadenados día y noche, aunque solo fuera para evitar que esas manos nuevas se metieran con sus configuraciones. Solo una de las chicas, Mila, se ofreció para incorporarse al equipo táctico, pero yo tuve que trabajar con ella cada mañana para que comprendiera qué significaban las señas hechas con la mano, de forma que pudiera seguir mis órdenes.

El tercer grupo, que llegó dos días después del de Mila, nos encontró a nosotros. Y ya nos conocíamos.

Nico había visto a los tres adolescentes merodeando cerca del Smiley's,

obviamente atraídos por la medialuna que habíamos pintado en el difunto bar. Kylie y Liam echaron a correr hacia la puerta del túnel para darles la bienvenida. No reconocí al chico de pelo oscuro y enmarañado y piel bronceada hasta que los vi juntos en la pantalla del ordenador y me fijé en cómo Liam le daba una palmada en la espalda.

—¿Amigo vuestro? —preguntó Cole, saliendo de la oficina en el momento en que los cinco entraban desde el túnel riéndose y hablando todos a la vez para obtener respuestas.

—¿Recuerdas a Mike? —dijo Liam, señalando al chico con la gorra de béisbol de los Cachorros de Chicago.

Estaba más delgado de lo que yo recordaba, unos buenos cinco kilos menos debido a la tensión y el largo viaje, probablemente; pero lo reconocí por la mirada recelosa que lanzó en mi dirección. El chico levantó ligeramente la barbilla y se giró para recibir un abrazo de oso de Lucy.

Cole soltó un débil silbido al percatarse de la escena.

—Parece que no es uno de tus admiradores.

—El sentimiento es mutuo —lo tranquilicé.

Yo nunca le había gustado a Mike ni le había inspirado confianza, y él nunca había querido quitarse la venda de los ojos con respecto a Clancy.

—Esos de ahí son los hermanos Ollie y Gonzo —continuó Liam señalando a los gemelos que estaban a un lado. Uno de ellos, creo que Gonzo, tenía un cuchillo improvisado hecho con un trozo de cristal, un palo y tela—. Estaban en la guardia conmigo. ¿Tenéis hambre? Creo que la cena ya debe de estar lista...

Le cogí el brazo antes de que se llevara el grupo.

—No puedes decirles nada sobre Clancy.

—Ya lo he hecho —me dijo con un hilo de voz—. Y no les importa, mientras siga encerrado.

—Si intentan encontrarlo...

—No lo harán —dijo Liam, apartando el brazo—. No están aquí por él.

Quise preguntar a qué se refería exactamente con esas palabras, pero ya se había marchado al trote para alcanzar a los demás. Zu, que había estado rondando por el pasillo, se acercó y se quedó a mi lado, mirándome con expresión interrogativa.

—Te lo diré después —le prometí.

Porque no tenía tiempo. No tenía tiempo de pensar en Liam, y mucho menos de ir a buscarlo constantemente al garaje, donde él procuraba estar a solas.

La mañana siguiente al día en que los Verdes perfeccionaron la cámara incorporada a las gafas, dos semanas y media antes del 1 de marzo, Kylie sacó a Tommy y a Pat de California. Viajaron por carreteras secundarias hasta Elko, Nevada, que, de todas las ciudades cercanas a Oasis, era la única constituida por algo más que unas pocas casas bajo el ardiente sol del desierto. Los chicos pasaron los siguientes días merodeando por las afueras de la ciudad, apareciendo y desapareciendo, suscitando las suficientes sospechas como para que alguien demasiado ambicioso los delatara por una recompensa. Hubo un momento en que temimos que las FEP que los habían atrapado se propusieran sacarlos del estado y llevárselos a Wyoming, pero cambiaron de dirección en el último momento.

Las gafas lo registraron todo. Como si estuviéramos sentados en primera fila, vimos a las FEP conducir a los chicos por el desierto, registrarlos en Oasis, acompañarlos por pasillos atestados de puertas, asignarles dormitorios, intimidarlos y darle a Tom una bofetada lo bastante fuerte como para que se le cayeran las gafas al suelo. Registramos los horarios de las comidas y las rotaciones, y comparamos las listas de personal de la red de las FEP con las caras que veíamos en las imágenes.

Al cabo de un día, habíamos visto la totalidad de las instalaciones. El campo consistía en un edificio de dos plantas, separado del exterior por una elevada valla eléctrica, con toldos de lona que servían para proteger el patio del sol y, a la vez, de las miradas desde arriba.

Supimos que los suministros semanales llegaban cada viernes a las cuatro y media de la mañana. Los ruidosos motores y el sonido de los neumáticos masticando la grava anunciaban su llegada.

—Las cámaras se quedarán sin pilas pronto —nos advirtió Nico.

—¿Está todo bajado y grabado en algún lugar? —preguntó Liam, de pie a su espalda, junto a una senadora Cruz evidentemente impresionada.

Nico se giró en su silla.

—Sí, pero ¿por qué?

Liam bajó la mirada.

—Por si necesitamos repasarlo cuando decidamos los tiempos del ataque.

—Entonces ya no queda otra cosa que hacer —dijo Cole— más que practicar. Y esperar.

Cuatro días de espera.

Cuatro días de entrenamiento en defensa personal básica.

Cuatro días de recordarles a los chicos que no quitaran el seguro de las armas hasta que fueran a disparar, que buscaran apoyo si lo necesitaban y que utilizaran sus poderes antes de pensar en disparar.

Y ahora, el tercer día de los ensayos. El primer día había sido bastante simple; la mayoría de los chicos de ese grupo, por lo menos los chicos de East River, tenían experiencia controlando un camión en un escenario de carretera. Habían tenido que hacerlo varias veces para robar suministros y comida. Lo difícil era recordarles una y otra vez que no podían destruir el camión durante el ataque.

Me ajusté la correa del casco hasta que sentí que se enterraba en la piel suave de mi barbilla, mientras me agazapaba respirando el aire limpio y fresco de febrero. Era mi primera vez que salía del Rancho en algo así como un mes y solo se nos había permitido posicionarnos cerca de la puerta de la plataforma de carga del garaje.

Nos había tomado casi medio día despejar el espacio que necesitábamos, sacando provisionalmente al exterior los coches, la moto de Liam, los muebles de mayor tamaño y los cajones. Vi a Liam inclinarse para echar una mirada, como si quisiera asegurarse de que todo seguía al otro lado del edificio, donde lo habíamos dejado. Ese día tuve muchas dificultades para captar su estado de ánimo. Parecía cambiar con cada minuto.

Los chicos que estaban detrás de mí formaban un tropa de variopintos uniformes negros. Liam y los demás proveedores los habían encontrado y recogido específicamente porque se parecían a los uniformes de las FEP. La imagen se completaba con un fusil de asalto entre las manos. Los últimos tres días todos habíamos pasado horas en el polígono de tiro improvisado en el edificio. El ruido de los rápidos disparos había templado mis nervios más de lo que yo había previsto. Atarme las botas negras de combate, ajustarme las fundas de las pistolas y los cinturones con herramientas me había hecho sentir como si entrara de nuevo en una piel que había abandonado al dejar la Liga. Una piel que me sentaba bien, que por lo menos me estabilizaba. Sentía los pies firmemente anclados al suelo con el peso añadido de lo necesario para el combate.

Liam me puso una mano en el hombro para mantener el equilibrio mientras se ajustaba la correa del fusil, y, por décima vez en el día, yo sentí que se me encogía el pecho y que aferraba con más fuerza el arma. Pensar que yo había creído pertenecer a la Liga lo destruiría, echaría por tierra todo lo bueno que había en él. La única persona que lo arrastraba a la lucha armada era yo.

—¡Comenzad!

Llegamos a la puerta con una avalancha de energía excesivamente entusiasta y cruzamos la entrada. Sentí la caricia de la adrenalina en el corazón mientras controlaba mentalmente los tiempos. Los dos Azules que tenía delante, Josh y Sarah, levantaron los fusiles y avanzaron por el corredor improvisado con tarimas que simulaban la distribución de la planta inferior del campo. Dirigieron las manos hacia Hina y Zu, quienes fingían ser FEP apostadas en cada extremo del pasillo, y las chicas le echaron un poco de teatro al asunto cuando simularon que salían despedidas hacia atrás. Liam que estaba detrás de mí, se echó a reír, lo cual me irritó sobremanera.

—¡Parad! —gritó Cole desde su posición en lo alto de una de las escaleras—. ¡Chicas! Os tenéis que tomar esto en serio; si no os reemplazaré. No tenemos tiempo para perderlo en gilipolleces, y menos cuando eso implica no mejorar los tiempos de este equipo. ¿Lo habéis entendido?

Hina y Zu parecieron desanimarse con la dureza de las palabras de Cole, pero asintieron.

—¡Desde el principio! —dijo Cole—. Todo el mundo a sus puestos, pero esta vez, Liam, cambia de lugar con Zach. Sí, tú irás detrás de Ruby. Lucy, fuera; tú

también, Mila. Lo siento, señoritas. No sois adecuadas para esta operación. Quiero que os reemplacen Gonzo y Ollie.

Liam abrió la boca, pero se contuvo. Le dirigí un rápido movimiento de cabeza afirmativo para hacerle saber que era lo correcto. Cole llevaba dos días haciendo esos cambios y sustituciones, intentando encontrar la mejor química para el grupo. Lo íbamos consiguiendo, pero el parto había sido doloroso y yo sentía cada día que pasaba como un golpe en la nuca.

Habría dado cualquier cosa para tener a Vida junto a mí. Cada día le preguntaba a Nico si había recibido otra actualización de estado, pero la última vez que se habían puesto en contacto había sido para hacernos saber que habían llegado a Kansas sanos y salvos.

—¡Comenzad! —dijo Cole. Y el baile empezó otra vez.

Entramos en el garaje en parejas; Gav, a mi izquierda, gruñó al apoyar una rodilla en el suelo. Fingía cubrir a Josh y Sarah mientras ellos fingían atar a Zu y a Hina de pies y manos.

—Recordad —gritaba Cole usando las manos como un megáfono—, la idea es hacerlo de la manera más silenciosa y rápida posible. No disparéis a menos que sea imprescindible para salvar vuestra vida. Reducid a las FEP de forma silenciosa para que no puedan alertar a los controladores de campo.

Zach y yo nos lanzamos hacia delante; él me cubría mientras yo me zambullía en un espacio entre dos tarimas que representaban la sala de control. Extendí mi mano hacia Lucy, que ahora representaba el papel de controlador de campo a cargo de la seguridad del recinto. Lucy dio un gran paso atrás y abrió los ojos en un gesto que parecía de auténtica alarma. Se me encogió el estómago.

Zach continuó con los movimientos para reducir al otro chico, que fingía ser controlador de campo. Después nos sumamos a los demás, que atacaban el otro extremo del pasillo, y simulamos subir por unas escaleras. Liam dijo algo entre dientes que hizo estallar en carcajadas a Mike, Gonzo, Ollie y Sarah.

—¡Parad! —gritó Cole—. Li, fuera. Tú también Mike.

Liam se movió, incómodo, con una expresión de total incredulidad en el rostro.

—¿Perdona?

—Tú —repitió Cole lentamente, como si Liam tuviera un problema de oído—, fuera.

—¿Por qué? —dijo Liam.

Se giró hacia mí, moviendo las manos y pidiéndome que hiciera algo que yo no tenía la menor intención de hacer. En el instante en que las palabras habían salido de los labios de Cole, yo había sentido un gran alivio. La expresión de Liam cambió bruscamente y se le ensombreció el rostro mientras negaba con la cabeza y se volvía hacia su hermano.

—¿Por qué? He hecho todo lo que me has dicho. Tanto Mike como yo tenemos experiencia en ataques a camiones, así que dime: ¿por qué?

A nuestro alrededor, los chicos empezaron a restregar los pies contra el suelo y a desviar la mirada a medida que la tensión aumentaba rápidamente y pasaba de incómoda a dolorosa.

—Porque —respondió Cole bajando de un salto de la escalera— he decidido que doce es demasiado. Prácticamente os pisáis entre vosotros. Tenemos que ser más rápidos, más silenciosos. Si te lo tomas de forma personal, eres un idiota.

—No es verdad —dijo Liam con los brazos en jarra—. Solo me quieres fuera.

—Bueno, tu actitud no está ayudando mucho, hermanito —dijo, al tiempo que le tendía una mano—. Tu casco y tu arma. Ve a tranquilizarte a otra parte. Mike, necesito que seas otro de las FEP, tercera puerta a la derecha, sí, exacto...

Liam se quitó bruscamente el arma del hombro y la empujó con fuerza contra el pecho de su hermano. Luego se quitó el casco y lo dejó caer al suelo. Por último, giró sobre sus talones y se marchó hacia la entrada del túnel con el cuerpo rígido, furioso.

Levanté un dedo mirando a Cole y no esperé a que me diera su respuesta negativa; seguí a Liam. Ya se había adentrado tres metros dentro del túnel cuando lo vi y le grité:

—¡Eh!

Se detuvo, pero no se giró. Me desabroché el casco y me acerqué lentamente. Reconocí el color rojo de su cuello, la forma en que apretaba los puños, las venas que se le marcaban en los antebrazos.

—Liam —dije con suavidad—, mírame.

—¿Qué? —dijo, estirando la tela de su uniforme—. ¿También quieres que entregue esto?

—Lo que quiero es que te calmes —dije—. Lo siento, pero tú sabes que tiene que ser de esta manera.

—¿Y qué manera es esa? —preguntó—. ¿Esa en la que tú te quedas callada y permites que me envíen al rincón como a un niño?

Solté un suspiro de frustración.

—Tenemos que escucharlo. Tiene que haber cierto orden..., cierta estructura. De lo contrario, todo el plan se va al garete.

Liam me miraba fijamente, y la incredulidad se iba convirtiendo en una sonrisa sin humor.

—Ya lo pilló —dijo, y empezó a caminar otra vez—. Créeme, Ruby, ya lo pilló.

Cuando regresamos al Rancho, seis horas más tarde, hacía mucho que se había marchado. Zu me esperaba en el dormitorio con un trozo de papel doblado en la mano. Me observó mientras yo lo leía, y su mirada me partió el corazón.

«Buscaré a Liv. Suerte».

Yo no estaba alterada. Estaba furiosa.

—Se ha marchado sin llevar ninguna clase de apoyo... otra vez —dije, quitándome la camisa por encima de la cabeza y dejando caer el uniforme al suelo. Zu ya se había cambiado y vestía la camiseta varias tallas más grande y los calzoncillos que usaba para dormir—. ¿No es así?

Zu asintió y levantó la libreta con el mensaje:

«¿Qué está sucediendo?». Pasó la página. «¿Por qué actuáis como idiotas?».

—¿Chubs te ha pedido que me lo preguntaras?

Zu volvió a la primera página y señaló la primera pregunta dos veces.

«¿Qué está sucediendo?».

—Es solo un desacuerdo —dije para tranquilizarla, aunque esa mentirijilla no tardó en corroerme por dentro. Me puse la camiseta usada y los pantalones que utilizaba para dormir y me senté junto a ella en mi cama—. Parece que esta noche solo seremos tú y yo.

Me tumbé de espaldas y ella me imitó. Agradecía notar su calidez a mi lado, esa presencia suya que siempre parecía endulzar las situaciones más amargas. Me había pasado el resto del simulacro con la sensación de que alguien caminaba sobre mi tumba. Y aún no me la había podido quitar de encima.

Zu volvió a coger su boli y su libreta y escribió:

«¿Estás bien?».

—He estado mejor —admití. Y ella añadió:

«Sigues yendo a tu lugar malo. Yo también tengo uno. Si permanezco ahí mucho tiempo, me quedo atrapada».

Cambié de posición para poder pasarle un brazo sobre el hombro y la acerqué hacia mí.

«No tienes por qué ir sola a ese lugar».

Se detuvo, como si estuviera ordenando sus ideas.

«¿Recuerdas que, justo antes de abandonar East River, te dije que tenía que contarte algo pero que no sabía cómo hacerlo?».

—Sí.

Al pensar en ese día, me sentía como si alguien me clavara las uñas en el corazón.

«En realidad, no es que no supiera cómo hacerlo. Es que quería palabras mejores. Más bellas, supongo. Pero Li dijo que no importaba, que en ocasiones lo más simple es lo mejor».

Zu pasó la página y siguió garabateando sus palabras con rapidez. El roce del bolígrafo sobre el papel me resultaba extrañamente reconfortante.

«No importa lo que hagas, eso nunca cambiará lo que sentimos por ti. Estoy orgullosa de ser tu amiga».

La miré y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Gracias, yo siento lo mismo por ti. El día más afortunado de mi vida fue el día en que te conocí. Tú viste lo asustada que estaba...

«No fue porque estuvieras asustada», escribió Zu. Luego agregó rápidamente: «Quizá un poquito, pero... ¿sabes cómo supe que podía confiar en ti?».

Negué con la cabeza, fascinada por saber qué pensaba.

«Cuando la gente que te perseguía comenzó a acercarse de verdad, ibas a huir otra vez, no a esconderte detrás de Betty. Fue porque no querías que accidentalmente me encontraran también a mí, ¿verdad?».

—Así fue.

Zu extendió una mano como diciendo «ahí lo tienes». Cogió otra vez el boli.

«Eso quería decir: que tú nunca nos pondrías en peligro de forma intencionada. Que eres una buena persona».

—Esa es una suposición horrorosamente arriesgada —dije—. Podría haber sido el pánico, podría haber estado actuando sin pensar.

Zu encogió los hombros.

«Es mejor arriesgarse a ayudar a alguien que arrepentirse de lo que podrías haber hecho. Lo ha dicho Li».

—Suena a frase de Li, sí —dije yo, con sequedad.

Y esa era, precisamente, la razón por la cual Chubs y yo habíamos prestado tanta atención a cada chico nuevo con el que nos cruzábamos.

«¿Os habéis peleado tú y Li por eso de los recuerdos?».

Ah. Así que él o alguno de los otros chicos se lo había contado.

—No exactamente —dije. Pero entonces, ¿qué era lo que hacíamos, exactamente? No éramos amigos. No éramos lo que fuera que hubiéramos sido antes—. Es complicado. Después de lo que le hice, lo que ocurre entre nosotros solo puede definirse como «complicado». Y estoy dispuesta a asumir toda la responsabilidad, pero...

Como de costumbre, Zu fue directa al grano.

«¿No crees que te haya perdonado?».

Reticente, extendí un brazo y extraje el CD de los Beach Boys del cajón del aparador. El papel se había ablandado y comenzaba a romperse en el medio por la cantidad de veces que lo había abierto, leído y vuelto a cerrar otra vez. No sé por qué sentía que debía releerlo cada noche, castigándome con él.

Zu lo leyó con el ceño fruncido. Era obvio que reconocía la letra, pero cuando levantó la vista, en su mirada no encontré comprensión, sino confusión.

—¿Qué?

Y ella escribió:

«¿Esto qué demuestra?».

—El hecho de que haya sentido que debía escribir este papel es un indicio bastante importante de que cree que lo haré de nuevo... Quitarle los recuerdos, quiero decir. Apartarlo.

Zu dobló el papel con serenidad y luego me dio un golpecito con él en la nariz mientras me dirigía una típica mirada de las suyas, la que quería decir: «¿De verdad?».

Al ver que yo aún no lo entendía, cogió nuevamente la libreta y el boli.

«O... lo escribió porque temía que alguien más te obligara a hacerlo, como por ejemplo su hermano. Li dice que quiere quedarse. Eso significa que Li quiere quedarse contigo, con nosotros, aun sabiendo lo que ocurrió. ¿Se lo has preguntado alguna vez? ¿Sabe él que tienes el papel?».

Ahora me miró con una expresión muy diferente.

«No deberías coger las cosas que no te pertenecen».

—No he hablado con él sobre esto —admití.

«¿Has pasado por alto esto?», escribió Zu, mientras señalaba la última línea.

Negué con la cabeza y tragué con dificultad.

—Lo he visto.

Zu me estudió durante un instante, penetrándome con aquellos ojos oscuros suyos, en los que percibí un destello de comprensión.

«¿Crees que no lo mereces?».

—Creo que..., creo que él merece algo mejor que lo mejor que yo puedo ofrecerle.

Era la primera vez que lo admitía en voz alta y, de algún modo, el expresarlo abiertamente solo hizo más patente la verdad. Me sentí mareada y con náuseas. «Se merece a alguien mejor que yo».

Zu parecía indecisa entre darme un puntapié o un abrazo, pero se decidió por lo último. Yo había advertido demasiado tarde cómo la afectaría todo esto; cómo reaccionaría alguien tan asustado y temeroso al ver que las personas que consideraba sus cimientos se derrumbaban.

«Cuando regrese, hablarás con él, ¿vale?».

—Vale —dije, mucho menos convencida que Zu de que él quisiera hablar conmigo.

«Si te vas a ese lugar malo otra vez —dijo con sencillez—, dínoslo para que alguno de nosotros pueda ayudarte a salir».

—No quiero ser una carga —susurré.

«Lo que siempre he deseado es protegeros», pensé.

«Nada es una carga si la gente está dispuesta a llevarla», aclaró Zu, y, con esta última afirmación, se quedó dormida. Yo me volví del otro lado e intenté hacer lo mismo.

Debí de quedarme dormida en algún momento, porque de repente estaba soñando, caminando por los húmedos pasillos del Cuartel General, dirigiéndome hacia la oficina atestada de Alban mientras contemplaba las bombillas desnudas que colgaban del techo. Al instante siguiente estaba en un pasillo diferente con unas baldosas frías bajo los pies y unas manos pequeñas aferradas a mi camiseta.

Retrocedí sobresaltada mientras mi mente rasgaba las nieblas del sueño y yo intentaba alejarme de la expresión aterrorizada de Zu. Las luces del pasillo de la planta inferior estaban apagadas, como siempre después de medianoche. Zu destacaba entre las sombras, y la preocupación en su rostro era mayor que la perplejidad. Se acercó hacia mí vacilante, frunciendo el ceño, y me cogió la mano que yo tenía sobre el corazón, intentando apaciguarlo.

—Perdona —le dije—, perdona..., el sonambulismo..., la tensión... es...

No conseguí pronunciar las palabras adecuadas, pero ella pareció comprenderme. Me tomó de la mano y me condujo de regreso a la habitación, sin dejarme tropezar ni una sola vez. Yo estaba tan mareada que me tambaleaba y, cuando subí a mi cama, me golpeé las rodillas contra la estructura de metal. Lo último que percibí fue que Zu me acariciaba el pelo una y otra vez hasta que el dolor que me martilleaba el cráneo se calmó y pude respirar con normalidad.

En las primeras horas de la mañana siguiente, el equipo preparado para la operación y yo partimos hacia el desierto de Nevada.

CAPÍTULO QUINCE

Mantuve el vientre pegado al cauce seco del arroyo, ignorando la punzada de dolor en los músculos de la cintura. Parecía extraño que el desierto pudiera ser tan condenadamente frío, pero supongo que sin el sol y sin la presencia de árboles y arbustos de hoja ancha no había nada que atrapara el calor del día anterior. A nuestras espaldas se alzaban montañas sin nombre, la más clara de las dos sombras negras. Continué mirando por encima del hombro mientras las horas pasaban, observando sus formas dentadas iluminarse hasta adquirir el color de un nuevo moratón. Además de los grupos de arbustos del desierto, espinosos, amarillos y resecos, no había mucho que mirar.

—¿Qué ha sido eso? —oí que decía Gav—. ¿Es una serpiente de cascabel? He oído el cascabeleo.

—Eso he sido yo bebiendo de mi cantimplora, tonto del culo —respondió Gonzo—. Por Dios, tío. ¿Te has dejado los huevos en California?

Los hice callar y después volví a hacerlos callar cuando una de las chicas empezó a quejarse de que tenía ganas de mear.

—Te dije que no bebieras tanta agua en el coche —le dijo Sarah—. Nunca me haces caso.

—Perdona, no tengo la vejiga de un condenado perezoso.

—Querrás decir camello —la corrigió Sarah.

—Quiero decir perezoso —dijo la otra chica—. He leído en alguna parte que solo tienen que hacerlo una vez a la semana.

Miré hacia el cielo en busca de fuerzas, preguntándome si aquello era lo que sentía Vida todo el tiempo.

—¿Estado? —sonó la voz de Cole, dentro de mi oído.

—El mismo de hace una hora —dije, presionando el auricular—. Nada, de momento. Cambio.

Habíamos ido en los dos todoterrenos hasta este tramo yermo de la Interestatal 80 y nos habían dejado a un costado del camino. Luego, Lucy y Mike habían llevado los coches de nuevo a Lodi. Cole y yo habíamos cartografiado el punto óptimo de la autovía teniendo en cuenta la distancia al campo. Lo bastante lejos del campo como para que nadie advirtiera que los vehículos se detenían unos instantes. Pero el único lugar donde esconderse era el cauce seco de un arroyo que corría junto al asfalto agrietado del camino. Curvamos el cuerpo para adaptarnos a la forma del cauce y ahí esperamos.

Pasaron otros diez minutos antes de que me llegara a los oídos el débil ronroneo de un motor a lo lejos. Supe que no lo había imaginado cuando los demás empezaron a moverse, intentando ver mejor desde el borde del cauce. Segundos después aparecieron los primeros puntitos de luz: eran los faros, que aumentaban de tamaño e intensidad e iban atravesando la oscuridad.

Miré hacia el arroyo seco y ahí estaban, los tres pulsos de luz de la linterna. A Ollie lo habían asignado a ese lugar para comprobar las señas de identidad del camión. Era el correcto.

Zach me dio una palmada en la espalda, con una sonrisa de emoción en el rostro. Yo lo sentí como una descarga eléctrica en el cuerpo y respondí con otra sonrisa mientras me ponía de pie.

Avancé hasta el medio de la carretera; las manos apenas me temblaban mientras el camión devoraba el camino. Cuando los faros me cegaron, levanté las manos: no vi los rasgos del conductor que estaba al otro lado del parabrisas, pero sí el movimiento rápido de su mano al intentar hacer sonar el claxon. Dejé que las manos invisibles de mi mente se extendieran ciegamente, buscando la suya, extendiéndose, extendiéndose, extendiéndose... hasta conectar.

El camión se detuvo a un metro de mí.

Detecté unos movimientos a mi izquierda cuando los miembros del improvisado equipo táctico treparon por el borde del cauce seco, se dirigieron a la parte trasera del camión y saltaron al interior.

Troté hasta la puerta del acompañante con una mano sobre el auricular.

—Ya tenemos transporte, cambio.

—Estupendo. Adelante con la segunda fase.

Abrí la puerta de la cabina del camión. El conductor estaba paralizado detrás del volante, esperando a que le diera instrucciones. Busqué en sus recuerdos y escogí uno de la semana anterior, en el que aparecía él realizando ese mismo viaje. Desplacé el recuerdo al frente de su mente y dije una palabra.

—Conduce.

Me agaché todo lo que pude en la cabina y me bajé el pasamontañas negro de esquí hasta cubrirme el rostro. Cada cierto tiempo me levantaba para mirar por encima del salpicadero y constatar que aún seguíamos en la dirección correcta. El conductor del camión había estado escuchando un rap lo bastante agresivo y rítmico como para ponerme nerviosa, por lo que extendí la mano y apagué la música. Eso hizo que me perdiera el momento exacto en que la estructura gris, desteñida por el sol, y su valla de tres metros de altura aparecían ante el camión.

—A la vista —dije—. ¿Estáis todos bien ahí detrás?

—Genial —fue la respuesta de Zach—. ¿ETA^[6]?

—Dos minutos.

Cuando giramos para salir de la autovía y avanzamos por un camino de tierra, aspiré otra tranquilizadora bocanada de aire. Los dos FEP de la entrada arrastraron la puerta para abrirla mientras el conductor, un hombre con barba y de cintura ancha que vestía una camisa de mangas cortas, cumplía el procedimiento de girar el camión y hacerlo entrar marcha atrás, con el rostro inexpresivo. Habían extendido una lona sobre la zona de carga adyacente al edificio principal. Ya había carros plataforma a la espera de que se descargaran los suministros. Dos FEP estaban fumando sentados en los carros, pero cuando el camión se dirigió hacia ellos lanzaron los cigarrillos y se pusieron de pie. Los demás, tras haber cerrado la puerta, se apresuraron a dirigirse hacia el camión mientras yo respiraba hondo por última vez.

—Estamos dentro. Preparaos para la acción —dije—. Hay dos FEP posicionados junto a tu portalón y dos más se acercan por detrás.

—Silencioso y rápido —nos recordó Cole—. Diez minutos a partir de ahora.

Un quinto FEP se acercó a la ventanilla del conductor y lo saludó en voz alta.

—¡Buenos días, Frank!

Impuse en la mente de Frank la imagen de sí mismo bajando la ventanilla, me incliné sobre él y, antes de que el FEP tuviera tiempo de abrir los ojos por la sorpresa, ya le estaba apuntando a la cara con la pistola. Era joven, puede que aproximadamente de la edad de Cate. Al ver la pistola se le borró la sonrisa despreocupada y retrocedió alarmado, intentando empuñar el fusil.

—Pero qué co...

—Las manos donde yo pueda verlas.

No podía controlar a Frank y al FEP a la vez, así que Gonzo y Ollie me ahorraron el problema. Uno de ellos le golpeó la nuca con la culata de su propia arma y el otro se encargó de derribarlo en el polvo, amordazarlo y atarlo con los precintos plásticos. Lo llevaron detrás del camión, donde ya había otras cuatro figuras flácidas apoyadas en el vehículo.

Sabía que los chicos no habían entendido la necesidad de ensayar el ataque tantas veces, pero creo que en ese momento encontraron la respuesta en la fluidez con que asumíamos nuestras posiciones. El auténtico beneficio de los simulacros era entrenar los nervios para comportarse correctamente, para hacer que algo como esto pareciera tan normal como levantarse e ir a darse una ducha cada mañana. Parecía haber funcionado; incluso al acercarnos a la puerta que uno de las FEP había dejado abierta y meternos silenciosamente en el edificio, el grupo me parecía firme como la piedra. Lo cierto es que teníamos una apariencia bastante amenazadora vestidos todos de negro y con los pasamontañas de esquí.

El pasillo estaba oscuro, pero de una de las habitaciones —la tercera de la derecha— salía un rayo de luz. Sentí que me detenía en seco. El hedor a lejía con matices de limón, betún para los zapatos y olores humanos me asfixió. En parte, me pareció sensato que este campo oliera casi igual que la enfermería de Thurmond. ¿Por qué no iban a usar los mismos suministros militares? Pero, más que nada, me irritaba los nervios.

Gav se colocó en posición, con una rodilla en el suelo y apuntando mientras los demás avanzaban lentamente. De la puerta abierta que había visto antes llegaban voces. Hice señas a los chicos de que continuaran y avancé despacio con ellos, siguiendo la pared hasta que Zach me cogió del brazo y señaló una puerta indicada como SC. Sala de control. Ese era nuestro objetivo.

Al salir de la formación, agazapada, eché un vistazo a la habitación abierta.

Había cuatro FEP sentados alrededor de una mesa. Sus chaquetas estaban tiradas en un sofá cercano o en los respaldos de las sillas, mientras ellos reían, fumaban y se repartían las cartas. Cuando Gav y Gonzo cubrieron la entrada, vi a uno de ellos alzar la vista y, tras un segundo, lanzarse en busca de un arma que nunca llegó a alcanzar. Los Azules levantaron la mesa por el aire empujando a los FEP contra la pared, y los silenciaron antes de que consiguieran dar la alarma con sus radios.

Eso sumaba nueve. Nico había revisado varias veces la grabación hecha por Pat y Tommy y había contado los diferentes rostros de uniforme que aparecían en ella. Dos controladores de campo y trece FEP. Quince objetivos en total.

Zach y yo nos pegamos a la pared y llamamos a la puerta de la sala de control.

— Adelante — dijo una voz.

Era una suerte que no hubiéramos intentado cargar contra la puerta, porque estaba cerrada desde dentro. Oí un zumbido y luego un clic, y Zach no perdió un segundo para abrirla con un empujón.

Dentro había dos mujeres jóvenes, ambas en camisa y pantalón de vestir. La habitación era un muro de monitores pegados a una hilera de ordenadores. La mayoría de las pantallas mostraban series de literas y a los chicos que dormían en ellas, pero cuando entramos las imágenes cambiaron al pasillo, a la zona exterior y a la sala de juegos. Al ver lo que ocurría del otro lado de la pared, la mujer que examinaba las pantallas dejó caer su taza de café. La otra, de pie ante una especie de tablero con interruptores y diales, se giró y soltó un breve grito cuando nos vio. Zach la retuvo contra el techo usando sus aptitudes un segundo después de que yo entrara en la mente de la otra controladora de campo.

Una avalancha de rostros, sonidos, colores y paisajes se descargó en mi mente. Busqué los recuerdos pertinentes, datos sobre cómo informaban del estado de la situación y la frecuencia con que lo hacían, mientras Zach bajaba a la otra mujer, detenía sus gritos con una mordaza y la amarraba con bridas de plástico a una de las tuberías de la pared más alejada.

— ¡Hecho! — dijo—. Tenemos ocho minutos. Borrando la grabación de la cámara.

Basándose en la información de que disponía acerca de los programas que usaban, Nico le había enseñado a rebobinar la grabación para que mostrara una y

otra vez las imágenes grabadas antes de nuestra irrupción. Sin duda, Nico debía de haber acertado en sus suposiciones, porque Zach alzó un puño triunfal cuando terminó la operación.

—Desbloquea las habitaciones de arriba —le dije, señalando el ordenador más cercano—. La contraseña es F mayúscula, E mayúscula, P mayúscula, uno, tres, nueve, tres, ocho, signo de exclamación, asterisco. ¿Lo tienes?

—Afirmativo. —Pasó la orden al resto del equipo que, si todo iba según lo previsto, ya debía de estar en las escaleras hacia la planta superior—. Desbloqueando puertas.

Evoqué el recuerdo de la mujer sentada ante uno de los ordenadores y el mensaje que había enviado al sistema de las FEP, de la misma manera que yo quería que lo hiciera ahora y otra vez dos horas más tarde. Cuando retrocedí, borré los recuerdos de Zach y de mí entrando en la sala. Ella se limitó a asentir con la cabeza y siguió con sus asuntos, con la mirada vacía y el rostro como una hoja en blanco.

—El control está fuera de juego, cambio —dije.

—Recibido —dijo la voz aliviada de Cole—. Proceder arriba con los demás.

Zach presionó el botón que había junto a la puerta, la abrió y salió. Yo iba justo detrás de él cuando lo vi retroceder de un salto, levantar el arma y apuntar...

—Soy yo —dijo una voz conocida—. Soy yo, no dispares...

Me invadió la incredulidad, una estúpida y muda incredulidad, cuando constaté quién estaba de pie frente al otro extremo del fusil de Zach.

«Liam».

—¡Joder, tío! ¿Qué haces? —gritó Zach, lanzando un furioso puñetazo al aire, en dirección a Liam—. ¡Cristo, casi te mato de un tiro!

Yo no me había movido. Era absurdo, no era él, él había ido a buscar a Olivia. Liam no habría entrado detrás de nosotros, no podría haber sido tan estúpido, no Liam, Liam no...

Estaba tan concentrada en su rostro mientras me levantaba el pasamontañas

de esquí que no vi a la mujer pelirroja que estaba detrás de él, con los rizos despeinados cayendo en cascada sobre la camisa negra de manga larga. Vestía vaqueros y botas, pero no tuve una visión clara de su rostro hasta que bajó la cámara que disparaba una y otra vez, retratando todo lo que tenía a su alrededor.

—¿Quién —me oí decir en una voz baja y furiosa— diablos es «esta»?

—¿Estado? —preguntó Cole—. Joyita, ¿estado?

Liam sostuvo mi dura mirada con otra igual de dura.

—Esta es Alice, de Amplify.

—Tío —dijo Zach, sacudiendo la cabeza—. Tío, esto es una locura...

Alice parecía joven, de veintitantos quizá, pero la cara limpia y sin maquillaje la hacía aparentar tan solo unos pocos años mayor que el resto de nosotros. Era más alta que Liam, delgada, pero lo bastante fuerte para cargar una mochila que parecía pesar el doble que ella.

—Encantada de conocerte —dijo Alice—. Vaya, esto es... muy loco.

Liam no me miraba a la espera de mi aprobación, sino de mi reacción. «Aceptar, adaptarse, actuar». Me llevé el dedo al auricular, corté la solicitud de estado de Cole y me dirigí hacia a escalera situada al final del pasillo.

—Liam está aquí —le dije—, con una reportera de Amplify.

Se oyó la estática en la línea. Zach me lanzó una mirada incómoda mientras subíamos la escalera, como si él también estuviera imaginándose la reacción de Cole.

Finalmente, Cole respondió.

—Repítelo.

Le repetí la información mientras girábamos la esquina de la escalera y cruzábamos la puerta que el otro equipo había dejado abierta.

El olor extraño y familiar que había percibido al subir encontró finalmente su explicación cuando entramos en la habitación. Los soldados, amordazados y

atados, estaban situados contra la misma pared que habían usado para pintar un mensaje: «La obediencia corrige la diferencia».

El equipo de la operación había estado ocupado conduciendo a los chicos de las cinco habitaciones oscuras alineadas en la pared opuesta, intentando persuadirlos de que salieran. Vi el problema inmediatamente.

—Quitaos los pasamontañas —les dije a los demás—. Está bien, las cámaras están desactivadas.

Los chicos no saldrían hasta que vieran que nosotros también éramos chicos, que nadie los estaba engañando, ni tampoco los estaba secuestrando un grupo distinto de monstruos vestidos de negro. Uno de los adolescentes de la primera habitación asomó la cabeza, vio el arma de Gav y volvió dentro al instante. Habría cerrado la puerta de un golpe si Josh no la hubiese sujetado a tiempo.

La cámara de Alice hacía clic todo el tiempo, como un insecto, intentando captar la escena desde todos los ángulos posibles. Giré sobre mis talones y le propiné un golpe a la cámara, deseando con todas mis fuerzas que no la hubiera llevado sujeta al cuello con una correa para que el aparato se hubiera estrellado contra el suelo de baldosas.

—¿Te importa? —le espeté.

Dios; ya era bastante malo que los chavales estuvieran ahí, pero ¿no podía siquiera darles un segundo de paz para que se recobrasen?

—Ruby... —comenzó a decir Liam, pero Alice lo detuvo con un ademán.

—Está bien, lo entiendo —dijo.

Sin embargo, la vi levantar la cámara otra vez y pulsar el botón de vídeo. Obviamente no lo entendía.

—Cinco minutos —advirtió Cole—. ¿Estáis yendo hacia la salida?

Corrí hasta la puerta más próxima y miré dentro. Las literas de madera crujieron con los movimientos de los chicos y varios rostros me miraron con los ojos entornados. Extendí la mano y encendí las luces para que pudieran verme mejor la cara. El fuerte olor a sudor me dio en las narices antes de que los gimoteos y los susurros de temor me llegaran a los oídos. Docenas de rostros pequeños

surgieron de la oscuridad y se cubrieron los ojos con las manos.

«Oh, Dios mío».

Vestían esos uniformes finos como el papel, codificados por colores según la clasificación de los chicos. Sentí que me daba un vuelco el estómago. Una niña se giró, lo cual me permitió ver el número de identificación PSI que alguien le había pintado a toda prisa en la camiseta con rotulador permanente. No eran más que unos críos, de nueve, diez, once o doce años. Solo unos pocos parecían mayores de catorce. Todos tenían las mejillas hundidas, excavadas por el hambre, consumidas por la necesidad... si no de alimento, de todo lo demás.

—¡Lo habéis conseguido!

Cuanto más miraba al chico que se abría paso hacia la puerta de la habitación tres, más difícil me resultaba creer que se trataba de Pat. Le habían afeitado la mata de cabello oscuro, y la única vestimenta que le habían dejado era una tosca camiseta azul de algodón y unos pantalones cortos. Llevaba allí menos de una semana y la oscuridad de aquel lugar ya parecía haberlo consumido.

Todos los niños de la habitación de Tommy contuvieron una exclamación e intentaron alcanzarlo antes de que saliera al pasillo, rogándole con sus vocecitas que regresara.

«Por la noche no se abandona la cabaña», me había dicho una chica mayor en la Cabaña 27. «No se abandona la cabaña, ni siquiera si se está incendiando. Dirán que intentabas escapar, y ese es el único motivo que necesitan para matarte».

—Me llamo Ruby —dije rápidamente—, y soy de los vuestros. Todos somos como vosotros, excepto la mujer de la cámara. Os sacaremos de aquí y os llevaremos a un lugar seguro. Pero tenemos que movernos deprisa. Tan deprisa como podáis sin haceros daño ni hacer daño a los demás. Seguidlos... —dije, mientras señalaba a Gonzo y a Ollie—. Rápido, rápido, rápido. ¿Vale?

Maldición, todavía no se habían movido. No nos movíamos y el tic tac del tiempo pasaba con tanta rapidez en mis oídos que no podía distinguir los segundos de los latidos del corazón. Abrí la boca preguntándome qué más les podría decir. ¿Cuáles eran las palabras que me habían convencido para que tomara las píldoras que me ofrecía Cate? ¿O solo me había dado cuenta de que era mi última oportunidad para salir de allí?

Puede que, en el caso de estos chicos, se tratara tan solo de la sorpresa. Habíamos llegado tan inesperadamente que no acababan de entender qué estaba ocurriendo.

—¿Rosa? —grité—. ¿Rosa Cruz? ¿Hay aquí una Rosa Cruz?

Nadie habló ni levantó la mano, pero capté un pequeño movimiento por el rabillo del ojo, un movimiento sutil, alguien que se erguía. Pasé junto a Tommy y examiné los diez rostros de la habitación seis. Había una chica al fondo casi tan alta como yo, de unos trece o catorce años. Debía de haber tenido unos rizos largos y brillantes en algún momento de su vida, pero alguien se había pasado al cortárselos. No vi ni rastro de la senadora Cruz en su cara, salvo el tono oliváceo y cálido de su piel y los ojos oscuros. Pero cuando inclinó la cabeza y me miró, desafiando su temor, solo durante un segundo, se pareció asombrosamente a su madre.

—Rosa —le dije—. Tu madre está esperándote.

Ella se encogió ante la súbita atención que recibía, pero tras respirar hondo dio un paso adelante y se alejó de su habitación negra como la boca del lobo, como si estuviera liberándose de las garras de una pesadilla. Apretó los puños a los costados. Su respiración se hizo dificultosa y rápida, y movía mucho los ojos.

—Mírame —le dije, extendiendo una mano—. Mírame solo a mí. Esto está sucediendo realmente. Te sacaré de aquí, ¿vale?

«Vale». Rozó con sus dedos fríos y temblorosos la punta de los míos y luego los deslizó hasta cogerme la mano. La tensión que soportaba sobre los hombros no desapareció hasta que le apreté la mano. Las otras chicas de la habitación salieron detrás de ella y solo entonces los demás chicos dejaron por fin de dudar y salieron también.

—Base —dije, presionando mi auricular—. Iniciando la evacuación.

—Dos minutos —dijo Cole, que parecía mucho más estresado que yo.

Todo estaba saliendo bien. Venían con nosotros. Confiaban en nosotros. La gratitud que me inspiraba ese pequeño hecho me llenó los ojos de lágrimas.

Los otros nos siguieron, sumándose a la fila uno a uno, pero moviéndose con rapidez. Los pies resonaban contra las baldosas y las manchaban con la pintura

fresca caída de la lata olvidada. Algunos de ellos se detuvieron a mirar a los dos FEP atados, pero no hubo risas, ni sonrisas, ni vivas. Desde luego que no. Aquellos chicos debían de sentirse como si estuvieran en un sueño.

Conduje a Rosa a la línea, mientras observaba la pared donde los soldados habían estado escribiendo aquel mensaje. Los chicos se apoyaron en la pared y la utilizaron para sostenerse al girar la esquina que conducía a la escalera, extendiendo la pintura roja y dejando tras ellos huellas de pies y manos. Alice se quedó paralizada frente la pared y levantó su cámara por última vez.

Esa fue la última imagen clara que tuve antes de que la noche se acelerara y se deslizara como un borrón que nos acompañó escaleras abajo, luego por el pasillo principal y, finalmente, al exterior por la misma puerta por la que habíamos entrado. La explosión de aire frío se llevó el calor pulsante de mi sangre. Me sacudí el temor del cuerpo y me permití imaginar lo bien que me sentiría cuando estuviéramos saliendo de Thurmond, cuando cruzara aquellas puertas por última vez.

Tal vez Cate me hubiera sacado de ahí, pero, hasta aquel momento, no estoy segura de haberme percatado por completo de que yo seguía estando prisionera de aquel lugar. Y no era la cura la que me daría la sensación de haber sido finalmente liberada de aquella horrible realidad. Era saber con certeza que jamás me obligarían a regresar.

Zach ayudó a Liam a subir la moto a la parte trasera del camión y le dio a Alice el impulso necesario para trepar. Capté su mirada inquisitiva mientras él le tomaba la mano, y asentí con la cabeza. Ella debía volver con nosotros. Había visto demasiado y era un riesgo para nuestra seguridad. Gonzo y Ollie fueron los últimos en subir a la parte trasera del camión, después de arrastrar a los FEP que habíamos dejado fuera al interior del campo, junto con el conductor, debidamente atado, del camión.

Los niños se vieron obligados a sentarse en las tarimas y las cajas envueltas en plástico. Algunos de ellos aferraron con fuerza las barras luminosas, de color amarillo o naranja, y las linternas que les habíamos entregado para que no sintieran que estaban encerrados en la oscuridad total. Mientras bajaba el portalón, vi a Liam sentado con la espalda apoyada en un lateral de la caja y los brazos sobre las rodillas, mirándome. Cerré la puerta con firmeza y la aseguré con el pestillo.

Zach ya estaba en el asiento delantero, arrancando el GPS del salpicadero.

Bajó la ventanilla y lo lanzó fuera.

Una forma menos de rastrearnos cuando averiguaran lo que estaba pasando. Yo fui quien abrió las puertas del campo; la valla no estaba electrificada, pero las FEP se habían ocupado de asegurarla con un candado. Me volví para mirar a Zach y negué con la cabeza. Me hizo señas de que regresara y subí a la cabina del camión.

—Agárrate bien —me advirtió, y transmitió el mensaje a todo el equipo.

El camión se lanzó hacia delante y embistió las puertas como si fueran de porexpán, lanzando varios fragmentos por los aires. Un trozo se enganchó en uno de los tapacubos delanteros y despidió chispas al tocar el suelo, pero se desprendió cuando giramos para entrar en la autovía y nos alejamos a toda velocidad, antes de que el sol tuviera la oportunidad de comenzar a elevarse a nuestras espaldas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Viajamos cuatro horas completas antes de deshacernos del camión en Reno. En un mundo ideal lo habríamos conducido directamente hasta Lodi y nos habríamos detenido solamente una vez para dejar que los chicos aliviaran sus vejigas y estiraran las piernas, pero el camión tenía pintadas insignias militares. Si seguíamos en él, alguien acabarían descubriéndonos.

La senadora Cruz lo había arreglado para que llevaran un viejo autocar de la Greyhound desde Oregón y lo dejaran en las afueras de la ciudad de Reno; nos había advertido, sin embargo, de que esta sería la única vez que podría valerse de ese contacto, ya que el exgobernador del estado, antiguo compañero de curso, se había cuidado mucho de no involucrarse en los asuntos de la Coalición Federal. Gray lo había recompensado permitiéndole conservar su cargo.

Zach y yo ayudamos a bajar a los chicos, y yo no pude evitar una sonrisa al ver que todos se tambaleaban bajo la cálida luz del sol. Rosa fue una de las últimas en salir, y no le cogió la mano a Zach, sino a mí.

—¿Todo en orden? —le pregunté—. ¿Cómo estás?

Ella estiró los brazos hacia delante y hacia atrás y luego los hizo girar. Me aseguré de mantener la sonrisa para que supiera que no tenía nada de malo pensar que aquello iba a salir bien. Era algo que yo había aprendido de Cate.

Me pregunté qué pensaría ella de todo esto, mientras descargábamos las cajas de alimentos y suministros médicos del camión y las llevábamos al maletero del autocar de la Greyhound. Cuando la viera otra vez, me aseguraría de que conociera la magnitud de lo que había hecho por mí. Yo quería creer que si sentía estas cosas, si evocaba su rostro en mi mente, de algún modo Cate sabría que yo estaba pensando en ella, que no la había olvidado.

Que iba a buscarla.

Liam acompañó a Alice hasta el autocar, ignorando las miradas que cruzaron los miembros del equipo cuando pasaron junto a ellos. Tras intercambiar unas últimas palabras en voz baja con ella, volvió a su motocicleta y le explicó a Zach que viajaría detrás del autocar.

Le tendí una mano a Rosa, que la tomó agradecida. Zach saltó al asiento del conductor y se volvió para contar y asegurarse de que todos estaban a bordo. Algunos chicos se deslizaron en sus asientos y otros se sentaron en el suelo. Tras un instante de inmóvil incertidumbre, los chicos mayores comenzaron a jugar con las toberas de la ventilación y las lámparas individuales.

—Cerrad completamente las cortinas —les dije—. Serán otras tres o cuatro horas más de viaje hasta nuestro destino.

—¿Adónde vamos? —preguntó uno de los niños.

—¡Ca-li-for-nia! —cantó Gav, golpeando con sus manos carnosas el respaldo del asiento que tenía delante—. ¡Venga, vámonos!

—Cinturones de seguridad —dijo Zach en voz alta al arrancar el motor. Luego, al percatarse de que había un sistema de altavoces, repitió la orden por el micrófono—. Cinturones de seguridad. Bienvenidos al servicio de autocares Psi. Me llamo Zach y seré vuestro conductor en este épico viaje hacia la libertad. Si miráis por la ventanilla, algo que obviamente no haréis porque Ruby os acaba de decir que no lo hagáis, podéis enseñarle el dedo al estado de Nevada mientras nos alejamos.

Eso, por lo menos, hizo sonreír a algunos niños. Levanté el pulgar para indicarle a Zach que todo iba bien y él me devolvió el gesto. El vehículo salió disparado y partimos a una velocidad constante. Sonreí aun a mi pesar, columpiándome en mi nube de felicidad. No bajé de ella ni un segundo, hasta que miré a Rosa.

Estaba sentada junto a la ventanilla, con las piernas apoyadas en el pecho, cubiertas por la camisa, y la cara apoyada en las rodillas.

—Rosa —le dije, poniéndole una mano en la espalda.

El número pintado en el bolsillo de su camisa, el 9229, era lo único que la identificaba en aquel lugar. Yo quería que oyera su nombre. Que se sintiera humana.

—No deberíais haber venido, todavía no estamos preparados. Todavía estamos destrozados.

—No —dije rápidamente—, no es así. Sois diferentes, eso es todo.

—Decían que los buenos eran los que habían muerto —dijo y advertí la tenue cicatriz que le recorría la mejilla izquierda, una delgada línea rosada que subía en espiral. ¿Qué le podría haber dejado una marca como esa? Solo alguien que le hubiera arañado la piel de forma intencionada—. Que todos estábamos mal y que... nunca saldríamos. Pero nunca hicieron nada para ayudarnos. Quiero..., quiero que me curen, era lo que todos queríamos. Hicimos «todo» lo que nos pedían, pero no era suficiente.

—Si te hicieron sentir así, entonces son ellos los que están mal —dije.

Me tomó un instante darme cuenta de por qué esas palabras me habían salido con tanta facilidad. «Clancy». ¿En qué difería esto de lo que él llevaba tiempo intentando decirme? Me moví, incómoda, tratando de pensar en Cate y en cómo me había hablado para tranquilizarme, tras escapar de Thurmond.

—Lo más importante que has hecho es aprender a sobrevivir —le dije—. No permitas que nadie te haga sentir que no deberías haberlo hecho o que te merecías estar en ese campo.

—¿Tú también has estado en uno? —preguntó Rosa—. ¿Las cosas mejoraron cuando saliste?

—Están mejorando —le respondí—. Tu madre nos está ayudando.

Eso. Una sonrisa pequeña y temblorosa.

—¿Se ha puesto su traje rojo?

—¿Traje rojo?

Rosa asintió con la cabeza, irguiéndose, por fin, para apoyarse en el respaldo del asiento.

—Mamá tenía un traje rojo oscuro que llevaba siempre que debía ir a una votación o a un debate importante. Decía que asustaba a los viejos tíos blancos que intentaban obligarla a cerrar la boca o a sentarse.

—No —respondí—, pero ¿sabes qué? Creo que la verdad es que ya no lo necesita.

La chica extendió los dedos sobre su pantalón corto azul.

—Y ¿estás completamente... estás segura de que quiere...? O sea, yo lo entendería, si no quisiera verme. Estaba con mi abuela cuando llegaron ellos. Mamá no me vio nunca más después de que me estropearan..., de que yo cambiara, quiero decir.

—Ella te quiere —le dije, y mis palabras salieron de un lugar en el que no me había atrevido a mirar después de dejar Thurmond—. Más que a nada en el mundo. No importa lo que puedas hacer o lo que te haya dicho la gente del campo. Tu madre está ahí, esperándote.

Esas eran las palabras correctas. Lo supe por el dolor que sentí al sacarlas a la luz desde ese lugar donde estaban enterradas.

Lo supe porque eran las mismas palabras que había esperado escuchar justo antes de que llegaran a rescatarme.

Rosa giró la cabeza hacia mí.

—Gracias por venir a buscarnos.

No estaba segura de poder confiar en mi voz, pero dije:

—De nada.

—Rescataréis a más chicos, ¿verdad? —preguntó—. ¿No solo a nosotros?

—A todos —dije para tranquilizarla.

Recliné la cabeza contra el asiento y cerré los ojos. Era la única forma que conocía de evitar el llanto.

Era más que una posibilidad. Lo habíamos conseguido y podíamos hacerlo otra vez en Thurmond. Podíamos hacer que este momento fuera la realidad para todos. Para cada uno de los niños de los campos.

Zach aparcó el autocar en el garaje, tal y como Cole le había indicado. Los chicos que se habían quedado en el Rancho estaban ahí, abriendo la gran puerta corredera que habíamos mantenido cerrada y asegurada todo el tiempo mientras usábamos aquel espacio. La senadora Cruz y Cole esperaban dentro. La mujer tenía las manos cruzadas delante del cuerpo y, si bien parecía calmada, yo podía ver, a pesar de la distancia, lo mucho que le costaba controlarse. Abrí la cortina y

me eché hacia atrás para que Rosa también pudiera verla. La senadora debió de ver a su hija en ese preciso instante porque renunció a sus esfuerzos por contenerse y corrió hacia la puerta del autocar en el momento en que yo me ponía de pie para dejar pasar a Rosa. La chica se lanzó a los brazos de su madre desde el primer escalón, y a punto estuvieron ambas de acabar en el suelo.

Los otros chicos miraban hacia otra parte. En el viaje de regreso a California les habíamos explicado lo ocurrido en Los Ángeles. Y el saber que, en muchos casos, sus padres habían participado en la Coalición Federal o, sencillamente, habían vivido en el área afectada no hacía más fácil la dura realidad.

—Pero os ayudaremos a encontrarlos —prometí—. Si la senadora Cruz no sabe con certeza dónde están, intentaremos buscar su rastro en diferentes redes.

Cole se había quedado donde estaba, asintiendo con la cabeza a los miembros del equipo que bajaban del autobús, dándoles palmaditas en los hombros y felicitándolos, orgulloso, a medida que se acercaban y formaban un grupo a su alrededor. Tenía una mochila a sus pies, pero no la tocó hasta que Liam y Alice salieron, finalmente, del autocar. Yo sabía lo que estaba por suceder pero, con franqueza, estaba demasiado cabreada para impedirlo.

Cole dirigió una seña a la senadora Cruz, quien aún abrazaba a Rosa.

—Bueno, todo el mundo, seguidme. Os ofreceremos una ducha caliente, ropa nueva y una buena comida. ¿Qué os parece?

Liam y la reportera de Amplify, que se dirigían hacia nosotros, se vieron interrumpidos por la fila de chicos de Oasis que en ese momento seguían a la senadora Cruz hacia el túnel y se cruzaban con Zu, Hina, Mike y Kylie, que llegaban corriendo a nuestro encuentro. Los cuatro se unieron al grupo de chicos que se habían quedado en el Rancho, de pie sobre la media luna pintada en el suelo de cemento.

En el instante en que tuvo a Liam lo bastante cerca, Cole se detuvo para levantar la mochila y se la lanzó con fuerza a su hermano, que, al recibirla, soltó una exclamación.

—Me he tomado la libertad —comenzó a decir Cole en un tono helado— de empaquetar tus cosas. Aquí no tienes nada que hacer. Súbete a tu motito y lárgate.

—No me iré a ninguna parte —dijo Liam con la expresión dura, al tiempo

que volvía a lanzarle la mochila a su hermano—. Y solo he empezado. Tú no puedes hacer que me vaya.

Cole soltó una risita despectiva, pero fui yo quien le respondió. Las palabras brotaron en mi mente y me llenaron la boca como si fueran de espuma.

—No, pero yo sí podría.

Vi a Zu mirarnos alternativamente a Liam y a mí con los labios entreabiertos por la conmoción. Eso no fue nada comparado con el sufrimiento de ver a Liam tensar la mandíbula y palidecer, mientras en sus ojos centelleaba una mirada de terrible y silenciosa decepción. ¿Cómo se atrevía a actuar como si esta fuera la auténtica traición? Todo aquello lo había hecho a mis espaldas. Me había dado cuenta de que guardaba algún secreto, pero no había imaginado nada de estas proporciones. Nada que pusiera en peligro la seguridad y las vidas de todos los chicos del Rancho.

¿Y por qué? ¿Porque estaba furioso con Cole por haber descartado su idea? Liam no entendía cómo funcionaban estas cosas. Había abandonado la Liga. Había huido. Había dejado el entrenamiento demasiado pronto como para comprender que el fuego se combate con fuego.

—Has actuado a mis espaldas —dijo Cole, en un tono de voz acalorado— y te has puesto en contacto con Amplify, cuando te había dicho claramente que no lo hicieras. Has sido lo bastante estúpido como para enviar archivos confidenciales por correo electrónico, arriesgándote a que las arañas de Internet de Gray los encuentren y rastreen su procedencia. Has interrumpido una operación en marcha y has puesto en peligro a cada uno de los chicos que participaban en ella, incluidos tú mismo y los chicos a los que hemos rescatado. Y para rematar todo lo anterior, has involucrado a una civil. Espero, de verdad, que para ti haya merecido la pena porque tú te largas. Y ella se queda aquí, donde podemos mantenerla a salvo y encerrada hasta que todo esto acabe.

—¿Perdona? —dijo Alice, al tiempo que avanzaba un paso con una mirada centelleante en sus ojos marrones. Luego, dirigiéndose a Liam, añadió—: Me dijiste que se cabrearía, pero esto...

—... es la realidad —completó Cole, extendiendo una mano—. Entrégame la cámara.

Ella retrocedió mientras acercaba una mano a la cámara, bien guardada

dentro de su bolsa.

—Escucha bien lo que voy a decirte —dijo ella—, porque lo digo de forma literal: sobre mi cadáver. ¿Crees que me asustas? He sobrevivido al bombardeo en D. C. y he cubierto ocho grandes revueltas urbanas, incluida la de Atlanta, donde asesinaron a mi cámara y a mi prometido. Así que, venga, inténtalo, imbécil.

—Vale, cariño —dijo Cole—, puedes quedarte la cámara. Y que la tierna luz resplandeciente de la pantalla digital te haga compañía cuando te encerremos en tu nueva habitación y echemos la llave por la ventana.

—Eso es...

Liam estiró un brazo, deteniéndola. Pero la mujer no retrocedió, ni su piel de color marfil perdió su tono rosado.

—Tienes razón —dijo Liam—. Es cierto que actué a tus espaldas y averigüé cómo ponerme en contacto con Amplify. Me reuní con Alice y su equipo, pero fue solo después de encontrar a Olivia y a Brett, a quienes les he dicho que no vinieran hasta estar seguro de que podía garantizarles una probabilidad menor de que los mataran a la que tienen viviendo solos en el bosque. Yo bajé archivos a un lápiz de memoria para probarles mi historia a los de Amplify, pero nunca he enviado nada. ¿Y sabes por qué he hecho todo eso? Porque independientemente de lo que dijiste en Los Ángeles, esto no se parece en nada a una democracia y mucho menos a un nuevo comienzo. Has ignorado las ideas de todos en favor de las tuyas y no has escuchado ni una sola vez lo que he intentado decirte, a pesar de que no sabes nada de nuestras vidas, no sabes por lo que hemos pasado. A ti te gusta combatir, pero a algunos de nosotros no.

—No es tu mejor argumento —dijo Cole señalando al equipo con un gesto—, teniendo en cuenta que hoy todo ha funcionado muy bien.

—Está diciendo la verdad —insistió Alice—. Nunca le habríamos pedido que se arriesgara a enviarnos los archivos usando Internet. Solo nos trajo copias impresas, y nada más que unas cuantas para demostrar su filiación con la Liga. O como quiera que os llaméis ahora.

Liam resopló.

—Podemos usar la grabación que ha hecho hoy Alice, entregarles un paquete con material audiovisual para que sus contactos lo publiquen, un material

que transmita un auténtico mensaje. Que demuestre algo, aunque solo sea que la gente no tiene nada que temer de sus hijos. No lo entiendes. No importa si sacamos a todos los chicos de los campos y nos cargamos cada maldita valla y muro que haya entre ellos y nosotros. Si no cambiamos la mentalidad de la gente, ¿dónde diablos van a ir todos esos chicos?

Cole se cruzó de brazos y dijo simplemente:

—Adiós, Liam.

Yo ya había echado a correr con la intención de seguir a Cole hacia el túnel. La furia me palpitaba en la cabeza y borraba hasta el último rastro de luz de mi corazón, cuando alguien habló.

—Si él tiene que irse, yo también.

Era la chica Verde que había visto unas pocas noches atrás, la que había pintado la media luna en el casco de Liam. Ese instante en el que yo había preguntado quién era «ella» finalmente cobraba sentido. El símbolo era el medio para que Alice identificara a Liam en sus encuentros.

—¿Por algún motivo en particular? —preguntó Cole.

—Lo he encubierto —dijo, mientras se echaba el pelo oscuro hacia atrás, por encima de los hombros—. Yo sabía que Liam iba a reunirse con Alice y no se lo dije a nadie.

—Yo también lo sabía —dijo Lucy, con las manos rojas de tanto retorcérselas—. He mentido sobre los suministros que Liam nunca trajo al Rancho y, la verdad, no quiero combatir, lo siento.

—Lo mismo sucede conmigo —dijo Kylie—, pero yo no lo siento.

—Y conmigo —intervino Anna, una de las Verdes que había venido con nosotros desde Los Ángeles—. Yo le enseñé a Liam cómo acceder a los archivos para bajarlos.

A mis espaldas, Zach se rascó la cabeza y levantó la vista hacia el techo.

—Bueno, yo podría haberle enseñado a establecer un procedimiento de contacto con alguien, si eso hubiera sido necesario.

—Yo le pregunté a la senadora Cruz cómo se ponía en contacto con la gente de Amplify —dijo otra de las Verdes—. Por lo que yo también he de irme, ¿no?

—Y yo, porque...

Cole levantó la mano interrumpiendo a Sarah.

—Vale ya..., por Dios, ya lo pillo, Espartaco. Todos lo habéis dejado muy claro.

Cole me dirigió una mirada. Levanté un hombro dejándolo decidir esta vez. No me fiaba de mi juicio en ese instante y, francamente, si estaban tan interesados en sabotear nuestro ataque a Thurmond, no me habría arrepentido de verlos a todos marcharse y vivir en algún lugar lejano y seguro, especialmente si Harry cumplía su promesa de enviarnos soldados entrenados.

—Tenéis una oportunidad —les dijo—. Demostradme que esto funciona como creéis y adaptaremos nuestro plan, pero...

Se le endureció la voz cuando los chicos que estaban detrás de nosotros empezaron a parlotear, emocionados. Me acerqué a Cole con la intención de usarlo como escudo de la verdad: ahora resultaba evidente que la mayoría —si no todos— habían sabido lo que Liam estaba planeando y ninguno de ellos se había sentido inclinado a compartirlo conmigo.

«Ellos probablemente piensan que te lo tienes merecido —me susurró una vocecilla en la cabeza— por no haberles contado que te desharías de los agentes antes de venir al Rancho».

Pero la diferencia era que yo solo lo había hecho para protegerlos. Cole tenía toda la razón: el hecho de que Liam hubiera interrumpido una operación cuidadosamente coreografiada e introducido una variable desconocida podría haber acabado muy mal para todos, incluidos los chicos que intentábamos rescatar. Una nueva oleada de irritación me inundó el cuerpo.

—Pero —continuó Cole— os tendréis que quedar todos aquí y no podréis abandonar el Rancho, por ningún motivo, sin mi autorización. Eso te incluye a ti, Zanahoria.

Al oír el mote, Alice se ruborizó y se alisó el cabello rojo distraídamente.

Cole se acercó un paso a ella y bajó la voz. Yo conocía esa expresión, la forma en que entrecerraba los ojos, la sonrisa amistosa tras la cual ocultaba todo el desprecio que sentía. Solo su voz baja y ronca.

—Si revelas nuestra posición a alguien de Amplify, lo sabré.

Alice se inclinó hacia Cole con los brazos cruzados y una ceja arqueada, desafiante.

—No, no lo sabrás. Pero a diferencia de ti, lo mío no es hacer que maten a un montón de niños.

—Eh —la advertí.

Y, obviamente, Liam debía de haberle dicho algo acerca de mí, porque al final retrocedió.

—Vale, ¿estáis todos en paz? ¿Todo en orden? —dijo Cole, mientras asentía con la cabeza e indicaba a los demás que también lo hicieran—. Estupendo. Descarguemos las provisiones del autocar y organicemos todo esto. Alguien tiene que describirme las caras que han puesto los de las FEP cuando os han visto aparecer.

Con eso la tensión se disipó y Gav estalló en carcajadas, mientras contaba que creía que uno de las FEP se había meado encima al darse cuenta de lo que estaba sucediendo en el campo.

Zu intentó cogerme de la mano al pasar junto a ella, pero, para ser absolutamente franca, lo único que yo quería era estar sola. No me importaba si eso hería sus sentimientos, no me importaba si estaba preocupada por mí, y no quería fingir que me gustaba cómo habían salido las cosas. Perder la concentración no servía de nada. Implicaba un número mayor de chicos muertos, a los que yo no conseguiría salvar.

Quería preguntarle a Nico si tenía noticias de Cate, o si Vida y Chubs se habían comunicado con él. Después, deseaba concretar los detalles acerca de cómo me llevarían de nuevo a Thurmond.

Quemé la energía extra que tenía corriendo por el túnel que separaba el Rancho del garaje. La frustración se iba disipando con cada golpe de mis botas sobre el cemento. Crucé la cocina, pasando junto a los boles de pasta y *pretzels* que

los chicos de Oasis habían cogido, supuse, para llevárselos a la sala grande y comérselos allí, cuando por fin oí que su voz pronunciaba mi nombre.

No bajé la velocidad, no permití que ninguna parte de mí suavizara la armadura de furia que me cubría. Liam corrió para alcanzarme.

—¡Ruby! ¡Quiero hablar contigo!

—Créeme —le dije—, no quieres hacerlo.

Seguí por el pasillo hasta que me cogió del brazo y me obligó a girar hacia él. Lo miré a la cara, más allá del cansancio, de la sombra de la barba incipiente en sus mejillas y su mentón, y me perdí en la intensidad de sus ojos. Y, por único instante, mi cuerpo confundió la necesidad de matarlo con la de besarlo.

Me alejé con un tirón y abrí la puerta de la escalera.

—¿Estás enfadada porque no te lo he dicho o porque sabes que tengo razón? —preguntó—. Porque hasta donde yo sé, se trata de las dos cosas.

—Creo que Cole te ha ofrecido una lista bastante acertada de los numerosos motivos que tengo para estar enfadada contigo —dije justo cuando llegaba al primer rellano de la escalera.

Él estaba pegado a mí e intentaba llevarme al mismo rincón oscuro en el que yo le había robado un beso. Y eso, de alguna manera, me enfadó aún más, como si él lo hiciera a propósito.

—Tengo razón, Ruby —dijo, cogiéndome de nuevo la muñeca.

—Si me vuelves a tocar —le advertí—, te arrepentirás.

Me soltó y retrocedió.

—Por favor, escúchame...

—¡No! —dije—. ¡Ni siquiera deseo mirarte, ahora mismo!

—¿Porque me he atrevido a llevarle la contraria a Cole, quien «jamás» se equivoca en nada?

Me volví como un torbellino y le empujé el pecho con ambas manos.

—¡Porque estuviste a punto de que Zach te pegara un tiro! ¡Porque podrías haber muerto y yo no habría podido impedirlo! ¡Porque has actuado sin pensar y todo aquello por lo cual hemos estado esforzándonos podría haberse derrumbado...!

Una llamarada azul centelleó en sus ojos cuando me atrajo hacia su cuerpo.

Y me besó.

Me besó como yo lo había besado en el bosque, en las afueras del campo de East River. En la oscuridad, rodeados por el olor de la tierra húmeda, el polvo y el cuero. Con brusquedad, con desesperación, con sus manos aferradas a mi pelo y las mías a su chaqueta.

Me besó y yo se lo permití, porque sabía que esa era la última vez.

Lo empujé lejos de mí, mientras algo se desgarraba en mi pecho y el aire frío ocupaba el espacio entre nosotros. Liam se apoyó en la pared, intentando recuperar el aliento. Combatí el estúpido impulso de sentarme en la escalera a llorar.

Liam aspiró una temblorosa bocanada de aire.

—Me ha dicho Anna..., me ha dicho que Nico ha estado trabajando en secreto en una especie de virus. Cree que es para el ataque a Thurmond. Es de esos programas que hay que instalar antes de poder realizar el ataque —dijo, con una voz que sonaba hueca—. ¿Es posible que sepas algo al respecto?

Aparté la mirada.

—Jesús, Ruby —dijo con calma.

Me estaba dando la oportunidad de sincerarme con respecto al ataque a Thurmond, pero nada, y mucho menos él, me impediría llevarlo a cabo. No necesitaba su aprobación.

—Te matarán —dijo, y la irritación tiñó sus palabras—. Tú lo sabes. Ellos saben lo que eres y lo que puedes hacer. ¿Influirás en todos los del campo? ¿Los controlarás a todos como hizo Clancy en East River? No van a dejarte salir del

campo con vida... ¿y ni siquiera te importa?

Se rascó la cara y soltó un gruñido de exasperación.

—¿Tengo que preguntar quién puso esta idea en tu cabeza? ¡No es uno de los nuestros, Ruby! No lo es y tú aún estás de su lado, y le dices a «él» las cosas que solías decirme a mí. Dime qué ha sucedido, dime cómo resolver esto entre nosotros. No entiendo cómo nos hemos separado. ¡No entiendo por qué tiene este control sobre ti!

—Yo no tengo por qué darte explicaciones —le espeté.

Al decir esas palabras, sin embargo, sentí que una gota de hielo me bajaba por la espalda, sin importar cuán verdaderas fueran.

—Antes solías desearlo —dijo él—. ¿Quieres saber por qué no te dije nada de Alice y Amplify? Estuve a punto cientos de veces. Me faltó muy poco aquella noche, en el garaje, pero me contuve porque últimamente..., últimamente no importa lo que yo diga. Tú y Cole pensáis que es algo erróneo, tonto o ingenuo. Maldición, estoy absolutamente harto de esa palabra. No soy tonto; tampoco soy ciego. Puedo mantenernos alimentados y arreglar los malditos muebles que se caen a pedazos, puedo garantizar que los coches funcionen, puedo conseguir para nosotros la auténtica última oportunidad para hacer algo bueno y duradero en un mundo que ya es demasiado violento, pero nada de eso es suficiente. Ni siquiera cuento, ¿no es así? Para él no, desde luego. Ni para ti, ya no.

No dije nada. No sentí nada. No era nada.

—Intento pensar qué viene a continuación; cómo seguiremos con nuestras vidas cuando esto haya acabado. Es de lo que hablábamos antes. No quiero que ninguno de estos chicos viva sus vidas manchadas de dolor y arrepentimiento y sangre. Tampoco quiero eso para ti. Podemos hacer algo bueno, podemos hacer que todo el maldito mundo vea que somos buenos chicos en muy malas circunstancias. Por favor; Ruby, por favor. Cole te conducirá hasta el borde del precipicio, cogida de la mano durante todo el camino.

Le sostuve la mirada un instante más, dejando que las palabras se expandieran y llenaran las partes de mí que se estaban desmoronando. «Piensa en las chicas —pensé—. La Cabaña 27. Sam». Todos esos miles de chicos que quedaron atrás cuando salí. El rostro de Ashley, su mirada vacía clavada en mí, la acusación que yo veía en sus ojos. «¿Dónde estabas? ¿Por qué no has llegado

antes?».

—Si te he hecho la mitad del daño que me estás tú haciendo ahora —dijo Liam con la voz ronca—, por Dios, mátame. Ya no puedo soportarlo. Di algo. ¡Di algo!

Yo podía sacrificar aquello, lo que más quería en el mundo, por ellos, y la deuda nunca quedaría saldada, no del todo. Les debía más que mi amor. Lo que les debía a cada uno de esos chicos era mi vida. Tenían que saber cómo me había sentido hoy al marcharnos de Oasis. Encontraríamos la cura, aunque fuera lo último que hiciera en esta tierra, y los estaría esperando cuando salieran. Conocerían la libertad auténtica, no porque la cura les permitiera perder sus terribles poderes, es decir, la característica que los marcaba como «bichos raros», sino porque podrían tomar cada decisión que les había sido negada durante años. Podrían ir a cualquier parte. Estar con las personas que amaran.

Al fin y al cabo, no importaba lo que me sucediera a mí; ahora comprendía lo que había querido decir Nico cuando hablaba de enmendar los errores. No podía volver al pasado y cambiar las cosas que les habían ocurrido, pero no tenía la menor duda de que podía darles el control de su propio futuro. Valdría la pena. Perder aquello... Valdría la pena. Algún día.

Pero ahora, solo me hacía daño. Sentí como si me desgarraran por dentro. El final llegó con el silencio y supe que Liam lo sabía, aun cuando fuera demasiado tozudo para admitirlo. Ya no quedaba nada que decir. Me volví y regresé por la escalera.

—Estaré esperando —dijo él a mis espaldas—, cuando decidas que quieres encontrarme.

Tragué el doloroso nudo que se me había formado en la garganta y, sin volverme a mirarlo, le dije:

—No te molestes en esperarme.

Yo ya estaba en el rellano de la escalera, abriendo la puerta, cuando él habló.

—Puede que no lo haga.

La puerta se cerró con un silencioso clic a mis espaldas. Dejé el cuerpo inmóvil por completo. El dolor me estaba destrozando cuando entré en el

dormitorio más cercano y me derrumbé sobre una de las camas. Apreté los puños, los relajé, volví a apretarlos y a relajarlos, intentando ahuyentar la insoportable rigidez, dar algún ritmo a mi respiración en lugar de ese horrible y áspero jadeo. Por el pasillo me llegaron risas que provenían de la sala grande, ajenas a los gritos que me llenaban la cabeza.

No sé cómo sucedió, solo que mi visión se tornó borrosa. Cuando finalmente se aclaró, estaba de pie en la oficina de Alban sin un solo recuerdo de cómo había llegado hasta allí. Cuando regresé, había dos personas de pie en la entrada, hombro con hombro, con la misma expresión de preocupación. Parecían transmitirme toda una conversación con una sola mirada.

—Bueno... —comenzó diciendo Vida—, ¿qué nos hemos perdido?

CAPÍTULO DIECISIETE

—¿Cuándo habéis llegado?

La pregunta rebotó en las paredes del túnel mientras Vida, Chubs, Cole — que acababa de llegar— y yo nos dirigíamos hacia el bar.

—¿Por qué no nos habéis hecho saber que estabais tan cerca? Tenéis a Lillian, ¿verdad?

—Ah, sí, la tenemos —dijo Chubs, mientras miraba a Vida—. Y una explicación de por qué no hemos llamado.

Vida resopló y se cruzó de brazos.

—¡Fue un accidente!

—Sí, bueno —dijo Chubs, mientras se ajustaba con delicadeza las gafas en el puente de la nariz—, el móvil desechable que teníamos salió volando accidentalmente del coche y, accidentalmente, alguien dio marcha atrás con el coche y le pasó por encima. Porque alguien iba con prisas después de haber alertado accidentalmente a los rastreadores de que estábamos cerca al usar accidentalmente sus aptitudes para quitar un poste de luz de la carretera después de haberlo atropellado, accidentalmente, mientras daba marcha atrás.

—Es más mejor que alguien se calle la boca antes de que le parta todos los dientes, accidentalmente. —Vida fingió darle un puñetazo en el hombro, en un gesto que resultó casi... jugueteón.

—Se dice «es mejor».

—¿De verdad? ¿Lecciones de gramática?

Mientras subíamos la escalera, dejé que Cole contara lo que había sucedido durante el ataque a Oasis. Yo tenía demasiadas heridas recientes como para organizar lo que necesitaba decir y, peor aún, el embotamiento de la cabeza me hacía sentir como si estuviera atrapada bajo el agua. No podía mirar a Chubs a los ojos, por muchas argucias que utilizara para llamarme la atención. Liam le contaría

toda la historia y él se pondría del lado de su amigo, y yo, simplemente, no podía. No podía con nada que no estuviera directamente relacionado con Lillian Gray o con Thurmond.

Vida nos hizo salir a los cuatro de la habitación trasera del bar y nos condujo a la sala principal. Todo estaba cerrado y asegurado; se habían llevado las cosas útiles, como platos y vasos, al Rancho. Las sombras eran tan ubicuas que casi pasé por alto la pequeña figura encogida en el reservado del rincón más alejado.

Vestía vaqueros de una talla obviamente más grande y una camisa que debía de haber pertenecido a un hombre. El pelo, rubio, lo llevaba recogido bajo una gorra de béisbol de los Braves. Inmóvil, contemplaba el lugar con una mirada letal, atenta y escrutadora. La dureza de sus ojos, su actitud... ya lo había visto antes, en su hijo. La imagen bastó para que me parara en seco y me heló la sangre. Siempre había creído que Clancy se parecía físicamente a su padre, pero los detalles, el tamborileo de sus dedos sobre los brazos cruzados... Ella no dijo una palabra, pero igualmente pude oír su voz, el eco que había captado en la mente de su hijo. «Clancy, mi dulce Clancy...».

Aspiré una gran bocanada de aire.

—No la tenían en el Cuartel General de Kansas —dijo Vida—. Estaba en uno de los edificios periféricos más pequeños. Supimos cómo encontrarla solo gracias a que interceptamos una comunicación entre los agentes que hablaban de los planes para intercambiarla por los agentes que habían capturado los hombres de Gray. Agentes a los que mantenían con vida «específicamente» para recuperarla. Con lo cual, estabas equivocado, mamón —le hizo saber a Cole—, y es mejor que esto haya valido la pena porque podría haber traído a Cate y no a la Looney Tunes esta.

Cole asintió y avanzó un paso, acercándose a la mujer con todo el cuidado y la prudencia que emplearía con un animal espantado.

—Hola, doctora Gray. Aquí está a salvo.

La mujer no comprendió lo que le decía, o bien no le importó. Se sacudió las manos de Cole de encima y salió disparada hacia la puerta. La forma en que aporreó la madera gastada con los puños hizo que me dolieran las manos.

—Pálido..., ah..., fuera..., coche..., más..., ahora; ahora uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Las palabras apenas sonaban como tales y su énfasis y su tono eran extraños, como si hablara con la boca llena o se estuviera mordiendo la lengua.

Me volví hacia Vida, que exhaló un suspiro de cansancio.

—Para alguien que no puede ni hablar ni entender nada, es un auténtico coñazo.

—Pero habla... —dije, aunque me interrumpió un grito gutural cuando Cole la levantó e intentó mantenerle los brazos junto al cuerpo.

—No entiende nada; hemos intentado escribirle, hablarle con lentitud y en distintos idiomas —dijo Chubs frotándose la barbilla—. Si le queda algo dentro de la cabeza, no sabe cómo sacarlo de ahí.

Hay una diferencia entre estropeado y destruido. En el primer caso, se puede albergar la esperanza de reconstruir el objeto, pero en el segundo..., simplemente no hay vuelta atrás.

Me llevé las manos a la cara y renuncié a establecer contacto con los ojos oscuros de Lillian Gray, que recorrían rápidamente el espacio de la habitación que le habíamos asignado. Había llegado al Rancho el día anterior, aterrorizada, y se había pasado la mañana íntegra en el mismo estado, temblando como si la hubiéramos arrojado al Atlántico a mediados de enero. Era asombroso que aún no se hubiera desmayado por el agotamiento.

Dentro de su mente..., no podría describirlo. En realidad, no había nada que describir. La primera vez que me deslicé entre sus recuerdos retrocedí de inmediato, tan mareada que casi acabé vomitando. Su mente estaba tan abarrotada... Vi relucientes fogonazos de imágenes que pasaban a toda velocidad, sin orden ni concierto, en un cuarto de segundo, demasiado rápido para que yo consiguiera aferrarme a alguna de ellas. Era tan intenso como estar dentro de un coche que acelera de cero a cien. La fuerza me empujaba hacia atrás y me aplastaba contra el asiento, hasta el punto de que me pregunté si lo hacía a propósito.

—Doctora Gray —le dije bruscamente, procurando atraer su atención otra vez—. ¿Puede decirme su nombre de pila?

—Piiiiihlaaa —murmuró, y se llevó la mano a la gorra—. No... bien..., pálido..., sombra...

—Dios —dijo la senadora Cruz, cubriéndose el rostro con las manos—. ¿Cómo podéis soportarlo? Esta pobre mujer...

Cole se separó de la pared en la que estaba apoyado, en el otro extremo de la habitación.

—Creo que por hoy ya ha sido suficiente, Joyita.

—Pero es que no he hecho ningún avance.

—Tal vez no haya ningún avance que hacer —dijo la senadora Cruz, detrás de mí.

Había sido el único asunto lo bastante importante para sacar a la exprimera dama del dormitorio que le habían asignado y alejarla de Rosa. Yo casi deseaba que no hubiera venido, porque ya era lo suficientemente malo sentirme decepcionada conmigo misma... y me partía el corazón decepcionarla a «ella», después de todo lo que había hecho por nosotros.

—Ni siquiera lo he intentado dos días enteros —insistí—. Por lo menos dejadme intentarlo una tarde más.

Lillian Gray se tumbó en la pequeña cama y hundió el rostro en la almohada. Yo percibía la frustración que manaba de sus poros y no intenté cogerle la mano mientras ella aporreaba la cubierta plástica del colchón una y otra vez.

Solté un suspiro y me froté la frente.

—Vale. Tomemos un descanso.

—¿Qué debemos decirles a los demás sobre su estado? —preguntó la senadora Cruz.

Vida y Chubs habían prometido mantener la boca cerrada y, si algunos de los chicos los presionaban, dirían que la mujer estaba agotada y necesitaba descansar. Solo me proporcionaría un poco más de tiempo para averiguar cómo ayudarla.

Decirles la verdad a los demás no era una alternativa viable para mí. Si veían que Lillian Gray, su única oportunidad para descifrar toda la investigación y los datos de la cura que teníamos, se encontraba... así..., lo único que ocurriría era que

se pasarían con mayor razón al bando de Liam. El bando que realmente parecía estar haciendo algo.

Desde el instante en que habíamos abandonado Los Ángeles, Cole y yo habíamos contado con disponer de la información sobre la causa y la cura de la ENIAA para hacernos valer ante los chicos. Pero tres semanas después, no teníamos nada para demostrarles que habíamos cumplido nuestras promesas. Hasta los chicos rescatados de Oasis pasaban más tiempo en el garaje que en el Rancho propiamente dicho. El único momento en que los veía era cuando venían a la cocina para recoger su comida y, aun entonces, se iban a comer al garaje.

—Pondré la manija de la puerta del otro lado para que solo pueda abrirse desde fuera —dijo Cole—. Si les decimos a los chicos que la dejen en paz, lo harán.

«Si alguna vez abandonan el garaje».

—Me preocupan los agentes... Cate —dije—. ¿Cuál será la reacción cuando adviertan que la Liga ya no tiene a Lillian Gray para intercambiarla por ellos?

—La Liga mantendrá las apariencias mientras les sea humanamente posible —me tranquilizó Cole—. Y ya te he contado lo que ha dicho Harry. Él y unos pocos miembros de su antigua unidad de las Fuerzas Especiales investigarán los informes sobre un centro de detención clandestino cerca de Tucson. Al parecer, están desempolvando las boinas verdes.

Cómo se las había arreglado Harry para obtener información sobre un centro clandestino que, por definición, no existía en los registros formales, era algo que se me escapaba. Sin embargo, no deseaba presionar a Cole delante de la senadora Cruz.

—Eso parece prometedor —dijo ella dirigiéndome una breve sonrisa.

Yo negué con la cabeza. No era nada. Le quité la gorra y las zapatillas sucias a Lillian e intenté meterla entre las sábanas. El rostro que me miraba estaba demacrado, pero todavía quedaba algo de su rara belleza en él.

Entrecerró los ojos y, súbitamente, ya no la estaba mirando a ella, sino a su hijo.

—Alban querría que estuviera aquí con nosotros —le dijo Cole con suavidad—. Aquí tiene amigos. Amigos. Seguridad.

—¿Alban? —Lillian se sentó con la espalda muy recta y las sábanas, que yo había preparado con todo cuidado, se le enredaron entre las piernas—. ¿John?

Cole y yo intercambiamos una mirada, pero ella volvió a sumirse en su balbuceo absurdo con la misma velocidad con que había reaccionado.

—Feli... el... enf... moh...

Cole se acercó al pequeño aparador que había a la derecha de la puerta y abrió el cajón.

—Doctora Gray, tenemos aquí algunas cosas que nos gustaría que viera después de haber descansado un poco. Las dejaré aquí. Pueden ser un poco, eh, difíciles. Hay un gráfico...

—Gráaaaaafico.

Cole levantó los papeles para que ella pudiera verlos y la reacción fue instantánea. Irguió la espalda y los cogió.

—Cerebelo, glándula pineal, tálamo, foramen interventricular...

La calidad de su voz cambió por completo; era lúcida, casi consciente. Además, tenía un matiz refinado, como si moldeara cada palabra con la lengua antes de pronunciarla.

—Vaaaale —dijo Cole, estirando la palabra—. Eso ha sido... imprevisto.

Y después la mujer se tumbó hacia el otro lado y no tardó en desmayarse.

Cole avanzó hacia la puerta, pero yo permanecí exactamente donde estaba, mirando el cuerpo de Lillian tendido en la cama. No estoy segura de qué fue lo que me impulsó a intentarlo, solo sé que había tenido la oportunidad de procesar lo que había visto en su mente y ahora me asaltaba la curiosidad.

—¿Qué? —preguntó Cole, pero el sonido de su voz me pareció cada vez más lejano a medida que me internaba en la mente de la mujer.

Establecí el contacto de la forma más suave posible, y en lugar de orientarme a través de las resplandecientes escenas que aparecían detrás de mis párpados, me dejé llevar por su fluir. Vi libros de texto apilados en un escritorio, personas

jóvenes vestidas con ropa obsoleta de hacía décadas, películas que se proyectaban en pantallas en la oscuridad, notas de exámenes, un ramo de rosas blancas a juego con el vestido que ella llevaba..., que yo llevaba, mejor dicho. Una versión más joven y más guapa del presidente la esperaba al final de un largo pasillo adornado con guirnaldas de flores; hospitales, máquinas; salas de juego, ropas de bebé, un niño de pelo negro sentado a la mesa de la cocina, dándome la espalda; todos estos pequeños instantes de recuerdos eran coherentes y fluían con tanta suavidad como si yo los estuviera guiando con mi propia mano. Entonces, todos esos atisbos de su vida cambiaron. Estallaron manchas con los colores del arco iris sobre las escenas; yo iba cayendo hacia atrás a través de una neblina blanca, nada sobre mí, nada debajo de mí.

Un sueño. Estaba dormida lo bastante profundamente como para relajar el cuerpo y la mente. Cuando salí de su mente y me alejé de la cama, ella ni siquiera se movió.

—¿Qué? —preguntó Cole—. ¿Qué has visto?

Había visto una mente que funcionaba, que tenía recuerdos íntegros y coherentes. Y yo estaba más confusa que nunca.

—Creo... —comencé a decir mientras me ponía de pie— que necesito hablar con Chubs.

Tal vez Chubs intuía que lo necesitaríamos o tal vez se tratara solo de su curiosidad natural, el caso es que estaba en la sala de informática, sentado ante uno de los escritorios vacíos de la parte delantera de la habitación. A su alrededor, como los muros de una fortaleza, se elevaban altas pilas de libros gruesos e intimidantes. Unos cuantos Verdes se habían llevado los portátiles al garaje para trabajar en el proyecto de Liam y Alice, pero Nico todavía estaba ahí, como siempre. Me vio antes que Chubs y, por la expresión de su rostro, supe que deseaba hablar conmigo primero.

—Tres cosas —dijo—. Primero, ya está.

—¿Aquello de lo que hablamos? —le pregunté.

Me enseñó un sencillo lápiz de memoria que llevaba colgado al cuello de un cordel.

—Todo lo que necesito es encontrar uno más pequeño, que pueda

modificarse para disimularlo en la montura de las gafas.

—Eres el mejor —dije, y estaba siendo sincera.

Cole tenía razón; Nico era nuestro hombre, y no solo porque tenía algo que demostrar. Ante el elogio, se sonrojó un poco y se movió inquieto; después bajó drásticamente la voz.

—Lo segundo, la otra cosa de la que hablamos.

—Hemos hablado de muchas cosas —le recordé.

Nico pinchó un lugar de la pantalla y apareció el ahora conocido registro del servidor.

—¿Alguien ha enviado algo? ¿Otra vez?

—Un correo electrónico, hace dos días, la noche antes de que os marcharais a Oasis. Esta IP es de uno de los portátiles, mientras aún estaba en esta sala — continuó—. Se envió a una dirección que ya ha sido borrada.

—¿Es posible que alguien estuviera contactando con Amplify? —pregunté, sin preocuparme por ocultar la acritud de mi voz.

Él se encogió de hombros.

—Una vez más, la explicación más simple es normalmente la correcta.

Entrecerré ligeramente los ojos.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad?

—Es que... es sospechoso. Liam habló como si ellos solo trataran con Amplify en persona, así que no veo por qué ahora iban a estar filtrándoles archivos ni por qué. Este solo me llamó la atención porque era un mensaje simple. ¿Crees que puede haber sido Cole?

—Se lo preguntaré —respondí—. No sé cómo ha estado comunicándose con su padrastró.

—Esta es una forma bastante segura de hacerlo —dijo Nico en tono de

aprobación—. Y Liam y los demás no han ocultado nada de su actividad después de enviar su paquete audiovisual, anoche.

—¿Tan rápido lo han acabado? —pregunté sin ambages—. ¿Algo de ello ha llegado a la prensa?

—Bueno... eso es lo tercero. —Pinchó una carpeta del escritorio del ordenador y se abrió otra ventana—. Ahora está todo desconectado; los censores de Gray cerraron los principales sitios nuevos hasta que quitaron la noticia, pero las fotos y el vídeo han estado apareciendo en los foros de discusión, así como en varios de los sitios de noticias que Amplify provee, fuera de la red. Han subido cientos de versiones del mismo sitio con diferentes dominios y términos de búsqueda incluidos en su código para que aparezca al menos uno de ellos, según las palabras clave que la gente utilice para sus búsquedas. He hecho capturas de pantalla de todo lo que he podido encontrar, en caso de que quisieras verlo.

Como ejemplo, Nico abrió la captura de pantalla de la página de inicio de la CNN. La noticia no solo aparecía en la página principal, sino que además ocupaba la mitad de la misma: mosaicos de fotos del exterior del campo, de los chicos con el rostro borroso saliendo de las literas. Nuestra espalda mientras corríamos por el pasillo, en aquellos últimos momentos, hacia la puerta. La foto de mayor tamaño era de la pared, de las docenas de huellas rojas de las manos que, si se miraban rápidamente, podrían haberse confundido con sangre. El titular que lo abarcaba todo era: «No es un oasis: una mirada al interior de un campo de “rehabilitación”».

—También han publicado este vídeo —dijo Nico.

En cuanto se cargó, ya supe de qué iba gracias a la primera imagen congelada.

No se me veía el rostro, pues Alice lo había filmado todo desde detrás de mí para tener una perspectiva clara de los niños que salían de las habitaciones.

—«Me llamo... —se me oía decir. Un pitido impedía escuchar mi nombre— ... y soy de los vuestros. Todos somos como vosotros, excepto la mujer de la cámara. Os sacaremos de aquí y os llevaremos a un lugar seguro. Pero necesitamos movernos rápido. Tan rápido como podáis sin haceros daño ni hacer daño a los demás. Seguidlos. Rápido, rápido, rápido. ¿Vale?».

Me aferré al borde del escritorio con la suficiente fuerza como para hacer que Nico retrocediera al decir:

—Entiendo que no te han preguntado antes de usar esta grabación.

—No lo han hecho.

Y aquello también era demasiado personal; era como si me lo restregaran por la cara. El resto del vídeo consistía en imágenes que habían editado de forma desordenada: los soldados de las FEP atados y amordazados, un primer plano de los uniformes, el equipamiento con pegatinas militares... Una selección perspicaz para intentar darle más autenticidad al relato.

—A juzgar por los comentarios que he leído en los diversos foros de discusión, parece que por lo menos dos grandes periódicos han publicado la noticia. Sin embargo, cuando he intentado ver las noticias de la tele por Internet, ya había gente del Gobierno analizándolas y señalando los detalles que prueban, supuestamente, que son falsificaciones. ¿Sabes que también publicaron una lista de los chicos? Fotografías individuales con información sobre lo que sus padres habían hecho por la Coalición Federal.

—No lo sabía —dije, rechinando los dientes—. ¿Cole lo ha visto?

—Sí, conmigo, antes —respondió Nico—. Mira, probablemente están abajo felicitándose unos a otros por todo esto. Pero la verdad es que no ha colado. Menos de veinte minutos después de que subieran la información, Gray limpió Internet. No solo eso, sino que desconectaron varias compañías de alojamiento de páginas web. Los comentarios de los foros..., mira, ¿ves este? —dijo, al tiempo que señalaba la hora indicada en la imagen—. Es de esta mañana, temprano, cuando han salido las noticias.

El mensaje decía: «Esto es horroroso; ¿son todos así?».

—Y dos horas más tarde —dijo Nico—, el tono de los comentarios había cambiado.

«Esto debe de ser una falsificación. Está demasiado bien montado. Yo podría hacer algo así en el patio de mi casa con unos cuantos actores».

El mensaje que seguía decía: «Entonces, ¿cómo han conseguido las imágenes de los chicos? ¿Imágenes de archivo? ¿Películas viejas?».

«¿Has oído hablar de Photoshop?».

—Mucha gente cree que no son auténticas —dijo Nico—. Una parte del problema es que ellos..., nosotros, supongo, no tenemos nombre ni identificación como grupo. No podemos proclamar nuestra responsabilidad por esto y ofrecer más pruebas provenientes de otros volcados de información. Amplify solo es conocida por amplificar el impacto de la información que ya han publicado terceros, de ahí proviene su nombre. Y ni siquiera ellos han tenido suficientes golpes de suerte como para resultar creíbles a la población en general.

—Pero la gente ha visto las imágenes —dije yo.

Sin importar cómo lo contara Nico, esa era una pequeña victoria. Porque ahora, cuando los demás pensarán en los campos, era probable que esas imágenes fueran lo primero que les viniera a la cabeza.

—Eso no hará que Thurmond caiga —dijo Nico, con los ojos muy brillantes—. Yo creo en nuestro plan. Es la única opción.

—Gracias, Nico —dije, y le coloqué una mano sobre el hombro—. Manténme informada, ¿vale?

Nico asintió, volvió a su ordenador y sus dedos comenzaron a volar sobre el teclado. Me puse de pie y regresé donde Chubs. Estaba parcialmente ladeado hacia el ordenador de Nico, con la expresión de alguien que ha estado fingiendo no escuchar, cuando en realidad ha estado oyéndolo todo.

—Me sorprende que no estés trabajando en el garaje —le dije, sentándome en el asiento vacío que estaba a su lado.

—No tengo ni idea de qué es lo que quieres decir con eso —dijo Chubs, aunque era evidente que él ya tenía el panorama completo. O, por lo menos, la versión de Liam acerca de lo que había sucedido.

—No me cabe duda de que no —le dije—, pero si quieres bajar... puedo entender que escojas ponerte del lado de Liam. Todos los demás lo han hecho.

Hasta Zu. «Hasta Zu».

Chubs dio un golpe en el escritorio con la mano abierta.

—Solo hay un lado. El de la amistad, la confianza y el amor, y ese es el bando en el que todos deberíamos estar, y me resisto a reconocer la existencia de

cualquier otro lado. ¿Lo comprendes?

Yo parpadeé.

—Sí.

—Sin embargo —dijo Chubs—, como cofundador del Equipo Realidad, me siento inclinado a pensar que el garaje es demasiado idealista respecto a lo fácil que lo tienen, tal como ha quedado de manifiesto en tu conversación con Nico.

—¿Y qué piensa Vida? —le pregunté.

—Ahora mismo Vi está en el gimnasio —respondió—, no en el garaje. Y, por naturaleza, ella se inclina hacia el lado que incluye las armas y las explosiones.

Asentí, y luego le indiqué los libros con un gesto. Ahora que estaban más cerca, advertí que todos parecían textos médicos.

—¿Estás intentando averiguar qué le pasa a la doctora Gray?

—Sí —dijo él—. ¿Has avanzado algo con eso?

Respondí con una sonrisa a la breve sonrisa de Chubs.

—Es de lo más extraño —le dije—. Al intentar mirar dentro de su mente cuando estaba despierta, todo pasaba con gran rapidez. No he visto más que colores y sonidos extremadamente intensos e imágenes que se movían a gran velocidad. Pero al intentarlo mientras estaba dormida, he encontrado recuerdos auténticos. Coherentes, íntegros.

—¿Has conseguido permanecer en su mente durante suficiente tiempo? Me refiero a la primera vez.

—No, me he mareado.

Chubs asintió, asimilando lo que acababa de oír.

—Puede que esa sea la cuestión. Que esa sea la única forma que conoce de mantener fuera a los Naranjas.

—Eso es lo que yo he pensado, también.

—Es lógico. Si sabes que tu hijo puede entrar en tu cabeza y convertirla en un lío, ¿no intentarías aprender la forma de bloquearle la entrada? ¿De protegerte?

Alguien lo bastante inteligente y determinado para inventar una cura para esta enfermedad tomaría todas las precauciones a fin de protegerse de ella.

—Por tanto, sus recuerdos están ahí y no han sido destruidos... —dijo Chubs.

Se quedó en silencio, mientras pasaba el dedo por el borde de uno de los libros abiertos.

—¿De dónde los has sacado? —pregunté, cogiendo el tocho más cercano.

—De una librería —respondió, y añadió rápidamente—: Fuera del horario comercial. Vida los cogió para mí, porque yo fui demasiado cobardica para salir del coche.

—Me alegra que os hayáis detenido —dije, hojeando las páginas.

La mayoría de los libros versaban sobre anatomía, pero varios de ellos, incluido el que estaba mirando en ese preciso momento, eran de *neuroesto* y *neuroaquello*. En la cubierta de todos ellos aparecía una imagen de la mente humana.

Chubs me miró con una expresión imposible de interpretar.

—Clancy puede..., puede entrar en la mente de una persona, ¿no es así? ¿Qué puede hacer una vez que ha entrado?

Pensé en lo que Chubs me preguntaba.

—Influir en sus sentimientos, mantenerla congelada para que no pueda moverse y... proyectar imágenes en su mente para que vea algo que no existe.

Otra voz se sumó a la conversación.

—Y también puede... —dijo esa voz. Chubs y yo nos giramos hacia Nico, que lo único que parecía desear era volver a zambullirse detrás de la gran pantalla de su ordenador—. No es que solo..., no es que solo pueda hacerla quedarse inmóvil. Puede hacer que la gente se mueva. Como si fueran marionetas. Vi cómo

lo hacía algunas veces con los investigadores de Thurmond. Se metía en sus mentes en medio de una conversación para escuchar lo que estaban diciendo. Para él era muy difícil mantener el ritmo. La última vez que lo intentó, después tuvo que dormir todo un día para recuperarse. Pillaba unas jaquecas terribles, por lo que tuvo que dejar de hacerlo.

Chubs me dirigió una mirada que interpreté perfectamente. «Jaquecas, no decencia».

—¿Puede afectar a los recuerdos de otra persona? —preguntó Chubs—. ¿Puede borrarlos...? En realidad no creo que consista en borrarlos tanto como en suprimirlos. Pero... ¿puede manipular los recuerdos de una persona?

—Puede ver los recuerdos de una persona... —dije. Me detuve súbitamente, medio aturrida tras haber comprendido algo de repente—. Clancy solo veía mis recuerdos cuando yo lo dejaba entrar. No creo que pudiera hacer eso por sí solo. El verdadero motivo de que me enseñara a controlarme en East River era que deseaba averiguar cómo lo hacía yo.

—Ese otro Naranja que conociste, ¿qué podía hacer?

Martin. Me producía grima pensar en él.

—Manipulaba los sentimientos de la gente.

Chubs parecía intrigado y volvió las páginas del libro hasta dar con un diagrama que mostraba cada sección del cerebro.

—Es fascinante..., todos usáis diferentes partes de la persona en contra de sí misma. Eh, perdona, no he debido decirlo.

Levanté una mano.

—No pasa nada.

—Es complicado de explicar, pero aunque la mente contiene muchas estructuras, todas funcionan juntas de maneras diferentes. En consecuencia, no es que accedas a distintas secciones del cerebro, sino a los diferentes sistemas que contiene. Por ejemplo, el lóbulo frontal desempeña un papel en la producción y conservación de los recuerdos, pero también desempeña un papel en ello el lóbulo temporal. ¿Te parece sensato?

—Algo así. Entonces, crees que de algún modo lo que hago es interrumpir varias partes de ese proceso según lo que estoy haciendo en cada momento, ¿no?

—Exacto —dijo Chubs—. Tal como lo veo, un «recuerdo» consiste en numerosos sistemas diferentes, y todos ellos funcionan de maneras ligeramente distintas. Desde la creación, por ejemplo, o la evocación de un recuerdo hasta su almacenamiento. —Chubs cogió el libro que tenía delante—. El recuerdo de lo que este objeto es, de cómo lo levanto, de cómo leo sus páginas, de cómo me siento con respecto a él... son todos sistemas diferentes. Mi hipótesis es que, cuando le «quitas» los recuerdos a una persona, no se los quitas en absoluto, sino que alteras algunos de esos sistemas clave y reconduces los recuerdos reales hacia otros imaginarios... O alteras el proceso de codificación antes de que el recuerdo logre tomar forma y funcionen los neurotransmisores, de tal modo que la persona no puede...

—Vale, pero ¿cómo salto de un sistema a otro? ¿Cómo controlo otras funciones?

—No lo sé —respondió Chubs—, ¿cómo lo hiciste con Clancy?

Eso me detuvo en seco.

—Lo congelaste de la misma manera que él congeló a Liam y a Vi. ¿Qué has hecho que fuera diferente?

—Fue... el propósito, creo. Me quedé completamente inmóvil y quería que él hiciese lo mismo... —dije, atragantándome con las palabras.

«Mentes especulares».

Eso era lo que él me había dicho cuando yo no conseguía descubrir cómo salir de la oscuridad, cómo cortar el hilo que nos unía. Cuando evoqué un recuerdo, mi control sobre su mente cambió a los recuerdos. Cuando me quedé inmóvil y quise que él hiciera lo mismo, lo hizo.

Le expliqué la teoría a Chubs, que asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. Cuando entras intencionadamente en los recuerdos de una persona, usas el recuerdo de cómo hacerlo, no el recuerdo mismo. Vaya, me parecía menos confuso mientras lo pensaba. En todo caso, supone ser vulnerable a que la otra persona tenga acceso a tus recuerdos, una especie de empatía natural de

tu parte. No puedo imaginar que él esté dispuesto a correr el riesgo de ceder una parte del control que tiene sobre su propia mente ni que tenga una pizca de empatía. ¿Quieres experimentar con esto? Tal vez podamos constatar si consigues mover mi mano...

—No —dije, horrorizada—. Solo quiero conocer el sistema o la parte de la mente de su madre a la que afectó para dejarla en este estado.

Chubs se reclinó en su silla, aún entusiasmado, casi regocijado.

—Me llevará un poco de tiempo averiguar la respuesta. Tendré que revisar todos estos libros.

—Eh, pringados —dijo Vida desde la entrada, todavía sonrojada y goteando sudor después de haber estado haciendo ejercicio—. Creo que os gustará ver lo que están haciendo en el garaje.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando nos acercamos, tardé un momento en comprender lo que estaba viendo. Trozos de cinta adhesiva que sostenían dos sábanas blancas como un telón de fondo detrás de Zu, que estaba encaramada a una silla plegable. Brillaba bajo el torrente de luz que proyectaban cuatro lámparas de escritorio enfocadas hacia ella. Habían improvisado un sencillo estudio en un rincón de la habitación.

Había dos sillas más: la que estaba frente a ella, al lado de la cámara, era para Alice, que jugueteaba con el dispositivo. La otra era para Liam, que estaba sentado a la derecha de Zu, hablando con ella en voz baja.

Él fue quien primero nos vio, y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Chubs, tratando de entender qué era todo aquello.

—Suzume está de acuerdo en que le hagamos una entrevista —dijo Alice, estirando el cuello para mirarnos.

Todavía iba completamente vestida de negro, pero ahora llevaba el pelo recogido en un moño desordenado. Junto a ella había dos cuadernos diferentes, cada uno abierto por una página llena de garabatos en tinta azul. Tenía un tercero en el regazo.

«Cole dijo que solo tendríamos una oportunidad para demostrar que esto puede funcionar». Estuve a punto de decirlo, pero me pareció absurdo. Después de solo unas pocas horas, no había manera de medir el impacto del primer paquete de medios que habían liberado.

—¿Hay algún problema? —preguntó Liam.

Vida dejó escapar un silbido, como si ya predijera en qué acabaría todo aquello. Pero contrariamente a lo que Liam parecía pensar, yo no estaba allí para comenzar una pelea.

—Zu —dije—, ¿puedo hablar contigo? Solo será un segundo.

Ella asintió de inmediato, y sentí que me liberaba del nudo que me

atenazaba la boca del estómago. Nos apartamos un poco de los demás.

—¿Seguro que te sientes bien haciendo esto? —le pregunté. Ella me guiñó el ojo y levantó el pulgar, indicándome que todo iba bien—. Y entiendes que, si lo haces, tu rostro estará por todas partes... Te lo han explicado, ¿verdad?

Yo no quería que pensara que la trataba como a una niña incapaz de tomar sus propias decisiones y tampoco quería darle a entender que Liam pudiera haberla engañado a propósito, pero necesitaba una confirmación por parte de ella. Mi primer instinto con los demás, se tratara de quien se tratase, era siempre el de actuar como un escudo, es decir, posicionarme entre ellos y la mirada curiosa del mundo. Y Zu, siendo Zu, parecía entenderlo.

Se sacó un cuaderno fino y pequeño del bolsillo y escribió: «No puedo luchar, ¿verdad? No en Oasis. No en Thurmond, ¿verdad?».

Cuando negué con la cabeza, no pareció molesta, solo resignada. «Esta es la única manera que se me ocurre de hacer algo. ¡Quiero ayudar!».

—Espero que no creas que no sé o que no aprecio todo lo que has hecho aquí en el Rancho hasta ahora —le dije.

Zu siguió escribiendo.

«Lo de ayer hizo que me diera cuenta de que es importante hablar y decir lo que uno cree».

—Liam provoca ese efecto en la gente —le dije en voz baja.

Me cogió del brazo y apartó el pulgar de la esquina de la página, así que pude ver qué más había escrito.

«Quiero ser fuerte, como tú. Quiero hacer esto para ayudarte a conseguir lo que quieres. Estoy cansada de tener miedo. No quiero que ganen».

Aquellas palabras expulsaron el dolor que sentía en el corazón, aunque solo fuera por un rato. Me las arreglé para sonreírle, y la abracé con la suficiente fuerza como para que ella dejara escapar un estremecimiento y una breve y silenciosa risa.

—Está bien —le dije—. ¿Liam hablará por ti?

Ella asintió.

«Le dije que podía, siempre y cuando no saliera en la imagen. Me dijo que no pasaba nada, pero no quiero que nadie vaya a buscar a su familia por culpa de esto».

—¿Y qué pasa con tu familia?

«Mi familia está aquí».

Me mordí el labio.

—Tienes razón. Estamos aquí. Y, por si sirve de algo, creo que los vas a machacar.

Zu garabateó algo en el cuaderno y lo sostuvo en alto para que lo viera. «Lo haré. He estado practicando. ¿Te quedas a verme?».

—Por supuesto.

Chubs y Vida seguían de pie donde los había dejado, hablando en voz baja de espaldas a Liam. Cuando me acerqué, se apartaron el uno del otro, y la tranquila conversación entre Liam y Alice terminó en el momento en que Zu se sentaba de nuevo.

Sentí la mirada de Liam clavarse en mí, solo por un instante, pero mantuve los ojos fijos en Zu y le ofrecí una pequeña sonrisa alentadora cuando me miró una última vez.

—¿Lista? —preguntó Liam.

—Tengo papel y boli para que ella pueda escribir —dijo Alice, recogiendo uno de los cuadernos más grandes del suelo y ofreciéndoselo—. Puede decirme que pare en cualquier momento. Ya lo hemos acordado.

—Lo sé. Seguid adelante.

Liam movió la mandíbula de un lado a otro, pero no dijo nada. Alice solo esperó un momento más, por si yo formulaba una nueva protesta, y luego se dio la vuelta. Desde donde yo estaba, detrás de ella, la vi cambiar el interruptor de la cámara de fotos a vídeo. Zu no podía fijar la mirada en la lente de la cámara

durante mucho tiempo sin que apareciera en sus ojos una mirada de recelo. Se arregló un poco la camisa blanca y los vaqueros y, nerviosa, se dedicó a retorcerse las manos sobre el regazo una y otra vez y a cruzar y descruzar los tobillos.

—Bueno, cariño, asegúrate de escribir con letra clara y grande, para que Liam pueda leer fácilmente lo que escribes. Y si no quieres responder a algo, solo niega con la cabeza. ¿Vale? Vamos a empezar con dos fáciles:

—¿Puedes decirme cómo te llamas y qué edad tienes, por favor?

Zu garabateó las palabras, aliviada por no tener que mirar a la cámara. Pensé que era la única razón por la que se molestaba en escribir, a pesar de que Liam sabía claramente la respuesta a ambas preguntas.

—Mi nombre es Suzume —dijo—, y tengo trece años.

—¿Suzume? Es un nombre precioso.

—Gracias —leyó Liam—. Mis amigos me llaman Zu.

—¿Puedes contarnos por qué tu amigo habla por ti?

Zu apartó la mirada de la cámara y la dirigió hacia donde estábamos nosotros. Por el raballo del ojo vi un movimiento breve: era Vida, que levantó rápidamente el pulgar como si quisiera animarla.

«He estado practicando».

—Porque... porque durante mucho tiempo estaba tan asustada que no podía decir nada —dijo Zu—. Y porque creía que nadie me escucharía.

Liam dio un brinco como si ella le hubiera disparado en el pecho, con el semblante pálido por la sorpresa. El mundo dejó de girar bajo mis pies en el preciso instante en que emergió su voz alta y dulce. Vaciló un poco, traicionada por unos nervios que no quería dejar ver a nadie. Su voz sonó distinta a aquella vez en que había hablado en sueños, sin la aspereza del desuso.

—Lo he hecho —dijo ella, casi con asombro.

—¡Sí que lo has hecho! ¡Lo has conseguido, niña! —dijo Vida, y su aplauso ruidoso fue el único sonido que surgió en el silencio que siguió.

Los niños que observaban la entrevista sentados por el suelo de la sala parecían, en una palabra, aturcidos.

Chubs se movió rápidamente y nos apartó a mí, a Vida y a Alice, que había empezado a levantarse para recolocar la cámara, y prácticamente se abalanzó sobre Zu. Mientras la abrazaba, su rostro era la viva imagen de la alegría, y no se molestó en tratar de ocultar las lágrimas que empezaban a correrle por las mejillas.

—Estoy tra-tratando de hacer una entrevista —se quejó Zu, con la voz ahogada por el abrazo.

Después de un momento, cedió, y le dio unas palmaditas a Chubs en la espalda.

—Está bien, Charlie. No pasa nada —dijo Vida—. Deja que la chica acabe antes de intentar ahogarla en lágrimas. Vamos —le dijo mientras lo sacaba delicadamente del espacio de la entrevista.

Lo condujo de nuevo hacia donde estaba yo, que recibí el resto de su abrazo. Me alegré de tener una excusa para apartar la mirada de Zu, porque así pude ocuparme de las lágrimas que a mí también me empezaban a brotar bajo las pestañas.

—¿Por qué todo el mundo actúa como si se hubiera vuelto loco? —dijo, y su voz sonó ahora más firme, más fuerte—. ¿Podemos empezar de nuevo?

Liam se puso de pie, y a punto estuvo de llevarse por delante la silla cuando ella lo agarró de la mano y le dijo algo al oído. Al principio no pude ver su expresión porque estaba de espaldas a nosotros, pero capté un atisbo mientras recolocaba la silla al otro lado de la cámara, y la felicidad y el orgullo me provocaron un nudo la garganta. Liam se sentó de nuevo y Zu se puso inmediatamente frente a él, en lugar de frente a la reportera. Toda su postura cambió y pareció lo bastante relajada como para empezar a balancear las piernas hacia atrás y hacia delante.

—¿Todo bien? —preguntó Liam, tanto a ella como a Alice.

La reportera asintió, y simplemente tachó las siguientes dos preguntas de su lista.

Las otras preguntas giraron en torno a la clasificación por color de Zu y en

torno a lo que podía hacer. Y aquello condujo de un modo natural a una pregunta más importante.

—¿Fueron tus padres quienes te enviaron a un campo, o te detectaron?

—Empezó con el coche de mi padre, me cargué el motor sin querer. Fue un accidente. Hasta entonces solo había roto un par de lámparas. Y mi despertador. Estaban hablando... de terroristas, creo. Pensaban que la ENIAA era por culpa de los terroristas, y que debíamos volver a Japón tan pronto como fuera posible. Me enfadé y no pude controlarme bien. Freí el motor y chocamos contra otros coches. Mi madre se rompió la pelvis. Después de que saliera del hospital, insistió en que yo volviera a la escuela el siguiente lunes. Fue la primera recolección...

Las recolecciones eran una serie de recogidas que se les ocultaban a los niños. Si los padres se sentían amenazados por sus hijos, o pensaban que eran un peligro para ellos mismos o para los demás, los enviaban a la escuela en días específicos y las FEP se los llevaban.

—Has mencionado que ahora puedes controlar tus aptitudes. ¿Cómo aprendiste a hacerlo?

Zu se encogió de hombros.

—Práctica. Perdiéndoles el miedo.

—¿Qué les dirías a las personas que creen que dejar que los niños Psi aprendan a controlar sus aptitudes pone en peligro a los demás?

Zu puso su típica expresión de «¿Me estás tomando el pelo?».

—La mayoría de los niños solo quieren controlarlas para poder sentirse normales. ¿Por qué iba yo a querer freír cada interruptor o teléfono que tuviera cerca? ¿Cada ordenador? Tal vez haya niños que abusen de sus poderes, pero la mayoría de nosotros... somos más peligrosos si no podemos controlarlos, y si se nos da tiempo, todos podemos aprender.

—¿Cómo te sentiste aquel día en la escuela cuando te diste cuenta de que las Fuerzas Especiales Psi se te estaban llevando? —preguntó Alice.

—Pensé que era un error —dijo, mirándose las manos—. Me sentí estúpida y pequeña, me sentí basura.

Claramente, la reportera había preparado aquellas preguntas para hurgar en las viejas heridas de Zu hasta encontrar el último y terrible detalle. Una pregunta acerca de su rutina diaria en Caledonia se convirtió en un interrogatorio sobre cómo los trataban las FEP en los días normales y, luego, en los días en que se portaban mal. Era insoportable imaginar que le hubiera ocurrido todo aquello.

—Has dicho que si saliste de Caledonia es solo porque conseguiste escapar. ¿Puedes contar lo que pasó?

Zu se volvió y se inclinó ligeramente para mirar a Liam. Él la observaba con los brazos cruzados sobre el pecho, luchando por mantener a raya las emociones que le brotaban en el rostro. Inclinó la cabeza un poco, con una leve sonrisa desgarradora. «Sigue adelante».

—Mi amigo lo planeó durante meses. Entonces no era mi amigo, pero era muy amable con todos. Tan inteligente. Sabíamos que solo tendríamos una oportunidad de salir de allí, y él lo era todo... —Procedió a narrar los detalles de la fuga y cómo se habían comunicado la información necesaria para aquella noche—. Entonces lo hicimos... y funcionó... El día anterior había nevado, y había mucha nieve por todas partes. Era difícil correr, pero vimos que algunos de los niños mayores ya estaban en la cabina de guardia de la cerca eléctrica. Intentaban desactivar el mecanismo para que se abriera. No sé por qué les costaba tanto. Los controladores del campamento debían de haberlas bloqueado de alguna manera. Pero entonces...

Alice dejó que Zu descansara unos minutos para ordenar sus recuerdos antes de preguntarle de nuevo.

—¿Entonces qué? ¿Cómo respondieron las FEP y los controladores de campo?

Zu no se atrevía a decirlo. Recordé la escena muy vívidamente, a pesar de que solo la había visto de segunda mano en su memoria. Experimentar aquello en persona había tenido que ser aterrador. Miré a Liam. No se había movido de la posición rígida en la que estaba, pero la piel de su rostro había adquirido un tono ceniciento.

Por fin, Zu levantó la mano, imitó una pistola con los dedos y disparó en dirección a la cámara. Alice realmente se estremeció.

«¿Por qué es tan sorprendente?», me pregunté. ¿Por qué iban a sentir

vergüenza alguna por acabar con nosotros? ¿Es que ni siquiera habían considerado esa posibilidad al dejar a sus hijos en manos de los militares?

—¿Estás diciendo que abrieron fuego contra los niños que escapaban? ¿Estás segura de que usaron munición real?

—La nieve se volvió roja —respondió ella con voz neutra.

Alice se quedó mirando el cuaderno que tenía sobre el regazo, como si no supiera qué hacer con aquello.

—Creo que la gente no nos ve como seres humanos —dijo Zu—. De lo contrario no sé cómo son capaces de hacernos lo que nos hacen. Estaba claro que los de las FEP siempre tenían un poco de miedo, pero también están continuamente enfadados. Odiaban estar allí. Nos llamaban de muchas maneras: «animales», «monstruos», «pesadillas» y otros insultos que no quiero repetir. Solo así podían hacerlo. Si en sus mentes no éramos humanos, podían tratarnos de aquella manera y no se sentían mal por ello. Esa noche éramos para ellos como animales en un corral. La mayoría nos disparaba desde las ventanas del edificio del campamento. Esperaban hasta que uno de los niños se acercaba lo suficiente a la puerta y luego...

No me di cuenta de que Zu había atraído a un buen grupo hasta que oí a alguien que dejaba escapar un débil jadeo. Fue entonces cuando vi a Cole y a un montón de niños de pie, a poca distancia detrás de nosotros. La mayoría de ellos estaban absortos en el pálido rostro de Zu mientras hablaba, pero Cole miraba a su hermano.

—¿Cómo escapaste de ese mismo destino? —preguntó Alice, que parecía verdaderamente implicada... y emocionada.

—Mi amigo, el que lo había planeado, consiguió abrir la puerta. Volvió, me recogió y me llevó con él. Me caí y no podía levantarme y correr. Cargó conmigo durante horas. Encontramos un vehículo, una vieja furgoneta, y huimos durante días. Buscábamos lugares seguros donde pasar la noche.

—¿Cómo sobrevivisteis en la carretera? ¿Cómo conseguíais alimentos y refugio?

—Nosotros... Prefiero no decirlo —respondió Zu. Cuando Alice se mostró sorprendida, añadió—: Hay tantos niños por ahí fuera que aún siguen buscando

refugio y comida que no quiero decirle a la gente dónde encontrarlos, ni cómo esperar a que se presenten. Había muchas maneras de hacerlo. Solo había que aprender a permanecer invisible, y a no correr riesgos.

—¿Por «la gente» te refieres a los rastreadores? —preguntó Alice—. Consulté tu perfil en su red. La recompensa por «recuperarte» y ponerte bajo la custodia de las FEP es de treinta mil dólares, ¿lo sabías?

Zu asintió.

—¿Que alguien se esté beneficiando de esa manera te afecta?

Tardó mucho tiempo en responder algo que debería haber sido muy fácil: «Sí, estoy enfadada, me da rabia».

—No lo sé —dijo finalmente—. A veces sí, me enfado mucho. El precio de la recompensa no es un reflejo de lo mucho que vale mi vida, ¿cómo se calcula eso? Deciden una cantidad fija, diez mil dólares, y la aumentan en función de tus capacidades y del potencial que tienes para luchar. Pero creo que estoy de acuerdo con mi precio, porque les demuestra que no voy a renunciar y que no aceptaré irme con ellos. Esos treinta mil dólares dicen que voy a luchar para protegerme.

El monitor de la cámara mostró un plano secuencia que fue desde Alice hasta la cara de Zu cuando la chica continuó.

—Por ahí fuera hay algunos hombres y mujeres que viven de cazar a niños Psi, no porque necesiten el dinero, sino porque les gusta, o porque piensan que se les da bien. Están desquiciados. Actúan como si estuvieran en plena temporada de caza. Pero creo que... muchos de ellos se han visto obligados a hacerlo. Necesitan el dinero para sobrevivir. Las FEP lo hacen porque tienen que llevar a cabo las recolecciones. Creo que si se detuvieran el tiempo suficiente para pensar en ello, se darían cuenta de que en realidad no están enfadados con nosotros por lo que pasó. Tal vez tienen miedo, pero están enojados con las personas que no los protegieron, como el Gobierno y el presidente. No tienen poder para eliminar esas cosas de sus vidas, así que nos cargan con las culpas. Actúan como si la ENIAA fuera culpa nuestra, no algo que nos pasó a nosotros. ¿Se derrumba la economía? Nosotros tenemos la culpa. ¿Pierden sus casas? Nosotros tenemos la culpa.

Alice comenzó a hacerle otra pregunta, pero Zu aún no había terminado.

—Conocí a alguien así. Él era una buena persona. Una gran persona. La

mejor. La cosa es que, si quieres ser un rastreador, tienes que demostrarlo. No puedes entrar en su sistema ni conseguir su tecnología hasta que atrapas al primer niño —explicó Zu en una avalancha de palabras, mientras retorció el cuaderno entre las manos—. Yo iba conduciendo hacia California con un grupo de niños y nos perseguían dos rastreadores de verdad, de los que te he hablado antes, de esos sedientos por atrapar a sus presas. Nos hicieron volcar, y el accidente fue tan grave que uno de mis amigos... murió. Estaban a punto de apresarme cuando otro rastreador me sacó del coche. Yo estaba atrapada por el cinturón de seguridad. Debería haberlo dicho antes. No podía salir y correr como los demás.

Liam maldijo en voz alta. Yo estaba demasiado aturdida por la explicación como para hacer algo que no fuera escuchar.

—¿Era uno de los que has mencionado antes, de esos que necesitaban entregar a un niño para convertirse en rastreador? ¿Puedes hablarnos de él?

Zu asintió.

—Era mayor. Bueno, no mayor, mayor, pero seguro que tenía más de veinte años. Quizá veintisiete.

Alice soltó una risa débil.

—Veintisiete no es tan mayor.

Zu se encogió de hombros antes de continuar.

—Estábamos en Arizona... En Flagstaff o en Prescott, no estoy segura. Aquel hombre estaba realmente enfadado. Le había pasado algo muy triste, me di cuenta, pero no habló de ello. Era alguien que solo quería cambiar de vida, pero no podía hacerlo sin dinero. Por muchas veces que me dijera que iba a entregarme, yo sabía que no lo haría.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Alice.

«Sí. ¿Cómo demonios pudiste confiar en aquel tipo?», pensé.

—Ya te lo he dicho, era una buena persona. Estaba... en apuros. Pero se lo guardaba en su interior. No importa cuántas veces intentara tratarme como si yo fuera un bicho raro, siempre se rendía. Se le presentaron dos ocasiones para entregarme a las FEP, pero no pudo hacerlo. No solo me liberó, sino que me ayudó

a salvar a otro niño y lo llevó de vuelta a las personas que cuidaban de él. Él fue quien me trajo a California.

En ese momento me empezaron a encajar todas las piezas: las personas de las que estaba hablando ella eran los padres de Liam. Aquel debía de ser el momento en que se había cruzado con la madre de Liam.

—¿Qué le pasó?

—Él... se llamaba Gabe, ¿lo había dicho? Su nombre era Gabe y era... era muy amable.

—¿Qué le pasó? —insistió Alice.

—Gabe murió.

Chubs dejó escapar el aliento que había contenido y se frotó la cara con las manos. Yo sabía cómo terminaba la historia, pero aun así era algo devastador. Ver el rostro de Zu, escuchar aquellas dos palabras...

—¿Qué le pasó? —repitió, esta vez en un tono más delicado y vacilante.

Alice miró a Liam, como para preguntarle si podía seguir adelante por ese camino. Él asintió con la cabeza; lo entendía. Zu quería hablar de aquello. Tuve la sensación de que había accedido a aquella entrevista solo para poder hablar de Gabe y de lo que había hecho por ella.

—Los niños de los que te he hablado... Llegaron antes que nosotros a California y estaban esperando en mi..., en el lugar de encuentro que habíamos acordado. No sabíamos que...

«Oh, Dios...».

—Gabe me hizo caminar detrás de él mientras mirábamos a nuestro alrededor. Estaba muy muy oscuro, tanto que apenas podíamos ver nada. Conseguimos abrir las puertas de... de uno de los edificios cercanos. Los demás niños estaban allí escondidos. Vieron a Gabe, lo reconocieron de Arizona y pensaron que aquel hombre los había perseguido hasta allí. Una de las chicas se dejó llevar por el pánico y le disparó.

Miré a Liam en el momento exacto en que él me miraba a mí, absolutamente

afectado.

—Era una buena persona y solo trataba de ayudarnos. Y fue un error, pero no pudimos hacer nada. Ellos pensaron que iba a hacerles daño. No sabían lo que había hecho. Murió porque me ayudó a mí en lugar de pensar en sí mismo.

—Eso es terrible. Eso es... —dijo Alice, pero guardó silencio al no encontrar las palabras correctas.

—Todo el mundo tiene miedo de los demás —continuó Zu—. No quiero mirar a un adulto y asumir que está pensando en lo mucho que puede conseguir por mí. No quiero que me mire y piense en el daño que podría hacerle. Demasiados... muchos de mis amigos están sufriendo. Han resultado muy afectados por lo que han tenido que vivir, pero han cuidado de mí. Esa es la otra cara de todo. Hay personas que tienen miedo, y luego hay gente que es muy valiente. Estábamos hambrientos y asustados y heridos, y solo sobrevivimos porque nos teníamos los unos a los otros.

Alice dejó que la cámara grabara durante unos segundos más antes de apagarla y sentarse.

—Creo que ya es suficiente por hoy.

Zu asintió, se levantó, dejó el cuaderno en la silla y fue directamente hacia Vida.

—¿Lo he hecho bien?

Vida y Zu chocaron el puño.

—Lo has bordado, chica.

Liam estaba medio escuchando lo que le decía Alice, medio escuchando lo que pasaba entre Zu y Vida. Me pilló mirándolo y, en lugar de desviar la mirada, le ofrecí una pequeña sonrisa. Sentí que me la devolvía, pero el momento pasó tan rápido como había llegado. Lo importante aquí era Zu: el pequeño momento de felicidad que yo había sentido en ese breve alto el fuego no era nada comparado con la alegría que sentía dentro de mí mientras ella hablaba con Vida, moviendo las manos para enfatizar sus palabras. Y mientras escuchaba la dulzura con la que aumentaba el tono de voz a medida que se entusiasmaba, un pensamiento comenzó a formarse en el fondo de mi mente.

Le toqué el brazo a Chubs para llamar su atención.

—¿Qué parte de la mente controla el habla?

Él salió de su aturdimiento como si le hubiera echado un jarro de agua helada en la cara.

—Es todo un sistema, ¿recuerdas?

—Claro, lo entiendo. Creo que mi pregunta es: ¿hay algo en la mente que pueda hacer a alguien permanecer en silencio o impedirle procesar las palabras, aunque todo lo demás funcione bien?

Ahora solo parecía confundido.

—Zu no hablaba porque así lo decidió.

—Me refiero a Lillian —le dije—. Como cuando todas las luces de la casa están encendidas pero ella no puede conseguir desbloquear la puerta. Tal vez capte algunas palabras aquí y allá, pero no puede entendernos y tampoco nosotros a ella. ¿Has oído hablar de algo así?

Pensó en ello.

—No recuerdo los términos médicos, pero se sabe que a veces ocurre en pacientes con ictus. Una vez mi padre recibió a alguien en urgencias que había estado impartiendo una clase sobre Shakespeare y, dos minutos después, no podía comunicarse en absoluto. El término es... ¿afasia? ¿O afasia receptiva? No estoy seguro, necesitaría comprobarlo. Una de ellas indica daño en el área de Wernicke del cerebro.

—En cristiano, por favor —dijo Vida, pillando el final de la frase—. Desafortunadamente, aquí tú eres el único que habla friqui con fluidez.

Él resopló.

—Básicamente, formamos lo que queremos decir en el área de Wernicke del cerebro, y luego el discurso planificado se transfiere al área de Broca, que en realidad es la que se ocupa de articularlo. Me pregunto...

—¿El qué? —le pregunté.

—Tal vez Clancy logró... cerrar o de alguna manera adormecer esas partes de su mente. O mermarlas, tal vez, para que no funcionaran a plena capacidad. — Se volvió y me lanzó una mirada sagaz—. Cuando restauraste los recuerdos de Liam, ¿qué hiciste exactamente?

—Yo estaba pensando... Estaba recordando algo que pasó entre nosotros — le dije—. Estaba... —«Besándolo», pensé—. Llegué a él de algún modo algo... instintivo. Trataba de conectar con él. —Trataba de encontrar al viejo Liam al que había abandonado.

«Mentes especulares».

—Oh —dije, tapándome la boca con ambas manos—. Oh.

—Compártelo con nosotros —dijo Vida, con las manos en los hombros de Zu—. Tu mitad es la única mitad de la conversación que entiendo.

—Necesito reactivarla —le dije.

—¿Disculpa? —dijo Cole, uniéndose ahora a la conversación—. ¿A quién vamos a aplicarle un tratamiento de choque?

—Crees que puedes restablecer ese sistema en su mente —dijo Chubs, comprendiéndolo de repente—. Pero... ¿cómo, exactamente?

—Clancy me dijo algo la última vez que estuve en su cabeza —le dije—. Mentes especulares. Creo que eso es lo que pasa cuando entro en la cabeza de alguien. Reflejo en mi mente lo que está en la suya. Cuando manipulo los recuerdos y busco a través de ellos, es como si se colocara un espejo entre nosotros, y todos los cambios que imagino se reflejan inmediatamente en la otra mente.

—¿Entendido? —dijo Cole.

Era casi imposible de explicar. No tenían ni idea de cómo se experimentaba nada de todo aquello y no estaba segura de saber cómo expresarlo.

Gracias a Dios que estaba Chubs.

—Así que piensas que si te metes en esa parte de su mente, ¿también la compartirás y podrás restaurarla?

Levanté las manos.

—¿Vale la pena intentarlo?

—Más que eso —dijo Cole—. Ya es hora de que registremos su mente de todos modos.

Hubo un estruendo en la puerta del muelle de carga, un sonido fuerte que interrumpió como un disparo la calma que se había apoderado de la habitación. Liam se puso de pie, mostrando una enorme sonrisa mientras corría hacia la puerta. Esa fue la única razón por la que me relajé mientras él y Kylie desenganchaban el candado que habían instalado allí y subían la persiana en medio de un ruido que sonó como un trueno cuando la luz del sol se derramó en el interior.

Conté a ocho niños, que entraron cada uno con peor aspecto que el siguiente. Iban sucios y vestidos con una amplia variedad de harapos. Podíamos olerlos desde donde estábamos. Cole arqueó las cejas en una expresión que le había visto a Liam una docena de veces.

Reconocía las nuevas caras, pero no había estado en el campo de Knox en Nashville el tiempo suficiente como para asignarles nombres en mi memoria. Allí los niños estaban tan desesperados que se habían marchado casi sin nada, en parte porque Knox y algunos de los otros se lo habían llevado prácticamente todo. Este grupo no parecía estar mucho mejor. Llevaban mochilas y bolsas improvisadas con viejas sábanas atadas. Si no lo supiera, pensaría que habían caminado desde Nashville.

Liam había empezado a bajar la persiana, pero se detuvo porque vio llegar a dos rezagados. Uno de ellos, una chica alta y rubia, se detuvo y le puso la mano en el hombro. El otro era un chico aún más alto, que llevaba una de esas llamativas gorras de caza de cuadrados rojos y negros. Dejó caer la mochila y estiró los músculos.

«Olivia», pensé. «Brett».

Y, efectivamente, Kylie y Lucy se adelantaron mientras gritaban: «¡Liv!».

La muchacha se volvió hacia ellos y los otros dos se detuvieron en seco, casi derraparon sobre el cemento al ver su rostro. Mason, el Rojo al que Knox había mantenido prisionero en su campo, le había quemado un lado de la cara, dejándole

una fea cicatriz.

—Cambio de imagen —dijo ella con voz ligera—, como podéis ver. Hola, Ruby.

Brett se acercó inmediatamente y le pasó una mano por la larga trenza hasta apoyársela en la cintura.

Crucé los últimos metros que nos separaban. A pesar de que ninguna de las dos era particularmente efusiva, ni dada a las muestras de cariño, la abracé como si hubieran pasado años, no un mes, desde que nos habíamos separado.

—Me alegro de verte —le dije. Y era de verdad—. A ti también, Brett.

—El sentimiento es mutuo —me aseguró él.

Di un paso atrás, dejando que Kylie, Lucy y Mike se acercaran a ella, la abrazaran y la acogieran entre ellos.

—Así que esto es Lodi, ¿eh?

—Es esto, sí —confirmó Liam—. Hemos estado muy ocupados. ¿Has visto las noticias de hoy? Conseguimos asaltar el campo del que te hablé.

—¿Lo hicisteis? —dijo Olivia, parpadeando—. Recuerdo que lo mencionaste, pero...

Intercambió una mirada confusa con Brett.

—No nos funcionaba la radio cuando estábamos de camino —dijo Brett—. No sabéis que la Liga de los Niños se ha llevado el mérito por ello..., ¿verdad?

Y en ese momento a Liam se le deshincharon las velas. De hecho, el aire mismo pareció desaparecer completamente del garaje. Fue Cole quien se acercó al puesto de trabajo y dispersó a los niños que permanecían allí de pie, para después encender la radio.

Pillamos la mitad de la frase del locutor de radio:

«... solo hemos recibido la siguiente declaración hecha por representantes de la Liga de los Niños...».

Me miré las botas, con las manos en las caderas. La senadora Cruz y Rosa llegaron corriendo desde el túnel, seguidas de Nico. Cuando abrió la boca para llamarnos, el rostro de aquella mujer estaba macilento. La voz grave que surgió del altavoz se adelantó a sus noticias.

«“En la madrugada de ayer se llevó a cabo un asalto a uno de los campos de rehabilitación de Gray ubicados en Oasis, Nevada. Salvamos a las víctimas de su crueldad, los niños allí internados, y los liberaremos solo después de la dimisión inmediata del presidente. En caso de no cumplirse estos requisitos, atacaremos nuestro próximo objetivo”. Unas palabras impactantes. Si acaban ustedes de sintonizarnos, tenemos noticias de última hora sobre el vídeo y las imágenes dadas a conocer esta mañana...».

—¡No pueden hacerlo! —gritó Zach por encima del barullo que se levantó a nuestro alrededor—. ¡No tenían nada que ver con eso! Hacen que parezcamos terroristas.

—¿Esto es real? —le preguntó a Cole la senadora Cruz—. ¿Reclaman la responsabilidad del acto? ¿O es Gray quien trata de atribuírselo a ellos para justificar otro ataque?

—Creo que reclaman el mérito —le dije, sintiendo la necesidad de introducir una voz tranquila entre el pánico desatado—. Gray no necesita ninguna excusa para atacarlos, y ha estado luchando para refloatar la teoría de que todo fue manipulado. Pero supongo que no importa. Ahora el objetivo es la Liga, no nosotros.

Cole no logró hacer desaparecer su mirada petulante, pero al menos la suavizó un poco.

—Bueno, habéis conseguido ponerles otra medalla inmerecida en el pecho. Pero Ruby tiene razón. Esto es bueno para nosotros.

El locutor continuó, impertérrito.

«... quince oficiales de las Fuerzas Especiales Psi sufrieron heridas leves y fueron tratados en el lugar de los hechos. Todos se negaron a hablar del trato a los niños y del campo de rehabilitación cuando se les preguntó antes de la llegada de altos funcionarios militares. Hasta el momento no ha habido respuesta del presidente Gray, y Washington permanece en silencio».

Las palabras no dichas se deslizaron por mi mente. Pero no por mucho tiempo.

Lillian no solo estaba despierta cuando abrimos la puerta y entramos, sino que se paseaba por toda la habitación en medio de la penumbra. Había apagado todas las luces menos la del escritorio. En comparación con el aspecto que tenía al llegar, ahora estaba un poco más presentable. Alguien, probablemente Cole, le había dado toallitas para que pudiera al menos limpiarse la cara, un cepillo para el pelo y una sudadera limpia. La había visto en recortes de prensa llevando vestidos de primera dama, un peinado perfecto y collares de perlas. Y la había visto en la memoria de Clancy como una científica, profesional y fría, con su bata blanca de laboratorio. Pero allí, vestida de aquella manera, podría haber sido cualquiera. Y eso hacía que me resultara más factible acercarme a ella, me ponía las cosas más fáciles.

—Hola, doctora Gray —la saludé—. ¿Se acuerda de mí y de Chu... Charles?

Vida y Cole querían estar presentes, pero me preocupaba que la doctora Gray se abrumara si había demasiada gente a su alrededor. La necesitaba calmada, o al menos más tranquila de lo que había estado conmigo antes.

La mujer murmuró algo para sí misma mientras continuaba con su cuidadoso paseo atrás y adelante, atrás y adelante, sin romper el ritmo ni una vez mientras miraba la cama y los papeles esparcidos sobre ella. De repente, se detuvo y los señaló con urgencia, luchando contra los sonidos que se negaban a salir de sus labios. Le tembló todo el cuerpo de pura frustración mientras se agarraba la garganta con una mano y se la frotaba.

En ese momento entendí. Clancy no solo había querido silenciarla para que no pudiera decirle nada a nadie sobre la cura. También la había castigado justo de la manera en que sabía que podía hacerle más daño. Había invadido su mente brillante y la había atrapado en su interior.

—Bien, queremos hablar sobre la investigación que hizo.

—Hiiiiiss. —Tragó saliva y lo intentó de nuevo, mirándonos con una expresión de humillación que jamás había visto en nadie. Tuve que luchar contra el impulso de cogerla de la mano cuando ella la levantó hacia nosotros—. Hissss.

—Cierto, los historiales. —La cogí cuidadosamente por los hombros y la conduje hacia la cama.

No sé si recordaba lo que había sucedido la última vez que había estado allí con ella, pero no luchó hasta que traté de obligarla a sentarse.

—Ruby —dijo Chubs—. ¿Estás lista?

La mujer tensó los hombros y apretó los músculos bajo mi mano. Se estaba preparando. Sabía lo que yo era.

Bucear en su mente la segunda vez no fue menos doloroso que la primera. La doctora Gray había convertido sus recuerdos en un río rugiente que yo no podía cruzar, una corriente de paisajes, casas, carreteras, juguetes para niños, libros de texto, flores, cuberterías de plata... Todo lo que había podido utilizar para proteger los recuerdos importantes.

Pero estábamos conectadas. Eso era todo lo que importaba.

—Ruby —dijo Chubs. Estaba de pie detrás de mí, yo lo sabía, pero sonaba como si me hablara desde fuera, en el pasillo—. Ruby, ¿cuál es... mmm... tu color favorito?

—Mi color favorito —repetí, dejando que las palabras tomaran forma en mi mente— es el verde.

El cambio se produjo a media palabra. En un momento me arrastraba entre las escenas con una duración de fracciones de segundo. Y al siguiente segundo sentí como si me hubieran lanzado contra una pared de cristales rotos. Retrocedí, física y mentalmente.

—Dime cuál es tu segundo nombre —dijo Chubs.

—Es...

Las palabras me acercaron más al dolor, un dolor cortante. Aquella parte de su mente estaba muy oscura, insoportablemente oscura. Debía de ser muy doloroso para ella utilizar esa parte de su mente cada vez que intentaba hablar. Él quería que ella sufriera dolor. «Dolor».

—¿Cuál es tu nombre? —repitió.

—Es Elizabeth.

Sentí que las palabras se formaban en mi boca, pero no pude oírlas debido al estruendo del flujo de sangre, dentro de mi propia cabeza. «Tengo que atravesar esto. Es de cristal. Tengo que romperlo. Tengo que cruzarlo. Mentes especulares».

—¿Por quién te pusieron ese nombre?

Las preguntas de Chubs me mantenían en esa parte de su mente. Cada vez que tenía que pararme a pensar en lo que me preguntaba, el dolor se hacía un poco más soportable.

—Abuela —le dije—. Abue.

«Abue. Abue. Abue». La persona que me recordaba. La persona a la que buscaría una que vez hubiera acabado todo esto. «Te necesito. Te necesitamos».

Intensifiqué la presión sobre ella hasta el punto de que creí haberle clavado las uñas en la carne. Tras respirar profundamente una última vez, empujé contra el muro tan fuerte como pude, convertí mi mente en un bate y golpeé hasta que sentí un crujido ensordecedor. Me deslicé hacia delante, forzándome a avanzar, hasta que se rompió y cortó la conexión con sus lazos.

—Ruby, ¿cómo llamábamos a nuestra furgoneta? ¿Por qué la llamábamos así? —dijo Chubs, gritándome la pregunta. Su voz sonaba entrecortada.

—Negra... —murmuré. Mi mente estaba ahora fragmentada, agónica, me dolía todo—. Betty la Negra.

No podía avanzar más, caí al pasar los restos de la barrera. El mundo a mi alrededor explotó en luces azules eléctricas.

Cuando me recobré, emergiendo del turbio dolor, estaba tendida de espaldas en el suelo, con el rostro ansioso de Chubs a pocos centímetros del mío.

—¿Estás bien? —preguntó, tomándome del brazo para ayudarme a sentarme—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran metido un cuchillo ardiendo en la cabeza —dije apretando los dientes.

—Has estado ahí un minuto entero. Empezaba a preocuparme —dijo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, volviéndome hacia la cama—. ¿Qué...?

Lillian Gray estaba sentada en el borde de la cama, con el rostro oculto detrás de las manos. A cada jadeo le temblaban los hombros.

Mientras me ponía de rodillas para levantarme me di cuenta de que ella estaba llorando, de que le había hecho daño.

Tenía el rostro enrojecido e hinchado por el esfuerzo del llanto. Una tormenta de sentimientos había desplazado el aire de la habitación, y lo que quedaba era el etéreo cielo azul. Cuando me miró, me vio. Contrajo los labios en una sonrisa de dolor.

—Muchas. Gracias —dijo, pronunciando cada palabra como el pequeño milagro que era.

Y entonces, sin previo aviso, yo también me eché a llorar. La presión que se me había acumulado en el pecho cedió con la siguiente respiración profunda, y la expulsé totalmente. Lo hice. Si había hecho algo que valiera la pena en mi vida, era ayudar a aquella mujer. Le devolví la voz. No había roto a nadie; lo había recompuesto.

—Ejem... —comenzó Chubs torpemente—. Tal vez deberías... ejem...

Me puse de pie y me sequé la cara con una sonrisa.

—Voy a buscar a Cole —le dije—. ¿Puedes decirle a ella lo que está pasando? ¿Puedes asegurarte de que va todo bien?

Una vez fuera de la habitación, me sequé la cara con el dobladillo de la camisa, lo que me dio tiempo para respirar unas cuantas veces y calmarme antes de mirar en el gimnasio, en la oficina y luego en la gran sala, donde los niños ya estaban sentados ante sus platos de macarrones con queso.

Vale. La comida. Eso significaba...

Subí las escaleras de dos en dos, corriendo por el pasillo hasta la cocina. Los niños que estaban allí se limitaron a encogerse de hombros y a decirme que Cole había entrado y salido con dos platos. Si me esperaba fuera de la sala de almacenamiento, levantaría sospechas. Me quité del cuello la cadena con la llave y miré a ambos lados para cerciorarme de que nadie me veía; luego entré y cerré

detrás de mí. La bombilla del techo se balanceó con el movimiento del aire y la puerta que estaba detrás de la estantería crujió: no estaba completamente cerrada.

Fue la curiosidad, más que nada, lo que me hizo meterme en aquel pasillo estrecho. Era la primera vez en muchos días que iba a ver a Clancy. Cole simplemente me echaba con un movimiento de la mano cada vez que me ofrecía a ir, diciéndome que era mejor que me quedara lejos y que evitara discutir con él cuando ya estaba furioso conmigo. Con Cole, sin embargo, se mostraba perfectamente cordial y no daba muestra de querer influir en su mente.

Ahora que ella estaba de vuelta, casi esperaba encontrar allí a Vida, observándolos desde la ventanilla de la puerta al otro extremo de la sala, pero no fue así. No había nadie intentando asegurarse de que Clancy no correteara alegremente dentro de la mente de Cole.

Si me hubieran dicho que Cole y Clancy estaban sentados uno frente al otro en el suelo, comiendo, separados tan solo por una pared de cristal antibalas de dos centímetros de espesor... Habría respondido que se guardaran las ilusiones para sí mismos. Pero allí estaban. Los dos, relajados y hablando tranquilamente de viejos amigos.

Me incliné hacia delante y apoyé la oreja en la puerta. Capté unos pocos fragmentos de conversación.

— ... no debería haber ningún archivo sobre eso, por eso es confidencial, la única razón por la que sé que existe todavía un informe de las FEP...

— ... significa más soldados en el terreno...

—No olvides la propaganda que están lanzando; trata de utilizarla para lanzar tu propio mensaje ahí fuera. Reclutar soldados dispuestos a...

Pasaron diez minutos; quince. La euforia que sentía se desinfló para convertirse en algo que se parecía al temor. No por lo que estaban diciendo ambos —estaba segura de que Cole cogería con pinzas todo lo que dijera Clancy—, sino porque hasta yo estaba de acuerdo con lo que estaba escuchando.

—El objetivo debe ser mantener la mayor cantidad de opciones abiertas para los niños como sea posible, no dejar que nadie los borre del mapa con las regulaciones sobre cómo podrían o deberían ser —dijo Clancy, para después añadir—: ¿La senadora está dispuesta a defender su derecho a tomar decisiones

sobre su futuro?

«La cura es otra forma de controlarnos, de quitarnos de las manos la toma de decisiones».

Di un paso atrás, sacudiendo la cabeza. No ayudar a Lillian nos daba una oportunidad. No podíamos tomar una verdadera decisión sin saber qué era la cura.

Entonces, ¿por qué, de repente, sentía que lo que había pasado durante las últimas horas era un error?

—¿... nada más que puedas decirme sobre Sawtooth? —dijo Cole, que en ese momento estaba de pie, cogiendo el plato vacío de Clancy por la ranura de la puerta.

Clancy regresó a su catre. Tenía una manta nueva, más gruesa, y también una almohada de verdad. En el suelo, había una pila de libros que casi alcanzaba la altura de la cama. Si Cole le había traído todo aquello, es que Clancy había sido un chico muy bueno.

—Sabes todo lo que hago. Aquel no era el campo que ayudé a establecer, era el original, el de Tennessee —dijo Clancy—. ¿Es que no piensas entrar, Ruby?

Me aparté de la puerta, pero fue inútil. Dirigió la mirada hacia la ventanilla y captó mi mirada a través del cristal. Con un profundo suspiro, abrí la puerta y la mantuve abierta con el pie. Cole movió la mano hacia un lado mientras caminaba hacia mí. Yo empezaba a tener dificultades para captar su recelo, aparte de su irritación.

Esperé hasta que estuvimos de vuelta en el pasillo antes de abrir la boca.

—No lo hagas —dijo, levantando una mano—. Tengo esto bajo control.

—Con él nunca se tiene nada realmente bajo control —señalé—. Mientras tengas cuidado de...

—Me estás matando, Joyita —dijo pasándose la mano por el pelo—. ¿Qué pasa?

—Creo que hay que verlo para creerlo.

Con los demás ocupados en la edición de las entrevistas de Zu y, por sugerencia de Liam, en conceder sus propias entrevistas, a Cole y a mí nos tocó planificar un asalto real a Thurmond. Pasamos despiertos toda la noche, repasando los detalles. Yo entraría con el lápiz de memoria el 27 de febrero. El primero de marzo, nuestro equipo de veinte niños y los cuarenta y pico soldados de Harry asaltarían el campo aproximadamente a las siete de la tarde y capturarían a las FEP, y yo tendría que cargar el programa en sus servidores a menos cuarto. Entonces llevarían a los niños a un lugar seguro a poca distancia del campo, donde esperarían a que llegaran sus padres para recuperarlos. Escrito paso a paso, casi sonaba simple. La realidad era mucho más cruel.

La mañana comenzó oficialmente cuando Cole dejó caer encima de mi cabeza una enorme hoja de papel, despertándome en el mismo sitio donde me había quedado dormida: en una de las mesas de la sala de ordenadores.

—¿Qué es esto? —le pregunté, apartándome aquellos papeles de la cara.

Eran al menos quince hojas de papel grapadas juntas para formar una imagen completa de los círculos de cabañas, los edificios chapuceros de ladrillos, la cerca metálica y la jungla que rodeaba el conjunto.

Me puse de pie.

—Es Thurmond. ¿Cómo lo has conseguido?

En respuesta, me pasó tranquilamente un teléfono plateado desechable. Su expresión era reacia, como si lo estuviera haciendo a regañadientes.

—Me lo ha dado él —dijo, acercándose el móvil al oído.

—¿Hola?

—¿Eres Ruby?

—Al habla —le dije, observando el rostro de Cole mientras me miraba.

—Mi nombre es Harry Stewart. —Se oyeron interferencias al otro extremo de la línea, lo cual solo me hizo agarrar el teléfono con más fuerza. Harry. El Harry de Liam. Su voz era más profunda de lo que esperaba, pero pude intuir una sonrisa en ella—. Quería hacerte saber que ayer por la noche nosotros realizamos una operación.

—¿Nosotros? —repetí aturdida.

Nico estaba al lado de Cole, mirando desconcertado. Puse el manos libres para que pudieran oír la conversación.

—Una que no he autorizado —murmuró Cole.

—Un grupo de viejos retirados del ejército —dijo con una risa—. Y también algunos amigos nuevos que recientemente han cambiado de actitud en cuanto a lo de servir al presidente. Esta madrugada, aproximadamente a las dos horas, hemos llevado a cabo un asalto a una prisión clandestina.

Casi se me paró el corazón. Lo sentí latir, y un segundo después, mientras contenía la respiración, nada.

—Fue un éxito, y hemos recuperado a un grupo de presuntos traidores y chivatos. —Aquellas fueron las palabras que pronunció, traidores y chivatos, con un hilillo de humor en la voz—. Hemos actuado según lo que inteligencia ha podido conseguir sobre el sitio, así como de nuestras propias fuentes en el Gobierno. Al final de la semana nos pondremos en contacto contigo, pero quería hacerte saber que conseguimos tu...

Su voz se apagó, alejándose del teléfono. Y oí otra voz, esta vez más alta, la de una mujer.

—Vuelve a echarte —oí que decía Harry—. Me alegro de que estés despierta... Estos señores explicarán lo que sucedió... Sí, podrás hablar con ella en tan solo un momento...

El corazón me golpeaba contra el pecho, contra los tímpanos, me pareció que retumbaba hasta en los dedos de los pies. Se oyó un poco de ruido y el teléfono cambió de manos.

—¿Ruby?

Nico dejó escapar un grito, tapándose la boca con las manos. Oír su voz... No podía ser real... Cate estaba...

—Cate —dije casi atragantándome—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Ruby —dijo ella, cortándome—, escúchame. —Su voz era tan áspera que

me dolió la garganta por empatía—. Estamos bien, estamos todos bien, pero tienes que escucharme, algo... algo ha pasado con la Liga, ¿no? Ellos...

De fondo oí a Harry que decía:

—Está bien, por favor, échate...

Cole apoyó las manos contra el escritorio.

—Conner, ¿qué está pasando?

—Algunos de los... guardias apostados allí se burlaban de nosotros, pero han dicho que el Cuartel General de Kansas va a ser atacado. Ninguno de los agentes..., ninguno de nosotros podemos comunicarnos con ellos. ¿Puedes avisarles? ¿Puedes darles el mensaje?

—Nosotros nos encargaremos de ello —le prometió Cole. Nico ya había vuelto a su ordenador, y las manos le volaban sobre el teclado—. No os mováis de donde estáis, Harry os traerá aquí de nuevo.

—Los agentes quieren ir a Kansas —dijo ella con la voz tensa.

—Bueno, puede que no tengan más opciones —dijo Cole, no sin amabilidad—. Eh, Conner, me alegro de escuchar tu voz.

—Igualmente. ¿Cuidas de mis niños?

Cole me mostró una pequeña sonrisa.

—Son ellos los que cuidan de mí.

—¿Ruby?

—Estoy aquí. —Las palabras me salieron en avalancha—. ¿Estás bien? Dime que estás bien.

—Estoy bien. Te veré pronto, bajo..., ¿entiendes?... Lo siento... La conexión no...

Se cortó la comunicación.

Me quedé mirando el aparato, dejé que Cole me lo cogiera y lo apagara. Yo no tenía fuerzas para luchar contra el desánimo que ahora me recorría y entumecía. Necesitaba más que eso. Ella tenía que saber..., tenía que saber lo mucho que yo lo sentía.

—Se mueven en medio de la nada —me dijo—. No tienen una buena cobertura. Harry volverá a llamar cuando se acerquen.

Asentí.

—¿Crees que es cierto? ¿Atacarán el Cuartel General de Kansas?

—Sus servidores están fuera de línea —dijo Nico—. He tratado de encontrar su señal, pero... nada.

—Intentaré contactar por teléfono con alguno de los agentes que están todavía en el campo, a ver si ellos saben algo. —Cole me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me acarició la mejilla con los nudillos—. Es una victoria sólida. Cate está bien. Tenemos de camino una fuerza real de combate. Dos semanas más y listos. Por ahora concéntrate en eso. No dejes que lo de Kansas te despiste. En lo que a mí respecta, no importa.

—Por supuesto que importa —le dije—. Ya han muerto demasiadas personas.

—Lo entiendo —dijo—. No he querido decir eso, solo que la Liga lo hará de todos modos. Reivindicar el éxito como suyo es una última maniobra desesperada. Concéntrate en el futuro. En la cura, ahora que la doctora Gray está de nuevo en condiciones de trabajar. En Thurmond... —Tocó la copia impresa con los dedos—. Harry se ha metido en mil problemas por rastrear esto para nosotros. Vamos a darle un buen uso.

Se puso de pie y clavó el papel en la pared con chinchetas. Me quedé donde estaba hasta que se fue, presumiblemente para cumplir su promesa de investigar las afirmaciones de Cate, y luego me acerqué a las imágenes satelitales de Thurmond, como si estuviera en un sueño. Seguí con los ojos los irregulares círculos de cabañas. Al verlos desde arriba, como un pájaro que volara libremente por encima, disminuyó la sensación de malestar que me había formado un nudo en el estómago.

—Ahora es mucho más grande —dijo Nico.

Asentí con la cabeza, aceptando los rotuladores permanentes que me ofrecía.

Dio un paso atrás para apoyarse en el escritorio y me miró. Cuanto más trabajaba, más atención me parecía atraer, hasta que sin necesidad de darme la vuelta supe que tenía todo un público a mis espaldas. Etiqueté las estructuras más grandes: la fábrica y las barracas de las FEP en los dos edificios rectangulares a la izquierda de los círculos de cabañas; el jardín, en la explanada verde situada más al norte del campo, y el comedor, la enfermería y la puerta, a la derecha. Luego pasé a las cabañas y marqué la torre de control circular. Perfilé cada círculo de pequeñas cabañas con el rotulador verde o con el azul, según sus habitantes.

Sentí que alguien me clavaba la mirada entre los omóplatos como si fuera la luz del sol que llegaba a través de una lente, quemándome hasta que ya no pude ignorar las pequeñas olas de timidez que empezaron a invadirme. Era irracional, pero me sentía como si estuviera revelando algo vergonzoso, algo de lo que tenía que avergonzarme. Mi estado de ánimo había pasado tan rápidamente de la excitación ansiosa al horror y la pena que empecé a ponerme a la defensiva.

—¿Allí solo hay Verdes y Azules? —Al oír la pregunta de la senadora Cruz me di la vuelta.

Estaba en la puerta, cogida del brazo de la doctora Gray, que trataba de acercarse. Nico le echó una mirada, se quedó inmóvil y luego huyó dando tumbos hasta el fondo de la sala, donde se sentó de nuevo.

—Hubo niños Amarillos, Naranjas y Rojos —contesté, mirando a ambas mujeres—, pero se los llevaron fuera del campo hace unos cinco años y medio. Los Rojos entraron en un programa de capacitación, el proyecto Jamboree. A los Amarillos los trasladaron a otro campo en Indiana, especializado en la contención no eléctrica.

—¿Qué pasa con los niños Naranjas? —preguntó la doctora Gray.

Dejé la mano inmóvil, lo mismo que el aire a mi alrededor.

—No tenemos informes confirmados de su paradero —le dije.

—¿Dónde están?

La doctora Gray pronunció aquellas palabras en un tono un poco vacilante, como si aún esperara fallar de nuevo en cualquier momento. Dio un paso más en

mi dirección, fijándose en los parches de hierba silvestre y nieve. Cualquiera que se fijara lo suficiente vería que los pequeños puntos eran los uniformes azules trabajando en el jardín.

—Eso no es Thurmond —dijo ella—. Thurmond era un único edificio. Yo misma lo vi.

—Una vez que pusieron en marcha los programas iniciales de investigación, ampliaron el campo rápidamente para albergar a más niños —le dije—. He añadido pequeñas R, N o A junto a las cabañas en las que solían residir. Quitaron las cerraduras no eléctricas en las cabañas amarillas y nunca las repusieron. Por lo que yo sé, las cabañas rojas solo tenían grifos adicionales e irrigadores dentro.

La senadora Cruz me puso una mano en el hombro y se inclinó hacia delante, inspeccionando mi trabajo.

—¿Por qué los Rojos y los Naranjas estaban en el centro del segundo círculo, en lugar de estar en el exterior? Si iban a causar problemas, lo más lógico es que los pusieran lo más lejos posible de la torre de control.

—Los rodearon a ambos lados con una defensa de cabañas verdes —le expliqué—, de modo que si intentaban atacar a los controladores de campo o intentaban escapar usando sus aptitudes, tendrían que quemar unos cuantos niños en su camino.

—¿Y eso los detuvo?

Negué con la cabeza.

—¿Alguien escapó alguna vez?

Negué de nuevo con la cabeza.

—Los que lo intentaron fueron fusilados antes de llegar a la valla. Siempre había al menos un francotirador en el tejado de la torre de control, dos si un grupo estaba trabajando en el jardín.

—Bueno, eso mata la poca fe que había depositado en la humanidad —dijo Cole, que acababa de volver.

—¿Ha habido suerte? —le pregunté.

—Nada —dijo—. Hablaremos más tarde. En este momento, ¿podrías explicarnos cómo se desarrolla un día típico? Estoy seguro de que habría algún tipo de rutina, ¿verdad?

—A las cinco de la mañana suena la alarma del despertador. Cinco minutos más tarde, las puertas se desbloquean. Después de eso, cambia cada mes. Nos daban dos comidas al día, así que si no tenías el desayuno programado, te ibas a las duchas y luego trabajabas las siguientes seis horas hasta el mediodía, cuando te daban el almuerzo. Entonces tenías tiempo libre en tu cabaña durante unas dos horas antes de empezar el turno de trabajo de tarde, por lo general algún tipo de limpieza, como lavar la ropa o limpiar el terrible sistema de alcantarillado, que siempre estaba embozado. Luego la cena. Después, a las ocho, se apagaban las luces.

—Dios mío —fue el único comentario de la senadora Cruz.

—Había más de tres mil niños —le dije—. Tenían el sistema programado al segundo. Incluso descubrieron la manera de adaptarse a un número cada vez menor de FEP, a medida que terminaban sus cuatro años obligatorios.

—¿Cuál dirías que era la proporción entre FEP y niños? —preguntó Cole—. Aproximadamente.

Ya le había dado aquella información en mi plan, pero me lo preguntaba para que lo supieran también las dos mujeres que estaban frente a mí.

—Cate me dijo que había normalmente doscientos en el campo en todo momento, más veinte individuos adicionales que trabajaban en la torre de control. Puede que ahora haya menos, dado que están en pleno proceso de cierre del campo —dije, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. No parecen muchos, pero están estratégicamente colocados, y se les da permiso para hostigar e intimidar a los niños.

Para ser alguien que había estado tan involucrado en la investigación de una cura para la ENIAA, parecía que a la doctora Gray oír todo aquello la ponía enferma, como si fuera la primera vez que lo escuchaba. Pero eso era imposible. Ciertas cosas eran obligatoriamente confidenciales, pero su marido era el presidente; había jugado un papel fundamental en el desarrollo del programa del campo de rehabilitación.

La doctora miró hacia otro lado.

—Eres como mi hijo, ¿no?

—Sí —le respondí—, pero no de la manera que importa.

—¿Estuviste en Thurmond mientras él estaba allí?

—Después. No coincidimos en absoluto. No llegué al campamento hasta que ya habían empezado a ampliarlo. ¿Me lo pregunta por alguna razón en especial?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y yo luché contra el estremecimiento que amenazaba con recorrerme la columna vertebral. Aquel simple movimiento era de Clancy, puro Clancy.

—Supongo que la razón por la que estoy aquí es porque quieres saber si tuve éxito en el control de las aptitudes psiónicas de los niños —comenzó, irguiéndose en la silla—. Además de la evaluación final de Leda Corporation en cuanto a las causas.

—Usted lo consiguió —dijo Cole—. Así que, naturalmente, nuestra pregunta es qué quiere a cambio.

La pregunta era sencilla, sin rodeos, y aun así me sorprendió un poco. No sé por qué había esperado que ella, una Gray, nos ayudara por pura bondad. Supongo que en este caso tenía la esperanza de que la manzana hubiera caído lejos del árbol.

—¿Podemos hablar en algún lugar con un poco más de privacidad? —preguntó, mirando por las ventanas de cristal a los niños que se movían por los pasillos.

—Claro —dijo Cole—. Nico, avísanos si captas cualquier conversación sobre Kansas.

Lo seguimos hacia arriba, más allá de los grupos de niños que recorrían los pasillos y entraban o salían de las habitaciones, ajenos a quién era aquella mujer rubia. Cuando llegamos a la oficina de la parte superior, Cole hizo un gesto a las dos mujeres mayores para que se sentaran mientras se dirigía al otro lado de la mesa, y yo cerré la puerta detrás de nosotros.

La doctora Gray se acomodó en la silla, recorriendo la habitación entera con una sola mirada de sus oscuros ojos.

—Este era el despacho de John, ¿no?

De alguna manera me las había arreglado para olvidar el hecho de que los Gray y John Alban habían sido en otros tiempos amigos íntimos. Alban había ayudado a la primera dama a desaparecer, había patrocinado sus ensayos de investigación y había hecho un trato con ella. «Oh».

—Quiere que esperemos a que Alban acabe la negociación —dije—. Usted nos dará la información a cambio de poder realizar el procedimiento en Clancy primero.

Cole dejó escapar un suave silbido.

—Tenía la impresión de que era algún tipo de operación. No puede esperar llevarla a cabo aquí...

—Por supuesto que no —dijo ella—. Se podría frotar con lejía cada centímetro de este lugar y todavía no estaría lo bastante limpio para una operación. Necesitaría que me proporcionarais discretamente el tiempo suficiente para realizarla en un hospital local, donde cuente con personal capacitado.

—Eso es muy difícil —dijo Cole—. Casi no hay manera de mantenerlo en secreto.

—Una vez que se complete el procedimiento, el plan será coger a Clancy y pasar a la clandestinidad. Quiero volver a disfrutar de una vida que se asemeje a la normalidad, con el hijo que tuve una vez.

«La cura es otra forma de controlarnos, de quitarnos de las manos la toma de decisiones». Las palabras de Clancy me cruzaron la mente como un susurro. Las escuché.

—Yo no... —empecé a decir.

Pero... ¿qué problema tenía realmente con aquello? Clancy me había demostrado una y otra vez que él no podía confiar en usar sus aptitudes sin herir a los demás. East River... Jude... ¿Cuántas veces tenía que mostrarme hasta dónde podía llegar? Todo para evitar convertirse en lo que él había experimentado en Thurmond: impotencia. Yo había sentido su impotencia cuando lo habían atado a la mesa en Thurmond y también el dolor de las descargas eléctricas en el cerebro. Había sentido la vergüenza de perder el control de mis funciones, la furia de ser

tratada como un animal.

Se había salvado a sí mismo antes que a un grupo de miles de personas. Esta vez, teníamos que elegir a esos miles de personas antes que a él.

—Está bien —le dije, cuando quedó claro que Cole esperaba impaciente mi respuesta.

¿Era decepción lo que vi en el parpadeo de sus ojos? ¿Comprensión? La expresión desapareció tan rápido como había aparecido, enmascarada por su habitual sonrisa sombría, y ya no estuve segura de haberla visto de verdad.

—Es un trato —dijo él—. Estaremos rodeados de tropas esta noche, así que podrá explicarlo. Mañana por la mañana empezaremos a buscar hospitales viables para usted.

La doctora Gray inclinó la cabeza, como si se tratara de un acuerdo tácito. Me puse de pie, al tiempo que murmuraba una excusa sobre la necesidad de comprobar el entrenamiento de Vida. Lo cierto es que no era capaz de respirar el aire denso de aquella habitación, no podía tragarlo ni expulsarlo. Las palabras que flotaban entre aquellas cuatro paredes me asfixiaban y no pude evitar la sensación, ni siquiera cuando me froté las manos frenéticamente contra las piernas, de que estaban manchadas de sangre.

Estaba sola con Vida en la sala de ordenadores, hablándole de la breve conversación que había tenido con Cate, cuando la cara de Zu apareció de repente en el canal de noticias que Nico había sintonizado.

Sentada en una silla con las rodillas dobladas contra el pecho, me había limitado a responder a sus preguntas lo mejor que había podido, aunque todas parecían una variación de «Pero ella está bien, ¿no?». Tenía la mirada fija en la pantalla, a la espera de alguna noticia de última hora acerca de Kansas, y cuando vi a Zu puse los pies en el suelo tan rápidamente que la silla se balanceó hacia delante conmigo.

—Sube el volumen —dije.

—«... más metraje publicado hoy por fuentes ligadas al escándalo del campo de rehabilitación que Washington ha reabierto hace poco. Esta tarde, Amplify ha lanzado una serie de vídeos, supuestamente de los niños que fueron retirados de Nevada. Vamos a echar un vistazo...».

No sabía si lo había hecho la cadena de noticias o si había sido la mente inteligente de Alice en el trabajo de edición, pero en los segundos iniciales de las imágenes aparecían presentándose a sí mismos, uno a uno, los diez niños que habían accedido a ser entrevistados.

—Zach... Tengo diecisiete años de edad.

—Mi nombre es Kylie y tengo dieciséis años.

Aparecieron uno tras otro, hasta que finalmente el vídeo mostró a Zu en las tomas en que se presentaba y, justo después, la que describía el día en que sus padres la habían dejado en la escuela. Cada uno de los niños contaba su propia versión de cómo había sido apresado por las FEP, de sus padres, del mundo.

Me tapé la boca con la mano, mirando por encima para calibrar la reacción de Vida. Le dio un sorbo a su botella de agua y golpeó el tapón con la palma de la mano para cerrarla de nuevo.

—Son de gatillo rápido, hay que reconocérselo —dijo—. Pero, Bu, sabes que estoy contigo. Esto está muy bien para tocar algunas fibras del corazón, pero ¿cuántos culos se van a levantar del sofá? ¿Dónde está la llamada a la acción en todo esto? Necesitan nuestra contribución. Aquí hay demasiada esperanza, y no la suficiente estrategia.

—Pero estaban en lo cierto —dije, sintiéndome extrañamente vacía por dentro—. Necesitamos algo como esto, tenemos que darle al público la verdad para que cuando los niños salgan sean aceptados. Esto es bueno —dije. A Liam no le había fallado el instinto.

—El hecho de que ellos tengan razón no hace que tú no la tengas —dijo ella, bajando el volumen—. Charlie estaba en lo cierto. Vosotros, mierdosos, os venís abajo si nosotros no os decimos lo que debéis hacer.

La presentadora, una mujer rubia y vivaracha vestida con un traje de color rojo oscuro, apareció de nuevo en la pantalla, pero casi de inmediato dio paso a una foto que un telespectador había enviado al programa. En el centro de lo que el programa había identificado como Times Square, Nueva York, el rostro de Zu brillaba en un grupo de tres pantallas publicitarias, en marcado contraste con los carteles oscuros de alrededor, que no se iluminaban desde hacía años. La foto era desgarradora, incluso para quien no conociera a la chica ni estuviera enterado del contexto de la entrevista, y la quietud de la muchacha resultaba poderosa, exigía

atención. Las palabras «Enemigo público, edad: 13 años» parpadearon sobre la imagen, buscando un efecto de manipulación emocional perfectamente calibrado.

—¿Dónde está Chubs? —le pregunté.

Vida comenzó a arrancar la etiqueta de la botella de agua.

—Le pregunté a Cole si nuestro chico podía usar una de las salas vacías de los agentes para crear una especie de... sala médica, o algo así. Una estación de primeros auxilios. Un lugar para poner toda la basura médica y los libros que ha estado llevando de un lado para otro como un maldito empollón. Ahora está ahí, trasteando con sus tarros llenos de bolas y palitos de algodón.

—Vaya, parece que te estás ablandando, Vi —le dije—. Eso ha sonado casi dulce. —El brillo de la pantalla cambió abruptamente del azul eléctrico y blanco de la cadena de noticias a un rojo intenso que hasta amortiguó el color del cabello de Vida—. Oh, mierda.

La estructura era casi irreconocible, pero las palabras que aparecían sobreimpresas en la pantalla eran lo suficientemente claras: «Cuartel General de la Liga de los Niños destruido».

—«... retransmitiendo en directo desde las afueras de Colby, Kansas. Fuentes del Gobierno han confirmado que varios aviones no tripulados han bombardeado un almacén que se cree que albergaba los restos de la Liga de los Niños. Esta mañana, una serie de fotografías y documentos se han filtrado a la prensa, y la organización afirma que...».

No me quedé a escuchar el resto. Si habían enviado drones a por Colby, entonces lo que estábamos viendo era realmente el Cuartel General de Kansas, y todos aquellos agentes, a menos que se hubieran marchado muy temprano, ahora estarían muertos.

Cole estaba en el despacho, con la puerta cerrada, pero no había echado la llave. Me deslicé en el interior y lo encontré en la silla, cubriéndose el rostro con una mano. Cuando oyó el ruido de la puerta al cerrarse de nuevo, levantó la mirada y luego conectó el altavoz del teléfono.

—Los chicos dijeron que seguía ardiendo cuando llegaron allí. —Era Harry—. Encontraron a dos supervivientes a un kilómetro y medio de lo que quedaba de la estructura, pero no pudieron acercarse más. Haré que retrocedan y

que se reúnan con nosotros en Utah.

—¿Cómo escaparon? —le pregunté. ¿Cómo había podido escapar alguien de allí?

—No queda claro. La conexión era muy pobre y los supervivientes estaban completamente perdidos en el momento en que nuestros chicos los han encontrado. La historia que nos han contado era irreal.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Cole.

Las interferencias llenaron la sala y también mi cerebro. La mirada asesina en el rostro de Cole y la forma en que el calor bajo su piel evaporaba hasta el último vestigio de dulzura en él me confirmaron que no había oído mal a Harry.

—«Los supervivientes —dijo Harry— afirman que fueron atacados por una unidad de niños. Han dicho que eran Rojos».

CAPÍTULO DIECINUEVE

—¿Lo crees? —le pregunté—. ¿Que los Rojos hicieron algo así?

Cole me miró a los ojos.

—No sabes cómo me gustaría saberlo. Me dan ganas de...

—¿De qué? —le pregunté.

De repente se puso de pie, incapaz de permanecer sentado un segundo más.

—Tengo que decirte algo antes de entrar y presentar nuestro plan a los demás niños —dijo mientras trataba de reprimir los espasmos nerviosos de la mano.

Yo retorcí las mías en el regazo mientras luchaba por mantener la voz calmada.

—¿El qué?

—Quiero que vayamos a investigar y documentar las actividades de un campamento, el de Sawtooth, en Idaho. Clancy afirma que se trata de una de las instalaciones que utilizan para entrenar a los Rojos.

—¿Y lo crees? —le pregunté, sacudiendo la cabeza—. Cole...

—Sí —dijo—. Lo creo, y no porque me haya manipulado. Todas las informaciones que me ha proporcionado hasta ahora han dado resultado..., y le prometí que consideraría dejar que se marchara si ayudaba. Obviamente, no iba a liberarlo, pero quería motivarlo.

—Pero ¿por qué? —le pregunté—. ¿Por qué tenemos que investigarlo?

—La senadora Cruz me dijo que necesita pruebas contundentes sobre el ejército de los Rojos para asustar a la comunidad internacional y hacer así que pase a la acción. Quiero conseguírselas, o al menos intentarlo. Si se trata de un callejón sin salida, que así sea. Pero dime que tengo tu apoyo en esto. Te prometo que no afectará a nuestro asalto a Thurmond.

Mi paciencia finalmente cedió.

—Si quieres hacerlo, tienes que decirles a los demás que eres un Rojo. Solo así accederé a apoyarte en esto.

Retrocedió, sorprendido.

—¿Y qué tiene eso que ver con todo esto?

—Estamos perdiendo el apoyo de los niños, lo sé. Necesitan saber de una vez por todas que guardas nuestros mejores intereses en el corazón porque eres uno de los nuestros. —Percibí el cansancio en mi propia voz—. Todo esto ya se ha alargado demasiado, ¿no crees?

Abrió la boca, enfadado y claramente a la defensiva, pero la cerró de nuevo y me estudió el rostro. Después de un largo rato, dijo:

—Se lo diré a Liam. Empezaré por él esta noche. Luego, dependiendo de cómo me vaya, se lo diré a los demás. ¿Te parece razonable?

Me sentí tan aliviada que a punto estuve de echarme a llorar.

—Sí. Pero tienes que decírselo antes de la reunión de esta noche.

Me hizo un gesto con la mano, aceptando, y se sentó.

—Pero antes de eso, quiero repasar contigo cómo creo que debemos hacerte entrar en Thurmond. He pensado que preferirías hablar de esto aquí, en lugar de frente a los demás.

Asentí con la cabeza.

—Se lo diré, pero no hasta que todos estemos de acuerdo en la estrategia. ¿Sigues pensando en dejarme en Virginia?

—Sí —dijo—. El objetivo es dejarte frente a un rastreador para empezar, mientras nos aseguramos de que no te neutralicen desde el principio. Haremos una llamada falsa sobre un niño Verde en libertad, y tú entrarás en la mente del rastreador antes de que pueda encontrar tu rostro a través del programa. Te llevará a la base de las FEP más cercana para obtener la recompensa y lo obligarás a hacer salir a un FEP para que te compruebe «oficialmente» y confirme que eres una

Verde. Tendrás que meterte en la mente de cada persona con la que te cruces, y no pueden saber la verdad, de lo contrario nunca lograrás llegar a Thurmond. La clave está en controlar la cantidad total de personas con las que puedes entrar en contacto en un momento dado. ¿Es factible?

—Sí —le dije, y el sentimiento de resolución hizo que se me tensara la columna vertebral—. Lo es.

Nos reunimos en el garaje dos horas más tarde, y nos sentamos en círculo alrededor de la media luna blanca pintada en el suelo. Yo había puesto sillas para Cole, la senadora Cruz y la doctora Gray, de modo que pudieran sentarse mientras hablábamos, pero Cole se me acercó con otra silla, se colocó a la derecha de esta y me empujó suavemente para que me sentara. Lo miré, tratando de leer en su rostro cómo había ido la conversación anterior, pero su expresión era un lienzo en blanco.

Liam, por el contrario, parecía recién salido de una tormenta. Noté que tenía los ojos clavados en mí todo el tiempo, pero no fui lo suficientemente valiente como para dejar que nuestras miradas se encontraran.

—Como podéis ver, tenemos una nueva invitada en esta hermosa tarde —comenzó Cole, con los brazos cruzados y una postura firme—. Ella es la científica que realizó la investigación sobre la curación de la ENIAA, y está aquí para explicaros sus causas, así como en qué consiste exactamente la curación.

Los susurros se extinguieron tan rápidamente que se podría haber escuchado el petardeo de un coche a un centenar de kilómetros.

Lillian se alisó unas arrugas invisibles de los pantalones y comenzó a levantarse de la silla, solo para cambiar de opinión y volver a sentarse. Algunos de los niños mayores debieron de reconocerla, pero la mayoría... simplemente la miraban con asombro, totalmente ajenos a su apellido. Alice, por su parte, era una historia diferente. Vi el momento exacto en que su mente establecía la conexión.

—Hola —dijo, con un profundo suspiro. Luego se volvió hacia Cole y le preguntó—: ¿Por dónde debo empezar?

—Comience por las causas, termine por la cura —dijo.

—Ah. Bien. Inicialmente... Cuando se descubrió la enfermedad neurodegenerativa idiopática aguda en adolescentes, la ENIAA, la suposición común fue que se trataba de algún tipo de virus cuya manifestación era más

pronunciada y mortal en los niños que en los adultos. Enseguida, la comunidad científica demostró que era falso, ya que fuera de Estados Unidos, los casos demostraron ser bastante raros o mucho más leves en comparación. Después de varios años de investigación... Leda Corporation concluyó sus experimentos y confirmó lo que algunos, incluida yo misma, habían apuntado como posible causa.

Me incliné hacia delante en mi silla, con el corazón desbocado en el pecho. Me mordí el labio.

—Casi treinta años atrás, hubo un atentado..., varios, en realidad..., contra la seguridad de la nación. Estos ataques bioterroristas fueron lanzados por enemigos de Estados Unidos... Todos relacionados con la manipulación de los cultivos y el suministro de agua.

Liam se situó a un lado del grupo, junto a Alice. Había estado observando a la doctora Gray en la pantalla digital de la cámara, pero ahora la miraba directamente, sobresaltado. Me moví con impaciencia, esperando que continuara. Existían teorías desde hace años que afirmaban que la ENIAA era el resultado de un ataque terrorista, por lo que no era una información nueva.

—El presidente en aquel momento, no mi..., no el presidente Gray, firmó una orden confidencial para comenzar el desarrollo de un agente químico que contrarrestara y anulara una serie de venenos, bacterias y fármacos que podían añadirse al suministro de agua de una población sin que nosotros nos enteráramos. Leda Corporation desarrolló y distribuyó el producto químico, llamado Agente Ambrosía, por las plantas de tratamiento de aguas de todo el país.

Me froté la frente con la mano y luché para que no se me desdibujara la visión.

—¿Probaron ese agente añadiéndolo a los minerales y compuestos habituales de nuestra agua? —preguntó la senadora Cruz, pálida de ira.

La doctora Gray asintió.

—Sí, fue una prueba rutinaria. Los participantes firmaron acuerdos blindados de confidencialidad y se les recompensó generosamente por su tiempo. Estudiaron a niños, adultos, animales... Incluso a madres embarazadas, que lo pasaron de forma segura a sus bebés, sin complicaciones ni defectos. Lo cierto es que los investigadores recibieron tanta presión por parte del Gobierno para implementar rápidamente el programa que no pudieron estudiar los efectos del

agente a largo plazo.

«Nos envenenaron». Torcí el labio superior en un gesto de asco y tuve que agarrarme a la silla para no ponerme en pie. «Nos envenenaron y nos encerraron por su error».

Cole se levantó de su silla y comenzó a caminar, con la cabeza gacha, mientras seguía escuchando.

—El reciente estudio de Leda concluyó que el Agente Ambrosía es lo que llamamos un teratógeno, lo que significa..., lo que significa que el cuerpo de las mujeres que bebían el agua tratada sin saberlo asimilaba la sustancia, y eso afectó a las células del cerebro de sus hijos *in vitro*. La conclusión que sacó ese informe es que las mutaciones se mantuvieron latentes en la mente de los niños..., en vuestra mente..., hasta que llegasteis a la pubertad, alrededor de los ocho, nueve, diez u once años de edad. El cambio en vuestros niveles hormonales y en la química del cerebro desencadenó la mutación.

—¿Por qué murieron tantos? —dijo Cole, al que ya le empezaban los espasmos en la mano.

—Sus madres ingirieron mayores cantidades de la sustancia química, o quizás hubo un tercer factor ambiental, no especificado. —Lo dijo con tanta frialdad profesional, con tal desapego, que me hizo enojar de nuevo.

«También le sucedió a usted. ¿Por qué no está enfadada? ¿Por qué no está furiosa?».

Olivia se puso de pie; la visión de su rostro lleno de cicatrices hizo que la doctora Gray se encogiera, impresionada, sin apenas darse cuenta.

—¿Cómo se explica nuestras aptitudes diferentes? ¿Por qué podemos hacer ciertas cosas?

—La hipótesis común es que todo tiene que ver con la genética, con la química individual del cerebro y con las vías neuronales que se ven afectadas en el momento del cambio metabólico.

—¿Ese agente químico todavía está en nuestro suministro de agua?

La doctora Gray vaciló el tiempo suficiente como para que supiéramos la

respuesta antes siquiera de que abriera la boca.

—Sí. Aunque ahora que Leda ha confirmado que el Agente Ambrosía es el culpable, yo diría que es justo asumir que es más que probable que introduzcan un producto químico de neutralización en el suministro de agua de las grandes ciudades. Pero si consideramos la cantidad de mujeres y niños que han ingerido agua contaminada, puede pasar toda una generación, o dos, antes de que comencemos a ver niños sin la mutación.

«Generación». No solo meses o años. «Generación». Me tapé la cara con las manos y respiré hondo.

—Eso explica lo que pasó —dijo Cole—, pero... ¿cuál es su método para curarlo?

La doctora Gray cambió de postura, se relajó un poco. Aquel era su territorio, y se sentía claramente más cómoda en él.

—La comunidad científica sabe desde hace tiempo que, en esencia, las habilidades psiónicas implican un cambio del flujo normal de electricidad en el cerebro. Alcanza el máximo, en realidad. Cuando... cuando un niño clasificado como Naranja, por ejemplo, está influenciando a alguien, lo que hace es manipular el flujo eléctrico en el cerebro de la otra persona, manipular sus sistemas y procesos habituales. Que es más o menos lo que un niño clasificado como Amarillo hace a una escala mayor, pero en el exterior, cuando controla la corriente eléctrica de una máquina o de una línea de alimentación. Etcétera. Todo, incluidos nosotros, está hecho de partículas, y estas partículas tienen cargas eléctricas.

Independientemente de si la estábamos entendiendo o no, continuó.

—La cura no es una cura, sino más bien un tratamiento de por vida. Gestiona, en lugar de curar, el mal.

El corazón me dio un vuelco. Evoqué la cara de Clancy cuando me había dicho exactamente lo mismo, pero yo no me lo había creído porque... porque mentía todo el tiempo, porque una verdadera cura tendría que erradicar la mutación del todo.

—Es una operación en la que se implanta algo llamado estimulador cerebral profundo, que en esencia es una especie de marcapasos cerebral. Depende en gran medida de las aptitudes, pero cuando se implanta el estimulador, en todos los

casos libera una carga eléctrica propia. Regula el flujo anómalo y lo adapta al de un ser humano normal.

—Neutraliza las capacidades —aclaró Cole—, en lugar de eliminarlas.

—Sí, eso es.

—¿Y este procedimiento se puede realizar de manera segura? —preguntó Alice—. ¿Lo ha probado alguna vez?

—Sí —dijo ella—. He tratado con éxito a un niño.

—Uno no es exactamente un historial de éxitos, doctora —dijo Cole—. Uno no nos da ningún tipo de garantías.

Ella se limitó a levantar las manos y dijo:

—No tuvimos tiempo para más. Lo siento.

—Y la idea es... —empecé a decir, pero apenas podía formular la pregunta. Me sentía aplastada por todo aquello, asfixiada por la ira—. ¿La idea es que cada niño que nazca reciba el tratamiento y eso impedirá que muera o cambie en la pubertad? ¿A qué edad?

—Alrededor de los siete años —dijo Lillian—. Sin embargo, puede que tengan que someterse a revisiones regulares.

Eso hizo que un murmullo de inquietud se elevara entre el grupo de niños, que finalmente parecían estar despertando de su conmoción.

—¿Cuáles son los próximos pasos? —preguntó Alice, recolocando la cámara—. Todo esto es increíble, pero no tenemos ninguna prueba sólida de que el Agente Ambrosía se añadiera al suministro de agua. Leda cerró enseguida el programa de investigación. Ninguno de los Verdes ha conseguido información alguna.

—¿Cuál sería una prueba suficiente para ti? —preguntó la doctora Gray.

Alice no tuvo que pensárselo mucho.

—Algún tipo de documentación que demuestre que se encontraba en la

mezcla del tratamiento.

—Podríamos ir a alguna planta de tratamiento cercana —dijo Liam—. Forzar la entrada, tomar fotografías y tratar de encontrar una copia impresa o información en los ordenadores.

—Eso podría funcionar —dijo Alice, con un brillo en los ojos—. Creo que tendríamos que asaltar al menos cinco o seis, por si acaso alguna resulta ser un fiasco. Y en diferentes estados también, para que sepan que no se limitaba a California. ¿Tenemos suficiente gasolina para llevar esto adelante?

—Espera..., espera... —dijo Cole—. Nuestra prioridad ahora es tratar de pasar inadvertidos, perfeccionar el éxito obtenido en Thurmond y mantenernos a la espera de refuerzos. Si alguien sale, será solo para reunir más fuerzas para la lucha.

—¿Refuerzos? —repitió Liam, casi gruñendo. Cole arqueó las cejas—. Serás cabrón —estalló Liam—. ¿Harry? ¿Quieres que Harry luche?

—Se ofreció como voluntario. Él y su unidad de cuarenta chicos y chicas exmilitares están dispuestos a arrimar el hombro. —Cole se volvió para dirigirse a los niños—. Al contrario de lo que él os ha estado diciendo, yo nunca le pediré a nadie que luche si no quiere hacerlo.

—¿Cuántas veces tenemos que perforarte el cráneo antes de que captes la realidad? —preguntó Alice—. Los niños no quieren ninguna lucha.

—Oh, sí quieren —dijo Cole, rodeando el círculo para ponerse directamente delante de ella—, pero no quieren tener que librarla ellos mismos.

—No, queremos coordinar una ofensiva mediática con la verdad —dijo Liam—. Para difundir la ubicación de los campamentos que conocemos, junto con las listas de los niños que están dentro. Dejemos que sea el pueblo estadounidense el que se levante y vaya a por ellos. Provocará algo de caos, pero ahora que tenemos la información de que la ENIAA no es contagiosa, aumentan las probabilidades de que las potencias extranjeras acudan como una fuerza de paz. ¿No es así, senadora Cruz?

—No tenemos garantías... —dijo—. Pero podría tratar de trabajar con eso.

—Usted sobrestima el interés de la gente —le dije, sacudiendo la cabeza y

observando con cierta satisfacción que los demás se detenían a escucharme—. He visto demasiadas veces que la única manera de conseguir lo que queremos, la única manera de obtener nuestra libertad, es hacerlo nosotros mismos. Los campos tienen sofisticados sistemas de seguridad, y Gray ha demostrado una y otra vez que hará lo que sea para salvar el culo. ¿Qué hará un minuto después de que hayamos emitido la información sobre los campos? ¿Se llevará de allí a los niños? ¿Los usará como rehenes, se los llevará lejos y los matará para enterrar las pruebas?

Si cuando habían planificado el asalto habían pensado en todo esto, no se les notó en el rostro. Y el hecho de que la doctora Gray no tratara de rebatirme, me hizo pensar que aquella posibilidad era evidente.

—No podéis soltar la información sobre el Agente Ambrosía y ya está. Lo siento, pero no —dijo ella—. Estáis subestimando gravemente el pánico generalizado que inducirá en la población.

—Es cierto —dijo la senadora Cruz—. Preferiría no ver a la gente matarse unos a otros para llegar a las fuentes naturales de agua. Pero estoy de acuerdo con Alice en que necesitamos pruebas; no para la población, sino para nuestros aliados extranjeros.

La agitación que recorría la habitación era palpable: los niños ya se ponían en movimiento, asignando los grupos para encargarse de las instalaciones de tratamiento de agua. Y allí estaba Cole, observándolo todo. Sufrió un espasmo doloroso en la mano cuando la levantó para frotarse la nuca, y me pregunté si él también sentía la lenta desintegración. El tren que había estado tan claramente bajo nuestro cuidado había descarrilado por completo. Cuando me miró, percibí una súplica silenciosa en su expresión, una desesperación que nunca antes había visto en él.

No pude soportarlo, aquello me enfureció de verdad. Él había hecho todo lo posible para ayudarnos. Para tomar las decisiones difíciles. ¿Y ahora trataban de quitárselo de en medio? ¿Liam y Alice trataban de intimidarlo? En aquel instante podría haberse ido de la habitación y creo que nadie, excepto yo, se habría dado cuenta.

—Bueno —dijo finalmente—. Tengo un poco de información para vosotros, si es que la queréis.

Alice entornó los ojos.

—Ya me parecía a mí.

—Dices que quieres contarle al mundo la verdad sobre estos niños, pero en realidad solo harás que los de fuera los vean dignos de lástima. —Cole se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y fue alzando la voz a medida que el estruendo se desvanecía a su alrededor—. Lo que motiva a la gente, incluso más que la ira, es el miedo. Podéis seguir adelante y publicar toda la información sobre el Agente Ambrosía, a ver dónde aterriza este país cuando la gente comience los disturbios en las últimas fuentes de agua dulce no contaminada. O bien podéis mostrarles la carta escondida de Gray, que ha estado formando un ejército de Rojos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Alice.

—Todos habéis visto hoy lo que ha pasado en el Cuartel General de Kansas —dijo Cole—. Pero lo que la noticia no ha dicho es que hay informes de que eran Rojos, y no una unidad militar, los que han atacado el cuartel.

—Oh, informes convenientes sin nada que los respalde —dijo Alice agitando la mano.

Pero, como mínimo, ahora Cole llevaba de nuevo las riendas de la conversación. La estaba dirigiendo, sin dejar que discurriera a su alrededor.

—Mi fuente de confianza dice que hay un campo de Rojos no muy lejos de aquí, en un lugar llamado Sawtooth. Me gustaría ir y documentar pruebas de que están allí, de su entrenamiento, de la propia existencia del campamento, y me gustaría dárselas a usted para Amplify, con la condición de que las utilice en conjunción con el actual plan de ataque al campo.

—¿De dónde proviene la información? —preguntó Liam, con los ojos entrecerrados en un gesto suspicaz.

—De una fuente de confianza —repitió.

Su hermano hizo un gesto de impaciencia. Alice, sin embargo... Cole la había calado bien. Era como un gato que ha visto a un ratón corretear por las tablas del suelo. Quería aquella historia y no correría el riesgo de que alguien llegara antes que ella.

—Muy bien, a ver qué te parece esto —comenzó ella—. Nosotros enviamos cinco equipos a las instalaciones de tratamiento de agua, y tú puedes llevarte a un pequeño grupo para evaluar la situación. Sacar algunas fotos...

—Solo necesito a una persona —dijo, mirándose.

—Iré yo —dijo Liam, antes de que yo pudiera abrir la boca. Apretó la mandíbula, retando a su hermano a que lo rechazara.

Cole cruzó los brazos sobre el pecho, y me miró rápidamente de nuevo, en busca de un salvavidas.

Él no quería que Liam lo acompañara. Y no tenía nada que ver con el hecho de que Liam fuera o no capaz de manejar la situación, ni en si confiaba en él. Lo vi claro.

—Todavía me gustaría ir —le dije—. Creo que...

—Ha dicho que con uno más bastaba —presionó Liam volviéndose hacia su hermano—. A menos que pienses que voy a joderte tu bonita misión.

Cole resopló, torciendo los labios en una sonrisa triste.

—Está bien, todo arreglado. Ahora... que alguien me hable de cómo está el coche. ¿Cuánta gasolina tiene ahora?

Finalmente, la doctora Gray volvió a su asiento y fijó la mirada en las manos, que tenía sobre el regazo, mientras la senadora Cruz le preguntaba algo. La reunión acabó y se decidió que se formarían cinco equipos para entrar en las instalaciones de tratamiento de agua, con Alice a la cabeza. Se dividirían por estado y ella elegiría a qué equipo quería unirse.

No me quedé para escuchar la conversación entre Cole y Liam. Giré sobre mis talones, vagamente consciente de que Chubs me decía algo mientras me adentraba de nuevo en el túnel, cruzaba el Rancho y regresaba a la sala de ordenadores vacía. Me senté de nuevo frente a los ordenadores de Nico y encendí las noticias.

—«... obviamente es terrible si es cierto, y el presidente tendrá que dar una cantidad considerable de explicaciones...».

Era la única que aún funcionaba; las demás las habían ido desconectando, una por una. Había un patrón: una cadena de noticias emitía entrevistas de los niños, la conversación entre los presentadores oscilaba peligrosamente hacia el «esto es un campo de verdad» y la conexión se cortaba. La cadena parecía tratar de evitar la censura haciendo que el comentarista invitado ejerciera de abogado del diablo y no de experto: «Pero ¿y si estos niños no han sido entrenados, y esto no es más que un truco para llamar la atención de los padres? Y si los han sacado de su programa de rehabilitación, entonces, ¿no están sus vidas en peligro? Nuestra atención debe centrarse en devolverlos a sus campos antes de que sea demasiado tarde».

El conductor del programa arqueó las cejas, pobladas y grises, y dijo, con su voz profunda y penetrante:

—¿Han visto realmente las entrevistas? Afirman que no hay un programa. Se basan en el hecho de que ha pasado casi una década y hemos tenido poca o ninguna noticia del progreso en la búsqueda de una cura, y yo me inclino a estar de acuerdo. No creo que estos niños se arriesgaran a exponerse sin...

La emisión de vídeo dio paso a la electricidad estática.

«Se acabó», pensé frotándome la cara. La habitación estaba caldeada, las máquinas murmuraban un sonsonete en perfecta armonía. Cuanto más tiempo escuchaba, con los ojos cerrados, más fácil me resultaba procesar la marea de información que nos había caído encima durante la tarde; más fácil era dejar que me invadiera una rabia silenciosa.

¿Qué sentido tenía ahora mantener dentro mi furia sobre las decisiones que se habían tomado casi veinte años atrás?

Y esa «cura», menudo chiste. Rendirse a un procedimiento invasivo que podría o no podría funcionar era un parche más en el problema, no una solución. Me sentí extrañamente traicionada por mi propia esperanza. Pensé que me había esforzado mucho por no confiar en las cosas que estaban completamente fuera de mi control. Pero aun así... Aun así, me dolía.

¿Por qué liberar a alguien si no tenía futuro? Me dolía la garganta solo de pensarlo. Al menos en los campos estaban protegidos de todo aquello a lo que tendrían que enfrentarse aquí. ¿Cuántas personas realmente les darían la bienvenida a los «monstruos» si caminaran libres por las calles? Luché contra el

instinto de acercarme a la imagen de satélite de Thurmond, de arrancarla de la pared y rasgarla con las manos, destrozarla en mil pedazos solo para que coincidiera con la manera en que a mí me estaban destrozando por dentro. ¿Por qué no dejar simplemente que sacaran de allí a los niños y que las FEP y los militares arrasaran los edificios sin dejar siquiera una cicatriz en la tierra?

«Porque si los niños están en los campos, podrían verse obligados a recibir el procedimiento, lo quieran o no».

«Porque merecen tener la posibilidad de elegir cómo quieren vivir sus vidas».

«Porque no han visto a sus familias durante años».

«Porque lo correcto es salvarlos».

Me puse de pie y estiré las extremidades entumecidas mientras me acercaba a la imagen de satélite del campamento. Alisé una esquina que estaba despegándose de la pared. Las anotaciones que había hecho todavía estaban allí, y vi las nuevas flechas que Cole había dibujado, destacando el flujo del asalto. Él quería que nosotros entráramos por la puerta frontal con vehículos militares. Nos tomarían, tenía el presentimiento, por unidades de apoyo para el traslado o por fuerzas adicionales. La primera unidad se desplegaba entre la enfermería y la torre de control, con grupos más pequeños de combatientes en parejas y tríos que avanzaban a través de los círculos de cabañas.

Retrocedí hasta sentarme en una de las mesas vacías para captar una perspectiva de todo.

«Es lo que hay que hacer». Solo sería cuestión de convencer a todos los demás.

La puerta de la sala de informática se abrió y me volví, al tiempo que decía:

—¿Cómo lo hiz...?

Pero no era Cole. Era Liam. Con la mandíbula apretada y una mirada atormentada en sus ojos azules. Incluso aunque yo no hubiera sido capaz de percibir la ira que emanaba de él, solo el esfuerzo que invirtió en entrar y cerrar la puerta con cierta apariencia de calma ya lo hizo temblar.

Todo mi mundo se inclinó hacia él. Ahora tenía demasiados vacíos dentro de mí, y no sabía si él estaba allí para llenarlos. El anhelo se convirtió en un dolor sordo que jugaba con mi mente. Creo que también lo vi en sus ojos mientras me miraba. Su ira se unió a mi desesperación y las chispas de la colisión cristalizaron, nos atraparon en aquel momento de silencio cargado.

—Lo siento —dije finalmente—. Sé que es demasiado tarde, pero lo siento.

Liam se aclaró la garganta.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —dijo en voz baja.

No tenía sentido mentirle, tratar de encubrir la verdad. Simplemente, no podía hacerlo más. No podía tener esa culpa bajo la piel, que se me clavaba hasta los huesos a cada pequeña mentira. Cole me había pedido que mantuviera su secreto y lo había hecho, porque sentía que él tenía derecho a luchar a brazo partido con sus aptitudes en sus propios términos y en su propio tiempo. Pero yo nunca debería haber dejado que aquella farsa continuara durante tanto tiempo, no cuando servía más para romper las cosas que para unir las.

Y en este punto, no estaba segura de que fuera posible que Liam me odiara más de lo que ya me odiaba.

—En el Cuartel General —dije—, cuando él y los demás agentes entraron para recuperarlo, me salvó la vida. Fue entonces cuando lo vi.

Liam respiró hondo y, con un movimiento furioso, dio un puñetazo contra la pared junto a la puerta, con la fuerza suficiente para romper el yeso.

—¡Mierda! —dijo, saltando hacia atrás y agarrándose la mano—. Por Dios, ¿por qué me dijo ella que me haría sentir mejor?

Me puse de pie y me acerqué a él, sin pensar en mí misma.

—¿Quién...? ¿Alice? —pregunté, odiando la amargura de mi propia voz.

—Sí, claro, porque una periodista es la primera persona con la que voy a hablar después de descubrir que mi hermano es un Rojo —soltó—. Me refiero a Vida. Cuando le pregunté dónde estabas.

—Oh. Lo siento —le dije.

No me había dado cuenta hasta ese momento, al escuchar esas dos palabras salir de mi boca, de lo mucho que me había esforzado por mantener el equilibrio sobre la punta de una aguja. Pero fue como si toda la fuerza me hubiera abandonado..., como si se hubiera escabullido. Sentí que si daba un paso más las rodillas no me responderían y me derrumbaría. No podía encontrar las palabras que necesitaba, no podía combinarlas. Hundí el rostro en las manos y lloré, sin reprimirme lo más mínimo.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

Lo oí venir hacia mí y, a través de los dedos, vi cómo se sentaba en el suelo, a poca distancia, y se apoyaba en la mesa. Descansó los brazos sobre las rodillas y dejó que la mano derecha, hinchada, colgara en el aire. No dijo nada, pero no supe si porque esperaba a que yo terminara o porque esperaba algo de sí mismo.

—Dice que te hizo jurar por tu vida que no me lo contarías —dijo, ahora con voz ronca—. Eso debería culparlo a él, no a ti.

—Sí, pero yo podría habértelo dicho de todos modos —dije en voz baja.

—Pero no lo hiciste.

—No, no lo hice.

Pasándose las manos por el pelo, dejó escapar un gruñido de frustración.

—Ruby... Puede que al menos me ayudes a entender por qué. Quiero entenderlo. Esto me está matando. No entiendo por qué nadie... ¿Por qué ninguno de vosotros lo intentasteis siquiera?

—Porque... Sé lo que se siente al... —Luché por encontrar las palabras adecuadas, pero cada vez que creía tener el control sobre ellas, se me escapaban—. Es diferente para nosotros, para él y para mí. Los peligrosos. Sé que no quieres oír esto, lo siento, pero es verdad. Lo vi en la forma en que las FEP trataban a los niños Naranjas y a los Rojos en Thurmond, lo vi en lo difícil que le resultó a Zu luchar para aprender a controlar sus aptitudes, y lo veo en el rostro de cada niño con el que hablo. Así que sabía exactamente por qué Cole no te lo dijo ni a ti ni a tus padres. Yo vivía con el temor de ser descubierta, y él sentía lo mismo. Primero con su familia, y luego con la Liga.

—¿Nadie en la Liga tenía ni idea? —preguntó Liam con incredulidad.

—Solo lo sabían tres personas: Alban, Cate, yo. Nadie más.

Soltó un suspiro áspero y sacudió la cabeza.

—Me gustaría que esto se me diera mejor, poder explicarme mejor —dije—. Simplemente, seguí pensando en cómo mantener mi propio secreto durante tanto tiempo. Seis años. Y entonces, en cuestión de segundos, tuve que mostrarte todo lo que yo era para alejarnos de esa mujer. De alguna manera fue la decisión más difícil y al mismo tiempo más fácil que he tomado nunca, porque significaba que vosotros estaríais a salvo, pero también significaba que esto terminaría y no quería perderos a los tres si lo sabíais.

—Tú... en el bosque, después de que el rastreador tratara de cogerte —dijo evocando sus recuerdos—, cuando pensaste que íbamos a dejarte atrás.

—Sí —admití. Y luego, con un fuerte dolor en el pecho, añadí—: Pero tú me hablaste, me dijiste que todos me queríais. No puedes saber lo que se siente después..., después de estar sola en el interior de tu cabeza durante tanto tiempo. Me cambió la vida. Y sé que suena estúpido, pero creo que una parte de mí se sentía como si yo pudiera ser eso mismo para él. Podía hacer que no se sintiera tan avergonzado de ser lo que era, que se sintiera cómodo siendo uno de nosotros para no estar tan solo. No me parecía bien, ¿sabes? Él todavía está atrapado en este espacio incierto. No ser uno de nosotros, pero tampoco un adulto.

—Eso lo decidió él —dijo Liam—. Podía habérmelo dicho.

—¿Viste cómo reaccionaron la mitad de los niños cuando ocurrió lo del campamento Rojo? ¿Olivia? ¿Brett? Él no pensó: «¡Oh!, pero he demostrado que las historias eran erróneas». Pensó: «Me odian, me tendrán miedo, nunca serán capaces de mirarme a los ojos de nuevo».

Liam se miró las manos.

—¿Todavía sigues pensando esas cosas?

—Vienen y se van —dije en voz baja—. A veces. Cuando estoy contigo, me siento como si fuera... Como un rayo de luz del sol, ¿sabes? Mandas lejos las cosas malas. Con Cole, él entendió la oscuridad que nunca podré sacudirme de encima. Yo solía pensar que él era el tipo de persona que no tiene miedo de nada, pero tiene miedo de su propia sombra, Liam. Hasta esta noche no creo haber entendido el miedo que tenía él de que tú lo vieras tal como es.

—Pero eso es tan injusto —dijo Liam, con la voz tensa tras una segunda oleada de ira—. Sé que no está bien, pero lo odio por pensar que yo y mamá y Harry, que alguno de estos niños que básicamente adoran el suelo que pisa, lo amaríamos menos. Me gustaría que hubiera confiado en nosotros. Podríamos haberlo ayudado. Nada ha cambiado para mí.

—¿Nada?

—Nada —repitió con vehemencia—. Solo que ahora sé que él no incendiaba mis juguetes con cerillas porque era un imbécil. Supongo que eso ya es algo.

—No podía controlarlo —le dije—. Y aún sigue luchando contra eso.

Liam no parecía muy convencido.

—Después de su pequeña demostración, nunca se sabe.

—No puede —insistí—. Depende de la situación.

«Como cuando él está aterrorizado porque cree que te han herido o que estás muerto».

—Pero si tú has podido aprender a controlarlo, él también puede, ¿verdad?

—Aprender a controlarte no significa que la gente confíe en ti para tomar buenas decisiones, ¿verdad? —dije. Sentí que la voz se me quebraba a mitad de la frase y, de inmediato, me arrepentí de haber sacado el tema.

—¿Qué estás...? Ah..., tú... —Liam unió bruscamente las cejas. Vi cómo remitía la ira, sustituida por una sorda conmoción—. ¿Encontraste... mi nota? Ruby, ¿por qué no dijiste nada?

—¿Qué podía decir? Hacías bien en no confiar en mí. Mira a lo que te ha llevado confiar en mí.

—¡No! Maldita sea, yo nunca debería haber escrito aquella estupidez, pero estaba tan seguro de que haría que me fuera... De que iba a convencerte de que yo tenía que irme.

Me aparté, sin querer oír la explicación, no cuando todavía sentía el dolor tan fresco como aquella noche. Pero no dejó que me marchara. Liam se volvió

hacia mí, y por primera vez en lo que parecían años, me tocó, me cogió por el hombro. En el momento en que flexionó la mano, hizo una mueca.

—¡Ay, joder...!

—Déjame ver.

Con cuidado, le cogí la mano entre las mías y la examiné. El roce de su mano fue suficiente para que me volviera el pulso, para encender la chispa de una carga bajo mi piel otra vez. Me recorrió con la mirada. Lo sentí como un segundo roce, dulce, y me pregunté si él también lo había echado de menos, si al mirarme ahora había sentido el calor en su interior. La necesidad.

Se había rasgado la piel de los nudillos cuando había golpeado la pared, pero la hemorragia había cesado y habían comenzado la hinchazón y los moratones. Comprobé los delicados huesos cuidadosamente, dejando que la trenza me cayera suelta por encima del hombro. Extendió la otra mano, tomó entre los dedos y la recorrió de principio a fin. Me quedé sin aliento cuando me rozó la clavícula. Cerré los ojos. Sentí que el calor que nos rodeaba aumentaba mientras se inclinaba hacia mí y me pasaba los dedos por la piel expuesta. No merecía aquella ternura, pero había pasado mucho tiempo, y yo lo deseaba demasiado como para preocuparme.

Me acerqué su mano a la boca y apoyé los labios en los nudillos heridos. Cerró los ojos y se estremeció.

—No hay nada roto —susurré contra su piel—. Solo son contusiones.

—¿Qué hay de nosotros?

La pregunta me llenó de esperanza y de miedo a partes iguales.

—No puedo olvidar. Y tú, ¿puedes?

—¿Importa, de todos modos? —preguntó—. No quiero olvidar. Hay mucho detrás de nosotros, es verdad, pero ¿qué importa si vamos a seguir el mismo camino? Los últimos días han sido un infierno. Veo tu cara y es como... Desearía... Ojalá nunca hubiera escrito esa nota estúpida. Ojalá te hubiera hablado de Alice. Solo quería sentirme algo más que inútil. Quería que vieras algo bueno en mí.

—Liam... —empecé a decir, con la respiración entrecortada—. Nunca he

visto nada más. Y deseo con toda mi alma tener una vida real. Ser alguien que pueda ir a casa y estar con su familia de nuevo. Pensé que podría curarme y ser el tipo de persona que se merece a alguien como tú. Alguien que merece a Zu, a Chubs, a Vida, a Jude, a Nico, a Cate... Pensé que podía arreglarlo yo misma con la cura. Eso es todo lo que siempre he querido. Pero ahora solo quiero ser buena conmigo misma. No quiero que nadie me implante nada en la cabeza, ni que cambie lo que soy. Cuando todo esto haya terminado, sin importar el tiempo que haga falta, no tendré que volver a usar mis aptitudes. Pero por ahora tengo que hacerlo y tengo que confiar en mí misma para hacer lo correcto por todos. Dime qué tengo que hacer para ganarme el derecho a tenerte en mi vida y lo haré..., haré lo que sea...

Liam me pasó la mano por el pelo y me acarició la mejilla. Un alivio, puro y hermoso, floreció en mí cuando su boca rozó la mía. Cuando se retiró, estudió mi reacción cuidadosamente. Me ofreció una pequeña sonrisa y me besó de nuevo, y cayeron mis últimas defensas, demolidas. Le di un beso intenso, tratando de dejarle sin aliento.

Se echó hacia atrás, con el rostro enrojecido, los ojos brillantes. Sabía que la expresión de su rostro reflejaba la mía. Me temblaba todo el cuerpo, ansiaba continuar, perseguir el amor feroz que sentía por él. Evitando cuidadosamente usar la mano herida, Liam se apoyó en las rodillas y comenzó a levantarse del suelo, para después ayudarme a mí a hacer lo mismo. De repente, se sorprendió al captar algo con el rabillo del ojo.

—¿Qué es eso? —preguntó, dando un paso hacia la imagen impresa clavada en la pared.

—Es Thurmond —le dije—. Harry se trabajó a algún contacto en el Gobierno para obtener la imagen.

Liam se volvió hacia mí lentamente.

—¿Eso es... todo Thurmond?

Me acerqué y me apoyé en su hombro.

—Torre de control, enfermería, comedor, fábrica... Lo etiqueté todo, ¿ves?

Él asintió en silencio.

—¿Dónde vivías?

Me separé de su lado y me acerqué hasta señalar una de las docenas de diminutas estructuras marrones que rodeaban la imponente torre de ladrillo.

—Cabaña veintisiete, aquí mismo.

—Ruby, esto es..., todas las veces que me hablaste del campamento... Sabía que era grande, pero no me gusta... esto.

Negó con la cabeza, murmurando algo que no pude oír bien. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, parecía herido.

—¿Lo ves ahora? —le pregunté—. Si llegamos a Thurmond, tiene que ser un asalto. Se necesitarían cientos de civiles para dominar a las FEP, y eso solo si pueden conseguir cruzar la puerta. Pero me gusta lo que tratáis de hacer, creo que tenemos que combinar los planes. Concentrar la atención de los medios en Thurmond y publicar la información en relación con el ataque. Podemos utilizarlo como una oportunidad para establecer un punto de encuentro para que los padres recojan a sus hijos una vez que los hayamos liberado.

—Pero primero tiene que ir alguien e instalar un programa para desactivar el sistema de seguridad —dijo—. Es exactamente lo que yo pensaba. Tú quieres ir.

—Tengo que ir —le dije.

—No, no —dijo bruscamente—. ¡Ni por un segundo te imagines que lo voy a permitir! Prométeme que cuando regrese nos sentaremos y también hablaremos de esa parte del plan. Ruby, por favor.

Parecía tan desolado por la simple idea que accedí. Hablaríamos, pero no iba a cambiar nada. Tenía que ser de esa manera.

Me apretó la mano.

—Soy un idiota... Realmente he pensado que él metía a Harry en esto solo para llegar a mí. Pero es porque en realidad Harry sería capaz de manejar este tipo de operación.

—Él quiere formar parte —le dije.

—¿Quién..., Harry? ¿Has hablado con Harry?

—Solo durante unos segundos —le dije—. Me dijo que encontraron a Cate y a los otros y que los sacaron de su prisión.

Liam soltó una leve risa.

—Por supuesto. Harry, el héroe de acción. Deberías conocer al Harry fan de los deportes, al Harry master chef y al Harry mecánico. El chico no hace nada a medias.

Me apoyé en su hombro de nuevo, tratando de bloquear el recuerdo que había visto en la mente de Cole por algo más fácil de digerir.

—¿Cómo se encontraron tu madre y él? Nunca pensé en preguntar...

—Oh, Dios, eso fue casi repulsivamente romántico —dijo Liam—. Bueno, cuando mamá por fin se fue... Cuando dejó su vieja vida y nos llevó con ella, nos fuimos de noche, solo para poner bastante tierra de por medio. El coche se averió en Carolina del Norte. Harry regresaba de su último período de servicio en el extranjero y la vio gritándole al viejo Toyota, golpeando el capó. Se detuvo y se ofreció a echar un vistazo, y cuando estuvo claro que necesitaba recambios nuevos, nos llevó a casa de su madre, que echó un vistazo a mi madre y de inmediato la adoptó en todos los sentidos menos en el legal. Y nos quedamos con ellos una semana. Estoy bastante seguro de que fue la reparación más lenta de toda la vida de Harry. Volvía a casa para abrir un taller mecánico. Eso no lo había mencionado, ¿verdad? Así que estaba decidido a que ella fuera su primera clienta y a hacerlo de forma gratuita, como un amuleto de buena suerte para el negocio. El muy pillo fingió que se retrasaban en entregarle una pieza de recambio solo para prolongar la visita un poco más. Le dio tiempo a mamá de encontrar un trabajo y un lugar pequeño y dulce para que viviéramos. No empezaron a salir hasta tres años después. Ella simplemente... no estaba preparada para seguir adelante con esa parte de su vida hasta entonces. Y después de eso simplemente era ridículo.

—Vaya —le dije—. Hubo suerte. Si hubiera ido por otra carretera, o si él hubiera pasado por allí una hora antes o después...

—Bueno... —dijo Liam, ladeando un poco la cabeza—. A nosotros nos ha pasado un poco lo mismo..., ¿verdad? Tal vez nunca te lo he dicho, pero fue pura suerte que estuviéramos en Virginia Occidental el día en que te encontramos. Yo hice todo lo posible por evitar tener que conducir por aquella carretera.

—¿Por tu padre? —aventuré.

—Ah. ¿Así que Cole te contó lo básico? —preguntó. Luego esperó a que yo asintiera, antes de continuar—. Es como si todo el estado tuviera una nube oscura que lo cubriera por completo. Tengo suerte de no recordar la vida antes de Harry, porque por lo poco que me han dicho mamá y Cole, en realidad fue un infierno. Sabía lo suficiente para ser un niño, quiero decir un niño pequeño, me refiero a que tenía miedo de la situación y del hombre que vivía allí. Así es como mi madre se refiere todavía a esa parte de nuestras vidas. En Virginia Occidental esto, o en la casa de Virginia Occidental aquello, ese tipo de cosas. Una vez Cole me dijo que si yo era malo vendría el hombre y se me llevaría. —Hizo una mueca—. Sé que el hombre sigue ahí y que está vivo. Yo tenía ese miedo, y sé que es irracional porque Chubs me lo ha dicho un millón de veces. Hasta cumplir los dieciocho, tuve miedo de que si volvía a ese lugar, él me encontraría y me obligaría a quedarme.

—¿Por qué estabas allí, entonces? —le pregunté. Liam era un navegante lo suficientemente experto como para llevarlos por todo el estado.

—Por culpa de aquella rastreadora, Lady Jane, que nos persiguió hasta encontrarnos. Solo quería librarme de ella. Y entonces yo iba conduciendo, y vi el nombre de nuestro viejo pueblo, y fue como... cerrar un círculo que no sabía que habíamos dejado abierto. Como aquella vez conseguí marcharme de allí, sabía que podía luchar contra él y ganar si tenía que hacerlo y mamá y Cole estaban a salvo. Al pasar por allí, fue como si recuperara de nuevo el poco control que él aún tenía sobre mi vida. Pero tenía que volver para saberlo. Y no sé si habría creído que podría ser de esa manera si no hubiera estado en aquel coche con todos vosotros.

Notó que me temblaba la mano y me la apoyó en su pecho, donde pude sentir su corazón desbocado contra las costillas.

—Lo que estoy tratando de decir es que, aunque parece mala, creo que, en el fondo, la vida es buena. No nos da nada que sepa que no podemos manejar y, aunque tarde, todo vuelve a estar en su sitio de nuevo. Quiero que esto termine para ti, lo deseo más que nada. Quiero ir a Thurmond y liberar a esos pobres chicos para que puedan cerrar su propio círculo. Y si esto nos explota en la cara, entonces quiero que sepas que te amo y que nada va a cambiar eso.

—Yo también te amo.

Me sonrojé ante su sonrisa, sorprendiéndome de lo bien que me sentía al

pronunciar esas palabras: «Te amo. Te amo. Te amo».

—¿Sí? —dijo—. ¿El encanto del viejo Stewart te ha subyugado por fin?

Me reí.

—Supongo que sí. Aunque tu trabajo te ha costado.

—No estoy tan seguro.

La puerta se abrió de nuevo y me aparté de él, estirando el cuello para ver entrar a Nico, que se sobresaltó al encontrarnos allí.

—Oh..., yo..., vosotros...

—Oye —le dije.

—Yo... olvidé que tenía algo. Que tenía que hacer algo aquí, quiero decir —dijo Nico, balanceándose sobre los talones—. Pero si estáis vosotros yo me voy a... a averiguar qué era...

—No —dijo Liam, mirándome—. Creo que ya hemos terminado aquí...

—Todo para ti —le confirmé—. Pero trata de dormir un poco, ¿de acuerdo?

Nico asintió distraídamente. De camino hacia la puerta me demoré un momento. Vi que se sentaba ante el ordenador, cuya luz lo tiñó de un resplandor azulado.

Liam me tiró de la mano hacia el otro pasillo, en dirección a las escaleras y las habitaciones con literas. Me volví y tiré de él en dirección opuesta, hacia la zona alta y el cuarto vacío de Cate. La pequeña sonrisa en su rostro me hizo sentir un poco turbada, pero era un aturdimiento bueno, al fin y al cabo. Empezó a acariciarme la espalda con suavidad, provocando una sensación totalmente diferente en el estómago.

Me puse de puntillas y le tomé la cara entre las manos. Por el rabillo del ojo vi una figura oscura que salía de una habitación, cerca de la pequeña sala de curas que se había establecido. Liam se volvió cuando la puerta chirrió al cerrarse, y la persona que salía, Chubs, miró hacia arriba y luego hacia abajo. A continuación lo hizo una vez más, hasta que su cerebro procesó la escena.

—Oh, ahí estás —dijo Liam, sin reparar en que a Chubs se le habían dilatado las aletas de la nariz y había abierto unos ojos como platos detrás de las gafas—. Nos preguntábamos dónde te habrías metido.

—Solo estaba montando algunos estantes para..., para los suministros y los libros en la sala médica —respondió Chubs, mirando la puerta y a nosotros alternativamente, y buscando por encima del hombro, de forma literal, una vía de escape.

—¿Los has montado todos? —le pregunté, notando por primera vez que se había abotonado mal la camisa.

Comencé a caminar hacia la puerta, tratando de no reírme cuando Chubs se puso pálido como un muerto.

—Estaremos encantados de ayudarte.

Liam finalmente lo entendió todo y, arqueó despacio una ceja hasta que casi se le salió de la frente...

—No, no, quiero decir, he perdido un tornillo y he tenido que parar... ¿Adónde ibais? Voy con vosotros...

—¿Estás bien? —preguntó Liam—. Pareces un poco nervioso.

—Bien, perfectamente. —Chubs se subió las gafas que Vida le había hecho hasta el puente de la nariz y luego se miró la camisa. Sin previo aviso, me cogió del brazo y empezó a tirar de mí por el pasillo—. ¿Cómo estáis? ¿Estáis bien, chicos? No escatiméis en detalles. Nosotros...

La puerta se abrió de nuevo detrás de nosotros. Chubs se encogió contra la pared cuando Vida salió estirando los hombros hacia atrás, con el pelo morado completamente revuelto y los labios hinchados, lo cual le daba una expresión de satisfacción presumida. Liam retrocedió y dejó que pasara por su lado.

Vida no dijo una palabra. Simplemente, cuando pasó por su lado, dejó caer la chaqueta de Chubs en la cabeza de este, donde se quedó colgada. Y Chubs esperó hasta que el sonido de sus botas contra los azulejos del suelo se hubo desvanecido antes de dejarse caer al suelo. Se tapó la cara con la chaqueta, como si tratara de asfixiarse a sí mismo.

—Oh, Dios —gimió—. Va a matarme. Realmente va a matarme.

—Espera... —empezó a decir Liam, sin molestarse en ocultar la sonrisa de su rostro. Le puse una mano en el hombro, temiendo que empezara a dar saltos de alegría—. ¿Vosotros estáis...?

Chubs finalmente se quitó la chaqueta de la cara. Y, después de una respiración profunda, asintió.

«Bien», pensé, sorprendida por mi falta de sorpresa. «Bien, bien, bien...».

—Guau... Quiero decir, ¡guau! Creo que el cerebro se me va a empezar a salir por las orejas —dijo Liam, presionándose la frente con las palmas de las manos—. Estoy muy orgulloso de ti, Chubsie, pero también estoy confundido, pero estoy orgulloso, pero creo que necesito acostarme...

—¿Cuánto tiempo hace? —le pregunté—. ¿Tú...? ¿No habréis...?

Una mirada avergonzada me confirmó todo lo que necesitaba saber. Ya había pasado antes. Estaba claro. Liam se atragantó un poco.

—¿Qué? —exigió Chubs—. Es una... es una respuesta humana perfectamente normal ante los factores de estrés. Y es invierno, ya sabes, y cuando estás durmiendo en un coche o en una tienda de campaña a bajo cero... En realidad, ¿sabes qué? No es asunto vuestro.

—Sí lo es si estás siendo estúpido al respecto —dijo Liam.

—Disculpa, pero conozco los métodos anticonceptivos desde que estaba en...

—No te hablo de eso —dijo Liam rápidamente, levantando las manos—. No me refería a eso, pero, oye, bueno es saberlo.

Me agaché delante de Chubs y le puse una mano en el brazo.

—Creo que lo que trata de decirte es que si esto no sale bien, o uno de vosotros resulta herido, sería difícil de aceptar.

—Oh, ¿te refieres a si me borra la memoria, obligándome a mantener solo un breve recuerdo de lo que era por si acaso vuelve a hacerlo?

En el momento en que ese pensamiento salió de su boca, me di cuenta de que Chubs hubiera preferido que se quedara en su mente. Eso por sí solo alivió la picadura.

—Eh... —advirtió Liam.

—No, es justo —le dije—. Sé que puedes manejar la situación, pero Vi ha sido... bueno, durante toda su vida la gente la ha puesto siempre contra las cuerdas. Tendrás cuidado de no romperle el corazón, ¿verdad?

—No hay corazones participando de este acuerdo —me aseguró, cosa que no era realmente reconfortante, y mucho menos creíble de ninguna de las maneras—. Es... resistencia.

—Está bien —le dije.

—Y ella no necesita a nadie para protegerla ni para que le saque las castañas del fuego, ¿sabes? —añadió, mirándonos a los dos. Pero su fiereza se desinfló un poco—. Dios, me matará por soplaros esto. Ni siquiera hace una semana que estamos aquí... No se lo diréis a nadie, ¿verdad?

—Vida es la clase de persona a la que le importa el culo de una rata lo que piensen los demás —señaló Liam—. Una cualidad que admiro mucho en ella.

—¿Estás diciendo que ella te pidió que mantuvieras esto en secreto porque se sentía incómoda? —le pregunté—. ¿Se avergüenza de estar contigo?

—No lo dice abiertamente, pero es obvio, ¿no?

—Tal vez por ahora solo quiera mantenerlo entre vosotros dos porque es algo muy reciente —añadí—. O porque realmente no es asunto de nadie más, ni siquiera nuestro.

—Eres un gran partido, amigo —terminó Liam—. No es por ti. Y de todos modos ella no puede estar tan loca como para pensar que solo lo sabemos nosotros dos y que no se lo diremos a nadie más. Tal vez una versión apta para Zu. Pero, hombre, confía un poco en ti mismo. Obviamente tienes algo que le gusta, si se mete en la cama contigo.

—Liam Michael Stewart, poeta y artista de la palabra —dijo Chubs, sacudiendo la cabeza mientras se levantaba del suelo.

Lo observé mientras se quedaba en silencio, retorciéndose las manos, tratando de entender nuestra línea de lógica. La sombra que pasó por su expresión hizo que me preguntara qué estaba pensando, o recordando. Al final, negó con la cabeza.

—No soy... Quiero decir, no tengo delirios de grandeza sobre estas cosas. Sé quién soy yo y quién es ella, y sé que es como poner una manzana al lado de una cebolla. Pero sea como sea, tenemos un acuerdo.

Liam le dio en el hombro un apretón tranquilizador.

—De todos modos, buenas noches —dijo Chubs—. No os quedéis hasta muy tarde. Os vais mañana por la mañana, no os olvidéis.

Liam esperó a que Chubs desapareciera por la esquina antes de centrarse en mí, y ni siquiera trató de ocultar su sonrisa.

—¿Quieres ir a montar algunos estantes conmigo?

Le tendí la mano para que me la cogiera y lo llevé de vuelta hacia la puerta correcta. Era casi doloroso, pensé, tener un corazón tan henchido de gratitud pura, de felicidad no contaminada. Yo quería vivir siempre con aquella sensación en mi interior.

Por lo menos aquello, aquella única elección, no la había tomado movida por la presión, el miedo o incluso la desesperación. Era algo que quería. Estar tan cerca de él como pudiera, sin que nada se interpusiera entre nosotros. Quería enseñarle las cosas que no conseguía mostrarle con mis torpes palabras.

Ninguno de los dos se reía ahora. En el momento en que me atrajo hacia él, serpenteó algo dentro de mí, algo que hizo que mi corazón se sintiera ingrátido por la expectación. Su mirada era oscura, repentinamente seria, y revelaba una pregunta esencial. Extendí la mano y le aparté un mechón de pelo rebelde de la frente antes de ladear el rostro y rozarle suavemente los labios con los míos. Aquella era mi propia pregunta. Liam dejó escapar un suspiro suave y dulce, y asintió. Yo lo empujé dentro de la habitación y logré alejarme lo suficiente como para cerrar la puerta detrás de nosotros y respirar hondo.

Liam se sentó en el borde de la cama. Su figura reluciente se recortaba contra la oscuridad. Me tendió una mano y me susurró:

—Ven aquí.

Me tambaleé un poco mientras me dejaba acoger entre sus brazos, contemplando cómo se iba formando lentamente una sonrisa en sus labios. Le aparté el pelo de la cara, sabiendo que había estado esperándome. Todo este tiempo, desde el momento en que nos conocimos, había estado esperando a que me diera cuenta de que él me había conocido desde siempre y que ni una sola vez había querido que yo cambiase.

—La que eras entonces, la que eres ahora, la que serás —comenzó en voz baja, como si me leyera el pensamiento—. Te amo. Con todo mi corazón. En toda mi vida, por larga que la suerte permita que sea, no habrá nada que cambie eso.

Su voz sonaba ronca, embargada por el mismo sentimiento abrasador que corría por mi interior. El alivio, la certeza, la gratitud inmensa que sentí por el hecho de que el destino me concediera a Liam, me quemaba en los ojos y me dejó una vez más incapaz de hablar. Así que lo besé y se lo repetí una y otra vez, entre suspiros, mientras se movía encima de mí, dentro de mí, hasta que no quedó nada en el mundo más allá de nosotros y la promesa de que siempre sería así.

CAPÍTULO VEINTE

A la mañana siguiente me despertó con un beso, y luego otro, hasta que la calidez y la niebla perezosa se disiparon y me vi obligada a volver a la realidad. Liam se apartó a regañadientes y cogió su ropa del suelo para empezar a vestirse. Lo miré por un momento, sorprendida por lo tranquila y en paz que me sentía..., como si saber que me amaba incondicional y plenamente hubiera puesto cada cosa en su sitio en mi interior. Él me centraba por completo, había algo maravillosamente simple y directo en lo que sentía por él. Incluso algo como aquello, algo tan importante, me había resultado sencillo.

Al final, al ver su expresión divertida cuando se volvió para mirarme, me obligué a levantarme también. No podía postergar por más tiempo el hecho de que él se iba, pero eso no significaba que no lo intentara mientras le daba un último y largo beso en la puerta.

Aquella mañana Liam y yo fuimos los primeros en llegar a la entrada del túnel, incluso después de que nos desviáramos para coger comida de la cocina y ducharnos. Él acababa de volver abajo para despedirse de Chubs y de los demás cuando Cole apareció a mi izquierda, después de salir del antiguo despacho de Alban. Justo antes de cerrar la puerta, él la detuvo con el pie y la sujetó abierta, mientras miraba al interior de la habitación. Todo su cuerpo parecía molido de puro agotamiento y lucía un nuevo corte en la mejilla izquierda.

Le toqué la marca de la cara.

—¿Qué te ha pasado aquí?

—Ay —dijo Cole, mientras entornaba los ojos y soltaba una risita—. En un movimiento sacado del cuaderno de estrategias de Lee, me he dado la vuelta en la cama esta mañana y me he golpeado contra la cómoda. Ya luchando de buena mañana.

—¿Pero has dormido algo? —le pregunté.

Se volvió hacia mí, y la respuesta fue bastante clara. Yo sabía que tenía que suceder, que no podía pasar mucho más tiempo sin decirle la verdad a su hermano, pero después de haber mantenido yo misma el secreto, todavía me sentía

más culpable por haberlo puesto anoche en esa posición.

—¿Todo... bien? —insistí.

—Todo bien —dijo—. Me siento mejor de lo que me esperaba, para ser sincero. Liam no es la mejor prueba de fuego. Ese chico le haría caso hasta a un perro tuerto, cojo y despellejado con tal de que moviera el rabo en su dirección. Tenía que hacer mi truquito para él al menos cinco veces antes de que se creyera que no escondía un encendedor en la mano.

Cole se echó al hombro una bolsa de lona negra, cuyo contenido sonaba algo siniestro.

—¿Llevas suficientes armas ahí dentro?

—Por pura precaución —dijo con un guiño.

—Será mejor así. Es un ejercicio de vigilancia, no un asalto, ¿recuerdas?

—Oh, Joyita, no te preocupes —dijo Cole, mientras levantaba la mano libre y me alisaba el pelo de la nuca—. Te lo devolveré esta noche sano y salvo.

Le di un empujón, entornando los ojos.

—Lo digo en serio. Por favor... Solo ten cuidado.

—Tú también —dijo—. Siento dejarte otra vez a cargo del Principito. Si hace de las tuyas, no temas mandarlo a la cama sin cenar. Y comprueba dos veces que los equipos que van a las instalaciones de tratamiento de agua tengan todo lo que necesitan antes de que salgan.

—Lo haré.

—Harry dijo que trataría de contactar esta noche alrededor de las ocho. Si no hemos llegado para entonces, ¿puedes pedirle que reserve otros dos kilos de C4? Dile que he tratado de alquilar autobuses para llevar a todos de vuelta al este y ha sido imposible.

—Lo haré —le dije, ya ansiosa por que Harry llegara a finales de semana, porque eso significaría ver a Cate por fin—. ¿Nico te dio el teléfono?

Alice no podía soportar separarse de su sofisticada cámara, ni siquiera para esto, y no había tiempo de conseguir otra. Nico había programado un teléfono móvil para cargar automáticamente las fotografías que sacaran del edificio y enviárnoslas a nosotros.

Cole miró su reloj y luego echó un vistazo por encima de mi cabeza hacia el pasillo, por donde empezaban a llegar los demás.

—Se toman su tiempo esta mañana, ¿no?

—O alguien está demasiado impaciente por ponerse en marcha — señalé.

—Solo estoy preparado — dijo—. ¿Podríamos subir el ritmo un poco, solete? Pareces un gato sobre su panza.

—Estoy mejor que tú, que parece que vengas del más allá.

Cole se rio entre dientes.

—Ahí me has pillado.

Agarré a Liam por el brazo cuando pasó por mi lado de camino a la puerta del túnel y lo besé en la mejilla.

—Nos vemos esta noche.

Se adentró en el túnel y se echó a los hombros la mochila que Cole le había dejado allí. Cuando me di la vuelta para decirle adiós al otro Stewart, se detuvo, volvió la mejilla hacia mí y se quedó esperando. Le di un golpecito con la punta del dedo, haciéndolo reír de nuevo.

—Eres imposible —le informé.

—Todo esto es parte de mi encanto —dijo, recolocándose la mochila en el hombro—. Cuida de las cosas, jefa.

—Cuida de él —le dije, deliberadamente.

Hizo un último gesto, saludándome con aire burlón, antes de cerrar la puerta del túnel. Esperé hasta que el sonido de sus pasos y el de los demás se hubo apagado por completo antes de bloquear la puerta tras él.

Por un momento, tuve la tentación de volverme a la cama a dormir; simplemente, darme una ducha y dormir durante unas cuantas horas más me parecía un plan de lo más atractivo. Me parecía que ya llevaba despierta un día entero y eso que solo acababa de empezar.

Alrededor de las dos de la tarde, me di cuenta de que me seguían.

No me dijo nada, y se quedó bien lejos, pero Lillian Gray estaba allí, observándome desde una distancia segura. La forma en que me escrutaba siempre con la mirada me ponía la carne de gallina.

La doctora Gray estaba allí, contemplando el entrenamiento a través de las ventanas del gimnasio; acechando junto a la sala de informática; saliendo de la cocina justo cuando yo estaba entrando. Tardé dos horas en darme cuenta de que era probable que estuviera intentando reunir el valor suficiente para preguntarme algo. Y entonces Alice me llevó a un lado, después de acosar a la mujer en una breve entrevista, y me dijo a quemarropa:

—Quiere ver a su hijo. —Y al ver mi expresión, Alice añadió—: Mira, no tengo hijos, así que no puedo decirte exactamente cómo es posible que el cerebro de una mujer se reconecte y ame incondicionalmente al mismo ser despreciable que le fundió el cerebro, pero tengo la sensación de que será mucho más amable con nosotros si se sale con la suya.

—¿Te ha dado algo que se pudiera utilizar realmente? —le pregunté mientras caminábamos de vuelta a la sala grande.

—Es la esposa de un político —dijo Alice con pesar—. Ha hablado durante dos horas y no ha dicho nada útil. Por cierto, ¿no te apetecerá sentarte a charlar conmigo, verdad?

—¿Ni siquiera una palabra sobre el presidente? —le pregunté, llevando el tema de nuevo a la cuestión que nos concernía.

Eso era lo que más me preocupaba acerca del trato: la doctora Gray había llegado a un acuerdo con Alban para ayudar a Clancy, y lo había hecho a espaldas de su marido. Por lo que sabíamos, no habían estado en contacto desde hacía años, pero no teníamos ni idea de lo que realmente sentía hacia aquel hombre. Cuando apareció su nombre, ella se cerró en banda.

—Creo que hablará y me dirá, como quien entrega la pistola aún humeante,

cuánto tiempo hace exactamente que el presidente sabe lo del Agente Ambrosía, pero no lo hará gratis. ¿Hay alguna manera de...?

—No —le dije, con firmeza—. No es una buena idea.

Clancy se había comportado razonablemente bien hasta ese momento. Y yo no quería tentar al destino, ni siquiera dándole a entender que su madre estaba cerca.

—Liam diría que sí.

—Lo bueno es que no está aquí.

La mirada de irritación de Alice se transformó en una expresión risueña.

—Tú eres la jefa, señora. Ya se me ocurrirá otra manera de hacerla hablar antes de salir esta noche.

—¿Está todo listo para el viaje?

—Debería estarlo. Nuestra planta de tratamiento de agua no está demasiado lejos, de lo contrario nos hubiéramos ido temprano esta mañana, como los demás.

No tenía ni idea de si Alice le había dicho a la otra mujer que yo era el obstáculo, pero una hora más tarde la doctora Gray me encontró en la cocina, preparando a regañadientes la comida de Clancy. Una mirada a la despensa cada vez más vacía había hecho que me olvidara de Lillian Gray hasta que, como un frío no deseado, entró en la cocina y cerró la puerta tras de sí.

—Si me ha estado siguiendo con la esperanza de que tenga un desliz y le revele dónde está, se va a llevar una decepción. Y además —añadí—, usted está retrasando su comida.

Apretó la boca en una línea tan fina que, por un momento, pareció no tener sangre en los labios. Todo en aquella familia era frío y distante, ¿no? Tanto con aquella mujer como con su hijo tenía la impresión de estar caminando constantemente de puntillas, tratando de mantener el equilibrio.

—Tiene una leve alergia a los cacahuets —dijo, haciendo un gesto hacia el recipiente abierto de mantequilla de cacahuete que yo había vaciado—. Y no le gustan las manzanas Granny Smith.

En lugar de conmovirme por su demostración de preocupación maternal, sentí que me nacía en el rostro una expresión de exasperación total.

De hecho, me mordí la lengua para no decir que era muy afortunado por el simple hecho de poder comer.

—Entonces, supongo que la señorita Wells te ha hablado de mi petición.

«La señorita Wells... Ah. Alice». Corté el sándwich por la mitad y me alejé para dejar el cuchillo en el fregadero. Ella todavía estaba allí, mirándome con expectación, cuando volví.

—Sí, lo hizo. Me sorprende que se lo haya pedido.

—¿Por qué?

—¿Realmente tengo que recordarle lo que pasó la última vez que lo vio? —le pregunté—. Tiene suerte de que se alejara de su vida.

Por fin, se abrió una grieta.

—Clancy nunca me mataría. No es capaz de hacerlo. Me doy cuenta de lo profundamente alterado que está, pero es porque nunca recibió la ayuda emocional que necesitaba después de dejar aquel campo.

—Muchos de nosotros estuvimos en esos campos —le dije—. No todos resultamos ser como él.

La doctora Gray me sostuvo la mirada un segundo demasiado largo como para sentirse cómoda.

—¿De verdad?

Me erguí cuan alta era, ignorando la familiar punzada de culpa.

—Sí —le dije con frialdad.

«No me cree. En absoluto».

—Tienes que saber que siempre he estado en desacuerdo con el programa de los campos de rehabilitación, incluso antes de que se convirtiera en lo que es hoy

—dijo la doctora Gray—. Nunca me ha gustado la política exterior de mi marido, ni puedo comprender la acción extrema que realizó en California. Pero si él accediera a facilitarme la instalación y los materiales que necesito para realizar el procedimiento en mi hijo, ni siquiera me lo pensaría. Volvería con él en un santiamén. Me gustaría hacer eso por Clancy.

Casi sentí lástima por ella. La pura verdad era que los campos no nos habían afectado de la misma manera a todos. Si uno pasaba el tiempo allí sintiéndose pequeño y aterrorizado, una vez que salía de la cerca eléctrica no se levantaba un buen día y reanudaba su antigua vida, olvidando la desesperación con la que había tratado de hacerse invisible. Y si uno pasaba el tiempo allí cociéndose a fuego lento en su propia ira e impotencia, se llevaba la rabia consigo a su nueva vida.

Me resultaba inquietante la claridad con que podía ver ahora el propósito de Clancy. Su madre realmente no tenía ni idea de lo que habían hecho con él en Thurmond. ¿Cómo era posible que alguien que había participado o al menos había visto la investigación llevada a cabo con los niños Psi no tuviera ni idea de la clase de dolor y de humillación a la que los habían sometido?

—Se da cuenta de que sometiéndolo al procedimiento no lo va a curar, ¿no? —le pregunté—. No de la manera en que realmente le importa a usted.

—Él no podrá influir en nadie —insistió—. Volverá a ser él mismo.

La idea era demasiado ridícula para reírse de ella siquiera.

—Quitarle su capacidad no le quitará su deseo de tratar de controlar a los demás —le dije. Y estaba completamente segura que no lo curaría de ser un imbécil—. Solo va a hacer que se enfade aún más de lo que está.

«Y que la odie mucho más».

—Yo sé lo que es mejor para él —dijo—. Necesita el tratamiento, Ruby, y, más que eso, necesita a su familia. Solo quiero asegurarme de que está bien. No me basta con saber que está aquí, necesito verlo. Por favor. Solo por un momento. Anoche te di todo lo que querías, ¿no? ¿No es una muestra de buena fe?

En eso tenía que darle la razón. Hasta el momento nos había creído y nos había dado mucho más de lo que yo esperaba. Alban, la única persona de la Liga de los Niños que había conocido y que le inspiraba confianza, no estaba allí para decirle que podía depositar su fe en nosotros.

La voz de Nico flotó en algún rincón de mi mente. «Ellos rompieron algo en el interior de Clancy». Algo fundamental. Tal vez ella tenía que verlo para entenderlo.

—Si la llevo a verlo —comencé—, no podrá indicarle de ninguna manera su presencia. Ni una palabra. Tendrá que hacer exactamente lo que yo le diga. Si él sabe que está aquí, dejará de cooperar y es probable que empiece a pensar en la manera de escapar. Y tiene que responder a todas las preguntas de Alice, esta vez de verdad.

—Puedo hacerlo —dijo—. Solo quiero verlo, saber que lo han tratado bien y que está lo suficientemente fuerte como para someterse al procedimiento. No necesito tocarlo, solo...

«¿Es la madre o la científica la que quiere verlo?», me pregunté, sin saber qué era lo mejor.

—Muy bien —le dije, recogiendo la comida y una botella—. Ni una sola palabra. Y se queda exactamente donde yo le diga, sin moverse.

Aquello no tenía sentido para ella hasta que llegamos al pasillo interior que conducía a la zona de las celdas pequeñas. Negué con la cabeza, impidiendo así cualquier pregunta que se dispusiera a hacerme, y le mostré dónde debía situarse para mirar a través de la puerta sin que Clancy pudiera verla por la ventanilla.

Por primera vez en casi una semana, Clancy Gray levantó la vista y se encontró con mi mirada cuando entré. Tenía en el regazo el libro que estaba leyendo. Puse la comida en la solapa de metal de la puerta y la sostuve allí, esperando a que él la cogiera. Se puso de pie, con cuidado, estirando los hombros antes de cruzar la pequeña celda. El pelo oscuro ya le había crecido lo bastante como para que se lo pudiera recoger con una goma, pero lo llevaba cuidadosamente peinado.

Clancy tenía tres pares de conjuntos de sudaderas y pantalones, y hoy era el día de la colada, así que se inclinó en silencio, recogió los otros dos conjuntos de ropa y me los pasó a través de la escotilla abierta.

—No esperaba verte —dijo con un tono bastante casual—. ¿Ha ido a Sawtooth, entonces?

¿De verdad esperaba que respondiera a eso?

No. Obviamente no.

—¿Qué se siente? —preguntó, apoyando la palma de la mano en el cristal—. Me refiero a estar a ese lado de las cosas. Controlando el flujo de información.

—Sienta tan bien como saber que tú nunca lo experimentarás de nuevo.

—Es increíble cómo han salido las cosas —dijo—. Hace un año aún estabas en aquel campo, detrás de la cerca. Ahora, mírate. Mírame.

—Te miro —le dije—, y todo lo que veo es a alguien que pierde cada oportunidad que tenía para ayudarnos de verdad.

—Pero lo entiendes ahora, ¿verdad? —preguntó, sorprendido—. ¿Ves por qué tomé las decisiones que tomé? Todo el mundo sobrevive como puede. Cuando realmente se reduce a eso, ¿has cambiado alguna de las decisiones que tomaste, buenas o malas? ¿Te habrías quedado en Thurmond, teniendo la oportunidad de escapar? ¿Te habrías ido directamente a Virginia Beach, sin dejar que te convencieran para tratar de encontrar East River? ¿Habrías sellado los recuerdos más jóvenes de Stewart? Has recorrido un largo camino. Sería una vergüenza que nuestra amistad terminara aquí.

—¿Hay un cumplido enterrado en alguna parte...?

—Solo una observación —resopló—. No estaba seguro de que lo valieras. Lo esperaba, sin embargo.

—Oh, ¿en serio?

—¿Nunca te has preguntado por qué quería que vinieras conmigo después de que East River fuera atacado? No fue porque me gustaras mucho.

—Obviamente no. Querías que te enseñara cómo meterme en los recuerdos de los demás.

—Bueno, eso. Pero también porque trataba de reunir a mi alrededor a personas que pudieran ayudar a construir este futuro. Por supuesto, tal vez no habría perdido el tiempo en la estrategia de los campos. Os habría llevado directamente a la cima. Y lo haré.

—Lo harías si no estuvieras atrapado en esta pequeña jaula de cristal —le

dije con rotundidad.

—Exacto —Clancy sonrió—. Será muy fácil deshacerse de todo el mundo. Ahora, si lo que Stewart, el Stewart mayor, me dijo es cierto, habéis mermado seriamente la credibilidad del Gobierno. Voy a ir un paso más allá. Mi padre. Sus estúpidos asesores. Los controladores del campo. Uno por uno, les voy a arrancar la vida. La cosa es, Ruby, que puedes quedarte al frente de esos niños, y te escucharán, lo harán, como mínimo porque eres una Naranja y así es la jerarquía de las cosas. Pero no puedes poner de rodillas al mundo entero como lo haré yo.

—Como lo harás tú, ¿eh? —le pregunté, golpeando contra el cristal—. ¿Y cuándo será eso?

Clancy torció la comisura de los labios y sentí que un escalofrío me recorría la columna vertebral.

—Ruby, esta es tu última oportunidad para unirme al bando correcto de la historia —dijo—. No te la ofreceré de nuevo. Podemos irnos ahora y nadie saldrá herido.

Su mirada era tan negra y abismal como siempre. Me succionaba, como si quisiera sumergirme en las atractivas y sencillas posibilidades que me presentaba.

—Disfruta del tiempo en tu caja —le dije, y me volví para irme, cargando con su colada a desgana.

—Una última cosa —dijo Clancy. No miré hacia atrás, pero poco le importó—. Hola, mamá.

Abrí de golpe la puerta de la sala, pero la mujer ya se había ido, perseguida por la risa de su hijo.

Esa noche caí en un sueño profundo, de esos que se agarran al pecho y se niegan a abandonarlo fácilmente. La voz en mi sueño, la misma que había resonado en alguna parte detrás de mí mientras me dirigía por el conocido camino hacia la Cabaña 27 de Thurmond, pasó del profundo tono de barítono de un hombre a una llamada en voz alta, casi chillona, esta vez de una mujer.

—¡Arriba! Ruby, Ruby, vamos...

Las luces de la habitación estaban de nuevo encendidas, destacando el tono

ceniciento de la cara de Vida, que se cernía sobre la mía. Me sacudió de nuevo, con violencia, hasta que me liberé por completo del sueño desorientador.

—¿Qué pasa?

Podrían haber pasado cinco minutos o cinco horas, no hubiera sabido decirlo. Zu acechaba detrás de Vida, con las mejillas ya mojadas por las lágrimas. El miedo me invadió cuando agarré del brazo a Vida y percibí la forma en que se estremecía.

—Estaba en la sala de ordenadores —comenzó, como si las palabras se le escaparan de la boca. ¿Estaba temblando? ¿Vida temblando?—. Estaba hablando con Nico, mirando las fotos a medida que las iba enviando Cole, y entonces dejaron de llegar durante una hora aproximadamente. Y yo estaba a punto de irme a la cama, pero entonces llegó otra foto y Nico corrió a por mí y... y, Ruby...

—¿Qué? ¡Dime qué está pasando!

Luché por librarme de la sábana, mientras el corazón me martilleaba en el pecho como si acabara de correr quince kilómetros.

—Lo único que repetía era... —dijo Vida tragando saliva—. Solo decía una cosa: Stewart está muerto.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—¿Liam o Cole?

La pregunta, la misma que le había hecho un centenar de veces, se hizo más urgente cuando recorríamos el pasillo hacia la sala de ordenadores. En el reloj de la pared eran las dos de la mañana.

—Vida —le rogué—. ¿Liam o Cole?

—No lo saben —dijo ella, la misma respuesta que me había dado las primeras noventa y nueve veces—. No pueden saberlo por la foto.

—Yo puedo —dije. Las palabras brotaron antes de que pudiera pensar por qué era una idea terrible—. Déjame verla. Puedo distinguirlos.

—No creo.

Me cogió del brazo antes de que pudiera entrar a la carga en el cuarto. Apenas noté que me tocaba, pues todo el cuerpo se me había quedado frío. El pánico hizo que mis pensamientos se volvieran inconexos, las ráfagas de imágenes aterradoras se mezclaban con el deseo de que no fuera él, de que no fueran ellos, no ahora... No podía romper el patrón, no podía recuperar el aliento.

—¡No! —Aquella palabra, el ladrido de Chubs, cortó a Vida en seco—. ¡De ningún modo! ¡Llévatela a la habitación y quedaos allí!

Había un grupo de Verdes acechando fuera de la ventana.

—¡Largaos! —les ladró Vida.

Y la fuerza de su voz los obligó a hacerlo. Se apresuraron a apartarse mientras Vida abría la puerta de la sala de ordenadores y me empujaba dentro.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha ocurrido?

La senadora Cruz apareció en el pasillo, seguida de Alice, con su llameante pelo rojo recogido en una cola de caballo torcida y marcas rojas de la almohada y las sábanas en el rostro. Vida sin duda trató de explicarles lo que ocurría, pero yo

no oí nada. Nico tenía cara de haber vomitado varias veces, y el olor que reinaba en la sala de ordenadores parecía confirmar esa teoría. Estaba empapado en sudor cuando llegué a él.

—De verdad..., ¿de verdad quieres verla?

—¡No es buena idea! Ruby, escúchame, es mejor que... —empezó Chubs.

Fue subiendo el tono hasta que se le quebró la voz. Luego se apoyó contra la pared, con el rostro entre las manos.

Nico no se movió. Tenía las manos inertes en el regazo, por lo que tuve que navegar yo misma a través de la serie de fotos enviadas desde el móvil de Cole. Había una foto de prueba con luz de día: una montaña distante y la espalda de Liam contemplando a lo lejos. Había tres docenas de imágenes de un edificio bajo, todas tomadas después de la puesta del sol. Cole había fotografiado a los miembros de las FEP apostados en el exterior, una escalera que subía hasta el techo del edificio, un francotirador en su posición... Si había una cerca alrededor del campo, Cole y Liam ya estaban dentro de ella cuando empezaron sacar las fotos.

—Han entrado —dijo la senadora Cruz—. ¿No se suponía que debían quedarse fuera?

Habían entrado en la casa. Las imágenes eran borrosas, sin el brillo que la luna llena les había proporcionado fuera. Estaban en una posición alta, mirando las mesas de abajo, las cabezas inclinadas, comiendo. Los niños llevaban batas: los mismos uniformes rojos oscuros que teníamos que llevar todos en los campos, pero el color... No había visto aquel tono desde hacía años.

La siguiente imagen era de uno de aquellos niños con uniforme mirando hacia arriba, con los ojos fijos en el teléfono. Mi dedo vaciló sobre el ratón antes de hacer clic de nuevo. Nico emitió un pequeño ruido ahogado, que le salió del fondo de la garganta, y puso una mano sobre la mía.

—Ruby, es mejor que...

Presioné el dedo hacia abajo.

Hubo un momento en que mi mente no pudo dar sentido a lo que estaba viendo. Las fotos habían sido tomadas en el interior de un cuarto oscuro, las paredes pintadas de negro, las luces estaban en el suelo en lugar de en el techo...

La figura que se hallaba en el centro de la habitación estaba desplomada hacia delante en una silla y el peso del cuerpo tensaba las cuerdas que tenía en torno al pecho. El pelo rubio le caía sobre el rostro, cubriéndolo. Me aferré a la mesa con una mano mientras hacía clic de nuevo con la otra. Un sabor metálico me inundó la boca cuando vi las salpicaduras de sangre en el cuello y las orejas. El ángulo de la toma hacía imposible distinguirlo bien, necesitaba otra foto.

Hice clic.

—¿Quién ha sacado estas fotos? —exigió saber la senadora Cruz, aunque nadie parecía ser capaz de responderle.

—Supongo que quien los haya capturado... —dijo Alice al fin, aunque no estaba segura de si era un «él» o un «ellos».

Aparté la pregunta de mi mente, centrándome en la pantalla. Alguien le había colgado una hoja de papel del cuello. Había tres palabras mal garabateadas, desiguales: «Intentadlo de nuevo».

En la esquina de la imagen se veía un trozo de tela de color rojo oscuro y, aunque mi cerebro sabía lo que venía a continuación con la suficiente certeza como para que el grito empezara a formarse dentro de mi mente, pasé a la siguiente foto.

Fuego.

La imagen, en su totalidad, estaba inundada por una llama blanca. Fuego.

Fuego.

Una pantalla de humo gris y...

La senadora Cruz se alejó del ordenador y se fue hasta la esquina de la habitación, tratando de huir de la visión de los restos carbonizados.

—¿Por qué? ¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué?

La criatura desapasionada y fría que la Liga de los Niños se había cuidado de alimentar dentro de mí se abrió paso en mi interior una vez más. Y por un segundo, un solo segundo, tuve la oportunidad de observar el cadáver mutilado y carbonizado con el gesto atento y distante del científico que estudia una muestra. En la pequeña sección de su rostro pude contemplar lo que quedaba de piel,

quemada, oscura y áspera como una costra.

Navegué de nuevo a través de las imágenes del fuego. Esos enfermos hijos de puta... Esos malditos cabrones enfermos que habían hecho las fotos... Los mataría a todos. Sabía dónde encontrarlos. Mataría a todos y cada uno de ellos. Me aferré a esa fría furia con todas mis fuerzas porque así congelaba el dolor, que no me dejaría actuar como quería ahora. Las lágrimas me quemaban en el fondo de los ojos, en la garganta, en el pecho.

—No puedo distinguirlo —dijo Chubs, acercándose cada vez más a la histeria—. ¡Maldición!

Examiné las fotos anteriores, con el estómago tan apretado como un puño. Si me ponía a llorar, los demás no serían capaces de contenerse. Tenía que concentrarme. Tenía que... Me detuve en la segunda foto de la figura en la silla, en la que le habían colgado del cuello el cartel. La cabeza caía hacia la izquierda, pero pude distinguirlo. No me lo había imaginado. Sabía quién era.

—Es... —Vida se inclinó de nuevo hacia delante. Me clavó las uñas en el hombro—. No puedo...

Alice se había alejado de aquella imagen espantosa, vencida por sus propias náuseas. Pero Nico..., Nico me estaba mirando. Sentí que las palabras me salían de la garganta, pero no las oí.

—Es Cole.

—¿Qué? —preguntó Vida, mirándome a mí y luego de nuevo a la pantalla—. ¿Qué has dicho?

—Es Cole.

Un millar de agujas me inundaron las venas y me recorrieron por dentro hasta el pecho. Me doblé contra el escritorio, incapaz de hablar, de pensar, de nada que no fuera ver su cuerpo... El cuerpo de Cole, lo que le habían hecho. Respiré hondo, tratando de expulsar el dolor. Quería recobrar el control de mi espalda entumecida. Mi cabeza era una espiral rápida y tensa que me descendía hasta el estómago. Porque sabía lo único que en ese momento le habría importado a Cole, sabía lo que habría preguntado: «¿Dónde está Liam?». Si Cole... Si Cole estaba...

—¿Estás segura? —preguntó Chubs, cuando nadie parecía ya capaz de

hacerlo.

Por el rabillo del ojo vi entrar a Lillian y, por un momento en el que casi se me paró el corazón, pensé que aquel pelo rubio pertenecía a Cate, que de alguna manera ella y Harry ya estaban allí. Escuché la explicación que le murmuró la senadora Cruz.

—Harry... tenemos que decirle... y Cate, Dios, Cate...

—Yo lo haré —dijo Vida. Su voz sonaba tan firme como firme parecía sobre sus hombros el brazo de Chubs—. Yo lo haré.

—¿Liam está...? —comenzó Chubs—. ¿Hay...? ¿Podemos comprobar si se lo han llevado en custodia? ¿Si hay alguna actualización de las redes?

Si lo habían matado e identificado positivamente, entonces actualizarían su perfil en la red de las FEP y lo sacarían de la lista de los rastreadores.

—Estoy tratando de entrar en la red de las FEP —dijo Nico—. Estoy tratando... Será más rápido meterme en la de los rastreadores. ¿Puedes darme tu información de acceso?

—Yo la escribiré —dijo Chubs.

—¿El teléfono sigue funcionando? —me oí preguntar mientras me separaba del ordenador, sin levantarme de la silla.

No confiaba en que las piernas me sostuvieran. ¿Recibiríamos más fotos? ¿Y nos quedaríamos allí sentados, sin hacer nada más que esperar a que llegaran? Me atraganté con mi propia rabia.

—¿Rojos? —repitió la doctora Gray—. ¿Seguro? ¿Puedo ver las fotos, por favor?

Nico detuvo lo que estaba haciendo y se pasó al ordenador de al lado para trabajar. La doctora Gray comprobó las fotos, yendo de una a otra hasta que encontró la que buscaba. La violencia y el horror solo se reflejaron en su ceño fruncido.

—Estaba muerto cuando sucedió —dijo—. La bala del cuello lo habrá desangrado casi al instante.

Yo también podría haberle dicho eso. Cole habría luchado hasta la muerte. No habría dejado que ellos lo utilizaran así. Habría luchado hasta arder por completo.

Ella sacudió la cabeza y se volvió a mirarme.

—Por eso. Por eso necesitamos el procedimiento. Estos niños no deberían ser capaces de hacer cosas así, de hacerse daño a sí mismos y a los demás.

La ira me hizo explotar, me tragó en una nube de incredulidad.

—¡No, por eso no deberían haberle jodido la cabeza a nadie, en primer lugar!

—No hay nada en la red —dijo Chubs—, todavía... Cualquier cambio en la red de las FEP tarda una o dos horas en actualizarse en la red de los rastreadores.

—Vamos a darles un poco de tiempo, aún podría haber alguien tratando de escapar —dijo Vida, mientras negaba con la cabeza y se pasaba las manos por el pelo—. La última foto llegó hace una hora. Habrían enviado más si tuvieran a Liam..., ¿verdad?

La senadora Cruz me miró.

—¿Dónde está el teléfono que él ha estado usando para ponerse en contacto con su padre? Tengo que hacer una llamada.

—Arriba. En el despacho —dijo Nico, levantándose tan bruscamente que tiró la silla hacia atrás—. Yo lo traeré. Necesito...

«Salir de esta habitación», terminé mentalmente la frase. «Alejarme de las imágenes». Regresó menos de un minuto después, con el pecho agitado mientras trataba de recuperar el aliento. Le tendió el pequeño móvil plegable plateado a la senadora... solo para que esta lo soltara de inmediato cuando la pantalla se iluminó y comenzó a vibrar.

Por un momento, nadie se movió. Sonó el teléfono. Sonó, sonó y sonó.

Chubs se abalanzó sobre él, antes de darle la oportunidad de que sonara por última vez.

—¿Hola?

Un estremecimiento de alivio le recorrió el cuerpo entero.

—Li... Liam, ¿dónde estás? Tienes que...

La senadora Cruz estaba a su lado antes de que yo llegara. Le quitó el teléfono y silenció sus protestas con un gesto de la mano mientras ponía el manos libres.

—... lo han cogido... yo no he podido hacer nada, no he podido...

Aquella voz que conocía tan íntimamente como mi propia piel, aquella voz que a veces parecía alegre, o asustada, o furiosa, o descaradamente coqueta, no era la que ahora salía del pequeño teléfono. Casi no la reconocí. La conexión la hacía sonar distante, al otro lado de una carretera, fuera de nuestro alcance. Las palabras salieron de su pecho tan entrecortadas y ásperas que me resultó casi insoportable escucharlo.

—Liam, aquí la senadora Cruz. Necesito que respires hondo y, antes de nada, que me hagas saber que estás a salvo.

—No... No sé si estoy bien, este era el único número que podía recordar, sé que no es seguro, no realmente...

—Hiciste exactamente lo correcto —dijo la senadora Cruz con voz suave—. ¿Desde dónde llamas?

—Desde un teléfono público.

Vida se puso a mi lado y me miró a los ojos. Yo no podía hablar. Un entumecimiento antinatural se me había instalado en el centro del pecho. No podía decir ni una sola palabra.

—No pude sacarlo... Llegamos dentro, estábamos tomando fotos, uno de ellos nos vio y no pudimos salir... Le dispararon. Cayó y no pude sacarlo, traté de llevármelo de allí, pero nos vieron y abrieron fuego... Yo no quería irme, tenía que... ¿Habéis oído algo en las noticias? ¿Harry sería capaz de averiguar dónde lo tienen? Había tanta sangre...

Él no lo sabía.

Miré a Chubs. Parecía como si hubiera visto un coche que se dirigiera a toda

velocidad hacia él. Le cogí el teléfono a la senadora y desconecté el manos libres.

—Él... Liam —empecé con voz ahogada—, él no lo ha conseguido. Nos han enviado la prueba.

Hasta ese momento, el impacto y el pánico por lo que pudiera haberle ocurrido a Liam habían anulado la parte de mí que tendría que haberse ocupado de los detalles de lo sucedido: si Cole aún estaba vivo cuando habían llegado los Rojos, si sabía lo que estaba pasando, si había tenido miedo, si había sentido dolor... Pero algo se rompió dentro de mí al darle la noticia, y la endeble puerta que mantenía el dolor fuera cedió y estalló en una lluvia de astillas que se me clavaron por todo el cuerpo. No podía respirar. Tuve que taparme la boca con la mano para no sollozar. Mi amigo, Cole, ¿cómo había pasado aquello? ¿Por qué tenía que ser así? Después de todo, ¿por qué tenía que terminar así? Íbamos a hacer algo... Por primera vez tenía un futuro... real.

Chubs avanzó un paso, tratando de alcanzar el teléfono, pero me alejé de él y lo puse fuera de su alcance. Sentí una ira y un dolor salvajes, como si alguien me hubiera arrojado ácido a la piel. Tenía que mantener la conexión con Liam. Tenía que quedarme con él. Aquello lo destrozaría..., y la agonía de saberlo era tan dolorosa como la pérdida en sí. No podía perder a Liam también.

—¿Qué quieres decir con «la prueba»? ¿Qué le han hecho? —Cualquier coherencia había desaparecido. Liam pronunció cada palabra entre sollozos—: No he podido sacarlo...

—No —le dije, con voz ronca—, por supuesto que no has podido. No había manera de hacerlo y él no habría querido que lo intentaras si eso significaba que también te apresaran a ti. Liam, no... Ahora no te das cuenta, pero has hecho lo correcto.

El sonido de su llanto, finalmente, hizo que también yo estallara en lágrimas. Perdí toda fuerza en la mano y dejé que Chubs por fin me cogiera el teléfono.

—Colega. Colega, lo sé, lo siento mucho. ¿Puedes volver aquí? ¿Necesitas que vaya a buscarte? —Se alisó el pelo con la mano, con los ojos fuertemente cerrados—. Bueno. Quiero que me lo cuentes todo, pero quiero que lo hagas en persona. Deja que nosotros nos encarguemos de ti. Tranquilo, nosotros nos ocupamos...

Chubs me lanzó una mirada de impotencia. Le tendí la mano para que me

diera el teléfono.

—No voy a volver, no puedo... Es...

Lo interrumpí.

—Liam, escúchame, voy a ir a por ti, pero tienes que decirme dónde estás. ¿Estás herido?

—Ruby... —dijo respirando entrecortadamente.

Entonces pude imaginarme exactamente cómo debía de estar. Aún vestido con el uniforme negro del operativo, con el antebrazo izquierdo apoyado contra la carcasa de aluminio del teléfono público, con el rostro enrojecido y una expresión desesperada. Me rompió el corazón de nuevo.

Agarré el teléfono con tanta fuerza que oí cómo crujía la carcasa de plástico barato. Me di la vuelta para no estar frente a la galería de rostros que me miraban, y me dejé caer de cuclillas en un rincón de la habitación.

—Todo saldrá bien.

—¡Nada va a salir bien! —gritó—. ¡Deja de decir eso! ¡No es así! No voy a volver. Tengo que decírselo a Harry y... y a mamá. Oh, Dios, mamá...

—Por favor, déjame ir a buscarte —le supliqué.

—No puedo volver ahí, con vosotros... —La sensación de náusea que había estado creciendo, retorciéndome el estómago, me subió como una ola embravecida. La voz se le entrecortó con un clic—. Se acaba la conexión, no tengo más dinero...

—¿Liam? ¿Me oyes? —El pánico me golpeó la cabeza como un enjambre de avispas.

—Sabía que esto pasaría... Maldita sea... Tú... Lo siento... Ruby..., lo siento...

No sé cuándo ni cómo se las había arreglado para colarse entre tanta gente, o si se había hecho tan pequeña y silenciosa que había estado allí todo el tiempo sin que me diera cuenta. Zu... Me cogió el teléfono, traté de recuperarlo, pero ya lo tenía pegado al oído y decía, una y otra vez, con una voz tan dulce como el tintineo

de unas campanillas:

—No te quedes allí, por favor, no te quedes, vuelve, por favor...

Oí el tono de desconexión. Escuché aquel sonido, vi el teléfono en su mano y supe que todo había terminado. Chubs se acercó y Zu, tras aferrarse a él, hundió la cara en su hombro.

—Vamos, vamos a por un poco de agua. Un poco de aire. Un poco de... algo.

—Quiero ir a buscarlo —le dije.

—Voy con ella —añadió Vida rápidamente—. Nico puede rastrear la llamada.

—No puedes —me dijo Chubs, suavemente—. Tienes una responsabilidad aquí.

«¿Y qué?», quería gritar. Quise arrancarme el pelo, la camisa... pero no pude, no pude hacer ninguna de esas malditas cosas porque Cole me había obligado a prometerle aquella estupidez. «Cuida de las cosas, jefa. Cuida de las cosas». Cate y Harry no llegarían hasta dentro de dos días. Necesitaba... Tenía que decírselo a todo el mundo.

«Él te confió esa misión. Pensó que podrías hacerlo. Tienes que hacerlo».

Tenía que hacerlo. Si Cole no estaba aquí, si Liam no iba a volver, entonces yo estaba al mando, y tenía que decírselo a los demás. Debía quedarme y no perder la cabeza.

—Dame un minuto —le dije.

Solo necesitaba uno. Caminé rápidamente hacia el antiguo cuarto de Cate y cerré la puerta detrás de mí. Busqué el borde de la pequeña cama en la oscuridad, la misma cama en la que Liam y yo habíamos dormido la noche anterior, y me senté. Recorrí con las manos las gruesas sábanas hasta encontrar el tejido suave del suéter que se había dejado allí. Enterré la cara en la tela, aspirando su olor, hasta que finalmente liberé un grito silencioso que me quemó en la garganta.

«¿Por qué tuviste que entrar? ¿Cómo se supone que voy a hacer esto?». ¿Por

qué no insistí más en que se quedara, conociendo la información que nos había llegado?

Y no encontré respuestas, solo el terrible silencio, solo la oscuridad agobiante.

Clancy.

Él sabía que esto pasaría, contaba con ello. Clancy le había enseñado a Cole el campo, había implantado las imágenes en su mente a sabiendas de que Cole era el tipo de persona que no podía echarse atrás al ver que otros como él estaban sufriendo tanto. Se obsesionó, no podía dejar de pensar en las posibilidades de un rescate real. Después de todo, ¿cuántas veces había triunfado a pesar de no tener probabilidades?

«No tenía la más mínima oportunidad».

Las palabras me ardieron en la mente. Me tambaleé, aturdida por la intensidad del calor, de la fiebre que me recorría la cabeza desde las sienes hasta la nuca. Empecé a ver destellos, la puerta que tenía delante de mí se dividió en dos, luego en cuatro. Vi mi mano levantarse y alcanzar el pomo, pero era como si no me perteneciera. Cuanto más me acercaba, más lejos me parecía estar; alguien me arrastraba hacia atrás, una y otra vez...

Fue lo último que recordaba antes de que la oscuridad borrosa se convirtiera en una estática gris que me envolvió por completo, mientras las venas se me llenaban de garfios y agujas.

Cuando me recobré, llevaba una pistola en la mano, y el frío metal apuntaba a la cabeza de Lillian Gray.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¿Qué haces? Basta, detente...

—¡Ruby, despierta!

—No puedes hacer eso... Basta, Ruby, ¡detente!

Estaba flotando bajo el agua, a suficiente profundidad como para que no hubiera nada más que la dulce y fresca oscuridad. No tenía necesidad de moverme, no podía hablar, y una suave corriente me llevaba adonde tenía que ir. Me impulsaba hacia delante y yo me dejaba llevar complacida, me dejaba invadir por la sensación. Aquello era mejor que el dolor.

—¡Mírame! ¡Mírame! ¡Ruby!

Las voces estaban distorsionadas por las olas, se extendían en un zumbido continuo. Las palabras llenaban los espacios entre los latidos, entre el sonido constante de las palpitations en mis oídos. No quería que nadie me encontrara.

«Joyita. Eh, Joyita».

Me volví en busca de la fuente de aquella voz, lo que me obligó a mover los músculos rígidos.

«Cuida de las cosas, jefa».

Allí no había nadie. Las corrientes negras se arremolinaban a mi alrededor con más fuerza, congelándome la piel. Allí no había nada.

«Joyita. Ruby».

El aire atrapado en los pulmones me quemaba.

«¿Dónde estás?».

«Ru, ¿estás bien?».

Entonces luché contra el agua, braceando una y otra vez, impulsándome

hacia la superficie. Arriba... había una luz, un destello cada vez más grande, a la espera...

«Vamos, cariño, vamos...».

Empujé, braceé, arañé el camino ascendente.

—Va a...

—¡Haz algo! ¡Detenla!

—¡Ruby!

De nuevo, me encerré en mi propia mente. El agua turbia se evaporó a mi alrededor cuando la realidad tomó forma. El olor seco y estancado de la sala de ordenadores. El brillo de los monitores reflejado en la pared blanca cercana. La cara pálida de Nico, con las manos por delante. Desvié los ojos del arma fría y pesada que sostenía en la mano apuntando a la mujer de pelo claro que estaba en el suelo, con los brazos sobre la cabeza, protegiéndose.

Me estremecí y vi a Nico de nuevo mientras el arma bajaba unos centímetros. Notaba el brazo ardiendo, me dolía como si hubiera sostenido aquel peso durante horas. Un atisbo de comprensión apareció en sus ojos, y vi que relajaba la postura, solo para tensarse de nuevo cuando gritó:

—¡Vi, no!

En un instante, yo estaba de pie, y al siguiente estaba en el suelo, mientras un dolor intenso consumía cada uno de mis pensamientos, tan confusos como desorientados. Me habían tumbado de un golpe entre los omóplatos, y el aliento que me quedaba salió volando de mis pulmones al inmovilizarme en el suelo.

—¡Espera! —dijo Zu—. ¿Ruby...?

—Qué... —dije. Sentía la boca como si la tuviera llena de arena.

—¿Ruby? —La cara de Chubs flotaba por encima de mí—. Vi, suéltala...

—Iba a dispararle... Pensé que ella... iba a dispararle...

—¿Qué está pasando? —exclamó la senadora Cruz en algún lugar por

encima de nosotros.

—Yo no... —empecé a decir, pero el dolor me dividía en dos la cabeza. Me sentí como si me hubieran dado la vuelta como a un calcetín—. ¿Cómo he llegado aquí?

—¿No te acuerdas? —preguntó la doctora Gray, que parecía la más tranquila de todos los presentes en la habitación—. Te fuiste, volviste y me lanzaste al suelo. No has dicho ni una palabra.

—¿Qué? —dije, arañando el suelo con las uñas—. ¡No! ¡Yo nunca haría...! ¡Yo no...!

—No eras tú misma —dijo Chubs, agarrándome por los hombros—. No respondías a nada de lo que te decíamos...

—Lo siento, mierda, lo siento mucho —dijo Vida—. ¡No sabía qué hacer, cada vez que nos acercábamos, me mirabas como si fueras a disparar!

—¿Nico? —le dije, apretándome los ojos con una mano para contener el flujo de lágrimas. No había manera de reprimirlas, el dolor me nublaba el cerebro y anulaba las respuestas de mi cuerpo—. ¿Nico?

—Acaba de salir —dijo la senadora Cruz—. Ha visto algo en el monitor y simplemente se ha marchado... ¿Qué está pasando?

Él. Era él. Y a pesar del dolor, a través de la persistente confusión que se aferraba a mi mente, finalmente entendí qué estaba sucediendo.

Me aferré al brazo de Chubs.

—Tienes... que... escucharme, ¿de acuerdo?

—Está bien, Ruby, está bien —dijo—, pero date un respiro.

—No, escucha. Id... tú y Vida... Id a buscar a los demás. A los niños. Ve a buscarlos y llévatelos a ellos, a la senadora Cruz y... y a la doctora Gray por el garaje. Entra en uno de los edificios cercanos. No dejes que nadie salga. ¿Entiendes?

—Sí, pero ¿qué te propones...?

—Coge la comida y el agua que podáis llevar, pero espera en el edificio hasta que todo esté despejado.

Las lagunas de mi memoria comenzaron a adquirir forma. Si cerraba los ojos, me veía a mí misma en medio de una conversación que no recordaba haber tenido. Sentada en la sala de ordenadores con todas las luces apagadas. Las yemas de mis dedos recordaban cada golpe en el teclado, y me estremecí al pensarlo. Sonambulismo. Los mensajes que se habían enviado. Las comunicaciones que se habían enviado. «Él puede mover a la gente. Como si fueran marionetas». La última advertencia de Clancy.

Mis pensamientos giraron en espiral hasta convertirse en una idea devastadora.

«Él ha planeado una huida. Están viniendo. Alguien viene a por él, y me ha usado para organizar el viaje».

—Ha habido una fuga de seguridad —les dije—. Mía.

—¿Qué demonios significa eso? —dijo Vida, ayudándome a levantarme del suelo.

—Nico... se dio cuenta de que alguien enviaba mensajes fuera del Rancho y trataba de encubrirlos, borrarlos del registro de actividad del servidor. Pensábamos que era... —Me volví hacia Alice—. Pensábamos que era usted, o uno de los niños que trabajan con usted. Pero no fue así, ¿verdad?

—¡No, maldita sea, ya te lo dije! —dijo Alice.

—Ahora lo sé, lo siento. Ahora lo sé. Me ha hecho ir por ahí, me ha usado para espiar lo que está sucediendo. Me ha hecho enviar mensajes por él. ¡Mierda!

Escapar. Puse mi mente a trabajar para averiguar la forma en que se proponía hacerlo. El único grupo que podría sacarlo de allí eran los militares de su padre o los hombres de algún contratista del Gobierno. Probablemente no había sabido exactamente dónde estaba el Rancho hasta que yo había salido para ir a Oasis y él había podido ver a través de mis ojos cómo volver.

Solo necesitaría los soldados para desbloquear su celda, y luego sería tan fácil como obligarlos a dejarlo solo y poner su atención en reunir a los otros niños del Rancho. Lo único que tendría que hacer era escapar.

Pero ¿por qué simplemente no me había obligado a abrirle la puerta de la celda? ¿Por qué esperar, por qué hacerlo de aquella manera tan complicada?

—¿No tenías el control de ti misma? —dijo la doctora Gray—. ¿Quién te controlaba, entonces?

La miré y tuve mi respuesta. Clancy nos quería a nosotros para encontrarla a ella. Para traerla aquí, para terminar lo que había empezado. Solo que ella estaba en lo cierto: Clancy nunca la mataría.

Yo lo haría por él.

Aparté la vista. Ella sabría muy pronto que yo no podía mantener nuestro acuerdo.

—Lillian, vamos —dijo la senadora Cruz—. Tengo que llevarme a Rosa... y a los demás... Ruby nos seguirá, ¿verdad, Ruby?

—Eso es.

Vi en su mirada que se disponía a protestar, pero la senadora la cogió del brazo con firmeza y se la llevó hacia la puerta.

Corrí hacia el tablón de la parte delantera de la sala, arranqué la imagen de satélite de Thurmond, la doblé y se la lancé a Vida.

—Por favor —les dije a ella y a Chubs—, id a buscar a los niños, sacadlos de aquí... Tengo que ocuparme de Clancy, pero volveré pronto. ¡Chicos... por favor! Desconectad el servidor y coged lo que podáis de la taquilla.

No debían de quedar muchas armas, pues los niños que habían ido a las plantas de tratamiento de agua se habían llevado la mayoría como medida de precaución. Quedábamos muy pocos en el recinto... Chicos de Oasis, en su mayoría, que todavía eran demasiado jóvenes y novatos para ir al campo de batalla. No habíamos tenido tiempo de entrenarlos para algo como esto.

—Si crees que te voy a dejar, es que estás como una cabra —dijo Chubs.

Lo agarré por el brazo, clavándole las uñas en la piel.

—¡Marchaos! Tenéis que salir de aquí ahora mismo, en este preciso instante.

La ubicación del Rancho está en peligro. Debéis sacar de aquí a los niños. Llevaos a la senadora Cruz y a la doctora Gray. ¡Charles! ¡Escúchame! Iré justo detrás de vosotros, pero si..., si te quedas, nadie se irá de aquí. ¡Vete!

Los ojos oscuros de Vida centellearon cuando cogió a Chubs del brazo y comenzó a arrastrarlo por la fuerza.

—¿Justo detrás de nosotros?

—Justo detrás de vosotros.

Salí corriendo de la sala de ordenadores, abriendo a empujones las puertas que encontraba por el camino, y entonces me paré en seco. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando el silencio antinatural del pasillo fue interrumpido por el sonido de una voz histérica. La reconocí con una terrible sensación de zozobra.

Volví hacia la sala de almacenamiento. La puerta estaba desbloqueada, y la habían dejado entreabierta. Me invadió la ansiedad y no supe si los gruñidos que escuchaba en la distancia eran helicópteros de verdad o producto de mi imaginación desenfrenada.

—¡... Lo prometiste! ¡Me prometiste que no volverías a hacerlo!

Eché a correr por el estrecho pasillo, a través de la puerta abierta, y llegué justo en mitad de la escena.

Nico se pasó las manos por el pelo negro, pulcramente peinado hacia atrás, y se le quedó de punta. Se paseaba frente a la celda de Clancy con el rostro enrojecido y brillante, como si hubiera estado llorando.

—¡Y se lo has hecho a ella! ¿Cómo has podido hacerle daño a Ruby? ¿Cómo has podido?

Clancy estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas y cierta expresión de fastidio, pero por lo demás inmutable ante la escena que Nico estaba desplegando frente a él. Volvió hacia mí la mirada cuando entré y cruzó los brazos sobre el pecho con firmeza. Nico no había entrado en la celda, gracias a Dios, pero vi que tenía una copia de las mismas llaves que yo llevaba en la mano.

Me di cuenta de que eran las de Cole. Habíamos mantenido esta área en secreto para casi todos los del rancho, pero Nico podía habernos visto ir hacia allí a

cualquiera de los dos, o podía haber encontrado algún tipo de plano del edificio en uno de los servidores. Mierda, simplemente podía haberlo deducido.

—Ruby... ¡Él no puede salirse con la suya! ¡No puede! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. Tienes que hacer que se vaya, simplemente deja que se vaya, antes de que...

—Al fin —dijo Clancy, dirigiéndose a mí—. Por favor, ¿puedes llevártelo de aquí? Ya tengo suficiente migraña.

—Si ahora te duele la cabeza, imagínate cuando te la arranque del cuello —gruñí.

Clancy sonrió, mirándome de arriba abajo.

—Parece que has tenido una noche interesante.

—¡Cállate! ¡Cállate! Ruby, él... —dijo Nico, conteniendo el aliento—. Es como te dije, puede controlar los cuerpos de otras personas. Puede moverlos como marionetas sin que ellos se den cuenta. ¡Lo ha hecho todo el tiempo, a todos los investigadores, sé que puede hacerlo! ¡Y te lo ha hecho a ti, él te hizo enviar los mensajes a través del servidor!

Por un momento, pensé que iba a tratar de negarlo todo, a decirme que Nico se había vuelto loco. Pero Clancy no se molestó en ocultar la sonrisa que se le dibujaba en la comisura de los labios.

—Casi consigo engañarte, ¿no?

—Tú...

La sola idea me parecía demasiado aterradora. Al llegar a mi mente mientras yo dormía, se aseguraba de que yo no detectara el hormigueo en la parte posterior del cráneo que se producía cuando alguien trataba de forzar una conexión entre nuestras mentes. Me había manipulado como a una muñeca... Había escuchado las conversaciones, me había robado momentos enteros de mi vida. Yo había sido sus ojos y sus oídos..., y yo ni siquiera sabía que, se podía hacer, que existía la posibilidad de hacer algo semejante.

—¿Cuánto tiempo? —exigí saber.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esos... dolores de cabeza? —dijo Clancy, al tiempo que cruzaba las manos sobre el regazo—. Son lo peor, ¿no? Me alegro de no haberlos sufrido solo. Pero debes saber que la culpa es tuya. Cada vez que entras en la mente de alguien, que formas una conexión con una persona, sus recuerdos y sus pensamientos se convierten en los tuyos. Cada vez que entraba en tu mente, cada vez que te tenía mientras tus defensas estaban bajas, me dejabas reforzar nuestro vínculo. Tú eres la razón por la que yo he sido capaz de hacer esto.

—¿Qué decían los mensajes? —exigí saber, dando un paso adelante hacia el cristal. Nico se dejó caer contra la pared, detrás de mí, escondiendo el rostro entre las manos—. ¿A quién se enviaban?

—No tengo ni idea de qué estás hablando —dijo Clancy—. Ambos estáis claramente demasiado alterados para entender nada. Has estado tan estresada, Ruby. Es más difícil controlar tus aptitudes cuando estás tan... crispada...

«¿... No es así?».

Oí sus últimas palabras como si las hubiera pronunciado dentro de mi cráneo y, de inmediato, levanté un muro negro entre nosotros, cortando la conexión antes de que pudiera completarla.

Así era como me la había jugado de nuevo: él sabía que yo atribuiría los síntomas de ansiedad y la falta de concentración, e incluso los dolores de cabeza, al estrés de nuestra situación.

«Una vez y otra y otra», pensé. «Cada vez, me doy de narices». Estábamos en niveles diferentes y tenía que dejar de fingir que no era así. Yo aún no tenía una mente lo bastante retorcida como para imaginar que Clancy fuera capaz de algo semejante.

—Eso está mejor —dijo Clancy con un gesto de aprobación—. Ahora lo entiendes. Tu papel en todo esto ha terminado. El Rojo ya no está. Lo has hecho tan bien que será fácil intervenir y terminar de una vez. Ahora ya puedes descansar. ¿No es eso lo que querías?

—Sabías que lo matarían —le dije, atragantándome con las palabras.

—Solo porque tú garantizabas que así fuera —dijo Clancy, con una mirada triunfal en sus ojos oscuros—. ¿Quién crees que envió un mensaje a los instructores

del campo advirtiéndolos de que iban de camino?

Sentí una punzada de dolor que me atravesaba el cráneo, y entonces empecé a gritar. Grité y grité, golpeando el cristal con las manos hasta que no me quedó nada, ni un solo y desgraciado sollozo que emitir. «Era culpa mía. Era culpa mía. Era culpa mía».

—Es un poco trágico, ¿verdad? Darle a alguien lo único que quiere desesperadamente, sabiendo que, al final, eso solo va a destruirlo. Él deseaba tanto saber que había otros como él... Quería encajar entre nosotros. Era patético.

Me tambaleé hacia delante. Vi fogonazos rojos, negros y blancos, mientras las manos invisibles de mi mente ya se precipitaban hacia él.

Clancy no podía salirse con la suya.

East River, Los Ángeles, Jude, la investigación, Cole... Cada vez que un rayo de esperanza se convertía en algo real entre mis manos, él me lo quitaba y lo destruía todo. «No puede salirse con la suya». Estábamos demasiado cerca. Y yo estaba muy cerca de acabar con todo de una vez.

Nico me detuvo en seco: se interpuso entre el cristal y yo, blandiendo las llaves. Con las manos firmes y una expresión concentrada, abrió cada uno de los tres cerrojos de la puerta.

—¡Vete! —dijo abriendo la puerta—. ¡Desaparece otra vez, como siempre! ¡Fuera de aquí antes de que nos lo arruines todo...! ¡Avisa de que no vengán a buscarte! Simplemente... ¡desaparece! —dijo. Clancy se levantó de su cama con una extraña expresión en el rostro—. ¿No lo entiendes? —continuó Nico—. ¡Al hacer lo que has hecho, no has atacado a quienes te hicieron daño! ¡Nunca lo conseguirás, pero no estás dispuesto a admitirlo! Ni siquiera puedes acercarte a ellos. Lo único que has hecho es herir a los niños que querían ayudarte. ¡Todos queríamos ayudarte!

—Entonces deberíais haberos apartado de mi camino.

—¿Por qué ayudaste a la Liga para que me sacara del programa de Leda? —preguntó Nico manteniéndose con los pies firmemente apoyados en el suelo cuando Clancy se acercó él—. Les proporcionaste el plan para sacarme en Filadelfia, ¿no? Pero fuiste tú quien me dejó atrás en Thurmond... Nos dejaste atrás a todos nosotros, incluso después de que nos dijeras que teníamos que salir

juntos, que podríamos vivir sin temor, ni vergüenza, ni dolor. Clancy..., ¿no recuerdas el dolor? —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Por qué no podías dejarme morir como a los demás? Me dijiste que tenía que vivir, pero yo solo quería... Me gustaría haber muerto, así no podrías haberme utilizado.

Clancy lo miró con una expresión en el rostro que nunca antes le había visto.

—¿Por qué tienes que coger todo lo bueno que intentamos darte y romperlo en pedazos? —dijo Nico—. Mira en lo que te has dejado convertir...

—Esto es lo que soy —le espetó Clancy—. Y no voy a permitir que me cambien. No voy a permitir que me toquen. No otra vez.

—Nadie te va a obligar a someterte al procedimiento —dijo Nico, con las manos en alto en un gesto que pretendía ser apaciguador—. Eres libre de irte. Puedes desaparecer. Por favor..., por favor..., simplemente suspende la acción de las personas que vienen. Por favor, Clancy. Por favor.

—Te dije que te mantuvieras al margen —dijo Clancy con voz temblorosa. Estaba mirando la salida, contemplando claramente esa posibilidad—. ¿Por qué nunca escuchas?

—Por favor —le rogó Nico.

—Es demasiado tarde —dijo, con los puños apretados contra el pantalón de chándal—. Si no fueras tan estúpido, te habrías dado cuenta. ¿No los oyes? Están en el techo. Ya están aquí.

—Pero puedes hacer que se vayan. Puedes asegurarte de que se vayan.

Me di cuenta, medio sorprendida, de que Nico lo estaba convenciendo. Clancy se lo estaba pensando de verdad, estaba sopesando las palabras de Nico. No me moví, tenía demasiado miedo de romper el extraño hechizo que se había adueñado de la habitación. Desde el lugar donde me hallaba, justo en la entrada de la celda, desvié la mirada de uno a otro chico. La tensión se estaba disipando, se reducía de forma natural.

—¿Quién está aquí? —dijo una voz suave desde la puerta—. ¿A quién has llamado para que te sacara?

De repente, Clancy se puso tenso de nuevo y apartó a Nico a un lado.

—Hola, mamá. ¿Esperabas que me fuera sin despedirme?

—¿A quién has llamado? —repitió ella, con una postura rígida que imitaba a la perfección la de su hijo.

—¿A quién crees? —dijo, todo dulzura—. He llamado a papá.

—¡Le dije que se fuera! —le ladré a la doctora Gray.

—No, que se quede —dijo Clancy—. Está claro que la última vez no ha dado resultado. Tendremos que intentarlo de nuevo, y esta vez Ruby no estará para ayudarte.

Hubo un momento de silencio y, luego, el edificio entero se estremeció y tembló bajo la fuerza de algún tipo de explosión.

Clancy miró más allá de ella, hacia la puerta, y en ese momento estuve segura de que nunca lo había odiado tanto.

La luz se reflejó en la pistola —mi pistola, la que me habían quitado de las manos en la sala de ordenadores— cuando Lillian Gray la levantó y la apuntó contra Clancy.

—Te quiero —dijo, y disparó.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Un chorro de sangre le brotó del hombro y Clancy salió lanzado hacia atrás contra la pared de cristal. Pero Lillian no había terminado. Dio un paso hacia delante, ignorando el grito de dolor de su hijo, y tras apuntar más abajo, le disparó en una pierna. Durante todo el tiempo, su cara era una máscara fría, como si hubiera tenido que desconectar una parte crucial de sí misma para hacer lo que estaba haciendo.

Nico y yo saltamos con cada disparo. Él se cubrió el rostro porque no quería ver lo que pasaba. Yo miré. Tenía que asegurarme de que esta vez no conseguía escapar.

El techo tembló y oímos fuertes pisadas sobre nuestras cabezas. Disponíamos de algunos minutos, tal vez, antes de que nos encontraran. Tendría que ocurrir con rapidez. Y, curiosamente, lo único en lo que pude pensar mientras la vieja calma familiar volvía a apoderarse de mí fue una simple frase: aceptar, adaptarse, actuar.

La certeza de aquello fue más reconfortante que aterradora. Eso, también, parecía muy extraño... En algún momento, después de empujar la opción al rincón más oscuro de mi mente, había echado raíces y florecido. El plan antiguo había desaparecido. El nuevo floreció en su lugar.

El cordel que Nico llevaba en torno al cuello con el lápiz de memoria se le deslizó de la camisa cuando se alejó de Clancy y cayó hacia atrás, contra la pared de cristal de la celda. Yo ya estaba frente a él antes de que pudiera recuperar el aliento, agarrando la pieza de plástico negro y tirando de ella con fuerza suficiente para romper el cordel que la sujetaba. Y antes de que pudiera reaccionar, metí a un Nico aturdido en la celda vacía y cerré la puerta.

—¡No!

Yo tenía la llave. Apenas escuché el bloqueo de la puerta al girarla en la cerradura.

—No, no, no —se quejó—. Ruby, ya sabes lo que te harán. Te llevarán de nuevo a ese lugar, te... te matarán...

La doctora Gray se había acercado a su hijo, dejándose caer de rodillas para aplicar presión a sus heridas. Mientras lo hacía, me miró, sorprendida.

—No voy a dejar que me hagan daño —dije, sabiendo que era una promesa vacía.

En aquel momento, sin embargo, me sentía tan segura de aquel plan, deseaba tanto tener la certeza de que no descarrilaba por las consecuencias de todo aquello, que supe que tal vez podría influir lo suficiente en las FEP como para que me mantuvieran con vida.

«Quiero vivir».

—Se suponía que iba a ser yo. ¡Debería ser yo!

—Dile a los demás «primero de marzo» —le dije, apretando la mano contra el cristal y dejando que las llaves cayeran al suelo—. «Primero de marzo». Harry conoce el plan.

—Ruby —sollozó—, no lo hagas.

Apoyé la frente contra el frío cristal y le dije en voz baja:

—Ahora puedo verla..., la carretera de la que habló Jude. Es tan hermosa. La lluvia se ha ido y las nubes se están dispersando.

«Quiero vivir».

Empujé a un lado con el hombro a la doctora Gray y cogí a Clancy por debajo de los brazos, negándome a flaquear bajo su peso muerto. Lo arrastré a través de la puerta, por el estrecho pasillo.

—¿Qué estás haciendo? —La mujer me siguió, con las manos, la camisa y la cara manchadas con la sangre de su hijo—. ¿Adónde lo llevas?

—¡Cierre la puerta! —le dije bruscamente.

Nico aún estaba pegado al cristal, golpeándolo con las palmas de las manos, cuando la doctora Gray cerró la puerta. Bajé la vista hacia la oscura cabeza de Clancy mientras me movía; escuché sus murmullos medio conscientes. El hedor a cobre de la sangre me llenó la nariz. Me miré las manos y pensé: «Incluso ahora,

me está manchando».

Cortaron la corriente eléctrica mientras sacaba a Clancy por la última puerta. Se me deslizó de entre las manos y golpeó sin fuerzas contra las baldosas. Miré hacia atrás para asegurarme de que la doctora Gray había cerrado la última puerta y de que Nico estaba a salvo allí dentro. Me escondí el lápiz de memoria en la bota y me tumbé boca abajo sobre las frías baldosas. Estaba orgullosa de que no me temblaran las manos cuando me las puse en la nuca.

«Respira».

Fui a ese lugar profundo de mi interior, ese lugar acerca del que Zu me había preguntado. Me adentré tanto como pude cuando el primer rayo de luz cortó la oscuridad del pasillo. Allí el miedo no podía tocarme, ni siquiera cuando me arrastraron por el pelo y el hombro y me iluminaron la cara con algún tipo de aparato. Las manchas oscuras en mi campo de visión borraron la cara del soldado y no pude oír nada más que mis propios latidos constantes. Cuando el soldado me apoyó algo frío y metálico en la base del cráneo, supe que me habían identificado.

Varios hombres, vestidos con uniformes oscuros, protegieron a Clancy formando un círculo a su alrededor, mientras la doctora Gray era arrastrada a un lado y arañaba al soldado que la separaba de su hijo. Uno de ellos, un médico, se apartó lo suficiente de mí como para que pudiera ver cómo le cubrían el rostro a Clancy con una máscara blanca.

Las radios zumbaban y un enjambre de voces volaba sobre mi cabeza, pero yo no oía nada. Un soldado me sujetó las manos con una brida de plástico que apretó insoportablemente y después me dio la vuelta y me dejó de espaldas en el suelo. Me clavó algo en un lado del cuello y sentí la presión de la inyección, que me introducía un líquido en el torrente sanguíneo.

«Me van a matar». No iba a salir del edificio, ya no importaba nada si aquello no funcionaba. Debería haber practicado. Debería haber encontrado una manera de probarlo en un grupo cuando mi vida no dependía del dedo de alguien en el gatillo.

La droga que me habían inyectado me convirtió las extremidades en polvo. Sentí un fogonazo de luz suficientemente fuerte como para hacerme estallar, pero no podía tocar mi mente, todavía no. Luché contra el peso que se apoderaba de mis párpados. Me quedaba... Me quedaba algo por probar...

Había pasado meses enrollando cuidadosamente mi don en una bobina apretada, dejando que saliera centímetro a centímetro, y solo cuando lo necesitaba. El esfuerzo de mantenerlo enrollado me había recordado constantemente que debía trabajar para mantener la vida que había construido aquí para mí. Era un músculo que había ejercitado cuidadosamente para soportar casi cualquier presión.

Dejar que saliera todo fue como agitar una botella de soda y quitarle el tapón justo después. Explotó fuera de mí, buscando las conexiones a su alrededor. No lo dirigí ni lo detuve, aunque no sé si hubiera podido por mucho que lo intentara. Yo era el centro de la implosión de una galaxia de rostros, recuerdos, amores, desamores, decepciones y sueños. Era como vivir docenas de vidas diferentes. Aquella fuerza me sustentaba y me destruía, pero era algo extrañamente bello sentir sus mentes vinculadas a la mía.

Dentro de mi cabeza, el hilo dejó de girar tan rápido y se adaptó al ritmo de los movimientos que se producían a mi alrededor. Sentí el tiempo rondando cerca, a la espera de reanudar su ritmo habitual. La oscuridad se deslizó en los bordes de mi visión, filtrándose a través de mi mente como una gota de tinta en el agua. Pero yo tenía el control del momento, y había una última cosa que tenía que decirles, una última idea que implantar en sus mentes.

«Soy una Verde». Me despertó el agua fría y una suave voz de mujer.

El olor a lejía. El regusto del vómito. La garganta seca.

Los labios apretados y agrietados.

Los golpes metálicos y el traqueteo de un viejo radiador en el instante antes de dejar escapar una bocanada de aire caliente.

— ... Necesito ejecutar la prueba mientras el sujeto está consciente...

«Despierta», me ordené a mí misma. «Despierta, Ruby, despierta...».

— Bien. No puede haber ninguna confusión en esto, ¿entendido?

Me arrastré hacia la superficie y afloré a una neblina de dolor y aturdimiento.

Tenía los ojos llenos de legañas. Traté de levantar una mano para limpiármelos y de paso para aliviar la sensación de hormigueo en las puntas de los

dedos. La sujeción de velcro se movió, pero resistió y se me clavó en las muñecas desnudas con un mordisco feroz cuando traté de levantarme de la fría mesa metálica donde estaban examinándome.

El agua fría no era agua en absoluto, era sudor. Goteaba dentro del bozal de plástico blanco que atrapaba cada trabajosa respiración. Los puntos negros que flotan en mi visión se aclararon para ajustarse a la dura luz artificial de la habitación. Las piezas comenzaron a tener sentido.

Había un cartel en la pared que mostraba la carta de colores que describía cada una de las aptitudes, del Rojo al Verde... «Sistema de clasificación Psi», dije en silencio, pronunciando con los labios las palabras que aparecían en la parte superior.

En lo alto del rincón de la habitación, el ojo iluminado de la cámara parpadeaba como un latido.

«Cálmate, Ruby». Al menos la parte racional de mi cerebro todavía funcionaba. «Cálmate. Estás viva. Cálmate...».

Fue la pura voluntad y nada más que eso lo que por fin me relajó el pulso. Aspiré por la nariz, entre los dientes. Aquella era la enfermería de Thurmond. Reconocí el terror en el olor a limón del ambientador y en los sonidos de niños que lloraban allí cerca, en el ruido de las camillas, en los pasos de botas pesadas. Y, aun así, una parte de todo aquello me resultaba irreal, incluso cuando recordé de golpe los últimos momentos de lo ocurrido en el Rancho. Llevaba las botas puestas, así que no habían encontrado el lápiz de memoria. Intenté retorcer el pie dentro de las sujeciones, pero no pude notarlo contra el hueso del tobillo. Flexioné los dedos de los pies y luego los estiré, a punto de llorar al notar las afiladas esquinas de plástico debajo del talón. Debía de haberse deslizado hacia abajo.

«Has venido aquí por una razón», me recordé a mí misma. «Los otros necesitan que puedas terminar esto. Debes terminar esto».

Cerré los ojos con fuerza, tratando de bloquear las imágenes que me llegaban desde el rincón más oscuro de la imaginación. No me hubieran traído aquí si iban a matarme. Vi la imagen de la cara gris y pálida de Ashley. La forma en que el brazo le había caído al suelo, colgando en la zanja en la que iban a enterrarla. Tal vez esto era para tener un registro oficial de donde iban a enterrar mi cuerpo.

Y de pronto, no importaba lo que yo era ni todo lo que había soportado. Volvía a tener diez años y esperaba en un terrible silencio a que alguien me despertara de la pesadilla en la que había quedado atrapada. «Ayuda», pensé. «Que alguien me ayude...».

«Joyita».

Apreté aún más los ojos cerrados para escuchar la voz familiar que me susurraba al oído, y me atraganté de nuevo, esta vez de puro dolor. «No me dejes meter la pata, por favor, ayúdame», pensé. Estaba allí sola, sabía que lo estaría, y de alguna manera había juzgado mal lo aterrador que sería. Busqué la imagen del rostro de Cole y la mantuve en mi mente. Él no tendría miedo. Él no me dejaría nunca sola.

«Tienes que salir de aquí». Sentí que las palabras se asentaban en mi mente. «No solo por ellos, sino por ti misma. Tienes que salir de aquí por tus propios medios».

La puerta se abrió, y los sonidos del resto del edificio entraron a raudales. Apareció el rostro de un anciano; el pelo cano le coronaba la cabeza como una vieja capa de polvo. Entrecerró los ojos tras las gafas, pero no lo reconocí, no hasta que entró y aspiré una bocanada del horrible perfume que desprendía: alcohol y jabón de limón. El doctor Freemont seguía rondando por los pasillos de este lugar.

El hombre dejó escapar un gruñido de sorpresa.

—Está despierta.

Otra cara apareció justo detrás de él, una mujer con una bata de color gris a quien rápidamente empujaron a un lado los dos FEP que acababan de entrar en la habitación. Llevaban unos uniformes negros inmaculados, desde las botas lustradas a la ψ roja cosida en el pecho. Les vi las caras y fue como vivir dentro de un recuerdo. El momento adquirió un aire irreal.

«Enfoca».

Una última persona entró en la habitación. Era un hombre de mediana edad, con el pelo tan rubio que parecía plateado bajo las luces. Su uniforme era diferente al de los soldados: era negro, abotonado hasta el cuello, y con pantalones a juego. Conocía aquel uniforme, pero solo lo había visto una vez de cerca. «Controlador de campo». Uno de los hombres y mujeres que trabajaban en la torre de control,

supervisando las cámaras y manteniendo la agenda del día.

—Ah, está aquí —comenzó el doctor Freemont—. Estaba a punto de comenzar la prueba.

El hombre, que llevaba el nombre O’Ryan bordado en la camisa, dio un paso al frente y extendió una mano, en un gesto que significaba «adelante».

Apreté la mandíbula y los puños. Sabía que no debía preguntar qué estaba pasando, pero había leído la situación con la suficiente rapidez como para suponerlo. El anciano sacó una pequeña máquina de estática del bolsillo y ajustó un dial.

Todas las veces que me había imaginado que llevaba a cabo este plan, me había visto a mí misma influyendo en los controladores de los campos y en los miembros de las FEP de uno en uno, implantando en ellos la idea de que yo era realmente una Verde, trabajándome a cada uno de ellos por separado a medida que me los encontraba. Pero ahora, mientras el dedo del médico presionaba el botón más grande del dispositivo, vi que no tenía que influir en docenas de ellos, sino solo en cuatro.

—Es una Verde —dijo el doctor Freemont.

El sonido que salía del dispositivo era más suave de lo que esperaba, como si oyéndome llegara desde varios pisos por encima de mí. El tono estridente y la mezcla de pitidos y zumbidos me erizaron el pelo de la nuca y me formaron un nudo en el estómago, pero no era nada comparado con la estática que usaban por los altavoces del campo.

«Mierda, están comprobando qué frecuencia puedo escuchar», pensé.

Nuestro cerebro traducía los sonidos de manera diferente a la de una mente humana normal. Si los adultos de la habitación escuchaban el sonido, no era nada más que una mosca que zumbaba alrededor de sus oídos. Había una gama de tonos que nos afectaban, cada uno de ellos especialmente afinado para que sonara según el color al que perteneciera el chico. Me enteré cuando Cate y los de la Liga lograron incrustar en la estática regular tonos destinados a Naranjas y Rojos con la esperanza de acabar con aquellos de nosotros que estuviéramos en la clandestinidad o intentando hacernos pasar por un color diferente. Aquel sonido abrasador me había perforado el cerebro y me había dejado inconsciente.

Me esforcé en tirar de las correas de velcro, abrí mucho los ojos y sacudí el cuerpo y las piernas, como si el sonido fuera un cuchillo que se me clavaba repetidamente en el pecho. Los sonidos que escapaban del bozal eran gemidos animales.

O’Ryan levantó una mano y el débil ruido cesó. Se acercó más a la cama y me miró directamente a los ojos. Tuve que esforzarme para que mi odio pareciera miedo.

—Reacción exitosa —dijo el doctor Freemont—. Ahora debería...

El rostro del controlador de campo era impasible, aunque vi que torcía un poco el labio ante aquella evaluación. Aproveché la oportunidad para fijarme bien en él: sus anchos hombros llenaban la camisa y, de pie junto a mí, parecía medir tres metros de altura. Había algo en su postura que me recordaba la hoja de un cuchillo. Estaba erguido y su pose era orgullosa: consiguió atravesar con los ojos hasta el último nivel de control que yo había construido, y me di cuenta, un segundo demasiado tarde, de que no era un controlador de campo normal. Era «el» controlador de campo.

Y yo lo estaba mirando a los ojos.

Interrumpí la mirada, pero el daño ya estaba hecho. Yo había mostrado demasiada voluntad. Y él lo entendió como un reto.

—Que la pongan con los Naranjas.

Eran muchas las cosas que podía soportar, pero sabía que un golpe de aquella estática sería como chocar contra un tren a toda velocidad. O’Ryan dio un paso adelante, se inclinó sobre mí y me miró a la cara. Pensaba que tenía el control, que si me miraba desde lo bastante cerca detectaría el uso de mis aptitudes, que si el bozal me impedía hablar no podría emitir una orden.

Yo no necesitaba mirarlo. No necesitaba hablar con él. Y, al final, en realidad solo tenía que ocuparme de una persona.

La mente del doctor Freemont era una ciénaga de niños sin rostro y pantallas de ordenador. Implanté las imágenes allí, en medio de todos ellos, un paquete limpio, ordenado según lo que podía recordar de mi primer procesamiento del campamento, y me retiré inmediatamente.

Empujé la imagen de él jugando con el dial, tirando de él mientras giraba el dial de nuevo a su configuración original. Estaba de lado con respecto a los miembros de las FEP que se hallaban junto a la puerta. O’Ryan me miraba, tan satisfecho y seguro de sí mismo que se permitió una sonrisa de complicidad. Bajé las pestañas, contenta por primera vez de llevar un bozal que me impidiera no devolverle el gesto.

—Empiece —dijo.

Era bastante fácil implantarle el comando al doctor Freemont para que moviera el botón... Se lo había visto hacer unos momentos antes y podía coreografiar el pequeño movimiento exactamente igual a como el médico lo había hecho antes. La estática sonaba de nuevo, recorriéndome la piel como una descarga eléctrica. Moví con rapidez los ojos, pero ahora me resultaba más difícil fingir miedo. Una fresca oleada de control se asentó en mi mente.

O’Ryan miró por encima del hombro.

—Conéctelo.

«Está conectado», pensé.

—Está conectado —dijo el doctor Freemont.

Me quedé helada al escuchar el tono aburrido de su voz y me arriesgué a echarle un vistazo a O’Ryan para ver su reacción.

El controlador de campo torció el labio superior.

—He pedido a Nueva York que traigan de vuelta una de las máquinas de ensayo.

¿Nueva York? ¿No se habían llevado ya todas las grandes máquinas de ensayo y escáneres?

Obligué al médico a pronunciar las palabras «Eso podría tardar semanas».

—Eso podría tardar semanas —dijo el doctor Freemont.

«Esta es infalible».

—Esta es infalible.

O’Ryan desvió su mirada abrasadora del anciano a mí. Dejé que mi control se expandiera y atrapara la mente del controlador de campo. Leí sus recuerdos superficiales, las húmedas mañanas, la niebla, las filas de niños vestidos con sus uniformes, pero di un empujón contundente para llegar más allá e implantar la idea. «Esta chica es una Verde. Ha sido identificada erróneamente como Naranja».

Me aparté, deslizándome fuera de ambas mentes, y desvié la mirada hacia el suelo de baldosas.

—Bien. La clasificación de Naranja ha sido un error —dijo O’Ryan, mientras se volvía hacia un miembro de las FEP—. Trae uno de los uniformes verdes y unas zapatillas. Su identificador es tres-dos-ocho-cinco.

—¿De qué talla, señor?

—¿Importa? —ladró O’Ryan—. Vete.

El médico parpadeó.

—Entonces, ¿no se queda aquí? Me imagino que podría ser... perjudicial para los otros niños si la vieran.

—Con una noche es suficiente. —Se volvió a mirarme y añadió—: Quiero que todos entiendan que no importa lo lejos que corran, porque siempre podremos encontrarlos. Siempre serán devueltos aquí.

«Una noche entera». Por Dios, las drogas que me habían dado me habían noqueado lo suficiente como para perder un día completo. Los militares debían de habernos llevado en avión de vuelta al este, a Virginia Occidental... No se arriesgarían a llevarnos en un transporte por tierra. Eso significaba que... estábamos a... 25 de febrero. Mierda. Tres días para resolver esto.

El médico no me soltó las manos ni me quitó el bozal hasta que el tipo de las FEP estuvo de vuelta y dejó caer el ligero uniforme de algodón y las zapatillas blancas sin cordones sobre la mesa de examen.

—Cámbiate —me ordenó O’Ryan, arrojándome la ropa sobre el pecho—. Muévete.

El olor del rotulador permanente negro me inundó la nariz cuando recogí el uniforme. Traté de reprimir el dolor de la mandíbula. Fuera un músculo o una articulación, me dolía, pero no quería darles la satisfacción de cojear mientras me levantaba y me iba al rincón de la habitación para empezar a cambiarme, consciente de sus ojos en mi espalda todo el tiempo. Empecé por las botas: me las desaté rápidamente, primero la derecha para sacar el lápiz de memoria. Notaba las manos hinchadas y torpes cuando lo deslicé en la zapatilla, fingiendo que ajustaba el velcro. Eran dos tallas más grandes que la mía, al menos, pero no me preocupaba especialmente tener buen aspecto. El odio me abrasó las mejillas cuando me puse contra la pared y me quité la ropa. El uniforme se deslizó sobre mi piel helada como el lado romo de una espada. Cuando terminé, me di la vuelta y mantuve la cabeza gacha.

El FEP que se había ido a buscar el uniforme, Laybrook, se acercó y me agarró del brazo.

—Cabaña veintisiete —dijo O’Ryan, torciendo la comisura de la boca en una sonrisa burlona—. Hemos dejado tu cama hecha porque sabíamos que volveríamos a verte de nuevo. Estoy seguro de que recuerdas el camino.

O’Ryan le hizo una pequeña señal con la mano y él me arrastró, literalmente, fuera de la sala y por el pasillo. Laybrook casi me dislocó el brazo cuando giramos hacia la escalera más cercana. Dios, casi podía verlos... Todos aquellos niños pequeños arrastrados en la otra dirección, sin saber lo que les esperaba. Me vi a mí misma en mi pijama, a Sam con su abrigo puesto.

Era imposible seguirle el ritmo. Me resbalé y prácticamente caí de rodillas cuando alcanzamos el primer rellano. La expresión de Laybrook se oscureció de irritación mientras me agarraba por el cuello de la camisa para levantarme.

«Será así con todos ellos», pensé. «Me escapé..., me escapé y atacé su sistema...». ¿Y ahora qué? ¿Tenían que demostrarme que no volvería a suceder? ¿Que yo era tan pequeña e impotente a los diecisiete años como a los diez? Querían que me quedara en ese rincón sombrío, acorralada, doblada sobre mí misma, aislada de los demás. Querían quitármelo todo de nuevo, convertirme en nada.

Me preparé.

Miré atrás, hacia las escaleras por donde acabábamos de subir y luego hacia el tramo que nos quedaba por delante, en cuyo techo había una cámara negra. En

cuanto estuvimos fuera de su línea de visión, tras doblar la esquina para comenzar a recorrer el siguiente tramo de escaleras, levanté el brazo, lancé el codo hasta la garganta de Laybrook y lo inmovilicé. Miré su rostro atónito a escasos centímetros del mío y me estrellé contra su mente. Su rifle chocó ruidosamente contra la pared y la correa se le deslizó del hombro. El hombre tenía décadas más que yo, y al menos pesaba cincuenta kilos más, pero al final no importó. A partir de ese momento el tipo iría a mi ritmo.

O’Ryan tenía razón en al menos una cosa: recordaba perfectamente el camino de regreso a la Cabaña 27. También recordaba el miedo, por lo que tuve que luchar para mantener el equilibrio cuando el campo entero se abrió frente a mí.

Algunas cosas habían cambiado en los meses transcurridos desde que me había marchado.

El nivel inferior de la enfermería había sido poco más que un pasillo con camas y cortinas, pero ahora todo aquello ya no estaba, y en su lugar había montones de cajas apiladas sin etiquetar. A medida que avanzábamos por el suelo de baldosas, mientras la pieza de plástico que llevaba en la zapatilla hacía clic a cada paso, vi a algunos miembros de las FEP que traían más cajas de las habitaciones traseras y las oficinas. Sus miradas curiosas nos siguieron por todo el recorrido bajo la lluvia torrencial.

Aquel cielo gris metálico resaltaba el verde vibrante de la hierba y de los árboles que rodeaban la valla. La cortina de agua que caía a nuestro alrededor no mermaba el efecto en lo más mínimo, ni tampoco el olor a tierra que de inmediato envió a mis sentidos una sobrecarga de recuerdos viscerales. Me mordí el labio y sacudí la cabeza. «Ahora es diferente», me recordé a mí misma. «Tú tienes el control. Vas a salir de aquí». Traté de encontrar el viejo y familiar aturdimiento dentro del cual había vivido durante mi estancia en este campo, pero no lo encontré.

El suelo empapado se movió bajo mis pies al entrar en el camino fangoso. Miré hacia abajo y me fijé en las zapatillas sin cordones que llevaba en los pies. El número 3285 destacaba en la tela, salpicado de agua sucia y manchas de hierba.

Respiré hondo y me obligué a seguir. «Estás aquí con un propósito. Vas a salir de aquí». Era como cualquier otro operativo. Podría ser difícil y quizá también tendría que luchar. No me iba a derrumbar ahora. No podía tener miedo. No si iba a salvar a los demás.

Tenía frente a mí los círculos de cabañas, que me parecieron más oscuras y más pequeñas de lo que recordaba. Vi los agujeros en los techos, remendados con láminas de plástico deformado. Los paneles de madera de los laterales estaban combados y se iban desprendiendo a medida que caían de los tejados los restos de la última tormenta de nieve. El frío me recorrió el cuerpo como un hormiguelo, pellizcándome la carne y cortándome la piel hasta que finalmente me rendí y empecé a temblar.

Los ladrillos rojos de la torre de control, en el centro de las cabañas, se habían oscurecido bajo la lluvia, pero aún había varios miembros de las FEP en el saliente superior, con las armas apuntando a cada fila de niños empapados que caminaban penosamente por los senderos del jardín. Sus uniformes azules se les pegaban a los hombros y al hueco del estómago.

La mayoría de los niños mantenían la cabeza baja a medida que pasaban por nuestro lado, pero capté unas cuantas miradas curiosas, rápidas como el rayo, bajo la atenta mirada de sus escoltas de las FEP.

Giré sobre mis talones y vi a los soldados al final de la fila que marchaban con la espalda recta y unos movimientos tan coreografiados como rígidos. Llevaban chalecos de color carmesí sobre los uniformes negros.

Guie a Laybrook fuera del camino con una mínima presión sobre el brazo, dejando que el siguiente grupo nos adelantara para llegar a sus cabañas. Una vez más, caminando junto a ellos, delante y detrás de las dos filas rectas, iban los soldados con chalecos de color carmesí. No llevaban pistolas. No llevaban armas de ningún tipo. Un trino de advertencia sonó en mi mente cuando el último grupo se acercó a nosotros y la terrible sospecha se confirmó de golpe.

Los chalecos rojos simplemente acompañaban a los niños, desprovistos de cualquier emoción. Eran jóvenes de rostro todavía redondo y regordete. De mi edad tal vez, o un par de años mayores. Los habían colocado en los lugares que deberían haber ocupado las mermadas fuerzas de las FEP.

Eran Rojos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Había una hora entre el último turno de trabajo, tanto si era en el jardín, en la fábrica, en el equipo de limpieza del comedor o de los lavabos, y el momento de servir la cena. Los niños tenían que regresar a sus cabañas, y a cada grupo se le asignaba un tiempo específico para recorrer la distancia entre los edificios. Era una canción que solo sonaba afinada si el campamento tocaba de forma correcta cada nota. Los niños se movían en ríos azules y verdes, tan profundamente atrincherados en la idea de actuar en conjunto que nunca se salían de la línea para atreverse a interrumpir el ritmo.

«Rojos». Dios, los demás no tenían ni idea. No tenía manera de avisarlos y cuanto más me acercaba a la Cabaña 27, más creía que todo esto se había ido al traste.

Laybrook me siguió hasta la cabaña, abrió la puerta y me la sujetó abierta con forzada cortesía. Entré y contemplé sus ojos pálidos por última vez. Conecté con sus recuerdos sobre la verdad, le implanté escenas en las que me daba palizas y me arrastraba por el suelo, y le hice pensar que era tan duro como él creía. La puerta se cerró de forma automática cuando dio media vuelta y regresó a la lluvia.

Por el silencio que me había saludado al abrirse la puerta, supe que las niñas todavía no habían vuelto. Sin duda, habían terminado hacía poco tiempo en la fábrica para empezar en el jardín y probablemente aún estaban en el barro o esperando en la cerca a que les dieran permiso para moverse.

La cabaña, mi cabaña, era lo bastante pequeña como para limpiarla en un solo turno. Marrón sobre marrón, roto únicamente por las sábanas de color blanco amarillento de las literas. El hedor a moho mezclado con los efluvios corporales eliminaba incluso el débil olor a serrín de la madera. Haces de luz plateada se colaban por las grietas del revestimiento de madera. Una corriente de aire susurró acompañándome a través de las primeras literas hacia la pared del fondo.

Me detuve en mi litera y me invadió de repente una familiar sensación de desesperación. De nuevo, me mordí el labio para no llorar.

La lluvia entraba por una grieta de la pared y había humedecido el colchón. Avancé como si estuviera debajo del agua y me tumbé casi sin notar el tacto de la

tela. Se me atascó la respiración en la garganta y me quedé allí mirando hacia arriba, hacia la parte inferior del colchón de Sam. Tracé con los dedos las formas que había tallado de noche, cuando no podía dormir.

«Los dejaste aquí». Me toqué el pecho para comprobar que el corazón seguía latiendo. «Los dejaste aquí, viviendo en este infierno».

—Para — me susurré a mí misma—. Detente.

No había manera de que pudiera compensarlos por ello. No había forma de volver atrás y cambiar la decisión que había tomado aquella noche, la de tragarme las píldoras de Cate. La única salida era hacia delante.

«Voy a salir de aquí. Voy a llevármelos a todos conmigo».

La puerta de la cabaña se abrió. Entraron en silencio, alineadas en el estrecho espacio del pasillo entre las literas.

Entró un miembro de las FEP y las contó. Luego, con una leve sonrisa, se volvió y me añadió a la cuenta. Las otras sabían muy bien que debían moverse antes de que aquel tipo uniformado se diera la vuelta y cerrara la puerta tras él, pero nada podría haberme sorprendido más que ver a Sam allí, con una expresión en el rostro que se asemejaba a la esperanza.

Llevaba el pelo dorado recogido en una trenza hecha con prisas y el rostro lleno de churretes negros. Parecía cansada, más allá del agotamiento; pero su postura, las manos en las caderas, la inclinación expectante de la cabeza... Era Sam. Por supuesto que era Sam.

—Oh, Dios mío — dijo Ellie, una de las niñas mayores.

Ella y Ashley siempre habían tratado de cuidar a las chicas más jóvenes por todos los medios. Sin su mejor amiga hombro con hombro, casi no la reconocí. Hubo un momento de silencio y luego vino corriendo hacia mí, pasando por encima de las literas que nos separaban. Me alegré de que lo hiciera, porque no estaba segura de poder moverme ni aunque hubiera querido. ¿Cómo era posible que me sintiera tan feliz de verlas y, sin embargo, me aterrorizara lo que pudieran pensar?

—Oh, Dios mío.

Repitió aquellas tres palabras una y otra vez. Ellie se agachó frente a mí, con la camisa verde salpicada de lluvia. Me cogió la cara entre sus manos heladas y aquella leve caricia se convirtió en un apretón feroz en cuanto se dio cuenta de que yo era real.

—¿Ruby?

—Estoy de vuelta —dije medio atragantándome.

Las otras chicas abarrotaban el estrecho pasillo entre las literas, y algunas, Sam incluida, simplemente se arrastraron por encima de los colchones y las literas que nos separaban. Vanessa, Macey, Rachel... Todas ellas se acercaron y me tocaron la cara, mientras yo dejaba las manos inertes en el regazo. No estaban enojadas. No me acusaban. No tenían miedo.

«No llores», me dije sonriendo, a pesar de que me ardían los ojos detrás de los párpados.

—Dijeron que habías muerto —dijo Ellie, aún de rodillas delante de mí—. Por la ENIAA. ¿Qué pasó? Se te llevaron aquella noche y no volvimos a verte.

—Me escapé —les dije—. Una de las enfermeras lo planeó todo. Conocí a otros niños como nosotros y... nos escondimos.

Por ahora solo podía contarles la versión corta de la verdad. Nunca me había molestado en preguntarle a Cate si las cámaras podían grabar sonido, además de vídeo, pero solo la imagen de todas ellas reunidas a mi alrededor ya resultaría bastante peligrosa. Se suponía que no podíamos tocarnos unas a otras.

—¿Pero te han encontrado? —dijo Vanessa con incredulidad, mientras abría como platos sus oscuros ojos—. ¿Sabes si también han cogido a Ashley? ¿Has oído algo de ella?

—¿Qué pasó? —le pregunté, tratando de mantener el tono de voz.

—Se la llevaron a trabajar a la cocina hará... ¿unos dos meses, quizá? —dijo Ellie.

Eso no era nada fuera de lo común. Si había pequeñas tareas específicas, o si necesitaban una mano extra en algún lugar como la cocina o la lavandería, asignaban a los niños verdes de mayor edad, pensando que eran dignos de

confianza, supongo...

—Aquella noche —prosiguió Ellie—, no nos dejaron cenar en el comedor. Y después ella ya no regresó. ¿Sabes si alguien la sacó?

Todas me miraban fijamente, y la esperanza que vi en sus ojos era insoportable. ¿Cómo reaccionarían ante la verdad? No sé si fue la bondad o la cobardía lo que me hizo decir:

—No lo sé.

—¿Cómo es? —preguntó una de ellas—. ¿Cómo es ahí fuera?

Una leve risa se me escapó de entre los labios cuando miré hacia arriba.

—Extraño y muy... ruidoso. Aterrador, violento... pero abierto, de par en par y hermoso. —Levanté la mirada hacia sus caras, ávidas, desesperadas por conocer algo del otro lado de la valla—. Casi listo.

—¿Para qué? —preguntó Ellie.

—Para nosotras.

Después de cenar el pan y la sopa insípida que se servía en el comedor, volvimos a la cabaña, con una sombra roja que seguía nuestros pasos y balanceaba los brazos a ambos lados del cuerpo. Le habían afeitado el pelo y lucía debajo de la gorra una pelusa oscura sobre la piel bronceada. No había nada en sus ojos ni tampoco emoción alguna en su rostro. Durante la cena miré hacia otro lado para que no se me desbocara el corazón, y pillé a Sam haciendo lo mismo. Él estaba de pie detrás de ella. Y ella había dejado caer la cuchara en su cuenco, dejando de fingir que quería comer. Pero después, la vi concentrar la mirada en la espalda de él, devorar su cuerpo con los ojos..., y me sorprendí.

Hasta ese momento había logrado saber lo que les sucedía a los otros. Lo que estaban haciendo. Si estaban a salvo. Si estarían dispuestos a arriesgarse. No podía dejar que eso me distrajera de lo que debía suceder aquí. Pero pensaba en Liam, por ahí solo, tratando de encontrar a sus padres para decirles lo que había sucedido...

Mientras caminábamos de vuelta, rebusqué entre mis pensamientos hasta dar con los recuerdos dulces. La risa en la cena. La luz cálida en la cara sonriente

de Zu. Jude y Nico entusiasmados cuando alguno de sus coches de juguete hechos a mano funcionaba bien. La forma en que Pat y Tommy veneraban la tierra que pisaba Vida. Ver a Chubs en Carolina del Norte por primera vez en meses y saber que estaba vivo. La sonrisa fácil de Cole cuando se acercaba y me alisaba el pelo. Liam. Liam en el asiento del conductor, cantando. Liam besándome en la oscuridad.

«Voy a salir de aquí».

«Voy a vivir».

Sam me seguía ahora por el rabillo del ojo. La piel de alrededor de los labios, muy apretada, le tiraba de las comisuras hacia abajo. Todavía le quedaba una cicatriz, una línea rosada que formaba una leve curva y que unía el labio superior rasgado a la nariz. Pero la cicatriz, lo mismo que ella, se había desdibujado. Y cuando me di la vuelta para mirarla a los ojos, ella se limitó a apartar la mirada.

Sin embargo, conocía a Sam. Un año separadas, tres años desde que le borrara cada recuerdo que tenía de mí, y todavía podía leer en su cara como si fuera mi viejo libro favorito. Se volvía más valiente a medida que pasaba el tiempo, menos insegura ante mi presencia. Detrás de sus ojos claros y brillantes bullían los pensamientos, y empezaba a mirarme desde el momento en que sonaba la alarma a las cinco de la mañana, y luego durante los diez minutos enteros que nos concedían en el comedor para desayunar gachas de avena, y más tarde a mi lado, caminando a través de la humedad y el aire de helado de la mañana, justo antes comenzar la jornada de trabajo.

La noche anterior, cuando habíamos ido al comedor y luego cuando habíamos vuelto, me había fijado en que sufría una leve cojera, pero por la mañana tenía la pierna derecha claramente más rígida y el movimiento era más pronunciado.

—¿Qué te ha pasado? —le susurré, mientras la observaba agarrarse al borde de la litera.

En el momento en que se deslizó de la litera hasta el suelo, se le torció el tobillo. Me incliné para ayudarla a hacer su cama, ya que nadie se había molestado en darme sábanas para la mía, y traté de ver cuál era la causa.

Con su típica crueldad distraída, el miembro de las FEP de la enfermería me había dado un uniforme de verano, pantalones cortos y una camisa, pero los otros

llevaban el de invierno, camisetas de manga larga y pantalones largos. El amplio pantalón ocultaba lo que fuera que la estaba molestando.

—Mordedura de serpiente —respondió Vanessa cuando Sam se dirigió a la fila—. No preguntes. No quiere hablar de ello.

El jardín estaba al otro extremo del campo, frente a la puerta de entrada. La valla electrificada zumbaba cuando uno se acercaba a ella; cuando era más joven, me imaginaba que el zumbido provenía de familias de insectos que vivían en los árboles que nos rodeaban. No sé por qué, pero aquello me hacía más soportable el lugar.

Nuestro escolta rojo era el mismo chico que habíamos tenido la noche anterior, el del pelo rapado y los ojos oscuros y almendrados. A mi lado, Sam, encogida y con las manos fuertemente apretadas a los costados, avanzaba cojeando.

«Les han quitado la vida», pensé mientras cruzaba la valla baja blanca y cogía la pequeña pala de plástico que me habían asignado. Sabía muy poco acerca de cómo los habían... ¿Cómo lo había llamado Clancy? ¿Reprogramado? ¿Reacondicionado? A Mason lo habían destrozado con todo lo que le habían hecho a su mente. Tal vez se habían equivocado con él, o él no había sido lo suficientemente fuerte para soportar lo que le habían hecho.

¿Cuántos Rojos habían participado en el proyecto Jamboree? ¿Era posible que...?

«No. Basta —me ordené a mí misma—, piensa en lo que sea menos en eso».

Uno de las FEP estaba repartiendo gruesos abrigos de trabajo, que nos permitían llevar puestos mientras estábamos allí. Miró el número en mi pecho y pasó de darme abrigo alguno. La Ruby de diez años habría aceptado el castigo, con la mente fija en la sonrisa cruel que el soldado le ofrecía a cambio. Pero la Ruby de ahora no tenía que aceptar nada. La mente de aquel tipo era como el cristal y todo lo que tenía que hacer era pasar a través de él como un rayo de luz. Luego retrocedí, al tiempo que le cogía un abrigo.

Seguí a la fila hasta los montones de tierra que habían levantado allí el día anterior y me arrodillé. La tierra cedió bajo la leve presión y se me metió bajo las uñas cuando clavé la pala hasta la empuñadura para sacar las patatas enterradas. Les limpié la tierra oscura.

Del color de la piel quemada.

Me apreté el dorso de la mano contra la boca, mirando instintivamente hacia los tres chalecos rojos que estaban de pie cerca de la entrada. Miraban impasibles cómo iban entrando los niños de las distintas cabañas y aceptaban sus asignaciones.

¿Eran los mismos Rojos?

Con los dedos aferrados al mango de la pala, miré a mi derecha. Sam solo fingía que trabajaba, alisando la tierra. Después de todo este tiempo, seguían obligándonos a mantener siempre el orden alfabético.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí esos Rojos? —le pregunté en voz baja.

Al principio no estaba segura de que me hubiera oído. Saqué una patata más y la dejé caer en la caja de plástico, entre nosotras.

—Tres meses, tal vez —me respondió, y añadió—: no estoy segura.

Me relajé un poco y solté un leve suspiro. No eran Rojos de Sawtooth. Pero eso significaba que aún había más campos, más instalaciones de reacondicionamiento.

—Y tú..., ¿reconoces a alguien? —susurró Sam, inclinándose como para ayudarme—. Algunos de ellos ya estaban aquí antes.

No podía arriesgarme a mirar de nuevo para confirmarlo. Tampoco estaba segura de poder hacerlo, de todos modos. Los Rojos de Thurmond siempre habían vivido en mi memoria con rostros sombríos. Todos los peligrosos tenían aquella expresión. Pero sabía a ciencia cierta que no había reconocido al Rojo cuya mirada Sam seguía buscando. Y cada vez que lo encontraba, se estremecía y apartaba los ojos. Pero, como un reloj, volvía a mirarlo de nuevo, puntualmente.

—¿Lo conoces? —le susurré.

Dudó un buen rato, tanto que no creí que fuera a responder. Pero, finalmente, asintió.

—¿De antes? ¿Pero de antes «antes»?

Sam tragó saliva y asintió de nuevo.

Una oleada de empatía me recorrió de pies a cabeza, dejándome sin saber qué decir. No podía imaginármelo. Ni siquiera era capaz de imaginar lo que sentía.

Un FEP pasó por detrás de nosotras silbando una melodía, de camino hacia las filas que estaban entre cada parterre de vegetación. El jardín era enorme, al menos medio kilómetro de largo, y requería mucha vigilancia. La máquina de estática chocaba contra su cinturón, balanceándose al ritmo de sus pasos lentos.

Me arriesgué a levantar la mirada de nuevo, dándome cuenta de por qué se me había helado la sangre al verlo. Era uno de los FEP que supervisaban el trabajo en la fábrica: el tipo al que le gustaba pegarse a las niñas por detrás, acosarlas para ponerlas nerviosas y luego castigarlas a la mínima reacción. En aquella época no entendía lo que me hacía a mí, ni a Sam ni a las otras chicas, y simplemente nos quedábamos allí y lo soportábamos en silencio. Ahora, sin embargo..., ahora tenía una idea bastante clara de lo que realmente había estado haciendo, y aquello encendió mi furia. Se paseó por detrás nosotras y Sam se puso rígida. Me pregunté si ella también podía oler el penetrante y ácido tufo a vinagre, mezclado con el del humo de cigarrillo y el de loción para después del afeitado.

No me relajé hasta que estuvo a unas diez niñas de distancia de nosotras.

—Ruby —susurró Sam, ganándose miradas de amonestación de las niñas que trabajaban en la fila frente a nosotros—. Pasó algo... después de que te marcharas, me di cuenta de que algo andaba mal. Conmigo. Mi cabeza.

Concentré la mirada en el agujero que tenía delante.

—No hay nada malo en ti.

—Te eché mucho de menos —dijo—. Mucho. Pero apenas te conozco..., y luego recibo sensaciones, imágenes. Vienen como los sueños.

Negué con la cabeza, luchando por mantener el pulso firme.

«Ni se te ocurra. No puedes. Si alguien se entera... Si ella metía la pata...».

—Eres diferente —concluyó—. ¿No? Siempre has sido...

A Sam la levantaron del suelo y se la llevaron a rastras lejos de mí. Me volví.

El FEP de antes estaba de vuelta y sujetaba con la mano la larga cola de caballo de Sam.

—Conoces las reglas —gruñó—. Trabajamos en silencio o no trabajamos en absoluto.

Por primera vez, vi lo que le habían hecho a mi amiga durante todo el año pasado. La Sam de antes, la que se había levantado por mí en innumerables ocasiones, le habría escupido un insulto o habría tratado de forcejear para soltarse. Habría luchado de alguna manera.

Ahora levantaba las manos sucias de tierra para protegerse, sin siquiera dudarlo. Un movimiento practicado. Encogió todo el cuerpo cuando el tipo la empujó hacia delante y la mandó de bruces al barro. La furia me invadió de golpe. Y entonces ya no fue suficiente para mí saber que tarde o temprano mataría a aquel hombre. Quería humillarlo antes.

Empujé una sola imagen en su mente, un impulso bastante fácil de sugerir.

La parte delantera de sus pantalones de camuflaje negro se oscureció y la mancha se le fue extendiendo por sus piernas. Salté hacia atrás, exagerando el asco para captar la atención de otro FEP que estaba al otro lado de la fila. El hombre se recobró con un estremecimiento y miró hacia abajo despacio, horrorizado.

—Mierda... Mierda...

—Tildon —dijo el FEP que había estado observándolo—: ¿Estado?

—Mierda.

El hombre se sonrojó mientras se tapaba la entrepierna, aparentemente indeciso entre quedarse donde estaba o excusarse para solucionar el problema. Los niños lo miraron a escondidas y luego se miraron unos a otros. Él pareció darse cuenta, por lo que se puso tenso y erguido. Yo había capturado su mente lo suficiente como para hacer que la pierna derecha se fuera por su cuenta a un lado, de modo que el hombre cayera de rodillas justo antes de llegar a la puerta. Los FEP —e incluso el propio Tildon— pensaron que había tropezado con alguien. Aquella imagen fue la última que le implanté antes de deslizarme suavemente fuera de su mente, negándome a mirar mientras se apresuraba en dirección a la torre de control.

«Demasiado», me reprendí a mí misma, la próxima vez tendría que provocar algo más sutil. Pero de lo que acababa de hacer..., de eso no me arrepentía, pasara lo que pasara. Me levanté con gesto vacilante para ayudar a Sam y la guie de vuelta a su puesto. Estaba temblando, me miraba como si supiera lo que realmente había sucedido.

—Arregla todo lo que me hiciste. Por favor. Necesito saber —me susurró.

No me atrevía a mirarla, no quería ver qué expresión mostraba su rostro. Había sido así con Liam, ¿no? Todos los sentimientos, ningún recuerdo. Eso era lo que le había dejado. No era de extrañar que ella se mostrara tan confusa y hostil después de que limpiara su memoria. Debía de haber sido abrumador. Si ella se había sentido solo la mitad de lo cerca que me sentía yo de ella, la extraña sensación de que algo andaba mal debía de haberla torturado a diario.

Me encontré con su mirada suplicante y le devolví la súplica. Y como siempre, ella lo entendió. Una chispa de la vieja Sam salió a la superficie. Unió las cejas y frunció los labios. Aquel era el lenguaje silencioso que habíamos desarrollado en los últimos años.

El FEP que había estado mirando en nuestra dirección, protegiéndose los ojos con la mano para distinguir la forma distante y cada vez más pequeña de Tildon, pasó por encima de los montículos de nuestra fila. Me tensé, esperando ver su sombra proyectada sobre mí. «Inténtalo», pensé. «Inténtalo con alguno de estos niños y verás qué te pasa».

En cambio, se alejó y continuó con la vigilancia que Tildon se había visto obligado a abandonar. Contuve la respiración y deslicé la mano por debajo de la tierra suelta, para coger la de Sam.

Trabajamos de la mañana a la tarde, con solo un pequeño descanso para comer las manzanas y los sándwiches que repartieron para el almuerzo. Devoré la comida con las manos sucias, contemplando los colores cambiantes del cielo.

Y esa noche, mientras yacía en mi cama, debajo de la de Sam, me metí en su mente con la suavidad de un soplo de brisa.

Pensé en aquella mañana en que me había acercado a verla en la enfermería, en la forma en que la etiqueta del abrigo se le había subido hacia el cuello. En el momento exacto en que había tomado sus recuerdos por error. La pesadez que noté en el pecho me pareció tan insoportable como me lo había parecido en aquel

momento.

Las imágenes que ahora tenía en su mente coincidían perfectamente con las mías. Me arrastré hasta ellas, deslizándome a través de las imágenes en blanco que revoloteaban a mi alrededor. Sus recuerdos eran casi demasiado brillantes para poder mirarlos, los jirones demasiado finos para poder aferrarme a ellos. Pero supe qué estaba buscando en cuanto lo vi. El nudo negro enterrado profundamente debajo de los demás. Extendí la mano, lo toqué y presioné hasta que se deshizo.

Si cada recuerdo fuera una estrella, yo estaba de pie en el centro de una galaxia. Debajo de vastas constelaciones de sonrisas perdidas y risas tranquilas. Enteros e interminables días de gris y marrón y negro que habíamos pasado teniéndonos solo la una a la otra.

Había supuesto que ella estaba dormida, pues al tocar su mente la había notado tranquila y serena. Pero entonces apareció un brazo pálido a un lado de la litera y descendió hacia mí. Aquel gesto tan familiar me dejó sin aliento y tuve que apretar los labios para contener las lágrimas, que se acercaban peligrosamente a la superficie. Extendí una mano, alcancé la suya a medio camino y entrelazamos los dedos. Un secreto. Una promesa.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Durante los dos siguientes días, las piezas de mi plan fueron uniéndose unas a otras. Las encajé a toda prisa mientras trabajaba en el jardín, sin hacer caso de las ampollas en las palmas de las manos, y durante los minutos previos a caer desmayada en un profundo sueño cada noche. Saber que todo acabaría pronto, en cuestión de horas, me hizo sentir imprudente de una manera que no esperaba. En cierto modo era demasiado tiempo y, sin embargo, no era suficiente. No podía evitar sentir miedo de que los otros hubieran cambiado el plan original que Cole, Nico y yo habíamos esbozado. Les había dicho: «Primero de marzo», pero... ¿qué pasaba si no podían llegar a tiempo?

¿Y si ni siquiera venían?

Alejé aquel pensamiento antes de que pudiera implantarse demasiado profundamente en mi corazón.

A las seis de aquella tarde me acosté en mi cama, con las manos cruzadas sobre el estómago. El colchón de Sam se movió cuando ella se puso de lado, distorsionando las formas que yo había grabado en el plástico. Levanté la mano y cogí un trocito retorcido de la cubierta de plástico con las uñas rotas. Lo saqué suavemente y le fui dando forma entre los dedos con cuidado, hasta convertirlo en un círculo.

—... Así que la chica, después de que los ladrones decidieran llevársela, se las arregló para robar una de sus dagas y cortar la cuerda que habían usado para atarle las manos... —estaba diciendo Rachel, que era a quien le tocaba explicar una parte del cuento con el que, por turnos, llenábamos la hora antes de que nos llamaran para cenar.

Aquella noche tejó la historia de otra chica sin nombre, en otra situación peligrosa. Cerré los ojos con una leve sonrisa en los labios. Las historias no eran ni mejores ni más originales. Todas seguían la misma trama: niña es tratada injustamente, niña lucha, niña escapa. La máxima fantasía en Thurmond.

El agotamiento físico me mantenía quieta. Por mucho que me hubiera entrenado en el Rancho, las muchas horas de interminable trabajo sin descanso, de escasez de comida y agua, estaban pensadas para drenar la energía que

hubiéramos necesitado para escapar o para luchar. Mi cuerpo era un amasijo de músculos temblorosos, pero me sentía extrañamente tranquila a pesar de que sabía lo que pasaría si daba un paso en falso o si ellos se daban cuenta de todo antes de que pudiera completar lo que me había llevado hasta allí.

«Tengo que salir de aquí».

—¿Ruby? —me llamó Ellie desde su litera en el centro de la habitación—. Te toca.

Me apoyé en los codos y saqué rápidamente las piernas fuera de la estrecha cama. Ejercité un poco la espalda para calmar los calambres mientras pensaba en cómo terminaría el cuento.

—La chica...

Cuando era más joven, le habría pasado el turno a Sam después de añadir solo unas pocas palabras, pero ahora podía resultarme útil. No estaba segura de que lo entendieran, pero esperaba que supieran reconocer la advertencia cuando llegara el momento.

—La chica cortó la cuerda y tiró al bandido del caballo. Tomó las riendas y dirigió el caballo de vuelta por donde habían venido... hacia el castillo.

Hubo un murmullo. Vanessa había pasado la mayor parte de sus quince minutos describiendo la batalla que se libraba fuera de los muros. Había proporcionado la distracción que necesitaban los bandidos para llevarse a la chica.

—Ella aprovechó la oscuridad —le expliqué—, dejó el caballo en el bosque cercano y se arrastró hacia un pasadizo oculto en la pared de piedra. El combate se había detenido una vez que los caballeros negros habían tomado el castillo. Expulsaron a los caballeros blancos, que ya no pudieron ayudar a las familias atrapadas en el interior. Pero nadie se dio cuenta de que una chica pequeña y de aspecto sencillo entraba por la puerta de atrás. Parecía una criada indefensa que llevaba una canasta de alimentos a la cocina. Durante días, permaneció en el castillo, observando. Esperando el momento oportuno. Y entonces llegó. Se deslizó de nuevo al exterior y, tras adentrarse entre las sombras de la noche, abrió la puerta para que los caballeros blancos volvieran a entrar...

—¿Por qué regresó? ¿Por qué no se escapó o se ocultó? —preguntó Sam, con un hilo de voz.

Respiré suavemente, contenta de que al menos lo entendiera.

—Porque —dije finalmente—, sin duda, no podía dejar a su familia atrás.

Las chicas permanecieron en silencio en sus literas, mirándose unas a otras como si se preguntaran lo mismo. Nadie hizo la pregunta... No sé cuántas en realidad se atrevieron a tener esperanzas. Pero tres breves minutos más tarde, la cerradura electrónica de la puerta de la cabaña se desbloqueó. La puerta se abrió y entró una FEP.

—¡En fila! —ladró.

Formamos a toda prisa, en orden alfabético, mirando al frente mientras ella nos iba contando. Después, la FEP les hizo un gesto a las primeras chicas de la fila para que comenzaran a moverse.

No pude evitarlo. Un paso antes de llegar a la puerta, miré hacia atrás. No importaba lo que pasara, esa sería la última vez que viera la Cabaña 27.

Pero cuando entramos por la puerta del comedor aquella noche, no me quedó más remedio que examinar un componente clave de mi plan. Porque, colocada contra la pared que había frente a nosotros, a la izquierda de la ventana donde nos alineábamos para recibir la comida, había una gran pantalla blanca. O’Ryan se puso delante, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la luz azul de un proyector digital reflejada en el cuerpo. Sam me lanzó una mirada nerviosa cuando la escolta de las FEP la empujó hacia nuestra mesa.

La última vez que habíamos visto usar la pantalla había sido durante nuestra primera semana en el campo. Los controladores de campo habían instalado el proyector para enseñarnos la lista de reglas internas. «No se permite hablar durante las obligaciones laborales». «No se permite hablar después de apagar las luces». «Está prohibido hablar con un oficial de las Fuerzas Especiales Psi a menos que él o ella os hable primero». Y la lista seguía y seguía y seguía.

En vez de ponernos en fila para recibir la comida, los FEP nos indicaron que nos sentáramos y que permaneciéramos inmóviles. La energía en la sala era inquietante. No pude leerle la mente a ninguno de los controladores de campo ni a ningún miembro de las FEP.

—Recientemente se han producido algunos acontecimientos —empezó O’Ryan, en un tono de voz lo bastante alto como para llegar a toda la sala— que

afectan a vuestra situación. Prestad atención. Solo se os mostrará una vez.

«El traslado», pensé. Por fin iban a decir que cerraban el campo.

O’Ryan retrocedió cuando las luces disminuyeron un poco. Un equipo conectado al proyector emitió la imagen de un escritorio antes de que se maximizara la ventana de vídeo, y el FEP pulsó la tecla reproducir.

El vídeo no trataba del traslado.

A mi lado, Sam se encogió de verdad y buscó mi mano. Parpadeé de incredulidad, horrorizada.

Era una imagen que no había visto en ocho años: el presidente Gray de pie, en un podio delante del escudo de la Casa Blanca. Sonreía con tanta generosidad que se le formaban hoyuelos en las mejillas. Hizo un gesto, una señal a alguien de fuera del encuadre de la cámara, y la sala repleta de reporteros y cámaras se llenó de voces cuando una mujer de pelo claro, vestida con un traje impecable, se situó junto a él. La doctora Lillian Gray.

—Nunca he sido una persona que se ande por las ramas, ¿verdad? —se rio el presidente Gray.

La primera dama desapareció tras el parpadeo febril de los flashes. Los clics furiosos de los obturadores de las cámaras habrían avergonzado a una ametralladora.

—Me alegra estar de nuevo en Washington, en casa, en esta sala con todos ustedes y con mi bella esposa. En contra de lo que aseguraban las especulaciones absurdas, está sana y salva. —Risas nerviosas en respuesta—. Su presencia aquí significa que, por fin, puedo decir que nuestras oraciones han sido contestadas y ahora tenemos un tratamiento seguro que librerá a los niños estadounidenses de la enfermedad psiónica para siempre —dijo.

Más rumores de la prensa, más flashes de las cámaras. Los niños a mi alrededor estaban demasiado bien entrenados como para no reaccionar más que en forma de jadeos de sorpresa o de miradas fugaces entre unos y otros. La mayoría se limitaban a seguir allí sentados, con una expresión de incredulidad.

—Durante años, Lillian se ha mantenido alejada del público con el fin de realizar una investigación sobre este tema. Ha sido una labor de carácter

confidencial para evitar las interferencias de la antigua banda terrorista, la Liga de los Niños, y de otros enemigos internos. Mientras seguimos buscando las causas de esta trágica enfermedad, pueden estar seguros de que todos los niños podrán someterse a esta operación de salvamento. Ahora mismo les distribuiremos la información detallada sobre el procedimiento.

Unos reporteros trataron de intervenir con preguntas, mientras gritaban el nombre de Lillian tratando, supuse, de convencerla de que se acercara al micrófono. Ella, en cambio, parecía muy ocupada en mirar la alfombra que tenía a sus pies. Quienquiera que la hubiera emperifollado así también había logrado absorberle la vida.

—Como verán en las imágenes y en los informes que hemos incluido, nuestro propio hijo, Clancy, fue el primero en recibir este procedimiento.

Sentí un escalofrío cuando otra forma salió al escenario, guiada por un hombre que vestía traje oscuro. Clancy llevaba la cabeza afeitada y cubierta con una gorra de béisbol decorada con el sello presidencial. Mantenía la cabeza gacha y fuera de la vista, negando a las cámaras que tenía delante una toma clara, hasta que el presidente se apartó del micrófono y le dijo algo. Aún con los hombros encorvados, Clancy finalmente levantó la cabeza. Me recordó a un caballo en el suelo, con la pata rota y atrapada debajo del cuerpo: nunca sería capaz de levantarse de nuevo, y mucho menos correr.

A pesar de todas las cosas terribles que había hecho él y de todas las cosas terribles que había deseado hacerle yo, nunca había imaginado nada parecido. Me quedé muy sorprendida cuando me invadieron, como si fueran olas, distintas emociones, todas demasiado próximas entre sí y demasiado salvajes como para poder distinguirlos. Me sentí asqueada.

Clancy temblaba, empequeñeciendo cada vez más, al tiempo que sus padres sonreían más y más para darles a los reporteros lo que querían: un retrato de familia. «Con cuánta perfección —pensé—, estas personas han hundido a Clancy en su peor pesadilla».

—Recordarán que salió del programa del campo de rehabilitación hace varios años. Desafortunadamente, como con cualquier enfermedad, hay recaídas; y esta es una de las razones por la que no nos hemos sentido cómodos con la liberación de los niños de estos campos. Necesitábamos una solución permanente, y creemos que la hemos encontrado. Habrá más información en el futuro con

respecto a cuándo empezará a llevarse a cabo el procedimiento, y fijaremos una fecha probable para la finalización del programa de los campos de rehabilitación. Les pido, sabiendo ya lo mucho que se han sacrificado y sufrido durante estos largos años, que tengan un poco más de paciencia. Y comprensión. Y fe en el futuro que estamos a punto de presenciar, en el que veremos la reaparición de nuestra prosperidad y de nuestro estilo de vida. Gracias, y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

Antes de que la primera avalancha de preguntas pudiera levantarlo por los aires, el presidente Gray pasó el brazo alrededor de los hombros de Lillian, hizo un gesto amistoso a las cámaras y la condujo fuera del escenario y de la sala antes de que pudiera decir ni una sola palabra.

El vídeo terminó congelado en esa última imagen. Y yo también me sentí atrapada en ese momento.

«No —pensé—. Recuerda por qué viniste aquí. Ahora. Hazlo ahora».

Nuestra escolta FEP, con el ceño fruncido en un gesto de impaciencia, nos dio luz verde para que nos levantáramos y nos pusiéramos de nuevo en fila para recibir nuestras comidas. El vídeo sorpresa me había despojado de mi plan original, pero era bastante fácil recoger los pedazos y volver a montarlos en orden. Estábamos cerca de la cocina, arrastrando los pies hacia delante, cuando noté la mirada de la FEP clavada en mi espalda.

Empujé a Sam, haciéndola caer al suelo. Y por si eso no era suficiente para ahogar hasta el último sonido que nos rodeaba, le grité:

—¡Cállate! ¡Cállate y punto!

Mi voz sonó como un latigazo en el silencio que restalló como una bofetada en el rostro confundido de Sam.

«Sígueme el juego», le rogué, lanzándole una mirada. «Por favor».

Me ofreció un breve movimiento de cabeza. Lo había entendido. Levanté el brazo, como si fuera a golpearla, ignorando a Vanessa, que trataba de cogerme la muñeca para evitarlo. Lo más difícil era no reaccionar contra la FEP, que ahora se dirigía hacia mí, furiosa, cruzando la distancia entre nosotras a grandes zancadas. Lo que acababa de hacer era más que suficiente para que me castigaran.

Más que suficiente para que me expulsaran de la cena.

Las chicas que nos rodeaban mantenían la cabeza gacha, pero su miedo y confusión contaminaron el aire a mi alrededor mientras la mujer me agarraba por el cuello y se me llevaba a rastras. O’Ryan y los demás controladores de campo desmontaban el proyector y la pantalla sin siquiera fijarse en la refriega.

Yo no le había sugerido de ninguna manera a la FEP que me arrastrara a la cocina. Los niños azules que fregaban las ollas y las sartenes saltaron del susto. Varios que clasificaban los ingredientes para las comidas del día siguiente se volvieron, momentáneamente distraídos de su trabajo. Busqué en el techo las cámaras negras y las conté...: una, dos, tres. Una por encima de la ventana de servicio; una cerca de la gran despensa; otra por encima de la mesa metálica de trabajo, donde varios niños pelaban las patatas que nosotras acabábamos de sacar del jardín.

La parte de atrás del comedor daba al bosque, y había aproximadamente tres metros de espacio entre el edificio y la valla. Las cámaras no grababan lo que pasaba allí, solo apuntaban al bosque. Era uno de los puntos ciegos que había aprendido a temer enseguida.

Ella abrió la puerta de atrás con el hombro, y tuve un segundo para reaccionar.

Tiré de la FEP y le retorcí el brazo a la espalda hasta casi partirle el hueso. Ella dejó escapar un ruido ahogado de sorpresa que cortó abruptamente cuando entré en su mente.

Se desabrochó el uniforme; se quitó las botas, la camisa y los pantalones de camuflaje negros, así como el cinturón, la gorra oscura, y lo dejó caer todo al suelo. Me quitó las zapatillas, tratando de igualar el ritmo frenético que había impreso en su mente. Ella cogió mi uniforme cuando se lo di, tirando de él con una mirada de obediencia ciega. Demasiado tranquila. Le implanté la imagen de ella cuando era pequeña, de pie en el centro del campo, mientras los soldados se movían a su alrededor y se le acercaban. Solo cedí cuando se puso a llorar.

El lápiz de memoria se me cayó de la zapatilla a la hierba congelada y lo recogí rápidamente, apretándolo con fuerza en la mano para tranquilizarme, para asegurarme de que estaba allí.

El cambio no había durado más de dos minutos. Dos minutos, tal vez

demasiado tiempo. No podría decirlo... A los FEP se les permitía meternos en rincones oscuros no monitorizados para abusar un poco de nosotros antes de castigarnos de verdad. Si era así como habían interpretado esos momentos perdidos los controladores de campo que observaban desde la torre de control, todo saldría bien.

Guie a la FEP hacia el jardín. Con cada exhalación aguda, mi respiración empañaba de blanco el aire. Mantuve los ojos en las finas cadenas enganchadas alrededor de uno de los postes de la cerca.

Me hubiera gustado decir que yo era lo suficientemente buena persona como para no sentir cierta satisfacción cuando senté a la FEP en el barro frío y la até a la valla, de espaldas a las cámaras de las cabañas cercanas y fuera del alcance de los soldados que patrullaban en la plataforma de la torre. Pero no lo era. Después de ver a tantos niños allí fuera durante horas y horas, simplemente por hablar entre ellos o por mirarlos de reojo en un mal día, quería al menos que uno de ellos supiera lo que se sentía. Quería que uno de ellos viera lo que le habían hecho a Sam cada vez que la sacaban allí fuera.

Cuando dejé atrás los chalecos rojos apostados a lo largo de la ruta de acceso a la torre de control y el comedor, empecé a ponerme nerviosa. De alguna manera, la torre de ladrillo me pareció el doble de alta de lo que en realidad era al acercarme a ella. Sus paredes encorvadas parecieron inclinarse sobre mí aún mucho más amenazadoramente.

«Es un operación», me recordé a mí misma. «No es diferente a cualquier otra operación». La acabaría y volvería a casa.

El FEP apostado junto a la puerta de la torre de control me miró a través de la oscuridad. Los reflectores de la plataforma de vigilancia cruzaban el suelo por delante de mí, barriendo todo el campamento, apuntando a las zonas oscuras donde las otras luces no llegaban.

—Houghton..., ¿qué...?

Asentí con la cabeza, me ajusté la visera de la gorra sobre los ojos y sujeté con una mano el rifle que llevaba colgado al hombro.

—¿Qué...?

Su mente se desplegó en espirales de color verde, blanco y rojo. Yo

necesitaba que acercara su distintivo de seguridad al dispositivo negro que tenía detrás de él, y lo hizo. Y necesitaba que se apartara, así que también lo hizo. Hizo todo lo que pedí, incluso sujetarme la puerta abierta cuando entré.

Crucé el umbral hacia el corazón caliente del campo. El calor de las rejillas de ventilación traspasó las capas de ropa prestada, llegándome directamente a la piel y los huesos. Creo que nunca antes me había sentido tan poderosa en toda mi vida como cuando miré por el pasillo, hacia las escaleras que conducían a la plataforma, dos pisos por encima.

A mi derecha se abrió una puerta, y de ella salió un controlador de campo que sostenía una taza de café entre las manos. La habitación que tenía a su espalda desapareció lentamente, a medida que se cerraba la puerta, pero no antes de que viera el televisor, los sofás y las sillas. La camisa negra del uniforme se le arrugó cuando se llevó una mano a la boca para tapar un bostezo, me echó una mirada amistosa, del tipo «¿qué le vamos a hacer?», medio avergonzada, medio sin remordimientos. Todo el asunto parecía una gran broma.

Sonreí y lo dejé pasar en dirección a la puerta de hojas batientes del otro extremo del pasillo. Después de él, pasé yo. La mitad izquierda de la planta baja del edificio era poco más que una enorme estación de monitorización. Pantallas grandes y pequeñas, cada una de las cuales mostraba un ángulo diferente del campo, se alineaban en la pared del fondo. Una de ellas mostraba una imagen de satélite del clima, otra mostraba un canal de noticias en silencio.

Había tres filas de ordenadores en total, aunque solo la mitad de los asientos parecían estar ocupados. Daba la impresión de que habían empezado a empaquetar las cosas de la sala, de izquierda a derecha, eliminando lentamente las estaciones de trabajo que ya no eran esenciales.

«Para esto necesitaban a los Rojos», pensé. El proyecto había acabado para muchos FEP, y los que se habían quedado, junto con los reclutas más nuevos, se encargaban de trasladar los archivos y suministros antes de la clausura del campamento.

«Céntrate».

Me senté en la segunda fila y conecté el monitor, que mostró un escritorio básico. Me latía la sangre en los oídos, pero tenía las manos sorprendentemente firmes cuando inserté el lápiz de memoria.

La carpeta se abrió y transferí el archivo del programa al escritorio. Al principio pensé que lo había leído mal, pues la ansiedad me nublaba un poco la mente, pero jude.exe arrancó enseguida y apareció en el fondo negro de la pantalla, al lado del icono de la papelera, justo debajo de una etiqueta triangular negra que decía «Seguridad».

Cuando terminó, borré el archivo original del lápiz de memoria, lo tiré al suelo y aplasté la carcasa de plástico con el tacón de la bota izquierda. El reloj, en la esquina inferior derecha de la pantalla, marcaba las 19:20 horas.

Abrí la ventana de símbolo del sistema, escribí «start jude.exe», y el icono desapareció del escritorio.

No pasó nada más.

«Mierda —pensé mirando el pequeño reloj de nuevo—. ¿Ya está? ¿Por qué...?».

El golpe que recibí en la nuca fue tan fuerte que salí lanzada del asiento, pero en el último segundo, antes de estrellarme de lado contra el suelo, una mano me agarró, tiró de mí, me golpeó contra la mesa, me agarró por la garganta y me puso un arma en la cara.

—¡Aquí! —El rostro del FEP se dividió en dos. Parpadeé, tratando de ver bien, mientras más personas entraban en tromba por la puerta abierta—. ¡Aquí!

Me apartó de la mesa y me lanzó al suelo, con la pistola a un centímetro de la frente, para dejarle espacio a un controlador de campo, que se sentó y empezó inmediatamente a teclear. Es decir, que alguien se había dado cuenta. Se había acabado todo, pero yo había hecho lo que tenía que hacer.

Había llegado hasta allí.

Al menos lo había hecho.

En la sala todos estaban alarmados, pero retrocedieron cuando la voz familiar de O’Ryan empezó a ladrar.

—¡Manteneos alejados de ella!

Escribió algo más, abrió la ventana de símbolo del sistema.

—¿Qué has hecho? —me espetó.

Me concentré en su rostro, ignorando el goteo caliente que me bajaba por la nuca. Conseguí enfocar de nuevo la vista, me encogí de hombros y una sonrisa se abrió camino hacia mis labios.

O’Ryan empujó a un lado al otro soldado, que volvió al círculo de FEP y controladores de campo que se mantenían a una cierta distancia con las armas desenfundadas. Me rechinaron los dientes cuando me aplastó contra la pared, exigiendo:

—¿Cuál es tu propósito aquí?

Me limpié la sangre de la comisura de la boca y no dije nada. Nada de lo que aquel tipo pudiera hacerme me daba miedo, ni me hacía sentir pequeña e indefensa.

El controlador de campo se volvió hacia una mujer de las FEP y le dijo.

—Pon en marcha el dispositivo de control de calma.

—El grupo C se encuentra todavía en el comedor —dijo ella—. ¿Deben ordenarles primero que vuelvan a sus cabañas?

—¿No me has oído? —le dijo, resaltando cada palabra.

Ella volvió a su pantalla y escribió furiosamente, terminando con un golpe de su dedo meñique contra la tecla Enter.

—Espera...

Uno por uno, los monitores de la pared se apagaron, y después todas las pantallas de los ordenadores. Las imágenes se fueron desvaneciendo con un siniestro silbido electrónico.

—Inicia el protocolo de prueba de fallos —dijo.

—¿Señor? —dijo ella, sorprendida, pero sin dejar de teclear—. Me han expulsado.

—¿De qué?

—¡Del sistema entero!

—Yo también...

—No podemos acceder...

Yo sabía perfectamente que era inútil, pero no quería admitirlo: aún no había acabado, no estaba lista para que se acabara todo. Las armas de fuego a mi alrededor podrían matarme una docena veces. Estaba absolutamente rodeada de uniformes negros. Los oídos me zumbaban y el suelo temblaba bajo mis pies, pero me habían dejado libres las manos invisibles de la mente, las envié en todas las direcciones como flechas a punto de alcanzar las dianas.

O’Ryan me dio un puñetazo en la cara.

No pude levantar las manos lo bastante rápido como para bloquearlo. Pero él no fue lo suficientemente rápido como para agarrarme cuando me lancé al suelo. Me golpeé el cráneo contra las baldosas, la estática me invadió la visión. Él se inclinó sobre mí, se sacó del cinturón un pequeño dispositivo y lo sostuvo junto a mi oreja derecha. Le escupí en la cara, y él simplemente se rio, aumentando el nivel de emisión de estática.

A mi alrededor, el mundo se hizo añicos. Me agarraron por los brazos y me arrastraron por el suelo a través de una maraña de piernas y sillas. No veía bien, no conseguía borrar del cerebro los sonidos contaminantes. Todos los músculos del cuerpo se me agarrotaron, provocándome calambres, y por dentro empecé a gritar. Grité que aún no había terminado, pero ni siquiera pude oír mis propios pensamientos. La estática me sumergió en un manto de oscuridad y me retuvo en el fondo hasta ahogarme.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Una bofetada me azotó la cara y me arrancó el velo de la inconsciencia. Al abrir los ojos lo vi todo borroso y tuve que entrecerrarlos para protegerme de la luz. Notaba la mente hinchada y blanda, como si me la hubieran separado del resto del cuerpo. Era lejanamente consciente de estar sufriendo espasmos en los músculos de brazos y piernas. El dolor residual me había dejado muda y lenta, y no podía recordar por qué, ni cómo había ocurrido.

El ruido que me abrasaba la mente se apagó abruptamente. Poco a poco, la sala fue cobrando forma a mi alrededor. Suelo de baldosas. Cuatro paredes oscuras. Una lámpara. Dos figuras de negro que entraban y salían de las sombras, hablando en voz baja. Oí un débil chasquido metálico cuando una de las figuras se acercó. Olí la menta del chicle que estaba mascando.

—Pequeña zorra...

Y en ese instante, el recuerdo se estrelló contra mí.

Torre. Salir. Correr.

Giré, tratando de librarme de la silla que me habían puesto encima, pero tenía las manos y los tobillos atados a la estructura de metal. La sacudida de adrenalina inducida por el miedo me aclaró la mente justo a tiempo para que O’Ryan me diera un revés.

—Y ahora que ya tenemos tu atención... —gruñó, poniéndose de pie.

Una ráfaga de aire frío me rozó la espinilla, y miré hacia abajo para ver que me habían subido los pantalones hasta las rodillas. Me habían despojado de la chaqueta del uniforme de las FEP, del cuchillo, de las armas, de todo lo que pudiera utilizar para defenderme. También las botas, aunque no entendí por qué..., al menos hasta que O’Ryan señaló el bastón que llevaba al FEP que estaba tras él.

El otro hombre tomó su señal como una indicación de que pusiera en marcha el dispositivo portátil de estática. Me encabrité como un caballo salvaje, tratando de escapar de aquello, de la forma en que me borraba la mente.

«Puedo... Puedo...». ¿Qué podía hacer? ¿Qué?

—¿Quién te ha enviado? —preguntó O’Ryan—. ¿Cuál es tu propósito aquí?

—Decirte... —comencé a articular, aunque las palabras no sonaron tan furiosas al salir de mis labios como dentro de mi cabeza. El controlador de campo se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos—. Decirte... que te jodan.

La estática aumentó, más intensa, más alta, como balas que impactaban contra mis sienes. No pude reprimir un grito. El sudor me corría por la espalda, por el pecho. Se convirtió en un patrón: angustia, dolor, angustia, dolor. No podía respirar. Tuve que luchar para mantener lejos el dulce vacío de la inconsciencia. No podía dormir. No podía librarme de ese instante. Iban a matarme. No podría conseguirlo... No podría conseguirlo...

—¿Quién te ha enviado?

—¡Vete a la mierda! —le grité a la cara.

Me preparé mientras él levantaba el brazo, pero no pude hacer nada ante la explosión de agonía estática que estalló en mí cuando me golpeó con la porra en la espinilla. Grité y tiré de las correas, que me laceraron la piel. Oí el crac, lo percibí dentro de la cabeza y fue como si el cráneo se me dividiera en dos. El FEP que estaba detrás del controlador de campo simplemente observaba impasible mientras O’Ryan golpeaba de nuevo sobre el hueso roto, sonriendo mientras yo vomitaba en el suelo.

Levantó el brazo de nuevo, deteniéndose justo a un centímetro de mi pierna, con una sonrisa burlona en el rostro. En silencio, le hizo un gesto al FEP, que conectó el dispositivo de estática otra vez.

—No ha sido la Liga de los Niños —dijo O’Ryan por encima del huracán de sonido que me trituraba los nervios sobrecargados—. No han podido ser ellos. Entonces, ¿quién?

Escuché el eco de la estática incluso cuando la desconectaron, chispas blancas detrás de mis párpados.

—Respóndeme, tres-dos-ocho-cinco —dijo inclinándose sobre mi cara, empujando contra mi mejilla el lápiz de memoria destrozado—. ¿Qué había aquí? Dímelo, y te prometo que vivirás.

«Quiero vivir».

O’Ryan me agarró la barbilla.

—Tres-dos-ocho-cinco, sabes que no tengo reparos en cargarme a los de tu tipo.

«A los de mi tipo».

Naranja. Aspiré una bocanada de aire, mientras me lamía la sangre que me caía de la nariz sobre el labio reventado. Naranja.

Se volvió de nuevo hacia el FEP y le hizo una seña para que continuara. La pierna exigía mi atención, quemando mi concentración, pero miré hacia el hombre más joven y contacté..., contacté...

O’Ryan levantó el dispositivo de estática con una mano y la pistola con la otra.

—¿Qué prefieres?

«Tengo que salir de aquí».

Acercó la pistola, la deslizó por mi garganta, por debajo de la barbilla. Con el dispositivo de estática me rozó el lóbulo de la oreja.

—Nada me daría mayor placer que ver cómo se te sale el cerebro por las orejas y cae al suelo. Dime por qué estás aquí, tres-dos-ochocinco, y pararé. Todo habrá terminado.

«Quiero vivir».

El edificio tembló, lanzándolo hacia atrás un paso y haciendo vibrar la mesa y la lámpara que colgaba sobre nosotros. Se oyó el tableteo de unos disparos lejanos. Una extraña y dulce sinfonía de esperanza.

Unos pasos retumbaron por el pasillo en dirección a la salida. O’Ryan se apartó de mi lado y fue hasta el falso espejo que recubría la pared, pegando la cara con las manos a los lados de los ojos para tratar de ver a través de él. Golpeó contra la superficie del espejo, esperando. La visión se me iba reduciendo de nuevo, se volvía más y más negra. La puerta de la esquina, por la que habíamos entrado, no

tenía pomo. Solo se podía abrir desde el exterior.

Cerré los ojos, apreté los puños contra una segunda oleada de náuseas.

«Quiero vivir».

«Quiero vivir».

«Quiero vivir».

—Ruby —grazné.

O’Ryan se volvió lentamente.

—¿Qué es eso, tres, dos, ocho, cinco? ¿Ahora estás lista para hablar?

—Mi nombre es Ruby —dije con los dientes apretados.

Volqué la silla, golpeándome contra el suelo, y una punzada de dolor me laceró el cuerpo. Desplegué la escena en mi mente y capté la realidad con un retraso de medio segundo.

El FEP de la esquina de la sala levantó la pistola y disparó tres veces. Falló el primer disparo y rompió una parte del cristal que había detrás de O’Ryan, pero acertó al segundo y al tercer intento. Pecho. Cabeza.

O’Ryan consiguió disparar una vez, acertando al FEP en la garganta antes de caer contra el falso espejo.

Debí de desmayarme durante unos segundos, tal vez minutos. La torre de control estaba extrañamente en silencio, y el único sonido que oí cuando salí a la realidad de la superficie fue el ritmo lento y constante de mi propio corazón.

«Muévete», me ordené a mí misma. «Muévete, Ruby, muévete».

Avancé lenta y agónicamente por el suelo hasta el cuerpo de O’Ryan. Necesitaba el cuchillo de su cinturón para cortar las cuerdas que me ataban los pies y las manos, pero eso significaba arrastrar la silla a través del charco de sangre coagulada debajo de él. Serré frenéticamente las cuerdas, mientras movía el cuchillo a ciegas detrás de mí, y me corté las palmas de las manos.

Aspiré una bocanada de aire áspero y miré hacia abajo; la imagen de la carne de mi espinilla me provocó náuseas, y mi cuerpo recordó de repente el dolor. Me levanté y cojeé hasta la puerta, pero tenía razón, no había pomo, y las bisagras estaban al otro lado.

Cogí la pistola de O’Ryan y me coloqué en la pared opuesta, utilizándola como apoyo para el retroceso del arma. La reverberación me recorrió los brazos y los hombros cuando el cristal estalló en pedazos. Por seguridad, quité los restos del marco de la ventana. Apoyé las manos en la cornisa y me arrastré hacia arriba hasta que me subí en ella. Los fragmentos de cristal que quedaban me desgarraron los brazos y las piernas justo antes de desplomarme en el pasillo.

La pistola se me cayó de las manos. La busqué entre el montón de cristales del suelo que había a mi alrededor. Y conseguí aferrar la empuñadura con los dedos en el mismo instante en que me llegaba a los oídos el chirrido de la goma contra las baldosas.

Rodé sobre la espalda, levantando el torso lo suficiente como para ver la oscura figura que corría hacia mí. Busqué el seguro del arma para comprobar que lo había quitado. La andanada de disparos al otro extremo del pasillo me calentó la sangre, concentrándome en el instante. Vi el uniforme negro y coloqué el dedo en el gatillo. Estaba saliendo de allí... Estaba saliendo de allí...

—¡No dispaes!

Las luces se apagaron, dejando el edificio en total oscuridad, pero yo le había visto el rostro mientras se quitaba el casco. Al principio pensé que veía a un fantasma, y de alguna manera, la realidad se me antojaba aún más imposible.

«Liam».

—¡Deja de hacer eso! —lloré, soltando el arma, aterrorizada—. ¡Casi te mato!

Tenía el rostro extremadamente delgado, prácticamente consumido hasta el hueso. Corrió hacia mí, cayendo de rodillas y gateando el último metro de distancia que nos separaba. Noté sus manos en todas partes a la vez, sus labios en los míos, en las mejillas, en la frente, en todos los rincones a los que podían llegar. Respiré su olor aferrándome a su camisa empapada, incapaz de procesar el simple hecho de que él estaba aquí, de que estaba bien.

Se movió, rozándome la pierna, y no pude evitar el grito que se escapó de mi

garganta.

—Mierda, mierda, lo siento, lo siento —dijo Liam, mientras buscaba la radio que llevaba sujeta a la chaqueta—. La he encontrado... ¡Papá, necesito tu ayuda!

Todo ocurrió casi demasiado rápido. Los pasos resonaron contra el suelo detrás de mí, y cuando Liam miró hacia arriba, fue como si la ira de su impotencia cobrara forma y le crecieran dientes. Sacó la pistola de la funda que llevaba atada a la pierna y noté un escalofrío. Reconocí la oscuridad en su expresión, pues la había visto demasiadas veces en su hermano. Mi mano voló para agarrar la suya y dejar la pistola donde estaba.

«Tú no, Liam. Ahora no. Ni nunca». Él no era un asesino. Perderse a sí mismo en un solo instante lo quebró en su núcleo. Como un hueso que sanara torcido en su interior, hasta cambiar de forma.

Vi el momento en que volvió en sí, el momento en que relajó las fosas nasales y se le aclaró la mirada. Cuando levantó la vista hacia el FEP que corría hacia nosotros de nuevo, esta vez lo agarró e hizo que el soldado se estrellara contra la pared más cercana. Quedó fuera de combate.

Cuando volvió a mirarme, dejó escapar un suspiro tembloroso. Suavemente, con un nivel de atención que no concordaba con lo que había hecho apenas un segundo atrás, inspeccionó los cortes en mis brazos y maldijo. Yo temblaba, pero debió de confundir el dolor con el frío porque se quitó la chaqueta y me la puso encima, tapándome hasta la garganta para atrapar el calor en el interior. Me tragué el sollozo que me empezaba a brotar en el pecho.

—¿Por qué tenías que ser tú? —me exigió—. ¿Por qué tenías que ser tú?

—Lo siento —le susurré. Por Cole, por hacerle venir aquí, por todo, por si la oscuridad regresaba y yo no podía decírselo entonces—. Lo siento, te amo, te amo tanto...

Liam me besó de nuevo.

—¿Ahora ya podemos largarnos de aquí de una puta vez? —dijo alguien.

Otra figura de negro apareció en el rellano de la escalera, con los hombros encorvados mientras recuperaba el aliento. Cogí mi arma, pero Liam me agarró la mano.

—Por aquí...

Vi un destello de piel negra, una cara bonita y canosa que corría hacia nosotros.

—¿Está bien?

—No... mucho —dijo Liam, inclinándose hacia atrás para que su padrastro pudiera verme la pierna. Y entonces me dijo—: Pero te pondrás bien, ¿me oyes?

—¡Uy, querida, menuda pinta! —dijo Harry, agachándose para examinarme—. Te sacaremos de aquí, ¿de acuerdo?

—Tengo que salir de... Tengo que salir de aquí —le dije, con la mente empañada por el dolor—. Tengo que salir de aquí... por mi propio pie.

Intercambió una mirada tensa con Liam.

—Necesitamos algo para ponerte en esa pierna —comenzó a decir Liam, mirando a su alrededor.

—No hay tiempo para eso —dijo Harry—. Habrá médicos en el punto de encuentro.

—Tengo que salir de aquí andando.

No me importaba lo loca que pudiera parecerles aquella idea, tenían que entenderlo. Cole lo entendería..., lo habría entendido. Ahora Cole era el pasado. Cerré los ojos y apreté los párpados.

Cuando los abrí de nuevo, Harry hablaba por una radio que llevaba sujeta al hombro izquierdo.

—Aquí Stewart. La tenemos. Procediendo para salir. Tiempo estimado de llegada tres minutos.

Hubo una oleada de respuestas estáticas.

—Está bien, cariño, voy a levantarte —dijo Liam, poniéndose de pie—. Apóyame los brazos en los hombros, así.

Fieles a su palabra, me ayudaron a sostenerme sobre la pierna buena una vez que conseguí ponerme en pie.

No recuerdo haber recorrido el pasillo, solo recuerdo cómo me sentía cada vez que movía hacia delante la pierna derecha. El aire frío de la noche en la piel, las gotas de lluvia. Olí el humo que espesaba el aire.

Más adelante, había un río de Verdes y Azules que salían por la puerta principal del campo. Los niños caminaban rápidamente por entre los uniformes de negro con las bandas blancas en las mangas. Me enorgullecía lo tranquilos que estaban, la forma en que escuchaban las instrucciones que se les daba, a pesar de estar medio aterrados o en pleno estado de *shock*. Thurmond, al menos, los había entrenado para hacer eso y más.

—Los Rojos... —traté de decir.

Vi el cálido resplandor de un fuego en el otro extremo del campo, donde se quemaba la fábrica.

—Ya nos hemos ocupado —dijo Harry, dándome un suave apretón en el brazo que yo le había pasado por los hombros—. Ha sido un infierno de lucha.

—¿Heridos?

—Todo el mundo está bien —me prometió.

Dejó escapar un silbido agudo, y la silueta de negro que estaba más cerca se volvió, con aire expectante, y corrió hacia nosotros. Se movía con una especie de gracia animal, con los brazos como pistones a los lados y las botas pulverizando el barro por todas partes mientras pisoteaba los charcos de lodo espeso y negro.

No podía verle la cara a través de la cortina de lluvia, pero la reconocí.

Vida.

Se habría estrellado contra nosotros si Harry no hubiera interpuesto una fuerte mano para atraparla.

—¡Con cuidado! —advirtió Liam, protegiéndome con su cuerpo cuando Harry me soltó suavemente y se apartó.

Vida ocupó el lugar que él había dejado libre y me rodeó con los brazos.

—Mierda —dijo—. Te voy a matar, de hecho te voy a estrujar ese cuello. Te voy a..., a...

—Voy a barrer el comedor por última vez para comprobar si hay rezagados —dijo Harry—. Mac, John y yo cerraremos la marcha.

—Nos vemos en el punto de encuentro —dijo Liam—. Ruby, deja que te lleve, por favor...

—Tengo que caminar. —Me dolía la garganta, las palabras me salían como graznidos—. ¿Puedes ayudarme?

Ya había comenzado a apoyarme contra su costado cuando Vida lo detuvo, se puso a mi otro lado y entre ambos me ayudaron a andar.

—Lo que quieras, siempre y cuando eso signifique sacarte de esta maldita fábrica de pesadilla. Quiero decir, vaya puta mierda, Bu.

Nuestro progreso por el barro fue lento y torpe, pero nos tambaleamos hacia delante, a la deriva entre las prisas de los niños que salían corriendo en dirección a la puerta que ahora estaba abierta de par en par.

Llovió el día en que nos llevaron a Thurmond. Y llovió el día en que me fui.

Al no poder quitarme el frío de encima, supe que tenía problemas. No dejaba de temblar. Mientras caminábamos por el bosque, siguiendo a los niños que iban delante de nosotros, a los uniformes de color negro con las bandas blancas, los temblores me paralizaron los músculos y se apoderaron de mis extremidades.

Vida miró a Liam y aceleraron el ritmo.

—Duele —susurré.

—¿Quieres parar? ¿Descansar? —preguntó Vida—. ¿Es la pierna?

Negué con la cabeza.

—Todo.

Para llenar el silencio, o para distraerme, Liam trató de explicarme lo que había sucedido.

—Mamá me dio el número para ponerme en contacto con Harry, para decirle..., para explicarle lo de... Cole. Ella me dijo cómo encontrarlo. Me esperaron, pero para entonces yo ya sabía que debería haber vuelto, que quería volver. Sin embargo, cuando llegamos al Rancho, tú ya hacía tiempo que te habías ido. Chubs estaba fuera de sí y también Zu... todos ellos. Nico los mantuvo unidos hasta que llegamos.

—Puto Clancy —dijo Vida—. Putos Gray. Emitieron aquella declaración, él y su madre...

—La vi —le dije, aunque en ese momento no quería entrar en detalles ni me sentía capaz de hacerlo.

—¿Cómo lo hiciste...? No importa, no importa —dijo Liam—. Ya me lo contarás más tarde, cuando todo esto termine.

—Cole... —empecé a decir, aferrándome aún más a su hombro.

Contrajo el rostro con una punzada de dolor.

—Más tarde, ¿de acuerdo? No estamos demasiado lejos. Tuvimos que acercar el punto de encuentro... Demasiados niños que sacar de aquí. Me gustaría que lo hubieras visto... Amplify emitió por todas partes la información que les dimos. Televisión, Internet, el código de señales... Bombardearon el mundo entero con la verdad.

—Vamos a ver si funciona de verdad —murmuró Vida—. A ver si hay padres esperándolos.

—Estarán esperándolos —insistió Liam.

No importaba la cantidad de pasos que diera, todavía sentía como si estuviéramos cada vez más lejos de las luces que se filtraban a través de los árboles. Supe que Liam estaba en lo cierto cuando el primer helicóptero apareció sobre nosotros, proyectando una luz hacia abajo y levantando el viento y la lluvia. Fue cegador... No podría decir si pertenecía a los militares o las cadenas de noticias.

Se produjo un estruendo, un zumbido sordo de energía y un sonido que apenas fui capaz de detectar bajo el timbre estridente que me perforaba los oídos. Era como si pudiera escuchar el pulso del mundo que me rodeaba, latiendo bajo mis pies. Más adelante vi otras luces, todas dirigidas hacia nosotros.

El equipo de asalto, niños y adultos por igual, había detenido al enorme grupo un poco más allá de la línea de árboles. Había edificios cerca, probablemente era el centro de la ciudad abandonada de Thurmond, en Virginia Occidental. Liam y Vida me llevaron a través del mar de cuerpos quietos, avanzando hasta la parte delantera del grupo.

Tres mil niños distribuidos entre los árboles como una capa de nieve, tapando cada hueco. Supe que estábamos cerca porque alguien cogió un megáfono y ladró:

—¡Permaneced donde estáis! ¡Cualquier avance será visto como un signo de agresión hostil!

Pero si las fuerzas armadas nos veían, también las familias que se habían reunido tras de ellos.

Volvimos a avanzar despacio, pero a un ritmo constante. Por fin, a través de las luces cegadoras que teníamos delante, comenzaron a distinguirse algunas formas.

Alguien había instalado dos grandes carpas blancas. Las sirenas de las ambulancias y de los coches de policía destellaban, azul, rojo, azul, iluminándonos el rostro e iluminando también la doble fila de soldados que se interponían entre nosotros y cientos —si no miles— de personas.

Parpadeé, tratando de aclarar los pensamientos. Aquello estaba bien..., así era como se suponía que debía ser. Alice habría lanzado su última explosión de información durante el asalto, incluyendo los nombres de los niños que estaban en Thurmond y el lugar donde podrían ser recuperados. Había asumido que también los militares aprovecharían dicha información para responder, y yo había tenido razón. Los soldados, la Guardia Nacional, la policía y las FEP por igual habían asumido una postura defensiva, protegidos por antidisturbios.

—Dejad las armas, tumbaos en el suelo y cruzad los dedos en la nuca —ordenó el mismo hombre—. Cualquier avance más será visto como un signo de agresión hostil y abriremos fuego.

Seguimos avanzando hacia los hombres y mujeres vestidos con uniformes de camuflaje, hacia los pocos uniformes negros de las FEP, hasta que estuvimos a menos de trescientos metros de distancia.

Los escudos de plástico de los antidisturbios formaban una verdadera pared frente a nosotros, pero no ocultaban que los ojos de los soldados parpadeaban y mostraban incertidumbre.

La fila que tenían detrás iba armada y estaba preparada para cumplir exactamente las amenazas del oficial. Las bocas de los cañones estaban cuidadosamente colocadas en los espacios entre los escudos. Permanecían espalda contra espalda con una fila del FBI y de policías uniformados que se enfrentaban a la multitud de periodistas y civiles. Cámaras..., flashes..., había cámaras por todas partes, grabando y fotografiando a los hombres y mujeres que trataban de interponerse en la posible trayectoria de los disparos o de aplastar en tromba a los dispositivos desplegados.

La hélice del helicóptero anunció su llegada mucho antes de aparecer en el cielo. Su reflector nos barrió varias veces, como si buscara a una persona en particular. Un soldado sentado en el borde de la puerta abierta cargaba un rifle automático mientras analizaba la situación.

El oficial al cargo se colocó a la izquierda, detrás de las dos filas de soldados. Llevaba un teléfono vía satélite pegado a la oreja; aparecía y desaparecía de nuestra vista, como si al agacharse pudiera de alguna manera ahogar el ruido que se elevaba de la multitud detrás de él.

«Nombres», pensé, obligándome a mirar más allá de las armas y de los escudos, hacia los rostros de angustia y esperanza que había tras ellos. Uno de los niños reconoció a alguien, claramente, porque se lanzó hacia delante con un grito de:

—¡Mamá, mamá!

—Túmbense en el suelo y crucen los dedos de las manos en la nuca —gritó el oficial por el megáfono—. ¡Háganlo ahora, ahora!

—¡Aquí! —respondió una mujer—. ¡Estoy aquí! ¡Emily, hija mía, estoy aquí!

Ver la cara del soldado directamente delante de mí fue como ver un arroyo que se convierte en río: la emoción rugió a través de sus ojos, y ni siquiera el

resplandor del reflector del helicóptero pudo disfrazar la mirada que le lanzó a la mujer, que estaba luchando contra los tres agentes del FBI que la empujaban contra el suelo. Los civiles que estaban más cerca trataban de alejarlos de ella.

El soldado ya había pasado su juventud hacía tiempo; la barba de sus mejillas curtidas era canosa, como las densas cejas sobre sus ojos de color azul pálido. Se dio la vuelta, ignorando los movimientos incómodos de los hombres y las mujeres más jóvenes que tenía a la izquierda y a la derecha, esperando ansiosos la siguiente orden. Dirigió la mirada a la niña, que estaba a unos pocos metros de mí. La pequeña lloraba y seguía gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Tenía los rizos oscuros pegados a las mejillas húmedas.

El soldado sacudió la cabeza. Un movimiento simple y lento. Sacudió la cabeza y dejó que el escudo antidisturbios cayera hacia delante en el barro. De alguna manera, aquel sonido cortó todos los demás. Se agachó, dejó el rifle automático en el suelo y se irguió cuan alto era, sacando pecho mientras esquivaba la mano del soldado que tenía al lado, el cual, estupefacto, había levantado a medias un brazo para detenerlo.

Pasó por encima de su propio escudo, mientras soltaba de un tirón los cierres de su chaleco antibalas. La luz del helicóptero lo iluminó cuando se acercó hacia nosotros lentamente, mostrando que iba desarmado. Le tendió la mano a la niña, y, tras un momento de vacilación, ella se la cogió y le permitió que le pusiera el chaleco. Se quitó el casco y, aunque era demasiado grande para ella, se lo puso de todos modos, ajustándole la correa con firmeza bajo la barbilla.

El soldado la abrazó y ella le echó los brazos al cuello, como si confiara por completo en él. Mientras la llevaba de vuelta a la línea de soldados, el oficial al cargo se sacudió su estupor lo suficiente como para darse cuenta de que debería estar gritando órdenes. Lo intentó. Nadie, ni uno solo de nosotros, lo escuchó. Me oí el corazón en los oídos, más y más fuerte, y contuve la respiración.

Con la niña en brazos, se abrió paso entre los soldados que trataban de cerrar la brecha que había dejado en la fila, hasta que, finalmente, los pocos agentes del FBI que aún retenían a la mujer la liberaron. Ella alcanzó al soldado a medio camino y este dejó a la niña en sus brazos.

Cuando Liam levantó la mano y me apretó ligeramente el brazo que yo tenía

en torno a su cuello, me di cuenta de que, a mi alrededor, los niños se movían de nuevo. La grieta en la línea de soldados se expandió cuando dos niños siguieron el mismo camino que había tomado el soldado, luego tres niños, cuatro...

El oficial gritaba por el megáfono, pero, a excepción de unos pocos, los soldados fueron levantando sus escudos antidisturbios y girándolos a un lado. Los niños cruzaron las filas como ríos de agua, de la misma manera que habían fluido a través de los árboles: buscando las aberturas, reuniendo coraje, pasando por su lado.

Vida dijo algo que no pude oír. Me pesaba la cabeza demasiado como para que el cuello aguantara su peso, y ambos trastabillaron cuando mi pierna izquierda cedió. Liam trató de abrirme los párpados. Tenía tanto frío... ¿Por qué, entonces, sudaba tanto?

Me levantaron completamente, llevándome a través de la multitud de familias. A más de una de aquellas familias se le había ocurrido escribir carteles con el nombre de su hijo, usando esas extrañas frases impensables como «Bienvenido a casa» y «Te queremos».

Cuando abrí los ojos, el primer rostro que vi fue el Chubs. La palabra que vi formarse en sus labios fue *shock*. Y Cate... Allí estaba Cate, con la mejilla amoratada y lágrimas en los ojos. Me tomó la cara entre sus manos y me habló mientras me levantaban del suelo.

Las luces azules, rojas, azules, blancas le teñían la piel. Yo sabía que íbamos corriendo, pero no sentía nada, ni siquiera cuando me levantaron de nuevo, esta vez más arriba y me depositaron sobre una superficie suave. Caras desconocidas. Luces intermitentes, sonidos entrecortados, voces, Liam...

La ambulancia. Liam intentó subir conmigo, pero lo obligaron a salir cuando trajeron a dos de los miembros del equipo de asalto, uno con el brazo torcido en un ángulo antinatural y el otro sangrando profusamente por la frente.

—¡Vendré a por ti! —me gritó Liam mientras se bajaba de la ambulancia—. ¡Te encontraremos!

Los paramédicos me empujaron por los hombros para tumbarme en la camilla. Liam estaba a un par de metros de distancia y Chubs lo tenía cogido por los hombros tratando de calmarlo, impidiéndole avanzar hacia la ambulancia. Chubs vio el pánico creciente en su rostro tan bien como yo.

Las puertas se cerraron de golpe y conectaron la sirena.

—Dime cómo te llamas. ¿Puedes decirme tu nombre? —me preguntó la paramédico, una mujer joven que me examinó con gesto grave—. Tenemos una posible fractura transversal de la tibia derecha. Cuatro, cinco, seis laceraciones, de cuatro a seis centímetros de largo en el torso superior e inferior. ¿Puedes decirme cómo te llamas? ¿Puedes hablar?

Negué con la cabeza, pues notaba la lengua como una piedra.

—¿Sientes dolor?

Asentí con la cabeza.

—Presión arterial baja, pulso rápido, *shock* hipovolémico... ¿Puedes...?

Uno de los hombres que estaba tendido en el suelo bloqueaba el cajón que ella tenía que abrir, pero se lo abrió con el brazo sano, pasándole lo que parecía una hoja grande de papel de aluminio. La mujer me tapó con ella, mientras otro paramédico me ponía una vía en el brazo y empezaba a vendarme.

La extraña manta me atrapó en una pequeña bolsa de calor. Empecé a temblar cuando el dolor se despertó de nuevo.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —me preguntó la mujer. Gruñí mientras me la levantaba para ponerme una especie de rodillera—. ¿Puedes decirme qué te ha pasado en la pierna?

—Me duele —dije atragantándome.

Me tomó la cara entre sus manos y me sentí salvaje, casi desquiciada, mientras la miraba a los ojos.

—Estás bien, estás a salvo. Vamos a cuidar de ti. Estás a salvo.

Uno de los soldados que estaba en el suelo levantó la mano ensangrentada y me la apoyó suavemente en la muñeca.

—Eres una buena chica —dijo—. Eres una chica buena y valiente. Has hecho un buen trabajo.

—Ahora estás a salvo —repitió la paramédico—. Vamos a cuidar de ti.

El muro que había construido contra el dolor, el miedo y la ira se derrumbó finalmente y empecé a llorar. Lloré del mismo modo en que lo había hecho en el garaje de la casa de mis padres aquella última mañana antes de que se me llevaran, y grité, porque era un alivio no tener que aguantarme más, no tener que fingir.

No tenía por qué permanecer despierta ahora que ya había llegado la primera ola de paz.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Durante días, me sentí como si estuviera atrapada dentro de mi propio cuerpo.

Hubo momentos, pocos y distantes entre sí, en los que podía sentir que me estaba despertando, acercándome a la superficie de la realidad. Sonidos desconocidos, clics, siseos, pitidos... Caras detrás de máscaras de papel azul. Techos que pasaban por encima mí. Tuve los sueños más intensos de mi vida, frecuentados por personas a las que no había visto en años. Me monté en el asiento delantero de una camioneta negra, con la frente pegada al cristal. Vi el océano. Los árboles. El cielo.

De la misma manera que la tierra siempre se endurece de nuevo después de la lluvia, me sentí solidificar otra vez, convertirme en un todo hecho de pedazos. Y una mañana, simplemente me desperté.

En una habitación llena de sol.

Parpadeé. Noté el cuerpo pesado y la cabeza lenta cuando me volví hacia la fuente de la luz. Una ventana, cuyas cortinas enmarcaban la rama en plena floración de un cornejo cercano. Las paredes estaban pintadas de un relajante azul claro que marcaba un extraño contraste con el gris oscuro de las maquinas que zumbaban a mi alrededor.

Un hospital.

Me obligué a levantarme, venciendo con unos suaves tirones la resistencia de los cables conectados al dorso de mi mano. Me habían puesto una fina sábana blanca por encima, y tuve que usar la pierna izquierda para quitármela y poder inspeccionar el nuevo e inesperado peso que me oprimía la derecha. Un molde de yeso. Un largo camión de franela. Debajo, los brazos fuertemente vendados, y también un vendaje que me tiraba en la clavícula. Extendí la mano para tocar el relleno de gasa.

Me relajé, escuché solo por un momento el sonido de la calle allí abajo, la corriente de voces al otro lado de la pared. Una parte de mí sabía que debía tener miedo, pero estaba demasiado cansada como para considerar siquiera esa

posibilidad. Cuando ya no pude soportar el sabor amargo de la boca y la garganta seca, alcancé el vaso de agua que estaba en un estante cercano y me lo bebí de un trago, casi derribando un pequeño jarrón de flores.

Había unas muletas apoyadas contra la pared de enfrente, bajo un televisor montado en el techo. Pero en el momento en que empecé a sacar los pies por el borde de la cama, la puerta se abrió.

No sé quién se sorprendió más, si yo o la mujer menuda y de pelo gris que entró con una pequeña bandeja de comida. Sus ojos verdes se abrieron como platos.

—¡Estás despierta! —dijo cerrando la puerta rápidamente tras ella.

Luego se volvió hacia mí, con el rostro absolutamente radiante. La miré fijamente, devorándola con los ojos. «Confunde mi silencio con angustia o confusión», pensé, porque enseguida dejó la bandeja en la mesa y arrastró una silla hasta la cama.

—¿Sabes quién soy?

La palabra me salió sola.

—Abue.

Sonrió, me cogió de la mano y la mantuvo entre las suyas. Tenía una piel suave y fina como el papel. Durante mucho rato no hicimos nada más que estudiarnos la una a la otra. Su expresión era más dulce ahora, y había dejado que el cabello oscuro se le aclarara por completo. Pero tenía aquella mirada pícara en los ojos tan propia de ella y de nadie más que sentí que se me quebraba la voz al verla.

—Has tenido algunos problemas, ¿no es así?

Asentí con la cabeza, y ella se inclinó y me besó en la frente.

—Estás aquí —repetí, aún estupefacta—. Me has encontrado.

—Niña, desde que te fuiste, nunca he dejado de buscarte. En el instante en que se publicó la lista de los niños y la ubicación del campamento, ya estaba en el coche yendo a toda velocidad a por ti. Tardamos horas en averiguar en qué

hospital estabas. Has tenido una verdadera multitud cuidándote, casi no dejaban que tus amigos y yo entráramos en la habitación.

Negué con la cabeza, incapaz de procesar aquello.

—Ellos no me recuerdan.

—No, no te recuerdan. Es muy extraño, pero... ¿cómo lo diría? No pueden reunir los detalles, pero siempre has estado ahí. En el fondo. No aquí —dijo tocándose la frente. Y después bajó la mano y la posó en su pecho—. Y aquí.

Yo casi no podía pronunciar las palabras.

—¿Sabes lo que soy?

—Bueno, para empezar, eres mi querida muchachita preciosa, que puede hacer algo un poco peculiar con la mente —dijo ella, con su suave acento sureño más pronunciado que nunca—. También parece que eres algo así como la favorita de los medios de comunicación.

Ante aquello, me recosté en la cama de nuevo, mientras la sospecha se abría camino lentamente a través de mi mente.

Abue levantó un dedo, se levantó y fue a por un periódico metido en un bolso que colgaba de la puerta y que yo no había visto.

—Durante días ha habido un frenesí mediático a las puertas del hospital. Tienes dos guardias armados apostados fuera de tu habitación en todo momento, un ala entera para ti sola y, aun así, sigue habiendo buitres que tratan de entrar y sacarte fotos.

El *New York Times* había publicado la noticia del asalto al campo y las consecuencias posteriores. Abrí el periódico sobre el regazo, pero la aprensión hizo mella en mi calma duramente ganada. Durante el tiempo que había estado fuera, la idea original de Alice acerca del paquete de información había cambiado hasta convertirse en la historia completa de lo que había pasado en Los Ángeles y en el Rancho. Había páginas enteras con las fotografías que nos había hecho: imágenes de todos nosotros, de la planificación, del trabajo, de la ejecución, del código de señales... Había escrito acerca de por qué habían sido necesarios los engaños, y de cómo los editores y dueños de los medios habían trabajado con nosotros para encubrir la verdad hasta que comenzó el asalto al campamento Thurmond. Había

un largo perfil de Cole; su rostro me sonrió en blanco y negro.

Y luego estaba el artículo sobre mí. Aunque no había entrado en detalles sobre mis aptitudes, Alice no había privado a los lectores de casi nada más. Yo estaba en la esquina de muchas de sus fotos, casi fuera de marco, o con la cara oculta por las sombras o el pelo. Los otros, Cate especialmente, debían de haber rellenado los huecos sobre cómo me había escapado de Thurmond la primera vez, cómo había sido mi vida durante la huida y luego con la Liga, y después sobre cómo había aceptado volver al campo para ayudarlos. El periódico había publicado fotos de cuando me llevaban a la ambulancia, pero el rostro de Liam no aparecía en la toma. Bien podría haber sido una persona completamente diferente, porque no me reconocí en absoluto en aquella muchacha pequeña y pálida.

Me encogí contra la almohada, sintiéndome expuesta bajo la atenta mirada de la abuela.

—Hay más, si quieres leerlos —dijo cogiéndome el periódico.

—Ahora no —le dije—. ¿Alguien más ha...?

—¿Sí? —dijo la abuela, mientras llevaba de nuevo el periódico a la puerta y cogía la bandeja de comida del hospital para acercármela—. Alguien más, ¿qué?

—¿Alguien más ha... ha venido a visitarme? —murmuré.

Abue me regaló una sonrisa de complicidad.

—¿Una joven mujer encantadora con una boca que podría provocarle un ataque al corazón a un marinero? ¿Una muchacha pequeña y dulce que te trajo flores? ¿El que se pasó medio día persiguiendo a los médicos y enfermeras pidiéndoles respuestas acerca de tu estado? O, por casualidad, ¿te refieres a un niño sureño muy bien educado?

—A todos ellos —le susurré—. ¿Están aquí?

—Ahora mismo no —dijo la abuela—. Tuvieron que volver al hotel, todo el mundo está en Charleston para esa sofisticada conferencia de prensa. Pero han estado aquí y me han pedido que te diera esto cuando te despertaras, y así ya sabrás cómo encontrarlos.

Abue me entregó una hoja de papel doblada. Papel del hotel, como vi

después, con un número de teléfono garabateado. «Llama en cuanto puedas». La letra era de Liam.

—Te extrañé mucho, querida niña —dijo la abuela con dulzura—. Espero que un día me hables de lo que te ha pasado. No quiero leerlo en los periódicos; me gustaría mucho más escuchártelo contar.

—Yo también te extrañé —le susurré—. Mucho, mucho. Quería encontrarte.

Se alisó el pelo de la cara.

—¿Quieres verlos ahora?

No hizo falta que me aclarara a quién se refería.

—¿Quieren...? —dije tragando saliva—. ¿Quieren verme?

—Oh, sí —dijo la abuela—. Siempre que a ti te parezca bien.

Asentí unos segundos después. Cuando salió de la habitación, dejé la bandeja sobre la mesita. El corazón me latía con fuerza en el momento en que oí sus pasos.

«La última vez», pensé. «Esta es la última vez que voy a hacer esto...».

Primero apareció Abue, haciéndose a un lado para dejar pasar a una mujer menuda y frágil, seguida de cerca por un hombre con el pelo entrecano.

Fue notable lo poco que me acordaba de su aspecto real. Tal vez los años se habían cebado con ellos igual que conmigo, consumiéndolos, llevándolos por los bordes afilados de la vida. Era tan extraño ver la forma de mi nariz en la cara de otra persona. Mis ojos. Mi boca. El hoyuelo de la barbilla. Él llevaba un polo metido por dentro de los pantalones y ella un vestido. Tuve la extraña idea de que se habían disfrazado para venir a verme.

Me hubiera gustado no sentirme tan dolorosamente incómoda, pero vi lo mismo en sus rostros. Me miraron y lo único que recordaron fue la mañana en que se me habían llevado, cuando me habían obligado a salir de la casa en medio de su confusión. Los años se interponían entre nosotros, vacíos, dolorosos.

Así que empecé por las cosas dulces. Un viaje de acampada que habíamos

hecho un otoño hacía mucho, mucho tiempo a las montañas Blue Ridge. Las caminatas por el bosque, cuando los árboles empezaban a cambiar sus colores. El aire nítido y claro, las montañas de alrededor solo unos tonos más oscuras que el infinito cielo azul sobre nuestras cabezas. Habíamos dormido los tres juntos en aquel pequeño reducto de calor que era nuestra tienda de campaña, habíamos pescado para comer. Había visto, sorprendida, como papá encendía una hoguera.

Liberé los recuerdos bloqueados con solo un pequeño roce, como si ya hubieran comenzado a escapar por su cuenta. Me aparté de sus mentes con suavidad, apenas capaz de controlar mis propios sentimientos sin inundar repentinamente los suyos.

—Que alguien diga algo, por favor —dijo la abuela, exasperada.

Pero no me hizo falta decir nada. Solo dejé que me abrazaran mientras lloraban.

Había oído decir a algunas personas que la vida puede cambiar en un día y dejarlo a uno patas arriba. Pero están equivocadas. La vida no necesita un día para cambiar.

Necesita tres.

Tres días para que los paracaidistas empezaran a caer del cielo, llevando paquetes y soldados de los Cascos Azules de las Naciones Unidas a las ciudades que más los necesitaban.

Para que una pequeña coalición de líderes extranjeros pisara suelo estadounidense por primera vez en siete años.

Para que la historia de la senadora Cruz se conociera y para que ella fuera elegida supervisora del proceso de restauración de todo el país.

Para que el presidente del Estado Mayor Conjunto dimitiera en medio de la vergüenza, y sin derecho a pensión alguna.

Para que las Fuerzas Armadas emitieran nuevas órdenes y luego se dieran cuenta de que los hombres y mujeres que habían dejado sus puestos no regresarían nunca más.

Para que el presidente de los Estados Unidos de América desapareciera de la

faz de la Tierra.

Para que las Naciones Unidas dividieran el país en cuatro zonas de mantenimiento de la paz, cada una supervisada por un exsenador de esa región y una potencia extranjera, y enviaran tropas para supervisar la actuación policial.

Para que se produjera el primero de casi un centenar de disturbios por el agua.

Para que Leda Corporation emitiera un comunicado negando su participación en el asunto del Agente Ambrosía, pero se ofreciera generosamente a proporcionar un producto químico que, según ellos, podía neutralizarlo.

Leí aquellas noticias en los periódicos que me trajeron mis padres. Lo vi en los noticiarios televisivos. Asimilé la nueva realidad. Y aquella noche, cuando las horas de visita terminaron y dos enfermeras amables pero firmes invitaron a mi familia a que saliera de la habitación, me acerqué al teléfono de la pared. Los analgésicos que me habían dado me producían somnolencia, pero no quería dormir sin escuchar su voz. Sin asegurarme de que estaban todos bien.

Marqué el número y me encajé el teléfono entre la oreja y el hombro. Me enrollé el cable telefónico en torno a los dedos, esperando mientras sonaba... Y sonó..., y sonó. Y sonó.

Probablemente estaban fuera. Haciendo... algo. Traté de no desanimarme cuando ya casi había decidido colgar el teléfono. Lo intentaría otra vez por la mañana.

—¿Hola? —La voz irrumpió a través de la conexión, completamente sin aliento—. ¿Hola? —repitió.

Me aferré al auricular y sonreí mientras le susurraba:

—Hola.

Liam dejó escapar un suave suspiro.

—Me alegro tanto de escuchar tu voz. ¿Cómo te sientes?

—Ahora mejor.

—Siento mucho que no pudiéramos quedarnos. La senadora Cruz nos pidió que regresáramos al hotel... No es ninguna excusa, pero hemos estado bastante ocupados. Tanto Chubs como Vi dijeron que te habrías enfadado con nosotros si no nos hubiéramos ido.

—Y tenían razón. —Me tumbé de costado—. ¿Qué ha estado pasando? Abue me dijo algo acerca de una conferencia de prensa.

—Sí, para el plan. El gran plan. Ha sido un desfile de caras que entraban y salían... Oh, Dios, y tenemos un representante en las deliberaciones.

—¿Quién? —le pregunté.

Si no era Liam, entonces..., ¿quién?

—Adivina quién abrió su boca la otra noche en la cena y comenzó, con gloriosos detalles, a soltarle a la senadora Cruz todo lo que, según él, tendría que estar haciendo. Fue una magnífica diatriba.

Cerré los ojos, riendo.

—No. ¿Chubsie? ¿En serio?

—De verdad. Ella lo invitó a informar de todo aquello en la reunión de la mañana siguiente —continuó Liam—. No sé si Chubs estaba eufórico o irritado por el honor. Con él, a veces es difícil decirlo.

Escuché el sonido de su respiración en el silencio que siguió.

—¿Estás bien?

—Sí. Sí, cariño, todos estamos bien —dijo, pero detecté una tensión evidente en su voz—. Mamá llegará mañana. Ella también dice lo mismo: «Bien». Yo... desearía que estuvieras aquí, eso es todo. Iré a verte mañana a primera hora.

—No —le dije—. A primera hora de la mañana iré yo a por ti.

—Tal vez nos encontremos a mitad de camino —dijo, con una risa escondida detrás de su voz.

Me habló de los cientos de niños que todavía estaban esperando a ser

recogidos por sus padres. Los habían acogido en las habitaciones libres del hotel y les habían dado de comer, y un verdadero ejército de voluntarios había llegado con suministros y ropa. Me contó que había pillado a Vida y a Chubs dándose un revolcón en el ascensor. Que Zu se había encogido de hombros cuando le dijeron que sus padres habían logrado salir del país y que, hasta que pudieran contactar con ellos, ella tenía dos opciones: irse a casa y quedarse con su tía, su tío, e Hina, o vivir con Vida, Nico y Cate cerca de Washington D. C. para que esta última pudiera pedirle consejo a la senadora Cruz. Que no había tardado ni un segundo en decidirse por D. C.

Yo le hablé de mis padres. De cómo los soldados destinados a custodiar mi puerta se asomaban cada vez que se abría. De cómo le temblaba ligeramente la mano al médico mientras me examinaba los cortes. Y en algún momento sentí que empezaba a quedarme dormida.

—Cuelga y duerme —dijo Liam, que parecía igual de cansado.

—Cuelga tú.

Y al final, ninguno de los dos lo hizo.

A la mañana siguiente, al otro lado de la ciudad, me senté apretujada entre mis padres en un sofá del vestíbulo del hotel Marriott de Charleston, Virginia Occidental. Un hecho que demostraba lo abarrotado que estaba fue que nadie, ni un solo miembro de la prensa, se dio cuenta de que estábamos allí sentados. Un cuarto de hora después, la multitud empezó a emigrar hacia los ascensores para entrar en la gran sala de conferencias.

Mientras esperábamos, mamá insistía en que necesitaba algo: agua, un aperitivo, un libro, un poco de Tylenol... hasta que finalmente papá se acercó y le puso una tranquilizadora mano en el brazo. Sin embargo, lo pillé mirándome de reojo, como si necesitara asegurarse de que todavía estaba allí. Aquella era la forma en que nos íbamos acercando: despacio, con torpeza, con medida.

La abuela se paseaba por delante de nosotros, de un lado a otro, y solo cuando se detuvo supe que venía alguien.

Pero no era ni Liam ni Vida, era Cate. Se había recogido el pelo rubio claro en una coleta perfecta, se había puesto un vestido y se había maquillado. De alguna manera, parecía sombría y tenía el rostro dibujado de un modo que hizo que se me encogiera el corazón. Me levanté de un salto, y mi padre me sujetó

cuando perdí el equilibrio por culpa de la pierna enyesada. Cuando me vio, frenó un poco el paso y me reconfortó ver la sonrisa en su rostro. Si ella hubiera empezado a llorar, no estaba muy segura de haber podido reprimir mis propias lágrimas.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurró—. Me llenas de asombro. Gracias.

La abracé con tanta fuerza como ella a mí y dejé que me inundara el calor de su amor. Cuando por fin la solté y se la presenté a mi familia, quedó claro que ya sabían quién era.

Me cogió una mano entre las suyas.

—¿Podemos hablar más tarde? Tengo que correr escaleras arriba, pero no quería que pasara ni un minuto más sin ver por mí misma que estabas bien.

Asentí con la cabeza, fundiéndome en otro de sus abrazos. Cuando empezó a retroceder, dijo en voz baja:

—Hay alguien aquí al que no quieres ver.

Tuve la sensación de que sabía exactamente de quién estaba hablando, y le agradecí que me hubiera advertido para poder prepararme.

Liam, Vida, Nico y Zu bajaron del ascensor en el que entró ella. No pude reprimir que una amplia sonrisa me iluminara el rostro. Zu fue la primera en llegar hasta mí, como un remolino en forma de vestido de color rosa que avanzó por el vestíbulo hasta rodearme la cintura con los brazos. Nico se quedó atrás, moviéndose torpemente hasta que le rogué que se acercara. Vida no tuvo tantos escrúpulos. Me dio un puñetazo en el hombro, que creo que yo debía interpretar como un gesto «juguetón». Y Liam, consciente de los ojos de mis padres sobre él, volvió a presentarse a ellos saludándolos con la mano. Después se acercó a mí lentamente, dejándome tiempo para darle un buen repaso. Llevaba el pelo cortado y domesticado, y se había afeitado. Si estaba cansado, no lo aparentaba, pero vi una sombra de tristeza en sus ojos. Cuando me ofreció una leve sonrisa tímida, se la devolví, y creí que el corazón estaba a punto de saltarme del pecho.

—Hola de nuevo, señora —dijo educadamente mientras le estrechaba la mano a la abuela.

Ella le plantó un beso grande en la mejilla y se volvió hacia mí con un guiño.

Cuando llegó hasta mí, Liam simplemente me tomó del brazo y preguntó:

—¿Todo el mundo listo para subir?

Fue una estupidez sentir una punzada de decepción por no haber recibido un saludo apropiado, pero prácticamente me ardían las manos con el deseo de acariciarle el cabello y las líneas del rostro.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, comencé a avanzar, pero él me obligó a quedarme donde estaba, permitiendo pasar a mis padres, a Zu, a Vida, a Nico y a una media docena de personas más.

—¿Sabe qué? —dijo Liam, haciéndole un gesto a mi padre, que sostenía las puertas abiertas, para que se marchara—. Cogemos el siguiente.

Y en el momento que las puertas se cerraron, me pasó un brazo por la cintura, me metió los dedos de la otra mano entre el pelo y me besó hasta dejarme casi sin aliento.

—Hola —dijo cuando finalmente se separó para tomar aire.

—Hola —le dije, ahora mareada y sin aliento, mientras él se inclinaba para apoyar la frente en la mía—. ¿Tenemos que subir?

Él asintió, pero pasaron unos segundos antes de que se acercara y pulsara el botón de subida.

La conferencia de prensa se celebraría en el salón de baile del hotel, que acomodaba un centenar de sillas, tres cuartas partes de las cuales ya estaban ocupadas en el momento en que llegamos allí. Cuando vi que los otros nos habían guardado asientos al fondo de la sala, casi lloré de gratitud. Sentía todas las miradas puestas en mí, y aquella incómoda sensación solo se agravaría si nos poníamos en un lugar donde todos los asistentes estuvieran contemplándome la nuca. Además, delante no podría huir discretamente si lo necesitaba. Liam pareció darse cuenta y me guio, empujándome levemente con una mano apoyada en la parte baja de mi espalda, hasta una silla de pasillo.

Apenas habíamos llegado a nuestro lugar cuando dos hombres, ambos vestidos con uniformes militares de gala, se desplazaron al otro lado de la sala. Vida nos regaló una de sus sonrisas que dejaba al descubierto sus dientes y nos saludó con la mano cuando volvió a mirarnos.

La multitud guardó silencio en cuanto las primeras personas salieron al escenario. Todos eran hombres, algunos militares y otros claramente políticos, pues estos últimos no olvidaron volverse hacia las cámaras y sonreír antes de sentarse. Respiré hondo cuando apareció la senadora Cruz, seguida por la doctora Gray y luego, sorprendentemente, por Cate. Liam buscó mi mano cuando salió Chubs, con los hombros hacia atrás y la mirada fija al frente. Llevaba un hermoso traje azul marino y una corbata a rayas, todo ello rematado por unas flamantes gafas nuevas, con montura de alambre.

—Empollón —oí que murmuraba Vida, pero seguía mostrando aquella pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro.

Miré a Liam y le vi una expresión tan sombría como la mía. Chubs llevaba un envoltorio muy bonito, casi lo bastante bonito como para distraerme de la expresión de su cara. Se la había visto una docena de veces, la barbilla hacia delante, la mirada hosca. Eran los rasgos de alguien que acababa de perder un voto.

—Maldita sea —murmuró Liam—. Esto va a ser malo.

Y así fue.

—Gracias por venir aquí hoy —comenzó la senadora Cruz, sin leer las notas que alguien le había colocado delante—. Los últimos cinco días han sido una verdadera prueba para demostrar la fortaleza de Estados Unidos, y me dirijo no solo a mis antiguos colegas del Congreso, sino también a nuestros aliados extranjeros, cuando les doy las gracias por su cooperación a medida que hemos empezado a desplegar las fases de recuperación. La buena noticia es que ya llevamos ocho días implementando la primera.

Ráfagas de fotografías, clic, clic, clic.

—Me gustaría dedicar el tiempo a repasar el acuerdo que hemos firmado esta mañana. Por favor, guarden sus preguntas para el final: les dedicaremos unos minutos para responderlas. —Respiró y recolocó sus notas—. Las cuatro zonas de mantenimiento de la paz que hemos establecido desarrollarán su labor durante los próximos cuatro años. La reconstrucción de ciudades y pueblos que fueron diezmados por esta lucha, o por desastres naturales para los que el Gobierno no proporcionó ayuda, será administrada por los países de la coalición del mantenimiento de la paz en cada zona, y los detalles al respecto se tratarán en

posteriores ruedas de prensa.

Dejó que la audiencia asimilara la información antes de continuar.

—Cada zona también será responsable de la supervisión de la neutralización del Agente Ambrosía de las aguas subterráneas y los pozos que se encuentran dentro de sus fronteras, así como de la destrucción de los arsenales de esa sustancia química. Cualquier otro uso de dicha sustancia en todo el mundo, así como cualquier uso de los jóvenes Psi como soldados, agentes clandestinos o funcionarios del Gobierno de esta nación o de otras queda explícitamente prohibido por este acuerdo, y será condenado.

Lillian recorrió la sala con la mirada, y a punto estuvo de encontrarse con la mía. Se sentó un poco más erguida y observó con expresión dolida, sabiendo claramente lo que venía después.

—Los niños que permanecen en los campos de rehabilitación serán devueltos a sus familias en el transcurso del próximo mes. Proporcionaremos una base de datos para localizar dónde reside cada niño actualmente, pero no se permitirá el acceso de los padres a los campos. Como parte de nuestro acuerdo, serán destruidos.

La sorpresa me golpeó como un puñetazo en la cara. La habitación empezó a retumbar con conversaciones en voz baja, se gritaron preguntas, se oyeron murmullos... Miré a Abue de reajo, tratando de medir mi reacción, pero no me atrevía a apartar los ojos del escenario.

—Se facilitará la crucial intervención desarrollada por la doctora Lillian Gray de forma gratuita durante el tiempo que exista esta terrible mutación en nuestra sociedad. Cualquier persona Psi mayor de dieciocho años podrá decidir si se somete a la cirugía, pero se requerirá una identificación especial. El tratamiento en menores de dieciocho se deja a discreción de los padres o tutores.

Lillian bajó de nuevo la mirada a la mesa.

—Hemos destinado varias hectáreas de tierra a construir una comunidad para cualquier niño sin reclamar o cualquier niño que crea que no puede regresar a casa con seguridad. Exigiremos que todos los ciudadanos Psi que decidan no someterse al procedimiento vivan el resto de sus vidas en una de esas comunidades.

Debí de emitir algún gruñido de disgusto, porque mi familia se volvió a mirarme.

En ese mismo momento, alguien del escenario dijo en voz baja pero furiosa:

—Eso es una mierda.

Y ese alguien era Chubs.

—Cuide esa lengua.

Uno de los militares de uniforme recibió una mirada que habría reducido a un hombre a un saco de nervios. Cate bajó la mirada hacia la mesa, mordiéndose el labio en un esfuerzo por ocultar su sonrisa.

La senadora Cruz tosió y recolocó de nuevo sus notas. Antes de que pudiera empezar a hablar de nuevo, Chubs ya había soltado la mitad de su siguiente frase.

—Aclaremos esto, ¿vale? —comenzó.

—Oh, Cristo —dijo Liam, mirando hacia arriba para reunir paciencia.

—Como joven mayor de dieciocho años —continuó Chubs—, por fin tengo derecho a elegir lo que quiero para mí, pero, si tomo la decisión equivocada, ¿todavía seré castigado por ello?

—Guarde sus preguntas para el final —dijo la senadora Cruz.

Pero incluso mientras lo decía, hizo un movimiento pequeño, casi imperceptible con las manos, como para animarlo.

—No he terminado —dijo Chubs—. Si mi opción fuera negarme a que una persona, una persona potencialmente incompetente, me operara el cerebro, el órgano más importante de mi cuerpo... para «arreglarlo», entonces ¿tendría que quedarme en otro campo, esta vez para el resto de mi vida?

—Oh, me gusta ese chico —dijo la abuela, encantada.

—No es un campo —dijo con impaciencia uno de los militares uniformados—. Es una comunidad. Ahora podemos volver a...

—¿Una comunidad con vallas de alambre de púas? ¿Con guardias armados? ¿Se dan cuenta de que, al hacer esto, lo único que lograrán es reforzar que en Estados Unidos y en todo el mundo la palabra «diferente» signifique «malo», «feo», «peligroso»? Eso no es rehabilitación: simplemente nos barrerán debajo de la alfombra y esperarán a que el tiempo se ocupe de nosotros. Lo siento, pero eso es condenadamente terrible, y está claro que saben que es condenadamente terrible porque han tardado un total de dos segundos en trazar un plan que afecta a miles de vidas que ya han sido arruinadas por otro grupo de personas... Algunas de ellas probablemente en esta sala...

—Los seres humanos Psi tienen aptitudes que son peligrosas y no se pueden controlar —razonó el hombre—. Pueden ser utilizadas como herramientas para cometer delitos, obtener ventajas injustas y perjudicar a otros.

—¿Sí? Ocurre lo mismo cuando se tiene un montón de dinero. Lo que importa es lo que una persona decide hacer con sus aptitudes. Al impedir que alguien tome una decisión sobre su cuerpo, que tiene todo el derecho de tomar, lo que básicamente están diciendo es que ustedes no confían en nosotros. No para tomar buenas decisiones, no para tratar bien a los demás. Me parece increíblemente insultante y, por cierto, creo que ahora tengo un perfecto control de mis aptitudes, ¿no le parece?

—¿Usted cree que a los niños pequeños, de ocho, nueve o diez años, se les debe permitir tomar una decisión que altera la vida? —dijo la senadora Cruz, facilitándole así un argumento en contra con el que jugar.

Me recliné un poco en mi asiento y me alivió pensar que no estaba tan equivocada respecto a la opinión que me había formado de ella. Tal vez la hubiera anulado el comité con el que se sentaba ahora, pero la senadora había encontrado una manera creativa de conseguir sortearlo.

—Estoy diciendo que los niños a los que les han robado años de su vida han tenido tiempo para sopesar lo que elegirían si llegara la oportunidad de curarse —dijo Chubs—. Han tenido tiempo para pensar en lo que iban a elegir, y pueden tomar una decisión fundamentada. «Confíen en mí», eso es lo que cualquiera de nosotros ha pensado alguna vez cuando cada hora de cada día era controlado hasta el último minuto, o cuando teníamos que luchar a diario por la comida y el agua y la vivienda, mientras que los hombres y las mujeres, literalmente, nos daban caza. ¿Establecen el límite a los dieciocho años a sabiendas de que el ochenta por ciento de los niños internados anteriormente en un campo no cumple ese

requisito? Yo, a los dieciocho años, llevaba en un campo un año. Una de mis mejores amigas llevaba seis años, pero solo tiene diecisiete. ¿Ella tiene que someterse a una decisión tomada por la misma gente que la encerró?

Hice una mueca, luchando por no mirar a mis padres. No quería que se sintieran más culpables de lo que ya se sentían.

—Tenemos que pasar de este tema —dijo otro de los hombres—, de lo contrario no seremos capaces de responder las preguntas.

—Estoy de acuerdo... —dijo la doctora Gray de repente, y luego aclaró—: Con el joven caballero. A menos que hayan cometido un delito, o el daño psicológico de sus experiencias haya impactado en su capacidad de toma de decisiones, o que hayan hecho daño a alguien, creo que los niños que sacamos de los campos deben ser capaces de elegir. Sin embargo, a los padres de los niños que no hayan alcanzado el umbral manifiesto se les debe permitir tomar la decisión y tendrán que hacerlo antes del séptimo cumpleaños de su hijo.

Su voz sonaba tan cansada que se le empezaba a quebrar, más allá del agotamiento. Los reporteros devoraban cada palabra que ella les lanzaba, saltando a sus pies para someterla a una andanada de preguntas, todas las cuales podrían resumirse como: «¿Dónde está el presidente Gray?».

La senador Cruz miró sus notas, y luego preguntó casualmente:

—¿Creen que ustedes podrían imaginar un sistema mejor, teniendo en cuenta lo que tenemos que trabajar?

—Sí —dijo Chubs sin una pizca de arrogancia—. Y creo que si continúan con esta opción, no solo ignorarán las necesidades de salud mental y emocional de los niños que salen de los campos, sino que los condenarán a una vida de miedo y vergüenza. Y si va a ser de esa manera, entonces no hacía falta que los sacaran de los campos.

—Bueno —dijo la senadora Cruz—. Reanudaremos la discusión sobre este punto después de la conclusión de este comité. En caso de que cualquier otro joven Psi quiera unirse a nosotros, por favor, que lo diga.

En medio de todo aquello, alguien había desaparecido de la primera fila de asientos: un joven con gorra de béisbol. Se había deslizado hasta la otra punta de la sala y se movía rápidamente hacia la salida. Con el rostro vuelto hacia abajo y los

brazos cruzados sobre el pecho, podría haber sido cualquiera.

Pero yo sabía exactamente quién era.

Me escabullí, recibiendo de inmediato las miradas interrogantes de Liam y de Vida, y levanté un dedo para indicarles que no tardaría. Tenía la sensación de que aquello me iba a ocupar mucho más que un minuto, pero dado que la senadora Cruz estaba hablando de nuevo, esta vez sobre las futuras elecciones parlamentarias y presidenciales, dirigieron de nuevo su atención hacia ella.

La sala exterior estaba diez grados más fría que el cálido salón de baile. Tuve la sensación de que él había salido en busca de silencio, más que a respirar un poco de aire fresco. Había caminado casi hasta el final del largo pasillo, para sentarse frente a una ventana que daba al aparcamiento del hotel.

—Vienes a reírte de mí, ¿verdad? —preguntó Clancy con la voz ronca y sin volver la cabeza, sin dejar de mirar fijamente por la ventana—. Disfrútalo.

—No estoy aquí para reírme —le dije.

Él resopló, pero no dijo nada. Al fin, frotándose nerviosamente las manos en el regazo, dijo:

—He empezado a perder la sensibilidad en los dedos de la mano derecha. Me dijeron que nunca habían visto una complicación antes.

Me tragué la típica respuesta de «lo siento». No lo sentía.

—Te dije que pasaría esto, ¿no? —dijo Clancy—. Que el poder de elección que perseguíais estúpidamente terminaría en manos de las personas que os habían hecho lo que os habían hecho. No tenía por qué ser así.

—No —le dije con intención—. No tenía por qué.

Por primera vez, se volvió y me miró directamente a los ojos. La recuperación de la cirugía lo había dejado en los huesos y le había cambiado el color de la piel. Tenía la sensación de que si le quitara la gorra de béisbol, vería una cabeza recién afeitada y llena de cicatrices frescas.

—¿Qué pasó con Nico?

Vaya, no me esperaba eso.

—Está aquí. ¿No lo has visto?

Levantó y dejó caer los hombros mientras respiraba hondo.

—¿Quieres hablar de algo con él? —le pregunté—. ¿Tal vez de algo de lo que te arrepientes?

—Solo me arrepiento de haber perdido el control de la situación. Pero... no importa. Puedo encontrar una solución, averiguaré cómo desactivar el dispositivo que ella me ha implantado. Cómo recuperarlo todo de nuevo. Puedo hacerlo. Estoy más cerca que nunca de la gente adecuada. Puedo encontrar a mi padre, donde sea que se haya escondido. Puedo hacerlo.

Y, de alguna manera, yo sabía que esa sería su respuesta. Porque así era Clancy en el fondo de su ser: alguien que siempre lo había tenido todo, y todavía necesitaba más. Aun así, quería lo único que nunca, nunca sería capaz de lograr.

Pero cuando me miró con sus ojos oscuros hundidos en el cráneo, me dijo algo más. Que tal vez lo que realmente quería, lo que no podía admitir en voz alta, era exactamente lo mismo que su madre había deseado durante todo este último año. El orgullo jugaba un papel peligroso en su corazón, que se rebelaba por el agotamiento. Apreté los puños mientras pensaba en todas las vidas que él había destrozado tan insensiblemente, en todas las personas buenas a las que habíamos perdido solo para que él encontrara la manera de sobrevivir.

Y, también, en el fondo de mi mente, estaba el muchacho de la mesa de reconocimiento, asustado y solo, hirviendo de odio impotente.

El de la dulce sonrisa que ahora vivía solo en la memoria de su madre.

Yo sabía lo que habría hecho si nuestras situaciones se hubieran invertido, y no podía evitar escuchar la vocecita que me decía que hiciera exactamente eso..., largarme, dejar que el dolor y la humillación crecieran en él como un cáncer que lo acabaría devorando. Y solo eso era una buena razón a reconsiderar. Porque no importaba cuántas veces lo hubiera intentado, él nunca había conseguido moldearme a su imagen. Y ahora ya nunca lo conseguiría.

No era para liberarlo de su culpabilidad. No era para castigarlo. No era otra cosa que un acto de misericordia.

No había barreras entre nosotros, no había bloqueos. Su vida se derramó en mi mente, girando en colores y sonidos que nunca me había permitido ver, pues yo nunca había sido lo suficientemente fuerte como para conseguirlo. Tomé lo que pude y lo reemplacé con algo mejor. Él nunca había sido examinado, nunca había sido un Naranja, nunca en East River, o en California. Vi cosas, secretos tan horribles cuyo dolor jamás debía infligir a otras personas al compartirlos. Me concentré en el brillo. Lo dejé con solo eso..., la sencilla historia que había tenido con su madre todo este tiempo, que la había ayudado todos estos años, que el amor que aún sentía por ella era una cosa buena y pura a la que aferrarse.

Y cuando me di la vuelta para irme, liberando su mente por última vez, miró por la ventana de nuevo, contempló el revoloteo de los mirlos por el cielo azul y sonrió.

Recorrí el pasillo de nuevo con la mirada baja y los pensamientos hechos un lío. No vi a la mujer que salía del baño de señoras hasta que choqué con ella y terminé con la boca llena de rizos de color rojo brillante.

—Lo siento —le dije, desenredándome de su pelo—. Lo siento, estaba distraída.

—Por suerte para mí —dijo la mujer con voz suave—. He tratado de localizarte durante días. ¿Cómo está la pierna, chica?

Entonces levanté la mirada y me di cuenta de que era Alice. Tenía un aspecto algo diferente: había cambiado los vaqueros sucios y el abrigo que le había visto en el punto de encuentro por un traje completo que no acababa de quedarle bien. Su pelo era una melena salvaje que le caía sobre los hombros, sujeta por unas gafas de pasta y un lápiz que probablemente ya ni recordaba que llevaba.

—Está mejor —le dije, mirándola con recelo.

Al ver que no le devolvía la sonrisa, suspiró.

—Mira, chica, si estás así por cómo he descrito tu historia, no voy a pedirte disculpas. Tengo el deber de denunciar los hechos, la verdad..., y la verdad es que es un infierno de historia. Aún me quedan algunos vacíos que podrías ayudarme a llenar, si tienes un segundo...

—No lo tengo.

Alice se movió incómoda, como si acabara de recordar qué era yo y qué podía hacer. Bajó la voz y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando.

—Me he enterado de que la senadora Cruz habló contigo y algunos más sobre algo..., sobre un programa de alto secreto. Esa mujer tiene pelotas, teniendo en cuenta que acaba de decirle a todo el mundo que todas las naciones tienen prohibido usaros en cualquier tipo de servicios militares o clandestinos.

Puse cara de póquer y me mantuve inexpresiva. Todavía no. Pero no me cabía duda de que esa conversación llegaría.

Di un paso a un lado, y ella me siguió, bloqueándome el camino de nuevo. Si antes no había estado de humor para aquello, ahora mucho menos.

—Una advertencia: no respondo nada bien si me acorralan.

Alice levantó las manos.

—Está bien, está bien.

Metió la mano en el bolso que llevaba colgado del brazo y rebuscó en su interior hasta dar con algo, una tarjeta de visita.

—Si alguna vez quieres hablar —dijo ella—, llámame a cualquier hora. Soy toda oídos.

Esperé hasta que desapareció de nuevo en el salón de baile, y luego rompí la tarjeta en dos y dejé que los trozos revolotearan hasta el suelo. Después yo también me dirigí hacia el salón de baile, justo a tiempo para ver a Zu y a Vida que salían corriendo, cogidas de la mano, y se dirigían hacia los ascensores. Un momento después, aparecieron Liam y un Chubs de aspecto agobiado.

—¡Ah! —comenzó Chubs mientras se me acercaba con expresión ceñuda—. Deberías estar descansando esa pierna...

Liam llegó a mi lado y me agarró de la mano.

—Vamos, vamos.

—¿Qué está pasando? —le pregunté mirando hacia el salón de baile.

Alguien estaba en el podio dando un discurso, pero por lo demás todo estaba exactamente como lo había dejado.

—Fuga de la prisión —dijo Liam, con los ojos brillantes cuando el ascensor se abrió y él nos hizo entrar—. Confía en mí.

El miedo me aferró la garganta mientras el ascensor bajaba hasta el garaje subterráneo, sin que Liam dejara de rebotar sobre los talones ni un segundo. Chubs lo miró con cautela mientras salíamos.

Liam se sacó un juego de llaves del bolsillo, y el plástico negro saltó hacia arriba mientras escuchábamos el sonido de la cerradura. Vida y Zu aparecieron tras una de las filas de coches y corrieron hacia el pitido intermitente de un todoterreno lleno de barro con matrícula de Arizona.

—Estás ridículo —le dijo Chubs mientras Liam caminaba hacia el coche y se aflojaba la corbata.

Pero, de todos modos, se acercó al coche, con el leve indicio de una sonrisa en el rostro.

Cogí a Liam por el brazo durante un instante, pero no me gustó la forma en que su expresión se ensombreció al ver la mía.

—¿De qué va esto?

Yo sabía qué significaba negar lo evidente, y esto tenía matices de eso... Se empeñaba en negar que algo andaba mal. Algo se había torcido en su interior, algo que nunca podría enderezar totalmente.

—Se trata de... —dijo, mientras se pasaba una mano por el pelo—. Se trata de que todo será diferente en el futuro. Volverás a Virginia con tu familia, y yo me iré de nuevo a Carolina del Norte con la mía. Y si queremos vernos, necesitare permiso para coger el coche. Tú tendrás que preguntarles a tus padres si puedes verme. Viviremos bajo un conjunto de reglas que no hemos tenido en años, y si bien hay algo un poco maravilloso en eso, yo solo quiero esto... Quiero olvidar por un rato. Superar el dolor. Esta última vez, solo quiero ir a algún lugar donde nadie más pueda encontrarnos.

Le sonreí y le cogí el brazo cuando me lo ofreció. Me llevó lentamente, con cuidado, hasta el coche. Abrió la puerta y me ayudó a subir en el asiento del

acompañante, recolocando mi voluminoso yeso con delicadeza. Se inclinó para abrocharme el cinturón de seguridad, aprovechando la excusa para besarme de nuevo.

—¿Adónde vamos? —le gritó Chubs cuando Liam rodeó el coche por detrás para llegar a la puerta del conductor.

—Tranquilo, querido —dijo Vida suavemente, apoyándole una mano en la pierna.

—Sí, querida —le gruñó Chubs de vuelta.

Junto a ellos, Zu sonreía.

Todavía estaba sonriendo cuando Liam se abrochó el cinturón y se volvió para dirigirse al grupo.

—Está bien, equipo. ¿Adónde? Me imagino que tenemos alrededor de una hora antes de que termine la conferencia y, por una vez, tenemos gasolina para quemar.

—¿Así es como planificas las cosas? —preguntó Vida en voz alta—. Es un milagro que hayas sobrevivido, pendejo.

—Te lo dije —murmuró Chubs. Me di la vuelta y le di un manotazo cariñoso en el brazo—. Vale. Bueno. ¿Adónde quiere ir todo el mundo?

—Playa, playa, playa, playa —canturreó Zu.

—Uf, no estoy seguro de que haya una cerca, así que tendremos que posponerlo para otra ocasión. ¿Alguien más? —preguntó Liam—. ¿Votamos?

—No me importa —le dije, apoyando la cabeza contra el asiento—. ¿Podemos simplemente perdernos y ver dónde aterrizamos?

—Querida, esa es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo. Tú diriges. Dime cuándo y dónde debo girar.

Puso en marcha el motor y dejó escapar un «¡Sí!» cuando empezó a sonar una canción de los Allman Brothers por los altavoces. Por el momento rodamos por la rampa y salimos del garaje, e incluso los gruñidos de Chubs se habían

convertido en risas.

Serpenteamos por las calles de la ciudad hasta que encontramos una avenida arbolada, y la recorrimos hasta el dibujo perezoso del río que discurría a lo largo de la curvada columna vertebral de la ciudad. Liam me miró, descansando de su desafinado canturreo. Tenía el rostro iluminado por la cálida luz del sol de la tarde y los dedos entrelazados con los míos sobre la consola central. Zu se mecía al compás de la música, charlando animadamente sobre todos y cada uno de los carteles que íbamos dejando atrás. Chubs sacó un libro del bolsillo trasero del asiento de delante y examinó la cubierta durante un momento, antes de abrirlo. Tamborileó distraídamente con los dedos en el lomo agrietado, siguiendo el ritmo de la música mientras Vida se apoyaba en su hombro y cerraba los ojos.

Bajé la ventanilla y dejé que el viento meciera mi mano a la deriva.

Y la carretera se abrió frente a nosotros.

AGRADECIMIENTOS

Es un momento maravilloso y agrisulce empezar esta página y darme cuenta de que he llegado al final de una serie responsable de tantos recuerdos asombrosos y que ha traído a mi vida a algunas personas realmente increíbles.

Quiero empezar dando las gracias a los genios editoriales que he tenido la suerte de tener a mi lado: a mi editora, Emily Meehan, por ver el potencial de una historia sobre adolescentes con superpoderes que recorren Virginia en una furgoneta destartada, por su increíble ojo para desenredar el corazón de cada libro y por no haberme lanzado por la ventana cada vez que me metía en un proyecto de seiscientas páginas (en serio); a Laura Schreiber, por ser la primera en leer la historia, por enamorarse de los personajes y por trabajar tan duro en cada proyecto desde el principio; y a Jess Harriton, por el magistral trabajo en segundo plano que nos mantuvo a todos en el mismo barco.

A todos los héroes, hadas madrinas, guías sabios y magos que hacen que la magia suceda en Hyperion diariamente: trabajar con vosotros le ha dado a este viaje un verdadero final feliz. Muchas gracias a Suzanne Murphy, Stephanie Lurie, Dina Sherman, Simon Tasker, Joann Hill, Marci Senders, Elke Villa, Seale Ballenger, Jamie Baker, Andrew Sansone... ¡A todos!

Esta serie seguiría siendo solo un documento en mi ordenador si no fuera por la guía, el aliento y la atención que me dio mi increíble agente literaria, Merrilee Heifetz. También les estoy muy agradecida a Sarah Nagel y a Chelsey Heller por su apoyo y comprensión a largo de los años. ¡Gracias, Team Writers House!

Un montón de amor para aquellos que, gracias a sus mentes hermosas e inteligentes, me dieron buenos consejos sobre mis libros: a Anna Jarzab, que siempre he creído que conoce la historia y los personajes mejor que yo y que ha sido a la vez una valiosa consejera y una campeona, y a Sarah Maas, quien me inspira para ser más valiente y profundizar más en cada proyecto y para conseguirlo... ¡todo!

A mi familia se lo debo todo: a mi madre, la reina de la perseverancia y del amor inquebrantable, por animarme a correr riesgos; a Daniel, por leer todos esos primeros borradores y darme unos consejos impresionantes; y a Steph, por

dirigirme siempre en la dirección correcta con sus consejos de relaciones públicas.

Y a ti, querido lector o lectora, por seguir al lado de Ruby y de sus amigos hasta el final. Espero que cuando tengas la oportunidad de abrir tu mundo de par en par a nuevas posibilidades, para conocer gente nueva y para embocar un camino nuevo e inesperado hagas una sola cosa: *carpe diem* hasta las últimas consecuencias.



ALEXANDRA BRACKEN. Nació el 27 de febrero de 1987 y se crio en Arizona, Estados Unidos, pero se trasladó hasta la otra punta del país para estudiar en la Universidad de William y Mary en Williamsburg, Virginia, donde se graduó con una licenciatura en Historia y de Inglés en mayo de 2009.

Desde hace un tiempo vive en Nueva York, donde trabaja en el mundo de la edición y ocupa un encantador apartamento abarrotado de libros.

Publicó su primer libro, escrito como un regalo de cumpleaños, mientras estudiaba y posteriormente inició su primera trilogía: «Mentes poderosas», de la que forman parte, *Mentes poderosas*, *Nunca olvidan* y *Una luz incierta*.

Según *Publishers Weekly*, es una autora novel que hay que vigilar de cerca.

NOTAS

^[1] Vehículo todoterreno militar cuyo nombre deriva de HMMWV, las iniciales de High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle. (*N. del t.*) <<

^[2] Se trata de un famoso equipo de fútbol americano profesional. (*N. del t.*) <<

^[3] No sería bello que fuéramos mayores... (*N. del t.*) <<

^[4] Quiero tomarte de la mano, quiero tomarte de la mano. (*N. del t.*) <<

^[5] Apelativo que significa «Mofletes». (*N. del t.*) <<

^[6] Tiempo estimado de llegada, por sus siglas en inglés. (*N. del t.*) <<